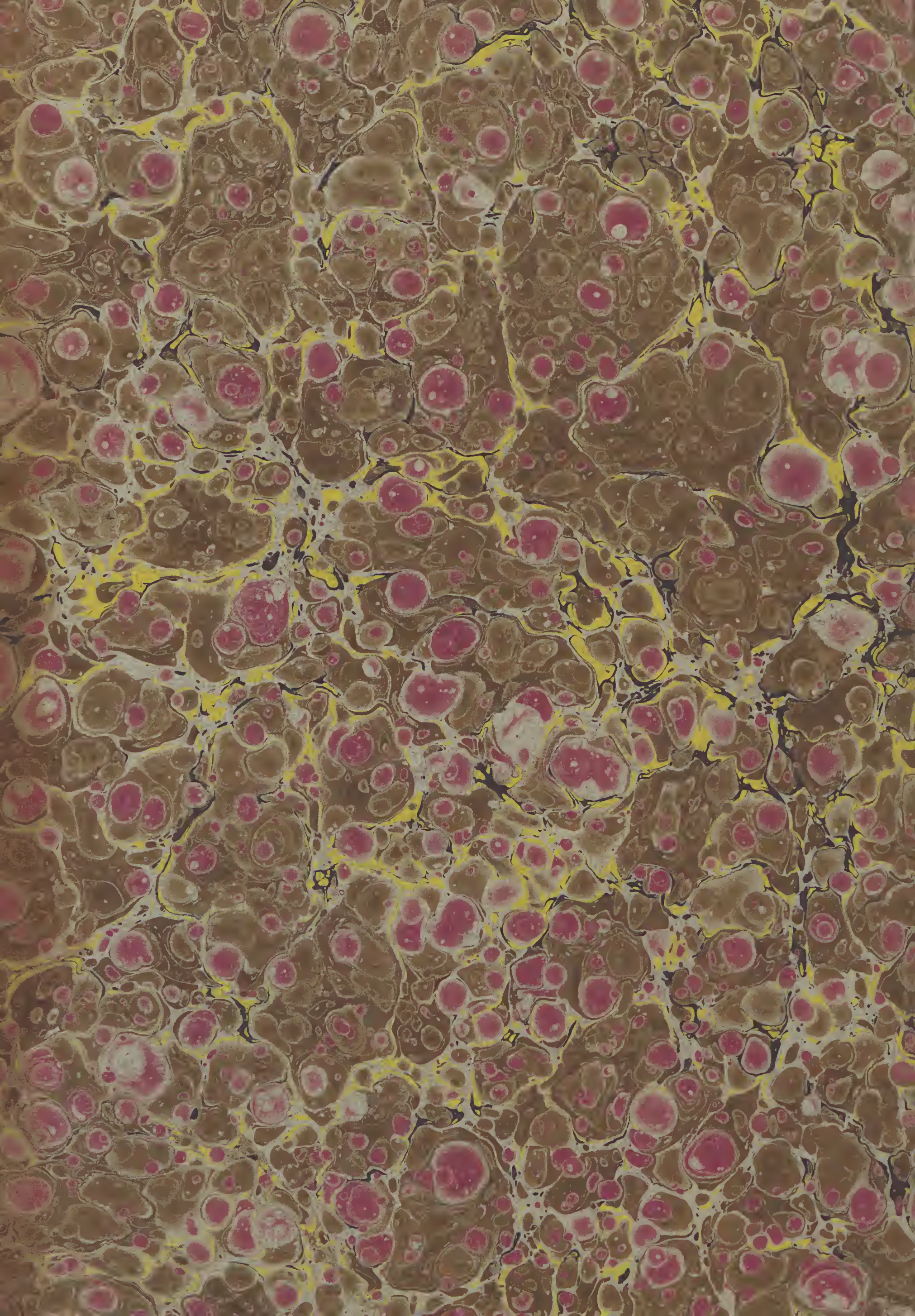
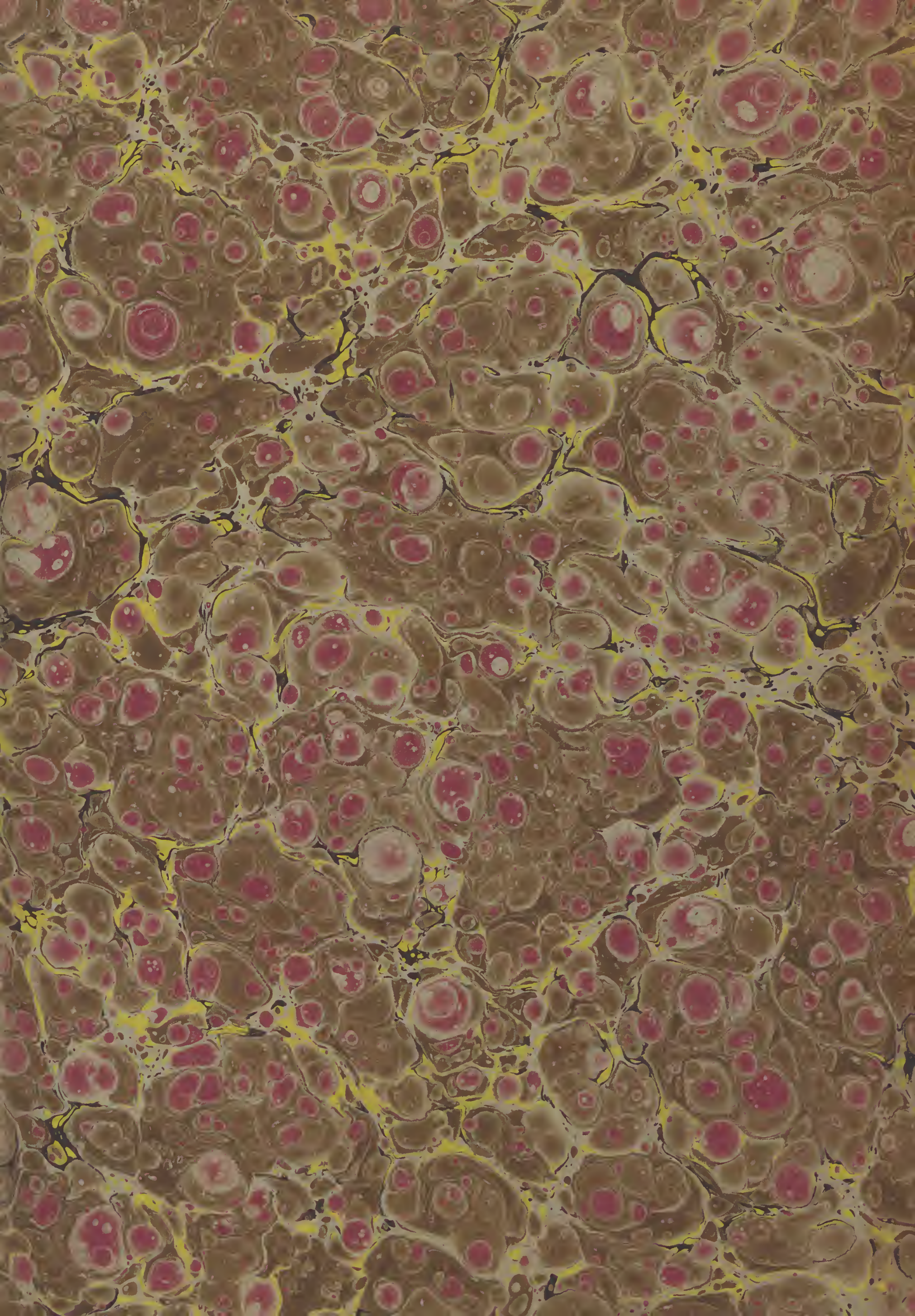
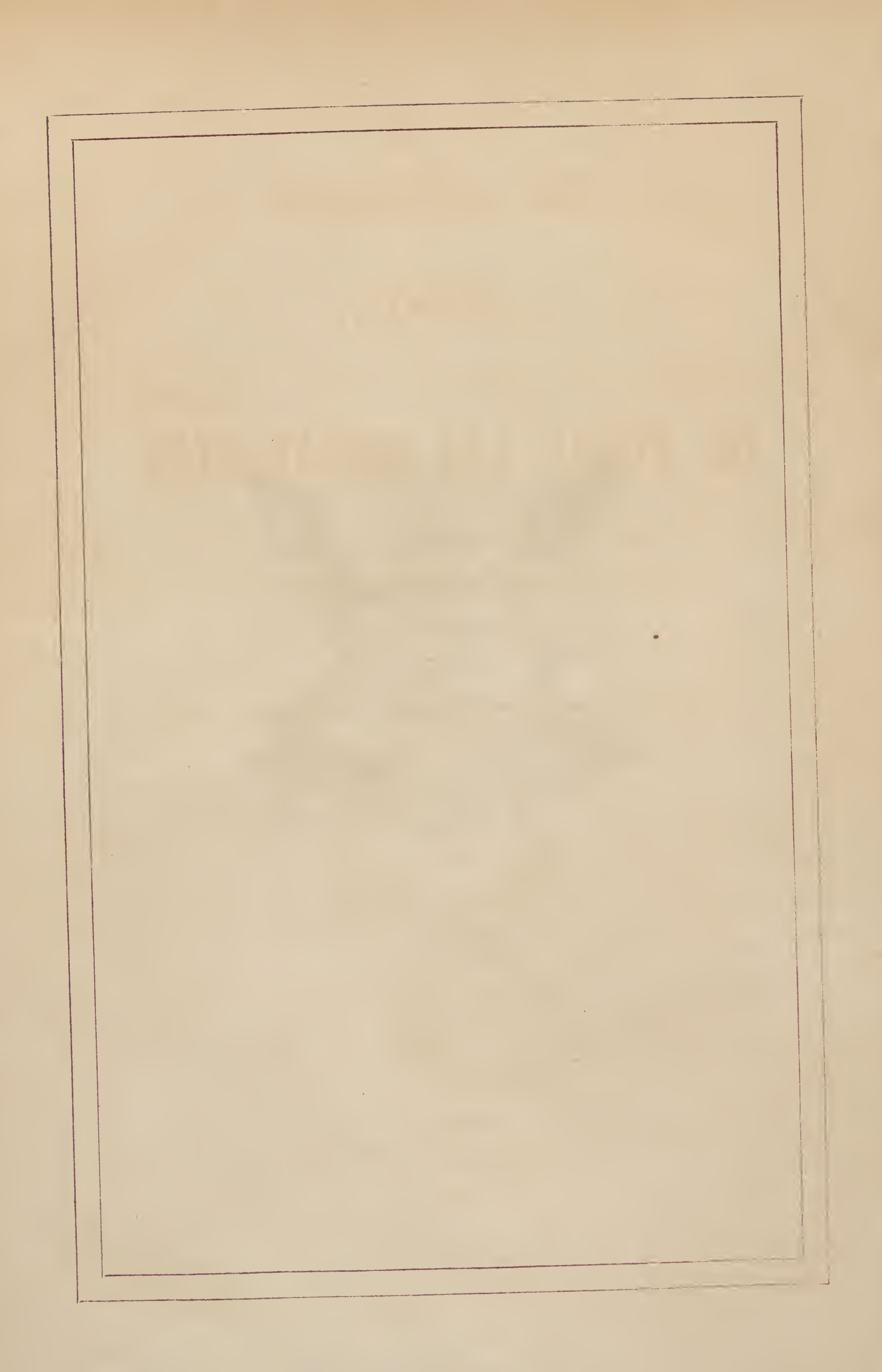







REYES CONTEMPO-
RANEOS
URRABIETA.
CARNICERO.



REYES CONTEMPORANEOS.

COMPENDIO

HISTÓRICO FILOSÓFICO

DE TODAS LAS MONARQUIAS,

CON LAS

BIOGRAFÍAS DE TODOS LOS REYES

Y PRÍNCIPES REINANTES, HASTA EL DIA.

OBRA ILUSTRADA

CON LOS RETRATOS DE CUERPO ENTERO DE TODOS LOS REYES, REINAS Y PRINCIPES HEREDEROS.

TOMO PRIMERO.



MADRID.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA.
Salon del Prado, núm. 8.

1852.

DEDICADA



A Sus Majestades,

Á LA GRANDEZA

Y

AL PUEBLO ESPAÑOL.





PRELIMINAR.

I.



A historia de la civilizacion, profunda y filosóficamente estudiada, nos enseña que los dos grandes principios, los dos poderosos elementos que perpetuamente se han disputado el dominio del mundo, son la autoridad y la libertad. La lucha de estos dos principios, opuestos entre sí y al parecer irreconciliables, es la que, concretándonos más á nuestro propó-

sito, resalta en primer término en el período de la civilizacion europea, y la que, así al filósofo como al historiador y publicista, puede dar la clave de tantos y tan variados sucesos, de tantas y tan violentas revoluciones, de las guerras sin cuento, de las peripecias y sacudimientos sucesivos que anublan y decoran el vasto cuadro de la que se nombra historia moderna. El un principio, el de la autoridad, lleva consigo el símbolo y la condicion indispensable del órden, de la unidad, la grandeza y la duracion de las cosas; con el otro, si se le considera aislado y exento del primero, va la anarquía, la inconsistencia, la mutabilidad y el individualismo : aquel es una prenda de conservacion y de progreso para las sociedades ; este, entregado á su propia naturaleza, sin freno moderador que lo regule, es el perenne escollo y la perpetua alarma de todos los intereses. Por eso vemos á todos los pueblos acogerse al amparo del principio de la autoridad, cualquiera que sea el que lo represente, siempre que, rotos los vínculos del respeto y la obediencia, camina la sociedad desbocada y sin guia á precipitarse por los senderos del acaso sin término fijo y señalado en su carrera; por eso todos los pueblos, trabajados de largas y estériles convulsiones, se encuentran dispuestos á aceptar el poder del brazo fuerte que los enfrene y los salve, siquiera esta salud sea comprada á costa de la libertad.

Y esto no quiere decir que la libertad sea de por sí un principio falso y nocivo, así como tampoco tendrán razon los que, de opinion contraria á la nuestra, rechacen y condenen el principio de autoridad : quiere decir, por el contrario, que los dos elementos, cuya lucha se hace sentir en todos los períodos históricos, y señaladamente en el actual, son dos verdades incompletas si se consideran separadas, pero que juntas pueden resolver de una manera completa el problema político; quiere decir tambien que el instinto de conservacion, tan poderoso en las sociedades como en los individuos, hace preferible la seguridad de la una, á la instabilidad y los azares de la otra.

El principio de autoridad, por otra parte, es la base y primera condicion de la sociedad, y por lo tanto ha nacido ó, mejor dicho, se ha formulado necesariamente primero que su contrario. Así es que la autoridad existe desde que hay hombres, formulada primero en la familia,

despues en el gobierno de los patriarcas, mas tarde en la monarquía, su expresion mas completa y acabada. La monarquía en este concepto es la institucion mas antigua y veneranda que registra la historia. Ella, partiendo del Oriente, ha recorrido é ilustrado el mundo, dejando en todas partes profundas y brillantes huellas de su paso; su historia es la de la humanidad, sus anales los del universo; á su sombra se han reunido y acrecentado los pueblos, han progresado las ciencias, se ha nutrido la industria, se han inspirado las artes; símbolo y personificacion de todas las fuerzas sociales que en ella, segun la brillante frase de un escritor distinguido, tomaban la forma de hombre, ha sido la patria, la religion, la gloria, el honor y la propiedad, confundidos en un solo poder y sentimiento, que, trasmitido por medio de la herencia, ha podido formar de las individuales esa gran fuerza colectiva, capaz de producir tan duraderos y colosales monumentos; ha sido y es, por último, el principio sacrosanto del órden, igualmente trasmitido de dinastía en dinastía como perpetuo lazo y condicion eterna del progreso.

II.

Este brillante paso de la monarquía en el mundo se halla marcado en cada uno de los períodos históricos de una manera indeleble, así moral como materialmente. Así cada época y cada siglo lleva el nombre de la raza real ó del monarca que representándole y dirigiéndole le ha impreso vida y movimiento; de manera que sin esas gloriosas dinastías que, como hemos dicho arriba, se van trasmitiendo la vida colectiva de la humanidad, no nos explicamos la posibilidad de los grandes adelantamientos, ni de las gigantescas obras que desafían el poder destructor del tiempo y del olvido. El individualismo nada es capaz de fundar que no sea miserable y perecedero. Destituida la sociedad de esa fuerza cohesiva y resistente que, poniendo diques al egoismo y sumando las fuerzas individuales, regla y dirige el movimiento, ni las naciones tendrian historia, ni las generaciones pasadas hubieran podido le-

gar á sus sucesores ese caudal de adelantos y mejoras que constituyen la civilizacion. Además, es cosa materialmente probada, que solo los pueblos regidos por monarquías han logrado dejar establecidas instituciones duraderas, é imprimir en los anales humanos el sello particular que distingue y da fisonomía á cada nacionalidad.

Pudieran citarse en contra de esta doctrina algunos ejemplos, así en los antiguos como en los tiempos presentes : en lo antiguo, las repúblicas griegas y romana; en nuestros dias, un poderoso imperio de mas allá de los mares. En cuanto á las repúblicas griegas, cualquiera que estudie su forma y su desarrollo comprenderá fácilmente que ellas son una prueba incontestable de cuanto llevamos enunciado. Creólas el individualismo, multiplicólas la division, enemistáronlas las rivalidades y ahogáronlas las guerras intestinas y los sofistas. El fecundisimo y variado genio griego, desarrollado libremente en todas las esferas de la actividad individual, no fué bastante á constituir un todo uniforme y compacto, y tuvo al cabo que cobijarse bajo la poderosa espada del gran Alejandro y su padre Filipo, fundadores de la monarquía macedónica.

La república romana, diferente en su índole y en su constitucion de las griegas, ofrece desde su orígen un fundamento de autoridad y poder estable en el augusto Senado, del cual dijo el Embajador bárbaro que semejaba un congreso de reyes. La lucha de este poder contra las invasiones de la plebe, representante del principio contrario, constituye el antagonismo perenne de aquella sociedad, que al fin se resolvió en la unidad del imperio y en el absoluto mando del primero de los Césares. Por donde se ve que ambas civilizaciones tomaron como última y definitiva forma de su progreso la unidad y estabilidad del poder, sin cuya condicion, ni la Grecia hubiera llevado sus luces y sus soldados hasta el Indo, ni Roma nos hubiese legado sus leyes y monumentos. La dictadura de Perícles y el imperio de Alejandro señalan las dos edades gloriosas de la primera, así como Augusto dió su nombre al siglo de oro de la segunda.

Queda el tercer ejemplo de los Estados Unidos, nacion (si tal puede llamarse aquella confusion de razas y diversas gentes) que, á no dudarlo, ha alcanzado en muy corto espacio de años un desarrollo y prosperidad

verdaderamente fabulosos. Pero, aparte de las causas especiales y de todos conocidas que han determinado tan prodigiosos efectos, no debe perderse de vista que aquella sociedad, nacida de ayer, prematuramente crecida y adulta, presenta ya todos los síntomas de una decrepitud tambien prematura, y que, no bien llegada á la cima del poder y de la riqueza, se encuentra amenazada en su misma organizacion constitutiva, á causa del antagonismo siempre creciente, entre unos y otros estados, con motivo de la esclavitud. ¿Qué será de la Union Americana el dia en que estalle una no improbable lucha entre el Sur y el Norte? ¿Qué principio, qué vínculo, qué medio de cohesion volverá á enlazar los dispersos miembros de una nacionalidad sin historia, sin recuerdos, sin unidad de raza, sin tradicion artística? ¿Sobre qué base habrá de asentarse en tan movedizo terreno un poder reorganizador? Se habrá de convenir, por consiguiente, que sin la monarquía no hay estabilidad para las sociedades.

III.

En la historia moderna de la Europa es donde mas sobresale el influjo civilizador de la monarquía. Discípula y pupila del poder religioso en un principio, fué la base y tipo de la organizacion europea que, arrancando desde Carlo Magno y tomando posteriormente tan variadas y fecundas formas, se ha dejado muy atrás á todas las civilizaciones anteriores. La monarquía ha fundado, engrandecido é ilustrado las nacionalidades modernas, sin que haya una sola que no le sea deudora de su poder y de su gloria. Una vez destruido el feudalismo, forma que tomó la individualidad en la edad media, y establecida la unidad de un poder protector y fuerte á la vez, la monarquía ha iniciado todos los progresos legítimos, ha protegido las letras, fomentado las artes y elevado en grado sumo la dignidad de los pueblos modernos: señal que los distingue profunda y esencialmente de los antiguos.

Bien es verdad que la inmensa y benéfica influencia de las institucio-

nes monárquicas, durante el período á que nos vamos refiriendo, es debida en gran parte á la savia fecundísima que le comunicó la Iglesia, sin cuya virtud, ni aquel enjambre de bárbaros que desoló la rica herencia de los romanos hubiera podido amansarse y pulirse, ni suavizarse las costumbres, ni mejorarse tan profundamente las leyes; ni las cruzadas se hubieran verificado, ni acaso llevádose á cabo el cúmulo de descubrimientos de todo género que forman la dicha y la aureola del mundo moderno. La Iglesia fecundizó á la monarquía, que por lo mismo tiene todo el carácter de una institucion cristiana.

¿Qué nacion de Europa podrá contar sus glorias, separándolas del nombre de sus ilustres monarcas? Ni los franceses podrán olvidar á su San Luis, su Enrique IV y su Luis XIV; ni el Austria á su María Teresa; ni la Rusia á su Catalina y Pedro el Grande; ni la Suecia á su Cristina y su Cárlos XII; ni la Prusia á su Federico II; ni á su Isabel la Inglaterra; ni la Italia á su Gregorio VII y su Leon X; ni la España á su Fernando el Santo, su Cárlos V y sus Reyes Católicos.

Posee tambien la monarquía moderna, como institucion eminentemente civilizadora y como hija del Cristianismo, la singular cualidad de acomodarse paulatinamente á todas las necesidades de los tiempos: su índole es tan flexible y progresiva, que la vemos marchar al compás de todas las mejoras en las instituciones sociales, sin ser estorbo ni rémora para ningun adelanto. Por eso se equivocan altamente los que creen curar todos los males presentes con ciertas teorías en alto grado trastornadoras, cuya realizacion, puesto que fuese posible, solo atraeria calamidades sin número sobre la culta Europa, haciéndola retrogradar, y mucho, en las vias del verdadero progreso.

Y si necesitásemos pruebas de esta verdad, nos las proporcionaria muy sobradas el espectáculo que ofreció la Europa entera hace tres años, cuando la revolucion sobrevenida en el vecino reino desató, cual nuevo Eolo, los tempestuosos vientos que conmovieron por su base los tronos y las instituciones. Las revoluciones anteriores, si vencidas, solo habian removido y perturbado un poco el órden y la paz de los pueblos; si vencedoras, se habian contentado con mudar la forma política, reformar las instituciones ó cuando mas con cambiar las dinastías. Pero

la catástrofe del año 48 puso en inminente peligro la existencia misma de la sociedad: así vimos con pavor y asombro extenderse el movimiento desorganizador con la rapidez de la electricidad por la mayor parte del mundo civilizado; caer unos tronos, verse vilipendiados otros, fugitivos los soberanos, arder en guerra la mitad de la Europa, devastada la Italia, ahogada en sangre la Hungría, paralizada la industria, aterrado el comercio y descoyuntado de tal modo el órden social, que casi podia creerse que la civilizacion iba á sumergirse en el cáos. Ahora bien: ¿por qué medios, merced á qué poderoso influjo ha cambiado la faz de las cosas? ¿Cómo es que ya hoy la Europa se encuentra en calma y respira la sociedad por haber escapado del naufragio? Tan felices resultados son debidos á que en todas partes se ha robustecido el principio monárquico; á que donde quiera se ha ahogado con mano fuerte el monstruo de la anarquía; á que han sido comprimidas, si no ahogadas, las ideas disolventes y antisociales en el mismo pais que las habia abortado. Y hé aquí cómo, una vez restaurados la autoridad y el órden en Europa, hemos venido á parar al punto de partida, siendo estériles tantas espantosas catástrofes, tanta sangre vertida, tanta riqueza prodigada.—¡Leccion profunda y elocuente para los que gobiernan y para los gobernados, así para los pueblos como para los reyes! Leccion que necesita aprovecharse, porque aun arde bajo nuestros piés el volcan, siquiera aparezca apagado y no vomite llamas su terrible cráter. El mal es profundo; no está solo en la superficie: tiene su orígen en la relajacion del principio de la autoridad, tanto en el órden político como en el religioso; de suerte que para extinguirlo es indispensable que la una y la otra se fortalezcan. Semejante mision corresponde á la monarquía.

La monarquía, que al presente ha tomado formas constitucionales en todas las naciones europeas (con muy contadas excepciones), está evidentemente destinada á resolver, en un porvenir no muy lejano, el eterno problema de los dos principios que, como dijimos al comenzar, se disputan el dominio del mundo. Y hoy dia (lo volvemos á decir), que por todas partes se han relajado los vínculos de la sujecion y del respeto; hoy dia, que parece que se ha apoderado un vértigo de todas las cabe-

zas, y que la sociedad se siente conmovida en sus fundamentos, es el único antemural que puede contener el desbordamiento de los instintos aviesos y las pasiones solevantadas.

IV.

Bueno será que nos detengamos ahora, siquiera someramente, acerca del objeto de la publicacion que vamos encabezando, porque no parezca fuera de propósito cuanto llevamos expuesto. Nuestro proyecto se reduce á presentar, de una manera digna de la augusta persona á que va dirigida la obra, un cuadro completo de todos los monarcas actuales de la Europa, comprensivo de sus biografías y realzado con una ojeada rápida sobre cada una de las naciones cuyos jefes han de ser retratados.

Tan íntimamente ligada está la vida de los monarcas con la historia de los pueblos regidos por ellos, que no es posible recorrerla sin ir delineando á la par los sucesos mas principales y el desarrollo histórico y político de los segundos. Por eso es que la presente obra, á mas del interés que habrán de despertar en el público las condiciones tipográficas que han de recomendarla, encerrará cierto aliciente de linaje literario, que, si no la hace profunda, le prestará al menos alguna utilidad y ameno entretenimiento. Al propio tiempo creemos que será acepta á los ojos de un pueblo cuyos sentimientos monárquicos se hallan arraigados tan profundamente en todos los corazones, y cuyos heróicos y caballerescos anales traspiran por todos sus poros ese amor religioso á sus reyes, esa abnegacion sublime y esa ferviente fe religiosa que ha obrado tantos prodigios en lo pasado, siendo segura prenda de otros no menores en lo futuro.

Y por cierto que si en algun pais el sentimiento monárquico (no destituido por otra parte de la dignidad é hidalguía proverbial en los españoles) llena y anima todos sus períodos históricos; si en algun pais este sentimiento, íntimamente ligado con el religioso, ha engendrado los mas sublimes hechos y determinado las mas colosales empresas, este

pais es nuestra noble y gloriosa España. Aquí, súbditos y monarcas, indisolublemente unidos con los vínculos del amor y del respeto, mutua y alternativamente ayudados y protegidos, no han ofrecido en ninguna época esas sangrientas venganzas y catástrofes espantosas que manchan y desdoran los anales de otras naciones al parecer mas cultas y felices; aquí el feudalismo, vigorosamente refrenado por el brazo fuerte y protector de la monarquía, no ahogó, como en otras partes, con su ferrada cintura al mísero y desarmado pechero; aquí la sabia y enérgica prudencia de los príncipes, conservando pura é incólume la fe de nuestros padres, opuso un valladar invencible á las invasiones de la herejía, cuyo letal veneno ha dado abundantisimo fruto de discordia y de malestar en extraños paises, mas ricos, pero menos dichosos; aquí no existe, merced á la influencia religiosa y monárquica, el negro pauperismo, gigante de cien cabezas, lepra de las sociedades modernas y desesperacion de los economistas en su afan ímprobo de cauterizar la llaga.

A no dudarlo, todo cuanto se roce con las instituciones monárquicas y vaya encaminado á nutrir este noble sentimiento, debe de excitar el vivisimo interés de un pueblo que, volviendo la cara atrás, puede ver batallar á su raza bajo la conducta de sus reyes por espacio de siete mortales siglos, contra las huestes agarenas, hasta lanzarlas mas allá de los mares; un pueblo que bajo la insignia de Rey, Patria y Religion llevó victoriosos sus pendones por toda la extension de la tierra; que regaló á la civilizacion un nuevo mundo, conquistado con la fuerza de su constancia y de su brazo; un pueblo, por último, que cuenta entre sus monarcas á un S. Fernando, á una Isabel la Católica, un Cárlos V y un Felipe II; entre sus capitanes á un Cid, un D. Juan de Austria, un Hernan Cortés y un Gonzalo de Córdoba; y entre sus laureles los recogidos á manos llenas en Otumba, Pavía, San Quintin y Lepanto: laureles que, á haberse marchitado, volvieran á verdecer con nueva lozanía en Zaragoza, San Marcial, Bailen y Talavera.

Hoy dia no se ostenta, es verdad, sobre dos mundos la diadema de España, ni nuestras naves, temidas y respetadas, recorren todos los océanos, ni crecen á nuestras plantas las palmas de la victoria; hoy dia yace abatida, aunque no tributaria, la señora de las naciones; pero aun

arde en el pecho de sus hijos el vivo fuego de la fe antigua; aun circula por sus venas el santo amor del trono y de la patria, capaces de obrar en lo sucesivo las pasadas maravillas. El glorioso nombre de la jóven y excelsa señora que hoy se asienta en el solio de S. Fernando, aparte de las insignes calidades que resplandecen en su augusta persona, es de venturoso augurio para los futuros destinos de la nacion española. ISABEL es un nombre predestinado en la historia: Isabel de Hungría, Isabel de Inglaterra é Isabel la Católica lo han ilustrado tanto, cuanto los mas grandes hombres han podido glorificar el suyo. Y si la segunda de estas princesas elevó su gente al grado de grandeza que todavía disfruta; si á la última es deudora nuestra raza del principio de su poder y de su gloria, bien puede confiarse en que la Providencia nos ha enviado la segunda Isabel para regenerar y engrandecer á nuestra patria.

V. A. B.



J. Vallejo dib.º y lit.º

Lit. J. Donon Madrid

ISABEL II.ª  DE BORBON

REYNA DE ESPAÑA.

ESPAÑA





ESPAÑA.

—

ISABEL SEGUNDA DE BORBON.

I.



ocas naciones podrán ofrecer al mundo una historia tan fecunda en maravillosos sucesos y en hechos heróicos de valor, como la nuestra. Situada en un confin de la Europa, y formando por su posicion geográfica una especie de continente aparte, sirviéndole de valladar, por un lado, el Tírreno y el Océano, y por otro los altos montes Pirineos, ha podido la península Ibérica conservar mas

que ningun otro pueblo su carácter especial y fisonomía propia, sin dejar por esto de participar, en los trabajos y en los beneficios, de la obra comun de la civilizacion europea. De aquí es que casi todos los períodos de su historia estén revestidos de cierta aureola singular y extraordinaria, que impresiona vivamente la imaginacion de artistas y poetas, y que aun hoy dia nos hace un pueblo original y digno de estudio en medio de los demás pueblos civilizados, en los cuales se va estableciendo cierta mancomunidad de intereses, de relaciones y hasta de costumbres, verdaderamente cosmopolita. Por eso vemos continuamente venir á nuestra tierra multitud de extranjeros en busca de aventuras y de sucesos raros, creyendo encontrar en ella la realidad de los cuentos, las leyendas y los romances.

Es además nuestra patria una rica y deliciosa region, dotada por la naturaleza con liberal y próvida mano, donde es claro el sol, sereno el cielo, apacible el clima, variado y feraz el suelo, blanda y graciosa la condicion de la gente. Por eso hemos visto desde los albores de los tiempos históricos llegar sucesivamente á nuestras costas diversas y extrañas gentes, ya atraidas por la riqueza y fertilidad de nuestra nativa tierra, ya en busca de teatro para sus conquistas y fundaciones, ó ya de mas benigna y suave temperatura. El fenicio y el cartaginés, el romano y el godo, el vándalo y el árabe, y hasta en nuestros dias el belicoso franco conducido por los capitanes del siglo, todos han ido pasando alternativamente por nuestro suelo, dejando en él su huella mas ó menos profunda; y con todos alternativamente hemos tenido que batallar en defensa de nuestra nacionalidad é independencia. Esta sucesion de razas, que al par de sus usos nos han dejado tambien algo de su sangre; estas luchas seculares, no bien concluidas unas cuando comenzadas otras, han contribuido á formar el carácter español, independiente y benévolo, modesto y aventurero, caballeresco y religioso, belicoso y blando, y original sobre todos los carácteres europeos.

Seria ajeno de la índole de este trabajo perdernos en vagas digresiones sobre las razas aborígenes que se desarrollaban en la península ibérica antes de la primera de las invasiones que acabamos de enumerar, tarea propia de otro género de ensayos, y acaso infructuosa aun cuando nos fuese dado iluminar con algun rayo de luz la escabrosa obscuridad de los tiempos primitivos. Bástenos apuntar, para bosquejar ligeramente la fisonomía de nuestro pueblo, y trazar á grandes rasgos el cuadro de su desarrollo histórico, como prefacio de la biografía de la excelsa Reina que rige hoy sus destinos, tarea que nos hemos impuesto; bástenos, decimos, con indicar el paso de las extrañas gentes y el sello que de su propio carácter y peculiares costumbres dejaron en las nuestras; bástenos referir, todo lo mas rápido que nos sea posible, cómo se ha ido formando y desarrollando por el espacio de muchos siglos la gran nacionalidad española, en cuyo trono se asienta actualmente D.ª ISABEL II DE BORBON.

II.

El poder romano ha sido evidentemente el primero que ha influido directamente en el carácter de las razas celtíberas, y el que principió á dejar un profundísimo surco en nuestra historia. Tal vez el primer pueblo del mundo, dotado de un espíritu asimilador y exclusivo de cualquiera otro elemento, invadia los otros pueblos, no ya, como sus antecesores y rivales los fenicios y cartagineses, con la sola mira de explotarlos y disfrutar sus riquezas, sino que, al par que á extender su dominacion y abrir campo á sus conquistas, era impelido en su afan invasor á exterminar en la tierra todos los principios contrarios al suyo, ó mas bien á asimilárselos imponiendo á los pueblos subyugados su lengua, sus usos, sus artes, sus dioses y, sobre todo, sus leyes.

En España, mas que en ninguna otra parte, se manifiesta este doble carácter de la dominacion romana. Vino á ella Roma en busca de su irreconciliable contrario, y le venció : no contenta ni segura hasta exterminarle del todo, pasó los mares, le llevó la guerra y el incendio á su propia tierra, y no dió treguas ni descanso hasta que pudo sentarse tranquila sobre las ruinas humeantes de Cartago. Durante estas sangrientas luchas se señalaron heróicamente dos pueblos : Sagunto y Numancia, cuyos nombres no perecerán nunca mientras existan anales en el mundo. Estos dos pueblos son las dos primeras columnas del valor é independencia de los españoles, monumento inmortal de sus mas antiguas glorias, y ejemplo eminente que en épocas sucesivas se ha visto imitado si no sobrepujado.

Asentados ya sin contradiccion los romanos en el suelo ibérico, una vez sojuzgada la dura y tenaz cerviz de los cántabros, últimos que cedieron al extraño yugo, siguieron por largos años, no tanto pesando sobre nosotros á la manera de crueles opresores, cuanto imprimiéndonos su espíritu, su carácter y sus costumbres. Así es que al despuntar en el horizonte del mundo la aurora del Cristianismo, que debia de abrir una nueva era para los pueblos renovándolo todo, vemos á la España convertida y mudada en verdadera provincia romana : dividiase en municipios, retrato en miniatura de la grandiosa república; hablábase vulgarmente la lengua del Lacio ; florecian en su suelo las artes y las letras romanas, abundando los filósofos y los poetas ; regian sin excepcion sus leyes; sacrificábase á sus mismos ídolos; decoraban sus ciudades columnas, estatuas y monumentos parecidos á los de Roma; en una palabra, la Península era completamente romana. Las colosales ruinas que todavía ostentan como título de nobleza muchas de nuestras ciudades, los muros aun en pié, los acueductos, puentes y calzadas son á nuestros propios ojos señales elocuentes del sello indeleble que imprimió á nuestro pueblo la poderosa civilizacion de Roma.

III.

Habiamos sido romanos y paganos, debiamos ser, á nuestro turno, cristianos y godos. Nuestra patria, que habia sabido estimular la codicia y el espíritu conquistador de romanos y cartagineses, naturalmente debia de ser visitada por los desconocidos y numerosos bárbaros que desprendiéndose, cual témpanos de hielo, de las nebulosas extremidades del Norte asolaron el Oriente y el Occidente, echaron por tierra el poder de Roma y renovaron el mundo, una vez regenerados ellos mismos por la luz del Evangelio. Varias y sucesivas oleadas de aquella arrasadora inundacion fuéron pasando por nuestro suelo, hasta que en él se fijaron definitivamente los godos, fundadores de la monarquía en España. El brillante aunque no largo período de esta cadena de reyes, que comienza con Ataulfo y concluye con el infortunado Rodrigo, se señala en nuestra historia por el importantísimo y trascendental suceso de haber abrazado los españoles el Cristianismo bajo el reinado del pio y gloriosísimo Recaredo. A este período pertenecen igualmente los insignes Isidoros y Leandros, lumbreras de la iglesia española, célebre desde sus tiempos primitivos por la sabiduría de sus famosos concilios, é ilustrada con la preciosísima sangre de sus numerosos mártires. Las no menos famosas leyes de esta época, conocidas por el nombre de *Código visogodo*, y objeto hoy mismo de la solícita investigacion de los sabios, ilustran asimismo los anales de la monarquía gótica. Aquí fué pues donde comenzó á formarse el verdadero carácter nacional, monárquico y religioso á la par; aquí donde principió á nutrirse aquel fecundo semillero de nobles y generosos esfuerzos que tan ancho campo encontraron en siete mortales siglos de perpetua lucha contra todo el poder de la Media Luna.

IV.

Habiamos sido, después de romanos, godos; éramos ya monárquicos y cristianos, é íbamos á pelear heróicamente por no ser musulmanes, y adquirir el nombre por siempre glorioso de españoles.

Caida, con su último monarca, la dinastía goda en las sangrientas márgenes del Guadalete, se vió inundada nuestra patria por un nuevo diluvio de bárbaros, venido del lado opuesto á las anteriores invasiones. Empero habian cambiado mucho los tiempos: la nueva sangre que corria por nuestras venas y la nueva luz que iluminaba nuestra alma nos habia regenerado ennobleciendo nuestra condicion y

nuestro carácter. No era ya pues para el árabe tan fácil tarea, como lo fué para el romano, imponernos su yugo, ni mucho ménos arrancarnos nuestro culto. Ya éramos seres libres, y teniamos por lo mismo fe que conservar, patria que amar, rey que defender. — Hé aquí lo que distingue á los pueblos cristianos, de los antiguos.

Y en vano fué que el feroz alarbe cubriese con sus legiones, primero, los campos que riega el Bétis, y luego los del Tajo y los del Ebro; en vano que fuese dueño de casi todo el territorio de España; en vano que se alzase la Media Luna sobre la imperial Toledo, trono y asiento de la monarquía goda; que el santo fuego de la fe y de la patria, mas perenne que el del culto antiguo, no se apagó en muy pocos españoles, y esto solo bastó para que, proclamada nuestra nacionalidad é independencia en los altos montes que baten las agitadas olas del mar Cantábrico, se emprendiese una lid sin ejemplo en los anales del mundo, cuyo término habia de ser arrojar á los poderosos invasores mas allá de los mares, la exaltacion de nuestra fe y la definitiva consolidacion de nuestra personalidad nacional. ¡Magnífica epopeya, que principia con el levantamiento de Pelayo y concluye con la toma de Granada por los Reyes Católicos, sirviéndole de episodio el descubrimiento de un nuevo mundo! ¡Epopeya sin poeta, pero que, no obstante, se halla escrita é incarnada en la sangre y en la vida histórica de la raza española, transpirando por todos sus poros, así en los templos como en los sepulcros góticos, en las leyendas y en las tradiciones!

Durante esta sangrienta y gloriosa semana de siglos se fué nutriendo nuestro carácter nacional y formándose nuestra lengua y literatura, que considerada en su primitivo albor, y antes de que se modificase al contacto y bajo la influencia de las extranjeras, es la mas original y la mas antigua de todos los pueblos de Europa; ofrecimos al mundo el ejemplo de las mas sabias leyes, añadiendo á las gloriosas tradiciones del *Código visogodo* las *Partidas* del insigne D. Alonso el Sabio, y dimos el primer modelo de monarquías templadas, justas y civilizadoras, tales como las de Leon, Castilla y Aragon, á cuyos jefes no fué obstáculo la guerra secular que sostenian contra los sectarios de Mahoma para emprender y acabar inmensas conquistas, proteger la literatura y las artes, propagar el comercio y llevar las barras y los leones al Oriente y al Occidente.

Y como no hay suceso, ni guerra, ni conquista que no llene algun designio providencial en la marañada madeja de la vida de los pueblos, no dejaron los mismos árabes, enemigos y todo de nuestra fe y de nuestra libertad, de ejercer alguna influencia en el carácter y en la civilizacion de la España. Así es que mientras por una parte, al defender nuestra creencia y nuestra nacionalidad, acrisolábamos la primera, asentando en firmísimos cimientos el sentimiento de la segunda, por otra nos iniciábamos, con el contacto de nuestros propios enemigos, en los secretos de muchos conocimientos (especialmente en las ciencias físicas y naturales) cuya luz brilló mas tarde en el resto de la Europa, sumida á la sazon

en las tinieblas de la edad media. Igualmente contribuyeron, y no poco, los árabes á pulir nuestras costumbres y á inspirarnos ese sentimiento galante y caballeresco de que están impregnadas nuestras tradiciones, y que ha sabido dar un colorido tan original y poético á nuestra fisonomía nacional, á nuestros cuentos y á nuestra historia.

Aquí vemos, pues, cómo transformándose sucesivamente la España romana, la España goda y la España árabe, se constituyó la verdadera y prepotente España, católica, monárquica é independiente; cómo luchando y descomponiéndose los diversos elementos que le componen, se ha ido fundiendo y aquilatando el verdadero carácter español, noble, altivo, valiente, caballeresco, monárquico y religioso. Hé aquí, por último, cómo se ha consolidado la unidad nacional, indisoluble desde entonces, y que en tiempo de los Reyes Católicos pudo ya llenar al mundo con su nombre, asombrarle con sus hazañas é ilustrarle con sus letras.

V.

El reinado de los Reyes Católicos abre un nuevo y grandioso período en la historia de España: en él toca á su remate la guerra con los árabes, desaparecen las denominaciones de godos, leoneses, aragoneses y castellanos; reunidos todos bajo una egida comun toman el nombre de españoles, concluyen las divisiones de los antiguos reinos y señoríos, y se levanta grande y majestuosa la monarquía hispana, purgada de enemigos interiores, una en su fe y en sus sentimientos, y sabiamente regida por Isabel y Fernando. Fué este el punto de descanso de las perdurables fatigas anteriores, y que debia servir, no ya para consumir en estéril ocio las fuerzas y el poder adquiridos á tanta costa, sino para apercibirse á nuevas y mas fecundas empresas.

Los dos insignes príncipes, que por su ilustrada piedad y heróicos esfuerzos merecieron para siempre el sobrenombre de Católicos, son verdaderamente dignos de cuantos elogios les ha prodigado el juicio severo y desinteresado de la posteridad, siendo su reinado el mas glorioso y feliz, el mas español (permítasenos esta palabra) de toda nuestra historia. En él fué á parar, y no á perderse, el copioso fruto de tanto afan, de tanto heroismo, de tanta sangre; de manera que bien puede llamarse la síntesis de todos los reinados anteriores. Merced á lo sabio y profundo de sus miras, se elevó la nacion española á un grado de grandeza y prosperidad que en ninguna otra época ha alcanzado, y que entonces no tuvo semejante ni aun rival en la Europa. Pulióse la lengua tomando una forma fija y determinada, emprendieron noble vuelo las letras, abriéronse universidades, se desarrolló prodigiosamente la industria, creció el comercio, mejoráronse las leyes. La administracion se regularizó, ó mas bien, se fundó de raiz, se organizó el

ejército de una manera regular y permanente, se fijaron bases equitativas para los tributos, se abolieron odiosos privilegios, se puso órden en todo. Esto en cuanto á lo interior. Por lo que toca á lo exterior, las conquistas de nuestras armas en Africa é Italia bastarian á inmortalizar la memoria de aquel insigne reinado. Pero faltan palabras para realzar cuanto se merece la gloria y la grandeza de alma de tan ilustres monarcas (con especialidad la egregia Isabel), cuando se considera que durante su reinado y merced á los levantados pensamientos y prolijos afanes de aquella incomparable reina, se llevó á cabo la mas trascendental empresa de los tiempos modernos; si se considera que ella entre tantos fué la única que supo comprender y estimar al sabio peregrino, y la que le dió ayuda y proteccion, recibiéndole con agasajo en medio del estruendo de las armas y las fogatas de los campamentos, sin que empeciese á su heróico desprendimiento y generosa ambicion, ni la pobreza del tesoro, ni los cuidados de la guerra.

Así es que no nos pesa de haber dicho en el preliminar de la presente obra, que el nombre de ISABEL es un nombre predestinado. Nuestra Isabel actual se gloría ufana de llevarlo, y de ser la primera que se asienta en el trono de Castilla, desde que su augusta predecesora lo dejó vacío, pero lleno de poder y de gloria. Por eso tambien no nos arrepentimos de haberle pronosticado tan feliz augurio.

VI.

Con la dinastía austriaca comienza otra época, si no tan feliz como la precedente, la mas grande y gloriosa de nuestra historia. Pocas dinastías, en efecto, han dejado un rastro mas brillante al pasar por un pais, así como hay pocas que presenten el espectáculo de una degeneracion tan rápida como la que ofrece la que se inaugura con Cárlos V, el rey mas grande del mundo desde Carlo Magno, y acaba con Cárlos II, el mas infeliz de los monarcas.

Habia recibido Cárlos V, representante y personificacion de todo este período, la rica herencia de los Reyes Católicos, y entraba á regir un pueblo amaestrado en las lides, grande y fuerte como ninguno en Europa. Una vez en su mano tan poderoso instrumento, sirvióse de él el insigne monarca para emprender campañas colosales que por muchos años tuvieron en guerra á la mayor parte de Europa. Italia, Francia, Alemania, la misma Africa fuéron el teatro de sus grandes hazañas, y donde desplegó las inmensas dotes de gran capitan y profundo político que tanto realzan al conocido en la historia, ántes de que otro hombre grande viniese á ceñirse la diadema imperial, por el nombre del Emperador.

Así como en el precedente reinado se acabó de fundar la unidad de nuestra nacion y la estabilidad de nuestra monarquía, el largo y gloriosísimo de Cárlos V dió á la España la gloria militar, el renombre europeo y una gran extension de

dominios y territorio. Llegó entonces nuestra patria al apogeo de su poder, triunfantes sus banderas por toda la Europa, y respetado su nombre en todos los paises. Célebre la época del reinado del Emperador por muchos títulos, y muy particularmente por haber vivido durante él muy grandes monarcas y esclarecidos capitanes, tales como Francisco I, Enrique VIII, Leon X y Soliman el Magnífico, y haber estallado la herejía protestante que tanto ha agitado y aun agita al mundo; por muy grande que fuera su siglo, Cárlos lo llenó y personificó con su poderosa figura, ante cuya majestad augusta todos sus contemporáneos y rivales quedaron oscurecidos. Así le vimos vencer en diversas ocasiones los ejércitos franceses, aprisionando en la memorable batalla de Pavía (bien que en esta jornada no mandase personalmente las tropas españolas) á su caballeresco rey Francisco I; pelear y vencer en Roma, vencer en Alemania, derrotar las huestes turcas que, dirigidas por el gran Soliman, amenazaban á la cristiandad y á la Europa, ganar plazas en Africa, combatir siempre por mar y por tierra.

Representó, además, el Emperador un principio de inmensa trascendencia para la civilizacion, cuya significacion ha atraido sobre su reinado las miradas investigadoras del historiador y del filósofo. Este principio fué el de la integridad de la fe católica, defendida por él desde el altísimo puesto que ocupaba con toda la fuerza de su genio y de su brazo, y con alguna más parsimonia y templanza que la usada por su hijo y sucesor Felipe. Cárlos V, no contento con haber salvado la cristiandad dos veces contra el pujante poder de los turcos, opone igualmente un robusto dique á las invasiones de la herejía, conservando ileso entre nosotros el tesoro de la fe de nuestros padres; y si bien no logró extirpar el mal en su orígen, hizo mucho por la Iglesia con atajar su curso y ponerle barreras insuperables. Ni en esto paró su saludable proteccion para con el catolicismo: al amparo de su autoridad y prestigio pudo reunirse el memorable concilio de Trento, que tantos beneficios habia de proporcionar á la paz y seguridad de la Iglesia.

Mas grande aun que por todas sus hazañas é insignes hechos, aparece Cárlos V en la historia por la grandeza verdadera de su fin, cuando le vemos despojarse voluntariamente de toda la pompa real é imperatoria, convencido de la vanidad de las cosas humanas, y morir en obscuro y casi ignorado retiro.

Su reinado fué para España la época de la gloria militar y de la importancia política, pero los laureles que con mano pródiga nos ciñó la victoria fuéron comprados á mucha costa, quedando nuestra patria empobrecida y exhausta á vuelta de tan largas guerras, descaecida la industria, mermada la poblacion y enflaquecido el comercio. Quedó la España pobre, pero grande, ilustrada, compacta, monárquica y religiosa.

Bajo el cetro de Felipe II, gran monarca aun cuando no tan insigne como su glorioso padre, conservó España su poder, y aun lo aumentó momentáneamente con la incorporacion del Portugal, region destinada por la naturaleza á formar parte de nuestra nacionalidad, y segregada por razones de política. Tambien

creció el laurel victorioso para nuestras armas durante su imperio, como pueden testificarlo las hazañas de San Quintin y de Lepanto. Pero lo que mas señaló el largo período de este monarca fué el inmenso desarrollo de las letras y las artes, que degeneraron gradualmente con la dinastía, hasta caer á la par de ella en la postracion en que la vemos á la muerte de Cárlos II.

Los reinados de Felipe III, Felipe IV y Cárlos II, no ofrecen otro interés ni espectáculo (si se exceptúa el del segundo por el brillante lustre que adquirió nuestra literatura) que el del lamentable y gradual descenso de una gran altura á la mas abyecta bajeza.

Por manera que la casa de Austria nos dió la gloria guerrera, la preponderancia política y los laureles literarios. Pero legónos tambien la pobreza y la decadencia. Y la razon es muy obvia; pues como el fortísimo brazo de Cárlos V y la prudencia suma de su hijo nos elevó á tal altura, bajamos rápidamente de ella, por faltar estas calidades á sus sucesores, con el caudal de menos que nos habian costado nuestras batallas. Lo que prueba (y esta es una leccion que no debe desaprovecharse) cuán infecundas suelen ser las conquistas, y cuán ruinosos los sucesos de las armas, siquiera sean favorables.

VII.

Al extinguirse con el infortunado Cárlos II la casa de Austria, habia llegado la España al mas miserable y deplorable estado. Habíase disipado como el humo la ostentosa gloria alcanzada por el Emperador en los campos de batalla: cuanto habiamos ganado guiados por su poderosa espada, lo perdímos, no sin grandes y constantes sacrificios hechos heróicamente por la nacion durante cuarenta años de guerras para conservar el magnífico y á la par triste legado que nos habia hecho Cárlos V; nuestra dominacion en Portugal fué tan pasajera como rápida habia sido su conquista; decayó nuestra preponderancia política en Europa, y nuestras armas, medio siglo antes triunfantes é invasoras por todas partes, se retiraban vencidas ó disputaban con la tenacidad y heroismo propio de españoles el terreno anteriormente conquistado.

Como consecuencia necesaria de cerca de mil años de incesantes guerras, hallábase tambien España exhausta y despoblada, agotados sus recursos y ateridas las fuentes de su prosperidad y riqueza. Mas aquí conviene hacer una aclaracion, siquiera ligera y de pasada: mientras duró la invasion musulmana, eran necesarias las continuas guerras que contra el poder de la Media Luna vinimos sosteniendo por muchos siglos para constituir nuestra independencia y consolidar la unidad de nuestra fe, de nuestra monarquía y de nuestra nacion. Empero las sostenidas con casi todas las potencias de Europa despues de los Reyes Católicos,

por mas que las de Cárlos V elevasen á España al mayor grado de esplendor, agotaron completamente nuestros recursos.—¡Triunfos y conquistas efímeras y estériles! El vario giro de la fortuna no tardó en arrebatarnos sus glorias dejándonos nuestra pobreza!

El desarreglo y la torpe direccion en el gobierno interior del pais contribuyó, aun todavía mas que los azares de las armas, á postrar y empobrecer á la España. Una no interrumpida serie de ministros y favoritos, mas ambiciosos que verdaderos hombres de Estado, y por lo regular mas apegados al propio medro é interés que al público provecho, que vinieron manejando los negocios desde Felipe III hasta Cárlos II, redujo la poderosa nacion de Cárlos V y de Felipe II á un estado tan deplorable, que bien hubiera podido temerse que á la muerte del último monarca de la dinastía austriaca desapareciese del mapa político de Europa. A la miseria pública y privada, al despilfarro y desgobierno, á las derrotas y decadencia unianse, para mayor angustia, disensiones intestinas, invasiones del territorio, pestes y otras calamidades.

A pesar de todo esto, todavía España pesaba en la balanza europea, y aun tuvo esfuerzo para entrar en la coalicion contra el poder cada vez mas creciente del monarca de una nacion vecina, apellidado el Grande. Este monarca era Luis XIV, quien dió á la Francia la importancia y la gloria que á nosotros nos habia proporcionado el genio militar de Cárlos V. La España pues, como acabamos de decir, pudo todavía, no obstante sus desgracias, formar parte de la coalicion y pelear con denuedo, si no con gloria, retirándose la última de los campos de batalla. Tan grande habia sido su poder y tan pesado su brazo para el resto de la Europa, que aun decaida y todo, siquiera destrozado y descoyuntado el gigante, presentaba todavía su armazon tan colosales dimensiones que ponia miedo y espanto, siendo capaz de alterar el equilibrio con su peso, donde quiera que se inclinase. Así, pues, la Europa, que durante largo tiempo habia estado fluctuando entre el poder de la casa de Austria y la de Borbon, y que veia acrecentarse el de esta última bajo el reinado de Luis XIV; deseosa además de paz y de alcanzar el pretendido equilibrio (*desideratum* de los políticos de entonces), trató nada menos que de repartirse la España, destrozándola en girones despues que acaeciese la esperada muerte de Cárlos II, y en cuyo reparto habian de sacar las principales ventajas Francia, Austria é Inglaterra. El testamento de Cárlos II, la política hábil de Luis el Grande, y sobre todo la energía de la España, que todavía tuvo aliento para sostener una larga guerra de sucesion, salvaron la integridad de la monarquía, colocando en el trono á la dinastía borbónica.

VIII.

La nacion concibió un rayo de esperanza al empuñar el cetro de San Fernando el ilustre nieto de Luis XIV, duque de Anjou, que bajo el nombre de Felipe V fundó la dinastía de la casa de Borbon de España. Así fué que acabó de agotar el resto de su sangre y de sus fuerzas por afirmar sólidamente para el nuevo soberano el trono que tan conmovido habia dejado Cárlos II, esperando recuperar los bienes pasados en parte, ya que no en todo, bajo el benéfico influjo de un gobierno mas solícito, mas paternal y mas español que el que habian hecho pesar sobre ella los últimos monarcas de la casa de Austria.

No fuéron completamente defraudadas las esperanzas de la España; pero antes de que delineemos tan rápidamente como los anteriores el período de nuestra historia desde Felipe V acá, bueno será digamos algo sobre el orígen de la ilustre y gloriosa casa de Borbon, cuyo jefe y representante en el mundo es hoy nuestra excelsa soberana D.ª ISABEL II.

IX.

La familia de Borbon, una de las razas reales mas antiguas y poderosas de la Europa, toma su nombre de Borbon d'Archambaud en la antigua provincia del Borbonés en Francia, enclavada entre el Nivernés, la Auvernia, la Borgoña y el Berry. Esta region fué desde el siglo VIII señorío, baronía y posteriormente ducado, estando en posesion de ella la familia que lleva su nombre, ilustrada desde su orígen por una sucesion de esforzadísimos y heróicos guerreros, caballerosos y magnánimos, que durante las largas luchas que tuvieron que sostener los antiguos reyes de Francia, primero con los señores feudales, después en las cruzadas y luego con sus eternos rivales los ingleses, no envainaron un punto su espada, derramando copiosamente su sangre en uno y otro combate, acrecentando el territorio y dando por último unidad, grandeza y poder al pais de donde hoy dia están relegadas y proscritas las diversas ramas de su raza.

Childebrando I, hermano póstumo de Cárlos Martel, abuelo de Carlo-Magno, hijos ambos de Pepino de Heristal, fué padre de Nibelongo I, que vivia por los años 805. Este tuvo dos hijos: Teoberto, padre de Roberto el Fuerte, que fué bisabuelo de Hugo Capeto, y Childebrando II, tronco de la primera casa poseedora del territorio Borbonés, y cuyo orígen se confundia con el de Francia de la primera y segunda raza. Aquí podriamos poner la larga sucesion de los señores de

Borbon, después duques del mismo nombre, de cuyos grandes hechos está llena la historia de Francia, y que fué engrandeciéndose gradualmente hasta extinguirse en el famoso Condestable muerto en el asalto de Roma. Pero bástanos con indicar el orígen, siendo como es nuestro propósito ocuparnos solo en la historia de la casa real de Borbon, que dividida en varias dinastías ha extendido su poder por la mayor parte de la Europa.

El jefe de tan ilustre raza lo es Roberto el Fuerte, hijo, como ya hemos dicho arriba, de Pepino de Heristal, duque de Neustria en 861 y muerto valerosamente peleando contra los normandos en 866.— Por donde se ve al progenitor de esta familia secular de héroes y de guerreros imprimir el bautismo de su propia sangre á su noble descendencia. Hijos de Roberto fuéron Eudo y Roberto, ambos reyes de Francia, el uno en 888, y el otro en 922. Hugo el Grande, duque de Francia y conde de Paris y de Orleans, era el primogénito de Roberto; su hijo Hugo Capeto fué el que en 987 fundó la tercera dinastía de los reyes de Francia, llamada *Capetiana*.— Uno de sus nietos, Roberto de nombre, fundó la primera rama de los duques de Borgoña, extinguida en 1361; y otro nieto de este Roberto, llamado Enrique de Borgoña, llegó á ser en 1095 primer rey de Portugal, dilatándose su línea hasta el 1383.—Pedro de Courtenai, descendiente en cuarto grado de Hugo Capeto, fué padre y abuelo de varios emperadores de Constantinopla, después de fundado el Imperio latino (1204).— La casa de Anjou, tambien descendiente de Hugo Capeto en octavo grado, poseyó durante dos siglos el trono de Nápoles y por algun tiempo el de Hungría. — Otro descendiente de Hugo Capeto, en décimo grado, fundó la casa de los reyes de Navarra, que poseyó el reino desde 1328 hasta 1425.—La segunda casa de Anjou, que descendia de Hugo en décimotercio grado, dió igualmente á la Provenza muy ilustres soberanos.— Por último tambien descendia de Capeto la segunda rama de los poderosos duques de Borgoña, fenecida con Cárlos el Temerario, cuya heredera María casó con Maximiliano archiduque de Austria, y fué abuela del emperador Cárlos V. Aquí se notan las conexiones de parentesco entre las dos mas poderosas casas reales, la austriaca y la borbónica.

Cárlos IV, por sobrenombre el Hermoso, muerto en 1328, fué el último vástago de la primera rama de los Capetos. Entonces pasó la corona á la casa de Valois, subiendo al trono Felipe IV. Extinguida esta casa con Cárlos VIII (1497), pasó á su colateral, la casa de Orleans, en la persona de Luis XII, que se extinguió á su vez con Enrique III, muerto asesinado en 1589. Este infortunado príncipe tuvo por sucesor al gran Enrique IV de Borbon, rey de Navarra, octavo sucesor por línea recta de Luis I duque de Borbon. Este Luis, hijo de Roberto de Clermont y de Beatriz de Borgoña, y nieto de San Luis, debe considerarse como el tronco de la casa real de Borbon. Los dos hijos de Luis I dividieron esta casa en dos ramas, la primogénita ó sea la de los duques de Borbon, extinguida con el ya mencionado Condestable en 1527, y la segunda en los condes de la Marca, después condes y

últimamente duques de Vandoma, subdividiéndose aun en dos líneas por los dos hijos de Cárlos duque de Vandoma, muerto en 1537: fuéron estos Antonio, que heredó el trono de Navarra por medio de su casamiento con Juana de Albret, fundador de la casa real de Borbon, subida al trono de Francia, como ya lo hemos visto, con Enrique IV. El segundo hijo de Cárlos de Vandoma dió orígen á la casa de Condé, igualmente subdividida en Condé y Contí. Tambien se dividió en dos la rama reinante á la muerte de su primogénito, Luis XIII. Luis XIV, continuó la primera línea, fundando la segunda el hijo segundo de Luis XIII, Felipe, á quien otorgó su hermano el título y señorío de duque de Orleans. Por último, la rama primogénita se dividió en línea francesa con el duque de Borgoña, nieto de Luis XIV y padre de Luis XV, y en línea española en la persona de Felipe V, igualmente nieto del gran rey, fundador de la dinastía borbónica en España, en 1701, y tercer abuelo de nuestra excelsa y jóven soberana.

La primera rama de la dinastía francesa, después de haber pagado su sangriento tributo á la espantosa revolucion que desquició el mundo á últimos del siglo pasado con la ungida é inocente cabeza de Luis XVI, y proscrita durante la dominacion de Bonaparte, volvió á ocupar en 1815 el trono para abandonarlo de nuevo y volver á la proscripcion quince años después, á impulsos de otra revolucion. La rama segunda le sucedió en el trono con Luis Felipe, duque de Orleans, muerto tambien en el destierro algunos años después, lanzado de esa misma nacion á la que enriqueció y engrandeció gobernándola con sabia y apacible mano.—¡No parece sino que pesa un anatema sobre las dos ramas borbónicas de la Francia!—De la primera solo queda en Europa un débil retoño, el duque de Burdeos, llamado Enrique V por sus partidarios; de la segunda ha quedado una vigorosa generacion de ilustrados príncipes, uno de los cuales vive entre nosotros, y del que habrá que hacer mencion mas adelante.

La casa real española, fundada por Felipe V, dió orígen á otras dinastías en Parma y en las dos Sicilias, de las que es ocioso ocuparnos ahora por tener su lugar señalado en otra parte de este libro.

Hasta aquí todo cuanto sumaria y brevemente podemos decir de la historia de la ilustre familia de Borbon.—Y por cierto que tiene títulos de grandeza una raza que, partiendo de los Merovingianos y Carlovingianos, pasa por los Capetos y cuenta entre sus ilustres representantes á un San Luis, un Enrique IV, un Luis XIV y un Cárlos III; fecundísima en indomables guerreros, en grandes reyes y en poderosas dinastías.

Ahora pues volverémos á tomar el hilo de nuestra ligerísima reseña, interrumpida al advenimiento de la dinastía borbónica en España.

X.

Ya hemos hecho un bosquejo rápido pero fiel del lastimoso estado en que la España se encontraba al espirar el último reinado de la dinastía austriaca, indicando al mismo tiempo las esperanzas que concibió al advenimiento del duque de Anjou. Estas esperanzas, que á la verdad no fuéron defraudadas, eran abrigadas con tanta fe, que, como ya tambien creemos haber apuntado, no titubearon los españoles en arrojarse á todos los azares de una prolongada guerra civil que hubiera agotado completamente el resto de sus fuerzas, á no tratarse de una nacion tan rica y enérgica como la nuestra.

Ni fuéron solos los españoles los que lucharon entre sí para asegurar la corona de los dos mundos en las sienes del Archiduque ó en las del de Francia. El sigilo con que se guardó el testamento de Cárlos II hasta la muerte de este monarca, una vez roto, produjo tal ira y enojo en los gobiernos que por un momento se habian lisonjeado repartirse á pedazos la España, que no tardó en estallar la guerra, dándose cita á los campos de batalla los mas insignes capitanes de la época : durante aquellas largas campañas, que alternativamente daban á unos ú otros las ventajas, pelearon con varia fortuna pero tenazmente austriacos, franceses, italianos, holandeses é ingleses, conducidos por el príncipe Eugenio, Vandoma, Malborough y Villars. Empero cansada ya la Europa de continuas guerras y cambiado ya el objeto de los celos y rivalidades con la elevacion al trono imperial del pretendiente austriaco, se fué acercando la época de la paz, que se firmó en Utrech (1713), después de haber derrotado Felipe las tropas aliadas en las memorables jornadas de Villaviciosa y Almansa, cuyos gloriosos nombres se han perpetuado en las denominaciones del ejército español.

Vencidos los últimos restos de la civil discordia, logró Felipe V asentar sólidamente su trono, y pudo descansar de las continuadas empresas que tuvo que acometer desde que puso el pié en España, y que le conquistaron el dictado de Animoso. Mas bien corto fué su reposo. Encendida de nuevo la guerra á impulsos del genio emprendedor y atrevido de Alberoni, que á pesar de ser extranjero ardia en deseos de restablecer el antiguo poderío de la España en Italia, y de romper las que creia afrentosas cláusulas del tratado de Utrech, las armas españolas supieron ilustrar de nuevo sus laureles con la victoria de Bitonto que dió por resultado la instalacion de Cárlos, hijo de Felipe y conocido después por Cárlos III de España, en el trono de Nápoles.

Algunos instantes de paz volvió á gozar España despues de estos sucesos; pero no tardó en turbarse, ya con motivo de cuestiones coloniales con la Inglaterra, ya por el afan que demostró Felipe, impulsado por su segunda mujer la altiva Parmesana, en disputar la corona imperial á María Teresa después de extinguida la

línea masculina por la muerte de su padre el emperador Cárlos VI. En esto, y cuando nuestras tropas no andaban muy bien paradas en Italia, bajó á la tumba Felipe V, á los cuarenta y seis años de reinado (1746), habiendo transcurrido los veinte y ocho últimos después de muerto tempranamente su hijo Luis, en cuyo favor habia abdicado.

Este primer período de la dinastía borbónica presenta fases completamente distintas de las que señalaron el de la dominacion austriaca. No se restauraron, es verdad, completamente las glorias ni el poder de Cárlos V y Felipe II, pero se levantó dignamente la nacion de la abyeccion en que la habia dejado sumida el laborioso y triste reinado del último vástago de Austria. Nuestro territorio quedó asegurado, respetado su nombre, y apta nuestra nacionalidad para defender su dignidad y aun acometer nuevas empresas.—Por eso no nos equivocamos al afirmar que no quedaron defraudadas las lisonjeras esperanzas concebidas al advenimiento de la casa de Borbon. Bajo la alentada y animosa influencia de Felipe se reanimó el genio español, que parecia muerto al finalizar el reinado precedente. Es cierto que el primer monarca Borbon, naturalmente fogoso y guerreador, apenas dió tregua y descanso á la descaecida España, empeñándola incesantemente durante su largo reinado en ruinosas guerras; pero acaso todo esto era necesario para que despertase á nueva vida la apagada energía nacional, y se levantase respetada y temida la que medio siglo antes corrió el afrentoso azar de verse hecha partijas. Y aunque si bien es verdad que el carácter español padeció algo en su índole modificándole notablemente la influencia francesa, no puede negarse que bajo el gobierno de Felipe V principiaron á regenerarse las artes y las letras, oprobiosamente envilecidas al finalizar el siglo XVII; que la administracion se regularizó en todos sus ramos; que principió á fomentarse la industria y el comercio; que se desarrolló notablemente la marina, y comenzó á pensarse seriamente en establecer convenientes relaciones entre la metrópoli y las colonias.

Por lo demás, las cosas habian variado notablemente. El antagonismo secular de la casa de Austria y la de Francia, que nos habia puesto en continua rivalidad con esta última potencia, debia cambiarse, en fuerza de los sucesos y mutaciones sobrevenidos, en alianza y amistad entre la Francia y la España, regidas ambas naciones por una misma familia, y asentado desde la paz de Utrech sobre distintas y nuevas bases el equilibrio europeo, que no habia de mudar de fundamentos hasta las campañas napoleónicas. Ni la Europa ni la España del siglo XVIII eran ya las del siglo XVII y XVI: el viento soplaba ya de otra parte. Luis XIV habia colocado á su pueblo á la cabeza de los otros pueblos en armas, en letras, en artes y en política; y natural era (porque no es posible sustraerse al influjo dominante de la época), natural era, decimos, que nos tocase algo de aquella luz y movimiento que, partiendo á la sazon de Francia, irradiaba y se comunicaba por todas partes. Así es que no hubiéramos podido libertarnos de semejante influencia, siquiera hubiéramos seguido siendo austriacos.

XI.

A Felipe V sucedió en el trono su hijo Fernando VI. El reinado de este excelente monarca, aunque no corto, pues se dilató trece años, ofrece poco pasto al interés de la historia, tanto mas viva y animada cuanto mayores vicisitudes y catástrofes registra; razon por la cual no iba descaminado aquel escritor que decia : «Dichoso aquel pueblo cuya historia empalaga.» Este brillante período de trece años fué una verdadera edad de oro para la España, donde bien podia decirse que por muchos siglos no se habia cerrado el templo de Jano. Terminadas las guerras que conturbaban la Europa á la muerte de Felipe, en virtud del tratado de Aquisgran, ajustado, no bien subido al trono el benéfico Fernando, pudo la España descansar segura y recoger el fruto de sus pasados sacrificios. Tambien habianse cumplido los ardientes deseos de la Farnesio, que pudo ver á sus tres hijos asentados cada cual en un trono : Fernando en el de España; en Nápoles y Sicilia Cárlos, y en Parma Felipe.— ¡Período ciertamente brillante de la dinastía borbónica, hecha ya española!

A la sombra de la paz gozó la España de todos los beneficios que le son consiguientes, multiplicados á mayor abundamiento por la acertada direccion dada á los negocios públicos por hábiles y rectos ministros. Todos los ramos de la administracion se mejoraron, se extirparon muchos abusos, se administró rectamente la justicia, fundáronse útiles establecimientos. En los negocios eclesiásticos se introdujo órden y concierto, merced á un sabio y beneficioso concordato; las artes florecieron, las letras recobraron el antiguo esplendor, y la moral y las costumbres se morigeraron. Bajo el poder del sabio y prudente monarca se elevó la marina al mayor grado de esplendor, se llevaron á cabo obras de pública utilidad, prosperó la industria y se acrecentó el comercio. Florecieron, en una palabra, las artes de la paz, desapareciendo las plagas y calamidades de la guerra. Por último dejó á su muerte (1759) en las arcas del tesoro seiscientos millones de reales, fruto de su sabio y fecundo gobierno; la nacion poderosa y feliz, respetada y sin enemigos.— ¡Qué vuelta habiamos dado en poco mas de medio siglo! ¡Qué diferencia entre la España de Cárlos II y la España de Fernando VI! Ahora sí que se vieron soberbiamente sobrepujadas las mas halagüeñas esperanzas!

XII.

Muerto sin sucesion Fernando, vino de Nápoles á ocupar el trono su hermano Cárlos, III entre nosotros.

Cárlos III recibió de manos de su antecesor un reino tan próspero y feliz como no existia ninguno á la sazon en Europa, y tal como la España no se habia encontrado en ninguna época de su historia. Este insigne monarca, acreditado ya como guerrero y sabio político en sus luchas y gobierno de Italia, estaba destinado á continuar la marcha regeneradora y benéfica de su antecesor, dando poderoso impulso á las grandes mejoras emprendidas en el anterior reinado. Los brillantes antecedentes que trajo á España Cárlos III, su edad madura, su acrisolada experiencia en el arte de gobernar y las excelentes calidades que le acompañaban, eran prenda segurísima de que no quedarian infecundos los inmensos materiales que la previsora y prudente política de su hermano le habia dejado hacinados : — que tal es la condicion indispensable del progreso de las naciones, donde todo no puede hacerse en un dia, y es preciso que los que pasan preparen el camino á los que han de venir detrás, y estos á su turno á sus sucesores. Fernando VI habia cumplido sobradamente su tarea. Orden, paz, riquezas en lo interior; consideracion y concordia en lo exterior : todos estos elementos de prosperidad futura habia dejado á sus continuadores, juntamente con la sapientísima leccion práctica de todo lo que es capaz una política justa y benéfica, de todo lo fecundo que puede ser un período de doce años de paz y de buen gobierno.

Cárlos III comprendió perfectamente la mision que le estaba confiada, y marchó con paso agigantado por la senda de su antecesor, en todo lo que concierne al gobierno interior de sus pueblos. Empero acaso la historia no podrá decir lo mismo de su política extranjera, cuya tendencia comprometió á la España en no muy prudentes guerras, que si no pudieron destruirnos entonces porque el poder nacional era sobradamente sólido, nos dejaron el gérmen de desgracias y calamidades futuras. La causa y orígen de esta direccion guerrera de su política, tal vez la exclusiva, fué el famoso tratado conocido por el nombre de *Pacto de familia* (1761).

Sabido es que su insigne abuelo, Luis XIV, en fuerza de heróicos y tenaces esfuerzos habia levantado la ilustre casa de Borbon á una inmensa altura, viéndose en parte realizados los ardientes votos de aquel gran monarca con la consolidacion y firme asiento de cuatro dinastías borbónicas en los tronos de Francia, Italia y España, ó lo que es lo mismo, prepotentes y sin rivales los Borbones en todo el mediodía de Europa. Quedaba, sin embargo, por cumplirse su último pensamiento, cual era que toda la familia borbónica se uniese estrechamente en un todo compacto y poderoso capaz de resistir las eventualidades y de asegurar su inmenso poder. Este pensamiento fué completado por Cárlos III con el ya mencionado *Pacto de familia*, en virtud del cual se establecia una liga ofensiva y defensiva entre los soberanos de España, Francia, Nápoles y Parma, que aseguraba á cada una de las potencias contratantes mutuo socorro y ayuda, y consideraba como enemigo comun al que lo fuese de alguna de ellas. Por lo

demás, despues del cambio operado en nuestras relaciones con la Europa, de resultas del advenimiento de la dinastía borbónica y del influjo y ascendiente naturales que, segun hemos indicado mas arriba, principió á ejercer por la misma razon la Francia en nuestra política y en nuestras costumbres, una vez asentada en cuatro diferentes tronos una familia que habia llegado á ellos venciendo con la fuerza de su brazo á poderosísimos rivales, todavía en pié y no muy bien avenidos con el nuevo órden de cosas introducido en el mundo europeo; despues de todo esto, decimos, no es de extrañar, antes bien era cosa muy natural que los miembros de la casa de Borbon procurasen adunarse en interes comun, y que en este negocio tomase la iniciativa su mas poderoso é insigne representante en aquella época, el gran Cárlos III.

Mas sea de esto lo que se quiera, no es posible desentenderse al delinear los principales rasgos de su largo y memorable reinado, de la fatal influencia ejercida en la suerte de la Nacion por el *Pacto de familia*. Primera consecuencia suya fué la guerra qus sostuvimos durante siete años con la Inglaterra, y que, á no dudarlo, fué funesta y desastrosa. Doce años de reposo fecundos para la prosperidad interior de la España, como lo fueron todos los del reinado de Cárlos III, subsiguieron á esta guerra; transcurridos los cuales, un suceso de inmensa trascendencia para lo futuro, acaecido mas allá del Atlántico, vino á empeñarnos en nuevas y no mas afortunadas luchas. Rebeladas contra la metrópoli las colonias inglesas de la América, se decidió la Francia á prestar mano fuerte á su emancipacion, en daño de su poderosa y antigua rival. Arrastrada España á seguir el ejemplo de su vecina por el *Pacto de familia*, se lanzó á la guerra mas impolítica que sostuvo jamás, guerra que debia sentar funestísimos precedentes para la futura suerte de nuestras colonias, por mas que fuera noble y generoso prestar ayuda á un pueblo oprimido que trataba de conquistar su independencia, y por mucho que tenga que agradecer la civilizacion á los Borbones de España y de Francia el haber contribuido á crear mas allá de los mares un foco inmenso de cultura; y aun cuando es cierto que las dilatadas posesiones españolas no sufrieron detrimento, antes bien progresaron notablemente, durante el período á que nos vamos refiriendo, lo que aconteció andando el tiempo vino á justificar lo desacertado é impolítico de aquella guerra.

La España entonces habia llegado al apogeo de su poder marítimo, y opuso á su contraria la Inglaterra fuerzas navales poderosas, que unidas á las francesas parecia que iban á dominar todos los mares. A pesar de todo recibió nuestra marina funestos golpes, tales como el memorable combate del Cabo de San Vicente (8 de enero de 1780). No fueron, sin embargo, irreparables estas pérdidas, y aun pudimos sostener la guerra con gloria y hacer á los ingleses una de las mayores presas que registra la historia, consistente en cinco navíos de línea y cincuenta buques mercantes, que entraron apresados en la bahía de Cádiz; aun pudimos hacer alarde en los años sucesivos de una fuerza y vigor dosconocidos

hasta entonces en las operaciones marítimas, apoderarnos de Menorca, bombardear á Gibraltar, y ajustar una paz honrosa (despues de reconocida la independencia de la Union americana en 1783), en virtud de la cual nos cedió la Inglaterra la isla de Menorca y la Florida : aun siguió España grande y poderosa, ostentándose su corona sobre dos mundos, siempre iluminada por los rayos de un mismo sol; ¡que la Providencia tenia reservada para posteriores dias la pesada cadena de nuestros grandes desastres!

Los últimos cinco años que mediaron desde estos sucesos hasta la muerte de Cárlos III, acaecida el 14 de diciembre de 1788, fueron de paz y bienandanza para la nacion, gobernada justa y sabiamente por el anciano Monarca, que tuvo la dicha de verse segundado en sus miras por los mas insignes ministros que brillan en nuestra historia, contándose entre los hechos notables de este período la expulsion de los jesuitas, sobre la cual tanto se ha escrito y se ha dicho en sentido adverso y favorable, y que queda entre otras como una evidente prueba de la energía y firmeza con que aquel gran Rey, clemente y severo á la par, llevaba el cetro que tenia en sus manos.

El reinado de Cárlos III será por siempre memorable en los fastos españoles, no encontrando rivales ó semejantes sino en los de su antecesor y los Reyes Católicos. El órden, el bienestar, la recta administracion de justicia, la moralidad y el acierto en el manejo de la cosa pública de entonces, han sido y siguen siendo citados constantemente, ya como modelos que imitar, ya como bienes perdidos que llorar. Durante él, y merced al benéfico influjo del gobierno, se desarrollaron en el seno de la patria, dando abundantísimos frutos, todos los gérmenes de pública prosperidad que dejó sembrados el reinado anterior, al par que mejoró y completó el trabajo comenzado; pudiendo asegurarse que no se inició en tiempos del buen rey Fernando VI ningun progreso, ningun adelanto ni mejora nacional que bajo el cetro de su hermano D. Cárlos no recibiera su complemento.—Suprímase el *Pacto de familia*, ó mas bien las guerras que ocasionó, suprímase, en una palabra, la que en el lenguaje del dia podemos llamar política exterior de Cárlos III, y su reinado será la progresiva continuacion del precedente; lo cual es, á no dudarlo, su mas cumplido elogio.



En su tiempo se estableció el banco de San Cárlos, transformado hoy en banco nacional de San Fernando; se creó la compañía de Filipinas; se fundaron colonias en Sierra-Morena; se concedieron franquicias comerciales á España y las colonias, que refluyeron en beneficio de la industria y del comercio; se aliviaron las cargas públicas, se acabaron grandes obras de utilidad comun; se premió la virtud, se recompensó y alentó el verdadero mérito. Las artes, salidas pocos años antes de la abyeccion y el envilecimiento, tomaron nuevo vuelo, no siendo Madrid el que menos tiene que agradecerle al buen Cárlos, nacido en su suelo, el decoro y ornato que le prestan los monumentos levantados por el solícito desvelo de tan ilustre monarca. Las letras se elevaron igual-

mente á gran altura; se mejoraron los estudios y se difundió el saber sólido y provechoso. Y aun cuando el trato y amistad íntima con la Francia eran ocasionados á que nos contagiásemos con las doctrinas desorganizadoras de los enciclopedistas, que tan amargo fruto dieron años después, una sabia é ilustrada prevision supo poner diques á la invasion, sin necesidad de ahogar entre nosotros el conveniente desarrollo del entendimiento.

Por último, supo Cárlos III (siendo en esto acabado modelo) mantener con dignidad y firmeza la autoridad real, sin necesidad de que fuese duro y pesado su cetro, aliando sabiamente las libertades públicas con el ejercicio del poder absoluto, y conteniendo en sus justos límites el poder invasor de la Inquisicion y de la corte de Roma, pero con prudencia tal, que durante su reinado se conservó pura é ilesa la creencia católica. Su memoria, la de los Floridablancas y Campomanes que tanto le ayudaron en su obra, serán por mucho tiempo gratas á los españoles, como aun todavía lo es para napolitanos y sicilianos

XIII.

Al subir al trono Cárlos IV se preparaba uno de los acontecimientos mas transcendentales que se han realizado en el mundo moderno: este gran suceso fué la revolucion francesa, que estalló al año siguiente de su reinado. La revolucion francesa estaba destinada, no solo á perturbar por muchos años todos los pueblos de Europa, sino á cambiar todas las relaciones políticas, á innovarlo todo, á fundar un nuevo órden y un nuevo equilibrio, á ensanchar unas nacionalidades, á restringir otras, á trastornarlas todas. Desde la paz de Wesfalia, que arregló los negocios políticos europeos después de las alteraciones y guerras del siglo XVI, no habia acontecido en el mundo ningun suceso (y cuenta que no escasearon las guerras y conmociones) que encerrase en su seno el gérmen de tanta novedad y de tan grandes y multiplicadas catástrofes. Ni era solo la política y organizacion de las naciones lo que habia de afectar profundamente el movimiento del año 89: el huracan revolucionario habia de conmover tambien las opiniones y las creencias que hasta entonces servian de vínculos morales entre súbditos y gobiernos, relajando la autoridad, perturbando las conciencias, cambiando completamente los polos de la sociedad: de allí en adelante las guerras habian de variar de objeto, la diplomacia de rumbo, de forma todos los resortes políticos y sociales. El sentimiento religioso y monárquico, que habia sido el lazo de cohesion y la piedra fundamental del edificio, iba á padecer los mas rudos ataques, destinado como estaba el mundo á ver subir al patíbulo un virtuoso é inocente monarca, y preso y encadenado el vicario de Jesucristo: al ver proscrito el culto divino en una gran nacion apellidada cristianísima, y

adorada en los altares del Dios vivo una desenfrenada bacante. La Francia iba á verse anegada en un lago de sangre, presa de un ciego y desatentado furor, como no se habia presenciado jamás desde la caida del imperio romano; y de en medio de aquel mar de confusion y ruinas habia de surgir un coloso que, ciñéndose la corona de muchos reyes, pasase como el vendaval del norte al occidente.

Iniciado pues este inmenso acontecimiento al advenimiento de Cárlos IV al trono, no es de extrañar que quedasen completamente defraudadas las esperanzas lisonjeras con que fué saludado, y las que debian de hacer concebir su edad madura, el ejemplo de su insigne padre y las lecciones que le legó al bajar al sepulcro. Sin embargo, fuerza es confesar que la mayor parte de las desgracias de que su triste reinado fué orígen, hubieran podido evitarse ó neutralizarse al menos con mas energía de parte de aquel débil y bondadoso monarca, y con mayor acierto en la gobernacion del Estado. Sin la perniciosa influencia ejercida por el famoso Godoy en todos los sucesos del no corto reinado de Cárlos IV, y solo con haber seguido las tradiciones (en cuanto al gobierno interior) del gran Cárlos III, mucho se hubiera ganado, y acaso la España no hubiera tenido que llorar tantos infortunios como desde entonces nos han trabajado. Semejante influencia, sobre la cual no queremos dejar correr la pluma, por respetos que ciertas instituciones se merecen, y por consideracion á quien ha tenido el triste y raro privilegio de asistir en vida al juicio de la historia, sobreviviendo á sí mismo, si se nos permite la frase; semejante influencia, volvemos á decir, determinó todos los errores políticos, todas las grandes faltas que señalaron la política española durante aquel período.

Así vimos al gobierno español permanecer neutral, no obstante el *Pacto de familia*, mientras el Austria y la Prusia habian declarado la guerra, no ya á la Francia, sino á la revolucion francesa, y entrar en la coalicion después de haber rodado en la guillotina la cabeza de Luis XVI. Lo infructuoso de esta guerra no tardó en ponerse de manifiesto, cuando poco después fué necesario ajustar una paz poco digna, comprada sin embargo á costa de nuestra amistad con la Inglaterra. Consecuencia inmediata de esta paz fué un nuevo tratado de alianza con la República francesa, y una declaracion de guerra contra la Gran Bretaña, que dió por resultado pérdidas considerables en nuestras escuadras, y la cesion de la isla de la Trinidad hecha á esta última potencia por la paz de Amiens.

De esta suerte el gobierno, que habia proclamado la neutralidad á pesar del *Pacto de familia*, y en tiempos en que aun hubiera podido prestar ayuda al infortunado Luis, y se habia lanzado á una guerra, á mas de floja y poco vigorosa, en gran manera impolítica, por cuanto después de guillotinado el nieto de Luis XIV era ineficaz, resucita de hecho aquel malhadado pacto, cuando ya no tenia aplicacion, ligándose estrechamente con la República francesa, y arrostrando por esta alianza una desastrosa guerra. Pero no pararon aquí los des-

aciertos: el verdadero pacto de familia se ajusta de nuevo por el tratado de San Ildefonso que el príncipe de la Paz concluyó con la Francia, en virtud del cual debia entregar á la República ejércitos y escuadras.

Entonces se vió España empeñada en nueva y mas desastrosa guerra, que aniquiló su comercio y su marina, fecundo manantial de perdurables desgracias que todavía lloramos, y causa eficiente de nuestro decaimiento material y político. Durante estas luchas padecieron grandes desastres nuestras colonias, asoladas por las armadas inglesas: desastres y perturbaciones que apresuraron su completa pérdida; y fué á hundirse nuestro poder marítimo en las aguas de Trafalgar, heróico sepulcro y sangrienta hecatombe de nuestra gloria (14 de diciembre de 1804).

Atada ya la nacion, así por la cadena de sus desgracias como por los desaciertos de su insensato gobierno, al incierto carro del ambicioso Bonaparte subido á la sazon al trono imperial, seguia ciegamente el impulso que le prestaba la ambicion siempre creciente y con nada satisfecha del Atila francés. En vano descansaba tranquila en la fe de los tratados, en vano habia hecho todo género de sacrificios desde la funesta paz de Basilea, prefiriendo la tranquilidad interior á la gloriosa independencia que le ofrecian las coaliciones europeas; en vano habia abdicado, en provecho de su amistad con la Francia, sus derechos al trono de Nápoles; en vano habia prodigado su sangre y sus tesoros, sus navíos y sus ejércitos enviados á merced de la Francia hasta las extremidades del polo; en vano, por último, habia abandonado la causa de los reyes, que era la suya propia, ligándose con la República primero, y después con el usurpador. Todo esto fué poco estorbo á la comezon insaciable de mando y poderío que acosaba al Capitan del siglo, ya que no lo fuera la lealtad de las palabras empeñadas.

Dueño ya Bonaparte y árbitro supremo de la Francia y de la Italia, vencedor además en todos los campos de batalla, teniendo á sus piés el Austria, la Prusia y la Polonia, y bajo su imperiosa proteccion la vasta confederacion del Rin, cree llegada la hora de redondear su inmenso imperio incorporando á él la Península ibérica. Y aun cuando por este tiempo el gobierno español, siempre en manos de Godoy, intenta despertar de su oprobioso letargo, dirigiendo á la nacion una especie de proclama guerrera, cae de nuevo en las redes de la astucia de Bonaparte y en la ignominia de un nuevo tratado (el estipulado en Fontainebleau, 27 de octubre de 1807). En virtud de este tratado, se abrieron las puertas á los ejércitos franceses, bajo el pretexto de ocupar los huecos que dejaban las tropas españolas al invadir el Portugal, por mandado y en comision de Bonaparte.

Este fué el apogeo de la política de príncipe de la Paz, política desatentada y ruinosa, que necesariamente habia de dar por resultado la ocupacion de nuestro territorio y la pérdida material de nuestra independencia, extinguida ya algunos años antes, y que infaliblemente se hubiera consumado sin el esfuerzo

heróico hecho por el genio nacional despertado en nombre de la Patria, del Rey, de la Religion. El mismo exceso del mal trajo el remedio.

La nacion tascaba en silencio el freno de sus humillaciones, impuesto por el odiado favorito, y alimentaba lisonjeras esperanzas cifradas en el príncipe de Asturias, apellidado por lo mismo *el Deseado*. Así fué que llegó la indignacion á su colmo cuando el príncipe Fernando se vió envuelto en la famosa causa del Escorial, escándalo de la historia (enero de 1808). Coincidiendo con estos sucesos la toma violenta de nuestras plazas fronterizas, la entrada de nuevas tropas francesas, y en una palabra, la completa ocupacion militar de la Península, mal pudo ostentar el favorito en tan difíciles circunstancias el ánimo entero y determinado quo le habia faltado en mejores dias : así fué que concibió el proyecto de que la familia real emigrase á Méjico ; empero traslucido el plan, estalla el famoso motin de Aranjuez, que da por resultado la caida de Godoy y la abdicacion de Cárlos IV.

Aquí concluye el reinado de este Príncipe, blando de carácter y bueno de corazon, muy poco á propósito para regir con mano firme las riendas del Estado, no ya en los tiempos borrascosos y difíciles que alcanzó, pero ni aun en otros bonancibles y serenos.

Así como el reinado de Cárlos III fué una fecunda continuacion del de Fernando VI, el de Cárlos IV fué el reverso de la medalla del de su antecesor. A la política firme y nacional (siquiera imprudente algunas veces en lo exterior, pero siempre digna) de Cárlos III, habia sucedido la abdicacion de nuestro prestigio é influencia y la renuncia de nuestra dignidad é independencia nacional en manos de la Francia revolucionaria ; á una sabia y ordenada administracion, el desgobierno y despilfarro ; á la recta imparcialidad en la provision de los cargos públicos, la ciega y desatentada parcialidad del favoritismo; al solícito cuidado y fecundo desarrollo de la fortuna pública, los ruinosos expedientes de cuantiosos empréstitos que fueron á sepultarse en la honda sima del favor y de la codicia ; á la rigidez de las costumbres, la mas descocada licencia; á la recompensa y distincion tributada al talento y á la virtud, las cadenas y el destierro para los mas ilustres varones.

Cárlos III habia legado á su hijo una nacion poderosa y feliz, estrechamente adherida al trono de sus reyes y á la religion de sus mayores; el nombre español respetado en todas partes; una marina formidable, una administracion sabiamente montada ; la industria y el comercio en aumento; el crédito público sólidamente asentado ; contentas todas las clases ; imperante la justicia; quieto, tranquilo é independiente el reino. Hábiale legado tambien sus mejores estadistas y nobles é insignes ejemplos que imitar, al par que grandes y provechosas mejoras que proseguir. —Cárlos IV, por el contrario, dejaba á su sucesor pobre y desmoralizado el reino; aniquilada la marina; desperdigado el ejército; agobiada la riqueza comun bajo el enorme peso de los tributos y de una ruinosa deuda; con-

turbadas y desoladas las colonias; descontento y dividido el pueblo; presos, relegados ó menospreciados los mas ilustres consejeros de su glorioso padre, y lo que es peor, invadido el territorio.

No tratamos, á fe nuestra, de agravar aquí el demasiado severo juicio que la historia reserva para aquel malhadado reinado, ni mucho menos de hacer recaer toda la culpa sobre el bondadoso abuelo de nuestra jóven soberana. Á Cárlos IV no le toca otra responsabilidad que la que se desprende de la debilidad genial de su carácter y de la falta de aquellas dotes necesarias para reinar, que no son dadas á todos los príncipes : la rectitud y bondad de su corazon son generalmente reconocidas. Cuantas desgracias é infortunios trabajaron á la nacion durante su reinado, y toda la reata de males que fueron su consecuencia, se debieron á la fatal privanza que influyó omnímodamente en todos sus períodos, á torpes é interesados consejos, y á las extraordinarias circunstancias que produjo donde quiera la terrible revolucion francesa.

Quedábale sin embargo al pueblo español, exhausto, desorganizado y todo, el sentimiento de su independencia y dignidad, simbolizado en el trono y en la religion; y merced á este noble sentimiento iba á resucitar los antiguos dias de su gloria, á salvar el trono cimentándolo con su propia sangre vertida á torrentes, y á poner el sello definitivo é indeleble á su nacionalidad é independencia.

XIV.

Con la caida del odioso valido y la abdicacion de Cárlos IV creian los españoles verse libres de la desastrosa administracion pasada, y exentos de las tropas extranjeras que hollaban y profanaban su suelo. Por eso, segun hemos indicado arriba, jamás pueblo alguno habia celebrado con iguales transportes la exaltacion al trono de un nuevo monarca; jamás habia sido saludado ningun príncipe con tan universal aplauso como lo fué *Fernando el Deseado.*

Empero las circunstancias que acompañaron el advenimiento del nuevo Príncipe sirvieron grandemente á las ambiciosas miras del emperador Napoleon, siempre en busca de especiosos pretextos. Merced á los artificios de la torcida y desleal conducta de Bonaparte respecto de España, deslealtad que tanto deslustró su nombre, retracta Cárlos IV su abdicacion, declarando que le habia sido arrancada á la fuerza en medio de las violencias de la plebe amotinada, y corre á ponerse bajo la proteccion del francés, mientras que sus ejércitos conducidos por Murat y so pretexto de defenderle, avanzan al corazon de España y penetran en Madrid, afectando siempre traidoramente amigables disposiciones.— Al mal aconsejado Monarca síguele de cerca el favorito, puesto en libertad por el procónsul Murat, no obstante las protestas del Consejo de Castilla, y últimamente



Lit. de J. Donon. Madrid

DON FRANCISCO DE PAULA ANTONIO



INFANTE DE ESPAÑA.

emprende el mismo camino el recien coronado Fernando, atraido engañosamente hasta Bayona bajo pretexto de ir en busca del gran Emperador, que, como árbitro de emperadores y reyes, habia de venir á componer las cosas de España. Una vez en territorio frances los príncipes españoles, el astuto Napoleon se quita la máscara, y no perdona medio para arrancar la corona de España de las sienes que la sostenian con derecho legítimo, teniendo que ceder á la violencia y á la fuerza la cautiva familia real.—Ya estaba consumada la obra; ya habia dado su fruto la política funesta y absurda que habia atado la nacion española al carro victorioso del Atila moderno; ya teniamos á los extranjeros dominando en Madrid, á nuestros reyes cautivos en Bayona, á nuestra marina sumergida en Trafalgar, y á nuestro ejército diseminado por la Europa, defendiendo la causa de nuestros propios verdugos.

Todo estaba consumado: ni teniamos rey, ni gobierno, ni tesoro, ni ejército, ni armada; tampoco teniamos patria, porque estaba en poder del extranjero. Pero nos quedaba el genio nacional, nos quedaba aquella misma fe que nos alentó para levantar el trono de Pelayo, aquel mismo sentimiento con que habiamos evitado la desmembracion de nuestro territorio al advenimiento de los Borbones. Este noble sentimiento, uno y triple á la par, de Rey, Patria y Ley, fecundo generador de grandes y heróicos hechos, vivamente excitado por la nefanda usurpacion extranjera, iba á crear recursos, á levantar ejércitos, á convertir en invencibles fortalezas las débiles y mal seguras casas; á alentar al niño, á la mujer y al anciano; á obrar, en una palabra, los pasados prodigios. Teniamos que rescatar al cautivo Rey, que libertar del yugo extraño á la oprimida Patria, y que volver á su primitivo esplendor la Religion y las Leyes escarnecidas. A tan ardua empresa íbamos á lanzarnos sin mas ayuda ni consejero que nuestro propio esfuerzo, sin considerar el riesgo ni contar el número de los enemigos; íbamos sin generales y sin ejércitos, sin tesoros y sin escuadras, sin guia ni gobernadores, á sostener siete gloriosísimas campañas contra todo el poder frances, así como sostuvimos siete siglos de guerra contra los árabes; íbamos á pelear sin tregua ni descanso hasta arrojar á los modernos opresores mas allá de los montes, así como lanzamos á los antiguos mas allá de los mares.

Y hé aquí una singular y casi providencial coincidencia: Astúrias fué la primera provincia de España que levanta el estandarte de la independencia, lanzando el grito contra Napoleon allí mismo donde en otro tiempo el insigne Pelayo dió la señal de guerra contra los moros.

Habia precedido la sangrienta y por siempre memorable catástrofe del Dos de Mayo (1808), dia de heroismo y de gloria, aunque tambien de luto y sangre, en que el pueblo de Madrid se arroja indefenso y desarmado á desigual y tremenda lucha contra sesenta mil franceses apoderados de la corte y sus cercanías; dia de verdadero triunfo, aunque lo fué de muerte, y aun cuando quedó el pueblo vencido y diezmado, pues la sangre derramada en aquella heróica jornada estaba

destinada á germinar fecundos hechos. Los horrores de aquel luctuoso dia, lejos de aterrar á los españoles, sirvieron para inflamar en santo ardor sus nobles corazones, produciendo una conflagracion general en el momento mismo en que Murat hace público el nombramiento de José Bonaparte de lugar-teniente general del Reino, como escalon para el trono que ya le habia destinado su ambicioso hermano, y cuando este creia ya tener entre sus garras la nacion española, así como tenia á sus príncipes.

El heróico grito de Madrid, si bien ahogado en un mar de sangre, resonó en todos los ámbitos de la monarquía, agitándose simultáneamente todas las provincias como á impulsos de una conmocion eléctrica. Por todas partes se instalaron juntas patrióticas y enérgicas que declaran la guerra al usurpador, lanzando entusiastas proclamas á los pueblos, que encienden el noble entusiasmo de los españoles y los aperciben á reproducir los antiguos prodigios. Ni la falta de un gobierno central que aunase los esfuerzos, ni la carencia de soldados y de recursos para emprender tan peligrosa guerra, ni la presencia de numerosísimos ejércitos franceses rodeados de la aureola de cien victorias conseguidas sobre todas las naciones de Europa, y posesionados de todos los puntos estratégicos de la Península, fueron parte á debilitar el impulso guerrero de aquellos insignes patricios, ni á hacerlos vacilar por un momento. No habia unidad de gobierno, pero el sentimiento trino y uno de Rey, Patria y Religion gobernaba unánimemente todos los corazones: no habia soldados ni recursos para mantenerlos; pero sobraban las virtudes cívicas y el entusiasmo patriótico, que improvisa ejércitos, y abundaba el noble desinteres, que produce tesoros: se hallaba invadido el territorio por copiosas huestes de temibles enemigos; pero el esfuerzo nacional era capaz de obrar iguales milagros á los de Aténas después de verse acometida por un diluvio de persas, y los de Roma después de la batalla de Cánas.

Galicia, Zaragoza, Santander, Valencia, Sevilla, Barcelona; reinos, provincias, ciudades, villas y aldeas se insurreccionan á la par, cundiendo el grito de guerra. Así lo cantaba un insigne poeta en la célebre oda al Dos de Mayo:

. . . .
. . . ¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz a la cadena?
No; que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el latigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo:
Fuego arrojó su ruginoso acero;
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heróico que los aires zumba

¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero,
Alza al belico son la regia frente,
Y del patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre, gritando, al mar, ¡Guerra y venganza!

Estos armoniosos acentos resonaron en todos los corazones que latian á impulsos del noble sentimiento de la patria. Y ¡cosa rara! aunque, merced á la falta de unidad en el gobierno, se vieron desunidos y exentos y entregados á sus propias fuerzas los antiguos reinos que bajo la paternal egida de los Reyes Católicos formaron la nacionalidad española, no surgieron, sin embargo, en ninguna parte deseos ó tendencias exclusivas; antes, por el contrario, aquella division y fraccionamiento contribuyó poderosamente á consolidar la union íntima y perfecta de todos los miembros de la monarquía: union indisoluble para el porvenir.— Leccion es esta que deben aprovechar los que sueñan con cierta especie de federalismo, que, una vez intentado siquiera, destruiria en un momento la obra de tantos siglos. La nacion española solo puede ser grande continuando siendo una, monárquica y católica.

La primera gloriosa campaña de la memorable lucha que sostuvo la España contra todo el poder de Napoleon se inició con la accion del Bruch, en Cataluña (6 de junio de 1808), donde tropas francesas aguerridas fueron derrotadas ignominiosamente por un golpe de paisanos mal apercibidos y arrancados poco antes á las labores del campo y á los ocios del hogar por la patriótica junta de Manresa.

Pero donde mas grande cosecha de gloria habian de alcanzar las flacas y poco aguerridas fuerzas españolas fué en los por siempre memorables campos de Bailen. Allí cayó postrada y vergonzosamente abatida la arrogante soberbia de los injustos invasores, que ebrios de triunfos y henchidos de despojos, se adelantaban orgullosos hasta las columnas de Hércules, después de haber profanado y saqueado la imperial Toledo y la morisca Córdoba; allí tropas bisoñas y allegadizas vencieron heróicamente á los soldados veteranos, humillando las águilas ennegrecidas con la pólvora de Marengo y Jena, y que habian desplegado sus victoriosas alas bajo el brillante sol de Austerlitz; allí rindieron las armas, quedando prisioneros, mas de veinte mil franceses, mandados por ilustres y aguerridos generales. La junta de Sevilla, que, alentando el entusiasmo patriótico de las Andalucías, habia allegado tropas y recursos, y los paisanos andaluces, hechos soldados de repente, que derramaron allí su noble sangre, deben reivindicar la gloria alcanzada en las llanuras de Bailen, como tambien el ilustre anciano que tuvo la dicha de mandar la batalla, y aun hoy vive como monumento venerable de nuestros triunfos militares, perpetuando en su título el nombre de aquella jornada insigne.

Al triunfo de Bailen sucedieron otras muchas ventajas, alcanzadas en varias partes contra las huestes invasoras, aun cuando no fueron muy felices las armas españolas en el centro de Castilla, batidas en Cabezon y Rioseco (12 y 14 de julio). Pero fueron parte á compensar estas pérdidas las consecuencias de aquel triunfo.

El 19 de julio se rendia en la bahía de Cadiz, cediendo á los ataques de las fuerzas marítimas de la Carraca, una escuadra francesa gobernada por el almirante Roulli.

Embestida Zaragoza por las numerosas tropas que mandaba Leffèbre y Verdier, que acudió á reforzar al primero, sirvieron los pechos de los heróicos aragoneses, bajo la conducta del ilustre Palafox, de invencibles murallas, y resistió con alentado esfuerzo los repetidos asaltos de los sitiadores, que tuvieron que retirarse vencidos y humillados.

Igualmente se retira Moncey ante los débiles muros de Valencia, despues de haberla atacado con empeño al frente de doce mil hombres, que sacó de Madrid para esta empresa.

Igualmente en Cataluña sufrieron continuados reveses las tropas francesas, aun cuando poseian en aquel territorio plazas tan importantes como las de Barcelona y Figueras. Esto no obstante, fueron rechazadas segunda vez en el Bruch (6 y 14 de julio), otras dos en Gerona (20 de julio y 17 de agosto), una en Hostalrich (20 de julio), y otra en Rosas (el 17 del mismo). Ante los mismos muros de Barcelona ocurrieron tambien repetidos encuentros, en que paisanos desorganizados, ayudados de escasas fuerzas militares, hostigaron y humillaron de continuo á los soldados franceses.

Entre tanto el intruso rey José Bonaparte, acostumbrado á que hasta entonces todas las naciones de la Europa se sometiesen fáciles á la ambiciosa voluntad de su hermano, habia hecho su entrada en Madrid el 21 de julio, y ya se creia sólidamente asentado en el trono de San Fernando, contribuyendo en gran manera á que se juzgase dueño del corazon y asentimiento de los españoles la especie de junta convocada de su órden en Bayona. Los que allí se reunieron se abrogaron malamente el título de representantes de la Nacion, y ante ellos otorgó el usurpador una constitucion política, encaminada á conquistarle las simpatías de los que eran reputados como adversarios de la forma de gobierno establecida hasta entonces en España.

Pero la sucesion de triunfos que casi simultáneamente coronaron los esfuerzos del patriotismo español en su primer ímpetu arredraron á José Bonaparte, y no estimándose ya seguro en Madrid, salió fugitivo de la que para él habia sido tan breve mansion, temeroso de que Castaños, vencedor en Bailen, avanzase sobre la corte y se apoderase de su persona. Con él se retiraron mas allá del Ebro todas las tropas francesas que habian invadido el territorio español, á excepcion de las de Cataluña, que quedaron encastilladas en Barcelona y Figueras.

Al propio tiempo desembarcaban en Mondego (1.º de agosto) algunas fuerzas británicas, que, unidas á los regimientos portugueses, atacaron al ejército de Junot. De resultas de la batalla de Vimiera, dada el 21 de agosto, se vieron obligados los franceses á firmar la capitulacion de Cintra, y á evacuar el Portugal, ocupado por ellos desde el año de 1807.

Tal fué el término de la primera campaña que sostuvo el pueblo español contra los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia. Estos primeros triunfos, que con tanta desventaja y desigualdad en las fuerzas alcanzamos contra los invasores, fueron el producto espontáneo del primer entusiasmo, no obstante la exigüidad de los recursos, la falta de unidad en el gobierno y en el mando y direccion de las tropas. Igualmente fué este período el mas importante y fecundo (siquiera no se contasen en él tantas hazañas y triunfos como los que señalaron mas adelante nuestras armas), por cuanto despertó el amortiguado sentimiento de la nacionalidad, y sacó al país del ominoso letargo en que la miserable y estéril política del reinado anterior le habia sumido, siendo España el primer pueblo de la Europa que dió el famoso ejemplo de resistir al poder de Napoleon, cuya ambicion y audacia no habia reconocido límites hasta entonces : esfuerzo heróico de nuestra nacion, que debió haberla colocado muy alta en el congreso político de los pueblos, á haber sido gobernada, una vez extinguida la guerra, con mas acierto é inteligencia.

Empero, si el primer sacudimiento del leon de Castilla fué bastante á rechazar la invasion, no debia perderse de vista que los invasores habian de aprestar y reunir nuevas fuerzas para atacarnos con doble ímpetu. De aquí la necesidad, por todos reconocida en aquellas circunstancias, de establecer un centro de union gubernamental, que allegase recursos, uniformase la resistencia, dirigiese las relaciones extranjeras, y encaminase á su conveniente fin, organizándolos y adunándolos, los comunes esfuerzos. Así pues se pensó en crear una Junta Central que ejerciese el poder soberano, siempre en nombre del cautivo Monarca, y en efecto se constituyó en Aranjuez (el 25 de setiembre), componiéndose de dos individuos de cada una de las que se habian formado en las provincias levantadas contra la invasion francesa.

Tamaña empresa no se llevó á cabo sin grandes obstáculos con que tuvo que luchar su realizacion, pero que cedieron á la imperiosa ley de la necesidad y al comun deseo de librar á la patria del yugo extranjero. Y aun cuando se levantaron encontradas opiniones acerca de la manera y la forma en que habia de ser representada la nacion, al fin se convino en no disputar á las juntas de provincia el derecho de representar al país : derecho conquistado por ellas al encender el amor patrio y el entusiasmo bélico contra los desleales invasores. Por otra parte, el estado del país en aquella coyuntura, y el desuso en que habia caido la convocacion de Cortes, hizo indispensable la creacion de la Junta Central á que nos hemos referido.

Hay que convenir, sin embargo, en que la Junta no realizó todas las esperanzas que hizo concebir en un principio, debido en parte á hallarse poco amaestrados sus individuos en el arte de gobernar. Así fué que no se colocó á la altura de las circunstancias, y dejó pasar dos meses sin dar el gigantesco impulso que necesitaba la energía nacional para hacer frente á las fuerzas poderosas que Napoleon mismo en persona habia de traer á España.

Por entonces, así como con la Francia, habia variado completamente nuestra política con la Inglaterra. Las guerras, que podemos llamar tradicionales, que la casa de Borbon sostuvo con el imperio británico, se habian tornado en estrecha alianza, hasta el punto de enviar tropas en socorro de la Península, segun ya se ha visto mas arriba al mencionar el desembarco de Mondego. La Inglaterra, animada siempre de su invencible enemistad al gigante frances, y no dando treguas á la guerra, al igual de Roma con Cartago, se apercibia á mandar nuevos refuerzos. Pero desgraciadamente no fueron tan numerosos como los exigian las circunstancias, ni las que ya ocupaban el Portugal salieron á tiempo oportuno con direccion al Ebro. La causa de esto debió de ser, á no dudarlo, la poca confianza que inspiraban á la sazon á la Inglaterra las disposiciones de la Junta Central, que no dejaron de resfriar el general entusiasmo. La conducta poco acertada, segun el parecer de algunos, de esta corporacion originó desavenencias entre los que mandaban el ejército, con motivo de haber separado al general Cuesta, que gobernaba el de Castilla, y que, rebelado contra la autoridad de la Junta, encerró en el alcázar de Segovia á uno de sus miembros encargado de prenderle. La Junta, sin embargo, á vueltas de tales contrariedades, tuvo poder y energía bastantes para disolver aquel ejército y dar nueva organizacion á las fuerzas españolas en cuatro cuerpos.

Con estos sucesos coincidió uno sumamente halagüeño y que hizo latir á todos los corazones generosos. Hallábase en Dinamarca, diseminada por las islas del Báltico, una division española, enviada allí á disposicion del emperador de los franceses por los torpes consejeros de Cárlos IV. Halagadas y mimadas estas tropas por el general Bernardotte, quien formaba de ellas su guardia, merced á su excelente comportamiento, y que mas tarde llegó á ser rey y fundar una dinastía en dicho país, acometieron una heróica empresa, no menos digna de perpetuarse en las historias que la tan famosa retirada de los diez mil griegos. No bien hubo llegado á noticia de los soldados españoles el levantamiento de la Nacion contra el poder de Bonaparte, se insurreccionan por medio de un movimiento tan arriesgado como animoso, pasan de Jutland á Niewort, se apoderan de esta plaza, y se embarcan en trasportes ingleses que los traen por Gattemburgo á Santander. La alegría de los españoles al ver llegar á las costas patrias á sus generosos hermanos, que desde tierras tan lejanas acudian al llamamiento nacional, fué general é imponderable. Así, universales muestras del júbilo público acogieron á las tropas espedicionarias, y el ilustre marqués de la Romana, que tuvo la dicha de man-

darlas, fué el designado por la opinion para la direccion de todos los ejércitos. Intérprete la Junta Central del voto de los pueblos, le confirió, en efecto, el título de general en gefe del de la Izquierda.

Así las cosas, tuvo lugar lo que ya estaba previsto : el nuevo y poderoso empuje que habia de hacer Napoleon para vengar las recientes afrentas y coronar su dominacion en la Península, como lo habia hecho hasta entonces en todos los pueblos de Europa, si se exceptúa la Inglaterra. Una vez asegurado de la Rusia en la famosa entrevista que tuvo en Erfart con el emperador Alejandro, se puso él mismo á la cabeza de ciento cincuenta mil hombres de sus mejores tropas, y entró en España el 4 de noviembre de 1808.

Las débiles y mal dispuestas fuerzas que los españoles tenian en la parte superior del Ebro eran el único antemural que podia resistir el violento choque de fuerzas tan poderosas, conducidas por el primer guerrero del siglo, que hasta entonces no habia encontrado obstáculos á su ambicion insaciable. El primero que tuvo que chocar con los franceses fué el general Blake, obligado á ceder á los numerosos enemigos todas sus líneas y posiciones desde Bilbao hasta Leon, despues de haber combatido gloriosa y esforzadamente en Zornoza (el 31 de octubre), en Balmaseda (el 5 de noviembre), y en Espinosa de los Monteros (el 10 y el 11 del mismo).

Por su parte, el marqués de Belveder, llegado hasta Búrgos, de Extremadura, y atacado por los franceses que mandaba el mismo Napoleon, no pudo resistir á la superioridad de los contrarios, retirándose después de un ligero combate sostenido el 10 de noviembre.

El ejército del Centro, mandado por Castaños y ayudado por las tropas de Palafox, resistió en Tudela por algun tiempo los ataques de Moncey y Lannes (29 de noviembre); pero amenazada su espalda por el ejército de Ney, tuvo tambien que ponerse en retirada hasta Sigüenza, replegándose igualmente á Zaragoza los soldados aragoneses.

El 30 del propio noviembre trató en vano el general San Juan de defender el paso de Somosierra contra Napoleon en persona, que, vencidos todos los obstáculos que encontró á su paso, se dirigia apresuradamente sobre Madrid con el designio de sorprender la cabeza del Gobierno, que se hallaba en Aranjuez. San Juan se vió obligado á dejar franco el puerto, é insurreccionado su corto ejército, le ahorcó de un árbol : exceso lamentable que suele repetirse en tiempos revueltos, y que no fué el único que produjo la exacerbacion de las pasiones y la desconfianza que siempre inspira el peligro.

Ya nada podia detener la marcha invasora de Napoleon, que se lanzaba rápido sobre la corte de las Españas, de donde pocos meses antes habia huido su hermano ante el primer ímpetu del movimiento nacional y á consecuencia de la memorable batalla de Bailen. Alentado Madrid con el ejemplo que le daban todas las provincias, y queriendo imitar la heróica defensa de Zaragoza, se apercibió á la

resistencia; mas las dificultades que lleva consigo semejante empresa ante un enemigo poderoso y vencedor, y la anarquía que surgió dentro de sus débiles tapias y que causó la muerte violenta del marqués de Perales, pocos dias antes halagado por la mas grande popularidad, hicieron inútiles todos los esfuerzos, posesionándose los franceses de la capital el 4 de diciembre, mediante una capitulacion y dos dias después de comenzado el ataque.

En aquellas mismas circunstancias se entregó igualmente la plaza de Rosas, en Cataluña (6 de diciembre), después de haber detenido por algun tiempo al general Saint-Cyr, que penetró hasta Tarragona, no sin batir al ejército español que mandaba el general Vives (21 del mismo).

Rechazadas de esta suerte todas las fuerzas que pudo oponer la España á la segunda invasion francesa, y reinstalado José Bonaparte en el trono por los esfuerzos de su hermano, solo quedaba intacto el ejército inglés que mandaba el general Moore y habia permanecido en la inaccion hasta entonces. Mas Napoleon por su parte se lanza en persecucion de los ingleses y los rechaza hasta la Coruña, donde logran embarcarse, muriendo gloriosamente en la demanda el general mencionado. Aun subsiste en aquella ciudad una sencilla lápida, como testimonio de la gratitud española al desgraciado guerrero.

Quedaba entre tanto en pié la invicta Zaragoza, albergando en sus muros las tropas que Palafox habia opuesto en su retirada á los mariscales franceses, que inmediatamente le pusieron estrecho cerco. En este memorable sitio levantó Zaragoza su nombre mas alto y esclarecido que ningun otro pueblo del mundo moderno, y tanto, que para encontrarle igual hay que arrancar á la historia los de Sagunto y de Numancia. Después del Dos de Mayo, el sitio de Zaragoza es el suceso que mas influyó en la gloriosa guerra de la Independencia. Si el primero despertó á la nacion de su letargo y fué la señal del levantamiento contra Napoleon, el segundo dió á los españoles una leccion insigne de lo que puede un pueblo cuando se empeña en defender su nacionalidad, y de la constancia, el desinterés, el heróico valor y todos los prodigios que sabe inspirar el verdadero patriotismo. Y en vano fué que Zaragoza sucumbiera, como tambien sucumbió Madrid en aquel terrible dia; en vano fué que las falanges francesas se posesionasen, después de setenta dias de asedio, de una ciudad mermada por el hambre, la peste y la guerra; de un monton de escombros y de cadáveres y moribundos hacinados; en vano fué que cayera la ciudad siempre heróica; que con su ruina salvó á la patria, pues no pueden perecer las naciones que alimentan tales hijos como los que derramaron su sangre en aquellos muros por siempre ilustres y sagrados.

Así concluia el primer año de campaña contra los franceses, y se adelantaba el segundo, que habia de ser sangriento y azaroso y de terrible prueba para la constancia española. Cualquiera otra nacion de menos templada fibra que la nuestra hubiera desfallecido, á no dudarlo, en vista de tan mortales descalabros. Pero

España no desmayó ni cejó un solo punto en su determinacion heróica, ni por ver al enemigo extranjero dueño de la capital, ni por la derrota sucesiva de todos sus ejércitos, ni por la dispersion de su mal organizado gobierno, ni por la ruina de sus mas firmes baluartes. Donde quiera que los invasores penetraban, sentian surgir de entre sus plantas ocultos y numerosos enemigos, que les hostigaban en sus marchas, les flanqueaban en los difíciles pasos y les hacian frente en muchas circunstancias. En todos los ángulos de la Península se propagó la lucha sin tregua ni descanso, supliendo los españoles con el patriotismo y la constancia la falta de ejércitos y de recursos.

XV.

Al comenzar el año de 1809 la Junta Central se hallaba reunida en Sevilla, desde donde hacia grandes esfuerzos por organizar la resistencia y sostener el impulso nacional, no obstante lo apurado de las circunstancias y los encontrados elementos que contenia en su seno. Al propio tiempo la Inglaterra, mas segura ya de la constancia de la nacion que lo que lo estaba al inaugurarse la campaña anterior, y vivamente impresionada con la memorable defensa de Zaragoza, envió de nuevo sus tropas á la Península, bajo la conducta de Sir Arturo Wellesley, después duque de Wellington, que tanto habia de ilustrar su nombre en los años sucesivos. Con estos sucesos coincidia la marcha de Napoleon hácia Francia, llamado allí por la declaracion de guerra que le hizo el emperador de Austria.

A medida que los invasores seguian adelantando su conquista y desbaratando los enflaquecidos ejércitos españoles, se aumentaba el incendio patriótico y el santo ardor de la guerra, y la Junta Central proseguia en su laudable tarea de alentar y entusiasmar los ánimos. Derrota Sebastiani un cuerpo de ejército en Ciudad-Real (27 de marzo), alcanza Victor la sangrienta victoria de Medellin, invade Soult el Portugal, llegando hasta Oporto (29 del mismo), y Ney la mayor parte de Galicia y de Astúrias; pero todos estos triunfos no hicieron mas que enardecer el vivo amor de la independencia, redundando al cabo en detrimento de los mismos invasores.

Así fué que el marqués de la Romana, sabiendo estimular el ardor bélico de las provincias gallegas, logró hacer en aquel territorio una guerra eficacísima á los franceses y lanzarlos de él completamente, después de tomadas Villafranca del Vierzo (13 de marzo) y Vigo (28 del mismo), y de combatir señaladamente en Lugo, Santiago y Puente de San Payo. Cuesta reorganizaba su ejército derrotado en Medellin, y Wellesley tomaba á Oporto, arrojando de esta plaza á Soult con pérdidas considerables.

Restablecidas de esta suerte un poco las armas españolas, y resarcidos en algo

los anteriores desastres, determinó el intruso rey José operar una concentracion de su ejército. En esto penetró en España el marqués de Wellesley, y unidos los ingleses con los españoles mandados por Cuesta, ganaron la famosa batalla de Talavera, que duró dos dias (27 y 28 de julio) y fué sangrienta como pocas. Acaso entonces hubiera sido posible libertar completamente á la Península de los enemigos extranjeros, si los ejércitos victoriosos hubiesen marchado rápidos sobre Madrid; pero desavenencias ocurridas entre el general inglés y el español fueron causa de que se desaprovechase aquella coyuntura, separándose ingleses y españoles, y retirándose á la izquierda del Tajo, cual si fuesen vencidos.

Reemplazados Cuesta por Venegas, y La Romana por el duque del Parque, siguió su curso la campaña con varia fortuna, y no sin vencer los españoles en varios encuentros, tales como los de Alcañiz y Tamames. Pero al terminar con el año esta larga y ruda campaña, dos sucesos lamentables y de tristes consecuencias vinieron á coronarla. Fueron estos la batalla de Ocaña, en que el ejército del Centro fué completamente aniquilado por los de Soult, Victor, Sebastiani y Mortier, reunidos (19 de noviembre); y la toma de Gerona, que con su heróico sitio conquistó el sobrenombre de *inmortal*, y que bien merece que le consagremos algunos momentos.

El mariscal Saint Cyr le puso sitio, presentándose las tropas francesas ante sus invencibles murallas el dia 4 de mayo. Ante ellas se humillaron repetidas veces las orgullosas águilas; Napoleon mismo no ocultó su desagrado, reemplazando á Saint Cyr con Augereau; y ni el mas espantoso bombardeo, ni uno y otro asalto que se repetia dia por dia, ni las multiplicadas brechas abiertas en un mismo frente, pudieron dominar el valor y la constancia de los defensores, no menos heróicos que los de la invicta Zaragoza. Gerona sucumbió al fin, pero fué cuando su egregio gobernador, el general Alvarez cayó postrado en cama, después de haber agotado todos los medios imaginables y al cabo de una defensa que duró mas que la guerra del Austria; la mas insigne de los tiempos modernos. ¡Loor á la inmortal Gerona, que dió, á ejemplo de Madrid y Zaragoza, tan heróica leccion á los que pretendian imponer á la noble España la servidumbre extranjera! La memoria de aquel heróico sitio se ha perpetuado en nuestros dias, merced á la munificencia de nuestra magnánima soberana, agraciando con el título de marqués de Gerona al que fué presidente del Congreso de los diputados, sobrino del ilustre general Alvarez. Hoy dia conserva el título el Sr. D. José de Castro y Orozco, hermano de aquel personaje.

Así concluyó la campaña del año 9, funesta para los españoles, pero de buen augurio al mismo tiempo, por cuanto durante ella se acrisoló mas y mas el entusiasmo patriótico, generalizándose la guerra en todos los ángulos de la Península. Ya estaba tirado el dado; ya la España habia probado al mundo que estaba dispuesta á agotar todos sus recursos, su valor y su heroismo antes que sucumbir al yugo extranjero. En esta campaña se consumaron dos grandes catástrofes: la

caida de Zaragoza, que la inició; y la rendicion de Gerona, que vino á coronarla; mas estos dos memorables sucesos, en vez de prósperos, fueron fatales á los invasores, por el insigne ejemplo que dió con ellos el esfuerzo español. No podia ser esclava, no, una nacion que alimentaba en su seno héroes como los de aquellas dos invictas ciudades.

XVI.

Al principiar el año 1810 se encontraba la Junta Central agoviada bajo el enorme peso de tantos infortunios, y desgastada, por decirlo así, por la accion de año y medio de guerras y sacudimientos, que son capaces de desprestigiar y conmover á los mas sólidos y bien asentados poderes. A medida que trascurria el tiempo se sentia con mas fuerza la necesidad de continuar con redoblado vigor la guerra. Al efecto trató aquella corporacion de hacer que los ejércitos ingleses cooperaran activamente y saliesen de la inaccion que los habia detenido el año anterior en Extremadura; lo cual no pudo conseguir, sacrificando estas ventajas al justo orgullo del sentimiento nacional, lastimado con la condicion impuesta por los aliados de que se entregase á un general inglés el mando de todos los ejércitos combinados.

Todo esto reunido contribuyó á que la Junta se viese completamente destituida de fuerza moral y atacada hasta por sus mismos miembros. Por otra parte, con la invasion francesa, y aun antes de ella, de resultas de las guerras y alianzas que habiamos tenido con la República, se habian ido propagando en la Península las nuevas ideas que la revolucion del año 89 habia anunciado al mundo. De aquí fué que entre muchas de las personas que con mas ardor defendian la causa de la independencia se despertase el pensamiento de introducir novedades en las instituciones del país; deseo que encontró bastantes partidarios, como suele suceder en tiempos de revueltas y cuando la autoridad carece de base sólida y segura: en tales circunstancias no es raro el prurito de la innovacion, y la creencia general de que reformando lo existente han de desaparecer todos los males. Y como la Junta Central se veia combatida de varios modos, y aun inspiraba dudas acerca de la legitimidad de su orígen, se vió en el caso de ceder al deseo de la opinion pública y convocó las Cortes generales de la nacion para el 1.º de marzo de 1810. De la influencia que esta asamblea ejerció en todos los sucesos que sobrevinieron, y de la famosa constitucion que discutió y promulgó, nos ocuparémos mas adelante de la manera ligera que exige esta rápida reseña.

Como era de esperar, debian los franceses redoblar sus esfuerzos este año, á fin de acabar su conquista y aprovechar las ventajas alcanzadas por sus armas en el anterior. Contribuia igualmente á esto el haber concluido Napoleon su paz con el

Austria : circunstancia que le permitia enviar nuevos y poderosos refuerzos á sus tropas de la Península. Su hermano, el titulado rey José, se decidió asimismo á emprender un movimiento decisivo, y puesto á la cabeza de numerosos cuerpos, se dirigió á Sierra Morena con el designio de ocupar las Andalucías, libres de la invasion desde la gloriosa batalla de Bailen. Los restos del ejército desbaratado en Ocaña opusieron muy débil resistencia en aquellas cordilleras, y así les fué fácil abrirse paso á las fuerzas invasoras, que ocuparon casi simultáneamente á Granada y Sevilla. Pero defendida oportunamente Cádiz por el duque de Alburquerque, que operando una hábil y difícil retirada desde Extremadura llegó ante sus muros momentos antes que el mariscal Victor, se conservó libre del extranjero aquel baluarte firmísimo de la independencia.

Al mismo tiempo que las Andalucías. eran invadidas Extremadura, Valencia, Cataluña y Astúrias, llegando Regnier hasta las inmediaciones de Badajoz, é internándose en Cataluña Augereau, donde puso bloqueo á Hostalrich. En estas circunstancias, las mas tristes y azarosas de toda la guerra, tuvo que disolverse casi violentamente la Junta Central, siendo reemplazada por una regencia. Nunca se vió la nacion, desde el año 1808, ni mas afligida ni mas desesperanzada: cualquiera otro país de menos esfuerzo y constancia que el nuestro hubiera sin duda sucumbido, renunciando á una defensa que ya podia considerarse inútil y temeraria. De todos los ejércitos que habia levantado el patriotismo, solo quedaban restos diseminados y enflaquecidos; los invasores se enseñoreaban triunfantes, y cada dia mas numerosos, de todos los ángulos de la Península, y para mayor motivo de desaliento y de congoja, se temia, no sin razon, que el ejército inglés abandonase nuestro territorio.

A pesar de lo apurado y triste de la situacion, no titubearon los españoles un solo instante, y seguian peleando con fortuna varia y por todos los medios posibles en toda la extension de la monarquía. En esto, asegurado ya Napoleon del Austria, con cuyo emperador habia contraido lazos de familia, pensó por un momento volver de nuevo á España; empero desistió de su empeño, contentándose con enviar á Massena con expreso encargo de invadir y conquistar el Portugal.

Reforzados de esta suerte los franceses, comenzaron con nuevo vigor las operaciones, atacando y tomando á Astorga (22 de abril), defendida valientemente, y apoderándose después por una capitulacion honrosa de la plaza de Ciudad-Rodrigo (10 de julio). Por entonces caian igualmente en poder de los invasores varias plazas de Aragon y Cataluña.

Así las cosas, penetró Massena en Portugal, llevando noventa mil hombres, mandados por Regnier, Junot y Ney. Al verle invadir aquel reino con tan poderosas fuerzas, nadie podia dudar de que acabaria pronta y fácilmente su empresa el célebre mariscal francés, á quien una cadena no interrumpida de triunfos habia adjudicado el pomposo sobrenombre de *Hijo mimado de la victoria*; empero todo el ardor y la superioridad numérica del soberbio caudillo se estrellaron en la fria

prudencia del Lord Wellington, que, parapetado tras las famosas líneas de Torres-Vedras, burló los esfuerzos de los invasores. Desde este suceso no dejó de experimentar derrotas parciales y sucesivas el gran ejército francés de Portugal. Entre tanto Wellington se sostenia en sus admirables posiciones, y al paso que Massena se encontraba flanqueado y hostilizado por todas partes, y veia cortadas sus comunicaciones con Almeida y Ciudad-Rodrigo, recibia el noble Lord considerables refuerzos, que le llevaba el marqués de la Romana. Llegadas las tropas españolas á Torres-Vedras el 23 de octubre, moria tres meses después este ínclito general, cuyo nombre ocupará un distinguido lugar en la historia.

Entre tanto se seguia con escaso vigor la guerra por el resto de la Península, siendo Extremadura y Cataluña las provincias donde fué posible obtener algunas ventajas, aunque parciales. La plaza de Tortosa, embestida por Suchet el 15 de diciembre, después de muchos meses de bloqueo tuvo que capitular el 2 de enero. Con este suceso termina la campaña del año 1810, la mas desastrosa de toda la guerra de la Independencia. Al terminarse se encontraban batidos y aniquilados todos los ejércitos españoles, arrinconado el inglés delante de Lisboa, y en poder de los franceses la mayor parte de las plazas que un año antes ocupaban nuestras tropas. Entretenian, sin embargo, la resistencia multitud de guerrillas y partidas sueltas, que, hostigando por todas partes á los invasores, les daban mayor cuidado (por no hallarse avezados á este linaje de guerra) que los cuerpos organizados.

XVII.

Al mismo tiempo se habian reunido, no sin vencer grandes inconvenientes, en la isla de Leon (24 de setiembre de 1810) las Cortes convocadas meses antes por la Junta Central. Erigidas en asamblea nacional, y soberana durante la ausencia del Monarca y á su nombre, reasumieron en sí todo el poder, nombrando una nueva regencia para que ejerciese el ejecutivo, y preparándose desde luego á discutir una constitucion. Asimismo abolieron la Inquisicion, y tomaron otras disposiciones importantes, que produjeron gran entusiasmo y contento en todos los ángulos de la monarquía.

La nueva campaña del año 1811 comenzó por las vigorosas operaciones de Soult en Extremadura, quien ataca y toma á Olivenza el 11 de enero, y ataca á Badajoz, tomándola á su turno el 10 de marzo, después de una heróica resistencia durante la cual murió valerosamente su ilustre gobernador Menacho. Massena, por su parte, viendo debilitarse por momentos su ejército, y desesperando de poder forzar las líneas de los ingleses y penetrar en Lisboa, se decidió á evacuar el Portugal, y emprendió su retirada, seguido muy de cerca por Wellington, que le tomó á Almeida, después de arrollarlo en varios encuentros. Al propio

tiempo Beresford penetraba por Extremadura, reconquistando á Campomayor y á Olivenza y poniendo sitio á Badajoz (4 de mayo).

Firme Cádiz entre tanto, no solo hacia frente á las fuerzas que constantemente la estuvieron bloqueando, sino que tambien enviaba fuera de sus muros algunas expediciones, una de las cuales ganó á los franceses la batalla de Chiclana. En Cataluña llevaban ventajas los invasores, se incendiaba Manresa, caia Figueras, y sufria Tarragona todos los horrores de un asalto: el ejército de aquel territorio se vió aniquilado en pocos dias.

En Extremadura era donde estaba á la sazon el nudo de la guerra. Badajoz seguia sitiada por los ingleses, acudiendo en su refuerzo los españoles, mandados por Blake y por Castaños. En este caso, comprendiendo Soult la importancia que para sus futuras operaciones encerraba la posesion de esta plaza, reconcentra sus fuerzas no lejos de las alturas de la Albuera. De aquí resultó la famosa batalla de este nombre (16 de mayo), en la cual españoles, portugueses, ingleses y franceses se batieron con inusitado encarnizamiento y heroismo. Tan sangrienta y memorable jornada, ganada por las tropas aliadas, fué cantada por la lira inmortal del gran Byron, cuyos divinos acentos han sido siempre gratos para la España. Por efecto de este hecho de armas se retiró Soult, comenzando con nuevo ardor y brio el sitio de Badajoz, que fué levantado después de repetidos é infructuosos asaltos. A su turno Wellington se retiró de nuevo á Portugal con el ejército anglo-lusitano. Al propio tiempo obtenian las fuerzas españolas algunas ventajas sobre los franceses de Marmont, no lejos de Salamanca (3 de agosto), y en Arroyo-Molinos el 28 de octubre. Por este mismo mes caia en poder del enemigo el fuerte de Sagunto, después de una gloriosísima defensa dirigida por el general Andriani, y de haber intentado en vano Blake impedir este suceso dando á Suchet la batalla de Murviedro.

Entre tanto se hacia á los franceses una guerra exterminadora en Aragon y Cataluña, batiéndolos en varios encuentros los famosos guerrilleros Duran, el Empecinado y Mina. Lacy hacia al mismo tiempo prodigios, rompiendo las líneas francesas, interceptando convoyes, y desalojando de muchos puntos importantes á los enemigos. Tan prósperos sucesos reanimaron el bélico ardor y el entusiasmo patriótico de los catalanes.

En Andalucía el general Ballesteros, incansable como ninguno, peleaba sin tregua con los invasores, hostigándolos y sorprendiéndolos en uno y otro encuentro. Apoyado en Tarifa, pretendió Soult arrebatarle esta plaza; pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la constancia y heroismo del general Copons, que le obligó á levantar el sitio con pérdidas considerables.

Por último, la campaña del año 11 concluyó con la toma de Valencia (9 de enero de 1812), conseguida al cabo por el general Suchet, que puso en ello todo su esfuerzo y empeño.

Ardua y desgraciadísima fué para los españoles, empero gloriosa, esta cuarta

campaña, durante la cual tomó notable incremento el género de guerra peculiar de nuestro país (las guerrillas): fuerzas las mas temibles á los franceses, que por todas partes les salian al paso, ya en pequeñas partidas, ya formando divisiones; nunca ociosas ni cansadas, siempre en lucha tenaz y porfiada con los enemigos de la patria.

Absorbido como estaba todo el interés público, durante el año á que nos vamos refiriendo, por los sucesos de la guerra, no se hicieron de notar grandemente las tareas de las Cortes, reunidas segun se ha dicho á últimos del año 1810. Sin embargo, aquella asamblea no levantaba mano en la obra que se habia propuesto, y poco á poco iba echando los cimientos de la libertad política, que al cabo de muchos trastornos y vicisitudes habia de establecerse definitivamente en España. Impregnados la mayor parte de sus individuos en las nuevas ideas lanzadas al mundo por la revolucion francesa, é introducidas en nuestro país por los ejércitos invasores, tenian todas las medidas dictadas por las Cortes el carácter de la innovacion revolucionaria: de manera que, al paso que tanto los constituyentes como la Regencia no descansaban un momento por repeler la invasion y lanzar del territorio á los franceses, se consagraban á introducir en la constitucion y en las costumbres del país las nuevas máximas y elementos que los mismos invasores nos traian: contraste singular que ofrece aquella calamitosa época, y que merece estudiarse por los que se dediquen á historiar las revoluciones de los últimos cincuenta años. Así fué que abolieron la tortura, el comercio de negros, los señoríos y mayorazgos, aplicaron las obras pias á los hospitales militares, establecieron la libertad civil é individual, y principiaron á discutir la famosa Constitucion de que nos harémos cargo mas adelante. A dicha asamblea se debe igualmente la creacion de la distinguida órden de San Fernando, como premio de las acciones heróicas en la guerra.

XVIII.

Mas feliz que la anterior fué para los españoles la campaña del año 12. Lord Wellington penetró en España, abriendo una cadena de triunfos, como pocos guerreros los han conseguido. Embiste y toma por asalto á Ciudad-Rodrigo (19 de enero), y revolviendo sobre la izquierda del Tajo se apodera igualmente de Badajoz: de manera que al cabo de cuatro meses se habia hecho dueño de estas dos importantes plazas, lo cual era sobrada compensacion de las dilaciones anteriores. Como galardon de estos triunfos, las Cortes dieron á Wellington la grandeza de España bajo el título de duque de Ciudad-Rodrigo.

No contento con esto el caudillo inglés, se propone arrojar al rey intruso de Madrid, lanzando á Marmont sobre el Ebro, y logrando por este medio salvar las Andalucías. Al efecto se dirige á Salamanca, ocupa á viva fuerza los fuertes de

Almaraz, asalta y toma las fortificaciones de Salamanca á la vista del numeroso ejército del mismo Marmont, atónito, y da y gana la famosa batalla de los Arapiles.

El llamado rey José, que habia salido de la corte con el designio de llevar personalmente refuerzos á Marmont, tuvo que retroceder rápidamente hasta Valencia, en tanto que las tropas aliadas, precedidas del Empecinado y Palarea, entraban en Madrid (12 de agosto), siendo recibidas por los habitantes del heróico pueblo con las mas fervorosas muestras de contento y entusiasmo.

A esta serie de triunfos es cierto que no contribuyeron muy eficazmente los ejércitos españoles; pero hay que tener en cuenta que se hallaban á la sazon conteniendo á cerca de ciento cincuenta mil franceses en Astúrias, Aragon, Cataluña, Murcia, Andalucía, Navarra y ambas Castillas. Así vemos que mientras Wellington batia á Marmont y arrojaba de Madrid al intruso rey, el sexto ejército español sitia y toma á Astorga (19 de agosto); el cuarto, gobernado por Ballesteros, seguia hostigando donde quiera al enemigo; el segundo y tercero se batian con las tropas de Suchet, y en toda Cataluña se proseguia vigorosamente la guerra, viéndose los franceses bloqueados en las plazas que ocupaban.

Soult, después de haber en vano bombardeado á Cádiz, asiento de las Cortes y del Gobierno, trató ya de concentrar sus fuerzas, como único medio de poderse sostener en el país, y reforzado con otros cuerpos de tropas que operaban en varios puntos de España, se reunió con el rey José, que volvió á entrar en Madrid (30 de octubre). De resultas de esta gran concentracion de los ejércitos franceses, llegaron á avistarse sobre el Tórmes con Wellington, que los observaba con todas sus fuerzas reunidas, y en breve se trabó la famosa batalla de Alba de Tórmes, poco favorable para los aliados (15 de noviembre), última de esta campaña.

Así terminó el año 12, glorioso para las armas españolas é inglesas. Durante él Napoleon, que no conocia valladar ni término á su desatentada ambicion, habia armado la mitad de la Europa para invadir y conquistar la Rusia, sacando al efecto de la Península parte de sus tropas; lo cual no dejó de contribuir á los descalabros que hubieron de sufrir los franceses. Tambien durante este año se verificó la promulgacion de la famosa constitucion hecha por las Cortes de Cádiz, y que ha sido conocida con el nombre de Constitucion del año 12. Ya hemos indicado cuál era el espíritu que dominaba á los legisladores del año 10, y cómo aquellos varones, al paso que combatian con brio y heróica constancia la invasion extranjera, introducian en las instituciones del país todas las ideas que habia engendrado la revolucion francesa : preocupacion singular, hija de la inexperiencia de los diputados de Cádiz, que creyeron en su entusiasmo poder aliar la libertad política mas absoluta con el respeto y consideracion que debe acompañar á la monarquía. Así es que promulgaron un código incompatible con la autoridad de un rey, y que era imposible de sostener una vez vuelto entre sus súbditos el cautivo monarca. Esta cándida inexperiencia de los legisladores, de la cual participaba el país, hizo que la nueva constitucion fuese recibida con universal aplauso, pues la

saludaban los pueblos como un íris de paz y de triunfo, viéndola solemnemente promulgada en el momento de hallarse libres de los invasores. Por lo demás, en aquella época de inocencia y entusiasmo patriótico no se conocian aun en nuestra España las lamentables denominaciones de partidos, inventados por la sangrienta discordia.

XIX.

Al comenzar el año de 1813 habian variado completamente los asuntos de la guerra. Los ejércitos españoles, auxiliados de los aliados y mandados en jefe por el afortunado y hábil Wellington, habian tomado la iniciativa y arrollaban á los invasores que, reconcentrados en grandes masas y ocupando puntos estratégicos, estaban reducidos á la defensiva. Por entonces habia igualmente comenzado á declinar el astro de Bonaparte, derrotado en las extremidades de la Europa, si no por los rusos, á impulso de los elementos. Sus mismos aliados le abandonan, y aquel invencible guerrero, superior á César y á Alejandro, tiene que batirse en retirada en los mismos parajes testigos y teatro poco antes de sus gigantescos triunfos. Ya en el reloj de la Providencia habia sonado la hora del castigo á tantos y tan grandes crímenes, que nunca quedan impunes, por muy poderosos que sean los perpetradores.

Wellington, cargado de laureles, después de haberse presentado en el seno de las Cortes y de dar nueva y conveniente organizacion á los ejércitos, se arroja á la campaña decisiva que habia de lanzar definitivamente del territorio á los invasores. Emprendidas con inusitado brio las operaciones, alcanzó el caudillo inglés, en union con el ilustre general Castaños, á los franceses en Vitoria, derrotándolos completamente. Esta victoria, obtenida contra el grueso del ejército del rey intruso, que lo mandaba en persona, fué de gran trascendencia, pues le obligó á repasar el Pirineo, abandonando el territorio español. Los ejércitos aliados penetraron entonces en Francia, y los españoles tuvieron la fortuna de cubrirse de gloria, derrotando á sus enemigos en la célebre jornada de San Marcial, victoria mas brillante que todas para nuestras armas, pues fué obtenida exclusivamente por los españoles, conducidos por el general Freire (8 de setiembre). En esto, y con el paso del Vidasoa por las tropas aliadas después de rendida San Sebastian, terminaba la campaña del año 13, en la que fueron arrojados de la Península todos los franceses que la ocupaban, excepto los que quedaban en Aragon, Cataluña y algunas plazas. La campaña del año siguiente, último de la guerra, coronó todos los anteriores sucesos, quedando enteramente libre el suelo patrio de las plantas de los duros invasores. Tan breve fué, por otra parte, que el 10 de abril la terminaban las tropas aliadas, derrotando al general Soult en Tolosa de Francia, donde

así como en San Marcial, cogieron abundantes laureles las españolas, conducidas por el mismo caudillo.

Así terminó la gloriosísima guerra de la Independencia, sostenida con heróico ardimiento por nuestros padres en defensa de la Religion, del Trono y de las Leyes : guerra gigantesca y memorable, último monumento de nuestra nacionalidad, último sello que el genio español imprimió en nuestra historia, por muchos títulos gloriosa.

XX.

Nos hemos detenido á propio intento, mas de lo que convenia tal vez á nuestro propósito, en describir los principales rasgos de esta época, porque durante ella se acabó de nutrir el carácter nacional, y por haber sido el punto de partida, á causa de los nuevos elementos introducidos en nuestra civilizacion, de todos los grandes acontecimientos que han subseguido en lo que va de siglo y de las instituciones políticas que hoy nos rigen. Por lo demás, es siempre tarea grata recrearse en las hazañas de nuestros padres, delineando algunos caractéres de aquella guerra heróica y verdaderamente nacional, no ya sostenida entre hermanos y compatriotas, sino con enemigos extranjeros; no ya en nombre de los desatentados partidos, sino en nombre de los mas santos y puros sentimientos de patria, rey y ley.

Mas ahora que ya se abre otro período enteramente distinto, y una cadena sobradamente larga de luchas intestinas y desgracias civiles, pensamos recorrer con rapidez suma la distancia que nos separa del reinado de nuestra excelsa y jóven soberana. La historia contemporánea no puede escribirse sin riesgo de caer frecuentemente en los escollos de la pasion y la parcialidad. Así pues, volvamos á nuestra tarea.

El Sr. D. Fernando VII, cautivo en Francia durante todo el período de la guerra de la Independencia, consiguió su libertad el 24 de marzo de 1814, y volvió á pisar la tierra generosa y leal de la España, empapada todavía en sangre humeante y atestada de ruinas : así lo cantaba el poeta Arriaza en un himno dedicado al monarca, á su paso por la inmortal Zaragoza :

Las ruinas que miran tus ojos
Bienes son que nos trajo el francés;
Mas tambien son sus viles despojos
Esos huesos que huellan tus piés.

Llegado á Valencia el Rey, anuló por el famoso decreto del 4 de mayo la Constitucion de Cádiz, y se dirigió á Madrid, cerrándose las Cortes el mismo dia de su llegada á la capital del reino. De esta suerte terminó la primera época constitu-



Legrand dib.º y lit.º

S. M. LA REINA MADRE



D.ª M.ª CRISTINA DE BORBON.



cional entre nosotros. Los seis años que mediaron desde el 14 al 20, en que se restableció el código de Cádiz, no fueron tan dichosos como algunos pudieron haber esperado. La reaccion contra los innovadores llegó mas allá de lo conveniente, y lo que es peor, durante este corto espacio de tiempo comenzaron los partidos y divisiones políticas, las conspiraciones y persecuciones que en lo sucesivo tantas lágrimas y sangre han costado á la gran nacion española. Como consecuencia de una guerra desastrosa y larga y de la falta de un gobierno regular, se hallaba el tesoro público empobrecido, desbaraustrada la administracion y poco asegurado el órden. Las novedades que el espíritu del siglo habia introducido en todas las cosas no hacian ya posible la vuelta de los serenos y dichosos tiempos de Fernando VI y Cárlos III. Por otra parte, sublevadas nuestras principales provincias americanas, se avecinaban cada vez mas á su completa emancipacion de la madre patria : suceso que poco después quedó consumado. En tales circunstancias, y cuando á fuerza de grandes sacrificios se habia logrado reunir en Cádiz una poderosa expedicion para Ultramar, las tropas que debian embarcarse se pronunciaron abiertamente, proclamando la Constitucion de la Monarquía, el 1.° de enero de 1820. No juzgarémos estos sucesos, en que unos y otros tuvieron la culpa, y pasarémos por encima de los tres años de la segunda época constitucional, trascurridos entre las convulsiones infecundas de la anarquía y de la guerra civil ; lo cual se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que el monarca habia aceptado de mala gana y por la fuerza aquella ley fundamental, incompatible, por otra parte, con los atributos y prerogativas de la corona. A últimos del año 23 cayó, como era de esperar, el nuevo régimen, y lo que mas pudo lamentarse fué que los mismos franceses, á quienes tan heróicamente vencimos y rechazamos pocos años antes, viniesen después como árbitros y dirimidores de nuestras contiendas.

Los diez años que sucedieron á la caida del régimen constitucional fueron bien lamentables así para la nacion como para el monarca. La reaccion se llevó aun mas lejos que en el período que medió del 14 al 20, y muchos hijos ilustres de la patria subieron á los cadalsos, mientras que otros en gran número poblaban las cárceles ó comian el pan amargo y duro del destierro. ¡Tristísima consecuencia de las discordias civiles! El monarca, por su parte, siempre vacilante entre los que querian establecer un sistema de gobierno templado y conciliador, y los excesivamente fanáticos, que aconsejaban llevarlo todo á sangre y fuego, y las exigencias de la diplomacia, apoyada en el ejército francés, que siguió ocupando por algunos años varios puntos de España, ni pudo aplicarse á restañar las profundas heridas de su pueblo, ni tuvo ocasion de desplegar las calidades nada comunes que á no dudarlo le adornaban. Príncipe educado en tiempos de desórden y mal gobierno, y trabajado después por muchas desgracias y vicisitudes, vendido por unos, mal servido por otros, y espiado hasta por miembros de su propia familia, no podia dejar de ser receloso y suspicaz en grado sumo.

Habíanse perdido definitivamente las inmensas posesiones americanas, conquistadas por el esfuerzo de nuestros padres ; la marina no se habia repuesto de sus terribles desastres ; la hacienda seguia pobre y desarreglada, y todos los ramos de la riqueza pública exhaustos y agotados de resultas de tantos años de guerras y convulsiones. El rey Fernando habia compartido su tálamo real por tres veces sin tener sucesion ; y ya viudo y achacoso, no se abrigaban esperanzas de que un descendiente directo viniese á ocupar el trono de España, temiendo todas las personas ilustradas que por la muerte, nada remota, del monarca recayese la corona en su hermano el infante D. Cárlos, persona en quien el partido fanático y ultrarealista fundaba todas sus ilusiones y ulteriores designios. Pero la Providencia, que siempre vela por los pueblos nobles y generosos, siquiera los someta á duras pruebas, nos tenia deparado que del golfo de Nápoles viniese una jóven princesa, tan hermosa como prudente, destinada á regenerar la dinastía juntamente con la patria, á darnos un íris de paz y de ventura, como prenda segura de mejores destinos, y abrir una nueva era de libertad, de gloria y de grandeza á la nacion española.

El 9 de diciembre de 1829 contraia su cuarto matrimonio el rey Fernando, y hacia su entrada triunfal en Madrid, acompañada de sus padres, la interesante princesa siciliana.

¡Ah! ¡Quién podrá olvidarlo! Una mañana
Era diciembre encapotado y frio,
Y al festivo clamor de la campana
Se alzó Madrid en bullidor gentío.
La inmensa muchedumbre, que impaciente
El ancha calle de Alcalá llenaba,
Una HERMOSURA de risueña frente,
Y en ella una ESPERANZA contemplaba.
Su dorada carroza se movia
Sobre apiñadas frentes á millares;
El esquife de Vénus parecia
Meciéndose en la espuma de los mares.
. . . .
. . . .
. . . .
Aquel mirar de maternal desvelo,
Aquella tez de rosa purpurina,
Aquel vestido de color de cielo,
¡Ah! ¡Quién podrá olvidarlo! ¡Era CRISTINA!

Así cantaba uno de nuestros mejores poetas algunos años después la entrada de la nueva reina en la capital de las Españas. Los trasportes de alegría y el universal aplauso con que en todos los ángulos de la monarquía fué saludada, solo pueden compararse con la desesperacion del partido ultrarealista, que con-

taba por minutos los dias de vida que restaban al monarca, para lanzarse como el tigre sobre su presa en la gobernacion del Estado, y no habia de tardar en llenar de sangre y luto todas las provincias de España. Por uno de esos presentimientos, mas seguros aun en el corazon de los pueblos que en el de los individuos, todos esperaron las mayores venturas del influjo que naturalmente debia ejercer en el ánimo de Fernando la jóven é ilustrada princesa, que añadia, segun fama, á las dotes de la hermosura, calidades para el gobierno nada comunes en las personas de su tierna edad y de su sexo. Fundábase al mismo tiempo otra nueva y mas fecunda esperanza, á saber, que el regio tálamo no fuese de esta vez tan estéril cual otras veces, y pudiese la nacion saludar á un tierno vástago, heredero inocente y desinteresado, como ajeno á nuestras discordias. Tales esperanzas no fueron defraudadas. El 10 de octubre de 1830 dió á luz Cristina una princesa que tomó el nombre glorioso de Isabel, y hoy se asienta en el trono que fundaron y engrandecieron sus abuelos los Reyes Católicos.

Segun ya creemos haber indicado al hablar de Felipe V, este monarca habia variado la manera de suceder en la corona, excluyendo de ella á las hembras. Semejante exclusion era contraria al espíritu de nuestras tradiciones é historia, por cuanto las hembras, por medio de sus enlaces, contribuyeron no poco á que de tan diversos reinos se formase la unidad de la monarquía española; y era igualmente impopular, porque mujeres muy ilustres habian llevado entre nosotros el cetro con mas firme mano que los varones. De acuerdo en esto Cárlos IV con el sentimiento nacional é histórico de los españoles, habia derogado la pragmática de Felipe en 1789. Empero el mayor sigilo habia acompañado á esta resolucion. La reina Cristina dió á luz en 30 de enero de 1832 una segunda princesa, inmediata heredera hoy dia del trono de su augusta hermana. Entre tanto la salud del monarca iba decayendo por grados, y creciendo por momentos la impaciencia del partido que ya podia llamarse carlista. Este, que antes del segundo alumbramiento de la Reina temió ver contrariadas sus esperanzas con el nacimiento de un príncipe de Astúrias, trabajó sin tregua ni descanso por lograr de Fernando la revocacion de la pragmática sancion de Cárlos IV, lo cual valia tanto como que desheredase á sus inocentes hijas. Al efecto, juzgando favorable en grado sumo la coyuntura de hallarse el Rey enfermo gravemente, le asediaron en el lecho del dolor, arrancándole al cabo la revocacion de la pragmática y el restablecimiento de la ley sálica. Un accidente que sobrevino al moribundo dió motivo para que se le creyese muerto, de manera que no faltaron quienes felicitasen al infante D. Cárlos, y aun se trató ya de ordenar por medio del telégrafo la apertura del pliego donde se contenia el acta de la revocacion, y que habia sido depositado en el consejo de Castilla. Empero no estaban aun contados los dias del monarca, y Fernando, vuelto del letargo, pudo vivir todavía algunos meses. Durante este tiempo, alentada Cristina por los consejos de algunos leales españoles, y poderosamente ayudada con la enérgica cooperacion de su hermana la infanta Doña

Luisa Carlota, que desde Sevilla voló á la Granja, teatro de aquellas escenas, consiguió de su esposo la destitucion del ministro Calomarde, que por diez años habia gobernado el reino.

Como consecuencia de este suceso quedó encargada la reina Cristina de la gobernacion de la monarquía durante la enfermedad del monarca, formándose el 1.º de octubre un nuevo ministerio. Aquí comienza la gloriosa carrera de la excelsa Cristina, cuyo primer acto importante fué abrir las puertas de la patria á los que hacia diez años gemian relegados en tierras extranjeras. El rey Fernando, siquiera volviese á tomar las riendas del gobierno en 4 de enero de 1833, descaecia y se debilitaba dia por dia, siendo ya inminente su muerte. Se convocaron Cortes á la antigua usanza de Castilla, y reunidas el 20 de junio del mismo año, juraron solemnemente por princesa de Astúrias á la infanta Isabel. El infante Don Cárlos rehusó reconocerla y prestarla juramento, por lo cual fué desterrado al vecino reino lusitano, so pretesto de acompañar á una princesa portuguesa, que mas tarde vino á ser su segunda esposa : aquí manifestó ya D. Cárlos sus designios, que tantas lágrimas y sangre habian de costar á la España.

La jura de la princesa Isabel llenó de júbilo á todos los españoles. Tan fausto suceso fué celebrado entre trasportes de loco entusiasmo con universales festejos, tan fastuosos como no se han visto después, en todos los pueblos de la Península : el mágico nombre de Isabel era saludado en todas partes, á la par del de Cristina, con la misma efusion con que saluda el navegante después de la tempestad el sol que disipa las nubes, ó la costa amiga, sin cuidarse de los peligros que le esperan en su nueva derrota. Empero la muerte del monarca vino á turbar la alegría de las fiestas. El 30 de setiembre del mismo año 33 bajó Fernando VII á la tumba, antes de cumplir los cincuenta de su edad.

XXI.

No bien hubo espirado el monarca fué proclamada reina la que poco antes habiamos jurado por princesa. El 25 de octubre se verificó solemnemente la proclamacion en Madrid, y pocos dias después en todos los ángulos de la monarquía. Al propio tiempo era proclamada reina gobernadora del reino la excelsa viuda del difunto Fernando.

Aquí principia el reinado de nuestra ilustre reina, y la gran mision á que estaba destinada la egregia princesa venida pocos años antes entre nosotros en alas del íris desde las costas de Italia : mision difícil y erizada de peligros, pero que supo cumplirla con ánimo resuelto y constancia varonil aquella distinguida señora.

Su majestad la reina Cristina nació el 27 de abril de 1806, cuando acababa de

sentarse en el trono de Nápoles José Bonaparte, y estando á la sazon la familia real refugiada en Sicilia. Así pues contaba veinte y tres años al dar su mano al monarca español y veinte y siete á la muerte de su augusto esposo. Una mujer jóven, inexperta, recien llegada al reino y rodeada por todos lados de enemigos, no un varon fuerte y encanecido en los negocios, era la que tenia el encargo de velar por el trono mal seguro de una niña inocente, y de ahogar las serpientes que como al héroe de la fábula se enroscaban en su cuna. La historia ha consignado ya de qué manera desempeñó la excelsa Cristina su espinosísima tarea, y cómo supo asegurar el vacilante trono de su hija, basándolo en las libertades públicas y en el amor del pueblo.

Difícil por demás y comprometida era la situacion de la monarquía á la muerte del rey Fernando. Por una parte se inauguraba una prolongada minoría ocasionada siempre á peligrosas eventualidades; y por otra, sirviendo de pretexto al partido ultra-realista las vacilaciones de las últimas disposiciones del difunto monarca para poner en duda los legítimos derechos de la tierna Isabel, era inminente una desastrosa guerra civil, la mayor de las calamidades que la justicia de Dios puede enviar á los pueblos. Y no era esto todo : las esperanzas contraidas desde la amnistía por la gran masa liberal no debian tardar en reclamar su satisfaccion, y no era posible defraudarlas sin exponerse á debilitar el entusiasmo y el número de los defensores de la santa causa de la inocencia y la legitimidad. Es decir, que la Reina Gobernadora tenia que luchar con los inconvenientes naturales de una minoría, con la guerra civil, con las exigencias de la revolucion y con el encarnizado odio de la faccion fanática, que no podia nunca perdonarle el haber quebrantado sus designios, como la mujer fuerte de la Escritura quebrantó la cabeza de la serpiente.

Una vez estallada la guerra civil en varios puntos de España, tuvo que dejar el poder Zea Bermudez, persona de ilustracion y sabias miras, pero que en aquellas circunstancias desconoció las exigencias de la época, y se negó á toda clase de innovaciones en las instituciones de la monarquía. Al ministro caido sucedió en e poder Martinez de la Rosa, y el 10 de abril de 1834 otorgó la Reina, por un libre acto de su voluntad, el Estatuto Real, base y cimiento, segun se decia en el preámbulo de dicha carta, donde se habia de ir levantando el nuevo edificio constitucional de nuestra España. Los sucesos que sobrevinieron, y la instabilidad de todas las cosas en tiempos de guerras y convulsiones, fueron causa de que aquella forma política no diera todos los frutos que podia haber producido. Pero sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que con el otorgamiento del Estatuto Real inauguró Cristina la tercera época constitucional, y anudó los lazos que debian de ser indisolubles entre la nueva generacion y el trono de su inocente hija.

El entusiasmo público saludó los primeros albores de la regeneracion política y bendijo la mano que, después de haber abierto las puertas de la patria á millares de españoles y las universidades á la juventud estudiosa, abria el templo de las

leyes y daba la señal de un nuevo rumbo mas amplio y liberal en la gobernacion del Estado. Al reunirse los Estamentos, segun lo prevenido en el Estatuto Real, presentaba un tristísimo espectáculo la monarquía : la guerra civil se habia encrudecido y tomado un incremento prodigioso ; el terrible azote del cólera morbo asolaba las provincias donde no habia cundido la guerra ; se presenta esta misma epidemia en Madrid el 17 de julio, y habiendo cundido las falsas voces de que las aguas de la corte estaban envenenadas, se entregó una parte del pueblo á los mas sacrílegos excesos, y fueron sacrificados bárbaramente multitud de religiosos entre el saqueo de sus conventos. Pero corramos un velo sobre estos lamentables hechos: conducta que seguirémos en todo lo que nos resta del presente trabajo siempre que nos refiramos á nuestras discordias intestinas. Tal era el estado de Madrid el 24 de julio de 1834, dia señalado para la solemne instalacion de las Cortes, compuestas, en virtud del Estatuto, del estamento de Próceres y del de Procuradores del Reino. La animosa Cristina, á la sazon alejada de la capital en uno de los sitios reales, no retrocedió ante los estragos de la peste ni ante los furores de la anarquía, y con admirable presencia de espíritu voló á la consternada villa, abriendo en persona las Cortes de la monarquía.

La medida mas trascendental que tomaron los Estamentos fué la exclusion de D. Cárlos y toda su familia de la sucesion á la corona de España. El infante Don Cárlos habia permanecido en Portugal desde la jura de la princesa de Astúrias ; mas habiendo penetrado en aquel reino una division española con el objeto de ayudar á D. Pedro contra la usurpacion de D. Miguel, el pretendiente español tuvo que abandonar el territorio portugués, y embarcado para Inglaterra, se detuvo allí poco tiempo, atravesó después la Francia y penetró en las provincias Vascongadas, donde su presencia dió pábulo y singular empuje á la guerra. El infante Don Sebastian se marchó igualmente al extranjero con el pretexto de viajar, pero sin otro designio que el de blandir su espada en favor del pretendiente, como lo acreditó la ulterior conducta de este mal aconsejado príncipe, al cual no faltaban nobles prendas y calidades notables.

Por entonces se concluyó el tratado de la cuádruple alianza entre España, Francia, Inglaterra y Portugal, en virtud del cual se comprometian las potencias contratantes á cooperar eficazmente á la consolidacion de los tronos de Doña Isabel y Doña María de la Gloria.

Tambien se celebró á la sazon el convenio denominado de Elliot, encaminado á contener la efusion de sangre, estableciendo el canje de los prisioneros. Con tal encarnizamiento y crueldad se trataban los dos partidos beligerantes, que la Europa culta tuvo que intervenir por medio de la Inglaterra para mitigar tantos horrores.

La guerra, por otra parte, iba cada dia tomando mayores proporciones, merced al genio extraordinario del general Zumalacárregui, quien organizó con gran acierto las fuerzas carlistas, poniendo mas de una vez en apuro á los ejércitos de



Dª MARIA LUISA FERNANDA



INFANTA DE ESPAÑA.

la Reina. Al morir algunos meses después el ilustre caudillo del pretendiente mientras sitiaba á la invicta Bilbao, perdió, á no dudarlo, mucho la causa de Don Cárlos; pero ya en aquella época se habia extendido la guerra por otras provincias, principalmente en Cataluña, Aragon, Valencia y las Castillas: de manera que ya no era posible extinguirla sin grandes sacrificios y heróicos esfuerzos. Toda la energía del sentimiento nacional, todo el entusiasmo de un pueblo valiente y generoso eran necesarios para sacar á salvo el trono de nuestra inocente Reina, combatido de tan recios huracanes.

La prudencia suma de la ilustre Gobernadora no perdonaba medio de alimentar la llama del entusiasmo público, siempre firme y serena aun en los momentos mas azarosos. Ya bordaba con su propia mano banderas á la milicia y al ejército en los ratos robados á los prolijos y graves cuidados del gobierno; ya mostraba sus tiernas hijas á la multitud los dias en que aparecia mayor el peligro; ya revistaba en persona las legiones que marchaban al teatro de la guerra; y todo esto sin dejar de tomar parte diariamente en los negocios públicos, asistiendo á los consejos, donde cautivaba con su ternura, al paso que asombraba con su prudencia.

A medida que crecia la sublevacion carlista crecian igualmente las exigencias de la revolucion; y así como la guerra gastaba á los generales, la política iba devorando ministerios. A Martinez de la Rosa sucedió el conde de Toreno, quien á su turno tuvo que dejar el puesto á Mendizábal á impulso de un pronunciamiento que en breves dias se propagó por la mayor parte de la Península. Este famoso ministro emprende atrevidas reformas, como la supresion de las órdenes religiosas, la venta de sus bienes y la supresion del diezmo. Pero no habiéndose cumplido las galanas promesas de terminar la guerra en seis meses, se vió reemplazado por Istúriz, jefe de la oposicion en el estamento de Procuradores. No tarda en estallar otra nueva revolucion que hace caer al ministerio y obliga á la Reina á jurar la Constitucion del año 12, con la condicion de que dicha carta habia de ser revisada y reformada por unas cortes constituyentes. Lo mas lamentable de estos sucesos fué la violencia que tropas indisciplinadas y mandadas por varios sargentos hicieron sufrir á la Reina Regente para que cediese á lo que entonces se decia clamor de los pueblos; pero pasemos por alto sobre esto, así como sobre la triste muerte del ilustre general Quesada, digno de fin mas venturoso.

A estos sucesos acompañó una gran agitacion anárquica en todo el país, merced á la cual engrosó considerablemente la faccion, que ya contaba con verdaderos cuerpos de ejército organizados en toda regla, pudiendo enviar expediciones á puntos lejanos, como sucedió con la de Gomez en las Andalucías. Aun cuando el ejército de la Reina llevó la ventaja al carlista desde que estuvo á su cabeza el malogrado general Córdova, sin embargo, el incremento que habia tomado la causa carlista inspiraba serios temores en la época á que nos vamos refiriendo, que es el principio del año 37. Entonces, llegada ya la faccion á su apogeo, intentó el pretendiente llevar la guerra al corazon de la monarquía; y reunido con el

ejército de Cabrera, llegó hasta las puertas de Madrid; pero retrocedió ante la actitud imponente de la muy heróica villa.

Las convulsiones y la anarquía se habian propagado tambien al ejército, relajándose su disciplina hasta el punto de que turbas frenéticas de soldados asesinasen cobardemente á sus generales. Posteriormente el general Espartero, que desde el año 36 mandaba en jefe el ejército, restableció la disciplina, no sin recurrir á muy severos castigos. Desde entonces fué siempre en aumento la superioridad de las armas de la Reina, á lo menos en las provincias del norte. No así en Aragon y Valencia, donde el genio extraordinario de Cabrera habia creado poderosos medios para mantener viva la guerra.

Entre tanto las Cortes constituyentes, convocadas á consecuencia de la revolucion llamada de la Granja, reformaron la Constitucion del año 12, discutiendo una nueva que se llamó del año 37. En este código se establecian las dos cámaras, y se combinaban de una manera mas conveniente que en el anterior las libertades públicas con las prerogativas de la corona. La reina Gobernadora aceptó libremente esta Constitucion, que promulgada con las solemnidades de costumbre principió á regir en toda la monarquía.

Aquí debió de abrirse una nueva era de concordia y de ventura, una vez asegurado el órden político y hecha tan prudente y sincera transaccion entre el trono y el pueblo. Empero las pasiones, solevantadas á impulsos de la guerra, no permitian que la nacion disfrutase el reposo que le estaba reservado para tiempos mas bonancibles. Así fué que todo el año 38 y parte del 39 se pasaron entre el estruendo de las armas, y á vueltas de agitaciones interiores y luchas parlamentarias, que derribaban á unos ministerios y elevaban otros; favorable constantemente la suerte de la guerra para la causa de la Reina en el norte, y varia la fortuna en las provincias del centro, pero en todas partes sostenida la lucha con vigor y encarnizamiento.

El 31 de agosto de este año de 39 se verificó un acontecimiento que debia apresurar por momentos la conclusion de la guerra, asegurando la corona en las sienes de la tierna y legítima soberana: este acontecimiento fué el famoso convenio de Vergara. En los campos de dicha villa se abrazaron como hermanos los que el dia anterior peleaban como encarnizados enemigos; y la nacion, que veia agotarse sus fuerzas en larga y desastrosa guerra, pudo concebir lisonjeras esperanzas de próxima y beneficiosa concordia.

Quedaba por sofocar la rebelion en Aragon y Cataluña, donde habia echado hondas raíces; pero extinguida en el norte, que era su principal foco, y llevadas al centro fuerzas imponentes, no tardaron en ceder los carlistas, entrando en Francia los últimos al mando de Cabrera el 7 de julio de 1840, después de sometida la plaza de Berga, último baluarte del carlismo.

Así concluyó la guerra civil de los siete años, la mas cruel y desastrosa que ha trabajado en los tiempos modernos á la nacion española. Con su terminacion quedó

consolidado el trono de D.ª Isabel II y el sistema representativo, que de esta vez ha costado demasiada sangre y ha creado muy grandes intereses para que pueda destruirse tan fácilmente como en 1814 y 1823. Al cabo de tan trabajosa lucha, estéril como lo son todas las intestinas, quedó la nacion exhausta y desquiciada. Sin embargo, aun á pesar de los estragos de la guerra civil y de los trastornos que en todos los ramos habia causado la revolucion política, se habian desarrollado en su seno los gérmenes de la prosperidad y la riqueza con tal empuje y brio, que era de esperar un inmenso progreso á beneficio de la paz: condicion indispensable de la administracion recta y provechosa. Por eso se habia deseado con tanto ahinco la terminacion de la guerra, y era tan general el anhelo de órden y de sosiego. La Providencia no quiso que por entonces la disfrutase la España, ni que recogiese el fruto de sus trabajos y sacrificios. Cúya haya sido la culpa no serémos nosotros quienes lo decidamos, dispuestos como estamos á alejar de nuestra tarea toda mira interesada de partido, siendo así que la excelsa soberana cuyo reinado vamos delineando está muy elevada sobre el resbaladizo terreno donde las parcialidades suelen agitarse y combatirse.

XXII.

Al terminar la guerra podia tambien la insigne Cristina descansar tranquila y satisfecha y recrearse en su grandiosa obra. Su excelsa hija, á la sazon de diez años, crecia y se desarrollaba al abrigo de la solicitud maternal que en los tristes dias la habia preservado, cual una tierna y delicada flor, del furor de los huracanes; y á medida que avanzaba en edad, iba descubriendo las nobles prendas que la hacian digna del trono que le habian conservado incólume los desvelos de una madre valerosa y prudente y la lealtad de su pueblo. Nuevos sacudimientos vinieron, sin embargo, á conturbar el reino; y la reina Gobernadora, la restauradora de las libertades patrias, tuvo la abnegacion de resignar la soberanía y abandonar la tierra que la habia adoptado por madre, confiando á la lealtad española la guarda de sus hijas. Tanto la reina Isabel como su inocente hermana volvieron á Madrid desde Valencia, donde se habia embarcado para Marsella su augusta madre, acompañándolas el general Espartero, entonces duque de la Victoria, y jefe del gobierno á la sazon constituido.

En 8 de mayo fué nombrado este mismo personaje regente del reino por el voto de las cortes convocadas al propio intento después de los sucesos que motivaron la abdicacion de la reina Gobernadora.

La revolucion no se contentó con las ventajas obtenidas, queriendo ir mas adelante. Así pues se desposeyó á la reina madre de la tutela, siendo nombrado tutor de las augustas pupilas, en 10 de julio del mismo año, el Sr. D. Agustin Ar-

güelles, persona, por otra parte, de rara probidad pública y privada, pero que no podia llenar el vacío que las leyes, de acuerdo con la naturaleza, señalan á las madres en la custodia de las hijas. Cristina protestó el 18 desde Paris contra este despojo de los derechos maternales.

Antes de finalizarse el año ocurrió la famosa sublevacion de octubre, por medio de la cual corazones mas generosos que afortunados intentaron echar abajo el poder del Regente, restaurando á la reina Gobernadora. Semejantes esfuerzos fueron entonces infructuosos, y ocasionaron muy severos castigos de parte de los vencedores, aumentando el ya largo catálogo de las ilustres víctimas de nuestras discordias.

Los tres años trascurridos durante la regencia del general Espartero fueron en gran manera infecundos para la gobernacion del Estado. Dueño exclusivo y absoluto del poder un partido, se vió condenado á luchar consigo mismo, consumiendo su actividad y propia virtud en tan estéril porfía. A unas cortes sucedieron otras, á un ministerio otro ministerio, y sin embargo, ni se dió una ley útil y beneficiosa, ni se planteó ninguna de las mejoras que reclamaban las necesidades del país, ni se asentó sobre firmes fundamentos el órden público, ni se consolidó la autoridad. Por lo mismo no debe extrañarse que un movimiento general echase á tierra la situacion creada en setiembre del año 40. El Regente á su turno tuvo que embarcarse fugitivo para el extranjero, donde permaneció algunos años, hasta que la magnanimidad de la Reina le franqueó las puertas de la patria.

Huérfano el país de gobierno al atravesar la crísis del año 43, y agitándose en varios sentidos las parcialidades que se habian coaligado para combatir la regencia del duque de la Victoria, se levantó una enseña que debia reunir en torno suyo á todos los buenos y ser el centro y lazo de cohesion de la sociedad desquiciada. Esta enseña fué la mayoría de la Reina.

Contaba á la sazon D.ª Isabel II trece años no cumplidos: la Constitucion exigia catorce para la mayoría del monarca; pero la salvacion pública reclamaba que se adelantase este plazo, y así se verificó, declarando las Cortes á la Reina mayor de edad el 8 de noviembre. S. M. tomó entonces las riendas del poder soberano.

Tampoco con este suceso entró la nacion en un período de regularidad y de reposo cual convenia á su bienestar y mejoramiento. Las exigencias de los partidos extremos, que llevaron mas de una vez sus pretensiones al terreno de la fuerza, siguieron provocando disturbios y sacrificando nuevas víctimas. Con todo, desde el año 43 en adelante, ya se echó de ver en el Gobierno cierta tendencia á la organizacion y al órden. Desde luego se reformó la Constitucion del año 37 en aquello que la experiencia habia acreditado de poco conveniente; se reformaron los tributos, se regularizó la administracion, se organizó el ejército, y se robusteció el poder, sumamente quebrantado desde la muerte del último monarca. Al propio tiempo la industria, el comercio y otros varios elementos de la prosperidad pública recibieron conveniente impulso.

de Gorvea dib.º y lit.º

Madrid



S. M. EL REY



D.N FRAN.CO DE ASIS.



En esto se acercaba un acontecimiento de suma importancia y trascendencia, así para los intereses mas vitales del país como para la dicha privada de la Reina: hablamos de la cuestion de los regios matrimonios.

Un negocio de este género es siempre cosa grave en cualquiera coyuntura en que se encuentre un país; pero las circunstancias en que á la sazon se hallaba el nuestro, y las relaciones internacionales que sosteniamos con otras potencias, lo hacian asaz difícil y delicado. Las pretensiones mas diversas se cruzaban por una y otra parte, agitándose la diplomacia con afan prolijo para intervenir en un asunto que atañia exclusivamente á la España. La eleccion acertadísima de S. M. vino á resolver todas estas dificultades, fijándose en su ilustre primo, el Sr. D. Francisco de Asis María, infante de España, á la sazon de veinte y dos años. Las altas prendas que distinguian á este noble vástago del tronco real de España hicieron que la eleccion de nuestra reina fuese acepta y gratísima para los españoles.

La regia boda se celebró con gran pompa el 10 de octubre de 1846, en cuyo dia fué declarado rey el jóven consorte. Al mismo tiempo que el matrimonio regio, se verificaba el de la Serma. Sra. infanta Doña María Luisa Fernanda con el duque de Montpensier, hijo menor del anciano monarca francés que dos años después habia de morir en el destierro, lejos de esa Francia que de tantos bienes le era deudora.

Fastuosas fiestas y universales muestras de regocijo vinieron á solemnizar aquel feliz suceso, en cuya realizacion tantas esperanzas fundaba la España. Aun recuerda Madrid las galas de aquellos dias, los mas bellos y encantados del actual reinado. Mas no fué esto solo lo que señaló el hecho de que nos vamos ocupando. Generosa y espléndida nuestra ilustre soberana, así como benigna y clemente, al paso que derramó con real liberalidad los honores y las gracias, no olvidó por eso el infortunio, y abrió las puertas de la patria á cuantos españoles gimiesen en el destierro y quisieran reconocer sus derechos soberanos. Igualmente llegaron palabras de perdon y de consuelo á los que sufrian en cárceles y presidios el castigo de sus faltas.

La boda de la Reina debia inaugurar una nueva era en la nacion. Y así principió á verificarse en efecto con la reunion de unas cortes en que se hallaban representados todos los partidos legales: ya se creia concluida la agitacion política, y por lo mismo era de esperar mayor tolerancia en el gobierno de la que hasta entonces habia permitido el estado del país. Igualmente debia creerse aniquilada la última esperanza del partido carlista, trabajado, por lo demás, con hondas divisiones, y abandonado de la parte mas considerable de sus adeptos, que fueron sucesivamente acogiéndose á la benignidad de la Reina. Sin embargo, los pocos que todavía permanecian en el extranjero intentaron de nuevo turbar el sosiego del país. Por este tiempo el que fué pretendiente de la corona durante la guerra civil habia abdicado sus soñados derechos en su hijo mayor, que,

bajo el supuesto nombre de conde de Montemolin y con la advocacion de Cárlos VI, servia á la sazon de enseña á la insurreccion carlista. Cataluña fué el teatro escogido por los secuaces del carlismo : algunos centenares de refugiados penetraron en aquel territorio, y no dejó de tomar incremento la rebelion, hasta el punto de llamar seriamente la atencion del Gobierno, que envió generales hábiles y tropas numerosas para reprimirla.

Entre tanto el Portugal se hallaba presa del furor de los partidos, de tal manera equilibrados para la lucha, que no se veia fácil salida á la situacion tristísima que aquejaba á aquel reino, haciendo vacilar el trono. En semejante caso la España intervino oportunamente, y las armas de nuestra reina dejaron allí muy bien puesto el renombre español. De resultas de nuestra intervencion quedó el Portugal pacificado.

En el interior, si no agitaciones peligrosas, nos habian trabajado continuas crísis políticas que influyeron desfavorablemente en la recta administracion pública. Pero al terminar el año 47 las cosas habian vuelto á su estado normal: la rebelion carlista estaba dominada; y dando tregua los partidos á sus eternas recriminaciones, tenia motivo la nacion para esperar la paz y prosperidad que en vano habia codiciado desde la conclusion de la guerra civil.

Bajo tales auspicios se inauguraba el año de 48, tan rico en varios y trascendentales sucesos. Sabida es de todos la influencia que la famosa é imprevista revolucion de febrero ejerció en las naciones de Europa. La estrepitosa caida del trono de julio hizo que todas las monarquías se conmovieran, y no es posible calcular hasta dónde hubiéramos llegado si el instinto de la conservacion, tan natural en las sociedades como en los individuos, no hubiese puesto diques á la terrible inundacion que pocos meses antes amenazaba á la civilizacion desde las márgenes del Sena.

Nuestra España, siquiera menos expuesta que otras naciones á la inoculacion de las doctrinas antisociales que abortó la revolucion de febrero, por hallarse entre sus hijos muy arraigado el sentimiento religioso y monárquico, no dejó, sin embargo, de estremecerse á consecuencia de aquel gran sacudimiento; pero la Providencia nos reservó de los inmensos males y calamidades que cayeron sobre otros pueblos, que aun hoy dia sangran y humean de resultas de los recientes trastornos. Los amagos de la revolucion fueron inmediatamente reprimidos, no sin alguna efusion de sangre y costosos sacrificios, que siempre imponen á las naciones las convulsiones intestinas. Nada hay mas barato que la paz y la concordia.

Durante todo el año 49 se fué calmando poco á poco la agitacion, y al comenzar el 50 ya se encontraba el país pacífico y sosegado, vueltos al seno de la patria, merced á la clemencia de la magnánima Isabel, cuantos habian sido desterrados á consecuencia de los anteriores sucesos. En esto, el anuncio de un próximo y felicísimo acontecimiento vino á hacer concebir las mas halagüeñas esperanzas. Corrió en alas del deseo, y muy pronto se publicó oficialmente, la fausta nueva de

que nuestra jóven y hermosa soberana no tardaria en disfrutar la incomparable dicha de ser madre, añadiendo este bello timbre á los de reina y esposa.

Pueblos tan nobles y leales como el nuestro comparten generosamente así las alegrías como las amarguras de sus reyes : así, fué general el contento público; todos los corazones se abrieron simultáneamente á la esperanza. El pueblo que con tanta valentía habia combatido por asegurar el trono de su inocente reina; que la habia saludado y victoreado niña en el regazo de su madre; que la aclamó mayor de edad todavía infante; que batió palmas al verla unida en tierno conyugio con su ilustre deudo; que habia elevado sus votos al cielo rogándole que bendijese esta union; este pueblo, decimos, naturalmente debia de estremecerse de entusiasmo al saber que se acercaba la hora de saludar á un vástago de la lozana planta real, prenda de paz y de concordia enviada por la Providencia en medio de nuestras turbaciones. El deseado advenimiento de un príncipe de Astúrias iba á ser la coronacion de todos los sacrificios y aspiraciones del país desde el año de 1833.

Tan justas y lisonjeras esperanzas fueron, sin embargo, defraudadas por los inescrutables juicios de Dios. El 12 de julio, cuando la multitud anhelosa se apiñaba en torno del alcázar regio aguardando el momento de saludar al príncipe recien nacido, se extendió con la velocidad del rayo la infausta noticia de que habian muerto, con el infante, las mas dulces esperanzas de la patria. Quien presenció en aquellas circunstancias, primero el incesante afan, y después el profundo dolor del pueblo, podrá formarse una idea del amor que á sus reyes profesan los españoles.

Nuestra soberana se mostró en tan amarga coyuntura tierna como una madre y magnánima como una reina. Tanto S. M. como su ilustre consorte sobrellevaron con admirable presencia de espíritu el gran infortunio que tuvieron que devorar precisamente donde debieron hallar (á haber sido mas propicia la fortuna) un manantial inagotable de alegrías. Hoy dia parece que ya hay motivo para concebir iguales esperanzas que las que nos acariciaron el año pasado. ¡Plegue al cielo que sean satisfechas!

Desde aquella época hasta el presente ha sido regular y ordenada la marcha de las cosas públicas, sin que haya ocurrido ningun suceso notable, como no sea los cambios y alteraciones propios de un gobierno representativo. La tranquilidad y el órden han permanecido inalterables, hallándose el país tan sosegado como no lo ha estado mas en ningun período de este siglo, y notándose una marcada progresion en todos los gérmenes de la prosperidad pública : síntoma precursor de grandes mejoras en lo sucesivo si no se altera la paz.

XXIII.

Hasta aquí lo que va del reinado de la reina D.ª Isabel II. Los diez y ocho años que de él han trascurrido han sido á la verdad fecundísimos en grandes acontecimientos y en revoluciones. El advenimiento al trono de esta jóven princesa ha de formar época en los anales de nuestra patria, pues ha coincidido con una trasformacion completa y radical, no ya en las formas políticas de las instituciones, sino en las costumbres, en la literatura, en la industria, en las artes, en todas las relaciones de la vida social y política.

Todo se ha renovado : la España de hoy dista tanto de la España del año 33 como de la del 8 y el 14. La accion del tiempo, mas eficaz en el siglo actual que en ningun otro, ha echado por tierra todo lo que quedaba de la sociedad antigua, é insensiblemente se ha ido constituyendo la sociedad moderna con sus necesidades propias y sus medios especiales de satisfacerlas. Sin embargo, han sobrevivido dos grandes elementos que, segun hemos demostrado en el curso de este trabajo, constituyen el carácter verdaderamente español, y son el sentimiento religioso y el monárquico.

Pocos soberanos podrán ofrecer á la consideracion del historiador, en tan corta edad como la que al presente cuenta nuestra reina, un reinado ya tan dilatado é interesante. Durante el espacio trascurrido se ha resuelto para la España un problema de mas ardua y difícil solucion que lo que á primera vista parece. Este problema es el tránsito en la nacion de un modo de vivir á otro enteramente distinto, sin romper con la tradicion histórica; la regeneracion social y política, sin que hayan perecido los grandes elementos que nos dejaron nuestros mayores; el establecimiento de la libertad, sin que haya desaparecido el principio de la legitimidad; en una palabra, se ha resuelto el gravísimo problema de aliar con el trono legítimo de nuestra reina, y sin menoscabo de su prestigio y brillantez, el gobierno representativo, fórmula de la ciencia política moderna, necesidad imprescindible del tiempo en que vivimos.

Como se puede colegir del cuadro que hemos trazado en las páginas anteriores, el estado de la nacion al bajar á la tumba el último monarca era por demás tristísimo y lamentable. El presente siglo ha sido fatal para toda la Europa, pues se inauguró entre el estruendo de las armas y las mas graves convulsiones que la habian agitado desde la edad media; pero todos estos males se agravaron para nuestra España. La ruinosa administracion que la trabajó durante el reinado de Cárlos IV tuvo por término la guerra de la Independencia y una serie de convulsiones y trastornos políticos, que de reaccion en reaccion habian llegado hasta el año 33, en que aconteció la muerte del rey Fernando.

Por efecto de todas estas causas se hallaba el país pobre y exhausto : su poblacion habia decrecido notablemente, habia desaparecido su inmenso poder marítimo, sus dilatadas posesiones de mas allá de los mares estaban perdidas para siempre, la industria y el comercio dolorosamente postrados, las artes y las letras en lamentable abandono y bajeza; y lo que es mas triste todavía, estaba inoculado en las entrañas de la patria el veneno de la discordia, que habia de sacrificar muchas víctimas en la hoguera de la revolucion y de la guerra civil.

Largos años de paz y de buen gobierno hubieran sido necesarios para restañar todas estas llagas y devolver á la nacion, si no el venturoso sosiego y la prosperidad envidiable de los tiempos de Fernando VI y Cárlos III, al menos un bienestar modesto y regenerador. Mas sin embargo, la Providencia nos tenia deparados nuevos trabajos y desventuras, cuales eran una minoría larga y laboriosa, una guerra dinástica cruel y sangrienta como pocas, y una revolucion, ó mejor dicho, una serie de revoluciones políticas : legado tristísimo, no ya de este ó del otro reinado, de este ó del otro partido, sino del siglo en que hemos nacido, que apareció en el horizonte del mundo preso en las garras de la revolucion francesa y del poderoso gigante que esta revolucion habia engendrado.

Con todo, tan terribles pruebas suelen redundar en provecho de las naciones si estas las atraviesan con valor y constancia, defendiendo la causa de la legitimidad y de la justicia. Al defender el trono de Isabel no solo defendiamos la causa de la justicia, sino tambien la de la inocencia. Por eso debimos tener fe, y la tuvimos efectivamente, en el buen éxito de nuestros esfuerzos, y pudimos esperar ver tarde ó temprano logrado el objeto de nuestro anhelo : ver sólidamente asegurada en el trono de S. Fernando á la interesante hija de cien reyes, y á la nacion curándose de sus hondas heridas y en camino de grandes mejoras al amparo de ese trono, de la paz y de las leyes.

Así es que hoy dia no puede ponerse en duda que hemos alcanzado gran suma de mejoras, y que la patria se encuentra en grado sumo próspera y feliz relativamente al estado en que se encontraba el año 33, y en los que le subsiguieron de guerra civil. Ocho años hace que S. M. la Reina fué declarada mayor de edad, y cinco que contrajo su feliz consorcio. Durante este no largo período de tiempo se han desarrollado con prodigioso impulso todos los ramos de la prosperidad y la riqueza. Merced á la desamortizacion, han adquirido todos los resortes de la produccion grandes medios de progreso, doblándose en consecuencia la fortuna pública á medida que ha crecido la privada. La industria ha progresado igualmente en no menor escala, y el comercio, que es su mas poderoso agente, ha tomado considerable incremento, aumentándose al propio tiempo la poblacion y la riqueza.

La administracion pública, que por efecto de la guerra y de los trastornos que son consiguientes á un cambio radical en el órden político, se encontraba desquiciada, ha recobrado igualmente en estos últimos años su antiguo equilibrio,

funcionando hoy dia expedita y desembarazadamente en todos los ángulos de la monarquía. Se han planteado muchas leyes útiles, y entre ellas, un código penal que, si no perfecto, lleva una gran ventaja al cúmulo indigesto y hasta contradictorio de leyes y disposiciones que regian en la materia.

Las obras de utilidad pública, así las dirigidas por el Gobierno como las que ha llevado á cabo el interés individual, se han multiplicado tambien notablemente. Las carreteras, caminos vecinales y otros medios de comunicacion han progresado y se han mejorado. El reinado de nuestra Isabel registrará en sus anales el hecho importantísimo de haberse inaugurado durante él el primer camino de hierro en España: invento prodigiosísimo de la civilizacion moderna, gloria del siglo en que vivimos, y cuya propagacion ha de ejercer un poderoso influjo en nuestra prosperidad futura. Por lo general, casi todas las poblaciones de la monarquía han adelantado asimismo en su ornato y embellecimiento, siendo entre todas Madrid, corte y asiento de la Reina, la que mas ha ganado. Quien recuerde lo que era la coronada villa hace algunos años, y la compare con el Madrid de hoy dia, podrá decidir acerca de la materia : tantas mejoras y adelantos, así en la extension de la poblacion como en el órden y policía interior, como en la hermosura de los nuevos edificios y el gran ensanche de los sitios de público recreo, hacen recordar lo mucho que le debió la corte al gran Cárlos III, hijo de Madrid así como nuestra soberana.

Las letras y las artes, sumamente decaidas en el reinado anterior, han tomado durante el presente un prodigioso vuelo, siendo este hecho uno de los que mas señalarán en la historia el período que vamos describiendo. Al propio tiempo han adquirido los estudios una gran extension, organizándose varias é importantes carreras, que ofrecen hoy un brillante porvenir á la juventud estudiosa, y grandes esperanzas á la patria.

La fuerza pública en todos sus ramos ha mejorado igualmente. El ejército, organizado é instruido admirablemente, es hoy modelo de lealtad y de disciplina, la mas segura garantía del órden y un firme sosten del trono ; la marina, si bien por la naturaleza de este gran elemento y los inconvenientes que ofrece su creacion, se ha aumentado tambien notablemente, y hemos podido tener la gloria de que nuestra bandera haya ondeado en apartados climas, donde ya casi estaba olvidada, si no desconocida. De algun tiempo á esta parte se ha notado en los arsenales tan grande actividad como no la ha habido igual desde los felices tiempos de los Patiños y Ensenadas.

En nuestras relaciones extranjeras hemos adelantado asimismo mucho, ganando al propio tiempo gran consideracion entre las otras naciones y todo el terreno perdido durante nuestras lamentables discordias. Así es que hoy dia todas las naciones europeas, si se exceptúa la Rusia, que no tardará en hacerlo, han reconocido á nuestra soberana y sostienen con nosotros amistoso y desinteresado trato ; estamos en paz con todas, en intimidad con ninguna : de manera que ya no

son de temer las fatales consecuencias de los *pactos de familia* y otras alianzas de una errada é imprevisora política. Pero el suceso que mas ha realzado nuestra importancia á los ojos de la Europa, y que ha de ocupar, á no dudarlo, un importante papel en la historia, es la intervencion á que concurrimos, en union de las potencias católicas, con el piadoso objeto de restablecer en la silla de S. Pedro al insigne Pontífice, lanzado de su trono por una revolucion desatentada y sacrílega. El gobierno de S. M. la Reina tuvo la gloria de tomar la iniciativa en esta santa cruzada, y la España ha hecho brillar en Italia (antiguo teatro de sus triunfos) sus no manchadas banderas. Se han celebrado con otros países varios tratados de mutua conveniencia, y en los momentos presentes se acaba de firmar un concordato con la Santa Sede, encaminado á arreglar las cosas de la iglesia española, gravemente perturbada por efecto de la guerra y de las convulsiones políticas. Este suceso señalará tambien entre otros el reinado de Isabel.

Las posesiones ultramarinas que nos han quedado de la rica herencia que nos legó el esfuerzo heróico de nuestros padres han alcanzado mayor grado de desarrollo aun que la madre patria, que las cuida y atiende como á hijas predilectas. La reina de las Antillas, la opulenta Cuba, envidia hoy dia de las naciones, se encuentra actualmente en un estado de prosperidad verdaderamente fabuloso. Muy recientemente la lealtad de sus hijos y el valor del ejército rechazó una invasion pirática salida de las costas de la Union Americana, dirigida por uno que fué algun tiempo general español y aun derramó su sangre en defensa de la Reina. En el archipiélago filipino se han adquirido en varias ocasiones grandes ventajas sobre los infieles que infestan aquellos mares, y muy recientemente se han cubierto de gloria nuestras armas, tomando á viva fuerza las fuertes posesiones del sultan de Joló. Aquellas dilatadas provincias se encuentran igualmente en camino de progreso y de mejora.

Tal es el cuadro ligero é imperfecto de la situacion del país al escribir estos renglones, en el año décimoctavo del reinado de D.ª Isabel II. Después de repasarlo, bien puede colegirse que, aun á vueltas de grandes trastornos y desventuras, hemos adelantado mucho, y que llevamos notable ventaja al reinado anterior. Para lo futuro no es poco lo que debemos prometernos si sigue la nacion en paz y si la Providencia conserva en el trono de sus mayores á nuestra jóven reina, única y exclusiva garantía de órden y de prosperidad para la nacion española en medio de las tormentas que acaso no tarden en conmover á otros países. La bandera de nuestra reina es la sola que puede asegurar en nuestra patria la libertad y el órden, el progreso y la concordia, y cualquiera otra traeria consigo la confusion y la anarquía, abriendo de nuevo la profunda sima de las revoluciones, donde irian á perderse miserablemente el fruto de tantos trabajos y sacrificios y la flor de tan lisonjeras esperanzas.

Antes de concluir podremos decir cuatro palabras (sin peligro de ser tachados de aduladores) acerca de las altas prendas que realzan á nuestra soberana.

Magnánima y bondadosa como la mejor de las reinas, reune D.ª Isabel II, á las galas de la juventud y de la hermosura, tan raras calidades de carácter, que la hacen adorable y simpática para cuantas personas tienen la dicha de acercársele. Su ternura y su piedad son grandes, así como su liberalidad no tiene límites; nobilísimos sus sentimientos, y sus pensamientos levantados. Las dotes de su inteligencia, superiores á su edad, la hacen capaz de regir prudentemente los pueblos, así como los derechos de su nacimiento la hicieron digna de llevar el cetro. Protege las letras, alienta á los artistas, alivia las desgracias, enjuga las lágrimas. Jamás el infortunio la encontró sorda ni el mérito esquiva. Su ánimo es valeroso, su continente soberano. En una palabra, D.ª Isabel II es una verdadera reina. Faltábale un atributo, y el cielo, después de haber defraudado una vez por sus justos designios las esperanzas de los pueblos, parece que ahora se muestra propicio á concedérselo. Este atributo es el de ser MADRE.

¡Plegue á Dios que como tal podamos saludarla, proclamando y jurando á un nuevo príncipe de Astúrias!

ANTONIO QUEVEDO DE LEIVA.

Junio de 1851.



FRANCISCO  JOSÉ 1.º

EMPERADOR DE AUSTRIA

AUSTRIA.

FRANCISCO JOSE PRIMERO, EMPERADOR.

I.



NO se puede comprender lo que representa en la historia de la Europa, en el mundo, durante la pesada y continua cadena de los siglos, el nombre de Austria, bien como el de un archiducado, bien como el de un imperio, sin que al punto hiera la imaginacion el moderno nombre de Alemania ó el antiguo de Germania, ya el de imperio germánico, ya el de confederacion germánica. Es que ambas palabras son dos ideas al propio tiempo correlativas, si no coexistentes, puesto que el imperio de Alemania ha dado el ser al archiducado y al imperio de Austria.

Ningun estado, antiguo ni moderno, de los que pueblan la superficie del globo cuenta una historia tan complicada ni tantas dinas-

tías; ninguno tiene una topografía de tan difícil estudio, merced á las constantes variaciones de su territorio por derecho de sucesion, por la fuerza de las armas y por la poderosa accion de las negociaciones diplomáticas.

La importancia de este imperio se demuestra fácilmente al ver la relacion que tiene su historia con la de Francia, Italia y Suiza.

Si algun pueblo de los que han nacido en Europa desde el establecimiento de la vasta monarquía de Carlo-Magno ha abrazado con tenacidad la idea que causó la ruina del romano imperio, ha sido el aleman, cuya ambicion gigantesca se traduce en el pretencioso y extraño jeroglífico que se lee en su antiguo escudo de armas : *A, e, i, o, u.*

Austriæ est imperari orbi universo.
TOCA AL AUSTRIA REGIR EL UNIVERSO.

El pensamiento orgulloso de Carlo-Magno, su sueño dorado de la monarquía universal, fué siempre el patrimonio de la mayor parte de sus sucesores, lo mismo de la raza carlovingia que de la sajona, que reunió al Imperio la Lotaringia, la Bohemia y la Italia; lo mismo de la estirpe de Franconia, que agregó el reino de Arlés al Imperio, que de la de Suavia ó de Hoenstanfen; de la casa de Habsburgo ó austriaca, que de las familias del Luxemburgo y de Baviera, y que de la rama de Austria-Lorena; entre los cuales merecen particular mencion Oton el Grande (962-973), que dió á la Alemania el aristocrático título de *sacro imperio romano de la nacion alemana;* Conrado III y Federico Barbaroja (1138-1190); habiéndose solo debilitado aquella idea durante los sucesores de estos príncipes, que combatidos y aun destronados con frecuencia por sus vasallos y por los papas, se vieron reducidos á una completa nulidad, debida en su mayor parte á las eternas guerras de los güelfos y gibelinos.

Rodolfo de Habsburgo (en 1273-1291) dió nuevos brios al poder del imperio; mas en cambio, sus próximos descendientes y los príncipes de Baviera y Luxemburgo enervaron aquellos esfuerzos aumentando los derechos de los electores y de los grandes señores feudales. Por último, el célebre hijo de la infortunada heredera de los Reyes Católicos D.ª Juana *la Loca*, hizo brillar como ningun otro sobre sus hombros el manto de escarlata del Imperio sobre el azul de los demás monarcas de Europa.

II.

Ya en tiempo de Marco-Aurelio nos revela la historia la existencia de una confederacion de pueblos germánicos que poblaban las márgenes del Rin, especialmente desde donde nace este caudaloso rio hasta el Mehin; pueblos que vivieron

en perpetua lucha con los romanos, y que rechazaron victoriosamente á Caracalla, orgulloso emperador que encubria su derrota con el fastuoso dictado de *Alemanicus;* pero sucumbieron ante la fuerte espada de Clodoveo cuantas veces intentaron derramarse sobre las Galias, siendo su último descalabro el que les causó el mismo rey por los años de 496 en la célebre batalla de Tolbiac.

En sus frecuentes mudanzas de territorio trabaron amistad con los suevos, lo cual ha dado lugar á que se les confunda con ellos muchas veces; estableciéndose definitivamente después en las comarcas conocidas modernamente con los nombres de Suiza, Suavia y Alsacia; y de ahí tomó orígen el imperio de Alemania, en aleman *Deutschland*.

Bajo este nombre se conoció una inmensa region situada en el corazon de Europa, cuyos límites son: al norte el Báltico, por la corriente del Gider, que divide á Holstein de Dinamarca y el mar del norte; Italia y el Mediterráneo por el sur; al este la Turquía, la Hungría y la Polonia; y al oeste la Holanda, la Bélgica, la Francia y la Suiza. Actualmente la Alemania comprende muchos pueblos que no hablan el aleman, y otros que formaban parte del antiguo imperio germánico, aunque mas extrictamente solo se da aquel nombre á los países que representan la confederacion germánica, compuesta de cuarenta estados.

Los romanos llamaron *germani* á unos pueblos independientes, los francos, los sajones, los eslavos, los avaros, etc., hasta que los subyugó Carlo-Magno; y la Germania se convirtió en reino en virtud del tratado de Verdun, celebrado en 843 entre los hijos de Luis *el Benigno*, sucesor de Carlo-Magno, que reconocieron por rey á Luis *el Germánico*, tercer hijo de aquel Luis; y á poco la Baviera se incorporó á la Alemania.

Definitivamente separada de la Francia y de la Italia con posterioridad al destronamiento de Cárlos *el Grueso* (887), fué regida por dos príncipes carlovingios, Arnaldo de Corintia, bastardo de Carloman, y Luis IV, llamado *el Niño*, hasta 911. Extinguida esta rama, cesó de ser hereditaria la monarquía, y mereció el honor de la eleccion Conrado I, duque de Franconia.

Es muy notable la constitucion del imperio aleman. En su segunda época, ó sea en su período electivo, seis eran las naciones, todas procedentes del cuerpo germánico, que se arrogaron ese derecho y que le ejercian en totalidad: esas naciones eran los francos, bávaros, sajones, suavos, frisones y lotaringios: posteriormente, en 1156, solo á los príncipes ó grandes señores feudales correspondia esa preciosa prerogativa; mas tarde, en 1356, en virtud de una ley formal, *la Bula de oro*, se confirió su ejercicio á solos siete electores.

A fin de perpetuar en su familia la herencia del cetro de Alemania, los emperadores hicieron que sus sucesores se coronasen antes de su exaltacion, y el Príncipe real, ó sea heredero presuntivo, tomaba el título de *Rey de romanos*, habiendo sido el primero que lo llevó Enrique, hijo del emperador Federico II, que obtuvo ese dictado en 1228.

III.

El establecimiento de la confederacion del Rin, concluyendo en 1806 con el imperio de Alemania, destruyó, como era natural, su constitucion, quedando entonces cada principado completamente independiente en cuanto á su gobierno interior, y la unidad alemana no existió mas que en sus relaciones con las potencias extranjeras, *è pluribus unum*, y bajo el mismo punto de vista se organizó la confederacion germánica.

Después de esta rápida ojeada sobre la Alemania, se comprenderá fácilmente la historia particular del imperio de Austria ó estados austriacos, y la del Austria propia ó archiducado del mismo nombre. Este formó originariamente en tiempo de los romanos parte de las provincias Noriga y Panonia superior, perteneciendo al Imperio en los tristes dias del cruel emperador hijo adoptivo de Augusto.

Por los años de 500 rebosó la poblacion en uno de los valles del monte Ural y fué á ocupar las márgenes del Danubio, dando así principio á uno de los reinos mas poderosos de la Europa. Las naciones vecinas de aquel pueblo le llamaron *Osterreich*, que significa reino oriental, por su situacion; y de ahí vino luego el nombre de Austria que lleva hoy el territorio comprendido entre la Moravia y la Bohemia hasta la Stiria de norte á sur, y la Hungría por la parte del este y sudeste, y la Baviera por la del oeste: territorio que divide casi en dos mitades iguales la corriente del Ens, y cuya bandera nacional, amarilla y negra, ondea hoy sobre las cabezas de mas de treinta y seis millones de habitantes, de los cuales realmente el menor número, unos siete millones, son de raza germánica.

Enrique I, llamado *el Pajarero*, tratando de levantar una valla contra las incursiones de los húngaros, erigió el Austria en margraviato, invistiendo con esa dignidad á Leopoldo de Babemberg, por lo cual sus descendientes poseyeron aquel territorio, primero con el título de margraves, posteriormente con el de marqueses, y desde 1156 con el de duques. Este monarca fué el primero de la casa de Sajonia, y le sucedió el célebre Oton, en cuyo reinado fué la Germania el estado mas importante de occidente, porque ensanchó los límites de su territorio, y la Italia formó desde entonces un reino unido á la corona germánica durante mucho tiempo. Luego tuvo que sostener por largos años sangrientas guerras con los eslavos. Después pasó el cetro sucesivamente á su hijo Oton II, y nieto Oton III, ciñendo por su muerte la corona del imperio *Enrique, duque de Baviera*, de raza bávara, como deudo mas próximo de Oton; con su muerte se extinguió la casa de Sajonia, que dió cuatro reyes á la Alemania y tres jefes al Imperio; y luego el cetro de este y la corona de Alemania recayeron en la casa de Franconia, por eleccion que hicieron los duques alemanes en representacion de sus pueblos. Con-

rado II fué el favorecido por la eleccion de sus compañeros y el que en 1002 se echó sobre la Borgoña en virtud de un pacto celebrado con su tio Rodolfo: de esta suerte agregó á sus dominios las hermosas provincias llamadas después la Provenza, el Franco-Condado, el Leonesado, el Delfinado, toda la Saboya y parte de la Suiza. Ultimamente el mismo monarca hizo suya la Polonia. Sucedieron á aquel emperador tres Enriques y seis emperadores mas hasta Federico II, á cuya muerte experimentó la Alemania un gran interregno de veinte y dos años; y contando ese imperio con cuatro emperadores, no tenia un jefe verdadero, y era presa del incendio, de los asesinatos y en fin de la anarquía mas espantosa. Entonces algunas ciudades italianas y alemanas se erigieron en repúblicas por el instinto de la propia conservacion, tomando el nombre de ciudades *libres*, y tuvo tambien principio la liga de las ciudades *anseáticas*.

La muerte de ese Federico, apellidado *el Belicoso*, ocurrió en 1246, habiendo dejado el imperio sin sucesor, por lo que su yerno Herman, margrave de Baden, se ciñó la corona, que conservó hasta su muerte, con la que quedó de nuevo vacante la silla imperial. Por aquella época el Austria, la Carintia y la Carniola fueron subyugadas por Ottocar II, rey de Bohemia, caballero de la orden Teutónica y reedificador de la ciudad de Koenisberg, y á poco los príncipes alemanes colocaron en el trono al célebre Rodolfo de Habsburgo, descendiente por su madre de los condes de Kyburgo, de la casa de los duques de Zoeringen, cuya genealogía se remonta hasta Etiquion I, duque de Alsacia, en el siglo VII. Todavía contempla el viajero en la pintoresca colina de Wulpelsberg, á orillas del Aar, en el canton de Argovia, el modesto castillo de Habsburgo, morada del ilustre caballero, señor de reducidos dominios primero, pero mas tarde emperador glorioso y fundador de una de las mas poderosas monarquías de la Europa. Rodolfo arrebata á Ottocar II el Austria, la Carniola y la Carintia, cediéndoselas á su hijo Alberto, quien colocado á su vez en el trono imperial, y después de haber hecho asesinar á Venceslao III de Bohemia en 1306, y de haber consolidado en su familia la posesion de los dominios austriacos, consiguió ceñir á las sienes de su hijo Rodolfo la corona de ese país. Intentó tambien apoderarse de la Hungría; pero sus esfuerzos fueron infructuosos, y el cobarde puñal de un asesino atravesó su pecho el 1.º de mayo de 1308. Su hijo Rodolfo le acompañó al sepulcro, después de haber sido destronado por los bohemios.

Tenemos pues hundido en el polvo ese poder que se habia alzado con alas de gigante. La casa belga de los condes de Luxemburgo se apodera durante un siglo del cetro del imperio y del de Hungría, y durante siglo y medio ciñe tambien á sus sienes la corona de Bohemia. Pero el genio de Rodolfo de Habsburgo agita el corazon de sus sucesores, quienes afianzan de dia en dia su dominacion en el archiducado de Austria, y después de haber tenido algunos choques con la Suiza, patria de su ilustre ascendiente, se ocupan en dilatados planes de conquistas. Su biznieto Rodolfo IV inaugura en 1358 una nueva política, y ansioso de ensan-

char su poder en Alemania, concibe el proyecto de ponerse en hostilidad con todo el cuerpo germánico; pero comprendiendo que la sombra de Guillermo Tell defiende la libertad de los cantones helvéticos y que la victoria de Murgarten ha hecho comprender á aquel pueblo de lo que es capaz por la sagrada causa de su independencia, adopta otro plan de engrandecimiento. Apoyado en los dominios austriacos y en las posesiones de la casa de Habsburgo en Suavia, Suiza y Alsacia, trata de apoderarse de la márgen del Danubio, acantonarse en los Alpes orientales y rodear la Suiza francesa y la alemana, con el objeto de tenerlo todo preparado para caer un dia sobre la Italia: plan inmenso, cuya realizacion completa no se ha verificado hasta nuestros dias. Rodolfo IV agrega á sus estados una parte del patriarcado de Aquilea en el Friul, los condados de Goritz y Gradiska y otra parte del Tirol, cuyo resto el emperador Maximiliano I en 1500 arrancó á la Baviera. Su hermano Leopoldo II, valiéndose de todos los medios que le sugirió su hábil política, apelando á las compras y negociaciones, consiguió ensanchar su territorio en la alta y baja Alsacia, adquirir la marca de Treviso y la importante ciudad de Trieste, cuyos decididos habitantes habian roto las cadenas con que los oprimia la reina del Adriático. No contento Leopoldo con el feliz éxito de sus desvelos, y conociendo todo lo importante que seria para el Austria el llegar á dominar un dia la Suiza, por su posicion topográfica, que la hace ser el punto intermedio entre la Francia, la Italia y la Alemania, fijó con mayor empeño su vista en ella; pero muy luego las rotas de Sempach y de Naefels le hicieron renunciar á semejante proyecto.

IV.

El archiduque Alberto V recobra por fin por los años de 1447 el cetro imperial, alejado hacia mas de un siglo de la casa de Austria, de la cual no volvió á salir hasta que la aparicion del Alejandro del siglo XVIII disolvió el antiguo cuerpo germánico. A fines del siglo XV Maximiliano I se enlaza con María de Borgoña, la cual le lleva en dote la rica herencia de la casa de Valois en los Países Bajos. El matrimonio de su hijo Felipe *el Hermoso* con D.ª Juana de Castilla, con esa princesa tan célebre en la historia española por el frenesí con que amaba á su esposo, tanto que dió lugar á que se la conociese desde su viudez con el dictado de *la Loca*, lleva su influencia á España; y por el de su nieto Fernando con Ana de Bohemia y de Hungría prepara la accesion á los estados austriacos de esos dos reinos importantes, de los cuales el primero, con la Moravia, la Silesia y la Lusacia, se convirtió en trono hereditario de sus sucesores desde el siglo XVII; y el segundo, con el banato de Temeswar, quedó definitivamente unido á la corona de Austria el año de 1718 de resultas del tratado de Passarowitz. La Transilvania

cae en poder de Rodolfo II en el siglo XVII, y á fines del siguiente el Austria reasume una parte de la Italia. El emperador Cárlos VI no tiene mas que hijas que recojan la vasta herencia tan penosa y hábilmente formada por sus ilustres progenitores desde el siglo XIII, y esta circunstancia fatal pone á pique de extinguirse la línea de Rodolfo de Habsburgo. Cárlos exhala el último aliento en 1740, pero no sin haber antes conseguido los ducados de Parma y de Plasencia, fruto de su participacion en la lucha dinástica de la Polonia, dejando á su hija primogénita María Teresa por emperatriz de todos sus dominios. Pero la muerte de su padre fué la señal de una guerra encarnizada y cruel que estalló entonces en Europa, de la cual una parte se coligó contra la nueva soberana para desmembrar su territorio, siendo la Prusia la primera que entró en la liza, apoderándose de la baja Silesia y del condado de Glatz. La codicia de los electores se despierta en aquellas revueltas: el de Baviera aspira á la Bohemia y á la alta Austria, el de Sajonia clava sus ojos en la Moravia y en la alta Silesia, y la España misma acaricia la halagüeña esperanza de tremolar un dia su bandera en las posesiones austriacas del territorio lombardo.

V.

La Europa parece una inmensa hoguera dispuesta á devorar entre sus llamas la herencia de María Teresa; sin embargo, ella ve en 1745 venir á las manos de su esposo Leopoldo de Toscana el cetro del imperio, y sonreir de nuevo la fortuna á los descendientes de Rodolfo de Habsburgo, teniendo la Emperatriz el consuelo de no haber perdido en medio de tan terribles luchas mas que aquellos estados invadidos por la Prusia: menoscabo compensado muy en breve con la adquisicion de una parte de la pobre Polonia, hecha entonces pedazos por la codicia de las naciones que la rodeaban.

Mas tarde las guerras que la Francia sostuvo contra toda la Europa, impulsada por el vencedor de Egipto, comprometieron otra vez la existencia de la monarquía austriaca; pero el emperador Francisco I escapó de aquel grave riesgo, habiendo perdido, es verdad, las provincias de los Países Bajos por una parte, pero ganando en cambio la Toscana, Parma, Plasencia y Módena para los príncipes de su familia, y el reino lombardo-veneto para su imperio: adquisicion que proporcionándole el dominio de tres puertos importantes del Adriático, le daba derecho á pensar seriamente en la creacion y fomento de una respetable marina.

Ese es el estado que siendo hoy parte de los austriacos ó imperio de Austria, sobre una superficie de seiscientas cincuenta leguas cuadradas que atraviesa el Danubio, cuenta dos millones ocho mil novecientos cuarenta habitantes: territorio dividido por el Ens en dos partes, llamadas alta y baja Austria, que forman

dos de los quince gobiernos del imperio austriaco, los cuales comprenden nueve círculos, debiendo unirse á estos el capitanado de Viena, cuya capital es la ciudad del mismo nombre.

El imperio de Austria, ó lo que se entiende por estados austriacos, es el espacio comprendido entre la Prusia y el reino de Sajonia al norte, la Rusia y la Moldavia, la Suiza y los estados sardos, que forman un perímetro de doscientas veinte y cinco leguas, de este á oeste, y noventa de norte á sur, siendo su capital Viena; divididos, como hemos dicho, en quince gobiernos.

VI.

El soberano que ha regido el cetro del imperio en nuestros dias, hasta que la irresistible corriente de los sucesos y la fuerza de la revolucion le ha hecho descender del trono y depositar el grave peso de la púrpura sobre los hombros de su jóven sobrino Fernando Cárlos Leopoldo José Francisco Marcelino, emperador de Austria, nació el 23 de abril de 1793, de Francisco I y de María Teresa Carolina de las dos Sicilias, pocos dias antes de que la defeccion del general Dumouriez y la sangrienta jornada de Neerwinden hubiesen permitido á la espantada Europa abrigar la esperanza de secar los laureles que sombreaban la frente del audaz guerrero corso: esperanza que se desvaneció muy luego como el humo al estampido de los cañones franceses en los Países Bajos; ilusion que perdieron harto pronto los derrotados ejércitos del Austria. Las mas horribles tempestades políticas, una de las mayores revoluciones sociales que han agitado al mundo, merced á la insaciable ambicion, unida al vasto genio de un hombre y al frenético amor de la gloria que electrizaba á todo un pueblo, arrullaron en su cuna á Fernando, y durante su infancia la magnífica herencia que le habia legado su ilustre progenitora María Teresa estuvo para disolverse, viéndose dolorosamente menguada por el tratado de Campo-Formio, que le hizo perder los Países-Bajos, y por el de Luneville, que le privó de la Toscana. En cambio, algun tiempo después la paz de Presburgo le desmembró los estados venecianos, junto con la Dalmacia, que habia adquirido en indemnizacion de las provincias belgas. El estampido del cañon francés resonaba en toda Europa, y en medio de ese marcial estruendo se educó el jóven príncipe, habiendo aprendido á balbucear lo primero el nombre de Napoleon. Luego al oir el tañido de la campana de la catedral de San Estéban, que recuerda á todo un estado diariamente la salvacion de Viena en 1683 de una irrupcion de turcos, oprimíase su pecho temiendo que su territorio iba á ser presa de otra invasion mas temible, porque era engendrada por un poderoso principio político. En 1799, hallándose en compañía de un tio suyo, las águilas francesas, victoriosas como siempre en Marengo, hicieron vacilar el Austria y que se

resignase á la dura ley del vencedor. ¡Cuán tristes eran los albores de la vida de un príncipe que por todo consuelo satisfacia su orgullo titulándose después, y como para cubrir sus descalabros, *emperador de Austria!* Y no fué esto solo : brilló fatalmente para esa potencia el sol de Austerlitz, y el antiguo imperio germánico se derrumbó, dando lugar á que la espada del corzo afortunado formase con sus trozos la confederacion del Rin.

Y no fué esto solo: tras del sol de Marengo y de Austerlitz brilló el de Wagram, funesto tambien para el Austria, pues concluyéndose la paz en Schoenbrunn, acabó de desmembrar su territorio, ya perdidas sus costas marítimas, que la hacian importante en el Mediterráneo, despojada de su baluarte, los Alpes, y fundidas en otras naciones sus propias fronteras; incapaz para la defensa por su absoluta falta de recursos, y sumida en una profunda desesperacion y estéril impotencia. ¡Tristes dias contaba Fernando como precursores de su futuro reinado! ¡Qué época para la educacion del heredero de un trono, como no recibiese, á imitacion de los reyes antiguos, la investidura de caballero para ir en persona á abollar su armadura, romper su lanza y embotar su espada en los combates! Dominados los espíritus y aterrados con los sucesos que dentro y fuera se operaban, en constante alarma por el tiempo presente y asustados por lo futuro, no era ciertamente el gobierno de Viena el que podia dignamente ofrecer una enseñanza al jóven Príncipe, porque no podia rodearle de hombres ilustres por su talento, puesto que para los consejos de la corte y para la política hacian falta; ni de entendidos y bizarros militares, que nunca necesitó mas de ellos su patria en los campamentos. El jóven Príncipe cayó en manos completamente ignorantes por primera y segunda vez, hasta que el ilustre feld-mariscal Enrique, conde de Bellegarde, dignatario de la corte, recibió esa distinguida prueba de confianza del real padre del príncipe sucesor á la corona.

VII.

Era ese profesor un soldado que habia tomado parte en muchos combates entre el Austria y la Francia de Napoleon, después de haber sido consejero de guerra del archiduque Cárlos desde 1793 á 1795, y de haber concluido con Bonaparte el armisticio de Leoben. Dos años después supo desalojar á los franceses de los desfiladeros del Tirol y fué el jefe del cuerpo de ejército encargado de sostener las comunicaciones entre el archiduque Cárlos y el ruso Sowaroff. Y si Moreau le derrotó en San Juliano el 20 de junio, se desquitó el 21 de julio rindiendo la ciudadela de Alejandría. Posteriormente se abrió la campaña de 1805, y se distinguió valerosamente sobre las márgenes del Adige, causando un choque sangriento el 1.° de noviembre, en el cual el ejército francés mandado por Massena

salió vencido en Chiavicca-del-Cristo. Por tales acciones fué en el año siguiente elevado al grado de feld-mariscal y encargado del gobierno civil y militar de la Galitzia. Ya en 1809 la cuarta guerra de Italia lo llevó al ejército de operaciones, distinguiéndose extraordinariamente en la terrible jornada de Gross-Aspern en los dias 21 y 22 de mayo, y ratificada la paz de Viena, volvió á tomar el mando de la Galitzia. Llega después el año 1813, y sus acontecimientos le obligan de nuevo á figurar : hallábase encargado de la presidencia del consejo áulico de la Guerra, reunió el ejército de Italia, y después de haber concluido con Eugenio de Beauharnais el tratado de Schiarino-Rizzino, tomó posesion de Milan y de sus provincias comarcanas en nombre del emperador de Austria, concluyendo tan dignamente su carrera militar para volver á ponerse algun tiempo después al frente del consejo áulico de la Guerra, del cual se retiró en 1825, muriendo hace poco mas de cinco años. Ese es el hombre á quien se confió la honrosa mision de educar al príncipe real de la casa de Austria.

VIII.

La vida extraordinariamente activa del conde de Bellegarde, que empleaba en las difíciles y áridas tareas del Consejo el poco tiempo que le era permitido robar á los combates, explica la negligencia y falta de esmero de que por necesidad tuvo que adolecer la educacion del jóven Príncipe, lastimosamente abandonada en un principio á causa de la suma incapacidad de las personas encargadas de dirigirla, y bien encaminada tan solo en los cortos momentos de tranquilidad y reposo de que podia gozar, como ya hemos indicado, el ilustre Feld-mariscal : agregábase á esto que la delicada constitucion del jóven Archiduque le imposibilitaba el dedicarse con fervor al estudio, por lo cual hubo que adoptar el partido de desviarle del de las ciencias exactas y mecánicas, por las que demostraba una singular aficion ; y entonces se trató de robustecer sus fuerzas físicas con la gimnasia, para lo cual no se podia haber echado mano de un hombre mas á propósito que M. de Bellegarde, quien por lo mismo vió muy pronto realizados sus deseos, y á su discípulo en disposicion de hacer un largo viaje por la parte meridional de su imperio y hasta por el extranjero. La Suiza llenó su pecho con el aire puro de sus montañas, testigos de la valiente resistencia que sus antepasados encontraron en los sencillos habitantes de la Helvecia; la Francia le enseñó á admirar el valor y el orgullo de una nacion, nunca dominados por ninguna potencia de la Europa hasta que el fiero leon de Castilla destrozó sus águilas imperiales en la memorable campaña de 1808 ; y por último la Italia, en donde aprendió que el verdadero secreto de los pueblos que carecen de cohesion y homogeneidad consiste en establecer un equilibrio nacido de su misma division y de su eterna rivalidad. Ya de vuelta de

su viaje, pudo consagrarse al estudio con algun empeño, y su tio el archiduque Cárlos y el mismo conde de Bellegarde concibieron la idea de dedicarle á la honrosa carrera de las armas, deseando verle manejar la espada antes que le tocara empuñar el cetro; sin embargo, esto no tuvo lugar porque por aquella época la Europa quedó en paz de las grandes luchas que la habian agitado, y de las cuales el Austria habia salido vencedora y como otro fénix renacido con mas poderío que nunca. Esto concluyó de decidir la educacion del Príncipe.

Gustaba él mismo con pasion de la tecnología, porque comprendia de cuánta importancia era en sus aplicaciones para su monarquía; aficion que el Emperador notaba con sumo placer, y estudio que con todas sus fuerzas trató de popularizar, convencido de las ventajas que para la civilizacion, y con especialidad para los intereses de la industria y del comercio, debia tener su desarrollo; lo cual prueba toda su ilustracion, puesto que no veia peligro en estimular de ese modo indirecto las lucubraciones filosóficas y políticas en alta esfera, á pesar de vivir en un país que por la esencia de su gobierno parecia como que debiera haberle retraido siempre de semejantes tendencias.

Precisamente en estas circunstancias fué elevado á la dignidad de feld-mariscal del imperio, porque su padre Francisco I, siempre pensando en el porvenir de su hijo, quiso probar sus verdaderos instintos confiándole tan importante cargo: el Príncipe continuó dedicándose con mas ahinco que nunca al estudio de la mecánica y á la formacion del primer museo tecnológico que haya tal vez en Europa, á la par que revelaba igual pasion por la ciencia heráldica.

IX.

Ya en esto brillaba el sol de 1830, y en 28 de setiembre y en los muros de Presburgo tuvo lugar la magnífica exaltacion del archiduque Fernando al trono de Hungría: pensamiento puesto en ejecucion por su padre con la sagaz prevision de acostumbrar á su jóven heredero á mandar por via de ensayo un país que conservaba puros y vivos sus instintos de independencia, y que solo sufria el yugo del Austria por la imperiosa ley de la fuerza.

Solemnidad sorprendente en aquella época, porque se verificaba cuando todavía estaban los ánimos de la Europa sorprendidos con los graves acontecimientos de que habia sido teatro la Francia.

A estas fiestas sucedieron las del casamiento del rey Fernando V de Hungría con la princesa María Ana Carolina Pia, hija de Víctor Manuel, rey de Cerdeña: fausta ceremonia celebrada el 27 de febrero de 1831.

En 2 de marzo de 35 ocurrió el fallecimiento del emperador Francisco I, quien bajó á la tumba profundamente llorado de todos sus súbditos por su tierno y pa-

ternal gobierno, no sin haber recomendado eficacísimamente á su hijo que continuase con el mismo sistema que él habia seguido, y que mirase al príncipe de Metternich como su mejor amigo y consejero. Fiel á las instrucciones de su padre, Fernando I, al subir al trono con ese nombre, ratificó en sus destinos á todos los funcionarios que con aquel habian concurrido al sostenimiento de la política austriaca, quienes fueron principalmente el archiduque Luis y los ministros Metternich y Kolawrat-Liebsteinski. El emperador Fernando, como lo reconocieron hasta sus rivales extranjeros, fué en realidad uno de los hombres que supieron merecer mas justamente el amor y la adhesion de sus vasallos, cuyas súplicas oia y cuyas lágrimas enjugaba, neutralizando así la severidad de las leyes y el rigor del principio absoluto de la monarquía.

El 7 de setiembre de 1836 recibió en Praga la corona del reino de Bohemia, habiendo cedido generosamente en favor de los establecimientos de beneficencia los cincuenta mil ducados votados para esta fiesta por los estados del reino.

X.

A los dos años presenció Milan el acto solemne de ceñirse Fernando la corona de hierro de los antiguos reyes de Lombardía: acto que perpetuó de un modo ilustre, concediendo amplias amnistías en favor de infelices perseguidos por la anterior política propia de su época, y abriendo las puertas de las cárceles á aquellos generosos patricios que, heraldos de la futura independencia de su país, gemian mártires de sus prematuros sueños políticos en los húmedos calabozos de Spielberg; posteriormente, en 1840, franqueó las puertas de esas tristes mansiones á todos los desgraciados que aun tenian sus manos cargadas de cadenas por idéntica causa, la causa noble y santa de su emancipacion: clemencia hija mas bien de los humanos sentimientos que abrigaba el corazon de Fernando, que de un cambio en las ideas políticas que constituian la esencia de su gobierno. Sin embargo, la razon de estado, esa ley inflexible y cruel de los hombres públicos, ha obligado al Monarca á sofocar mas de una vez sus generosos sentimientos y á consentir que cayeran en un cadalso las cabezas de algunos patriotas entusiastas que suspiraban por la emancipacion de la Italia: la Galitzia fué teatro de algunos horrores por esta misma ley de los hombres de estado, aunque llevada á un grado de exageracion impropio de la suavidad de costumbres de la época, y sobre todo de los instintos dulces y paternales de Fernando.

Situacion difícil fué aquella, y que para dominarla se necesitó de mucho valor y sagacidad. Examinemos los hechos posteriores y la situacion en que se encontraba entonces la monarquía austriaca. Ella, segun hemos visto, ha hecho el primer papel en la historia de Alemania, y sin embargo, es lo cierto que á la vista

del observador de lo que menos tiene es de germánica. Realmente, y en posesion de las cuatro razas que comprenden de norte á sur la Europa, solo presenta una reunion mas ó menos dotada de cohesion, que al fin concluirá por romper su aparente unidad, merced á la índole diversa de las razas eslava, finesa, germánica é italiana. Sorprende el ver que de una vasta poblacion de treinta y siete millones de almas, solo diez y nueve sean de orígen eslavo, y siete de raza germánica. Cuatro distintas entre sí y sin un sentimiento de comun interés, sin un pensamiento por parte del jefe de la monarquía que comprendiera la necesidad de producir la mayor fusion posible en esos pueblos, necesariamente tenia que mantenerse la rivalidad natural y de familia entre todos, y por precision mirarse siempre con recelo unos enfrente de otros, solo con la aparente afinidad que puede proporcionar un gobierno absoluto. En esos pueblos no ha existido civilizacion realmente: así que no ha podido ser fecunda en resultados, porque no ha llegado á desarrollarse; el principio vital de ese imperio era deletéreo, y solo una vez en tiempo de María Teresa pareció querer salir de su inmovilidad.

XI.

Ese fenómeno, sin embargo, que ha sido siempre efecto de la política interior de esa monarquía tiene una explicacion sencilla: el Austria no fió jamás en sus propias fuerzas, y queriendo, en vez de dominar los principios diversos que representa su poblacion, sacar partido de ella, ha creado un sistema de fiscalizacion y espionaje donde solo creyó que habria un conservador equilibrio, aunque sofocado siempre bajo el yugo férreo de su brazo.

No obstante lo dicho, con semejantes elementos es indudable que, planteado un sistema del género de las monarquías occidentales de Europa, esto es, un sistema de libertad, de derechos, de publicidad y discusion, aquellos elementos, que están hoy como siempre en sorda estagnacion como los metales, rebosarian de envidia y producirian con sus choques violentos la total destruccion de un gran imperio. Y lo que es consiguiente en el órden de los fenómenos y sucesos sociales, segun la ley antigua de la atraccion, que ejercen y á que están sujetos todos los pueblos, de esa aglomeracion impotente y facticia llegaria acaso en último resultado la casa de Habsburgo á conservar como reliquia tradicional de su pasado poderío el antiguo ducado de Austria, escoltado por la Estiria, el Tirol y la parte sajona de la Transilvania y de la Carniola, ó lo que es lo mismo, la verdadera poblacion germánica del actual imperio austriaco.

Y entonces los habitantes todos de la Galitzia y de la sombría Bohemia, los vendas y los rusniacos, con los croatas, eslovacos, morlacos y rumanos, se acordarian de su orígen eslavo y llegarian á constituir por sí mismos un estado lleno

de homogeneidad y muy capaz de contrarestar los ataques ó agresiones que dirige constantemente la Rusia en su conato por asociar completamente toda la familia eslava á fin de avasallarla. Entonces tambien volverian en sí los magyares, y càlculando que su número asciende á mas de seis millones, tratarian de fundar sin apoyo extraño un reino independiente. Entonces la Italia... la Italia, hálo demostrado la experiencia, recientes sucesos han venido á realizar en parte pronósticos que en 1845 pudieron acaso parecer atrevidos. «La Italia, decia en aquella época un escritor cuyo nombre revela su orígen aleman, y los dominios lombardo-venecianos se acordarán que en otro tiempo el leon de San Márcos hizo temblar á todo el oriente, y que la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos se conserva en el antiguo castillo de Monza.» La verdad es que la influencia del Austria, directa é importuna, nunca bajo la forma de un protectorado, sino de una tutela rígida, cruel é insolente primero, y de un despotismo exclusivo, ignorante y avasallador después, irritó los ánimos y produjo, tras de la tímida murmuracion, la crítica ostensible, luego la befa y el escarnio, y por último la ira que la tiranía engendra en los corazones, por degradados que estén con años mil de envilecimiento y esclavitud. Una llama del noble sentimiento de independencia nacional brotó en los corazones de los habitantes de la ciudad del Tíber; recordaron confusamente que eran sucesores de los mismos ciudadanos que desde aquellas orillas llevaron en remotos tiempos sus águilas triunfantes por todo el orbe conocido, y con la favorable circunstancia, única en la historia, de tener por jefe natural de su reino al padre espiritual de la cristiandad, piadoso é ilustrado: á su voz el pueblo de Rómulo lloró alborozado de júbilo, y luego se estremeció como el Vesubio antes de su erupcion mas terrible, pareciendo que el Tíber iba á desbordarse al grito de *revolucion*, y que el milanés Olona y las ondas del Adriático, agitadas al par por el mas noble sentimiento de independencia, iban á inundar hasta las mismas márgenes del Rin y del Danubio; pero luego ¡oh baldon! Oh mengua! Para colmo de ingratitud, de deslealtad y de impotente abyeccion, lo que debió ser causa de nacionalidad, lo que debió regenerar á un pueblo envilecido, la santa causa de la libertad, trocóse malamente en débil bandera de mentidos derechos políticos y falso progreso social, proclamando á su sombra cobardemente el destronamiento y el regicidio.

El rey de Roma, el príncipe generoso que habia inaugurado la senda de la civilizacion y de la libertad, el que dió una constitucion política á su país, el pontífice de la cristiandad, Pio IX, tuvo que librar su vida con la fuga y necesitar de una nueva cruzada en el siglo XIX para volver á la silla de San Pedro, después de un año de expatriacion como un miserable proscripto. ¡Triste leccion dada al mundo por los romanos, y que no deben olvidar los reyes y los gobiernos que estimen en lo que vale la felicidad de su nacion! ¡Pobre Italia, ya no serás de hoy mas sino un pálido recuerdo de otros tiempos que nos representarán tus monumentos! ¡Tu ingratitud ha consolidado tu abyeccion y ejecutoriado tu eterna des-

gracia! Peleando contra el Austria hubieras triunfado, porque Dios protege las buenas causas, y hubieras sido libre; peleando contra tu rey te has forjado nuevas y mas pesadas cadenas. ¡Pobre Italia! sobre tu mustia frente se lee una fatal palabra, palabra providencial: *Expiacion!*

XII.

Cumple hoy á la monarquía austriaca evitar la desmembracion, que seria su ruina instantánea; esa es y debe ser su política: convencida de ello, como el Argos de la fábula, no duerme; está sobre sus estados naturales y de conquista con cien ojos; y aunque apellidándose su gobierno protector, paternal y tolerante, es la personificacion de la desconfianza, del temor y de la astucia. Esa política venenosa no alimenta, sino que mata, á semejanza de la tenebrosa que ejercia con invisible mano su antecesora en parte, la antigua república señora del Adriático; esa política inquisitorial rechaza la ilustracion, porque sabe que la señal evidente de su muerte será la aparicion de esa brillante antorcha en sus dominios; esa política, por fin, que hace que el Austria gima ó ruja de despecho en la mas completa inaccion, no puede variar, porque comprende que al menor movimiento se desplomará, haciéndose pedazos su soberbia mole, y desapareciendo del mapa político de Europa como la desventurada Polonia.

Antes de ocuparnos del actual emperador de Austria, que ha subido al trono en nuestros dias, es preciso presentar á grandes rasgos, como en un panorama, los notables sucesos que desde 1847 pusieron en conmocion á toda la Europa, amagando hundir la poderosa monarquía á cuyo frente ha estado durante tantos años Fernando I, tio del emperador reinante, y á los cuales verdaderamente debe su exaltacion al imperio Francisco José, por abdicacion de aquel. Hoy ya restablecida la calma en toda Europa, rige los destinos de tan poderoso imperio ese jóven desde su menor edad. Tres sucesos importantes ocurridos á mediados del año 1847 tenian en espectacion á toda la Europa y hacian augurar siniestramente sobre la suerte de la misma á los grandes pensadores y políticos de los gabinetes mas distantes del foco del movimiento: era el primero la agitacion en sentido democrático que se notaba en toda la Italia, producida inocentemente por el jefe de la cristiandad desde los primeros dias de su advenimiento á la silla pontificia; era el segundo la violenta agitacion democrática que habia tambien cundido y minado á toda la confederacion helvética; era, en fin, el tercero el estremecimiento, menos ostensible, pero no por eso menos hondo, que como una chispa eléctrica iba apoderándose de varias capitales de Alemania.

XIII.

Italia fué la primera que enarboló el estandarte, porque esa nacion era el centro de las cabezas mas volcánicas y de los mas entusiastas corazones : Roma fué el foco, y toda la Italia se convirtió en una inmensa hoguera. Un nombre y un suceso eran la fórmula, la explicacion de todo aquel movimiento ; un nombre y un suceso arrancaban los vítores del pueblo italiano : *Pio IX* y la *reforma*. Dos monarcas, acaso mas bien por debilidad que poseidos del espíritu liberal y de progreso del siglo, inscribieron sus nombres junto al del nuevo Pontífice, bordado entre laureles en las banderas de los italianos : Cárlos Alberto, rey de Cerdeña, y el gran duque de Toscana Leopoldo II eran esos monarcas. Parma y Módena, contrariadas por sus príncipes, se axasperaron, haciendo arreciar la tormenta con su sed de reformas. Milan, oprimida por el férreo brazo del viejo general Radetzki, protestó ingeniosamente y de una manera indirecta contra su intolerable administracion : unas cuantas cajas de té impuestas violentamente á unos sobrios americanos produjeron la independencia de los Estados Unidos de América ; el tabaco impuesto por el Austria á los milaneses por poco produce tambien su emancipacion de aquella gran potencia. Radetzki exigia, Milan protestaba ; la lucha fué pues necesaria : á la ira, á las persecuciones, á los malos tratamientos, á los continuos desmanes y desafueros del feld-mariscal austriaco, respondió el pacífico vecindario de Milan con el valor y heroismo dignos de su noble causa, acreditados con su sangre en las calles y en las plazas de su hermosa ciudad ; la exasperacion llegó al último grado, siendo esos y posteriores desastres el prólogo del tremendo drama político que á poco presenció atónita la Europa.

XIV.

Los pequeños estados de Alemania correspondieron sucesivamente al movimiento liberal : Wurtemberg exigió de su rey un parlamento como base de una nueva constitucion ; y como garantías políticas, la libertad de conciencia y de la prensa, armas para el pueblo, la abolicion de todo privilegio y la garantía especial del trabajo : como consecuencia de estas peticiones, el rey Guillermo decretaba en 2 de marzo siguiente la abolicion de la censura. Los grandes ducados de Hesse-Darmstadt y de Baden tenian las mismas exigencias, y entre tanto la dieta de Francfort hacia una convocatoria general á los estados alemanes. Dos dias despues de abolida la censura por el rey Guillermo, el Senado y el Burgo-

maestre declaraban oficialmente la libertad de la imprenta en Francfort, Wurtemberg, Hesse, Nasau y Baden; mientras por su parte el rey de Baviera reconocia la república francesa, y varias ciudades de Prusia elevaban á su soberano los deseos de que estaba animado el pueblo y toda la Alemania en favor de la regeneracion, señalándole el rumbo que debia tomar.

Los recientes sucesos de la capital de Francia, atravesando el Rin, el Danubio y el Vístula, pusieron en conmocion á las Sajonias, Prusia, Austria, Polonia, Hungría y Bohemia. Toda la Alemania se hallaba en fermentacion, y entre mil opuestos dictámenes y encontradas pretensiones surgió unánimemente un pensamiento político, la reorganizacion del imperio germánico, salvando la unidad alemana bajo la forma de una confederacion libre y poderosa; pero se oponian á estos deseos los soberanos de Prusia y Austria, que de acuerdo con el emperador de Rusia emprendieron la organizacion de respetables armamentos. A poco el rey de Prusia conocia que se hallaba en la necesidad de variar de marcha política, y brindó á la confederacion germánica con su mas activa cooperacion, convocando entre tanto la dieta de sus estados.

Ya en esto Viena tenia libertad de imprenta y milicia ciudadana, y el Austria habia proclamado la Constitucion. En la capital habia estallado una sublevacion popular, á cuyo frente se hallaban los estudiantes, habiendo quedado por estos la victoria, y huido para salvar su vida el príncipe de Metternich. En las calles de Berlin ocurre otra sublevacion entre los mismos elementos y la tropa, saliendo tambien los primeros vencedores á pesar de las cargas de caballería y de las víctimas que ensangrentaron las plazas. El conflicto era grave, y por consiguiente se hacia indispensable una pronta resolucion: el Rey cree darla poniéndose á la cabeza del movimiento, diciendo «que se sentia llamado á salvar la unidad y la libertad de Alemania»; y desde entonces pinta en sus banderas las colores alemanes, convoca la asamblea general de los Estados, y su primer ministro exclama delante del pueblo: *¡Viva el rey de Alemania!* Como era consiguiente, el Austria supo con indignacion el suceso y se mofó de él, y todos los estados alemanes se llenaron de despecho con esa nueva, que les revelaba las desmedidas pretensiones del monarca prusiano, y en su virtud la Pomerania y el Brandeburgo se sublevan contra la declaracion del rey Federico, protesta la Baviera, y el rey de Prusia es quemado en efigie en una plaza de Munich.

Las consecuencias de este suceso para dicho príncipe fueron el tener que declarar en la Dieta que nunca habia abrigado las ideas que se le habian atribuido, y sí solo la de excitar el sentimiento de libertad en Alemania; y como quiera que el Austria pretendiera lo mismo, esto es, ser la primera en devolver su libertad é independencia al pueblo aleman, de la rivalidad nacida entre esas dos potencias resultaron amplias concesiones para los respectivos pueblos, puesto que cada uno de sus príncipes aspiraba á la primacía de la direccion del movimiento liberal.

XV.

Poco después el reino lombardo-veneto sacudia con desesperados esfuerzos el pesado yugo de los austriacos ; los milaneses se batian como leones, tanto, que á los cinco dias de una horrorosa lucha, solos mil hombres, valientes hasta la temeridad, arrojaron de todos sus fuertes á diez y seis mil austriacos, forzándoles á ir á esconder su ignominia, junto con el viejo Radetzki, á las márgenes del Mincio. Milan recobró entonces su independencia y creó un gobierno provisional. Venecia se muestra digna hermana de la opulenta Milan, recordando los dias de gloria en que su pabellon ondeaba victorioso en las aguas del Mediterráneo, y se erige en república.

Recelosos con razon los milaneses por ver ocupado todavía el suelo lombardo por los soldados del Austria, imploraron el socorro de sus hermanos de Italia ; y Roma y el Piamonte y Nápoles y Sicilia, con la Toscana, les prestaron su apoyo inmediatamente en defensa de la independencia de Italia : todas esas fuerzas marcharon guiadas por un príncipe, el rey Cárlos Alberto, que al tomar el mando del ejército coligado recibió la bendicion del Pontífice. Presentóse al enemigo, y tuvo lugar la lucha lo mismo en las márgenes del Adige y del Mincio que bajo las murallas de Mantua y de Verona.

En el ducado de Posen, en Galitzia y en Varsovia, como igualmente en las tres Polonias, rusa, austriaca y prusiana, proclamaron la nacionalidad polaca, creyendo con esto el emperador de Austria ceñir á sus sienes la corona de Polonia.

Así las cosas, vióse el emperador de Austria obligado á destacar considerables fuerzas con el fin de sofocar la insurreccion de los lombardos, y entre tanto la Hungría, emancipándose del yugo austriaco, puso en el caso á la Dieta, á los grandes y al mismo duque Palatino, de buscar un asilo en Viena, extinguió el feudalismo, declaróse independiente del Austria y concluyó por proclamar al archiduque Estéban. Las dietas de los pequeños estados alemanes estaban reunidas á fin de organizar sus respectivos estados, y la general de Francfort se ocupaba en establecer las bases de la gran confederacion alemana ; mas no pudiendo marchar de acuerdo, no habiendo la menor armonía entre esos estados, porque unos se contentaban con la monarquía, mientras los otros proclamaban la república, concluyeron por hostilizarse mutuamente los mismos que anhelaban formar una confederacion.

Seguia la guerra encendida entre los italianos coligados, á los cuales se habia unido una legion suiza, y los austriacos : hubo varios choques en los campos de Mantua y de Verona y en las riberas del Adige, y al fin los confederados alcanzaron un señalado triunfo sobre sus enemigos, haciéndose dueños del importante punto de Pastrengo. En su efervescencia Milan quiso erigirse en república, á lo

que se opuso el príncipe Cárlos Alberto. Seguia la Alemania trabajando por medio de la dieta de Francfort en la constitucion del nuevo imperio germánico, mientras que el emperador de Austria, fiel á su política, hizo llover bombas sin piedad por espacio de dos horas y media sobre la antigua y libre ciudad de Cracovia, desarmó la guardia nacional y lanzó de la ciudad á todos los infelices emigrados polacos. El Austria seguia conmovida con las asonadas populares, en las que representaban el primer papel los estudiantes, viéndose al fin obligado el Gobierno á conceder el sufragio universal y á convocar una *asamblea constituyente.* De repente un suceso nuevo sorprende los ánimos de los habitantes de la capital de Viena: el emperador Fernando I habia desaparecido, y tardó algunos dias en saberse que habia fijado su residencia en Inspruk. Rodeado allí de las mas finas atenciones, los bohemios, los estirios y los húngaros se apresuraban á rendirle pruebas de admiracion y respeto y á hacerle mil protestas de lealtad, cuando los mismos poco antes se habian emancipado del Austria ó habian declarado formalmente que no querian continuar formando parte del imperio: algunos, mas realistas, le suplicaron encarecidamente que volviese á Viena para restituir á sus leales súbditos alemanes la paz y el reposo. Fernando I desarrolló desde el punto de su nueva residencia una gran energía, como lo acredita la órden de clausura que expidió contra la universidad de Viena, la que prevenia la disolucion de la borrascosa legion académica, y la invitacion hecha al cuerpo diplomático para que se trasladara á Inspruk. Entre tanto en Viena fermentaban los ánimos violentamente viendo el empeño del Emperador de continuar en su nueva corte, y habiendo llegado á entender los habitantes de aquella capital que se aproximaban á ella tres regimientos: todo lo cual era infalible presagio de funestos y cercanos disturbios. La extincion de la legion académica y la entrega que esta hizo de sus armas fué la causa del rompimiento. Por do quiera los estudiantes y los obreros de consuno levantaban barricadas y todos corrian en busca de armas; la guardia nacional llegó á tomar una parte activa, y al fin vinieron á las manos el pueblo y la tropa, luchando con encarnizamiento todo un dia: los soldados fueron vencidos, y el pueblo de Viena vió con orgullo que se accedia á cuanto solicitaba.

XVI.

El Emperador pensó en regresar á su antigua corte, y lo manifestó á sus pueblos en una proclama, lo cual tuvo efecto entre los vítores de sus súbditos; é inaugurando desde aquel dia una línea de política de mayor firmeza que la que hasta entonces habia seguido, concluyó por presentar á las cámaras un proyecto de constitucion: esto no obstante, al partir á Hungría la guarnicion de Viena para castigar en los húngaros el bárbaro asesinato del conde de Lamberg, se opusie-

ron tenazmente la guardia nacional y los aldeanos á la salida de dichas tropas, lo que produjo un choque violento, llegando los amotinados hasta el punto de asesinar al ministro de la Guerra. Ocultáronse los restantes ministros, y la capital de Austria fué presa de la mas desenfrenada demagogia, merced á la cual ascendió á seiscientos el número de las víctimas.

Reunida la Dieta, se nombró una comision para que obrase como poder ejecutivo. El Emperador, que se habia trasladado á Schoenbrum y se dirigia hácia Lintz, después de haber accedido á la formacion de un nuevo gabinete, fijó su residencia en Olmutz. Después de mil sucesos, cuya enumeracion seria sobradamente prolija, un suceso tan importante como inesperado vino á sorprender al Austria y á toda la Europa. El emperador Fernando, que habia subido al trono en marzo de 1835 por muerte de Francisco I, y que lleno de buenos instintos y generosos sentimientos pudo haber sido un rey capaz de ponerse al frente de la marcha liberal que los sucesos de 48 imprimieron á aquella parte del norte de Europa que ha regido; el emperador Fernando creyó que otros tiempos y otros principios deben ser personificados por otras personas; acaso se sintió débil para seguir con decision y firmeza en un nuevo sendero político que probablemente afectaria su puritanismo realista, y en ese caso su conducta fué prudente y lógica: comprendió su posicion respecto de la situacion política de Austria y de la Europa toda, y abdicó solemnemente el 2 de diciembre de 1848 en la persona de su sobrino el actual monarca reinante.

XVII.

Francisco José I, emperador de Austria, rey de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Eslavonia y de Iliria; duque de Lorena, Salzburgo, de Estiria, de Carintia y de Carniola; gran príncipe de Transilvania, margrave de Moranza, conde soberano del Tirol, de Kiburgo, de Goerz y de Grodszka; conde de Bregens, etc., nació el 18 de agosto de 1830. Es hijo de Francisco Cárlos José, nacido en 7 de diciembre de 1802, y de Federica Sofía Dorotea Guillermina, hija del difunto Maximiliano José, rey de Baviera, los cuales tienen otros tres hijos: Fernando, Maximiliano José, Cárlos Luis José María, y Luis José Antonio Víctor, todos menores que el actual emperador.

Al subir al trono este jóven encuentra sus treinta y siete millones de súbditos realmente poco dispuestos á congratularse con la nueva unidad que ha adquirido la poderosa monarquía austriaca. Vencedoras por la fuerza de las armas y dueñas absolutas de sus estados las potencias germánicas desde que lo resolvieron decididamente, en virtud de los acontecimientos que en marzo de 48 habian acelerado su desenvolvimiento constitucional; la Prusia y el Austria compren-

dieron prudentemente que no debian servirse de su victoria para robustecer el antiguo principio de la monarquía pura. Apodéranse del progreso extraviado por la disolvente demagogia, para hacerlo fecundo y subsistente, teniendo el exquisito tacto de sofocar las conmociones populares, imprimiendo el verdadero movimiento revolucionario legítimo, porque nace del poder y porque luego con el trascurso del tiempo da pacíficamente una existencia envidiable á los pueblos. La Alemania, que estuvo á pique de disolverse, ha salido triunfante merced á esos principios, y las dinastías de Habsburgo y de Hohenzollern le han asegurado nueva vida, al par que se han asegurado en sus tronos.

¿Y por qué entonces creyeron los gabinetes de Europa con harto fundamento en un inminente peligro la existencia de la monarquía de Austria, en medio del trastornador movimiento que amagaba volcar los tronos? Porque la antigua cancillería habia extendido sobre todas las nacionalidades del Imperio un ejército de burócratas, que como una red de hierro sofocaba todas las ideas menos las antiguas y peculiares rivalidades de las razas, que impedian el desarrollo de una conmocion mas general de otro género. Era fácil de creer que las rivalidades de esos distintos pueblos, teniéndoles en acecho unos contra otros, y dominados todos por el receloso poder que les oprimia comunmente, no esperaban mas que la ocasion de romper sus cadenas, y con ellas la unidad facticia á cuya sombra vegetaban; mas no se tenia en cuenta juzgando de esta manera el tradicional sentimiento que debia por el contrario salvar del naufragio al Imperio en el momento en que contra él se concitaran los odios populares y el egoista y refinado interés de los demás gabinetes : ese sentimiento no era otro que la decidida pasion por el nombre de Austria, antigua enseña bajo la cual estaban todos acostumbrados y dispuestos á agruparse, reconocerse y luchar. El nombre de Austria para muchos millones de hombres distintos en orígen, lengua y costumbres, era y ha sido para ellos, mas bien que una patria, una gloriosa bandera; y realmente ese espíritu profundo de nacionalidad se asemeja muy bien al amor del guerrero por la bandera que le ha conducido á la victoria, y participa de la fuerza moral que le hace arrostrar su destino. Por eso los alemanes y los eslavos en el momento crítico, cuando sonó la hora angustiosa del peligro comprendieron claramente que llamándose Alemania subsistirian como imperio; y lejos de talar el campo donde ondeaba su estandarte, se encerraron en él, y unidos lo defendieron. Esa hábil conducta ha venido á justificar la comunidad de intereses que, engrandeciéndoles, ha asegurado la suerte del Imperio. Verdad es que el jóven Monarca, titulándose como todos sus predecesores, ha pagado un tributo de estéril vanidad á rancias tradiciones y á regias preocupaciones hereditarias; mas tiene, sin embargo, una cosa superior á esa vana y feudal nomenclatura, una cosa que vale mas que todos los títulos que le han legado sus nobles progenitores : el poder de la fuerza de los acontecimientos, merced al cual es sencillamente emperador de un estado, pero de un estado lleno de cohesion, del Austria unitaria.

XVIII.

Dos grandes fracciones han gozado poco, sin embargo, con la reciente unidad del Imperio : una es la raza magyar, la otra una porcion de alemanes partidarios decididos del radicalismo político de los demagogos y tal vez tambien del doctrinarismo histórico de los profesores de las universidades. Naturalmente los magyares debieron luchar contra una fusion de las familias de orígen austriaco, que les ha robado una preponderancia nacida de la sangre y del idioma. El dogmatismo del profesorado, ejercido por el grave Dhahnann, trataba de modelar todo establecimiento político de acuerdo con los radicales magyares, que pretendian una emancipacion nacional, á la regla mas absoluta de la unidad de raza; para lo cual era consecuencia precisa ó reducir el territorio del Austria de suerte que solo la poblaran alemanes, ó en otro caso separarla de la Alemania. Ese proyecto ha abortado de hecho ante los muros de Viena, mientras de derecho es de esperar que sucumba tambien en las discusiones políticas y en las negociaciones diplomáticas.

El Austria contra estos conatos de desmembracion ha opuesto una marcha de reformas constitucionales. Lo que debia hacer su gobierno para que los dos colores de su bandera triunfasen de los tres de la alemana, para restituirles completamente su popularidad, era romper de frente con las camarillas, con su pasado, y entregar su estandarte á verdaderos austriacos, que no fuesen chambelanes. Esto es precisamente lo que hizo el último emperador, quien no vaciló en cambiar de gabinete, atendidas las exigencias de la época. Y no es que los principios oficialmente declarados por el anciano M. Wessemberg fuesen menos liberales que los de su sucesor, sino que á aquel ministro le faltaban las fuerzas necesarias para en un caso extremo sostenerse contra las influencias anticonstitucionales marcadas en el anterior programa.

El príncipe Félix Schwarzemberg era ministro en Nápoles cuando cesó la armonía entre el emperador de Austria y el rey Fernando : su experiencia diplomática y su adhesion al principio de la unidad austriaca le hacian aparecer como el político mas capaz de tomar una parte activa en las conferencias que habian de tener lugar en Bruselas, y esos títulos le llevaron al ministerio de Estado, haciendo que el Emperador le nombrase además presidente del Consejo. El Monarca, de acuerdo con este y el conde Stadion, su colega en el interior, separó de su persona á unos consejeros íntimos que embarazaban el paso hasta el trono á los ministros, rompió con las antiguas tradiciones administrativas, eligiendo el resto del gabinete de los individuos mas notables de las provincias; con cuyo tacto enervó la desmedida y exclusiva influencia que sin derecho se arrogaba la capital.

Así constituido el gabinete, y apoyado contra la Hungría, el emperador de Austria y su hermano Francisco Cárlos, esposo de la archiduquesa Sofía, madre de Francisco José I, renunciaron en favor de este la corona.

XIX.

El acta de abdicacion fué redactada en el palacio episcopal de Olmutz en presencia de todos los individuos de la familia imperial, del príncipe de Windisgraetz y del ban Jellachich. El Emperador habia reunido el consejo de Ministros, y acompañado por la Emperatriz, habia declarado que motivos importantes le obligaban á dimitir la corona en favor de su sobrino, después de haberle proclamado mayor de edad.

El nuevo emperador, jóven lleno de bondad, sentimientos generosos y talento, con mucha ilustracion confirmó á todos los ministros en sus respectivos cargos por medio de una carta autógrafa, y en un manifiesto dirigido á la Dieta manifestaba sus deseos de ver pronto terminada la nueva constitucion. Hé aquí el documento citado, que revela un gran conocimiento de la época y de las necesidades de su país, las cuales esperaba satisfacer con una marcha tan decididamente liberal como iba á adoptar:

«Nos, Francisco José I, por la gracia de Dios emperador de Austria, etc. etc. etc. Llamado por la abdicacion de nuestro augusto tio el emperador y rey Fernando I, y con el consentimiento de nuestro padre el archiduque Francisco Cárlos, á colocar en nuestras sienes la corona imperial en virtud de la pragmática sancion, hacemos saber solemnemente por este decreto á todos los pueblos de la monarquía nuestro advenimiento al trono con el nombre de Francisco José I. Convencidos de la necesidad y alta importancia de rodearnos de instituciones liberales puestas en armonía con el espíritu de la época, entramos confiadamente en la via que ha de conducirnos á la trasformacion saludable y al rejuvenecimiento de toda la monarquía. Sobre las bases de verdadera libertad, de una misma justicia para todos los pueblos del reino, y de igualdad ante la ley para todos los ciudadanos, así como tambien del concurso de los representantes del pueblo para la formacion de las leyes; la patria se levantará regenerada y poderosa por su antigua grandeza y por las nuevas fuerzas que habrá adquirido. Ella llegará á ser un edificio indestructible en medio de los huracanes de nuestra época, una vasta morada para todos estos pueblos de distintas razas, á quienes un lazo fraternal ha reunido hace ya muchos siglos bajo el cetro de nuestros padres. Nos hallamos resueltos á conservar el brillo de la corona y la integridad de la monarquía, pero dispuestos tambien á admitir á los representantes de la nacion á la participacion de nuestros derechos; confiando que con la ayuda de Dios y buena armonía que reinará entre nos y los

pueblos lograrémos reunir en un gran cuerpo de estado todos los países y razas de que se compone nuestra monarquía. Rudos trances de pruebas nos aguardan. El órden público ha sido alterado en muchas partes del Imperio, la guerra civil devasta todavía una parte de nuestra monarquía; pero ya se han tomado las medidas necesarias para asegurar por do quiera el respeto á la ley. Reprimir á la revolucion y restablecer la paz interior serán las primeras condiciones del buen éxito de la grande obra de la Constitucion. Contamos confiadamente con la cooperacion franca é ilustrada de los representantes de todos nuestros pueblos. Contamos igualmente con el buen espíritu y fidelidad de los habitantes de las campiñas, que han entrado en el goce de los derechos de ciudadanos en virtud de las leyes últimamente promulgadas, por la abolicion de los derechos de sujecion y el descargo de las tierras. Contamos tambien con la adhesion de los funcionarios del Estado y con el valor y fidelidad de nuestro glorioso ejército, que será ahora, como lo fué en tiempo de nuestros antepasados, una columna del trono y el indestructible sosten de la patria y de nuestras instituciones liberales. Nos consideraremos dichosos en aprovechar toda ocasion de recompensar el mérito sin distincion de clases. Pueblos del Austria, tomamos posesion del trono de nuestros padres en una época azarosa. Los deberes y la responsabilidad que la Providencia nos imponen son grandes. ¡Dios nos protegerá! — Residencia real de Olmutz, 2 de diciembre de 1848. — *Francisco José*. — Refrendado. — *Schwartzemberg*.»

XX.

Un acto que caracteriza la bondad natural de ese jóven fué el mandar que se pusiese á disposicion del Papa la multa de 200,000 escudos que se habia exigido á la poblacion de Ferrara, para que se viese que habia sido impuesta solo con el objeto de castigar una latente violacion del derecho de gentes.

Llegó el 11 de marzo, y con él la proclamacion de la nueva ley fundamental del Estado, la cual se promulgó en Viena con las mayores muestras de júbilo por parte de todos sus habitantes.

Como muestra inequívoca de la ilustracion del jóven emperador Francisco José, no puede pasarse en silencio el rasgo que á poco de aquel fausto suceso le conquistó las simpatías de todos los hombres entendidos, á saber, la acertada y noble prohibicion de comprar los lienzos y demás preciosidades artísticas que dispusieron enajenar en su vértigo demagógico los revolucionarios de Roma. Ese respeto por las bellas artes es un testimonio irrecusable de que el Príncipe comprende bien todo lo grande que es el dictado de rey constitucional, y hasta dónde llega en sus delicadas exigencias en favor de todo lo que es aficion y estímulo por

el desarrollo de las bellas artes, que junto con la literatura de los pueblos, reflejan evidentemente su civilizacion.

Ya antes de subir al trono habia peleado junto al célebre feld-mariscal conde de Radetzky en las memorables batallas de Coztozza y Somma-Campagna; y lleno de ardor bélico, tomó en mayo de 1849, cuando los graves acontecimientos de Hungría, el mando de todo el ejército que marchó sobre ese reino, entonces en completa insurreccion. Llevaba tambien tropas auxiliares rusas, que mandaba el príncipe Paskewitsch, el vencedor de Varsovia, y teniendo dos generales á sus órdenes; pero el mismo príncipe iba á las inmediatas del emperador de Austria.

Antes de salir el jóven Francisco José se acordó de los soldados heridos que habia en los hospitales, y fué á despedirse de ellos y á consolarlos, ofreciéndoles recompensas justas y gloria; con lo cual el entusiasmo de aquellos desgraciados heridos con el plomo de los húngaros fué inmenso, y desde entonces empezó á hacerse popular el Emperador. Y lo mismo sucedió en el ejército: apenas se presentó y se puso á su cabeza, cuando se le pasaron mas de ochenta oficiales que peleaban en el bando húngaro, y que no pudieron transigir con la idea de ver destronado por Kossuth á su emperador, tan jóven y tan digno como se estaba haciendo del aprecio y veneracion de su ejército y de sus súbditos.

XXI.

Entraron primero en el territorio de Hungría por la Galitzia ciento veinte y ocho mil hombres de infantería y veinte mil ochocientos cincuenta caballos; pero á poco el emperador Francisco, con el gran apoyo de la Rusia, se vió á la cabeza de cuatrocientos mil hombres de todas armas.

Entre tanto, y mientras ocurrian estos sucesos, que tenian fijos en Hungría y en el ejército imperial de Francisco José los ojos de toda Europa; mientras los gabinetes, atónitos por el porvenir de los tronos, esperaban ansiosos el momento de la sujecion de la insurgente patria de Kossuth, la Prusia proclama en Berlin una constitucion general para el imperio de Alemania, á la cual se unieron desde luego la Sajonia y el Hannover, estableciendo en ella una federacion de la cual formaria parte el Austria, siendo tal su voluntad, pero renunciando al título de imperio. Es decir que las bases entre el nuevo imperio aleman y el austriaco deberian arreglarse por convenios particulares en caso de que no tuviese por conveniente formar parte de la reciente confederacion, á la cual para pertenecer no se le exigia que concurriese mas que con sus estados alemanes. Con este nuevo acontecimiento político se resolvia de una manera neutral la cuestion de presidencia general del imperio de Alemania, que provocó el rey de Prusia desde la exaltacion al trono de Francisco, y que ambicionando aquel para sí simuladamente, en-

contraba mucha oposicion en los demás estados. El emperador de Austria en esta cuestion, á pesar de ser un jóven entonces de diez y nueve años, se condujo sin ninguna ambicion y con la mayor prudencia, acaso con mas de la que era menester para que se contuviesen otras altas ambiciones.

La unidad, ese grande y noble sentimiento, constituyó la fuerza de la Alemania en 1812 y en 1813. Por él uno de los antiguos cantores del patriotismo teutónico conjuraba á los reyes alemanes; por él el autor de la cancion titulada *¿Dónde está la patria alemana?* exclamaba con razon hace poco: «Estamos en el acto cuarto del gran poema dramático de la Europa y de la Alemania: el acto primero lo constituyen los años de 1813 y 1815, el segundo el de 1830, el tercero el de 1848, y ahora en 1849, de tal manera se pasa el tiempo, nos hallamos ya en el cuarto. ¿Cuando llegará el quinto? Lo ignoro; pero tened entendido, oh reyes alemanes, que si no sois prudentes vais á precipitar sin duda su venida.»

XXII.

La necesidad de dar un jefe á la Alemania centralizada, y una política de verdadero despecho, ha inspirado á Mr. Welker, uno de los mas acérrimos antagonistas de la influencia prusiana, dando por resultado el voto del 28 de marzo, esto es, la eleccion del rey de Prusia como emperador hereditario de Alemania. Este monarca, que hace ya mas de ocho años que ciñe la corona, no desechó rotundamente la que la Dieta le ofrecia, pero declaró que no le era posible aceptarla hasta ponerse de acuerdo con los reyes, príncipes y ciudades libres de Alemania, y examinar con ellos si la constitucion de Francfort era conveniente para el cuerpo general de la confederacion germánica.

Entonces el Austria, á pesar de la revolucion que trastorna incesantemente su territorio, trata de constituirse y cuenta con sus estados alemanes, estados que al parecer arranca de este modo á la Alemania. La dieta de Francfort habia resuelto que ningun estado aleman pudiese jamás formar parte de un reino extranjero, y estos nobles celos patrióticos se oponian á la constitucion que pretendia darse á sí misma el Austria, naciendo de aquí una grave cuestion política entre el gabinete de Viena y la Dieta. A la eleccion que esta hizo del rey de Prusia como emperador hereditario contestó el Austria con una nota manifestando que las palabras del rey de Prusia aplazando la aceptacion de la corona que se le brindaba, significaban que la constitucion de Francfort no era mas que un proyecto, y proyecto que no tendria fuerza de ley hasta que obtuviese la aprobacion de los diversos estados de la Alemania; por lo cual era evidente que la Asamblea Nacional se habia excedido en el uso de sus derechos: extramilitacion que no toleraba ni consentia de manera alguna el Austria.

XXIII.

La Alemania se encuentra en una situacion política bastante difícil desde marzo de 1848, porque esa revolucion, cuya tendencia marcada, cuyo deseo mas ardiente era la conquista emprendida hacia tanto tiempo, de la unidad para la legislacion y de la libertad para los parlamentos, lejos de producir tan saludables resultados, lejos de realizar tan nobles aspiraciones, ha sido extraviada por el brazo de hierro de la demagogia, que ha sabido cubrir su rostro con la simpática máscara de la libertad, desacreditando con sus horrores y escándalos el imperio de esta noble matrona, arrastrando su carro de oro, no por la grata senda de los derechos, de la templanza y de las bendiciones de los pueblos, sino por la pendiente inclinada y espantosa de los tumultos y de los motines, como ha sucedido por desgracia en Francfort; impidiendo á una nacion ilustrada el cumplimiento de un designio de la mas alta trascendencia, el de ser liberal sin ser revolucionaria, el de estrechar lo mas fuertemente posible el lazo político que une á sus diversos estados, sin llegar á ser por eso completamente unitaria. La demagogia, usurpando su puesto en la revolucion al verdadero liberalismo, ha obligado á este á querer buscar en la Prusia el prestigio que aquella le habia hecho perder con las insensatas luchas de Baden; pero la Prusia ha querido explotar la situacion aflictiva de ese partido y satisfacer con su influencia sus antiguos planes de conquista sobre la Alemania : planes que el cansancio y la postracion de los mantenedores de los principios liberales han hecho infructuosos. El liberalismo pues en Alemania ha perdido de este modo el terreno que habia logrado ganar; y si bien es cierto que hoy reina en esa nacion el órden, como no sucedia hace dos años, tambien lo es que tales consecuencias se deben á la nueva robustez adquirida por los gobiernos, y no al influjo espontáneo é inteligente de la opinion pública. La Prusia insistiendo en su política, tomando la investidura de heredera de la revolucion germánica, dirigió en 3 de mayo una nota al gabinete de Viena protestando contra el congreso convocado por el Austria en Francfort, á pretexto de que la Dieta Germánica habia dejado de existir, en virtud de resoluciones legales, en 1848: sin embargo, los plenipotenciarios de los estados alemanes se reunieron en aquella ciudad el dia 16 de mayo, constituyendo plenamente la asamblea federal, á pesar de su declarada oposicion y de su ostensible disgusto por semejante suceso : oposicion y disgusto que ha concluido por hacer sospechosa á la Prusia á los ojos de los príncipes alemanes.

XXIV.

El liberalismo del Austria está basado mas bien en la economía política que en la filosofía y en la literatura : por esta razon vemos que en junio de 1850 el gobierno de esa monarquía alza la voz, y dirigiéndose á la Alemania, le propone, á la par de una union federal, una vasta asociacion comercial y de aduanas. Con este medio intenta la union y armonía de los sentimientos por la de los intereses, y el restablecimiento de la unidad alemana, no como un recuerdo histórico ni como una utopía demagógica, sino como un efecto del interés y de la necesidad.

Digna de alabanza es sin duda la política del príncipe de Schwartzemberg: por ella respira el Danubio en libertad, la Hungría goza de las dulzuras de la paz, y la Alemania se halla unida al Austria con los lazos de la federacion y del comercio. La propiedad del Austria ha experimentado modificaciones esenciales y beneficiosas para su suelo ; los pobres terratenientes se han convertido, por efecto de la proteccion de la ley, en verdaderos propietarios ; en una palabra, el grito santo de igualdad civil, lanzado por el pueblo desde los sucesos de marzo, ha encontrado el eco que era de esperar en el gobierno de Francisco José I.

La verdad es, sin embargo, que posteriormente con la rehabilitacion de la dieta de Francfort se atestigua claramente la impotencia general de toda la Alemania para reconstituirse, aunque prueba la incuestionable preponderancia adquirida por el Austria sobre la Prusia. Examinemos ahora su política actual.

A mediados del presente año el Austria ha vuelto á mortificar á la Lombardía con la mayor severidad posible, valiéndose de los estados de sitio, contra los cuales se rebelan con toda su alma los oprimidos : de ahí esa guerra constante, que no concluirá nunca, entre el pueblo subyugador y el subyugado. Esa política no era de esperar á la exaltacion del jóven emperador de Austria ; ese es su primer desacierto, su primer paso hácia la política opresora y de reaccion.

Entre tanto los intereses materiales son atendidos en ese imperio de una manera que honra á su jefe supremo y á su gobierno : los caminos de hierro van cruzando por todas partes el territorio aleman, y atravesando la Baviera, se abre paso á sus tropas y á la guarnicion de Maguncia ; sin perjuicio de sus negociaciones políticas, el Austria no abandona al norte, sino que conserva en él sus bayonetas, y con motivo real ó aparente de conservar la paz de los ducados ó contener las ambiciones de la Dinamarca, las cuales cree siempre mas hostiles que poderosas, se mantiene en guardia con la Prusia. Y fuerza es confesar que acaso jamás ha hecho la pretensiosa Austria mayor y mas justo alarde de pujanza y autoridad. Todo el empeño y toda la habilidad del jóven Monarca deben cifrarse en garantir esas condiciones de una manera estable : para ello, si recordamos las ordenanzas de 20 de



[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid.

FERNANDO  MAXIMILIANO,

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA.

agosto último, destruyen completamente las que al parecer consignaba la constitucion de 4 de marzo. Son de gran importancia esas cartas autógrafas de Francisco José I, y al parecer como emanando única y exclusivamente del jóven César; letras referentes á la responsabilidad ministerial, y dirigidas al presidente del consejo del Imperio, el baron de Kübeck, y al presidente del consejo de Ministros, el príncipe de Schwarzenberg: esto fué verdaderamente un golpe de estado, y por cierto de mucha trascendencia. Ciertamente las prendas arrojadas por el imperio austriaco en favor de las tendencias liberales se han recogido, y obligado, para calmar la alarma, á los periódicos oficiales de Viena á asegurar que no se habia tratado ni remotamente de entrar en una marcha intolerante, inconstitucional, y abusiva sobre todo: hasta el mismo príncipe Schwarzenberg ha creido de todo punto conveniente, y acaso necesario, manifestar á todos sus agentes diplomáticos, para que pudiesen asegurarlo á los respectivos gabinetes, puntos de su residencia, que no habia idea alguna de innovacion, y que por el contrario se respetarian las reformas hechas hasta entonces, sin tendencias ningunas al despotismo. Y ¿qué debia suceder con las ordenanzas? La opinion alemana se ha pronunciado en contra no solo en Viena y toda la parte germánica del Imperio, sino en Munich, Dresde y Stuttgart, pero de una manera que puede serle muy sensible al Austria. De ahí nace la idea abrigada por muchos, de que la libertad en Austria es cosa ficticia, y por tanto insubsistente; que solo puede salvarla el absolutismo, y que á él debe volver y ampararse. Consejo es ese que será probablemente su desgracia, pero por una ciega fatalidad es hoy muy probable, por temor de 1852. Las ordenanzas del Austria del mes de agosto y las tradiciones, por decirlo así, ó si se quiere, las tendencias de gran parte de la Alemania desde 1815, estaban en completo desacuerdo, por el carácter constitucional de las segundas; y no hay que olvidar por cierto que el Austria habia reconocido ese sistema y le seguia desde 1848. Es verdad que contestaba á los espíritus descontentadizos y que querian avanzar mas, «que la guerra que ardia en el interior del territorio, y los estados de sitio, necesarios por entonces, se lo impedian.» Los ministros usaron omnímodamente de sus facultades, garantidos en su responsabilidad, que debia hacerse efectiva, caso de haber lugar á ella, en la próxima apertura de la Dieta: consecuencias de esa conducta fueron medidas de suma importancia, como la supresion de la guardia nacional y las restricciones de la prensa, y por último, los miembros del gabinete que representaban la revolucion, los Señores Schmerling y Bruck, fueron separados, y si se salvó Bach, fué por su sistema centralizador, del que es apasionado el príncipe de Schwarzenberg. Y haciendo justicia á la alta capacidad de ese hombre de gobierno, hay que reconocer en él que se propuso y sigue con firmeza un sistema, el de reconstruir la monarquía austriaca, amoldando todos sus contrarios elementos á la ley necesaria de la unidad absoluta.

Prosigamos ya la narracion de los últimos sucesos contemporáneos, para po-

der calcular el rumbo que debe seguir el jóven Monarca, cuya conducta política podrá ser de suma importancia en la balanza europea, bien porque se incline á avanzar, bien porque tienda á estacionarse, permaneciendo mudo y sin accion hasta que el espectáculo del tremendo drama político que vemos ya en el horizonte de 1852, le obligue á tomar en él una parte muy activa.

XXV.

Recientemente, ya á fines de setiembre, el emperador de Austria marchó á Milan, acompañado de considerables fuerzas militares. El ayuntamiento de esa ciudad, como representante directo de su pueblo, formuló al César la genuina expresion de los deseos de todos los habitantes, que consistia en la rebaja de los impuestos, modificacion del estado de sitio, especialmente en lo que concierne á las armas de caza y propia defensa, publicacion de una amnistía por delitos políticos, y el restablecimiento en Verona del senado judicial y de la union central. Allí Francisco José I ha indultado de la pena capital á mas de veinte infelices, y ha hecho mercedes de menos cuantía, y otorgado distinciones hasta á los escritores públicos.

Ya el 2 del presente mes se hallaba el jóven Emperador en su palacio de Schoenbrunn, de vuelta de su expedicion á Italia, y segun la prensa de Turin, el Monarca ha sido muy festejado; lo cual prueba que el reino lombardo-veneto no mira en Francisco José I al déspota que nos quiere presentar la propaganda revolucionaria; y que el mariscal Radetzky, en su nombre, ha gobernado á los venecianos de una manera protectora.

Al regresar el emperador á Viena dirigió desde Somma á los soldados una alocucion, en la cual revela ostensiblemente su decision contra todo ataque revolucionario que preve. Conócese por su lenguaje hasta qué punto está resuelto en ese importante asunto.

El emperador de Austria llevaba á Viena el proyecto de elegir los nuevos consejeros del Imperio, cuya lista estaba ya anteriormente dispuesta, y resolver la cuestion de la ley constitucional, que ya lo está favorablemente, habiéndose abandonado la idea de crear una dieta en representacion del Imperio, prefiriéndose un consejo imperial.

Las últimas noticias de Alemania son que el Emperador debió salir para la Galitzia, siguiendo en su sistema de recorrer sus estados, para hacerse cargo de las necesidades de sus súbditos.

En estos momentos se está ocupando la Dieta germánica de la cuestion de libertad de imprenta bajo bases favorables á la emision del pensamiento, aboliéndose la censura, pero obligándose los estados de la Confederacion que admitan

el derecho de libertad de imprenta, á garantir á los otros contra los abusos que pudieran tener lugar.

Respecto al estado de las relaciones diplomáticas entre Alemania y la Puerta, la *Gaceta* del Imperio ha manifestado que, á pesar de lo que se habia dicho de una manifestacion del Austria contra la Puerta Otomana, y de la formacion de un cuerpo de ejército sobre la frontera de Bosnia, ninguna medida militar se ha tomado aun en la Croacia.

La verdad es que existen recelos entre ambas potencias, y que acaso muy pronto se despejará esa incógnita.

XXVI.

Resumamos. Como hemos dicho, ningun estado del mundo tiene una historia, una topografía y una fisonomía, tan complicada aquella, y tan difíciles de comprender estas. La fuerza de las armas, la accion de las convenciones diplomáticas, el derecho de sucesion y el electivo, todos han jugado en Alemania, imprimiéndole un sello especial que se refleja en su topografía como en su historia, y en su presente, como se reflejará en lo futuro, por su lucha interior y constante de los asociados entre sí, y de estos con el Gobierno. Su importancia en el mundo político se comprende á primera vista, viendo la afinidad de su historia con la de Francia, Suiza é Italia.

Aunque á grandes rasgos, hemos recorrido la de Alemania y Austria, remontándonos á los orígenes de ambas, y vemos que se puede dividir la de la última en cinco épocas ó grandes períodos, habiendo ya entrado en la sexta de aquellas.

Comprende la época primera de la Alemania, desde sus orígenes en tiempo de los romanos, la separacion de ese estado de Francia y de Italia, en cuyo tiempo fué regida por los dos príncipes carlovingios, Arnaldo de Carintia y Luis *el Niño*, hasta principios del décimo siglo y la extincion de aquella rama con la eleccion de Conrado I.

Abraza la segunda época su período electivo, por las naciones que se arrogaron ese derecho primero, y luego por los siete electores, en virtud de la célebre ley constitucional del Imperio, llamada la *Bula de Oro*.

Es el tercer período el tiempo trascurrido desde la memorable confederacion del Rin en 1806, que destruyó su constitucion, quedando entonces cada principado completamente independiente en cuanto á su gobierno interior, dando lugar á la Confederacion germánica bajo el mismo punto de vista.

La primer época del imperio de Austria es tambien desde el tiempo de la dominacion romana, en que formaba parte de las provincias Noriga y Panonia superior, hasta Enrique I *el Pajarero*, que erigió el Austria en margraviato.

La segunda época ve á ese imperio así trasformado desde Leopoldo de Babemberg, luego en marquesado y ducado sucesivamente en sus descendientes. Reina la casa de Sajonia, y después la de Franconia, que dió diez emperadores hasta Federico II; y posteriormente ocurre el interregno de veinte y dos años por muerte de ese último.

Fíjase la época tercera en el nacimiento de las repúblicas italianas y alemanas, con el nombre de *ciudades libres*. Reina entre tanto Herman, yerno de Federico, quedando por su muerte vacante el Imperio: Oton II subyuga el Austria, la Carintia y la Carniola, y luego impera Rodolfo de Habsburgo.

En la época cuarta reina, desde principios del siglo XIV, la casa belga de los condes de Luxemburgo en Austria y Hungría, durando esa dominacion un siglo, y siglo y medio en la Boemia.

Ya en la quinta época el emperador Francisco I pierde, en tiempo de Napoleon, los Países-Bajos, pero gana en cambio la Toscana, Parma, Plasencia y Módena para los príncipes de su familia, y el reino lombardo-veneto para su imperio. Sucédele su hijo Fernando hasta su abdicacion en favor del príncipe reinante, su sobrino, en el cual empieza la época sexta, por la reforma política operada en el Imperio segun el sistema representativo.

Hemos visto que el Austria, en su poblacion, de lo que menos tiene es de germánica, porque en realidad es un cuerpo compuesto de cuatro razas, careciendo verdaderamente de cohesion, y cuya vida, por tanto, y cuya fuerza solo es posible hallar en el equilibrio constante, no en la accion repulsiva de esos mismos elementos constitutivos. La fórmula compleja, el lazo de union de aquellos no existe, como lo ha demostrado la experiencia, en el gobierno absoluto; ese problema puede solo resolverse por medio de la forma representativa, en la cual tienen lugar todos los elementos distintos de raza, por medio de la discusion política y científica mas amplia, y de la participacion indistinta de todos ellos al gobierno del país.

El jóven Emperador debe pues fiar en sus propias fuerzas, desentendiéndose en lo posible de esa especie de protectorado que sobre el Austria quiere siempre ejercer la Rusia. ¡La Rusia! ¡A cuán graves consideraciones no da lugar ese nombre! Ese estado, nuevo coloso entre todos los que forman el viejo continente, aunque mas que todos ellos moderno; ese estado, del que apenas se tenia noticia hasta que un hombre ilustre, llamado Pedro I, y una mujer tan grande como aquel, llamada Catalina II, lo dieron á conocer de una manera sorprendente á la vieja Europa; ese estado, que sobre su territorio, la sexta parte de la tierra, mantiene cerca de sesenta y cinco millones de habitantes, y cuyas bayonetas podrian sostener la bóveda celeste, segun la feliz y orgullosa frase de un ruso; ese estado acaso muy pronto tendrá que resolver con el Austria una cuestion de suma trascendencia para toda la Europa. La Rusia pugna constantemente por dilatar sus fronteras, porque le falta aun territorio donde revolverse, y porque, acordándose de que Catalina pensó un dia en establecer la silla imperial en Constan-

tinopla, tiende á invadir las fronteras meridionales : avanzar hácia el mediodía es su instinto, y de ahí el peligro inminente en que se ven sus naciones limítrofes... y ¡ ay de la Europa entera el dia en que el coloso llegase á poner un pié sobre la Polonia austriaca, porque muy pronto hollaria con el otro el resto del imperio de Francisco José, que desfalleceria bajo el peso inconmensurable de sus legiones cosacas! ¿Qué prefiere el Austria? ¿Tener en su carta geográfica una provincia, retazo de la antigua Polonia, cuyo instinto y ardiente deseo son la independencia y la nacionalidad, de que fué despojada cuando hicieron tres jirones su bandera; provincia cuyas tendencias, por lo mismo, le serán siempre hostiles y que se alzará contra su dominadora el dia en que la Rusia le dé una mano para saltar por el Austria, como el puente que divide á la primera de la Europa meridional; ó asegurarse contra esa invasion, estando cautelosamente en guardia desde sus trincheras y reductos con la vista y las bocas de sus cañones mirando á las fronteras de Sandomirz á Kamenetz? Por fortuna de la Europa, contra los instintos de dominacion del coloso, que son su vida; contra ese *mas allá* que constantemente murmuran sus labios porque aun no mira la Europa convertida en su pedestal, se opone, por la voluntad de Dios, su misma topografía : el Austria y la Turquía con sus fronteras sirven de barrera á su ambicion; no puede desplegar sus inmensas cohortes hácia el centro de la Europa, porque unidas esas dos potencias, le opondrian un muro insuperable; no puede dar la ley con sus escuadras al norte ni al medio de la Europa, porque la naturaleza le ha cerrado el paso, no dejándole un solo mar libre : de un lado tiene el Caspio, sobre cuyas aguas no ondea un solo pabellon ruso de guerra, porque no cumple á su política; del otro lado el mar Negro, y las escuadras que lo cruzan no pueden salir al Mediterráneo sin arriar sus pabellones ante los cañones de los Dardanelos; por el Báltico le cierran el paso al Océano el estrecho del Sund y los castillos de Suecia y Dinamarca; por el mar Blanco, en fin, los hielos del polo Artico detienen sus quillas. De ahí la necesidad absoluta en que se halla la Rusia de luchar hasta salvar sus fronteras, para que se estremezca la Europa al paso de sus ejércitos y bajo la lanza de sus cosacos, y dominar el Mediterráneo y enseñorearse del Océano para cruzar sus escuadras desde Hamburgo hasta Trieste, dictando la ley á los magyares como á los britanos, á los turcos como á los franceses.

Debe propender el Austria por estas razones á dominar los principios diversos que constituyen su poblacion, y extinguir paulatinamente el sistema fiscalizador y de espionaje, verdadero cáncer que corroe hace muchos años su existencia; valiéndose para ello de la tolerancia y paternal desvelo que deben guiar siempre á un monarca ilustrado y constitucional : nada de opresion, nada de dominio férreo, que desanima en un principio á los pueblos, y concluye, como la serpiente de Laoconte, por ahogar con sus vigorosos anillos á sus opresores.

El jóven César debe recordar que los tres grandes sucesos que tenian en 1847 en espectacion á toda Europa, y hacian presagiar funestamente sobre la suerte de

toda ella á los primeros políticos, á saber: la efervescencia democrática que agitaba á toda la Italia, efecto del buen deseo del Pontífice reinante en favor de las tendencias liberales; las aspiraciones demagógicas que se habian apoderado de la confederacion helvética, y la fermentacion revolucionaria, encubierta algun tanto, pero profunda, que consternaba á la Alemania; han sufrido un fuerte descalabro en 1848 por la fuerza de los gobiernos comprendidos en el perímetro del mundo civilizado, que ahogó los instintos revolucionarios, cortó las siete cabezas de la hidra demagógica, y apagó la tea incendiaria de sus sectarios, rompiendo sus aguzados puñales en el escudo de la monarquía y de la legalidad.

De esa suerte se cimentó en Europa el reinado del órden, y de esa suerte tambien el Austria evitará con su desmembracion su ruina.

Al propio tiempo recuerde el Príncipe que si la raza magyar y la otra porcion de alemanes, decididos partidarios del radicalismo político de los demagogos, y acaso tambien del doctrinarismo histórico de los profesores de las universidades, no se hallan bien avenidos con la actual unidad del Imperio, siendo liberal su gobierno, sin ser revolucionario; estrechando lo mas fuertemente que sea dable el lazo político que une á todos los estados alemanes, como dijimos mas arriba, sin llegar nunca á convertirse en monarquía puramente unitaria; rompiendo de frente, lo repetimos, con las camarillas, con su pasado, y entregando siempre su estandarte á verdaderos austriacos que no sean chambelanes; y sobre todo, sabiendo ser fuerte contra las tendencias antiliberales, como contra las democráticas; nada tendrá que temer para lo futuro, y merecerá, con las bendiciones de su pueblo, el apoyo de todos los tronos de Europa, el dia en que volviesen á amenazarle los sectarios de una funesta demagogia; mientras hoy y hasta entonces sobre sus alcázares y torreones hondeará majestuoso el estandarte amarillo y negro. No debe perder de vista el príncipe austriaco que la Alemania es la cuna de los primeros filósofos y pensadores, que son lumbreras hoy de la ciencia en todos los ramos del saber humano, es cierto, pero tambien los heraldos de las reformas científicas, políticas y literarias; que sus universidades son el foco perenne de donde irradian á toda Europa, reconcentrándose antes en Francia, y tomando nueva forma, accion y vida, las ideas mas revolucionarias, los elementos tambien mas disolventes de la actual civilizacion del mundo; que esa es la política del comunismo y del socialismo, que tienen la mision de destruir lo existente en el órden moral, intelectual y político, abriendo la sima inmensa en donde acaso lleguen á precipitar á todas las sociedades del mundo, produciendo un cataclismo general, del que resulte un completo choque y destruccion de ideas, de sentimientos, de intereses, de creencias; en fin, la guerra universal, el reinado efímero, pero sangriento, de la demagogia; el cáos y la muerte de las actuales civilizaciones.

No debe perder de vista que las tendencias para la unidad de su imperio han de basar sobre la unidad de sentimientos religiosos, y que las diversas religiones que hoy hay en su territorio tienen que refundirse un dia en una sola, la única

representante de la unidad católica, la única salvadora de los pueblos, la única que puede proporcionarles la virtud moral y política, haciendo de sus habitantes rectos padres de familia y honrados ciudadanos: ¡la religion católica! Y puesto que el principal enemigo de ella hoy es el protestantismo, porque es el mas fiero antagonista del principio de autoridad, pues á pretexto de armonizar el hecho con el derecho, trata de borrar de la haz de la tierra la verdadera fe, degenerando el Evangelio; debe restringirse en lo posible, oponiendo constantemente, aunque con sumo tacto y á fuerza de tiempo, un muro de bronce á sus oleadas tempestuosas y sublevadoras de las conciencias, por medio del mismo combatido principio de autoridad, sabia y enérgicamente ejercitado. El sentimiento religioso convertirá en verdaderos hermanos á los húngaros y á los croatas, desapareciendo un dia sus antiguos odios y eternas rivalidades. No debe perder de vista que si hay una Alemania, la del norte, liberal y protestante, ilustrada, con libertad de conciencia y de enseñanza, esa Alemania, en cambio, es tambien revolucionaria y con pretensiones de absorcion de todo el imperio austriaco; que toda la demagogia europea tiene fijas en ella sus miradas, porque de allí parten todas las ideas trastornadoras, todos los planes maquiavélicos; y por lo mismo, si llega ese dia tremendo, tantas veces anunciado para 1852, y cuyo plan abortó en 1848, la revolucion es allí mas inminente, porque allí están dispuestos todos los combustibles, con las inmensas falanges de socialistas, con un temible colegio de enseñanza democrática europea, si bien contenidas hoy aquellas por las legiones del Volga y del Danubio.

No olvide la ilustracion que reina en Prusia, y que á eso solo debe ese estado su actual adelantamiento é importancia política; tenga en cuenta que no celos ni rivalidad mezquina, sino un laudable estímulo, mantiene el verdadero equilibrio entre las sociedades, y que ya el antiguo problema del engrandecimiento mutuo de las naciones se ha resuelto por la economía social en favor de la riqueza y prosperidad de todas. Si Rusia es grande y feliz, si lo es la Prusia, si lo es la Puerta, grande y feliz é independiente puede ser tambien el Austria solo con un elemento: el buen gobierno, puesto que los demás, debidos á la naturaleza, los tiene dentro de sus límites. Energía, pero ilustracion y tolerancia con sus naturales; prevision, fuerza y orgullo nacional con los extranjeros, es la divisa para la prosperidad futura de la Alemania de Francisco José I, como lo es hoy para todas las naciones del mundo.

Vea pues el ilustre Emperador si su nacion no está hoy llamada á ejercer una influencia poderosa sobre todos los destinos del mundo, y si acaso no deberá contribuir muy pronto y de una manera eficacísima á la solucion del gran problema social que se está planteando hace tres años de una manera violenta: tronos ó demagogia.

No concluirémos sin rogar al ilustre regente del imperio austriaco que lance una mirada de compasion de vez en cuando sobre esa Lombardía, que no nece-

sita de los estados de sitio ni del rigor desplegado antes con ella. El sistema protector, lo mismo en economía social que en política, es el único llamado á conservar la paz y á hacer germinar la felicidad, que buscan en vano los pueblos por medio de los sistemas extremos."

Paz y prosperidad deseamos para el príncipe aleman desde el oscuro rincon de nuestro gabinete, comc lo deseamos para nuestra adorada reina; paz y prosperidad para el pueblo aleman, como para el español y para todos los pueblos del mundo, son nuestros votos mas fervientes dirigidos al cielo.

Francisco José I tiene gran porvenir porque es jóven; y jóvenes tambien nosotros, aunque mas avanzados en la áspera senda de la vida, tenemos grandes simpatías por él, porque esperamos mucho de la bondad de su carácter, de la magnanimidad de su corazon y de la ilustracion que le distingue en sus pocos años. ¡Que Dios inmortalice su reinado!

JOAQUIN SANCHEZ DE FUENTES.

Octubre de 1851.

8

M. Iglesias litº

Litª de Martinez. Madrid.

MULEY-ABDERRAMAN  EMPERADOR

de Marruecos





MARRUECOS.

MULEY-ABD-EN-RAHMAN.

I.



A FIRMAN las historias que antes de los dias de Yugurta, ni Boco sabia del pueblo romano mas que el nombre, ni este habia tenido noticia de tal rey en paz ó en guerra. Boco imperaba en las partes septentrionales de Africa puestas al occidente de Cartago, y Numidia entre el cabo de Ampelusia ó Espartel y el rio Muluca ó Moluya. Y como en este territorio, llamado entonces Mauritania, se haya fundado mas tarde el actual imperio de Marruecos no puede ser otro el rey de quien primero hablemos. Bien fuera dar alguna noticia de los primeros pobladores de la tierra, de

sus hechos, y guerras que mantuvieron; pero faltan cosas claras y seguras, y no hay lugar ni ocasion aquí para dilucidar otras confusas y dudosas. Baste saber que ya en los tiempos de Yugurta y de Boco la Mauritania estaba poblada de hombres perezosos en el cultivo y labor, cuanto sueltos y propios para andar en campo huyendo ó peleando, segun el trance y la fortuna: jinetes extremados, astutos, inquietos y despojadores de caminantes. Espectáculo maravilloso el de lo pasado cuando nos muestra naciones sujetas á unas propias calidades en tan largos dias y debajo de tan diversos cultos y razas. Con leer á Pomponio Mela y otros romanos pudo aprender antes nuestro Mármol lo esencial de las costumbres de la parte de Africa que visitó tan laboriosamente, por lo mismo que él excusa aun tantas investigaciones cuando mas de tres siglos son pasados. Mientras Cartago llena el mundo con su nombre, siendo teatro de tantas glorias, y luego de tan grandes desdichas; mientras el númida cruza los campos de Italia y España peleando en Cannas ó Numancia bajo tan distintas banderas, de Mauritania y sus hijos nadie oye hablar, ni se curan ellos tampoco de entender en otras cosas que las suyas propias. Ni tratan siquiera con Cartago ni con España, de donde los separa tan estrecho brazo de mar. Pero tráelos el acaso á figurar en la historia, y hé aquí cómo desde los principios se muestran al mundo: no de otra suerte han solido mostrarse después.

Boco su rey andaba propuesto en poseer cierta parte de Numidia, que juzgaba pertenecerle, segun decia, por derecho de guerra. Gobernaba aquella nacion Yugurta, casado con hija de Boco; hombre no menos astuto que ambicioso, dotado tambien de gran constancia, y muy esforzado por su persona. A este movieron guerra los romanos para castigar la usurpacion del trono, que con muerte de dos sobrinos suyos habia conseguido. Estando la guerra tan vecina de sus estados, no tardó el mauritano en enviar embajadores á Roma, los cuales no quiso recibir el Senado, quedando por averiguar su intento. Y Yugurta, que acaso habia logrado con oro y promesas el que en Roma, ya venal y corrompida, no fueran recibidos los enviados de Boco, comenzó entonces á procurar la amistad y alianza de este con gran empeño. Obtuvo una y otra, no sin obligarse antes á ceder á Boco una tercera parte del territorio de Numidia; pero la extremidad en que Metelo, y luego Mario, traian puesto á Yugurta, pedia tal sacrificio. Acude pues el mauritano en ayuda de su yerno, y enciéndese la guerra con mayor ímpetu que nunca, juntas las fuerzas de entrambos. Durante ella hubo ocasion en que los caballos moros y getulios de Boco pusieron á punto de rota el campo romano: peleóse tambien con gran coraje no lejos de la ciudad de Cirta, distinguiéndose entre todos, los pelotones ó grupos de mauritanos, que tal era su ordenanza; mas todo fué inútil para quebrantar la disciplina de las cohortes y el valor y fortuna de Mario. Entonces Boco, vencido, pidió la paz á Roma. Disculpaba sus hechos con el menosprecio mostrado á sus embajadores, y con que los romanos hubiesen invadido aquella parte de Numidia que se habia acostumbrado á mirar como propia. Era sobrado im-

portante la amistad de aquel rey para que Roma no cuidara de adquirirla; y Yugurta, que en ella cifraba toda su esperanza, no habia de perdonar cosa alguna para conservarla. Hubo, por lo mismo, largos tratos de una parte y de otra, inclinándose Boco ahora al partido de su yerno, luego al de Roma; ganando aun Sila, mensajero de esta, y Yugurta, á sus favoritos y confidentes. Solicitaban entrambos de Boco igual perfidia: el uno que poniendo preso á Sila, se lo entregase; el otro que llamando á Yugurta amistosamente, lo pusiese aherrojado en poder de la república. Tanto dudó el mauritano entre Sila y Yugurta, que la noche antes de ejecutar su postrera resolucion, dicen que se puso á discurrir consigo, mudando de color y semblante, con diversos movimientos de cuerpo y ánimo, mostrando, aunque callaba, con las mudanzas del rostro lo vario de sus pensamientos. Pero al fin venció Sila; y á la mañana siguiente, cuando el númida desarmado llegaba á verse con su suegro y aliado, fué preso por soldados que este habia puesto en celada, y entregado á Roma, que le castigó con muerte horrible. Boco alcanzó por este hecho la tercera parte de Numidia, y desde entonces las fronteras de su imperio se extendieron hasta el rio Ampsagas. Antes que flaqueza ó inhabilidad, ha de verse en la conducta del rey mauritano, y en sus dudas y alternativas simpatías, un propósito constante y una política tan acertada como infame. Propuesto á ganar territorios, juzgó que era el momento de conseguirlo aquel en que su deudo Yugurta andaba revuelto en guerra tan cruda, vendiendo su alianza á aquel de los competidores que tal precio le ofreciera. Con tal intento envió acaso su primera embajada á Roma; por haberlo conseguido de Yugurta le ayudó mas tarde en la campaña, y Sila no logró acarrearlo á traicion tan negra sin ofrecerle igual precio. Lo que dudaba era acaso quién seria mejor pagador, y no erró el cálculo por cierto; que Roma le dió largamente lo prometido.

Si sobre Boco hemos extendido por demás el relato, merced á las noticias que nos dejó Salustio, los hechos de sus sucesores son oscurísimos para nosotros. En la guerra Yugurtina aparece un hijo de aquel rey, llamado Volux, el cual mandaba la infantería mora en la jornada de Cirta, y sirvió de escolta á Sila en uno de sus mensajes. Pero la historia nada dice luego de este Volux, encontrándonos, por el contrario, al investigar las cosas de Mauritania con los nombres de Bogud y de Boco. No está bien claro á nuestro parecer si estas son variaciones de un propio nombre y de un mismo soberano sucesor del viejo Boco; ó si, muerto Volux sin reinar, heredó un nuevo Boco ó Bogud el trono de su padre, ni siquiera si estos últimos son nombres de dos hermanos que se repartieron el dominio de la Mauritania. Escritores harto respetables en nuestros dias siguen esta última opinion, señalando al uno, con el nombre de Boco II, la parte oriental; y al otro, con el de Bogud, la parte occidental de aquella region. Ello es de todas suertes que la monarquía mauritana no fué mas desconocida para Roma. Hircio refiere que durante la guerra de Africa entre pompeyanos y cesarianos navegó Ceneius Pompeyo hacia las costas de Mauritania por consejo de Caton, y llegando á ellas con

treinta bajeles y dos mil hombres, levantados de entre los esclavos fugitivos y los malhechores de la república, invadió los estados del rey Bogud, que estaba á la parte de César. Pero habiendo peleado con poca fortuna delante de los muros de Ascurum con los moradores de la tierra, fué rota su hueste, y obligado á refugiarse en sus naves. El propio Hircio narra en otra ocasion que Bogud, ó segun otros copistas, Boccus, entró con el cónsul Sitius en los estados de Juba, rey de Numidia, mientras este se apartaba de ellos por ir á ayudar á Scipion contra César: que fué poderosa diversion; porque el númida se vió forzado á dejar la empresa, tornando precipitadamente á defender sus tierras. Hállanse tambien en las reliquias de ciertos libros de Tito Livio confusas noticias sobre empresas y peligros de Bogud, y sobre sus tratos con Casio, que mandaba la armada de Pompeyo. Pero lo cierto es que, acabadas las guerras civiles, la Mauritania aparece gobernada, como la Numidia, por Juba, hijo de aquel famoso enemigo de César, y por su hijo Tolomeo, fundándose al parecer este cambio en los favores de Augusto.

En tiempo de este Tolomeo aconteció el levantamiento y guerras africanas que Tácito tan por menor relata. Fué el caso que un númida llamado Tacfarinas, hombre de gran corazon y de no escasas artes, prevalido de la flojedad del rey Juba y de lo dados que son aquellos naturales al latrocinio y á la guerra de asaltos y escaramuzas, levantó hueste crecida y acometió las provincias romanas colindantes, señaladamente la cartaginesa. Llamábase capitan de los musulanos, gente vigorosa, vecina á los desiertos de África, no acostumbrada á poblar ciudades; y logró que á la fama de sus hechos se juntaran con él los moros cercanos, con un capitan llamado Mazipa. Furio Camilo, procónsul de África, los derrotó en un combate; pero en vano. Al año siguiente Tacfarinas arruinó villas é hizo grandes presas, sitiando al último junto al rio Págida una cohorte romana gobernada por Decio, valentísimo soldado, el cual herido y perdido un ojo, mostrábase fiero todavía al enemigo, no cesando de pelear hasta que dejó la vida; pero no pudo evitar tanto esfuerzo la rota de su gente. Mas fortuna alcanzaron Lucio Apronio y su hijo, obligando á Tacfarinas á refugiarse en los desiertos, y el caudillo númida no cesó por eso en sus correrías. Antes bien llevó su audacia hasta el punto de enviar embajadores á Tiberio, pidiéndole que le diese tierras en aquella provincia para poblar él y su ejército, amenazándole, si no lo hacia, con perpetua guerra. Tiberio sintió mucho la afrenta, y encomendó á Junio Bleso, soldado de cuenta, aquella empresa. Este comprendió claramente la naturaleza de tal guerra, y tomó medidas eficacísimas para acabarla. Ello es que Tacfarinas recibia ayuda de los pueblos marítimos en armas y pertrechos, y que contaba con el amor de los moradores y con la soltura y sobriedad de sus soldados, que repartidos en ligeras compañías corrian toda la tierra, burlando fácilmente la persecucion del ejército romano. Bleso repartió su gente en escuadrones sueltos, y ocupó y fortaleció multitud de lugares y todos los desfiladeros y puntos importantes, y con esto logró tanto, que preso un hermano de Tacfarinas, y desbandados sus par-

ciales, estuvo á punto de terminarse la guerra. Pero Bleso, satisfecho con sus triunfos, no pensó en rematar al contrario, y Tacfarinas volvió á mantener de nuevo el campo. Veíanse ya en Roma, dice el severo Tácito, nada menos que tres estatuas laureadas, y Tacfarinas andaba robando la provincia de Africa, cada vez mas acrecentado y con ayuda de los moros. Estos con efecto acudian en gran número á servir al caudillo númida, juntándose quizás con su ordinario amor á los asaltos y correrías algun odio y mala voluntad contra la familia de Juba, que los gobernaba. El procónsul Dolabela acabó en fin con Tacfarinas, matándole á él y á su hijo en una sorpresa; pero no consiguió tal triunfo sin obtener la ayuda del rey Tolomeo, que hasta entonces permaneciera impasible. Obligáronle los romanos á mostrarse en campo y salir con ellos contra Tacfarinas: iban los escuadrones guiados por tropas de moros fieles al Rey, y de esta suerte se logró la sorpresa que puso término á tan porfiada guerra. Tolomeo recibió, en pago de su buena voluntad y servicios, el cetro de marfil y la toga de púrpura bordada en oro, antiguos dones de los senadores romanos, con título de rey, de compañero y de amigo.

Pero el infeliz Tolomeo no gozó por mucho tiempo de tales honras. Calígula, sucesor de Tiberio, le invitó á venir á Roma con palabras de amistad, mandándole matar luego cuando asistia en los juegos del circo. Aconteció esto el año 39 de nuestra era. Con la muerte de Tolomeo sobrevinieron grandes guerras en Mauritania y en las provincias colindantes, movidas por sus libertos y amigos y por los mismos naturales, que no querian sufrir la dominacion romana. Porque á la verdad, Calígula, muerto el Rey, no pensaba en otra cosa que en juntar bajo su mano aquel dominio, repartiendo la Mauritania en dos provincias, Tingitana y Cesariense: la una, que comprendiese los antiguos estados de Boco, á la ribera occidental del Muluca; y la otra, el territorio que ganó aquel rey con sus artes desde el Muluca hasta el rio Ampsagas. Fueron varios los sucesos y hostilidades. Neio Sidio Geta puso término á ellas, venciendo y hostigando luego á los mauritanos hasta dentro de los arenales del desierto; allí hubiera perecido con toda su gente, sin una lluvia repentina, que los naturales tuvieron por prodigio; lo cual fué de mucho efecto para la paz. Desde entonces contó Roma entre sus provincias la Mauritania, tomando parte los naturales en las guerras civiles del Imperio y en no pocas extranjeras y lejanas. Zosimo cuenta que jinetes moros ayudaron eficacísimamente á Aureliano contra Zenobia. Mas no por eso ha de juzgarse que dominaron completamente aquel territorio los emperadores. Aconteció en tiempo del bárbaro Maximino que Gordiano, procónsul de Africa, aunque octogenario, tomó, á instancia de los de Cartago, las insignias imperiales. Un senador llamado Capeliano, que gobernaba á la sazon en Numidia, no prestándose á tal novedad, marchó contra él y lo venció facilísimamente, á pesar de la multitud de sus armados. Herodiano explica lo fácil de esta victoria, diciendo que el ejército de Capeliano se mantenia en aquella frontera para impedir las correrías de los bárbaros vecinos, y

que sus soldados llevaban harta ventaja á los contrarios en lo experimentados y aguerridos, por los combates que diariamente sostenian contra los moros. Tal frontera de Numidia no podia ser otra que la de Mauritania, dado que el historiador romano claramente dice que eran moros los bárbaros que refrenaba el ejército allí acampado. Sin duda no poseian mas que las ciudades marítimas y algunos puntos importantes del interior los romanos. De todas suertes, es cierto que no hubo mas príncipes soberanos en aquellas partes hasta la invasion de los vándalos, y que en tiempo de Oton la Mauritania llamada Tingitana recibió el nombre de España Transfretana y tambien Tingitana, quedando agregada á la provincia de la Bética y al convento jurídico de Cádiz. Verdad es que luego mas tarde tuvo tambien la España Transfretana convento jurídico propio. Pero las relaciones y tratos, tan escasos antes, de los españoles y mauritanos, debieron ser grandes los años adelante con semejante novedad. Y es que Roma no tardó en comprender, con su ordinario instinto y acierto, que la frontera natural de España por la parte del mediodía no es el canal angostísimo que junta los dos mares, sino la cordillera del Atlas, contrapuesta al Pirineo.

II.

Roma cayó. Consumióse en guerras tan largas la sangre del pueblo, y los tiranos y los hijos de los esclavos se desgarraron después en civiles contiendas: mas valian que el mundo conquistado los ciudadanos que dió Roma á cambio de él. Llegaron los emperadores, y si alguna sangre generosa quedaba allí, esa corrió en los baños calientes que Tácito describe, donde los ciudadanos tan frecuentemente la dejaban ir por librarla de verdugos. Los máximos y divos pontífices, los sucesores de los cónsules, dueños de la tierra, dieron pasto vil en sus personas á la lujuria de los esclavos, sirviendo como de mujeres, y en tanto Lydias y Cyntias, menospreciadas, distraian sus horas de abandono en el circo sangriento. Pero otro es nuestro propósito: aquel espectáculo, miserablemente grande, nos llevaba á olvidarlo. Ello es que la justicia de Dios fué sobre Roma. Enjambres de bárbaros salidos de todas las partes del mundo se ponen á un tiempo en camino: todos marchan contra Roma, ninguno sabe por qué; pero una especie de inspiracion, de poder sobrenatural, los guia. Alarico llega delante de la ciudad imperial, retírase, vuelve y torna como dudoso; pero al fin cae sobre ella y la saquea: aquello sí que estaba escrito.

Godos, vándalos, suevos, francos, hérulos, sajones y alanos vinieron al mediodía: todos apagaban la sed en el cráneo del vencido; tropezar y romper, hollar y destruir, eran cosas unánimes en ellos. Pero diferenciábanse en algo: que los godos, si pérfidos, eran castos; y los alemanes, aunque no tan pérfidos, pre-

ciábanse de lujuriosos; los francos eran embusteros, pero hospitalarios; los sajones cruelísimos, pero castos; y castos eran los vándalos tambien, aunque mas que ningunos otros feroces. De estos era rey Gizericho ó Genzerico, hombre de mediana estatura, y cojo á causa de una caida; pero de comprension profunda, corto en palabras, enemigo de lujuria, en ira ardiente, habilísimo en buscar alianzas, plático en sembrar discordias y levantar rencores. Este, después de devastar varias provincias de las Galias y España, se fijó en la Bética con sus vándalos, la cual tomó entonces el nombre de Andalucía. Desde las costas españolas miraba sin duda con envidia aquel conquistador la playa vecina del Africa, aprendiendo de los romanos ó de su propia sagacidad lo que la Providencia le guardaba en aquella tierra. A dicha sucedió entonces que el conde Bonifacio, gobernador de la provincia, quejoso de Placidia, que gobernaba el Imperio por su hijo Valentiniano, se alzase contra ella y demandase el auxilio de los vándalos, ofreciéndoles en pago la tercera parte del territorio. No se dejó esperar Genzerico en Africa, sino que aprovechando la ocasion, desembarcó allá con ochenta mil combatientes y se apoderó de todo, sin que el propio Bonifacio, reconciliado ya con Placidia, lograse tornarlo á España: escaso castigo para el que imprudente llama poder extranjero á componer discordias en su patria. Así fué como los vándalos fundaron su imperio en Cartago, Numidia y Mauritania. Genzerico, no contento con tales conquistas, asoló con sus naves las costas del Mediterráneo; y llamado á Roma para cumplir otra venganza, remató la obra de Alarico, poniendo por tierra los restos de la grandeza imperial y trayendo riquísimos despojos para sí. Cuenta Procopio que al dejar el puerto de Cartago para una de sus expediciones le preguntó el piloto contra quién habia de encaminarle: «Contra aquellos, dijo el bárbaro, que merezcan ira de Dios.» Con la fortuna de sus empresas y las altas dotes y calidad que poseia, las cuales apuntamos arriba, tomadas del historiador Jornandes, Genzerico logró afirmar su dominacion en Africa y gobernarla sin contradiccion por muchos años. A Basiliscus ó Basílides, general romano que habia venido contra él y estaba á punto de tomar á Cartago, lo apartó de su propósito con sumas de dineros: de suerte que aquel volvió con su armada á Oriente sin otro efecto. Y para distraer de semejantes empresas al emperador Leon, que mostraba mas aliento que sus predecesores, concitó contra él á Eurico, rey de los visigodos; el cual, cediendo á los ruegos y ricos presentes del vándalo, atacó al Imperio, apoderándose de Arles y de Marsella. Al propio tiempo tuvo maña para mover á los ostrogodos á que asolaran el Oriente, por manera que no volviesen mas contra él los emperadores. En otra ocasion, temiendo que Teodorico quisiese vengar en él cierta injuria horrible que su hijo Hunnerico, casado con hija de aquel rey, habia inferido á la esposa, envió presentes de gran valor á Atila con embajadores que lo indujeran á entrar en las tierras que ocupaban los visigodos. Y cierto que Genzerico logró su intento y que el formidable caudillo de los hunnos, tan conforme con él en ferocidad y astucia, dió harto que ha-

cer á Teodorico para que pensara en vengar á su hija; de que tuvo orígen aquella guerra que terminó tan gloriosamente para los visigodos en los campos cataláunicos. No fué menos hábil y afortunado para sujetar á los naturales, que pugnaban por cobrar su independencia: presos unos, muertos otros, con dádivas estos, aquellos con rigores, logró general obediencia. Sin embargo, no hay datos para creer que aquellas tribus y régulos de Mauritania, que no pudo rendir el poder romano, fueran dominados por Genzerico; antes parece que la dominacion de este no pasó, como la de aquel, de las costas y de algunos lugares importantes.

Cuarenta años después de su entrada en Africa murió Genzerico. Príncipe verdaderamente grande, aunque bárbaro, y capaz de mayores empresas si mandara ejércitos tan numerosos como pedian los tiempos; porque á la verdad los vándalos eran de los pueblos mas débiles que vinieron sobre el Imperio. Hay en todos sus hechos cierta grandeza que espanta al historiador, y le obliga á apartar los ojos de sus faltas. Ni Atila ni Alarico le excedieron en calidades de conquistador y de rey; antes bien supo vencer al primero en astucia, con tener tanta, y al segundo en audacia y constancia, con ser extremado en una y otra. No fué culpa suya si la monarquía que fundó en Africa no llegó á consolidarse como las de los godos y francos. Los amazirgas y bereberes que poblaban aquellas tierras diferian sobradamente de los guerreros septentrionales para que pudiesen confundirse con ellos, y por otra parte era de mas su amor á la independencia, que muchos de ellos gozaban, y otros disputaban constantemente, para que entrasen gustosos en la nueva monarquía. Otra era la situacion de España y de las Galias, completamente dominadas por los romanos, acostumbradas á la obediencia, y con mayor proporcion y comodidad en sus climas para las tribus septentrionales que las ocuparon. Genzerico llamó antes de morir á sus hijos, y para estorbar que el deseo del mando encendiera en ellos discordia, dispuso que se heredaran unos á otros y de mayor á menor. Por extraña que parezca esta manera de sucesion, ello es que el imperio de los vándalos se libertó con él de guerras civiles por algun tiempo. A Genzerico sucedió Hunnerico, á este Gundamundo ó Gundabando, y luego Trasamundo. Las historias nos pintan á estos reyes solamente ocupados en apagar las insurrecciones que encendia el deseo de independencia en los naturales, y en perseguir, como arrianos que eran, á los católicos. Tras ellos vino Hilderico, hijo de Hunnerico, que fué harto mas infeliz que sus antecesores. Gelimer, su primo, capitan esforzado, sin cuidarse de lo mandado por el abuelo, se levantó contra él, y le dió muerte, apoderándose del trono. Andaba el poder romano un tanto pujante aquellos dias por el valor y fortuna de Belisario, al cual, oida la traicion de Gelimer, mandó el emperador Justiniano que fuese á castigarla. De cierto debe contarse este castigo como pretexto del romano para ejecutar una empresa que acaso muy de antemano meditaba. Belisario desembarcó en Africa, derrotó á Gelimer, y cargado de cadenas, lo llevó á Constantinopla, donde murió de remordimiento y por no poder sufrir la vida

particular á que andaba reducido. Cubrióse de gloria en esta conquista el general romano, que bien puede ser reputado como el último de los de su nacion. Ni el Imperio logró mas prosperidades los años adelante; aquello fué un relámpago que alumbró, tronando, sus escombros. El espectáculo de la persecucion de Belisario por aquella patria ingrata, después de tantos servicios y victorias, es de los mas tristes y odiosos que presente la historia. Nada habia adelantado el Imperio con cambiar de metrópoli : desapareció la autoridad del nombre, y quedó la vileza de los últimos dias de Roma. Constantinopla, si no fué heredera de tanta gloria, lo fué de tantos escándalos y crímenes.

Acabamos de ver cómo terminó en Africa el poderío y dominacion de los reyes vándalos, herederos de Genzerico, que duró cerca de cien años. Entonces la Mauritania Tingitana volvió á entrar en el Imperio con las provincias limítrofes, que antes, como ella, obedecian á los vándalos. Mas no faltaron guerras en los años sucesivos. Un soldado de miserable condicion, llamado Stozas, se alzó contra Salomon, que mandaba en Africa por Justiniano, y usurpó el poder supremo. Salomon tuvo que huir, y entre tanto aquel rebelde hacia matar á los principales capitanes y caballeros romanos y devastaba el territorio. A punto llegaron las cosas que Belisario hubo de tornar con ejército formado para vencer á los rebeldes; consiguiólo efectivamente, mas no por eso mejoraron las cosas. Dias adelante dejó la vida Salomon en manos de los mauritanos, levantados de nuevo en rebeldía. Sobrevenida discordia entre ellos, Stozas y otro de los caudillos, llamado el conde Juan, en quien antes confiara mucho Belisario, se encuentran en singular combate, y ambos quedan en el campo: otro Juan, llamado Stozas el jóven, usurpó en seguida la autoridad y gobierno con ayuda de Gunthar, general romano, aunque manifiestamente de orígen bárbaro; y un cierto Artaban dió muerte á este en un festin, y al usurpador Juan lo envió á Constantinopla, donde murió en vil suplicio. Entonces vino á mandar en Africa el patricio Juan, apellidado Troglita, en quien depositaban los emperadores gran confianza. Logró al principio este capitan grandes efectos, porque introduciendo la discordia entre los moros, logró que unos le ayudasen á sujetar á los otros; castigó con pena de muerte en un solo dia á diez y siete prefectos, y así, con el rigor y las artes de la política, consiguió poner en paz el territorio. Ignórase si tales servicios los hizo mas por interés propio que no en beneficio del Imperio, porque á la verdad no mucho tiempo después quiso levantarse en aquellas partes por soberano, y solo debió la vida á la piedad del Emperador. Pero los años adelante se conservó la paz; y como por aquel mismo tiempo sucedió que los romanos recuperasen, por tratos con los godos, algunas plazas marítimas del mediodía de España, regian en ellas, lo mismo que en las que tiene fronteras la Mauritania, los gobernadores imperiales de Africa.

Así continuaron las cosas por muchos años, hasta que Sisebuto y Suintila arrojaron de las plazas marítimas que poseian del lado acá del Estrecho, á los roma-

nos, ó mas bien greco-bizantinos, puesto que dependian del imperio de Oriente. Ocurrióseles al punto pasar al litoral de Africa y ganar tambien las plazas sujetas á aquel dominio, para completar su conquista; y aunque se ignora el tiempo en que lo ejecutaron, las hazañas que hicieron y el espacio que señorearon, ello es cierto que los príncipes españoles ganaron y poseyeron muchas plazas y tierras importantes en la costa mauritana. Haylas aun muy principales que se cuentan como de fundacion hispano-goda.

Triste era en tanto la situacion de aquellos desdichados gobernadores del Imperio, puestos entre los ataques de los reyes de España, las insurrecciones de los naturales, siempre deseosos de sacudir el yugo, y lo que es mas todavía, la fiereza de las irrupciones con que ya los árabes amenazaban apoderarse de toda el Africa, como se habian apoderado de las regiones mas florecientes del Asia. En este punto, mas que falta de noticias, se siente tanta contrariedad y confusion, que es imposible determinar á punto fijo la mayor parte de los hechos. Luis del Mármol, laboriosísimo investigador de estas cosas, dice que á mediados del siglo VII, mandando en Africa por los romanos Gregorio patricio, los godos, con ayuda de los africanos, se apoderaron de mucha parte de Berbería. Mientras esto pasaba por una parte, entraron los árabes por el desierto de Barca con ochenta mil combatientes, y vencieron á Gregorio junto á Caruam. Muchos árabes volvieron á su patria después de esta conquista, pero otros se establecieron en tierra de Tunez, mandándoles el Califa que no atacaran los lugares marítimos ocupados por los romanos, porque habia tratos entre él y el emperador Constantino II, que le obligaban al respeto. Gregorio volvió con armada al cabo de algun tiempo y recuperó á Cartago, pero fué obligado á abandonarla de nuevo. Después de varias vicisitudes y conquistas, ocuparon los árabes todo el Africa greco-bizantina, «hasta llegar, dice Mármol, á la ciudad de Constantina y hasta las Mauritanias, donde pusieron la frontera contra los godos, que poseian los lugares marítimos de la costa occidental y algunas ciudades y provincias de la tierra adentro».

III.

Llegamos ya á la conquista de Mauritania por los árabes; suceso el mas influyente y de mayor importancia que haya acontecido en aquella tierra. El mundo andaba ensangrentándose por primera vez en una guerra religiosa. Los antiguos medos y persas, los griegos y los romanos, los godos y vándalos, pelearon siempre por defender ó conquistar territorios por ambicion ó rapacidad de sus caudillos; y los mismos judíos antes lidiaron por destruir razas enemigas, que no por esparcir su fe. Mahoma ó Moamad, nacido en la Meca por los años 670 de Jesucristo, y en medio de una tribu flaca y desconocida, fué el primer hombre que

enseñando una doctrina, desenvainó la espada para sostenerla, confundiendo la conversion con la conquista, y predicando la *guerra santa*. Vióse entonces cuánto supere el espíritu religioso á la ambicion, la codicia, la gloria y todas las otras pasiones, para esforzar el ánimo y levantarlo á grandes empresas. Y es que la eternidad es inmensa cuanto breve la vida; y el hombre, cuando le ofrecen dones en una y otra, los prefiere en la segunda naturalmente. Al grito de *No hay mas dios sino Dios, y Moamad es su profeta*, cayeron las fortalezas de la Siria y la Persia, tembló Constantinopla, el Egipto sucumbió, abrieron sus puertas las ricas ciudades del Africa cartaginesa. El imperio de los califas, vicarios de Mahoma, era ya á principios del siglo VIII el mas extendido y mas poderoso de la tierra. Y tales maravillas no las habian ejecutado ejércitos imperiales ni naciones numerosas, sino algunos aventureros oscuros guiando tribus hasta entonces, de insignificantes, olvidadas.

Hossan-ben-An-no'man enviado por el califa Abd'almalec á rematar la conquista de Africa con cuarenta mil soldados escogidos, habia llevado á cabo con gran fortuna muchas empresas, y se juzgaba ya dueño de toda la tierra hasta el cabo Espartel y el mar Océano. Una mujer detuvo sus pasos delante de la frontera tingitana. Su nombre era Dhabha; pero los árabes, mirando sus hechos extraordinarios, comenzaron á llamarla *Cahina*, que es tanto como decir hechicera. Aquella mujer andaba en reputacion de santa ó adivina entre algunas tribus africanas, y con tal ocasion pudo juntar ejércitos de moros y bereberes, con los cuales derrotó al emir Hossan, obligándole á retirarse hácia las fronteras de Egipto. Tras esto llamó á consejo á sus capitanes y les dijo: «Los enemigos no cejan hoy sino para venir mañana mas poderosos. La opulencia de nuestras ciudades, los tesoros de nuestras arcas, las joyas de nuestros vestidos, los frutos de nuestros huertos, las flores de nuestros jardines, las mieses de nuestros campos, los están invitando al robo y á la conquista. Caigan pues las ciudades, vuelvan los metales y pedrerías á la tierra que los produjo, talemos los frutos, las flores, las mieses, y levantar hemos muros de espanto y de miseria que el árabe no pase jamás.» La heroina no conocia á aquellos conquistadores; ignoraba que venian movidos por resorte tal como el fanatismo religioso. No tardaron en volver: las huestes de Cahina fueron rotas después de una sangrienta pelea; y la mujer santa, como era llamada de los suyos, cayó en poder del vencedor. Propúsole el emir Hossan las ordinarias condiciones de los conquistadores muslimes: creer en Dios y en Mahoma, ó pagar tributo. Negóse á uno y otro la esforzada Cahina, y fué decapitada, trayendo aquel su cabeza por trofeo á la corte del Califa. Con este triunfo quedaba llano el camino á los invasores para entrar en la Mauritania Tingitana. En esto, depuesto Hossan, vino á proseguir la conquista Musa-ben-Nosseyr, hombre en años, pero activo y vigoroso, de noble presencia, y tan cuidadoso de sí, que al decir de las historias traia siempre cuidadosamente teñidas la barba y el cabello que la larga edad encanecia. No hay

acaso personaje mas importante en la historia de Marruecos. Afable con unos, con otros magnífico; constante en la adversidad y modesto en la victoria; valiente y sagaz á maravilla, nos le pintan las tradiciones árabes, y tal debió de ser si hemos de juzgar por sus hechos. Al rumor de la novedad un bereber llamado Warkattaf levantó banderas y armas, pero fué vencido y obligado á meterse en las montañas, en donde á la verdad no encontró tampoco seguro refugio. Vencidos estos y otros rebeldes, Muza llegó á juntar trescientos mil prisioneros y un inmenso botin. De aquí y de allá acudian en tropel á servirle árabes, siriacos, persas, coptos, y aun nómades africanos: de suerte que reunió poderosísimo ejército y pronto á toda empresa. Ni se contentó Muza con imperar por las armas; quiso que los naturales amaran antes que no obedecieran su gobierno. Eran algunos de ellos cristianos, otros idólatras, y el mayor número profesaba el judaismo, lo cual hacia difícil tal intento. Pero el caudillo árabe comenzó por hacer creer á los suyos y á los naturales que procedian de un mismo tronco, como originarios unos y otros del Asia, llamando á estos *aulad-arabi*, ó hijos de los árabes; y repartiendo luego con igualdad sus dones y observando estricta justicia, logró que los vencidos fueran convirtiéndose al islamismo y confundiendo sus intereses con los de sus conquistadores. Verdad es que nunca hubo pueblos mas conformes en costumbres que los árabes y bereberes, nómades estos y aquellos, ligeros y dados igualmente á la rapiña y á la guerra. Mas fué grande acierto el del caudillo, que conoció y supo aprovechar tales elementos, venciendo los arduos obstáculos que ofrecia de todas suertes su propósito. Puestas en órden las cosas de aquellas provincias, determinó Muza pasar la frontera de la Mauritania Tingitana y rematar la conquista de la tierra. Salió á contrastar su furia el conde D. Julian (tan famoso en la historia de España), que gobernaba por los godos en aquellas partes; y juntas las fuerzas, pelearon valientemente en varias ocasiones. Al fin los godos, no pudiendo resistir al número de sus contrarios, dejaron el campo y se encerraron en las fortalezas: Muza se apoderó de Tánger, que era una de las principales, y luego de otras varias, hasta reducir el imperio godo en Africa al recinto fortísimo de Ceuta. El conde D. Julian se defendió allí tan bravamente, que el árabe, dando por terminada la conquista, hubo de retirarse á Carwan, capital de su gobierno, dejando encomendado el bloqueo de la plaza, que estaba seguro de rendir tarde ó temprano, sino por armas, por hambre, á su hijo Merwan, y el mando de Tánger y las cercanías á Taric-ben-Zeyad, capitan veterano á quien amaba mucho y del cual hacia gran cuenta. Así pasó algun tiempo, durante el cual los bereberes de aquende el Muluya fueron imitando el ejemplo de sus hermanos de allende el rio, y abrazando el islamismo. Los tristes godos en tanto, no pudiendo encerrar sus personas y bienes dentro de los estrechos muros de Ceuta, iban dejando la tierra de Africa, que fué por tanto tiempo de sus padres, y abandonando sus labores y hogares. Ninguno de ellos apostató de su nacion y fe: pobres y desvalidos, prefirieron morir libres, aunque pobres, en España, que no vivir ricos debajo del brazo extranjero. No sa-

bian ellos que aun allí habian de perseguirlos los jinetes de Muza; que Dios habia estampado un sello de esclavitud sobre su raza, que sin ocho siglos de guerra y de sangre no habia de ser borrado.

Y ello es que estaba ya en poder de los árabes el Africa septentrional. Por primera vez formaba una nacion aquella gente, desapareciendo las inmemoriales contiendas de familia y de raza que la habian hecho impotente hasta entonces. Los antiguos amazirgas y xíloes y las tribus tan opuestas de mazamudas, zenetes, gomeres y otras comenzaron á mirarse como hermanas, ya que no perdieron del todo sus diversas tradiciones y costumbres. Los guerreros árabes avecindados en el suelo conquistado, y las muchas familias del Asia y del Egipto atraidas en Africa por las victorias, servian de lazo entre las ramas diferentes de la poblacion antigua, concertándolas y juntándolas en un punto. Muza-ben-Noseyr, como hombre de tan altos pensamientos, no bien miró pacífica el Africa, puso los ojos desde sus orillas en las de España, determinándose á ganarla para que fuera una con su gobierno. Genzerico habia sentido en la opuesta arena los mismos pensamientos tres siglos antes. Y lo singular es que entrambos conquistadores, el vándalo y el árabe, este para pasar á España, y aquel para invadir el Africa, hallaron unos mismos medios é idénticas personas que les sirviesen. Un cierto conde Bonifacio, gobernador romano en Tingitania, movido de resentimientos particulares, entregó las provincias africanas á Genzerico, y ahora otro conde llamado Julian, que gobernaba la misma provincia, y por afrenta propia tambien, abrió á Muza las puertas de España. Hemos dejado á este conde Julian bloqueado en Ceuta por Meruam y defendiéndose bravamente; pues determinado á ejecutar su traicion, entregó la plaza á los árabes, les reveló los secretos del imperio godo, y guió sus huestes á los campos fatales de Guadalete. La hueste de Islam la formaban allí doce mil bereberes gobernados de aquel Taric-ben-Zeyad, soldado viejo, tan amigo de Muza. Mala fué la jornada para España; tanto, que no cuentan las historias del mundo otra mas desdichada. Muza-ben-Noseyr deja el Africa á la fama del triunfo, llega, invade, conquista todo el territorio hasta el Pirineo, y ya iba á traspasarlo, aun mas hambriento de batallas y de gloria, cuando envidia y calumnia conjuradas lograron derribarle de la estimacion del Califa; y vuelto al Asia, murió pobre y desconocido entre los de su tribu. Político no menos hábil que capitan famoso, el cual logró en Africa que los vencidos amaran á los vencedores, y en España que los esclavos admiraran la piedad de sus dueños: cosas ambas menos famosas que singulares y grandes. — Al recorrer la historia de Marruecos el ánimo se para sin querer ante esa olvidada tumba, y á pesar de la diversidad de raza y la contrariedad de creencias, salúdala con respeto.

La Mauritania Tingitana y el resto del Africa septentrional continuaron dependiendo del imperio árabe y de los califas de Damasco por mucho tiempo. Pero á la verdad los emires sucesores del conquistador Muza, no alcanzando su prudencia y esfuerzo, no hubieron de alcanzar tampoco tan buena fortuna. Hubo pues

largas vicisitudes en toda el Africa, pugnando los naturales por recobrar la antigua independencia, y repartidos tambien en cismas religiosos, que produjeron horribles contiendas. Si ha de creerse al historiador Cardonne, murieron de amazirgas, en dos batallas perdidas contra Hauteleh-ben-Safran, general del califa Yazid, treinta mil hombres en la primera, y ciento sesenta mil en la segunda. Pero no por eso dejaron los amazirgas y las otras tribus hermanas de pretender su independencia de los califas. Es de notar, sin embargo, que en estas rebeliones antes peleaban los moros y los demás africanos por gobernar de por sí el territorio, que no por arrojar de él á la raza conquistadora. Los lazos con que árabes y moros quedaron unidos en tiempo de Muza eran tan fuertes, que no habian de romperse jamás, ni siquiera en pensamiento. La libertad por que suspiraban ahora los africanos era aquella misma que alcanzaron los diversos gobiernos de España, que poco á poco se fueron convirtiendo en reinos aparte; y el ejemplo les incitaba mas y mas á procurarlo, como que ya no lo veian de ejecucion imposible. Referir los trances diversos de aquella contienda, que duró hasta mediados del siglo x, no es propio de estas páginas, ni á la verdad importa mucho para la historia que venimos trazando. Ello es que al fin los africanos lograron sacudir el yugo de los califas; entrando á gobernar los aglabitas en la parte de oriente, y los edrisitas en el occidente. De estos es de quien nos toca ocuparnos; y aquí empieza verdaderamente la historia nacional de Marruecos. Pero antes de terminar este período debemos advertir que los árabes dividieron el occidente del Africa en tres partes, llamando á la mas oriental Mogreb-el-aula, Mogreb-el-vasat á la del centro, y Mogreb-el-aksa á la mas occidental ó Mauritania tinjitana : conviene no olvidarlo en lo sucesivo.

IV.

El sabio historiador Abu-Mohamed Assaleh el Gharnatí, en su obra intitulada *El agradable y divertido Cartaz*, *ó librejo que trata de los soberanos de Mauritania y fundacion de la ciudad de Fez*, da larga cuenta de la familia y ascendientes del príncipe Edris, que fué quien separó aquellas provincias del califazgo, estableciéndose en ellas como rey. Mas baste saber que venia de Alí y de Fátima, llamada la Perla por ser única hija del Profeta, y que peleó valientemente con otros cinco hermanos suyos contra el usurpador Abú-Giafar, de la familia de los Abbásidas, en la funesta jornada de Fagge. Edris era el menor de ellos, y viendo muerto al mayor, que se nombraba Mohammad, fugitivos los otros, destruida casi toda su estirpe, y sin esperanza de recobrar el califazgo que habia perdido, se retiró á Mauritania, pasando, no sin grave peligro, el largo camino en compañía de su liberto Ráxid, hombre intrépido, resuelto y prudente, religioso y fiel á los descendientes del Profeta. Después de visitar varias ciudades de Mauritania, sin hallar

en ellas amigos ni facilidad de hacer valer su persona, Edris llegó con su compañero á la ciudad de Walila, metrópoli del país de Zarahon, adonde gobernaba Abdo-l-Mejid, el cual recibió á los fugitivos con mucho amor, hospedándolos en su propia casa; é informado de sus intentos, determinó ayudarles en ellos. Con efecto, á los seis meses de morar Edris en Walila, en casa de Abdo-l-Mejid, siendo los principios del mes de Ramadan del año 172 de la egira, que es el 788 de nuestra era, congregó este á sus parientes y allegados y á las tribus de Auraba, que eran las mas numerosas y fuertes de Mauritania, y las comunicó el nombre y descendencia de aquel, hablándolas de su parentesco con el Profeta, de su bondad, religion y perfectas virtudes. Los congregados respondieron de consuno: «Alabemos á Dios, que aquí nos le trae y con su presencia nos honra; él es nuestro señor y nosotros sus siervos, y aun por él dariamos la vida. — ¿Quieres por ventura que como á rey le aclamemos? — Pues sea; que no hay en nosotros quien ponga reparo en ello: sea humilde y prontamente.» Y sin otra cosa, fué aclamado Edris por aquellas gentes. Acudieron muchas tribus á servir al nuevo Príncipe, y con ellas formó gran ejército, con el cual destruyó á los descontentos de algunas tribus, trajo otras nuevas á su obediencia, y rindió á Tremecen, ciudad importantísima en aquella edad, levantando en ella mezquita y púlpito, adonde como soberano inscribió su nombre. Reparó tambien que, á pesar de las grandes conversiones logradas por el ilustre Muza-ben-Noseyr y de los largos siglos trascurridos en el dominio árabe, conservaba la tierra no pocos moradores cristianos y judíos, los cuales ocupaban las gargantas del Atlas y puntos y fortalezas casi inaccesibles, y libremente practicaban sus ritos religiosos, viviendo en total independencia. Propuesto á exterminarlos, marchó contra ellos con todas sus fuerzas. La última centella del cristianismo se apagó en Africa cuando Edris, muertos ó cautivos aquellos fieles, arrasó los lugares que ocupaban, y entre otros las fortalezas de Fandelava, Madiuna, Bahalula, Colad y Guiata, donde abrigaban su pobre fortuna. Pero el príncipe mauritano no gozó mucho de tales triunfos. El califa Harun Ar-Ráxid, al saber los hechos del aborrecido rival, desconfiado de vencerle por armas, apeló, para acabar con él, á una maldad horrible, que fué enviar á su corte cierto hombre vil y mañoso llamado Suleyman, el cual, ganando primero la confianza de Edris, le envenenó con un pomo oloroso. El fiel liberto Ráxid salió en persecucion del traidor, y alcanzándole al paso del Muluya, le hirió en la cabeza y brazos; mas al fin escapó con vida de sus manos. En seguida reunió á los régulos ó caudillos de las tribus, y les propuso que no nombrasen otro rey hasta ver si de Kinza, mujer esclava que habia dejado preñada Edris, nacia hijo varon que pudiera sucederle, ó donde no, tomar con detenimiento otro partido. Bien quisieran los naturales nombrar por rey al propio Ráxid; pero dóciles á la voz del noble anciano, determinaron esperar el parto de la esclava. De esta nació el príncipe á quien llamaron Edris II. Los xeques al verlo exclamaron: «Este es un Edris; parece que en él viva aquel otro todavía;»

y al punto le juraron por su señor. En todos estos hechos mostraron los moros un candor verdaderamente virginal ó primitivo. Cuéntase que el vil Suleyman ganó la confianza de Edris, porque solamente en su conversacion hallaba el Príncipe las ideas cultas á que estaba acostumbrado : el ánimo simpatiza con semejante ignorancia cuando produce escenas tan patriarcales como se representaron en la proclamacion de Edris y de su hijo.

A los once años entró á reinar el nuevo Príncipe. Fué virtuoso y valiente, y edificó para capital de su imperio la gran ciudad de Fez. A este sucedió su hijo Mohamad, el cual, por consejo de aquella esclava Kinza, abuela suya, repartió entre sus hermanos los mejores gobiernos del imperio. Mal le pagaron esta generosidad dos de ellos, porque el uno, llamado Isa, se rebeló contra él, apellidándose emperador, y el otro, por nombre Al-Cásim, aunque no claramente, vino á favorecer tal propósito. Tuvo Mohamad la fortuna de hallar hermano mas agradecido que los otros, el cual, por nombre Omar, venció á los rebeldes, quitándoles los gobiernos de que habian abusado: Al-Cásim remató sus dias como arrepentido, haciendo penitencia en una mezquita que edificó para el caso. Mohamad reinó con moderacion y justicia, sucediéndole su hijo Alí, tambien magnánimo y generoso. Hermano de este fué Yahya, que le heredó, por no tener hijos varones: príncipe no inferior en virtud á los anteriores, en cuyo tiempo la ciudad de Fez cobró grandes aumentos y hermosura, viniendo de todas partes muchas gentes á poblarla, y levantándose en ella la gran mezquita de Cairovan y otros edificios. A Yahya sucedió un hijo suyo del mismo nombre, pero harto desconforme en calidades. Movidos de sus liviandades, se alzaron contra él los moradores de Fez, y ó bien lo mataron, que parece lo mas probable, ó bien, como el *Cartaz* asegura, murió él de pesadumbre la noche misma en que por los amotinados fué arrojado del barrio de Cairovan, que era el principal de la ciudad, al nombrado del Andaluz, por ser residencia de muchas familias moras desterradas del califazgo de Córdoba. Este Yahya estaba casado con hija de Alí, que era hijo de aquel Omar cuya fidelidad y valor habia salvado á su hermano Mahomad de la furiosa ingratitud de otros hermanos. Viendo muerto al marido, Ateca, que así se llamaba, envió á llamar á su padre, el cual, pronto en la ocasion, acudió con numerosa hueste, y vencidos los rebeldes, ocupó el trono. Pero Alí no lo disfrutó por mucho tiempo. Un árabe, natural de Huesca, en España, por nombre Abdo-r-Razzak, se alzó contra él, y lo venció en campo. Entró el usurpador en Fez, y se posesionó del barrio del Andaluz; pero los del vecino, de Cairovan, cerraron sus puertas, y lejos de reconocerle por soberano, llamaron para que ocupase el trono á Yahya, hijo de Al-Cásim, aquel mal hermano que murió en penitencia por haberse levantado contra Mohamad, hijo de Edris II y tercer príncipe de la dinastía. Este Yahya, que debe nombrarse el Tercero, murió en una rebelion de sus vasallos, y entonces vino al imperio y gobierno de Fez otro Yahya, primo del anterior, como que era hijo de Omar y hermano de Alí. El cual fué, al decir de

las historias, el mas poderoso y de mejor fama, el poseedor de mayores estados, y mas recto y generoso de los Edrisitas; doctor en ciencias, gran observador de los preceptos del Profeta, dotado de elocuencia y claridad en la palabra, de intrepidez y firmeza en el ánimo. Conservóse en el trono de Mauritania hasta el año 315 de la Ejira, que es el 917 de nuestra era, en cuyo tiempo vino contra él Mosala, natural de Mequinez, como lugarteniente de Abdallah, señor entonces de la parte oriental de Africa, el cual lo derrotó en campal pelea, y poniendo luego cerco á la ciudad de Fez, donde se fortaleciera, le obligó á pagar tributos y reconocer vasallaje. El infeliz Yahya vió perdida en un punto toda su grandeza, siendo reducido á obedecer los mandatos de gente extranjera, aunque de la propia religion y estirpe. Pero no pararon aquí sus azares. Un cierto Muza, xeque de la tribu de Meknasa, anhelando por imperar, y envidioso de las virtudes y fama de Yahya, andaba junto con Mosala para vencerle y humillarle, y no satisfecho con haberlo conseguido, meditaba continuamente su total ruina. Al fin logró que Mosala prendiese á Yahya cuando este amistosamente iba á su encuentro, y que le atormentase por mil bárbaros modos, hasta conseguir de él que dijese dónde tenia ocultos los tesoros del imperio: que acaso pintándoselos como muy grandes, y excitando con ellos su codicia, fué como Muza alcanzó del capitan africano que ejecutase alevosía tan horrenda. Yahya fué desterrado en seguida, pobre y miserable, á la parte de Arcila, y de allí al Africa oriental; pero el odioso Muza, pronto siempre en atormentar á su émulo, le asaltó en el camino, y le mantuvo en hondos calabozos por espacio de veinte años; de donde el triste rey no salió sino para morir á los pocos dias en el asalto de una ciudad extraña. Entre tanto gobernó el Mogreb-el aksa por algun tiempo Raihan, en nombre de los soberanos de la provincia de Yfrikia, que comprendia la parte oriental de la tierra donde antes estuvieron Cartago y Numidia. Exasperados al fin los naturales con la dominacion extranjera, llamaron al príncipe Al-hassan, nieto de Al-cásim, el cual entrando secretamente en Fez, arrojó de allí al gobernador Raihan y se hizo aclamar por el pueblo. El primer intento del nuevo soberano fué libertar á su padre, que gemia á la sazon en las prisiones de Muza, y vengar tantas afrentas como de él habia recibido su familia. Para ello juntó copioso ejército, y encontrándose con su enemigo orillas del rio llamado Yadelmoltahen, hubo gran batalla, la cual fué muy costosa á unos y otros, aunque no sin ventaja de Al-hassan. Este, dejando sus tropas en el campo, volvió á Fez, ó bien por traer de allá refuerzos, ó bien por arreglar algunas cosas del gobierno. Mas fué el caso que mirándole solo dentro de los muros, uno de sus alcaides, de estirpe extranjera, que tenia por él las fortalezas de Fez, se resolvió á perderle, y poniéndole en cadenas, expidió mensajeros á Muza, el cual llegó á la ciudad, y á pesar de la resistencia de los moradores, entró en ella con ayuda del traidor. Luego quisiera Muza que este le entregase al Príncipe para matarle; mas no lo logró de él, por no consentir que se derramara sangre del Profeta; ántes por libertar á Al-hassan de las iras de su émulo, le soltó una no-

che por la muralla con tan poca destreza y fortuna, que hubo de morir del golpe. Con que el traidor alcaide no logró su intento, antes bien excitó la cólera de Muza de tal suerte, que solo huyendo pudo salvar la vida.

Pero ello es que Muza ocupó el trono que por tan malos caminos buscara. Hizo guerra á los Edrisitas, y los redujo á un solo castillo, de donde no pudo arrojarlos, así por la aspereza del sitio y fortaleza de los muros como porque los xeques y principales de Mauritania le representaron que no era justo privar de aquel único territorio y asilo á los descendientes legítimos del Profeta. Con esto Muza alzó un poco la mano en la empresa, y harto hizo en prepararse no mucho tiempo después para resistir otras mayores que contra él se intentaban. Sabido es que los reyes de Mauritania ó Fez habian sido hechos tributarios de los señores del Africa oriental ó Ifrikia por Mosala en tiempo de Yahya, y con ayuda por cierto del propio Muza, que entonces imperaba. Pues luego que se vió este posesor de tales dominios, comenzó á rehuir toda dependencia, dándose por libre del tributo. A castigar tales atrevimientos vino sobre Fez un poderoso ejército de africanos al mando de Meysur, el cual obligó á Muza á abandonar sus estados y á refugiarse en el desierto, donde no muchos años después murió miserablemente; que fué dignísimo fin de tal vida. Meysur, logrado el castigo, se volvió á Ifrikia, dejando numeroso presidio en Fez para que mantuviera la obediencia. Los Edrisitas, mirando la ocasion como propicia, salieron del fortísimo castillo en que estaban guarecidos, y recobraron mucha parte de sus estados; pero no pudieron rendir á Fez, que era su capital y la ciudad mas importante del imperio. Gobernaba entonces por los Edrisitas, y como heredero de Yahya, en las tierras reconquistadas Al-cásim, nieto de aquel otro Al-cásim de penitente vida. Sucedióle su hijo Abu-l-âyx, príncipe juicioso y benigno, generoso y valiente, al decir de las historias árabes, el cual no se sintió con fuerzas para luchar con los señores de Ifrikia á pesar de tales calidades, y ni contaba con arrojarlos de la ciudad de Fez, ni con retener siquiera lo recobrado. Ofrecióse pues como tributario al califa de Córdoba, con tal que le librase de la dependencia del de Ifrikia, quizá con propósito de valerse del uno contra el otro, que ya se contaban por émulos y mortales enemigos, quedando libre al cabo de toda sujecion y tributo. Pero el cordobés no consintió en enviar armada á Africa sin que Abu-l-âyx le entregase antes las plazas de Tánger y Ceuta, y sentó tan firmemente su planta en aquel continente, que desesperado el Edrisita, pasó á España á la guerra santa, y en ella murió en un encuentro. Su hermano Al-hassan, que le sucedió en el imperio, fué el último de los de su raza. En los diez y seis años que reinó no tuvo un instante de reposo: encendidos cada vez mas en odio y emulacion los soberanos de Ifrikia y de Córdoba, llamados aquellos *Fatimistas* y estos *Umeyyas*, hicieron á la Mauritania teatro de sus contiendas y combates. Los califas de Córdoba, dueños del Andalucía, miraban como propias las fronteras provincias de Africa, y los dominadores de la parte oriental de Mauritania no juzgaban tampoco su imperio completo si la parte

occidental no poseian. El infeliz Al-hassan, incierto entre tan diversas pretensiones y tan poderosos contrarios, ora se inclinaba á un lado, ora á otro; ya favorecia al africano, ya al español, hasta que con la irresolucion perdió estados y vida. Vencieron al fin los Beni-Umeyyas; y Córdoba, capital de la mejor parte de España, vino á serlo entonces del Mogreb-el-aksa ó reino de Fez.

V.

La monarquía mauritana desaparece por algun tiempo de la historia. Dos tribus poderosas se disputaron allí la supremacía, aunque una y otra, prestándose á obedecer y servir á los califas de Córdoba; una se nombraba Magrawa y otra Yeferun: era xeque de la primera Zaidí-Ibni-Atia, y de la segunda Yaddú-Ibni-Yala, iguales ambos en valor y nobleza. La lucha fué porfiada; pero al fin venció Zaidí á su contrario, y quedó de pacífico gobernador en Mauritania, poniendo su residencia en Fez. Zaidí, ó segun otros Zeirí, tuvo ocasion de servir en gran manera á los califas de Córdoba, venciendo y sojuzgando á los poderosos señores de Ifrikia, por lo cual fué nombrado gobernador de aquellas provincias y recibió grandes honras y mercedes y el título de visir del imperio. Ensoberbecido al cabo con tantas prosperidades, quiso rebelarse contra sus señores; pero fué vencido y arrojado al desierto. Su hijo Al-möezz y su nieto Himáma, harto mas prudentes que él, alcanzaron de los califas de Córdoba el gobierno del Mogreb, con completa sujecion y vasallaje. En tiempo de este continuaron las guerras civiles entre su tribu y la de los de Yeferun. Al-Fotúh y Ajisa, sus hijos, se repartieron no solo el gobierno de la provincia, sino aun la misma ciudad de Fez, mandando cada cual en uno de los dos barrios del Andaluz y Cairovan. Venció al fin Al-Fotúh, que fué vencido á su vez por un primo suyo apellidado Moanser, el cual imperó en Mauritania hasta que vinieron los Almoravides, fundadores de la segunda dinastía. Moauser, despues de resistirles heróicamente la entrada, desapareció de entre los suyos, y mas no pudo saberse de su fortuna. Pero entre tanto el grande imperio de los califas de Córdoba, aquel que levantó los palacios y jardines de Zahara, y fué patria de sabios tan profundos y tan inspirados poetas y guerreros tan valerosos; aquel cuya amistad solicitaban los emperadores de Constantinopla y de Alemania, y cuyo poder temian todas las naciones de la tierra, mostrábase ya por tierra, siendo, como tantos otros, ejemplo notable de la instabilidad y flaqueza de la suerte. Sin la gloriosa familia de los Beni-Umeyyas se repartió en cien pedazos el imperio, y no hubo mas en adelante que confusion y decadencia entre los muslimes de España. Así fué que nadie recordó mas las provincias de Africa, ni pensó en conservarlas ni defenderlas. Duró el señorío de los califas de Córdoba en Mauritania poco menos de un siglo.

VI.

Tras los califas de Córdoba vinieron á gobernar el Mogreb los príncipes Almoravides, de cuyos principios y grandeza dan larga razon las páginas del *Cartaz*, que tan cuidadosamente vamos siguiendo en este relato. En la parte meridional de Mauritania, tocando con el gran desierto de Sahara, habitaban tribus bárbaras que apenas tenian de mahometanas otra cosa que el nombre. Sabedor de tal ignorancia un cierto Abdalla-Ibni-Yasin, natural de Sús, doctísimo letrado, y movido por las exhortaciones de un peregrino de aquella tierra y de algunos de sus allegados y amigos, partió allá y predicó con gran celo y fortuna la doctrina alcoránica. Acudieron á oirle turbas innumerables de aquellas tribus, y principalmente de las de Gudala y Lamtuna, las cuales mostraban tal fervor en su enseñanza, que Abdalla, conmovido y entusiasmado, dió en llamarles *almorábitin* ó *santos*, de donde se derivó el apelativo de almoravides. Ni se contentó este con la predicacion religiosa, sino que poco á poco les fué comunicando los conocimientos y noticias que en ciencias y artes poseia. Luego los almoravides cobraron gran ambicion, y determinaron salir de sus soledades y yermos, y extenderse por el mundo; viendo con la reciente cultura cosas que no habian imaginado, y deseando otras en que no habian parado mientes jamás. Caminaron pues formados en poderosa hueste hácia el interior de Mauritania; y como esta se mostrase á la sazon tan desvalida, porque los califas de Córdoba no podian ya acudir á ella, y por ser sobrado flacos los gobernadores ó príncipes tributarios de Fez, lograron en poco tiempo hacerse dueños de la mejor parte del territorio, señoreando tambien las costas y ciudades marítimas. Abu-Beker, su caudillo, viéndose con tal estado y apto para fundar en él una formidable potencia, determinó edificar ciudad nueva y á propósito para poner en ella su corte. Tal es el orígen de la fundacion de la gran ciudad de Marruecos, que hoy da nombre á todo el imperio.

Pero Abu-Beker no pudo llevar á ejecucion sus altos pensamientos. Habiendo vuelto al desierto á combatir ciertas tribus enemigas de la suya, dejó encargadas las cosas del nuevo estado á su primo Yussuf-Ibni-Texefin, el cual se dió tan buenas artes, que ganado el amor de los soldados y el respeto del pueblo, vencedor de muchas batallas y dueño de tesoros inmensos, no parecia mas posible despojarle del mando que interinamente tomara. Discreto anduvo Abu-Beker cuando al volver le cedió voluntariamente todas las tierras conquistadas en Mauritania, reservándose tan solo el gobierno de las antiguas tribus y las vecindades del arenal de Sahara; que fué convertir en virtud una necesidad invencible. Yussuf se apoderó de la ciudad de Fez, extendiendo de una parte y consolidando de otra sus conquistas. En vano Al-cásim, hijo de Moanser, quiso disputársela;

porque con su levantamiento no logró otra cosa sino que la ciudad de Fez, donde se fortaleciera, fuese entrada por armas, y muerto lo mejor de su vecindario, quedase en adelante desolada. Era Yussuf intrépido y temeroso de Alá, muy parco en la comida y de poca ostentacion en vestidos y pompas mundanas; astuto y sabio, y tan ambicioso como apto para las conquistas y el gobierno de los pueblos. Y dueño ya de Mauritania, determinó proseguir la ordinaria obra de los conquistadores, que es pasar el angosto estrecho, y someter á un propio cetro las fronteras orillas. No le faltó á Yussuf en esta empresa fortuna: venció á Alfonso VI de Castilla en la jornada de Zalaca, tomó muchas ciudades cristianas, redujo á su obediencia los reyes moros de la tierra, y así pudo contarse en la hora de la muerte por señor de un imperio que remataba al norte en la ciudad de Fraga, no lejos del Pirineo, y al sur en los montes y yermos de la Etiopía. Sucedióle su hijo Alí, príncipe dignísimo de tal padre, aunque harto menos dichoso, el cual, refrenadas ciertas conspiraciones y revueltas, pasó á España á proseguir la guerra contra los cristianos. De allí le distrajo un levantamiento que, nacido de pequeños principios, amenazaba ya terribles efectos. Causábalo cierto Mohamad, natural de Sús-el-aksá y de orígen oscuro, aunque él se decia de familia árabe y descendiente del Profeta, y aun su Mahadí ó Mesías prometido. Este, habiendo abrazado con fanática fe las máximas de Abu-Hámid, filósofo de Bagdad, que predicaba el conocimiento de un solo Dios y condenaba las ordinarias costumbres de los mahometanos, pretendiendo hacerlas mas puras y santas, como fuese al propio tiempo de ánimo ambicioso y esforzado, determinó fundar imperio donde asentar y establecer su doctrina. Ayudóle en esta empresa el saber que Hámid, su maestro, solia decir de él en sus ausencias: «Conozco, en la fisonomía »y continente de ese extranjero, que el cielo le destina á fundar un imperio: si »ahora va á los confines de Mauritania, allí ha de ejecutarlo sin duda alguna.» Con esto vino Mohamad á Fez y luego á Marruecos, y predicando y á la par censurando los vicios de los reyes y xeques de la tierra, logró allegar inmenso gentío, que por todas partes le seguia y le veneraba por santo. Entonces él, en recompensa de su celo, los decoró con el nombre de almohades ó unitarios. Alarmado el príncipe de los almoravides, Alí, le mandó salir de Marruecos, donde á la sazon estaba; mas no logró nada con eso, porque el impostor se aposentó en un cementerio, á las puertas de la ciudad, acompañado de Abdo-l-Miemum, su discípulo, y allí acudia mayor número de gente que antes á escuchar sus preceptos y oraciones. Determinada su muerte, no pudo lograrse, porque él, sabedor de tal intento, huyó hácia las montañas del menor Atlante. Allí habitaban los mazamudas, tribus ignorantes y belicosas, las cuales no solamente le dieron seguro, sino que á su voz se levantaron contra los almoravides y comenzaron á guerrear contra ellos. Esto fué lo que supo Alí en España, y vuelto al Africa, convirtió todas sus fuerzas contra los almohadas; pero fué tanta la fortuna de estos fanáticos innovadores, que rotas en campo sus aguerridas huestes, tuvo que reducirse á

defender algunas fortalezas. Ni la muerte de Mohamad el falso Mahadí detuvo un punto las empresas de sus discípulos. Sucedióle en el imperio Abdo-l-múmem, el mas querido de ellos, quien se apoderó de toda la Mauritania, y luego enviando guerreros escogidos á la parte de España, acometió las provincias que allí poseian los almoravides. Alí murió de tristeza, y su hijo Texefin, no mas afortunado que él, aunque valerosísimo y vencedor en muchas ocasiones de cristianos, gozó poco tiempo del mando. Traíanle harto apretado los almohadas en la fortaleza de Oran, y como intentara sorprender con pocos de los suyos el campo de los sitiadores, las sombras de la noche, que escogió por confidentes, lejos de favorecer su empresa, fuéronle muy adversas; porque habiendo perdido el camino engañada con lo oscuro la mula que montaba, se despeñó por las alturas que dominan la playa. Allí, á la lengua del agua, pareció al dia siguiente Texefin horriblemente destrozado : príncipe famoso en nuestra historia y dignísimo de otra fortuna. Con lo cual el señorío de los almohadas no encontró apenas resistencia : Fez y Marruecos cayeron en sus manos, aunque no sin largos cercos y sangrientos combates, muriendo en la última de estas plazas Ibrahim-Abú-Ishac, hijo y heredero de las infelicidades de Texefin : Sevilla y Málaga, y Córdoba y Granada, que se mantuvieron algun tiempo contrarias, al cabo dieron entrada á los tenientes de Abdo-l-múmen, y así el imperio vastísimo de los almoravides vino á poder de sus enemigos los almohadas. Habia durado aquel imperio ochenta y cuatro años.

Abdo-l-múmen, que puede reputarse como el fundador de esta segunda dinastía, era hombre de prendas, como lo probaron sus hechos, habiendo subido á tan alto estado desde el taller humilde de un alfarero, que fué su padre; y cierto que sin su valor y talentos militares no habria logrado Mohamad el Mahadí establecer en el Mogreb las doctrinas que enseñaba, derrocando el poder colosal de los almoravides. Pero la historia puede acusarle con razon de muy cruel y de tan fanático en la reforma anunciada por su maestro, que entre otras cosas mandó quemar cuantos libros de versos halló en sus estados. Dueño del imperio, empleó Abdo-l-múmen el resto de sus dias en sosegar algunas insurrecciones de otros falsos santones ó codiciosos soldados, de las cuales no fué poco nombrada una en Ceuta, que obligó al nuevo príncipe á demoler los fortísimos muros de aquella plaza, y en sojuzgar la parte del Mogreb-el-Aula ó Ifrikia, arrojando de algunas plazas marítimas de por allá á ciertos aventureros cristianos que de poco antes las tenian ocupadas. A lo último de su vida pensó en pasar á España á la guerra santa, y juntó para ello grandísima armada y ejército innumerable de africanos; pero la muerte atajó tales propósitos. Realizólos su hijo Yussuf, apellidado Abú-Yacub, que le heredó en el trono, el cual ganó muchas victorias, plantando por mucho tiempo la silla de su imperio en la ciudad de Sevilla, adonde edificó gran mezquita y puente de barcas y otras obras de no menor alteza. Este logró dominar la tierra de España desde el Mediterráneo hasta el Océano, hallando solo va-

lladar su valentía en los muros de Tarragona, Toledo y Santaren. Hallábase delante de la última plaza cuando sus capitanes, equivocando una órden suya, ordenaron cierta noche la retirada del ejército y tomaron el camino de Sevilla. Despertó Yussuf al amanecer, y se encontró sin ejército, con pocos guardas etiopes y andaluces, y algunos servidores en su compañía; mandó entonces levantar precipitadamente las tiendas, y ya iba á ponerse en marcha, cuando los guerreros de Santaren, apercibidos del caso, abrieron las puertas y saliendo contra él, rodeáronle y acometiéronle por todas partes. Con todo eso, no se amilanó el Rey; mas antes puesto delante de las mujeres que como concubinas le seguian, y alentando con la voz y con el ejemplo á los suyos, se defendió bravamente hasta obligar á los cristianos á volverse á la ciudad. La ira de ellos fué tanta, que mataron á los piés del Príncipe á tres de sus mujeres; y este tan esforzado, que postró por su mano á seis de los contrarios. Pero Yussuf no pudo loarse con la victoria, porque habiendo recibido una herida grave en el combate, murió de ella no muchos dias después en las cercanías de las Algeciras. Entró á reinar entonces su hijo Abú-Yussuf-Yacub, apellidado el Vencedor, por sus muchas victorias contra los cristianos, entre las cuales fué la principal aquella tan nombrada de Alarcos, en donde perdió Alonso VIII la flor de sus caballeros y soldados. Los historiadores árabes aseguran que Abú-Yussuf vino esta vez á España, estimulado por letras que desde Algeciras le envió á Africa el rey Alfonso, y decian de esta manera: «Príncipe muslime: si por ventura no puedes ó no quieres dejar esas tierras y »venir á estas playas á verte conmigo en campo, envíame navíos bastantes en »que yo pase allá con mis guerreros, y lograrásete el gusto de que lidiemos como »mejor te cuadre; y sea á condicion de que el vencido se ponga con los de su »nacion debajo de la ley del vencedor.» Si esto fué así, caro pagó el reto el rey castellano. Luego murió Yussuf, y le sucedió su hijo Mahomad-An-násir, á quien nuestros cronistas apellidan el Verde. Quiso este proseguir las conquistas de su padre, y llamando á los guerreros de las tribus y aun á cuantos hombres podian traer armas en sus estados, juntó ejército tan poderoso como otro no se habia visto jamás entre los muslimes, puesto que llegaba á seiscientos mil combatientes de á pié y de á caballo, y con él desembarcó del Africa en España. Salieron á su encuentro los príncipes cristianos, coligados por el comun peligro que les amenazaba, y encontrándose los ejércitos en las Navas de Tolosa, tuvo lugar aquella famosísima batalla que acabó con el valor de los muslimes; y mas no llevaron con su estandarte la fortuna, y sus contrarios dominaron las fortalezas y se aposentaron en lo mejor de la tierra. Mahomad se retiró á Marruecos; si algun esfuerzo hubo en su corazon, lo apagó tamaño desastre: confuso, temeroso y avergonzado, se encerró en su palacio, y allí dió su vida á los placeres, hasta que dos de sus servidores le privaron de ellos con un tósigo. En los principios de su reinado habia logrado refrenar algunas revueltas y anunciado ciertas virtudes; pero sus ulteriores desdichas y vicios deshonraron para siempre su memoria.

Almostanser, su hijo, que le sucedió en el trono, vivió en placeres y liviandades, y murió mozo. Después de este rey, el imperio fué todo revueltas y parcialidades.

Porque como Almostanser no dejó hijos, hubieron sus parientes de disputarse el trono. Los de Marruecos obligaron á aceptar el imperio al anciano Abdo-l-Wahed, tio suyo, hermano de su abuelo; y al propio tiempo se proclamaba por soberano en Murcia otro de sus tios, hermano de su padre, á quien llamaban Abú-Mohamad-al-âdil. Sin duda con los débiles reinados de An-násir y de Almostanser, los xeques y caudillos de las tribus habian alcanzado sobradas licencias, frisando antes en atrevimiento que no en honrada libertad su conducta. Ello es que los mismos que habian levantado por emperador de Marruecos á Abdo-l-Wahed forzando su voluntad para que aceptase, le depusieron á los pocos dias; y no contentos con esto, le dieron muerte, prestando en seguida obediencia al príncipe Al-âdil, ó el Justiciero, que tal significa ese nombre. Así corrió por primera vez la sangre de Abdo-l-múmen: funestísimo ejemplo para lo futuro. No tardó en alzarse contra Al-âdil un primo hermano suyo, llamado Abu-Zaid, señor de Valencia, denominado el de Baeza, por haber proclamado su rebelion en aquella plaza, el cual llamando en su socorro á los castellanos, dió harto que hacer á su adversario, puesto que derrotó en un combate á Abú-l-âla, hermano de Al-âdil, que vino en contra suya. Y esta fué la primera vez, al decir de sus escritores, que llamaron los muslimes á los cristianos para emplearlos en sus contiendas civiles: señal segura, si otras faltasen, de que entonces andaba ya en decadencia su espíritu nacional, y de que su imperio no estaba lejos de total ruina. Pero si Abú-l-âla no se habia mostrado feliz capitan en el campo, no quiso parecer mejor hermano, y al frente del ejército que mandaba se proclamó emperador. No bien lo supieron los xeques y principales de Marruecos, se levantaron contra Al-âdil, prendiéronle, y como se negara animosamente á reconocer á Abú-l-âla, que era aclamado de todos por soberano, le quitaron en suplicio bárbaro la vida. Los rebeldes enviaron al punto embajadores á Abú-l-âla, ofreciéndole el trono; pero antes de que volviesen estos con la respuesta, arrepentidos de ello, nombraron por emperador á Yahya, hermano de Almostanser, que era sin duda de los parientes de este quien mas derechos tenia al imperio. Abú-l-âla denominado Almamon, que se juzgaba ya seguro en él por la embajada que le habian enviado de Marruecos, sintió mucho la afrenta, y determinó mover guerra á su sobrino; mas este, que era sagaz y determinado, aunque mozo, se le adelantó enviando ejércitos á España que lo combatiesen. Duró la guerra por muchos años con varia fortuna entre ambos competidores, ora en la parte de acá, ora en la parte de allá del Estrecho; peleando por Almamon, y dándole las mas de las veces la victoria un escuadron de doce mil aventureros castellanos al mando de un capitan á quien llamaban los árabes Farro-Casil, puesto que otro debia ser su nombre, aunque se ignora. Al fin Almamon logró dominar en Marruecos y en la

mejor parte de Mauritania, arrojando á Yahya á los desiertos, de suerte que á él debe considerársele como verdadero emperador. Era este príncipe natural de Málaga y hombre de prendas, pero iracundo y cruel, como lo demostraron sus hechos. En él ha de darse por terminado el imperio de los Almohadas, á quienes persiguió cruelmente, degollando á muchos de ellos y proscribiendo sus usos y leyes, por tal manera que llegó á maldecir el nombre del falso Mahadí en el púlpito de la mezquita de Marruecos, mandando que fuesen quemados sus libros y destruida en todo lugar su memoria. Al propio tiempo protegia sobremanera á los cristianos que ayudaban sus empresas, permitiéndoles edificar iglesia dentro de la ciudad de Marruecos, y concediéndoles otras muchas preeminencias, en disfavor todas ellas del Islam y en contra de los preceptos del Profeta. En un imperio levantado á la voz de la religion por los almoravides y almohadas no podian pasar tales hechos sin ruido, y así fué que de una parte se rebeló contra Almamon su hermano Abú-Muza, fiel mahometano, en la ciudad de Ceuta, de otra se alzó con las provincias de Ifrikia un cierto Abu-Mohamad Ibni Abi-Hafss, que las gobernaba, y en las de España fué aclamado como soberano independiente Mohamad-Ibni-Húd, tambien estos dos celosísimos creyentes y observadores de la ley del Profeta. Mirando la ruina que causó la conducta de Almamon, párase el ánimo sin acertar á explicar ni comprender sus móviles. Acaso un novelista sabria representarlo como encubierto cristiano, y por consecuencia jurado enemigo del Islam; y tal ficcion pareceria mas verosímil con recordar que la mujer que con él compartia el lecho de ordinario era de familia cristiana. Aunque á la verdad esto de amar á las mujeres cristianas fué tan comun entre almoravides y almohadas, que de ellas nacieron los mas famosos de sus príncipes. De todas suertes es indudable que Almamon trajo grandes desdichas al islamismo; aprovechóse de ellas el glorioso San Fernando para ejecutar sus maravillosas conquistas, y, mirado de esta manera, no puede menos de recordarlo con regocijo nuestra historia.

Muerto Almamon, le sucedió un hijo suyo apellidado Abdo-l-wáhed Ar-raxid, al cual presentaron unos alárabes la cabeza de Yahya, asesinado en el desierto por ellos. Tras este vino su hermano Abu-l-hasan Alí, y luego uno de sus parientes llamado Abu-Hafss, y por último Abú-Dabbús, que siendo capitan famoso entre los almohadas, se pasó al campo contrario, ofreciéndoles á los Benimerines la mitad del imperio si le ayudaban á ganarlo. Y así sucedió; pero no tardaron en originarse contiendas sobre el repartimiento de las tierras, las cuales pararon en que los Benimerines se alzasen con todo, protestando que Abú-Dabbús les negaba lo prometido. De la ambicion de los nuevos conquistadores bien puede creerse que fuera pretexto, y no otra cosa, para señorearse del imperio. Durante aquellas contiendas civiles y guerras extranjeras figuraron constantemente en los ejércitos almohadas los aventureros cristianos que habia traido Almamon de Castilla. Los hechos de aquella gente fueron maravillosos, al decir de la historia; su amistad era buscada y temido su nombre; su influjo tal, que solos supieron

mantener aquel resto del poder de los Almohadas, desde Almamon hasta Abú-Dabbús, contra enemigos tan formidables como lo combatian. Pero al fin todo cayó; y el imperio vastísimo, que contaba á un tiempo por capitales á Sevilla, Marruecos y Fez, desapareció del mundo para siempre. Aquí acaba el mejor período de la historia mauritana: el imperio del Mogreb-el-aksa, ó el Africa occidental, habia en él tocado el punto mas alto de su fama, grandeza y poderío.

VII.

Eran los Benimerines de la mas noble tribu de los Zenetes, su orígen árabe, y habitaban los campos dilatados que se extienden al sur de la Mauritania desde la provincia de Ifrikia hasta Sugilmesa. Gente poderosa, acostumbrada á vagar por los desiertos sin pagar tributo á príncipe alguno ni obedecer ningunas leyes: ignorantes de la agricultura y comercio, dados solamente á la caza y ganadería, alimentándose con frutas silvestres y con la leche y miel de sus campos. Todos los veranos solian entrar algunos de ellos á apacentar sus rebaños en los fértiles prados de la Mauritania, volviéndose, llegado otoño, á su tierra. Pues acontecióles cierto verano que hallaron los pueblos desiertos, sin cultivo los campos, siendo guarida de fieras las casas de los antiguos habitadores. No acertaron los rudos Benimerines la causa de desolacion tan grande, puesto que no habia llegado á sus oidos la matanza de las Navas de Tolosa, donde pereció la flor de la gente mora, quedando en tanta despoblacion y ruina toda su tierra; pero como vieron tan notables riquezas y comodidades abandonadas, parecióles bien establecerse allí, y enviaron á decir á sus hermanos que acudiesen á aprovechar el hallazgo. Y con efecto, vinieron turbas innumerables con sus camellos, jumentos y tiendas, y tranquilamente poblaron muchos lugares. La confusion del imperio era tan grande á la sazon, que segun el precioso *Cartaz*, tantas veces citado, ni el Soberano era ya reconocido en los campos, limitando su jurisdiccion y poder á las ciudades; hervian las tribus en discordia, no habia mas amistad en los pueblos, reputábase el menestral por tan alto como el noble, despojaba el fuerte al flaco, y cada cual ejecutaba cuanto pensaba sin temor ó respeto. Gobernaba á la sazon la tribu de los Benimerines Abd-el-hak, capitan valiente y astuto político, el cual, como viese tal ruina, determinó levantar sobre ella su imperio. Logrólo sin grande esfuerzo, venciendo fácilmente á los decaidos almohadas en varios encuentros, y trayendo lo á su partido con rigor ó halagos á muchos de los antiguos habitantes. Y sucediéndole sus hijos Abú-Said, Abú-Moarraf y Abú-Yahya, prosiguieron unos tras otros la obra comenzada, asentando este último la silla de su imperio en Fez. Al fin vino Abú-Yussof-Yâcub, otro hermano de los anteriores, y en su tiempo rendida Marruecos, se pudo dar por definitivamente plantado el

imperio de los Benimerines. De Yussof cuentan los libros que era príncipe de gallarda presencia, y muy esforzado, al propio tiempo que cortés, humilde y generoso. Díjose de él que nunca fué contra ejército que no venciese ni contra país que no subyugase. Vencidos los almohadas, hubo todavía de sostener encarnizadas guerras contra un cierto Yagmorasen, tambien de los de Zeneta, que se habia levantado con Tremecen, Sugilmesa y otros lugares, y pretendia tener su parte en la fácil presa que el Mogreb ofrecia. Después de haberlo derrotado en campal pelea, Yussof se concertó y ajustó paces con él para pasar á España, donde deseaba, como tantos otros conquistadores muslimes, ejercitar el valor y la fortuna. Pasó en diversas ocasiones, ora para combatir con los cristianos, ora para ayudar al rey Sabio contra su rebelde hijo; venció grandes batallas, tomó fortalezas y arrasó los campos y lugares cercanos de Córdoba y Sevilla. Mas no dilató por acá su imperio; antes bien, como se hubiesen levantado en Andalucía Ben-Alahamar por rey de Granada y Ben-Axquilola, por señor de Guadix y de Málaga, procuró avenirlos y fortalecerlos, cediéndoles sus conquistas. Solo el odio á los cristianos, la sed de gloria, y mas tarde los tratos con el desventurado D. Alonso, hubieron de mover su brazo en España. Si ya no es que sintiendo flaco al Islam, y mirando tan acrecentados y pujantes los contrarios, juzgase que para defender de ellos la costa de Africa valia mas levantar un estado independiente que no sojuzgar y mantener provincias del lado acá del Estrecho. Tal supuesto parecerá verosímil recordando que ya entonces los reyes de Castilla aprestaban armadas é intentaban empresas contra la costa africana : armadas no siempre vencidas, y empresas que podian traer algun dia fatales efectos á todo el Mogreb, aun dado que la primera que desembarcó en Salé, reinando ya Yussof, tuviese tan infeliz resultado. Y á la verdad que, fuera obra de su sagacidad política, ó fuéralo solamente de su templanza y escasas ambiciones, Yussof prestó á la dinastía del Mogreb-el-aksa ó Marruecos, y aun á las de toda el Africa occidental un servicio grande y poco apreciado hasta ahora, con ayudar tanto á la fundacion y engrandecimiento del reino de Granada. Sin aquel valladar poderoso llegaran mucho antes los castellanos al estrecho gaditano, y pasándolo cuando, desconocidas las riquezas del Nuevo-Mundo, no apartaban aun sus ojos de la morisma, habrian subyugado quizás el Africa entera. Mas no olvidó Yussof, por levantar el reino de Granada, cuánto podia importarle á su imperio el tener fácil entrada en la Península por si la ocasion requeria nuevas expediciones, y á este fin conservó debajo de su mano las plazas de Tarifa y Málaga, y otras que habian de reputarse por llaves de España. A Málaga con su alcazaba la poseia por cesion que de ellas le hiciera su señor Ben-Axquilola; mas perdióla no mucho tiempo después por artes de Alahamar, que con suma de dineros ganó al alcaide que la guardaba. Y cierto que el príncipe granadino no pudo llevar mas adelante su desagradecimiento, ayudando tambien al rey de Castilla para que se apoderase de Tarifa, y suscitando contra Yussof y su hijo, sus bienhechores y aliados, las iras de Yagmorasen, aquel

antiguo enemigo de los Benimerines. De esta suerte y poco á poco vinieron á perder los soberanos del Mogreb-el-aksa los últimos restos de su poderío en España; sucediéndoles en las eternas guerras contra cristianos, y en la defensa del Islam por estas partes, la poderosa dinastía de los Alahamares, aquella que plantó los árboles del Generalife y levantó los palacios de la Alhambra.

Muerto Abú-Yussof-Yâcub tras un reinado glorioso y largo, le sucedio su hijo Abú-Yacub, el cual tuvo harto en que entender con las discordias civiles que se movieron en sus estados. Sin embargo, queriendo recobrar á Tarifa para mantener los antiguos pensamientos de su padre, mandó á España un poderoso ejército, el cual puso cerco á la plaza. Defendióla Alonso de Guzman el Bueno, de cuya firmeza y heróico sacrificio nada le queda por decir á la historia: suceso singular aun entre los mas famosos, y de aquellos que ennoblecen á una nacion entera. Ni en esta expedicion ni en otra que hizo en persona al Andalucía logró el príncipe africano efecto importante; y así, apartando sus ojos en adelante de la tierra española, se consagró á afirmar su poder en Africa. Levantáronse contra él con diversos pretextos Omar y Abu-Amer, hijos de un deudo suyo, por nombre Aben-Yahya; redújolos á su obediencia, y uno y otro venian á visitarle en Fez bajo seguro, cuando fueron salteados y muertos en el camino por su hijo mayor, llamado tambien Abu-Amer, y heredero de su trono. Tales títulos no libraron al hijo del merecido castigo: Abú-Yâcub lo mandó desterrado á las montañas del Riff, donde estuvo hasta su muerte, que aconteció antes de la del padre: rara virtud en tal siglo y entre gentes tan crueles. Continuando luego la guerra contra el hijo de Yagmorasen, familia tan enemiga de la suya, le venció y cercó en Tremecen, y allí le tuvo estrechado catorce años. Para mayor seguridad del sitio levantó Abú-Yâcub una ciudad delante de la ciudad sitiada, á la cual puso Nueva-Tremecen por nombre, y edificó tambien un soberbio palacio, donde recibia las embajadas que de los pueblos mas lejanos venian á traerle tributos. Allí fué muerto cierta noche, miéntras dormia, á manos de un eunuco llamado Lasaad, el cual lo atravesó por el vientre de una estocada. A lo último de su reinado los ingratos Alahamares, no contentos ya con los dominios de España, se apoderaron de Ceuta.

Su nieto Abu-Tabet, hijo del príncipe Amer, le sucedió en el trono. Este levantó el cerco, ajustando las paces con los de Tremecen, y cediéndoles los territorios conquistados, menos la nueva ciudad, que por los muchos tesoros empleados en ella se reservara. Tambien Abu-Tabet hubo de refrenar á algunos descontentos, y murió cuando atendia á recuperar á Ceuta. Logrólo su hermano Soliman, cuyo reinado, aparte de algunas rebeliones, no ofreció cosa importante. Osman ó Abu-Said, hijo de Yussof y hermano de Abu-Yacub, sucedió en el trono. En tiempo de este príncipe escribió el sabio Abu-Mohamed-Assaleh su *Grande historia de Marruecos* y el compendio titulado el *Cartaz*, que ha llegado hasta nosotros. Fielmente hemos seguido hasta aquí sus páginas, alumbrándonos su docta

relacion para recorrer los laberintos y disipar las sombras que la historia del Mogreb-el-aksa ofrece á cada paso. En adelante las noticias escasean, falta la luz, el entendimiento se pierde, y apenas por estrecha senda llegamos á mirar de cerca la verdad. Todo es dudas, confusion é ignorancia. Y es que el imperio aquel vino luego á tanta decadencia y se sepultó en barbarie tan profunda, que apenas produjo mas historiadores ni sabios que pudieran trasmitir los hechos que vieron ó supieron á las generaciones futursa.

Parece que habiendo dado Abu-Said á su primogénito Omar el gobierno de algunas provincias del imperio, este se levantó contra él, y hubo entre padre y hijo grandes batallas. Llevaba Omar, como mas jóven y determinado, lo mejor de la contienda, y sin duda hubiera rendido al padre á no sobrevenirle la muerte cuando mas vida ofrecian sus cortos años. Así pudo reinar tranquilamente Abu-Said hasta su fallecimiento. Abu-l-hazem, su hijo segundo, ocupó entonces el trono de Marruecos; y como fuese hombre de no vulgar aliento, imaginó pasar á España, y sujetarla de nuevo al dominio de su dinastía; dióse entre cristianos y muslimes la gran batalla del Salado; y el africano, desbaratado, volvió á su tierra, donde solo encontró llantos y recriminaciones de sus vasallos por la provocada desventura. El imperio de los reyes africanos en España habia caido por obra del tiempo, y era locura el querer resucitarlo. Ya los príncipes cristianos eran harto poderosos para que las invasiones de los de Africa pudieran arrojarlos á las antiguas montañas; hallábanse fortificados los lugares y bien aparejada la defensa; ni era ocasion de contar como antes con el auxilio de los moros que poblaban la tierra, porque, sobre ser pocos y flacos, no solian preferir la vecindad ó dependencia de los africanos á la de los castellanos, mucho mas tratables que ellos. Vuelto á Marruecos Abu-l-hazem, encaminó sus ejércitos contra los estados de Tremecen, y luego contra los de Túnez; por manera que redujo á su obediencia todo el Mogreb ú occidente de Africa. Mas pronto se le puso en contra la fortuna. Alzáronse contra él los pueblos reconquistados, y venciéndole en campo, le obligaron á huir con poco séquito; y entre tanto su hijo Abú-Inan, con ayuda y favor del rey de Castilla, se proclamó por soberano en Fez. Abu-l-hazem se sostuvo algun tiempo contra todos; pero al fin tuvo que huir á las montañas de Henteta, adonde murió de pesadumbre. El reinado de Abú-Inan no ofrece cosa notable sino es el haber asesinado al rey de Granada traidoramente con una marlota emponzoñada que le envió de regalo; y muerto, sus deudos llenaron el Mogreb de guerras civiles. Si Abu-Beker triunfó, no fué sino para disfrutar poquísimo tiempo del trono. Despojóle de él un cierto Ibrahim, deudo suyo, con ayuda de los árabes españoles; pero este mismo fué depuesto por otro usurpador á quien llamaban Mahomad-Abú-Feian. Al fin entre tantas usurpaciones hubo un hijo que sucediera á su padre; el cual fué Muley-Said, hijo de Abu-Feian, príncipe por cierto de poco valor y menos fortuna. Perdióse en su tiempo Ceuta, que fué asaltada y tomada por los portugueses, con lo cual rabiosos sus vasallos, le mataron á puñaladas. Y so-

breviniendo dos hermanos de Muley-Said que pretendian á un tiempo el trono, hubo entre ellos muy porfiadas contiendas, hasta que los muslimes convinieron en poner sobre el trono á un hijo del último príncipe y de una cristiana española, nombrado Abdo-l-hak, con lo cual los tios abandonaron sus pretensiones, y hubo paz por algun tiempo. Logró este príncipe una señalada victoria contra los portugueses, que con menos poder que atrevimiento habian desembarcado en la tierra de Africa y sitiaban á Tánger. Pero al fin Abdo-l-hak fué asesinado, como tantos otros, en su palacio, y rotos ya los frenos de la obediencia, menospreciada la autoridad de los príncipes, desatadas las pasiones de la muchedumbre, y confundidas y revueltas todas las cosas, cayó con él la dinastía de las Benimerines y el Mogreb-el-aksa quedó entregado á la mas espantosa y destructora anarquía.

A todo esto los reyes de Granada habian acabado de apoderarse de las plazas que aun conservaban los africanos en España, hasta el punto de no dejarles una sola almena; y un cierto Abu-Ferez, señor de Túnez, habia sujetado á su obediencia no pocas provincias y ciudades pertenecientes al reino de Fez. Tan miserable espectáculo ofrecian por dentro y por fuera las cosas del imperio.

VIII.

Abdo-l-hak, último soberano de la dinastía de los Benimerines, murió en Fez á manos de un personaje que se decia Xerife ó descendiente del Profeta, el cual se hizo saludar por rey, pero con harta desdicha. Aquí, allá y acullá se levantaron mil cabezas y señoríos diversos, que ora se contenian en los límites de una sola provincia, ora en el recinto estrecho de una ciudad, los cuales hacian la paz ó la guerra sin otra voluntad que la suya, conquistaban las ajenas tierras ó cedian las propias, y no reconocian vasallage ni en muchas ocasiones pagaban á nadie tributos. De estos, que se alzaron por independientes, fué Seyd-Wataz, tambien de los Zenetes y del propio pueblo de los Benimerines, alcaide por ellos de la fortaleza de Arzila; y como allegase bajo sus banderas no escaso número de soldados, sintiéndose poderoso, determinó marchar contra el Xerife, y venciéndole, ocupar el imperio. No le favoreció á los principios la fortuna, porque de una parte el Xerife derrotó su campo junto á Mequinez, y de otra el rey de Portugal D. Alonso cercó durante una de sus ausencias la ciudad de Arzila, y la ganó con sus mujeres, sus hijos y los tesoros que allí guardaba. Debia ser Seyd-Wataz de no vulgar aliento, cuando no lograron abatirle tales contratiempos. Lejos de eso, levanta el cerco de Fez, que á la sazon mantenia, corre á los muros de Arzila, compónese con los portugueses viendo que recobrar la plaza no era posible, vuelve al cerco que habian dejado, estréchalo, vence al fin, obligando al Xerife á huir, y corónase allí por rey. Con su valor y fortuna logró este príncipe poner

bajo su mano las provincias de Fez, y fundó allí la dinastía de los Beni-Wataces, que duró ochenta años, y no contó mas que tres verdaderos reyes, que fueron el citado Seyd-Wataz, su hijo Mohamad y su nieto Agmed, que á manos de los Xerifes perdió luego la corona y la vida. Entre tanto en Marruecos, en Suljimesa, en Sus y en otras provincias, reinaban familias y dinastías que aun andan desconocidas. Solo se sabe que en Marruecos, rival hasta entonces de Fez, y corte tambien de los antiguos reyes, imperaba al tiempo de la aparicion de los Xerifes un africano del linaje de Henteta, por nombre Nacer-Buxentuf, el cual poseia el cuerpo de la ciudad y algunos pueblos pequeños al derredor.

Los mas poderosos príncipes que hubo en Africa durante aquella edad fueron los reyes de Portugal, que viéndose sin enemigos con quien lidiar en la Península, y con tal copia de caballeros y soldados, determinaron emplearlos en extender por la costa africana sus estados. Quizás estos nuevos conquistadores habrian hecho en Africa lo propio que hicieron allá los vándalos y Ben-Umeyas, y en la parte de acá los almoravides y almohadas, que fué juntar bajo un propio cetro entrambas orillas del Estrecho, si el descubrimiento de las Indias Occidentales no encaminase á otra parte su esfuerzo y su fortuna. Por de pronto ganaron á Ceuta, Arzila, Alcázar Zaguer, Azamor, Mazagan y otras plazas importantes, con grandes territorios y multitud de pequeños lugares y fortalezas, haciendo tambien tributarios á no pocos reyezuelos y xeques moros de los que se gobernaban como independientes. Para tales empresas y conquistas contaron los portugueses no ya con su poder, sino mas todavía con el ayuda y favor de los mismos africanos que en número de diez y seis mil ginetes y doscientos mil soldados de á pié los servian y fieramente peleaban contra sus propios hermanos. Gobernábalos un cierto Yahya, natural de Saffi, el cual por discordias con los suyos se pasó á los portugueses, y tomando partido con ellos, llegó á merecer por su fidelidad y valor que el rey D. Manuel le nombrase por capitan general de sus ejércitos. Y sea esto muestra de cuán divididos anduviesen entonces los ánimos de los africanos, y cuán oportuna ocasion se desperdiciara entonces de reducir todo el Mogreb al cristianismo y á la obediencia de los reyes de España. Tal vez la Providencia no vuelva á deparárnosla tan buena.

IX.

Al fin vinieron los Xerifes á fundar un nuevo y vasto imperio en el Mogreb-el-aksa ó Mauritania Tingitana. Causó esta mudanza el fanatismo religioso, que ha movido allí cuantas hayan acontecido desde la irrupcion de los árabes: los principios fueron pequeños, y como suele suceder, no dejaban esperar tales resultas. Corrian los primeros años del siglo XVI, cuando comenzó á tener nom-

bre en Numidia un Mahomad-ben-Agmed, que por nombre se hacia llamar el Xerife Husceni, y decia ser sucesor de Mahoma. De su orígen nada se sabe de seguro, aunque hay quien le haga descendiente de aquel otro Xerife que dió muerte al postrer soberano de los Benimerines. Lo que de cierto se dice es que era hombre muy astuto y leido en las ciencias naturales, y sobre todo, gran mágico. Tenia tres hijos, Abdel-Quebir, Agmed y Mahomad, y después de comunicarles sus artes, mandólos ir á la Meca porque ganasen reputacion de santidad y doctrina. Los cuales de vuelta al Mogreb-el-aksa, solian entrar en las ciudades voceando y diciendo solamente: ¡Alá! Alá! y no querian comer sino lo que les daban de limosna, con que maravillados los moradores, iban detrás de ellos en grandes turbas y los veneraban por santos. Así anduvieron por varias partes hasta llegar los dos menores á Fez, donde el uno de ellos, haciendo oposicion á cierta cátedra de aquellas escuelas, la ganó, y el otro fué recibido con gran contento por preceptor y ayo de los hijos del príncipe Mohamad, segundo de los del linaje de Beni-Wataz. Largo tiempo se mantuvieron allí, extendiendo su fama y ganando prosélitos y discípulos, continuamente comunicándose con el viejo Xerife y el mayor hermano, que le asistia; los cuales, sin dejar á Numidia, llevaban el hilo de la trama y acechaban la ocasion oportuna de obrar. Dióselas sobrada la escasa prevision del rey de Fez; porque habiendo puesto en los hijos del Xerife gran confianza, les dió libertad para traer atabal y bandera, y predicar la guerra santa contra cristianos. Luego comenzaron á formar escuadrones de á pié y de á caballo; armáronlos, adiestráronlos, y los pusieron en aparato de guerra. Lo que faltaba era ocasion de ejercitarlos en ella y de ganar, con la militar honra, mas fama de santidad y mayor estimacion del pueblo. Logróseles aun esta ocasion y fácilmente. Ya hemos dicho que desde el tiempo de la caida de los Benimerines el Mogreb-el-aksa estaba en completa anarquía; poseyendo los Beni-Watazes de Fez ciertos territorios, otros mas extendidos los monarcas portugueses, no pocos los señores de Marruecos, y algunos los Xeques de Sus, Suljimesa y demás provincias del imperio. Pues los hijos del Xerife, llegándose al inadvertido Mohamad-Wataz, le ofrecieron ir á sujetar á aquellos rebeldes, y castigarlos por el tributo que la mayor parte pagaban á los portugueses, arrojando luego á estos de las importantes plazas y anchos territorios que poseian, con tal que los nombrase á ellos por sus alcaides de guerra y los abasteciese de armas y otros menesteres: y aun esto consintió de buena voluntad el de Fez, que fué poner el imperio en manos de los astutos hermanos. Marcharon primero á la provincia de Sus, siguiéndoles numerosa hueste, que cada dia se acrecentaba con los celosos muslimes que la fama de su virtud atraia; y vencieron á los primeros Xeques que osaron ponerles resistencia. Avisaron luego al padre y al mayor hermano, los cuales acudieron al punto, tomando el primero el gobierno de la guerra; impusieron por tributo el diezmo de los frutos, y rigorosamente lo cobraban de los pueblos que recorrian; allegaron tesoros, juntaron el miedo de sus armas al amor de su nombre, gana-

ron unas fortalezas, levantaron otras, hicieron grandes correrías y rebatos en tierra de cristianos, y de esta suerte se contaron al poco tiempo por tan poderosos, que no temieron ya declarar sus altos intentos y el punto adonde se encaminaban sus empresas. Comenzaron por destronar al Xeque ó soberano de Marruecos, que no menos imprevisor que el de Fez se mostrara. Con capa de religion, y fingiéndose grandes amigos suyos, lograron introducirse en la ciudad, y después que hubieron ganado allí parciales, apostando en las cercanías gente armada que los socorriese en todo trance, le atosigaron un dia al volver de la caza con ciertos panecillos por ellos mismos aderezados : así cuenta el suceso nuestro Mármol Carbajal, aunque otros lo refieren de diversa manera. Muerto el Xeque, se alzaron sus parciales de dentro de la plaza, llegaron los que fuera aguardaban, y tomando el alcazaba y demás fortalezas, fueron proclamados los Xerifes por señores de Marruecos. Alarmóse, como era natural, el de Fez con tales nuevas; pero los astutos Xerifes le contestaron enviándole cuantiosos regalos y ofreciéndole que le pagarian el propio tributo que de los antiguos Xeques recibia. Mas ello era ganar tiempo y apercibirse á nuevas empresas, puesto que no tardaron en negarle todo tributo y obediencia. En esto, muerto el primer Xerife y el mayor de sus hijos, aquel por la edad tan larga, y este en un combate contra el portugués Lope Barriga, capitan del campo de Saffi y hombre de los mas temidos que hubo en Africa, quedaron solos en el ganado imperio los otros dos Xerifes, llamándose rey de Sus el menor, y rey, el mayor, de Marruecos y Tarudante. No pudo sufrir mas el Beni-Wataz Agmed ó Hamet, que habia sido discípulo del menor Xerife; y aunque esta consideracion le mantuvo algun tiempo en respeto, rompiendo al fin por todo, como quien tan amenazada veia su corona, marchó contra los usurpadores al frente de copioso ejército. Encerróse el mayor Xerife dentro de Marruecos, viniendo luego el menor en su socorro, y allí los cercó el de Fez, peleándose bravamente por ambas partes con rebatos y asaltos. Mas como aconteciese por aquellos dias un levantamiento en Fez, promovido por uno de sus hermanos llamado Muley Muzaud, que pretendia el imperio, Hamet hubo de volver allá precipitadamente, levantando el cerco. Su presencia restableció al punto la paz en Fez, y juntando nueva y mas poderosa hueste, volvió contra los Xerifes. Ya en esta ocasion no quisieron los belicosos hermanos aguardarle en reparos, sino que saliéndole al paso, sentaron su campo orillas del rio Guad-el-Abid, en cierto lugar llamado Bab-Cuba. Allí se dió una grande y porfiada batalla, donde el poder de Fez fué destruido, y los Xerifes alcanzaron con la victoria riquísimos despojos y fama de invencibles. Peleó bravamente en esta jornada por los de Fez el destronado rey Boabdil, á quien llamaban en Africa el *Zogoibi*, que quiere decir tanto como desdichado; y peleando murió como bueno. Triste fortuna la de aquel hombre, que vino á morir en defensa del reino ajeno, cuando no lo habia osado defendiendo el suyo propio. Tras estos sucesos, viéndose ya sin freno ni temor, los Xerifes señorearon casi todas las provincias del Mo-

greb-el-aksa, rindiendo á Tafilete y Agher ó Santa Cruz, una de las mas importantes plazas que poseyeran los portugueses en Africa; y dando tales embestidas y asaltos á otras, como Saffi, Mazagan y Azamor, que al fin hubieron de ser abandonadas por sus presidios y moradores.

Llegados á tal punto de grandeza, nació de repente la discordia y ardió la guerra entre los Xerifes. Habian pactado los dos hermanos, en tiempo del padre, que el uno sucederia al otro, y muertos ellos, entraria á gobernar el imperio el mayor de los hijos varones que quedasen; y el menor Xerife, que era quien tenia el mayor hijo, reclamó del hermano que en vida se aviniese á declararlo por su heredero. Pero el Xerife mayor no solamente no lo consintió, sino que aun se resistia en mirar á su hermano como rey, no queriendo que sonara sino por su visir ó lugarteniente, y exigiendo de él que le diese mucha parte de los despojos que habia ganado en batalla, por juzgarse señor de todas las cosas del imperio. Era el menor Xerife mas astuto y sabio que el otro, y viéndole tan sin razon, determinó proceder con gran moderacion en el caso, á fin de traer á sí el amor y respeto de los muslimes. Hablóse largo de avenencia, pero en vano; y llevadas las cosas á punto de guerra, hubo entre los hermanos dos recias batallas, ganadas entrambas por el menor, quedando prisionero en la segunda el mayor Xerife, y Marruecos en poder del vencedor. Desterrados el Xerife mayor y su primogénito Muley-Cidan, príncipe esforzado que habia servido bien á su padre en aquellas guerras, quedó el Xerife Mahomad por único señor del imperio, y antes que por ambicioso tenido de todos por justo : tanto pudo su hipocresía. Luego determinó acabar con los Beni-Watazes de Fez, so color de vengar la afrenta que le habian hecho con favorecer á su hermano, pero con designio de desapoderar al infeliz discípulo del resto miserable de su grandeza. Juntó este todas las fuerzas que pudo para oponérsele, descollando entre los mas valerosos de su campo un cierto Buazon, deudo suyo, y denominado rey de Velez, cuya fama fué luego grande, como verémos. La batalla se dió al pasar un vado del rio de los Negros, y con poquísima pérdida de ambas partes quedó vencedor el Xerife y desbaratados y fugitivos los contrarios. Buazon, después de hacer cuanto de buen capitan podia pedirse, logró recogerse en Fez con los restos del ejército; pero Hamet Beni-Wataz y su hijo Búbcar cayeron en poder del Xerife, herido el primero y harto cansado de la pelea. Notable entrevista aquella de maestro y discípulo tras tantos años y tan diversos trances de fortuna. Cuéntase que de como se halló el Xerife delante del otro, le dijo estas palabras : «Hamet Wataz, la ira de Dios ha caido sobre tí, y él ha permitido esta tu prision por lo mucho que le has ofendido en consentir tantos pecados públicos al pueblo de Fez, donde con mas razon que en otro cabo habia de ser venerado Alá y nuestro Mahoma. Mas ten buen ánimo, y no creas que porque quisiste favorecer á mi hermano y sus hijos contra mí te he de hacer mal. En poder estás de hombre mahometano, y no de cristianos, donde pudieras tener menos esperanza de tu salud; y si tú eres cuerdo, no dudes de volver á tu reino.»

Y el desventurado Wataz, alzando la cabeza como mejor pudo, puesto que estuviese grandemente fatigado de las heridas, le respondió de esta suerte : «Lo que está escrito en la frente de los hombres se ha de cumplir. No son todas veces los reyes parte para desarraigar de su pueblo los miserables usos en que están endurecidos por larga costumbre, ni debieras tener esa por bastante causa para tomar las armas contra mí, que no se hallará haberte hecho injuria; antes en tiempo en que la fortuna no se os habia mostrado tan favorable á tí y á tu hermano, os hice todo buen tratamiento en Fez, y no pedisteis cosa que no os fuese concedida por mi padre y por mí. Quizá fué escrito juicio de Dios, habiendo de venir á este tiempo, en que pudiesen aprovechar los muchos y grandes beneficios que habeis recibido de nuestra casa, los cuales plegue á Alá sean parte para aplacar tu saña, puesto que resentimiento de mí no debieras tener ; que yo te ayudara á tí como á él si en tales infelicidades te viera.» Mientras esto pasaba en el campo, entrado Buazon en Fez, hubo de combatir las pretensiones injustas de un hermano del rey preso, que juzgaba pertenecerle el trono, alzando en él á Muley-el-Cacerir, hijo y legítimo sucesor; mas con tal condicion, que siempre que su padre viniese fuera obligado á dejarle el reino sin contienda. Hecho esto, apercibieron los de adentro las cosas de la defensa; y recibiendo letras del Xerife, donde decia que si le entregasen á Mequinez, pondria en libertad al rey preso, primero lo resistieron y obligaron al contrario á volverse con el cautivo á su corte; pero al fin vinieron en ello, y entregada aquella plaza, tornó á ocupar Hamet-el-Wataz el trono de Fez. Mas no fué por mucho tiempo, porque el Xerife, así que cobró fuerzas y se apercibió de mas soldados y armas, volvió sobre Fez y la tuvo cercada dos años, poniéndola en gran aprieto y carestía, hasta que al fin, por tratos con los ciudadanos, tomó una noche á la nueva Fez, y los de la ciudad vieja hubieron de rendirse al dia siguiente. Hamet-el-Wataz y su hijo Muley-el-Carcerir cayeron en manos del vencedor, quien los trajo aherrojados por algun tiempo, hasta que á la postre, enojado porque Buazon hubiese vencido y matado en pelea á un hijo suyo, mandó degollarlos á entrambos: desapiadada accion, que los cielos castigaron como merecia. Buazon en tanto andaba libre y dando harto que hacer con sus armas al mortal enemigo de su casa. Habíase salido de Fez pocos dias antes de la rendicion, viendo que la debilidad y torpeza de los de adentro iban á franquear las puertas al sitiador, donde sin culpa suya padeceria como los otros. Pasó al pronto á sus estados de Velez de la Gomera, y desde allí pidió favor á los cristianos, propuesto en entregarles la fortaleza del Peñon y la ciudad misma; mas como los suyos trasluciesen tal intento y procurasen estorbarlo, huyó á España. Presentóse acá al archiduque Maximiliano, y no logrando nada de él, fué aun á verse en Alemania con el emperador Carlos V; y sin alcanzar mejor éxito, se vino á Portugal, cuyo rey le dió algunas naves y un escuadron de quinientos portugueses. Con tales fuerzas volvió Buazon á Velez, y comenzó á allegar parciales y formar ejército con que embestir al Xerife. Pero en esto acertó á pasar por allí Sala-

Arraez, famoso turco que gobernaba en Argel y andaba pirateando con sus naves por el Mediterráneo; el cual, como viese delante de Velez naves de cristianos, acometió con ellas y las tomó, degollando al mayor número de los nuestros y cautivando á los otros. Buazon, que esto vió desde la playa, metióse en un ligero esquife, y llegando á la capitana de los turcos, pidió, suplicó por la vida de los cristianos, explicándole una vez y otra al capitan pirata que no eran venidos en son de guerra contra los muslimes, sino para ayudarle á él en sus justos propósitos. Mas nada pudo recabar de aquellos feroces enemigos del nombre cristiano; antes bien, afeándole Sala-Arraez el buscar tales alianzas, se dió á la vela con el despojo y cautivos. Buazon, lleno de noble desesperacion, dispersó la hueste que tenia reunida, abandonó las cosas de su estado, allegó el mayor tesoro que pudo, y caminó hácia Argel á procurar el rescate de los cautivos cristianos. Tanto hizo, que maravillado y compadecido Sala-Arraez, no solamente dió libertad á los cautivos, sino que le ofreció ponerle en el reino de los Beni-Watazes y vengarle del Xerife. Reunióse en Argel numeroso campo para la empresa, y Buazon y Sala-Arraez marcharon con él hácia Fez; rompieron en batalla al Xerife, y se apoderaron de la ciudad. No bien, logrado esto, Sala-Arraez iba á cumplir su promesa, cuando conjurados algunos de los émulos de Buazon, y calumniándole largamente, alcanzaron del turco que á él lo pusiese en prisiones y nombrase en su lugar por rey de Fez al príncipe Búbcar, hijo de Hamet-Wataz, que habia logrado escapar al degüello de los de su familia. Hubo en Fez el nuevo con este motivo grandísimo alboroto, porque todos querian por rey á Buazon, y tanto pudo la ira en los ciudadanos, que arremetiendo furiosamente á los turcos, pareció que era llegado el dia de su ruina en aquel lugar donde como tan amigos habian entrado. Traspasaron los turcos el prisionero Buazon á Fez el viejo, y enseñábanlo desde el muro á los sublevados para que viesen que ningun mal le habian hecho; pero estos, cada vez mas embravecidos, gritaban: «¿Para qué nos lo muestras? ¿Es espejo? Dánoslo puesto en libertad.» Y hubo al fin que soltarlo, y Sala-Arraez, mal de su grado, le proclamó por rey de Fez. Mas, hondamente ofendido el turco de tales hechos, escribió al Xerife diciéndole que bien podia venir cuando quisiese sobre Buazon, porque él no habia mas de ayudarle en cosa alguna; y alzando su campo, se volvió á Argel. No se dejó esperar el Xerife, y acudiendo con grueso ejército contra el adversario, hubo entre los dos larga y porfiadísima batalla, que sin duda ganaran los de Fez á no haber la desdicha de que Buazon muriese en ella, ó bien llevado de su natural valor á lo recio de la pelea, ó bien asesinado por un confidente del Xerife que traidoramente se habia deslizado entre los suyos, como sienten otros. Después de esta victoria Mahomad entró en Fez, y no hubo mas quien pudiera disputarle el imperio.

En medio de tales revueltas no habian estado ociosos el mayor Xerife y sus hijos. Muley-Cidan, el primogénito, estuvo en Fez ayudando á Hamet-el-Wataz contra su tio, cuando este tenia puesto cerco á la plaza. Mas tarde, cuando vino

Buazon con ayuda de los turcos á recobrar sus estados, se alzó el Xerife Agmed en Tafilete, y movió guerra por aquellos contornos á su hermano. Rindiólo este al fin, y mandando matar á Muley-Cidan y otro de sus hijos mayores, á él con los demás le envió á Marruecos. Horrible condicion era la de aquel Xerife; tal, que con ser el hermano cruel, dejó mucho mejor fama. Su codicia desenfrenada provocó la discordia; vencido la primera vez, faltó á la fe prometida, y desde el retiro que el vencedor le concediera generosamente, uníase con sus mortales enemigos para acabar con él. Fué tan tirano, que sus vasallos desearon mucho y prestaron fácil obediencia á Mahomad, el menor Xerife, por salir de su poder; y aun los vecinos de Tafilete y de otros pueblos donde residió, durante su destierro, se levantaron contra él, debiendo á los respetos del hermano que no le quitasen la vida. Mahomad era por su parte mas hipócrita y no tan riguroso, y poseia mucho mayor inteligencia y valor: hombre verdaderamente notable, y que á reinar en otra nacion fuera de los mas famosos del mundo. Ambos hermanos alcanzaron tan larga vida, que llenaron casi el espacio de un siglo con su nombre y sus sucesos; y el uno y el otro se llevaron pocos dias en la muerte, que fué tan desgraciada como los hechos de este y de aquel merecian. Hamet fué asesinado por los turcos de su guardia, capitaneados por un traidor, que para tal propósito habia venido desde Argel y ganado su confianza; y como se supiese la muerte de este, temiendo Alí-Buaker, alcaide de Marruecos y hombre muy adicto á la familia del menor Xerife, que el otro levantase alborotos y pretendiese de nuevo el trono, le mandó decapitar con todos sus hijos. Entonces vino pacíficamente al imperio Abd-Alah, hijo primogénito del Xerife Mahomad, y quedó asentada definitivamente la dinastía.

El reinado de Abd-Alah no ofrece cosa notable, si no son sus crueldades, que excedieron á las de sus antecesores: verdad es que puso sitio á Mazagan, que poseian los portugueses; mas hubo de retirarse sin efecto. Su hijo Mohamad, dicho el Negro, que le sucedió, ni mas humano ni mas valeroso que él, fué despojado del imperio por su tio Abd-el-Melik, denominado el Moluco, con ayuda de los turcos. Mahomad vino á Portugal, y empeñó en su favor al rey D. Sebastian, mozo de altos alientos y muy valeroso de su persona, pero un tanto imprevisor y arrebatado. Pasó allá el portugués, desoyendo los consejos del rey Don Felipe de España, que, como tan prudente, procuró apartarle de su propósito: la armada era buena, pero no bastante para tamaña empresa; y dándose la gran batalla de Alcázar entre el rey Moluco de un lado, y del otro el rey D. Sebastian y el destronado Mahomad, fueron estos vencidos por la muchedumbre de los contrarios; aconteciendo aquel caso desdichado que puso en llanto y consternacion á toda España, puesto que de la gente que allí se perdió no eran todos portugueses, sino que habia tambien muchos y buenos soldados castellanos. Llamóse la jornada de los tres reyes, por haberse hallado tantos en ella, muriendo los tres, aunque de harto diversa manera; porque D. Sebastian cayó con dos mor-

tales heridas, lidiando como quien era; el Xerife *Negro* se ahogó en la fuga, al pasar desalentado un rio; y el Moluco, que asistia gravemente enfermo en una litera, murió de rabia y de fatiga, temiendo que se le fuese de las manos la victoria. Un hermano del Moluco, llamado Muley-Hamet, fué alzado por rey en el mismo campo de batalla; y ajustadas paces con nuestro rey D. Felipe II, extendió en Africa su dominio hasta los desiertos de Shara, conquistando en varias campañas á Tegmarin, Tuat, Tumbuctu, Gago y Kukia, con otros puntos de la Nigricia, hasta llegar á las lindes de Burnú y la Guinea. Hay quien señale el reinado de este Xerife como la *edad de oro* del imperio de Marruecos. Ello es cierto que gobernó con tanta justicia, que en los veinte y cinco años que imperó no hubo una sola insurreccion ó rebeldía allí, donde tan comunes han sido en todos tiempos. De sus conquistas trajo á Marruecos inmensos tesoros, y se cuenta que habia siempre á las puertas de su palacio millares de hombres empleados en batir moneda : todo eran fiestas y placeres, todo regocijo en su reinado. Los soberanos del Africa central se hicieron sus tributarios, y mantuvo embajadas en las mayores naciones de Europa. Pero su excesiva bondad abrió las puertas á la ruina del imperio después de su muerte, que aconteció en los primeros años del siglo xvii. Habia dejado repartido el territorio entre sus cinco hijos, en lugar de dejar por único rey al primogénito, que era, segun dicen las historias, no indigno de sucederle. Abu-Fers, uno de ellos, imperó en la ciudad de Marruecos y las provincias cercanas; y otro, llamado Muley-Cidan, puso su asiento en Fez, encendiéndose en guerras y rivalidades los moradores de estas dos capitales. Muley-Xeque, que así se nombraba el mayor, se vino á España á pedir ayuda; mas el rey D. Felipe III no quiso dársela sino á condicion de que le entregase la fortaleza de Larache. Hubo sobre esto largos tratos y negociaciones; pero en el entretanto uno de sus hijos, llamado Abdallah, echó de Fez á Muley-Cidan, y puso en el imperio á su padre. Rebelóse luego este Abdallah, valentísimo soldado, por ver que al fin su padre daba la fortaleza de Larache á los cristianos; pero obligado á huir, la plaza fué entregada á los nuestros, segun estaba de mucho antes pactado. Grande es la confusion que hay sobre los sucesos de aquel tiempo, pero al cabo de cincuenta años de revueltas aparece Muley-Cidan como vencedor de los otros, merced á la ayuda que le dieron doscientos aventureros ingleses, al mando de un tal Juan de Gifford, capitan de no escasa cuenta. Tres hijos de Muley-Cidan le sucedieron en el imperio : el primogénito, llamado Abd-el-Melik, reinó cinco años y fué de condicion cruelísima, tomando el nombre de sultan, que no habia usado ninguno de sus predecesores; el segundo, por nombre Valid, murió querido de sus vasallos, y el otro, que se apellidaba Hamet-Xeque, fué desposeido y muerto por algunos rebeldes árabes, que alzaron al trono á uno de sus capitanes llamado Krom-el-Hagge. Este mandó matar á todos los descendientes y deudos de los Xerifes, pero no tardó en ser asesinado por su propia mujer. Entonces subió al trono su hijo Muley-Xeque, en cuyo tiempo, ardiendo

el imperio en revueltas y desmanes, repartido en mil cabezas y señoríos, y entregado al mas espantoso desórden, se levantó una nueva dinastía, que arregló poco á poco las cosas del Estado, y aun hoy está imperando en el Mogreb-el-aksa ó Marruecos.

X.

Por los años de 1620 de nuestra era volvieron de la Meca ciertos *hagis* ó peregrinos filelis, que es raza de amazirgas, y se establecieron con los de su tribu en las cercanías de Tafilete. Traian con ellos á un tal Alí-ben-Mohamad-ben-Alí-ben-Jusuf, al cual, aunque extraño, todos amaban y respetaban por sus admirables virtudes, y por ser, al decir de muchos, vigesimoséptimo descendiente de Alí y de Fátima la Perla, hija única de Mahoma. En cuanto á su orígen, era de nacion árabe y natural de Jembo, lugar no distante de Medina; y por su descendencia andaba en reputacion de noble ó *Xerife*. Establecido aquí con los filelis, se empleó por algunos años en el cultivo y labor de los campos, los cuales dieron en todo aquel tiempo abundantísimas cosechas, cuando antes no solian producir nada, ó bien abrasados con espantosa sequía, ó bien asolados con frecuentes tormentas y ventisqueros. Y como la fama de sus virtudes era tanta y la santidad de su orígen creida, no dudaron aquellos sencillos moradores en atribuir á su presencia lo que era obra del azar y de la naturaleza. Miráronle como á bienhechor de la tierra y favorecido de Dios, y enviado del Profeta, su abuelo, para repartir entre ellos felicidad y abundancia; y tanto pudo esta voz, que encendidos en veneracion y entusiasmo los habitantes de Tafilete y sus inmediaciones, le alzaron por rey de la comarca. No se sabe si este Xerife estaba ó no emparentado con aquellos famosos que antes llenaron el Mogreb con su nombre y poderío, puesto que no está bien acreditado siquiera que ni los unos ni el otro viniesen verdaderamente de Alí y de Fátima la Perla. Y á la verdad mucho puede dudarse de tales parentescos, contemplando que los fundadores de todas las dinastías muslimes que han reinado sobre el Mogreb-el-aksa no han presentado por título de sus pretensiones sino motivos ó pretextos religiosos, siendo de los mayores y mas apreciados en todas ocasiones el descender del Profeta. Pero ello es que Alí-ben-Mohamad ocupó el trono en Tafilete, sin que de su tranquilo y feliz reinado quede memoria notable. Sucedióle su hijo Muley-Xerife al cual reputan algunos como fundador de la actual dinastía llamada de los *Fileli*, por la provincia en donde se levantó, y tambien de los *Hoceinitas*, nombre tomado de Hocein, segundo hijo de Alí y de Fátima, tenido, con razon ó sin ella, por su progenitor. Hubo este príncipe en sus mujeres hasta ochenta y cuatro hijos varones y ciento veinte y cuatro hijas: número que deja entender sus costumbres, y cuánto mas dado fuese al descanso

y tratos de amor que no á trabajos y peligros de guerra. Declarósele por enemigo Sidi-Omar, rey de Ilekh, y vencido de él en batalla, vino á sus manos prisionero. Muley-Xerife, reducido á la condicion particular después de haber sido rey, no echó de menos su grandeza antigua, ni sus palacios, ni sus ejércitos, ni sus servidores, sino solamente el regio harem y la compañía de sus hermosas mujeres. A punto llegó en esto, que despachó mensajes al vencedor pidiéndole que le diese una concubina al menos con quien compartir sus dias; y oyendo el de Ilekh tan baja demanda, indignado de que tal hiciese hombre que habia llevado nombre de rey, le envió por burla y menosprecio la mas grosera y deforme de sus esclavas negras. De esta tuvo aun dos hijos el Xerife, que fueron el uno Ar-xid y el otro Ismael, señores luego, aunque mulatos, de todo el Mogreb-el-aksa. Muley-Xerife fué restituido al trono de Tafilete por la piedad del vencedor, y el resto de su vida lo pasó, segun las historias, en hacer felices á sus vasallos, porque aparte lo lujurioso, dícese de él que era humano y prudente, aunque harto lejano de las virtudes del padre, que se tuvieron por grandes y son muy nombradas en Africa. El hijo primero que le sucedió fué Mohamed, que ha dejado nombre de justo y amable, y fué muy querido de sus vasallos; pero reinó poco. Muley-Ar-xid, el mayor de los hijos que tuvo el Xerife en la esclava negra de Ylekh, se levantó contra él y le obligó á quitarse por sí mismo la vida. Era este mulato intrépido capitan, activo y sagaz, cuanto cruel y sanguinario. Apenas se vió señor de Tafilete, determinó acabar con la anarquía que reinaba en el Mogreb-el-aksa, sujetando toda la tierra á su dominio. Junto copioso ejército, marcha hácia Fez y la toma, conquista las provincias septentrionales del imperio, pelea con Muley-Xeque, señor de Marruecos, véncele, gánale la ciudad, y ordena que sea decapitado : embiste y rinde á Salé y Rabatt, que se gobernaban como independientes, entra por tierra de Sus, y todos los pueblos obedecen su ley; subyuga ó extermina, no sin recios combates, á los moros rebeldes, que ocupaban ciertos pasos del Atlas, descendientes estos, segun algunos, de mas de cincuenta mil cautivos cristianos, que Yâcub el vencedor trajo de España y empleó en la fábrica de Marruecos, y por vengar en el de Ilekh la rota de su padre y antigua afrenta de su familia, camina contra él, triunfa, y toma la capital por fuerza de armas; persigue al príncipe Sidi-Alí, que habia heredado á Sidi-Omar, hasta los confines de la Nigricia, é iba ya á traspasarlos en demanda aun de su enemigo, cuando un ejército de cien mil negros vino á estorbárselo, declarando que el fugitivo habia tomado seguro entre ellos, y que no permitirian que allí se le tocase ó hiciese mal alguno. Ar-xid, disimulando su cólera, por no sentirse con poder bastante para arrollar aquel enjambre de negros, vino á Marruecos y puso en esta ciudad su corte, dedicándose á restablecer y arreglar las cosas interiores y particulares del imperio, que no menos vasto que en otros dias, se dilataba desde el cabo de Num hasta el rio Muluya.

En este príncipe Ar-xid comienza verdaderamente la dinastía de los *Filelis*, soberanos de Fez y de Marruecos. Corria entonces el último tercio del siglo VXII, y

el Mogreb-el-aksa, agitado de tantas revueltas intestinas, dominado mas que nunca del fanatismo religioso, y rigorosamente apartado del trato y comercio de las naciones cristianas, se miraba ya envuelto en densas tinieblas de ignorancia y de barbarie. Ar-xid, lejos de procurar en alguna manera la civilidad y cultura de sus vasallos, contribuyó, como feroz mahometano que era y duro y receloso señor, á acrecentar la supersticion y la pereza y los hábitos de esclavitud y de tiranía. Dió en mirar el oficio de verdugo como uno de los que mas honraba la majestad imperial, y por sus propias manos solia castigar á los criminales. Los suplicios que ordenaba eran tales, que con emplearse casi siempre contra hombres malvados, infundian horror, indignacion y vergüenza. Preciábase de justo, pero no le quedó sino reputacion de bárbaro y cruento. Cuéntase de él un hecho notable. Uno de sus ministros encarecia en presencia de Ar-xid la seguridad en que estaban las calles de la capital, y dijo: «Dias há que anda en mitad de ellas un saco de nueces sin que nadie sea osado á recogerlo.» «¿Pues cómo sabeis que sean nueces?» preguntó el Sultan. «Sélo porque dí con el pié en el saco», repuso el ministro. «Cortadle el pié que en tan culpable curiosidad empleara», dijo entonces el Sultan á sus guardas, y aquella sentencia fué ejecutada. Rebeláronse contra Ar-xid algunos de sus hijos; refrenólos, y mandó, no como padre, sino como soberano, que les diesen muerte. Al fin pagó él con muerte propia tantas como tenia ordenadas ó ejecutadas, cayendo asesinado al salir de un festin. Los hijos que dejó comenzaron al punto á revolverse unos contra otros, disputándose el imperio, pero ninguno supo obtenerlo. Venciólos á todos su tio Ismael, hijo tambien del Xerife y de la esclava negra que compartió su destierro; el cual se proclamó sultan ó emperador en Marruecos. Y cierto que solo Ismael era digno de suceder á Ar-xid, su hermano; con decir que le iba muy por encima en punto á ferocidad y espíritu sangriento, basta para conocer su carácter y calidades. Fué Ismael, con efecto, de los mas odiosos hombres que hayan ocupado un trono jamás: su aspecto siniestro, porque tenia la tez casi negra, la estatura corta, aunque muy membrudo y ágil, cólericas las miradas y ademanes: pérfido, avaro, hipócrita, y tan lujurioso que llegó á contar en su casa ochocientos hijos: número verdaderamente prodigioso, por fin, no se hallaban en él otras partes que estimar sino su sagacidad y fortaleza. A la verdad pocos le han superado en prever los peligros y contrastarlos, sufriendo con ánimo igual la próspera que la adversa fortuna. Cuando montaba á caballo solia hacer un bárbaro alarde de destreza, que era segar al vuelo con su alfanje la cabeza del esclavo que le tenia el estribo. Y con todo eso sus vasallos tomaban á honra el morir á manos del déspota: tales eran ellos y tan vil respeto y veneracion logró infundir entre todos con su fingida devocion y su supuesta descendencia del Profeta. Recobró á Tánger y á Larache y la Mamora, que eran poseidas de los españoles, los cuales, con la penuria y extrema decadencia á que el débil reinado de Cárlos II los habia traido, no pudieron socorrerlas. Fué menos feliz delante de Ceuta, que valerosamente defendieron los nuestros;

pero en cambio pudo deshacerse, durante aquel sitio, de los capitanes y moros principales de quienes recelaba, exponiéndolos en los puntos de mayor peligro hasta que perdian la vida. Tirano aquel que igualó con sus hechos á los mas famosos que nos represente la historia; el cual, con mengua de la humana condicion, fué al morir universalmente sentido de sus vasallos: así lo fué Neron en Roma, y hubo alguno de sus sucesores que juntó su nombre al propio nombre, por ganar prestigio con él entre aquellas gentes viles. A este Ar-xid sucedió en el trono uno de sus infinitos hijos, llamado Muley-Ahmed-el-Dhebi ó el Dorado; no porque fuese el primogénito ni porque hubiese en él mas valor ó virtud que en los otros, sino porque, logrando apoderarse del tesoro real, redujo á los mas y cerró con llave de oro las puertas del descontento. Mas, agotado el tesoro, ya por sus liberalidades, ya por su desordenado lujo y disipaciones, uno de sus hermanos, llamado Abd-el-Melik, se levantó contra él y le echó del imperio. Recobrólo al cabo de algun tiempo Muley-Ahmed, y por llenar otra vez sus arcas emprendió una expedicion á Tombuctú, saqueó y tomó cuanto hubo á las manos, y cargado de oro y de piedras preciosas dió la vuelta á sus estados. Este príncipe, que tanto confiaba en el poder de las riquezas, no pudo dilatar por mucho tiempo la vida, y al cabo de un reinado de dos años la hubo de dejar en manos de ciertos conjurados, que le ahogaron en su propio palacio. Abu-Fers, su hijo, debió sucederle, pero se le anticipó Muley-Abdalah, su tio, de la copiosa prole de Ismael. Tenia este por madre á una esclava inglesa de extraordinaria hermosura, su nombre Leila-Yanet, mujer astuta, la cual, como viese de cuánta monta era para llegar al imperio el apoderarse del tesoro, hubo trazas para tomar los restos de las pasadas exacciones, que se custodiaban en Mequinez, y haciendo venir al hijo, que estaba en Tafilete, se los entregó, con lo cual no halló grandes obstáculos para ser reconocido como soberano. Dícese de esta Leila-Yanet que era tan diestra en manejar el tósigo como el oro, y que de uno y otro se valió para poner en logro sus intentos. Pero ello es que Muley-Abdallah ocupó el trono. Pareció en los principios justo y humano, mas no tardó en volverse avaro y cruel. Y como al propio tiempo no rayase muy alto como político, alteráronse sus vasallos, y cinco veces le destronaron, poniendo en lugar suyo á sus hermanos Alí y Mohamad, los cuales imperaron, primero el uno y luego el otro, por algun tiempo; pero á la postre Abdallah pudo vencerlos por armas, y con muerte de entrambos y tremendos castigos en la gente popular y soldados se aseguró y vivió tranquilo hasta su muerte. En su tiempo vino al Mogreb-el-aksa el famoso duque de Riperdá, que por tan varios trances y raros caminos habia llegado á ser ministro y privado de nuestro rey D. Felipe V, viéndose luego juguete mísero de la fortuna: destituido, exonerado, desposeido de sus altos empleos, títulos y rentas; violentamente extraido del asilo extranjero, donde pensó hallar seguro; preso y conducido al alcázar de Segovia, de donde solo sus artes y el favor de una mujer de bajo linaje lograron sacarle á salvo. Recibió Abdallah con mu-

cha ostentacion y aprecio al Duque, sabedor de sus altas prendas y calidades, y oyó sus consejos, que, dados al compás de sus propias y desordenadas ambiciones, le fueron mas bien costosos y desgraciados que no de provecho alguno. Tuvo mucha parte en los favores de Abdallah su madre Leila-Yanet, locamente prendada del Duque, y que por todos los medios imaginables procuraba ensalzarlo, soñando hasta con levantar para él un trono en Africa. No sabemos cuál habria sido el término de tales tratos, los cuales tarde ó temprano habian de venir en contra de Abdallah, si la sultana favorita no hubiera hecho envenenar á la sultana madre por antiguas reyertas que entre ellas traian. Muerte la de esta Leila-Yanet muy conforme con su vida. Entonces el duque de Riperdá salió de Marruecos y se encaminó á Tetuan, donde á poco murió despechado. Abdallah ajustó paces en los últimos dias de su reinado con la Dinamarca y la Holanda, confirmó las que venian ya tratadas con la Gran Bretaña desde los dias de su padre Ismael, y autorizó el comercio de los europeos en los puertos del imperio. Vínole luego la muerte en la ciudad de Fez y en un palacio que habia allí levantado para pasar algunos meses del año. Sus hijos fueron dos : el uno llamado Ahmed, que tuvo en una esclava negra y le sobrevivió muy poco, y el otro, por nombre Mohamad, á quien habia asociado años antes al imperio, y que de todas suertes le habria sucedido, viviese ó no el mayor hermano, por andar en gran opinion entre los naturales. Príncipe á la verdad cuyo reinado merece mayor estudio y alabanza que puedan concederle los límites estrechos en que forzosamente ha de parar nuestra pluma.

Corrian los años de 1757 cuando Mohamad sucedió en el trono, tomando al punto el título de Amir-el-Mumenin ó príncipe de los creyentes. Vióse el nuevo príncipe señor de vastos estados y de vasallos numerosos, pero pobres aquellos, con ser tan rica y fértil la tierra; ignorantes, serviles estos, sin comercio ni industria ni alguna cultura; el imperio sin leyes ni administracion por dentro, sin poder ni respeto por fuera : que á tal estado le habian traido sus antecesores. A todo ello intentó poner remedio el juicioso Mohamad. Comenzó por ajustar tratados con Francia, España, Toscana, Portugal, Venecia y el imperio de Austria, y confirmó los que ya habia con otras potencias; y de esta suerte aseguró la paz de su reinado y preparó la ejecucion de otras medidas que imaginaba. De ellas fué el abrir las puertas del imperio á los europeos, honrándoles y protegiéndoles contra el fanatismo de los naturales; dándoles altos salarios y considerables ventajas para estimularlos á establecerse en la tierra. Fueron muchos los que con esta ocasion vinieron al Mogreb-el-aksa, de todas clases y oficios : arquitectos, pintores, lapidarios, jardineros, médicos, matemáticos, industriales, y no pocos aventureros y soldados; y aun mas favoreció á los renegados y á los hebreos que venian á su servicio, repartiendo entre ellos los mas altos empleos de su casa y estado. A un cierto Samuel Sumbel, hebreo, de Marsella, le tuvo por mucho tiempo como á primer ministro; un francés, lla-

mado Cornut; un triestino, por nombre Ciriaco Petrobelli; un toscano, apellidado Mutti, y Francisco Chiappa, genovés de nacion, llegaron á ser tambien ministros suyos, y de ellos los hubo que no dejaron de ser cristianos ni ocultaron jamás que lo fuesen. Dió libertad tambien á muchos esclavos cristianos, empleándolos, segun su clase y condicion, en la administracion pública. Con los servicios de tantos europeos no podia menos Sidi-Mohamad de juntar la imitacion de sus costumbres y de sus nombres. Así es que hubo por aquel tiempo en Marruecos príncipes imperiales, jueces supremos, generales, y aun generales en jefe, ministros y secretarios de Estado, gobernadores, intendentes de provincia, almirantes de mar, guardasellos, chambelanes, gentileshombres de cámara, maestros de ceremonia, médicos de cámara, bibliotecarios, intérpretes; y en fin, cuanto solia verse á la sazon en las principales cortes de Europa. Hasta en sus mujeres preferia á las europeas, de las cuales merece mencionarse una cierta Leila-Zarzet, hija de un renegado inglés, con quien contrajo matrimonio; y otra, por nombre Leila-Duvia, que por los años de 1822 vivia todavía, y era renegada genovesa. Y con todo eso, Sidi-Mohamad era buen muslime y muy celoso de la grandeza de su patria. Pero su inteligencia le levantaba por encima de aquella nacion que regia: amaba las artes y la cultura de los europeos, y juzgaba atinadamente que solo con su trato y compañía lograrian los rudos habitantes del Mogreb-el-aksa recuperar el largo tiempo perdido en el fanatismo y el ocio. Harto muestran sus patrióticas miras la solicitud que puso en recobrar á Mazagan, plaza importante que los portugueses poseyeron hasta entonces; y si no acometió á Ceuta y las demás plazas de España, no fué sino porque recientes desengaños habian dado por imposible tal empresa mientras no poseyesen los marroquíes mayores recursos y medios militares. Edificó la ciudad de Mogador y echó los cimientos de Fedala, puertos ambos importantísimos sobre el Océano, fortaleciéndolos con buenos muros y baluartes. Y de esta suerte proporcionó mayor comodidad al comercio de las provincias occidentales del imperio, y puso mas bajo su devocion y guarda aquellas costas. No se hallará, en suma, en este soberano cosa que no sea digna de un gran político y propia de un celoso y hábil administrador: en otra nacion y en otro tiempo habria sido de los famosos del mundo.

Amáronle sus vasallos sobremanera, y principalmente los amazirgas, que son la mas antigua poblacion de aquella tierra; pero sin embargo tuvo que refrenar algunas insurrecciones promovidas por sus hijos entre la ambiciosa soldadesca, y mas que en otros en los mercenarios negros, que desde tiempos muy antiguos solian formar en la guardia de los emperadores de Marruecos. La mas considerable de ellas fué una que promovió Muley-Mohamad-Mahadí-Yezid, su primogénito, en 1778, intitulándose rey de Mequinez. Vencióle Sidi-Mohamad fácilmente, y le mandó que para expiar su delito fuese en peregrinacion á la Meca, acompañado de su madre Leila-Zarzet, cuyos ruegos habian libertado al hijo de

mayor castigo, de algunos de sus hermanos y buen séquito de moros principales. Con esta caravana iban tambien ciertos ministros del Sultan, que llevaban de su parte ricas ofrendas para los Xerifes de la Meca y de Medina. No bien estuvieron á la mitad del camino, Muley-Yezid asaltó á los que llevaban el tesoro y violentamente arrancó de sus manos la mejor parte. En vano le rogó su madre que no tocase ofrendas que iban consagradas al Profeta, y no fué menos inútil que le conminasen los ministros con la justa cólera del Sultan. Esta fué tanta al saber la noticia, que envió á decir al hijo que mas no volviese á sus estados sin haber hecho tres peregrinaciones á la Meca, en desagravio del robo. Muley-Yezid, no mas obediente á este mandato que á los otros, anduvo recorriendo algun tiempo las regencias berberiscas, ejecutando por todas partes abominables hechos, y dejando triste recuerdo de su nombre. En una ocasion uno de sus intendentes tardó mas que de costumbre en aprontarle cierta cantidad que necesitaba, y el bárbaro príncipe le mandó dar hasta cuatro mil palos, y le obligó á tragar después una gran cantidad de arena, con que se le ocasionó la muerte. Su mayor placer era atormentar á los esclavos cristianos que poseia, y mas aun á los que encontraba por las calles de Argel, de Trípoli ó de Túnez. Los mismos cónsules no estaban libres de sus iras; de suerte que ocasionó mas de un conflicto á las regencias con los estados de Europa. Echado de todas partes y aborrecido de todo el mundo, Muley-Yezid acibaró largamente los últimos dias de su buen padre, tan diferente de él en todas las cosas. Dábase por alguna excusa de sus crueldades el que apenas se hallaba hora del dia en que no estuviese ebrio; pero lo cierto era que su natural colérico, su codicia y su lujuria le llevaban, no menos que los estímulos de la embriaguez, á igualarse con su abuelo el Xerife Ismael, de odiosa memoria. Todavía desde el destierro en que se hallaba saqueó por dos veces los tesoros que su padre enviaba á la Meca, apostándose en los caminos por donde venian, y prevaliéndose del respeto que sin duda infundia en los moros guardadores su cualidad de primogénito y sucesor en el imperio. Al fin, Sidi-Mohamad, dejando los respetos de padre, y acordándose de sus deberes de soberano, le desterró para siempre de sus estados, y llamando á los grandes dignatarios de su corte y á los Xeques y cabezas de las tribus, les propuso por su heredero á Muley-Abd-es-Salem, su cuarto hijo, que era el que mas se le acercaba en virtudes. De como esto supo Muley-el-Yezid, se encaminó rápidamente al Mógreb-el-aksa, y tomando asilo en un santuario muy venerado que estaba puesto no lejos de Tetuan, comenzó desde allí á promover el levantamiento de los malhechores y de los mas fanáticos de los moros, que eran sus únicos partidarios. A punto llegaron las cosas, que Sidi-Mohamad determinó marchar en persona contra el rebelde hijo y castigarlo como sus crímenes merecian. Pero la muerte atajó sus pasos, no lejos de Salé, á los 11 de abril de 1789, que era el ochenta y uno de su edad y el treinta y dos de su reinado. Era tal la fama de Muley-el-Yezid, que los ministros del Sultan tuvieron por el pronto oculta su muerte, y no la noticiaron al

pueblo hasta después que estuvo enterrado en Rabatt, temerosos de que aquel hijo desnaturalizado lograra apoderarse del cadáver, y cometiera en él horribles profanaciones. Con la muerte de Sidi-Mohamad decayó el gran movimiento civilizador que comenzaba á sentirse en el imperio: poco á poco fueron desapareciendo las reformas; dejaron los europeos de hallar recompensas y estímulos que les moviesen á llevar sus artes á Marruecos, y casi todas las cosas volvieron á su antiguo estado. Perdióse la esperanza que muchos llegaron á concebir de ver entrar á los pueblos de Mogreb-el-aksa en el número de las gentes civilizadas.

XI.

De los hijos de Sidi-Mohamad hubo varios que alcanzáron nombre en Africa. Fué el primero Muley-el-Yezid, que á pesar de la desheredacion del padre vino á sucederle en el trono; llamóse otro Muley-S'lemma ó Es-salem, y otro Abd-el-Rahman, y hubo uno que tuvo por nombre Muley-Hixem, y otro Muley-Abd-es Salem, y aun quedó uno apenas adolescente, el cual se llamó Abu-er-Rebich-Soliman. Muley-el-Yezid, de cuyas costumbres hemos hablado ya tanto, rayaba en los cuarenta años cuando heredó el imperio, y era de hermosa persona y muy determinado, aunque tan vicioso y sanguinario. No bien se supo la muerte del padre, le aclamaron por sultan en Rabatt y Salé y en las provincias cercanas. La primera diligencia del nuevo príncipe fué llamar á Tetuan, en donde se hallaba aposentado, á los cónsules europeos, amenazándoles allí con declarar la guerra á sus soberanos si no le pagaban ciertos tributos; de esta amenaza solamente exceptuó á la Inglaterra. La potencia contra quien primero descargó sus iras fué España, y juntando las fuerzas que pudo, con harta menos prudencia que el padre se vino á sitiar á Ceuta y las demás plazas que en aquel litoral tremolaban nuestra bandera. Salieron vanos los primeros amagos, y harto hizo con desistir de la empresa y acudir antes de mucho adonde la necesidad le llamaba. Habian sus primeros pasos, tan contrarios á los del padre, suscitado contra él la rabia, ó el descontento cuando menos, de sus vasallos. Aprovechando esta coyuntura, se levantaron contra él sus hermanos Abd-el-Rahman con Tafilete y Daraa, y el otro hermano Hixem con la ciudad de Marruecos, ayudado este de Abd-el-Rahman-ben-Azar, Abd-alah-el-Rahmani y Zeid-ben-Arrosi, tres de los mejores generales de Sidi-Mohamad. Yezid marcha desde el campo de Ceuta, donde se hallaba, contra Hixem, que parecia el mas temible; vence las primeras tropas que se le oponen, y pasa triunfante el Vms-er-rebich. Llega delante de Marruecos, lo embiste furiosamente y lo entra por fuerza, arrojando de ella al rebelde hermano; y desencadenando sus iras contra los rendidos moradores, ejecuta en ellos horribles suplicios y venganzas tales que espantan

el ánimo y hacen que la pluma se resista á relatarlos. No desalentó á Muley-Hixem tan gran desastre; mas antes revolviendo sobre Yezid con su ejército, hubo nuevos combates, y en uno de ellos cayó este mortalmente herido, no habiendo trascurrido sino veinte y dos meses desde que entró á regir el imperio; el cual se miró entonces repartido en tres gobiernos diversos: Es-Salem, que era el heredero mas próximo del trono, se proclamó sultan en Vazan, donde residia, lugar del reino de Fez; Muley-Abd-el-Rahman permaneció con las mismas pretensiones en Tafilete; y el vencedor Hixem, entrando otra vez en Marruecos, no pensaba menos de que tenia seguro el imperio, por el cual habia guerreado con tanta fortuna. Abd-es-Salem, cuarto hijo de Sidi-Mohamad, y á quien este tenia reservada la herencia del imperio, segun se dijo, fué el mas modesto de todos, puesto que se contentó con servir á su hermano Hixem en el gobierno de Tarudante. Disputáronse el imperio aquellos diversos pretendientes, alegando cada cual su derecho, aunque sin llegar á las armas durante algun tiempo. Pero entre tanto, de donde menos se esperaba apareció un nuevo pretendiente, el cual, como fuese mas valeroso y mas diestro que los otros, los fué sucesivamente venciendo y despojando de los estados que poseian, hasta quedarse solo en el imperio. Fué este aquel adolescente Muley-Soliman, hijo tambien de Sidi-Mohamad, el cual residia en Mequinez, de todos, por sus cortos años, puesto al olvido. Las buenas partes del mozo le granjearon el favor de muchas tribus de amazirgas y bereberes, y levantando en ellas copioso ejército, se vino contra los hermanos. El único que pudo resistirle fué Muley-Hixem, que se mantuvo por rey en Marruecos, mientras Soliman ó Suleyman se enseñoreaba de Fez y Salé y Tánger, y tomaba el nombre de sultan. Pero al fin Hixem, viendo cuán declarado andaba en favor del hermano el afecto de los naturales, se salió de Marruecos, y encargando sus hijos al vencedor hermano, se fué á vivir en un santuario, donde á poco dejó la vida. Entonces Muley-Suleyman fué aclamado Amir-el-Mumenin en todo el Mogreb-el-aksa, corriendo á la sazon el año de 1795 de nuestra era.

Lo primero que hizo el nuevo príncipe fué ajustar paces con España y ratificar las que habia entre Marruecos y otras potencias. Luego celebró tratados de amistad y comercio con los Estados-Unidos y la Cerdeña y ciudades Anseáticas. Y durante las guerras en que mantuvieron empeñada á la Europa por espacio de mas de veinte años la república francesa y el imperio de Napoleon, Muley-Suleyman se hizo digno de gran respeto y gratitud por parte de las naciones cristianas. Mas que ninguna, España, por su vecindad y el aprieto en que se vió puesta, recibió de él favores, permitiendo que se abasteciesen de cuanto necesitaban las plazas de nuestro litoral, y señaladamente Cádiz, residencia del Gobierno y de las Cortes, y último baluarte de nuestro patriotismo y de nuestro valor. Pero hubo otras naciones que no pudieron, en medio de revueltas tan grandes, cumplir los pactos y tributos que con él tenian ajustados, y estas deben tambien agradecerle el no haber sido nunca molestadas ni oprimidas por semejantes

faltas. Y no será inútil decir en este punto que todas las naciones cristianas, así las mas poderosas como las mas débiles, se han comprometido, en los ajustes de paces con el imperio, á pagarle ciertos tributos con nombre de regalos. La facilidad con que los marroquíes pueden ejercitar el pirateo desde las embocaduras de sus rios y ensenadas de peligrosísimo acceso, cohonesta un tanto esta costumbre humillante, ya que en nuestra opinion no la justifique. Desde el siglo XVI, en que el comercio europeo adquirió, por el mar principalmente, tan notable prosperidad y ensanche, todos los gobiernos vieron gravemente amenazados los intereses de sus súbditos si no terminaban de alguna manera con el incesante pirateo que hacian los marroquíes, tanto quizá como por su odio al nombre cristiano, por la cuantiosa ganancia que tal ejercicio les ofrecia. Ocasiones hubo en que los corsarios marroquíes fueron no menos famosos que los de Argel, y no menos fatales que ellos al comercio europeo. Y en la disyuntiva de acabar estas piraterías por las armas, ó acabarlas por medio de tributos, las naciones cristianas, casi sin excepcion, prefirieron lo último, tal vez considerándolo menos costoso y de mas fácil logro. Pero siempre fué mengua suya el someterse á tales obligaciones. Guarda era de ellas y del pago del tributo la marina marroquí, numerosa y diestra, que, siempre á punto de corso, no necesitaba mas que una señal del Sultan para salir y destruir, entre las opuestas orillas del Estrecho, toda bandera enemiga. De este riesgo y castigo libró Muley-Suleyman, durante las guerras de principios del siglo, á las naciones que empobrecidas ú ocupadas en defender su independencia retardaron el cumplimiento de los tratados. Pero no se contentó con esto el Sultan, sino que para cortar de raiz la piratería y asegurar mas á las naciones cristianas de sus pacíficos propósitos, mandó desarmar en 1817 toda su marina militar, prohibiendo bajo severas penas el corso y piratería en sus estados : cosas ambas de justo y benéfico príncipe, aunque no de gran político. Que si él, en lugar de desarmarla, fomentara y protegiera la marina del imperio, quizás no hubiera sido en nuestros dias tan fácilmente humillado y vencido. Mas el hecho que prueba sobre todos cuál fuera la bondad de alma de Muley-Suleyman es la libertad que mandó dar á todos los cautivos cristianos en sus estados, sin reclamacion ni súplica de nadie, sino de propia voluntad, prohibiendo que en adelante se les pusiese en cadenas, y obligándose aun á rescatar á los que cayesen en poder de los pueblos independientes del sur y del desierto de Sahara. Notóse en este príncipe una cualidad rarísima entre los habitantes del Mogreb-el-aksa, y principalmente entre los sultanes, que era la liberalidad; puesto que el mismo Sidi-Mohamad, que tan gran renombre dejó en Africa, no supo dejar de ser avaro como lo fueron sus predecesores. Tambien fué notable Muley-Suleyman en la humanidad y justicia, no pecando de riguroso ni de blando, imponiendo castigos, no para satisfacer la cólera, sino para corregir á los unos y dar á los otros ejemplo. Hombre, en suma, digno de eterna alabanza por sus virtudes, ya que no albergase en su ánimo los altos pensamientos de con-

quistador y de político que los mas quieren ver en los príncipes. Ello es cierto que podrian acusarle los marroquíes de que no alentó entre ellos la naciente industria y comercio, de que no extendió por ninguna parte las fronteras, y dejó á su muerte casi indefenso y flaco al imperio.

Veinte y cinco años se mantuvo en paz el Mogreb-el-aksa debajo del suave gobierno de Muley-Suleyman, hasta que conjurados en 1818 todos los azotes que suele enviar el cielo contra las naciones, pusieron la tierra en la mayor desolacion y espanto que puede imaginarse. Ya por los años de 1799 y 1800 la peste bubónica habia devorado como una cuarta parte de la poblacion del país. Pues vuelta en 1818 aquella plaga horrible, desoló durante otros dos años las provincias del imperio, al propio tiempo que los campos, en espantosa sequía, no daban producto alguno y traian hambrientos y extenuados á los pueblos. Nada podia hacer Muley-Suleyman que remediase tamaños males; pero, como suele acontecer entre el vulgo, y mas y mas en nacion tan ignorante y fanática, cayó sobre él la culpa y el castigo. Juntóse pues una guerra civil larga y sangrienta á los desastres de la epidemia y del hambre. Comenzó la sublevacion negándose á pagar tributos y derramas las tribus amazirgas que pueblan los montes y valles de Zejana y las provincias de Ajana, de Fiedla, de Xiavoia y de Escura. A la verdad su miseria era grande y no parecia ocasion de apretar el pago; pero aquella voz y el descontento y desesperacion de los pueblos produjeron un levantamiento terrible, que no tenia razonable disculpa. Derrotaron primero los sublevados á las escuadras de soldados que andaban cobrando las contribuciones; asaltaron luego y robaron un rico convoy que venia de Fez á Tafilete; y acrecentados y alentados con estas ventajas, se mostraron en campo con todo aparato de guerra. Muley-Suleyman despachó al punto contra ellos á su hijo Muley-Ibrahim, gobernador de Fez, al frente de tropas escogidas, pero no pudo someterlos; antes bien lograron sorprender y desbaratar la guardia imperial de los ludajas ó árabes del gran desierto. Entonces el Sultan determinó marchar en persona contra los rebeldes, acompañándose de ejército formado. Halláronse los dos campos no lejos de Gher, entre el rio Wad-el-Abid y el rio Seroc; y tanto pudo la presencia del Sultan, mas aun que por sus virtudes, respetado como Xerife, descendiente del Profeta, que depuesta la ira, los sublevados amazirgas y xíloes le ofrecieron la sumision, conviniendo en pagarle los tributos debidos. A ratificar el tratado fueron de parte de los rebeldes hácia las tiendas del Sultan sesenta de ellos, mitad hombres y mitad mujeres y niños, segun la antigua usanza de aquellos pueblos. Y no hay duda que, recibidos por Muley-Suleyman, se acabaran los disturbios en el imperio, si la sed de venganza no precipitara á su hijo Ibrahim en un hecho horrible, que fué mandar disparar á sus soldados sobre el grupo de los mensajeros de paz que venian acercándose á ellos para rendir homenaje. Solo cuatro muchachos pudieron salvar la vida, y huyendo á las montañas donde se apoyaba el bando rebelde, esparcieron la deplorable

noticia, que voló por los contornos, infundiendo en todos los ánimos ideas de sangre y de venganza. Al caer la tarde de aquel dia se vió descender á la llanura, desde los montes donde estaba asentado el campo rebelde, un escuadron de hombres escogidos, los cuales con las armas bajas y en son de paz y sumision se encaminaron á las tiendas del Sultan. Noche cerrada era ya cuando allá llegaron; de los soldados imperiales, unos comenzaban á disfrutar de las delicias del sueño, otros andaban desparramados por el campo, arrimadas las armas y sin el menor recelo; Muley-Suleyman, traspasado de dolor con el funesto accidente del dia, revolvia afanosamente en su cabeza los medios de remediarlo en lo posible; y su hijo Muley-Ibrahim, mas inquieto que satisfecho, sentia ya acaso los primeros remordimientos de su despiadada obra. De repente un grito horrible suena en el campo: los soldados, sorprendidos ó soñolientos, van á buscar sus armas; mas antes que con ellas, topan con invisibles hierros, que bárbaramente los destrozan; corre la sangre á rios por todas partes, arden las tiendas, nada respeta el rencor incomparable del combate. Eran los amazirgas rebeldes, que así tomaban venganza de la muerte de los suyos. Muley-Ibrahim sale despavorido á repelerlos; pero conócenle, hiérenle y paga con su sangre aquella inocente que habia hecho derramar por el dia. En lo mas revuelto de la refriega entra un xíloc en una tienda que comenzaban á rodear las llamas, y encuentra á un hombre medio desnudo y desesperado, atento solo al instante de la muerte. «¿Quién eres?» le dice. «Suleyman soy», responde el desventurado, que no era otro que el Sultan; y fuese piedad, fuese codicia, el alarbe, cogiéndole en sus robustos brazos, le saca de entre las llamas, y envuelto en su propio albornoz le lleva fuera del campo, diciendo á los curiosos que hallaba en el camino: «Es uno de mis hermanos, que han herido en el combate.» Ya fuera del campo, pudo el amazirga encaminarlo hácia su pobre hogar en la montaña, donde el Sultan estuvo tres dias, refugiándose luego en el venerado santuario de Beni-Nazer, y de allí en Mequinez. Con tales hechos no es necesario encarecer cuánto creceria la rebelion por todo el imperio. Alentados los unos, y abandonado el respeto de los otros, llegaron á juntar los rebeldes muy copioso ejército, y dando el mando de él á un cierto Sidi-el-Mehauxe, jefe supremo de los amazirgas, se atrevieron á asediar al Sultan dentro de Mequinez, y le tuvieron puesto en aprieto por mas de año y medio. Tratóse en varias ocasiones de avenencia; pero el Sultan, con el dolor de la muerte del hijo y la cólera de su afrenta, no quiso prestar oido á ellas. Tanto pudieron en él aquel dolor y cólera, que desmintiendo la humanidad de su condicion, mandó matar á los mensajeros que para tratar con él enviaron los rebeldes: cosa que exasperó á estos hasta el último punto, y juntándose hasta quince mil hombres de pelea, acometieron furiosamente á la ciudad. Defendiéronla valerosamente los soldados de la guardia negra, fieles al Sultan todavía, y que podrian contar de siete á ocho mil hombres en sus banderas. Los asaltos fueron muchos, y muchas las salidas y encuentros que hubo delante de la plaza, sin que ninguna de las partes ob-

tuviese notable ventaja. Pero entre tanto el desventurado Muley-Suleyman, abandonado de sus mayores amigos, y dominado por la soldadesca bárbara, que á tal precio le defendia, se miraba en la mas grande amargura. Llegaron los soldados á matar delante de sus ojos á su favorito Ahmed-Mula-et-Tei, ministro leal, que le habia servido con igual celo en la adversa que en la próspera fortuna, y hombre dignísimo de mejor suerte. Aun esto hubo de disimular el Sultan; y harto mostraba en sus continuas oraciones que solo de Dios esperaba remedio á sus males.

En tales circunstancias fué cuando en diversas partes del imperio se aclamaron otros príncipes. Hasta entonces los rebeldes se habian limitado á solicitar sus venganzas ó á contentar su codicia y el desasosiego y mal avenimiento de su espíritu; mas reconociendo y venerando todos ellos en Muley-Suleyman el Xerife al legítimo soberano. Rotos ya los últimos frenos del respeto, se alzaron algunas turbas de sublevados con Fez el nuevo, proclamando por emperador á un cierto Muley-et-Tayib, otro hijo, segun dicen algunos, de Sidi-Mohamad, y hermano en tal caso de Muley-Suleyman, mientras que en Tetuan y Tánger y Larache se levantaba con el imperio el príncipe Muley-Ibrahim, hijo de Muley-Yezid, y como tal, legítimo aspirante al trono. Este, que residia en Fez, habia sido invitado en otras ocasiones por los revoltosos á levantarse con el imperio; pero él lo habia resistido constantemente, ó bien porque fuese de ánimo apocado, ó bien porque quisiese guardar tanta amistad al tio. Mas viendo ahora tan cierta la victoria, y tan de caida el partido de Muley-Suleyman, que alguno habia de aprovecharse necesariamente de los despojos, cedió á los ruegos de sus partidarios y se proclamó emperador, con ayuda y favor de dos grandes caudillos, Sidi-el-Arbi, xerife de Vazan, el uno, y el otro Sidi-Ahmed-el-Luxí, capitan de los xíloes y hombre valentísimo de su persona, el cual alcanzaba gran prestigio y fama entre todos los naturales del Mogreb-el-aksa. Pero atajóle la muerte en lo mejor de sus proyectos, amaneciendo un dia cadáver en su palacio de Tetuan ,si de enfermedad ó de tósigo no se sabe. Los caudillos de su ejército, harto comprometidos ya, determinaron nombrarle por sucesor á un hermano suyo, el cual se llamó Muley-Said, y fué hombre de alientos, aunque no de mucha fortuna. Al frente de un ejército de treinta mil hombres, donde iban muchos buenos guerreros, y entre otros, aquellos dos Sidi-Ahmed y Sidi-el-Arbi á quien debia el ser su partido, marchó contra Muley-et-Tayib, determinado á echarle de Fez y quedarse solo con las pretensiones del imperio. Halláronse los ejércitos no lejos de aquella capital, y hubo una sangrienta batalla en la cual murió Muley-et-Tayib y fué completamente aniquilado su partido. Entonces el vencedor Muley-Said entró en Fez y se proclamó sultan de todo el Mogreb-el-aksa. Pero la prosperidad le acompañó por poco tiempo. Ello fué que, cansadas las tribus amazirgas y xíloes del largo asedio que tenian puesto á Mequinez, y satisfecha ya su venganza, alzaron el campo y se volvieron á sus hogares, dejando libre á Muley-Suleyman, que al punto salió de allá y se vino con su ejército á Marruecos. Desde aquí atendió

á reunir soldados y armas y tesoros, y junta crecida hueste, marchó con ella la vuelta de Fez á combatir á Muley-Said. Diéronse vista los campos en el lugar de Xeferaz, sobre el rio Varga ó Guerga, y empeñada la accion, fué roto sin gran dificultad el ejército de Muley-Said, ó bien por azar de la guerra, ó porque le abandonaron en el trance algunos de sus antiguos caudillos y parciales. Tal fué la rota, que á él mismo le costó duras penas el refugiarse en Fez el viejo, donde se sostuvo por algun tiempo mientras el tio triunfante volvia á Marruecos. Allí acabó á los pocos dias Muley-Suleyman su revuelta vida, á los 28 de noviembre de 1822, donde justamente cumplia treinta años su reinado. Sintiendo su fin cercano, hizo testamento, y recordando la promesa que habia hecho á su hermano Muley-Hixem de mirar por sus hijos, y movido de la gran fidelidad que le habia demostrado en todas ocasiones y de las notables cualidades del mayor de ellos, por nombre Muley-Abd-el-rahman, le nombró por sucesor al trono y por heredero en todas sus cosas. Y al propio tiempo escribió á los de Fez y á los principales xeques de las tribus, recomendándoles que á aquel prestasen obediencia, como que era el único de la familia imperial que podia ejercer el imperio. A la verdad sus hijos, que eran tres, siendo habidos en esclavas negras, parecian indignos de tan alto estado, por mas que entre los soberanos del Mogreb-el-aksa los haya habido de tal estirpe; que estos ganaron con la espada lo que su orígen les negaba. Fué Muley-Suleyman de alta estatura y de agradable rostro, y menos moreno que suelen ser los de su familia; con ojos grandes, abiertos y muy vivos. Vestia de paño ordinario, pero con cierta elegancia y desembarazo; hablaba con rapidez suma, comprendia fácilmente los discursos de los demás, y era de los hombres mas doctos é ilustrados que haya producido en estos tiempos el Mogreb-el-aksa. Creia sinceramente en la religion del Profeta, pero no se notó en él punto de fanatismo. De su condicion humana ya hemos hablado harto, y en sus relaciones con las potencias europeas se mostró casi siempre razonable y culto. Príncipe, en fin, cuyas faltas, antes que á él, deben atribuirse á las costumbres despóticas que halló establecidas en su corte, á las intrigas y adulaciones de naturales y extranjeros, y á las desgracias que acerbaron los últimos años de su vida.

XII.

El conde Graberg de Hemsó, en su curiosa obra intitulada *Spechio geografico e statistico dell'impero di Marocco*, de la cual hemos sacado no pocas noticias históricas sobre los últimos soberanos del Mogreb-el-aksa, publica la siguiente tabla genealógica del sultan reinante.

1. Alí-Ben-Abí-Thaleb, muerto en el año 661 de la era cristiana, el cual tuvo

por sobrenombre El Mortadá, que quiere decir el agradable á Dios, y era árabe de la antigua tribu de Hacem : este estuvo casado con Fátima, llamada la Perla por ser hija única del Profeta.

2. Hozein ó Huzain-ez-Sebét, que quiere decir el sobrino, muerto en 680; del cual viene el patronímico *El-Hozeinita*, que llevan todos los Xerifes.

3. Hasan-el-Mexna, esto es, el golpeador, que murió en 719 y era hermano de un Mohamad; del cual pretendia descender aquel Mohamad-ben-Tumert-el-Horarghi que fundó la dinastía de los Almohadas.

4. Abd-Allah-el-Kamel ó el perfecto : murió en 752 y fué padre de Edris, tronco de los edrisitas; sus hermanos fueron seis, á saber : Mohamad, Yahya, Suleyman, Ibrahim, Aisâ y Alí.

5. Mohamad-el-melkeb-benefísi-Ez-zequia, que es tanto como decir alma piadosa y justa, el cual murió en 784, y tuvo cinco hijos, troncos luego de numerosas familias. El autor del *Nozhat-el-hadi* (libro árabe que trata de las dinastías reinantes en el Mogreb-el-aksa durante el siglo xi de la egira) supone, apoyándose en ciertos autores que cita, que entre este Mohamad y El-Cásim mediaron tres generaciones, á saber : Abdallah-el-Ixter ó el tuerto, Mohamad-el-Kabel ó el corto, y El Masan-el-Axir; de este añade que vinieron El-Cásim y otros ciento y cinco hijos.

6. El-Cásim, muerto en 842 : de uno de sus hermanos, llamado Abdallah, se cree que descendian los califas fatimistas que reinaron en el Mogreb y en Egipto.

7. Ismael, que acabó sus dias en 890.

8. Ahmed, en 901.

9. El Hazem, en 943.

10. Alí, en 970.

11. Abu-beker, en 996.

12. El Hazan, en 1012.

13. Abu-beker-el-A'arafat ó el conocedor, en 1043.

14. Mohamad, en 1071.

15. Abd-allah, en 1109.

16. Hazem, hermano del anterior Mohamad, muerto en 1132.

17. Abu-l-Cásim-Abd-er-Rahman, en 1207.

18. Mohamad, en 1236.

19. El-Cásim, en 1271, padre de ocho hijos, de los cuales fué acaso el mas joven

20. El Hazem, que en 1266 vino al Mogreb-el-aksa á instancias de la tribu amazirga de Maghrava y se estableció en Sugilmesa y en Daraa, donde se hizo tronco de las dinastías de Xerifes que reinaron en el Mogreb-el-aksa. Murió en 1326.

21. Mohamad, en 1361.

22. El-Hazem, que murió en 1391 : fué padre de Mohamad y abuelo de Hazem,

que en 1507 fundó en el Mogreb-el-aksa la primera dinastía de los Xerifes Hozeinitas que doce años mas tarde se estableció en Marruecos.

23. Alí, muerto en 1437 : fué el primero que tomó el nombre de Xerife ; pasados los cuarenta años, tuvo dos hijos, el primero en una concubina, que se llamó Muley-Mohamad, y el otro en mujer legítima, que tuvo por nombre :

24. Yusuf, el cual se retiró á la Arabia, en donde murió por los años de 1485. Cuéntase de él que no habiendo tenido hijo alguno hasta la edad de ochenta años, tuvo luego cinco, siendo el primogénito de ellos

25. Alí, muerto en 1527, el cual tuvo ochenta hijos varones.

26. Mohamad, en 1591 : fué padre de muchos hijos, y entre otros, de

27. Alí, que vino desde Jembo, en Arabia, al Mogreb-el-aksa, y fundó en Tafilete la actual dinastía de los Xerifes Hozeinitas, apellidados Filelis. Murió en 1632.

28. Muley Xerife, que murió en 1652 : tuvo ochenta y cuatro hijos, y ciento veinte y cuatro hijas.

29. Muley Ismael, muerto en 1729.

30. Muley Abdallah, en 1757.

31. Sidi Mohamad, en 1789.

32. Muley-Hixem, en 1794.

33. Muley-Abd-el-rahman, que hoy reina.

No dejan de correr por el Mogreb-el-aksa otras genealogías que gozan de gran autoridad entre los naturales; mas por lo mismo que son varias y tan discordes, hemos de contentarnos con esta, cuidadosamente trabajada por un hombre que ha tenido ocasion de compulsar y comparar entre sí muchas de ellas, y que por su laboriosidad y doctrina merece gran crédito entre los sabios.

Muley-Abul-Fald-Abd-el-rahman-ben-es-Sultan Muley-Hixem, que tantos son los apelativos con que es conocido entre los suyos el actual soberano de Marruecos, nació en el año de 1778, y tenia por consiguiente cuarenta y cuatro años cuando sucedió á su tio en el trono. Hallábase de gobernador en Suira ó Mogador cuando recibió las nuevas de la muerte de Muley-Suleyman y de su inesperada fortuna. Al punto se encaminó á Marruecos, en donde fué muy bien recibido, y de todos aclamado por soberano. Desde allí puso los ojos en la ciudad de Fez, porque en la parte de ella que se llama Fez el nuevo, separada de la otra, á la cual dicen Fez el viejo, por el rio Vad-el-Ginhari ó de las Perlas, se hallaba fortalecido Muley-Said, desde que en Xeferaz fué derrotado por Muley-Suleyman, y todavía se mostraba esperanzado en alcanzar el imperio. Escribió Muley-Abd-el-rahman á los de Fez el viejo, preguntándoles si eran gustosos en la designacion del tio, y si tomándole por señor, querrian ayudarle á desalojar á su émulo de Fez el nuevo. Contestáronle que reuniendo todo el ejército que pudiera se viniese con él para Mequinez, y así se hizo. Iban juntándosele por el tránsito numerosas kabilas y muchas gentes armadas, que con gran entusiasmo le aclamaban por soberano; y de esta suerte, cuando lle-

gó Muley-Abd-el-rahman á aquella ciudad se encontró con poder para acabar cualquiera empresa. En Mequinez recibió el Sultan nuevos mensajeros de Fez el viejo, diciéndole que caminase aun algunas leguas hasta ponerse en la ribera del Vad-Emkez, donde saldrian á esperarle y habria lugar su proclamacion y reconocimiento. Es el Vad-Emkez un rio de poco caudal que, pasando por delante de Fez, á no muy larga distancia de los muros va á descargar en el Sebú sus aguas. Al llegar Muley-Abd-el-rahman con su ejército á la orilla izquierda del rio, le saludaron desde la orilla opuesta millares de hombres, venidos del contorno para verle y aclamarle. Distinguíanse entre todos, los habitantes de Fez el viejo, y no pocos de Fez el nuevo, que unidos ya con sus conciudadanos, mostraban el natural júbilo de la paz, después de tantas discordias: júbilo que mas acrecentaba la fama de las buenas partes que asistian en el nuevo soberano. El eco de las salvas que allí hicieron millares de arcabuces, y el rumor y vocería de las gentes que corrian al encuentro de Muley-Abd-el-rahman, debieron llegar hasta Muley Said, sirviéndole de mortales tormentos. Mientras su competidor recibia el homenaje de tantas tribus y kabilas, y era aclamado de ellas como Amir-el-mumenin de todo el Mogreb-el-aksa, él, abandonado de sus mas fieles compañeros, desdeñado de la poblacion que oprimia con su imperio, sin armas ni soldados, no tenia otro recurso que ponerse en manos de su contrario y esperar de su generosidad la vida. Obtúvola, y además una renta proporcionada á su rango, con obligacion de no salir de Tafilete, donde permaneció tranquilo el resto de sus dias, que no fueron largos. Entre tanto Muley-Abd-el-rahman, desde las orillas del Vad-Emkez, se vino, acompañado de innumerable gentío, á Fez el viejo, y desde allí á Fez el nuevo, cuyos moradores le abrieron las puertas, recibiéndole tambien con grandes demostraciones de júbilo. Llegado al palacio imperial, entró en él y se alojó, y repartiendo mercedes entre los principales de sus vasallos, y poniendo en órden algunas de las cosas revueltas con la guerra civil, dió principio á su gobierno.

Olvidadas á la sazon las atrevidas reformas de Sidi-Mahomad, y mas que nunca fortalecido en los naturales el fanatismo, y esparcida la ignorancia y el odio á las cosas y á los estudios de la culta Europa, con escasa fortificacion y armamento las plazas, completamente desorganizado el ejército y desarmada la marina de guerra, Marruecos era ya una de las potencias mas débiles de la tierra. La poblacion, copiosísima en tiempos antiguos, no pasaria ya de ocho millones y medio de almas, desparramadas en un espacio de mas de setenta mil leguas cuadradas; teniendo ahora por límites, como en los tiempos de Boco, el mar Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar al septentrion, los arenales de Sahara al mediodía, los cabos de Espartel y de Num con el océano Atlántico al occidente, y al oriente el rio Muluya y la antigua Numidia, parte entonces de la regencia de Argel. Las rentas del imperio solo ascendian á unos 50.000,000 de reales, si bien con esta corta suma se cubrian todos los gastos públicos, y aun quedaban de ahorro mas

de 30.000,000, con que se aumentaba anualmente el tesoro imperial, guardado, ó mas bien enterrado, en Mequinez desde inmemorial por la avaricia de los sultanes. Poquísima industria en tanto, menos comercio, la justicia bárbaramente administrada, sin otras leyes que las del Koran ni mas medio de hacerlas ejecutar que la violencia. Por otra parte, si los naturales del Mogreb-el-aksa han solido mostrarse inquietos y amigos de novedades en todos los tiempos, los últimos sucesos les ofrecian mayor estímulo que nunca para seguir los impulsos de su condicion y alterar las cosas del imperio. Acostumbrados estos á las libertades de la guerra, movidos aquellos de su codicia y amor al saqueo; los unos con sed de peligros y de combates, con deseo de mandar y no obedecer los otros, sobraban combustibles en Marruecos para que ardiese todo en discordias. Si no á todas, porque no era humanamente posible, á muchas de estas cosas supo acudir el Sultan con acierto. Su primer propósito fué indisponer á los de estas tribus con los de aquellas, evitando sus alianzas y haciendo de suerte que las unas contuviesen en caso necesario á las otras. Este sistema de *divide et impera* pocos lo han sabido llevar tan adelante como el actual sultan de Marruecos. Así fué como logró que el desasosiego en que quedaron las tribus berberiscas á la muerte de Muley-Suleyman se fuese calmando poco á poco, sintiéndose débiles todas ellas para lanzarse á la lucha, temiendo ó desconfiando de las otras y de sus mismos individuos. Duró algunos años este pacífico estado, hasta que en 1828 se levantaron algunos xíloes, y favorecidos por los soldados ludajas de la guardia del Sultan, lograron alborotar un tanto el imperio. No le faltaron á Muley-Abd-el-rahman en esta ocasion prendas de actividad y de energía, y con ellas y su ordinario *maquiavelismo* logró al fin vencer á los revoltosos, y castigando á los principales, dispersó á los otros en las diversas provincias del imperio; de manera que mas no volvieron á formar tribus ni familias. Pocos años después se levantó hácia Sugilmesa un impostor que se nombraba *Mahadi*, ó mesías prometido por Mahoma, el cual soñaba acaso con seducir á aquellas gentes fanáticas y traerlas á sus banderas, fundando una dinastía por los mismos medios que aquel Mahomad fundó la de los Almohadas. Pero el pasado escarmiento y las artes de Muley-Abd-el-rahman pudieron tanto en las tribus, que abandonaron al impostor; de suerte que vino á morir en el olvido y en el desprecio su intento. Mas graves resultas ha tenido la insurreccion de una mujer, por nombre Mariam-bajá ó gobernador, la cual, acaudillando algunas tribus del Sús, derrotó hace algunos años en varios combates á las tropas del Sultan, y permanece todavía independiente: suceso extraordinario, sobre el cual nos faltan detalladas noticias, aunque las relaciones de los viajeros no dejan lugar á dudarlo. En el punto de envilecimiento y servidumbre á que están reducidas las mujeres en el Mogreb-el-aksa, parece imposible que la valerosa Mariam haya logrado bastante ascendiente sobre los varones del Sús para gobernarlos y encaminarlos contra su legítimo soberano. Sin duda entre aquellas gentes salvajes y poco conocedoras de las leyes y preceptos del Koran, ha logrado ser tenida por santa, no

de otra suerte que lo fué Cahina, mujer inmortal, que en las gargantas del Auras resistió mas que ninguno de los guerreros de la tierra la entrada y dominio de los conquistadores árabes. Es notable que al nombre de Mariam venga junto el masculino Baxá ó Bajá; parece que no se hayan atrevido á poner en género femenino el nombre de un cargo que ha sido siempre desempeñado por varones, y que ni se creia posible ni hoy se tiene por natural el verlo desempeñado por hembra. Y de cierto en ninguna parte es mas de lamentar que en esta la oscuridad en que viven los pueblos del Mogreb-el-aksa, y la escasez que sentimos de noticias y pormenores sobre sus interiores alteraciones.

Al propio tiempo que Muley-Abd-el-rahman atendia á mantener en obediencia á sus vasallos, no dejaba de fijar su pensamiento en las cosas de por fuera, extendiendo sus miras políticas, ora por obra de las circunstancias, ora por obra de su propia voluntad, por mucho mas allá que sus predecesores. Hallábase ocupado en 1830 en restablecer un tanto la marina marroquí, que era sin duda la base de la importancia política del imperio. Ya tenia puestos á punto de corso algunos buques, con los cuales pensaba acometer primeramente á la bandera napolitana, por hallarse mas quejoso que de ninguna otra, de esta nacion, cuando el rey de las Dos Sicilias, enterado del caso, mandó inmediatamente á vigilarlos una escuadrilla compuesta de cuatro bajeles de guerra. Emprendiéronse en seguida negociaciones entre el gobierno de Marruecos y el de Nápoles, y al fin el Sultan halló satisfaccion á sus quejas. No dejaba de haber aun naciones contra las cuales se sentia movido el Sultan á emplear sus fuerzas marítimas; pero desde 1830 á 1832, en que se ajustaron las paces con Nápoles y se terminaron las diferencias pendientes con otros varios estados europeos, habian sucedido tales cosas en Africa, que obligaban á Muley-Abd-el-rahman á ser muy comedido en la mayor parte de las cuestiones europeas, consagrándose á una sola cuestion, que podia ser de vida ó muerte para el imperio. No es de nuestro propósito explicar los motivos que tuvo el rey Cárlos X para declarar la guerra al bey de Argel, ni relatar los varios sucesos de aquella expedicion gloriosa, que libró al mundo civilizado de tantas afrentas y de tan continuos daños. Ello es que la Francia se apoderó de Argel. En los principios pudo creerse que no trataba de otra cosa que de formar allí un poderoso establecimiento con que impedir las piraterías de los berberiscos y atalayar mas de cerca las posesiones inglesas del Mediterráneo; pero antes de mucho hubo de conocerse que los intentos de aquella nacion eran mas grandes. Tomada Argel, los ejércitos franceses, hábilmente dirigidos, fueron extendiéndose por los anchos territorios de la antigua regencia, rindiendo ciudades y fortalezas y empujando hácia los desiertos á las tribus y kabilas del país, que les oponian tenacísima resistencia. Muley-Abd-el-rahman no tardó en comprender cuánto podia importarle lo que pasaba. A la verdad los soberanos de Marruecos habian solido mirar con mas odio que buena voluntad á los beyes argelinos. Muy en los principios de la regencia fueron aquellas

guerras que mas arriba relatamos entre Sala-Arraez y el Xerife Mahomad, muriendo este al fin asesinado por órden de uno de los señores argelinos. Mas tarde uno de los Xerifes, llamado Muley-Xeque, el mismo que puso á Larache en nuestras manos por precio de los socorros que para cobrar el trono se le dieron, propuso al rey D. Felipe III aquella conquista con estas palabras: «Argel es la puerta de donde nos viene el daño á mí y á V. M.; y dándome Dios paz en mi reino, irá V. M. con armas por mar, y yo ayudaré á V. M. por tierra para cerrar esta puerta y quedarnos sosegados de este daño.» Y aun puede asegurarse que los sultanes del Mogreb-el-aksa miraron con regocijo en los tiempos posteriores cuantas expediciones dirigieron contra Argel las naciones cristianas. Ni al mismo Muley-Abd-el-rahman causó al principio disgusto la empresa de los franceses y el desastre de Argel, dado que no juzgó que fuesen tan adelante; porque Cárlos V no pasó de Tunez, y las demás expediciones dirigidas al Africa habian solido contentarse con dominar las fortalezas del litoral, sin entrar en los yermos y soledades del interior, ni menos fundar en ellas colonias, como á la sazon estaba aconteciendo. Mas viendo en tal punto las cosas, alarmóse Muley-Abd-el-rahman, adivinando que tarde ó temprano podian forzarle aquellos sucesos á obrar contra los franceses; y desde entonces comenzó á prepararse para el caso, emprendiendo una marcha política que ha desconcertado en ocasiones á los diplomáticos europeos, y que sus mayores adversarios han solido calificar de hábil. Comprendió el africano que el interés de la Inglaterra obligaba á aquella potencia á simpatizar con sus propósitos, y redobló para con ella sus atenciones, estrechando la alianza que desde los tiempos antiguos venia establecida entre el mexuar de Marruecos y el gabinete de San James. Afectando luego una neutralidad estricta entre los franceses y los argelinos, abrió paso por sus estados á las armas y municiones que desde Gibraltar venian para estos, y no escaseó por su parte ningun género de auxilios para que los ejércitos franceses fueran destruidos en los desiertos donde se miraban empeñados. La infatigable energía de Abd-el-Kader y sus hazañas, harto encarecidas por la fama y el fanatismo de los naturales, debieron mantenerle por algun tiempo en la esperanza de que al fin los invasores del suelo de Africa serian aniquilados por los argelinos sin necesidad de que él, manifestando claramente sus simpatías, se expusiese á los azares de la guerra. Pero la constancia y disciplina de los ejércitos franceses desconcertaron completamente sus esperanzas. Abd-el-Kader, después de haber disputado palmo á palmo el territorio de la antigua regencia, llegó á la frontera de Marruecos, al S. O. de Tremecen, en los primeros dias de 1844, sin soldados ni recursos con que mas sostener la guerra. Habia pasado pues el tiempo de esperar y mostrarse indiferente; era preciso lanzarse claramente á la contienda, y en Muley-Abd-el-rahman no se sintió punto de irresolucion, llegado el caso. No falta quien suponga al Sultan arrastrado por sus propios vasallos á la guerra y por el ascendiente que comenzaba á tomar entre ellos Abd-el-Kader. Pero si bien se miran

las cosas, parece evidente que Muley-Abd-el-rahman obró con harta deliberacion y propósito, trayendo muy de antemano imaginados los acontecimientos. Sea lo que quiera del fanatismo de los naturales, quien pudo enfrenarlos durante tantos años hubiera podido acallarlos para siempre, si tal hubiera sido su intento. Ello es que en las negociaciones que precedieron al rompimiento de las hostilidades, y en las que produjeron luego la paz, hubo mayor alma y detenimiento que suele demostrarse en los hechos obligados y precipitados por el ciego empuje de la muchedumbre. Y es seguro que si las tribus hubieran llegado á encenderse en fanatismo y á obrar por su voluntad, ni habrian dejado de súbito la guerra porque el Sultan tratase de la paz, ni Abd-el-Kader habria sido expelido tan fácilmente del territorio marroquí, por mas que aquel lo pactara con los franceses. Así como los Beni-Watazes de Fez no pudieron privar á los Xerifes del poder que una vez les otorgaron para guerrear contra cristianos, Muley-Abd-el-rahman no habria sabido separar de Abd-el-Kader á las tribus y kabilas guerreras de sus estados si estas hubiesen obrado á su albedrío, entregándose ciegamente á su entusiasmo y á su fe. La verdad es que Muley-Abd-el-rahman nunca demostró tanto su sagacidad como en esta ocasion: su principal cuidado fué impedir que las tribus se acostumbraran á mirar la guerra de Argel como cosa propia, y que otro pensamiento que el suyo reinase en el imperio y organizase la resistencia contra los franceses. La independencia anárquica con que viven en el Mogreb-el-aksa las diversas tribus y familias, lo díscolo de su natural, y los ciegos impulsos de su ignorancia y barbarie hacen sumamente difícil que el Soberano pueda infundirles una idea comun, encaminándolas á un propio objeto. Mas no es por eso menos cierto que Muley-Abd-el-rahman supo lograrlo, y que Marruecos obró como un verdadero estado en las circunstancias de que tratamos; mostrando tanta seguridad y desembarazo en las palabras, y tanta unidad y concierto en los hechos, como nacion europea pudo mostrar en tal caso.

Comenzó el Sultan por enviar Xerifes á las provincias, que predicasen la *guerra santa*, soliviantando á las tribus guerreras con decirles que era llegado el trance de salir á la defensa del Koran y de los muslimes, aniquilando á los aborrecidos cristianos que habian osado poner el pié en la tierra de Africa. Al propio tiempo sus emisarios en Gibraltar y en Tánger sondeaban las disposiciones de los ingleses, por ver si podian arrastrarlos á alguna demostracion contra la Francia. Luego envió un cuerpo de tropas á Uchda, lugar situado en la frontera argelina, al mando del caid Ali-el-gnaui, que juntándose con las que Abd-el-Kader habia traido consigo, sirviesen de avanzada al grande ejército que debia reunirse. Alarmados, como era natural, los franceses, pidieron explicaciones de aquellos hechos; pero el Sultan, lejos de darles satisfaccion alguna, reclamó de ellos que abandonasen ciertos territorios del lado de Oran, donde tenian construida una fortaleza. La verdad es que los límites de Argel y de Marruecos no estuvieron nunca bien determinados por aquella parte, y que entre los pueblos del lado allá del Moluya, frontera

natural del imperio, solian recabar tributos unas veces los sultanes y otras los beyes; pudiendo decirse que estaban á merced del primer ocupante. Así pues el derecho podia ser igual, y obrando de buena fe unos y otros, habria podido hallarse fácil avenencia. Pero no era tal el propósito del Sultan, y los términos arrogantes y absolutos de su pretension no dejaban esperar que fuese bien recibida de los franceses. Mientras duraban estas contestaciones iba acrecentándose el campo de Uchda con frecuentes refuerzos. El 30 de mayo llegaron de Fez numerosas bandas de caballería al mando de Sidi-el-Mamun-ben-Xerife, otro hijo de la numerosa prole de Sidi-Mohamad, y tio del sultan reinante. No bien llegó al campo Sidi-el-Mamun, determinó invadir el territorio en cuestion sin declaracion ni intimacion alguna: atribuyóse este paso al ardor del caudillo y de sus soldados; pero viniendo aquel dia de Fez, parece mas natural que obrase por instrucciones de la corte que allí residia. Puesto al frente de dos mil caballos escogidos, cruzó Sidi-el-Mamun el Vad-Mailah en compañía del caid Ali-el-gnaui, que tenia el cargo de gobernador de Uchda. Como unas dos leguas habrian andado, cuando tropezaron con las divisiones francesas de los generales Lamoricière y Bedeau, que estaban en observacion del campo africano: el choque fué rudo; los jinetes marroquíes se lanzaron bizarramente sobre los enemigos, creyendo aniquilarlos de un golpe; pero el fuego de la infantería francesa no tardó en ponerlos en desórden, y antes de mucho hubieron de volver grupas, repasando de nuevo el Vad-Mailah en direccion de Uchda. Ya estaba arrojado el guante: la Francia no podia menos de levantarlo. A las reclamaciones del cónsul francés en Tánger contestó en los términos mas altivos el Sultan, por mano del secretario de las órdenes imperiales, Sidi-Mohamad-ben-Edris, que hacia las veces de ministro de Estado. Decia este en sus despachos que los vasallos del Sultan, su amo, pedian con espantosos clamores la guerra; que lo de Vad-Mailah fué promovido por los franceses, y que antes debian mostrarse agradecidos que no quejosos; porque ni uno de ellos habria escapado al justo furor de los muslimes si el caid de Uchda Ali-el-gnaui no los hubiese contenido piadosamente y apagado su esfuerzo invencible. Al propio tiempo se insistió en que las tropas francesas evacuasen el territorio disputado. En vano interpuso su influjo el bajá de las provincias septentrionales del imperio, Sidi-buselam, hombre prudente y muy amigo de los europeos; la corte imperial estaba resuelta á tentar la suerte de las armas. El 15 de junio fueron nuevamente atacadas las tropas francesas, y esta vez con notable alevosía; porque, habiendo solicitado el mariscal Bugeaud, gobernador general de la Argelia por los franceses, una entrevista del caid Ali-el-gnaui para tratar de las paces, y viniendo en ello el moro, señalóse por lugar de ella las orillas del Vad-Mailah, y uno y otro acudieron allí, confiados en el seguro que mutuamente se dieran. Pero no bien se avistaron los dos jefes contrarios, cuando la escolta francesa que habia venido á proteger la conferencia fué atacada vigorosamente por un cuerpo de mas de cinco mil marroquíes, que pusieron al

principio á los franceses, harto menores en número, en grande aprieto. Vanos fueron los esfuerzos del mismo Ali-el-gnaui para detener á sus soldados: rompióse la conferencia, y poniéndose Bugeaud al frente de sus soldados, logró rechazar á los marroquíes después de un sangriento combate. Acaso el mismo Sidi-el-Mamun, que provocó el primer encuentro, fuera autor de esta alevosía; porque á la verdad parece inverosímil que un cuerpo tan considerable de tropas pudiera destacarse del campo marroquí sin conocimiento de los jefes, y menos contra su voluntad. Perdidas ya las esperanzas de que la paz se conservase, el mariscal Bugeaud se decidió á obrar enérgicamente. El 16 de julio, que fué el siguiente del combate, anunció al caid de Uchda que invadiria el territorio del imperio si en el término de cuarenta y ocho horas no aceptaba las siguientes condiciones de arreglo: desaprobacion completa de las agresiones que habian ejecutado las tropas marroquíes contra las francesas; destitucion y castigo de los jefes que habian consentido ó provocado tales agresiones; disolucion de aquel cuerpo de ejército; expulsion de Abd-el-Kader del territorio marroquí. Respondió el Caid en términos vagos, que si bien no anunciaban una negativa absoluta, menos podian considerarse como bastante satisfaccion de los agravios recibidos. El objeto era ganar tiempo, porque mientras estas cosas pasaban en la frontera, se hacian por todo el imperio grandes preparativos de guerra; ayudando en ello al Sultan, y sirviéndole de ministro y consejero, su hijo primogénito Muley-Mohamad, al cual confió en adelante el mando supremo de los ejércitos: mozo entusiasta y valiente, aunque no apto para tan alto empleo. Hácense grandes levas en los alrededores de Fez, y las tribus guerreras del oeste acuden con numerosos escuadrones á servir en la *guerra santa*. En el país de Mequinez fué tanto el entusiasmo, que no quedó un hombre útil en los aduares; todos se pusieron en marcha, dejando en ellos solamente á las mujeres y á los infantes y ancianos. Ábrense los arsenales de Tánger y de Marruecos, y sácanse toda clase de armas y municiones para repartirlas entre la muchedumbre; y no bastando las rentas del año para gastos tan crecidos como esto originaba, se acude al tesoro imperial, encerrado en los palacios de Mequinez, al cual en mas de un siglo no se habia tocado, y se sacan de él hasta dos millones de reales, cantidad no pequeña en aquellos países. Pero el Sultan dilataba acaso el romper las hostilidades, por saber antes el partido que tomaria la Inglaterra. Esta nacion, tan interesada en la conservacion del imperio, no podia á la verdad dejarlo abandonado en manos de la Francia. No faltaron pues amenazas encubiertas y demostraciones de fuerza, y uno de sus ministros llegó á tratar duramente en el Parlamento al gobierno francés. Cruzáronse de una á otra parte despachos y notas diplomáticas, y la Inglaterra obtuvo de la Francia la solemne declaracion de que, fuesen cualesquiera las prosperidades y adelantamiento de sus armas, no guardaria para sí la menor parte del territorio de Marruecos, limitándose á conquistar la paz. Con esto quedó tranquilo el gabinete de San James, y el de Francia se halló libre de aquel obstáculo

tan temible. A la verdad los planes del Sultan se miraban en parte frustrados : ya sabia que no habia de contar con otras fuerzas que las suyas para luchar con los franceses; pero habia ido harto adelante para retroceder, y demás de esto, no era cosa de poco aliento el saber que en todo trance de fortuna tenia segura la integridad de su territorio. Habíalo invadido al fin el mariscal Bugeaud, entrando el 19 de junio en Uchda, en cumplimiento de la amenaza que tres dias antes habia dirigido al caid comandante de las tropas imperiales en la frontera; si bien, contento con aquella demostracion y amago, evacuó á los pocos dias la ciudad conquistada, y entró de nuevo en la Argelia. El Sultan, no bien supo esto, hizo marchar á la frontera á su hijo primogénito como comandante en jefe del ejército, y por sus tenientes á los valerosos caudillos Beni-Amri, Ben-Uda y Havassi; y para insultar mas á la Francia reclamó de M. Nion Doré, su cónsul general en Tánger, el castigo de Bugeaud y de los demás generales que estaban á sus órdenes, por haber violado las tierras del imperio. El Cónsul le envió por respuesta el *ultimatum* de la Francia, que contenia las mismas condiciones de paz propuestas por el mariscal Bugeaud al caid de Uchda, señalando por término para romper las hostilidades el dia 2 de agosto. Lejos de responder el Sultan á tal demanda, envió diversos cuerpos de montañeses á guarnecer el litoral, donde ya habia aparecido una escuadra francesa, encargada de apoyar y segundar las operaciones del ejército de tierra, y apresuró la marcha de los últimos refuerzos que en hombres y armas enviaba á su hijo, mandándole que comenzase la guerra en cuanto sintiese juntas todas sus fuerzas.

Cumplido pues el término del *ultimatum*, y rotas definitivamente las negociaciones de paz, los franceses abrieron las hostilidades por mar y por tierra. El príncipe de Joinville, comandante de la escuadra, recibió el 5 de agosto la órden de destruir las fortificaciones de Tánger y Mogador, puertos principales del imperio. Al amanecer del dia 6 la escuadra, anclada delante de la primera de estas plazas, comenzó á hacer sus preparativos para el combate. Estaba Tánger defendida por varias baterías, que montaban unos cincuenta cañones y algunos morteros. Seis vapores franceses tomaron á remolque tres navíos, una fragata de primer órden y tres bergantines, y los pusieron en línea y á corto trecho de aquellas baterías, sin que los marroquíes impidieran esta operacion, que era lo mas importante de la jornada. A las ocho y media rompió el fuego el navío Almirante, que fué seguido por los demás buques, mientras un vapor lanzaba sobre la plaza multitud de cohetes á la Congrève. La defensa de los moros fué mayor que podia esperarse, dado que con dejar acercarse á los buques franceses habian perdido todas sus ventajas; pero al cabo de hora y media, con harto mayor pérdida de ellos que de los contrarios, tuvieron que abandonar las baterías, reducidos á escombros los parapetos y desmontadas las piezas. Al estruendo del combate corrieron á la ciudad los montañeses encargados de guardar la costa; pero como los franceses no desembarcaron, limitaron sus hazañas á saquear las casas aban-

9

M. Iglesias dibº y litº

Lit. de J. Donon



MULEY-MOHAMAD PRINCIPE HEREDERO,

de Marruecos.



donadas por los habitantes, y á cometer otras violencias no menos graves. A las pocas horas la escuadra se hizo á la vela para Mogador, adonde se presentó el 11 de mañana; pero el mal tiempo que reinaba dilató el ataque hasta el 15. El puerto de Mogador está casi cerrado por una isla de muy cerca de dos millas, de bojeo, y aquí habian plantado los marroquíes formidables baterías, las cuales cruzaban sus fuegos con otras situadas dentro del puerto y á lo largo de la costa. No bien estuvo á tiro de cañon la escuadra francesa, los defensores de Mogador, harto mas diestros que los de Tánger, rompieron el fuego contra ella: los buques avanzaron en silencio á ocupar cada uno el puesto que le estaba señalado; pero antes de conseguirlo sufrieron graves pérdidas. Particularmente el navío *Jemmapes* salió muy mal tratado por el fuego de la batería llamada *Larga*, que se extiende por la costa del oeste: fuego muy bien dirigido y que dilató no poco tiempo la victoria de los franceses. Después de un vigoroso cañoneo, estos lograron apagar los tiros de la plaza; y desembarcando en la isla quinientos hombres, conducidos por los vapores de la escuadra, se apoderaron de ella, ganándola palmo á palmo y á costa de mucha sangre. Rendida la isla, el puerto no opuso apenas resistencia, y dejando guarnicion en aquella, la escuadra se hizo á la vela para Cádiz. Y es notable que Mogador, lo propio que Tánger, fué saqueada por los kabilas, que debian defenderla. La nueva de estos sucesos no alteró en lo mas mínimo al Sultan, puesto que desde los principios traia puesta toda su confianza en el ejército de tierra, que continuaba acampado en las inmediaciones de Uchda. Durante todo el mes de julio y los principios de agosto se habian empeñado diversos combates, aunque sin consecuencia, entre los marroquíes y los franceses. El plan del príncipe Muley-Mahomad, que mandaba á los marroquíes, era atacar á los franceses por las montañas que corren á uno y otro lado de Uchda con considerables cuerpos de infantes, mientras que por la llanura que se extiende al frente de aquella plaza hasta Tremecen habia de avanzar la caballería, envolviendo entre sus inmensos escuadrones al reducido ejército que los contrarios podian oponerle. En el caso de salir victoriosos del primer encuentro, la poblacion entera del país se habria alzado contra los franceses, y los marroquíes se habrian adelantado á bloquear y asediar á Tremecen, Oran y Mascara, y aun la misma plaza de Argel. Pero todos estos planes y propósitos los desbarató de un golpe la fortuna. El 13 de agosto el mariscal Bugeaud, determinado á entrar en campaña, levantó su campo en silencio, fingiendo un gran forrajeo para que los enemigos no se apercibiesen de su movimiento, y vino á alojarse en la ribera del Isly, riachuelo que corre harto sinuosamente entre Tremecen y Uchda. Al amanecer del dia siguiente pasó el Isly por uno de sus recodos, y caminó derechamente hasta dar vista, á cosa de las ocho de la mañana, al campo enemigo. Estaba este situado detrás de unas colinas, que aparecian ocupadas y defendidas por tropas de infantes y caballos: el grueso de la caballería, repartido en dos divisiones iguales, cubria los flancos ó vertientes de las colinas al oriente y al

occidente. El campo estaba defendido por once piezas de artillería, que eran las que arrastraba consigo el ejército. Por delante de las colinas formaba el Isly un nuevo recodo, que las servia de foso, aunque entre ellas y el álveo del rio quedaba una llanura no poco extensa. La infantería de los marroquíes no era muy numerosa, mas la caballería pasaba de veinte y cinco mil hombres, los mas valerosos del imperio. En cuanto al número de los franceses, no excedia de doce mil hombres; los ocho mil quinientos de infantería, y los otros de caballería regular é irregular; con diez y seis piezas de artillería, cuatro de ellas de campaña. No bien los divisó Muley-Mohamad cuando mandó á varios escuadrones de caballería que fuesen á disputarles el paso del Isly, que habian de ejecutar de nuevo para llegar al campo. Bugeaud, al notarlo, envió algunas bandas de tiradores escogidos, que por la certeza de sus tiros y disparos obligaron á los contrarios á desalojar la opuesta orilla. El ejército francés pasó entonces, y marchó sobre las colinas. Al verle en la mitad del llano que se extendia al pié de ellas, Muley-Mohamad mandó salir contra ellos la inmensa caballería que cubria sus flancos. Al punto los batallones franceses forman cuadros, de manera que todos sus cuatro frentes pudiesen responder al enemigo; en los ángulos de los cuadros presentaba sus temibles bocas la artillería, y cincuenta pasos adelante bandas de tiradores esperaban la carga. La caballería y las piezas de montaña y el estado mayor se mostraban, como antes, á la cabeza de la formacion y en el punto mas avanzado hácia las colinas. Al llegar la caballería marroquí fué detenida un tanto por el fuego mortífero de los tiradores avanzados; no obstante, siguen la carga los jinetes mas esforzados y algunos llegan á tocar la línea de los tiradores; pero estos se arrojan repentinamente en el suelo, y los frentes de los cuadros abren entonces el fuego de su terrible fusilería. De cuando en cuando la artillería de los ángulos salia algunos pasos adelante, y lanzaba de muy cerca la metralla sobre aquellas apiñadas masas de caballería. Sostuviéronse valientemente los marroquíes por algun tiempo; pero era inútil: caian los mas valientes, y cada instante se señalaba con horribles pérdidas entre sus filas. Entró el desórden, y al fin comenzaron á desbandarse por uno y otro lado. Bugeaud, que en el ínterin estaba acañoneando las colinas en cuya cima se miraba á Muley-Mohamad, que desde allí dirigia la accion, viendo el desconcierto de la caballería enemiga, vuelve contra ella sus cuatro piezas de montaña, y cogiéndola entre dos fuegos acaba de ponerla en fuga. Entonces la caballería francesa carga por tres partes á un tiempo y completa la derrota. Los que fueron por el centro tomaron las colinas, y arrojándose en seguida sobre el campamento, se apoderaron de él á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores. Los de los costados, hallando partida en dos á la caballería enemiga, fácilmente pudieron arrollarla. Muley-Mohamad llama á sí los fugitivos, y logra formar todavía á la izquierda del Isly gruesos escuadrones; algunos cuerpos de caballería francesa que se adelantaron demasiado se encuentran gravemente

comprometidos; pero los vencedores avanzan, su artillería vuelve á lanzar la metralla sobre los desalentados contrarios, su caballería amaga una carga, y entonces, sin mas poderlos contener el Príncipe, se pone en desordenada retirada todo el ejército marroquí, los unos hácia las montañas, los otros por el camino de Theza. La nueva de este suceso llenó de dolor, pero no desesperó un punto, á Muley-Abd-el-rahman. Pronto á luchar todavía, y confiado en romper entre los montes y yermos del país á los franceses mas tarde ó mas temprano, comenzó á juntar nuevas tropas y á preparar nuevos pertrechos y armas. Pero en esto llegaron mensajeros de parte de los franceses, pidiéndole la paz. Ofrecian evacuar á Uchda y todo lo que habian ocupado en el territorio marroquí, con tal que Muley-Abd-el-rahman se comprometiera á internar á Abd-el-Kader en alguna provincia remota ó á expulsarle del imperio, y á no hostilizar á la Francia. El Sultan habia ya conocido que sus fuerzas no bastaban para conquistar la Argelia, y que para tal empresa no podia contar con ayuda alguna de los ingleses. Prestó pues oidos á los tratos, y por medio del bajá Sidi-buselam se ajustaron las paces en 10 de setiembre de aquel año de 1844.

En el mismo año se terminaron las diferencias que traia el imperio con la Dinamarca, la Suecia, la Holanda y la España. Pretendian las tres primeras naciones eximirse del pago de tributos: apoyaron su pretension enviando cada una algunos buques armados, y al fin se arreglaron amistosamente las cosas por mediacion de la Inglaterra. De las diferencias con España poco dirémos, porque es historia que quisiéramos poner en olvido; no hay nacion mas ultrajada de los marroquíes que la nuestra: ellos hostilizan continuamente nuestros presidios, ellos tienen usurpado de algunos años acá el campo fronterizo de Ceuta, ellos han solido robar nuestras embarcaciones; y no contentos con todo esto, dieron muerte en los principios de 1844 á Víctor Darmon, nuestro vice-cónsul en Mazagan, cohonestando con frívolos pretextos la manifiesta violacion del derecho de gentes. Reclamó España, pero no tan enérgicamente como debia; hiciéronse algunas demostraciones de fuerza, pero no tantas como se necesitaban; medió al fin la Inglaterra, y se ajustó un tratado por el cual los marroquíes ofrecieron algo para no cumplir nada, y el asesinato del cónsul quedó sin venganza. Solo salió con honra de aquel trance la mujer de Darmon; porque, como conviniesen los marroquíes en entregarla por desagravio y precio de la sangre derramada la cantidad de 5,000 reales, ella se negó obstinadamente á aceptarlos. Si España estimaba en tan poco el valor de la sangre de sus servidores, la esposa supo mostrarse mas digna. Desde entonces ha permanecido en paz el imperio hasta estos últimos meses, en que nuevas y graves dificultades se han suscitado entre el Sultan y el presidente de la república francesa. Parece que los de Salé, fieles á sus antiguas costumbres, robaron un buque francés y atropellaron luego la casa del Cónsul, que pidió satisfaccion del hecho. El almirante Dubordieu con un navío y tres vapores se presentó de improviso delante de aquel

puerto el 25 de diciembre, y exigió una indemnizacion de 200,000 francos y el castigo de algunos culpables. Ya iban á empezarse las hostilidades cuando los saletinos propusieron algunas dilaciones, y fué fortuna para los franceses, porque las alteraciones de aquel peligroso mar habian puesto á sus buques en una posicion poco ventajosa. Al dia siguiente se rompieron los tratos; y roto el fuego á las diez de la mañana, fué contestado vigorosamente por los marroquíes hasta las tres y media de la tarde, en que todos sus cañones quedaron desmontados. Desde aquella hora hasta las cinco y media los buques franceses bombardearon impíamente á la ciudad, que fué totalmente incendiada. Lo extraño del caso es que desde la vecina plaza de Rabatt apenas hostilizaron á los franceses, á pesar de ver tan maltratados á sus hermanos, cuando entre unos y otros, obrando de consuno, pudieron haber puesto en notable aprieto á la escuadra. Trató el almirante francés con los de Rabatt una neutralidad que no sabemos en qué pudiera justificarse. En seguida la escuadra amagó un nuevo ataque sobre Tánger, pero las autoridades marroquíes cedieron á cuanto se les exigia, y no hubo lugar el hecho. En cuanto el Sultan ha tenido noticia de tales acontecimientos, obrando con su ordinaria firmeza, ha desaprobado la conducta de sus autoridades en el litoral y ha hecho avanzar hácia las ciudades amenazadas considerables cuerpos de tropas. La guerra parece otra vez inminente.

Muley-Abd-el-rahman cuenta al presente sesenta y seis años de edad. Parece antes afable y llano que cruel y soberbio; viste con sencillez y pasa por muy entendido en las letras árabes. Tiene dos mujeres, hija una de ellas de Muley-Suleyman, y se dice que las trata dulce y blandamente. Su primogénito, Muley-Mohamad, el que mandó en la batalla de Isly, acaba de quedarse mudo, y el mayor de sus hermanos, Muley-Ahmed, ha venido á desempeñar cerca del padre las funciones de *kalifa* ó lugarteniente, que aquel desempeñaba. Los últimos sucesos le han hecho conocer que los marroquíes no pueden resistir á los europeos, por la superioridad de estos en la táctica y disciplina, y ha comenzado á introducir una y otra en su infantería, aunque un tanto modificadas de como entre nosotros se conoce. Algo ha reformado tambien en la administracion y cobranza de las contribuciones; aunque á la verdad, mas con propósito de aumentar sus rentas que no de favorecer á los naturales y proporcionarles alguna ventaja. Y si hemos de juzgar por el buen estado de su salud, todavía le quedan á este sultan largos dias de reinado.

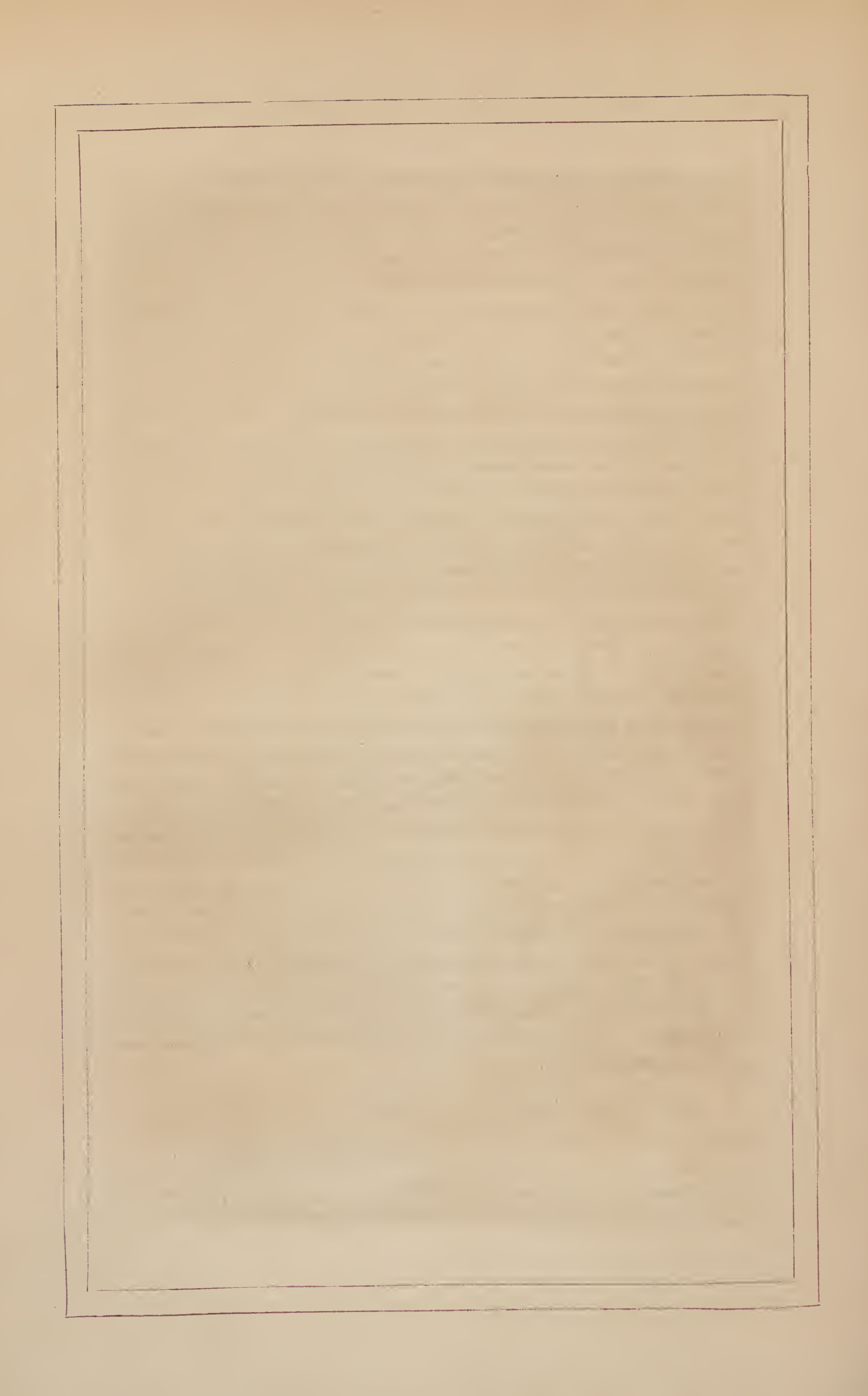
XIII.

Nuestra tarea está terminada. No es cúlpa nuestra si este escrito antes parece una breve crónica que no un compendio filosófico de la historia del Mogreb-el-

aksa. La historia de esta region está por hacer, y no era posible en tan corto espacio llenar tan lamentable vacío. Los anales y las crónicas aparecen antes que la historia en todas partes; que esta es como la última expresion, como la fórmula acabada del pensamiento y de la vida de un pueblo. En cuanto á la filosofía de la historia, poco tiene que hacer aquí, como no sea que busque comprobantes para sus teorías sobre las causas y efectos de la barbarie y el fanatismo. El Mogreb-el-aksa es la antigua Mauritania Tingitana, que aparece en la historia con Boco, y que luego es conquistada por Genserico y por Muza. No se hallará alterado en lo esencial el sistema social y político; no se hallará de seguro reforma ni adelanto en punto á artes y comercio, y agricultura é industria. La grandeza del tiempo de los Almoravides y Almohadas y de los primeros Benimerines desapareció como un relámpago; solo quedan de ella algunas mezquitas en Africa y algunos pergaminos casi por explorar en las bibliotecas de Europa. Perdióse hasta el nombre de tantos poetas y sabios y artistas; solo quedan los guerreros, y esos humillados y vencidos, porque en las campañas de nuestros dias sirven de mas las matemáticas que el valor, y de mas los libros que las espadas. Nacion idéntica á sí misma en todos los tiempos, cuando las familias que ocupan el litoral flaquean ó se impregnan en las ideas del resto del mundo, nuevas familias, desprendidas como aluvion de los desiertos, se encargan de restablecer las cosas en su prístino estado. Así sucederá por todos los tiempos mientras una nacion europea no ponga el pié en esas playas casi indefensas y ponga un dique invencible á las invasiones de las tribus bárbaras de lo interior. Cuál sea esta nacion no lo sabemos. Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Mogreb-el-aksa; la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de las orillas del estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca, quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestion de vida ó muerte: no vale olvidarla, no vale volver los ojos á otra parte; el dia de la resolucion llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está nuestra frontera natural; que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico: es leccion de la antigua Roma.

Madrid, enero de 1852.

Antonio Cánovas del Castillo.



10

A[illegible] de Belvedere lit. Lit. de Martinez, Madrid





DE INGLATERRA.





INGLATERRA.

VICTORIA PRIMERA.

I.



Empresa ardua y superior á nuestras fuerzas es la tarea de trazar en un breve y compendioso tratado el orígen, progreso, vicisitudes, peligros, preponderancia y grandeza de la nacion á la que hoy conocemos con el nombre de Gran Bretaña. Pero al mismo tiempo, fuerza nos es confesar que nada encontramos mas digno de la pluma del historiador ni mas acomodado á los pensamientos del filósofo. En ninguna otra nacion se ven con tanta frecuencia altas y sublimes enseñanzas para los hombres de estado, para los hombres religiosos, para

los hombres amantes de la humanidad. En ninguna otra parte del mundo habitado abundan mas los ejemplos que imitar, ni se encuentran tantos escollos que evitar; ninguna reunion de hombres nos ofrece una serie mas cumplida de contrastes imposibles de creer, si la pluma veraz de la historia y la fuente pura de la tradicion no los hubiesen trasmitido hasta nuestros dias. ¿Qué pueblo, por último, ofrece á la consideracion del amante de la historia, ni hechos mas heróicos ni crímenes mas atroces. ¿Qué corte, mas astucia ó mas sanguinarios suplicios? Qué parlamento mas tempestuosos debates?

Esa Inglaterra, admirada y envidiada de todas las naciones de la Europa por su grandeza y poderío, por su firmísima constitucion política, por ser hoy el mas incontrastable baluarte del edificio social, no pudo ni supo defender su tierra cuando, acometida por los romanos, y después por los sajones, dinamarqueses, normandos y otros bárbaros, se vió obligada á someterse á los rigores de sucesivas invasiones. Conquistada por Guillermo, duque de Normandía, perdió en un momento y para siempre su primitiva independencia. Agitada con el levantamiento de los barones, humilló al trono en la persona de su rey Juan Sin-Tierra, en nombre de una aristocracia guerrera, cuna de la ilustrada nobleza que con tanto acierto dirige el timon de la nave del Estado en los tiempos modernos. Las pretensiones de la casa de Plantagenet y las guerras civiles de las Rosas, agitando todos los ánimos y mezclando todos los intereses, no dieron apenas la tregua de un solo dia de reposo á los habitantes de aquel pueblo, antes de llegar á los tormentosos tiempos de la reforma. El fanatismo religioso y el fanatismo político ni respetaron la majestad de Dios ni la majestad del Rey : la Iglesia católica pereció por una órden de Enrique VIII, y Cárlos I perdió la cabeza en un cadalso por una sentencia del Parlamento. Vióse en tiempos del primero lo que hasta entonces no se habia visto ni concebido siquiera : la abjuracion de las creencias religiosas de toda una nacion por un decreto de su rey. Tal violencia debia estar sostenida, y lo estuvo, por las mas atroces medidas ; no fueron menos excesivas las de la reina María para obligar á sus súbditos á abrazar nuevamente el catolicismo. La Irlanda en el entretanto era azotada, como lo es en el dia, como una esclava rebelde, y la Escocia entregaba á la venganza de una rival, temible por lo envidiosa, á una reina hermosa como mujer, y á quien la posteridad ha perdonado sus culpables extravíos en gracia de su glorioso martirio.

A la muerte de Cárlos I siguió la de los mas nobles de aquella tierra y la proscripcion de la autoridad real, y después la del pretendiente y de sus secuaces ; y todo esto apenas se notaba en medio de las tempestades del Parlamento, de los crímenes atroces de la corte, y de las guerras extranjeras.

Ni tenemos tiempo, ni creemos que sea esta la ocasion de entretener á nuestros lectores con prolijas y eruditas investigaciones acerca de los primeros tiempos, por lo regular envueltos en densas nieblas, de la historia que hemos de bosquejar. Los habitantes de aquel país se llamaron britanos, de *briths*, palabra con que se

denotaba la costumbre que tenian de pintarse el cuerpo de color azul. Los romanos latinizaron la palabra de que hemos hecho mencion, y de *britanus* se formó *Britania*, y de esta, Bretaña en romance; á la cual se le agregó el apelativo de Grande para distinguirla de la provincia que de igual nombre existia en el continente. Sus costúmbres y su religion guardaban mucha analogía con las de sus vecinos los habitantes de las Galias, y aun con las que tenian los pueblos septentrionales, tan admirablemente descritas por la pluma de Tácito. Dividida la poblacion en numerosas familias ó tribus, mas bien que reunida en ciudades ó villas, presentaba la vista de otros tantos principados, en los cuales los derechos que ahora llamariamos políticos, se hallaban poseidos por todos los individuos con perfecta igualdad: de esta suerte eran de rigurosa eleccion los cargos que en realidad ó en apariencia indicaban dominio ó supremacía sobre los demás. Solamente estaban exceptuados de esta regla general los jefes de la religion, sacerdotes ó sacerdotisas de aquel culto gentílico, que se llamaban druidas, los cuales, como en el antiguo Egipto, pertenecian á una casta particular y privilegiada. El poder que ejercian era inmenso: la multitud los veneraba como á los únicos intérpretes de la voluntad divina, como á los profetas verdaderos de los bienes y de los males futuros, como á depositarios de los secretos y misterios que encubria y velaba la naturaleza á las torpes y rudas imaginaciones de aquellos pueblos primitivos. En el nombre de un dios ignorado ejercia el sacerdote las venganzas mas atroces; castigaba con severos suplicios á los que elegia como víctimas, y ante el tosco altar, al que servian de cimiento y adorno cuatro piedras simétricamente colocadas, no habia elevada cabeza que no se humillase ni poderío ninguno que no rindiese homenaje.

Uno de los mas insignes guerreros de la antigüedad nos ha trasmitido las primeras noticias que tenemos de aquel pueblo. Julio César, que igualó en el valor á Alejandro, y que no cedió á Ciceron en lo elocuente, después de haber llevado en poco mas de tres años las águilas romanas victoriosas desde los Alpes á las bocas del Rin, no contento todavía con los triunfos adquiridos en la conquista de un inmenso territorio, decidió extender mas todavía los límites del Imperio, y llevar su gloria y su nombre á las mas apartadas regiones. Rehusaron los marineros galos, y halló en los mercaderes grande repugnancia, en suministrarle noticias acerca de la situacion de los puertos del país vecino, del número de sus habitantes, del estado de su industria y comercio; pero la pertinacia de gente tan desconfiada avivó mas los deseos de aquel héroe, que no contento con la conducta, tímida ó mas bien cobarde, de Voluseno, decidió él mismo en persona atravesar el Estrecho, reconocer, ó si á mano venia, conquistar la isla, agregándola al ya grande y magnífico imperio de las Galias.

Si los romanos, tan entendidos en el arte de la guerra, lo hubiesen sido tambien en la náutica, el pensamiento de César hubiera quizá sido coronado con el mas feliz éxito; si no lo fué, fuerza es atribuirlo á la dureza de los temporales,

que, amenguando el ánimo de sus soldados y dificultando el desembarco de su infantería, y mas todavía el de su caballería, infundió grande valor en los insulares sus enemigos, que dispuestos á pelear, esperaban en la opuesta orilla medir sus fuerzas con aquellos guerreros, á quienes veian por primera vez con general asombro. Las legiones de César en aquella ocasion, como en todas, dieron la mas relevante prueba de su indisputable superioridad, obligando á los bretones á abandonar las playas y á buscar en las montañas su natural y seguro refugio. Tan fácil victoria no era, sin embargo, la conquista ni aun siquiera la ocupacion: ni César tampoco, con escasas dos legiones, destruida una gran parte de su armada y cortada su base de operaciones, podia emprender fabulosas hazañas, con la esperanza segura de hallar un pronto exterminio. Contentóse pues con ajustar tratados de sumision, con los cuales las armas de la invicta ciudad quedaban triunfantes, y los indígenas satisfechos y contentos como los que estaban resueltos á no cumplir lo ofrecido, tan pronto como se viesen libres de aquellos incómodos huéspedes. César en esta ocasion dió una prueba mas de su gran talento político, paliando con aquella medida la ligereza imperdonable de haber emprendido una expedicion arriesgada con tan reducido número de tropas.

Pero tales nuevas, descritas y pintadas á su manera con la elocuencia natural de que tantas pruebas dió César en sus *Comentarios*, causaron profunda y favorable sensacion en la ciudad de Roma. El descubrimiento y la sumision de un nuevo mundo (*alium orbem terrarum*) fué celebrado por aquellos altivos patricios como uno de los mas gloriosos triunfos de la república, y el Senado, en su alegría, decretó dar gracias á los dioses inmortales por espacio de veinte dias.

Durante el invierno se hicieron por una y otra parte formidables preparativos. Dos mil hombres de caballería y cinco legiones embarcó César en ochocientas naves construidas al efecto : llevó á cabo el desembarco en lugar seguro ; y reparadas gruesas averías que la fuerza de los tiempos causó en la improvisada armada, el general romano, á la cabeza de su ejército, enderezó sus pasos hácia los espesos bosques y cerrados matorrales, adonde el enemigo se habia retirado tan pronto como el ejército invasor puso el pié en la ribera. No fué esta vez tan fácil el vencer á los isleños: su audacia y su valor, propias condiciones de todo pueblo agreste y medio salvaje, animados y exaltados por la creencia religiosa de la trasmigracion de las almas, les obligaba á hacer esfuerzos sobrehumanos, que mas de una vez pusieron en verdadero conflicto á aquellos veteranos romanos, conquistadores hasta entonces de todo el mundo conocido. Las proezas de los indígenas llenaron de admiracion á los soldados de César : peleaban desde sus carros, y huian en ellos con asombrosa celeridad para no ser muertos ó hechos prisioneros, temiendo mas en su altivez indomable la pérdida de la libertad que la de la misma vida. Los elefantes, revestidos de una armadura hecha de escamas de acero bruñido, llevando sobre sus espaldas robustas una torre ocupada de soldados armados, pudieron mas que la intrepidez de la legion : á la vista de los mons-

truos la imaginacion de aquella gente ignorante, abultándoles los peligros, se los mostró sobrenaturales, contra los cuales no era dado á los hombres ni pelear ni rebelarse. La desbandada de los guerreros bretones obligó á su rey Casibelan á pedir la paz, que le fué otorgada con suaves condiciones, como que César no deseaba mas que volver á las Galias, temiendo los rigores del equinoccio, que á toda prisa se adelantaba.

Este fué el pequeño resultado de una expedicion preparada de antemano con todos los recursos militares de que disponia el inmenso poder de la señora del mundo, y á la cual no le faltaba ni el renombre de los soldados ni la fama de su caudillo. Los ciudadanos de Roma celebraron á porfía las glorias de su general favorito; pero es lo cierto que el conquistador de la Bretaña no conservó ni un pié de terreno en aquella isla. Sin embargo, los mas célebres talentos de la Italia y de la Grecia consagraron sus estudios á la descripcion de aquella region hasta entonces desconocida, y la historia y las ciencias hubieran ganado mucho si se hubiesen conservado sus obras; pero tenemos que lamentar su pérdida, como la de tantas otras que en estos tiempos de investigacion y curiosidad hubieran servido mucho á las laboriosas tareas de nuestros contemporáneos.

En los tiempos del afortunado sucesor de César no alcanzó todavía el imperio lo que no habia alcanzado la república en sus últimos dias. Al efímero placer de una conquista solo en el nombre prefirió Augusto el real y verdadero del interés; y en vez del tributo que como á señores pagaban los bretones á los romanos, el nuevo Emperador impuso una contribucion sobre los géneros comerciales de ambas naciones. Tal medida no era la de un conquistador; pero el erario ganó con la mudanza, y la adulacion halló medio para considerar aquella operacion fiscal como la conquista de la isla entera. Por eso dijo Horacio:

Præsens divus habebitur
Augustus, adjectis britannis
Imperio.

La indolencia de Tiberio adoptó como buena la prudencia de Augusto, y como muy poderosa la razon de que el Imperio era desmesuradamente grande, y débiles las fuerzas de los que debian regirle. Ni la una ni la otra sirvieron para que su sucesor Calígula dejase de representar á los ojos del mundo un papel grotesco, como le aconteció en cada un acto del ejercicio del poder soberano. El que nombró cónsul de Roma á su caballo bien podia, sin ruborizarse, montar una galera á la vista de toda la armada situada en el Estrecho, volver de pronto á la ribera, dar á sus soldados la señal de la acometida, proclamarlos vencedores del Océano, mandarles recoger los despojos de los enemigos, y entrar triunfante en Roma con unos cuantos carros cargados de conchas, mariscos y yerbas secas, arrancadas en las arenas de la playa.

A la imbecilidad de Calígula sucedió la crueldad de Claudio: lo que tuvo de ridícula la expedicion del primero, tuvo de sangrienta la del segundo. Desde este

momento puede decirse que la invasion tomó grandes proporciones, y la resistencia serio aspecto ; desde este momento se empeñó una lucha formal entre romanos y bretones : los primeros con el designio de sojuzgar la isla, como habian sojuzgado hasta entonces todas las naciones ; los segundos por defender su libertad, á la manera de los numantinos y los cántabros españoles.

Desde Plaucio hasta Julio Agrícola se cuentan doce generales romanos que sucesivamente tuvieron la terrible mision de exterminar á los bretones y á sus aliados, manteniendo viva la llama de la guerra en aquella apartada region. Unas veces vencidos, las mas vencedores, y siempre con valeroso ánimo, lograron enseñorearse de las partes mas fértiles de aquel vasto territorio, fortificar los mas importantes puntos, consolidar poco á poco la dominacion ; y por último, llegaron hasta recibir como auxiliares á algunas tribus, ya originarias del mismo suelo, ya advenedizas, que al fragor de las armas, y con la esperanza de un rico botin, habian acudido de lueñas tierras. Todo este período puede considerarse como de incesante lucha, de continuos horrores, en el cual peleaban dos principios opuestos : el de la esclavitud, representado por los romanos ; el de la libertad, de que eran sin saberlo defensores aquellos rudos moradores de la Bretaña; los primeros venian á sujetar la tierra del norte á los caprichos del pueblo rey, á hacer servir las riquezas y el trabajo de pueblos tan distantes á las extravagancias de un emperador; los segundos defendian sus hogares, sus familias y hasta su dignidad de hombres.

El emperador Claudio, á quien la historia ha consagrado una de sus mas negras páginas, puede, mas que otro, llamarse el conquistador de la Bretaña : en su tiempo y por sus generales se dieron las mas sangrientas batallas, el número de los prisioneros fué mayor que el de ninguna otra época, decayó mas el valor de los bretones. Caractaco, el jefe de aquellas tribus bárbaras, cuyo valor increible, puesto á prueba en nueve años de continuada contienda, le hizo tan famoso en los pueblos de Grecia y de Italia, cayó tambien en poder del vencedor ; su triste suerte lo llevó á formar parte del cortejo brillante que ostentó por la calles de Roma el dia de su triunfo el mismo Emperador. La cautividad de un jefe de tanta nombradía fué comparada por el Senado á la de Syfax, y los poetas dijeron de Claudio que habia reunido los dos mundos y ensanchado los límites del Imperio hasta el grande Océano.

At nunc geminus interluit orbes :
Pars est Imperii ; terminus ante fuit.

En los tiempos que empiezan con el general Agrícola y concluyen con el emperador Honorio se puede fijar la segunda época de la Bretaña romana. La bárbara dominacion de los generales que hasta entonces habian mantenido en vivísima agitacion aquel desventurado país, no era del gusto de Agrícola. Dotado este romano de un gran talento, y poseyendo en alto grado el don de gobernar, tuvo en menos la conducta de sus antecesores, considerándola hasta opuesta á las

condiciones indispensables de vida de cualquier pueblo. Agrícola no queria la conquista como fin ; la deseaba únicamente como medio para llegar á disfrutar de las ventajas de una paz durable.

Aquejábale el deseo de ser el fundador de la sociedad romano-bretona, mostrando con su ejemplo á los moradores de aquella isla cuánto mas ventajoso debia ser para ellos vivir en paz con los romanos que vivir en una guerra continua, cuánto mas útil gozar de los bienes de una avanzada civilizacion que sufrir la desgracia de un estado de sociedad, qué por lo atrasado ciertamente nada tenia de envidiable. Todos los actos de su sistema de gobierno concurrian admirablemente á lograr tan glorioso propósito : reformó la administracion civil, redujo los impuestos, oyó con paciencia y con amor las quejas de aquellos habitantes, y castigó con gran severidad la tiranía de los oficiales subalternos. Los bretones, á la vista de tanta dulzura, de tanta justicia y de tan grande inteligencia, quedaron vencidos; logrando de esta suerte el talento de un solo hombre lo que no habian podido conseguir en muchos años de incesantes trabajos los ejércitos mas numerosos y los mas aventajados capitanes. A bandadas bajaban de lo áspero de las montañas, y salian del laberinto intrincado de sus espesos bosques, para construir sus habitaciones al lado de las que tenian los romanos : allí empezaron una nueva vida de gozo y de placer ; la ilustre toga romana cubrió los hombros que hasta entonces habian cubierto las capas de pieles ; la arquitectura romana, con la pureza de sus líneas y la belleza de todo su conjunto, nació como por encanto en aquellos campos agrestes, en los que solo la naturaleza se habia ostentado, con todo el aparato de su grandeza. Los templos dedicados á las deidades paganas ocuparon el lugar de las sagradas piedras de los altares druídicos, la lengua latina empezó á ser la lengua de la nacion vencida, el uso de los baños se generalizó y adoptó por los isleños, cual si fuesen hijos de Roma ; por último, el espíritu de innovacion llegó á tal punto, que perdieron el amor y hasta la necesidad de la independencia; convirtiéndose aquellos indomables guerreros, que tantas veces habian desafiado las iras de los emperadores, en humildes y mansos corderos, muelles, afeminados, plagados de necesidades y de vicios.

La tiranía es envidiosa, y Domiciano no era hombre de dejar á un lado cualquiera de las condiciones de un tirano : este cruel emperador no quiso conceder los honores del triunfo á Agrícola, el cual renunció el gobierno de la Bretaña, y entregó el mando á Lúculo, su sucesor; pero una misma pluma, manejada por el primero de los historiadores romanos, ha hecho justicia á Domiciano y á Agrícola. Desde entonces fué la Bretaña una colonia romana. Un propretor la gobernaba : administracion de justicia, mando de tropas, asuntos religiosos, todo estaba depositado en sus manos. Autoridad tan grande no estaba contrabalanceada sino por el Emperador, que á tan larga distancia no podia enmendar los yerros ni reparar las injusticias del Propretor; pero en los tiempos del emperador Adriano quedó limitada, merced á las reglas de gobierno y de conducta que para los

gobernadores de las provincias dictó en su edicto perpetuo aquel sabio emperador.

Cuando las numerosas legiones de los bárbaros del norte, empujándose las unas á las otras, acometieron por todas partes al imperio de los Césares; cuando gentes tan diversas, conducidas por la Providencia para regenerar el mundo antiguo, se derramaron violentamen'e como un aluvion por toda la Europa, no quedó olvidada la isla de la Gran Bretaña. Aquella colonia, que, como hemos visto antes, habia adoptado las leyes, los usos y las costumbres de los romanos, fué acometida tambien por numerosas falanges de bárbaros, á cuyo ímpetu no pudieron resistir los afeminados bretones ni los soldados del ya caduco imperio. En el reinado de Constancio los pictos y los escoceses penetraron en la provincia romana : Juliano mandaba en las Galias, y no pudo disponer de un solo soldado para auxiliar á los que militaban por la misma causa mas allá del Estrecho : ¡tan grande era la empresa que tenia á su cargo de defender las orillas del Rin, por donde á la desbandada entraban numerosas naciones, en lengua, en usos diferentes, aunque animadas todas de un mismo pensamiento, llevadas todas de igual deseo! En la guerra que por muchos años mantuvo el imperio romano la fortuna fué varia, algunas veces los trances dudosos; pero siempre el mal se aumentaba, y el Imperio se perdia aun en medio de brillantes victorias. Esto acontecia en el Rin, y lo mismo sucedió en Bretaña. Pero cuando Alarico, á la cabeza de los godos, los vándalos y los alanos, se precipitó de la cima de los Alpes Julianos como un torrente devastador, amenazando la Italia y el corazon del Imperio, creyeron los emperadores necesario reconcentrar todas las tropas que lo defendian á largas distancias. Las legiones que en Bretaña por mucho tiempo habian defendido el nombre romano, pelearon y vencieron, á las órdenes de Stilicon, en la famosa batalla de Pollentia, y aunque volvieron otra vez á la isla, quedaron de todo punto separadas de la Italia cuando, ocupadas las Galias por los germanos, aquella importante parte del Imperio se vió enteramente independiente de la Italia. Entonces la anarquía trabajó las legiones romanas, y el deseo de la independencia renació en el corazon de los naturales. Casi al mismo tiempo las primeras eligieron un emperador por su cuenta, y los segundos tomaron las armas para echar á los extranjeros de su territorio. El Imperio no podia ya mantenerse ; su fin se acercaba por instantes, su larga agonía terminaba con una muerte dolorosa. Honorio escribia en aquellos momentos al estado de Bretaña, lo mismo que al de España, lo mismo que á los del mundo entero, «que les fiaba el cuidado de su defensa». Estas pocas palabras revelaban el secreto del Imperio, á saber : su falta de fuerzas, su postracion, su ruina, su muerte ; y esas mismas palabras proclamaban en alta voz la independencia de las naciones, la emancipacion de la humanidad, hasta entonces atada al carro triunfante de los romanos.

II.

Los bretones no pudieron sostener por mucho tiempo su independencia : es verdad que sacudieron el yugo de los romanos, pero tambien lo es que se vieron obligados á sufrir otro mas duro. Con los romanos ganaron mucho en cultura y en el ejercicio de las artes útiles, que los conquistadores propagaron por toda aquella tierra ; poco tuvieron que aprender y mucho que llorar con la tiranía de sus nuevos amos los sajones. El pillaje en las costas y la piratería en los mares eran las únicas ocupaciones de tan atrevido pueblo, al cual, aunque en guerra con los romanos, nunca pudieron estos abatir su orgullo ni domar su osada altivez. Segun todos los historiadores antiguos, ningun otro pueblo se les asemejaba en crueldad ni en valor y audacia. Sidonio Apolinar dice : «No tenemos enemigos mas temibles ni mas crueles que los sajones ; desgraciado el que cae en sus manos. Si persiguen á su enemigo, fácilmente lo alcanzan, si son perseguidos, con la misma facilidad se escapan del peligro ; con él están connaturalizados á tal punto, que las tempestades en el mar, para todos objeto de terror, para ellos lo son de alegría. Sus ataques son prontos, imprevistos y temibles.» Por último, el emperador Juliano declara á aquella nacion la mas temible de todas las que vinieron de la otra parte del Rin y de las costas del Océano occidental.

Tal era la opinion que se tenia de los sajones hácia los años de 449 : los independientes bretones, á quienes los pictos y otros bárbaros amenazaban con frecuentes invasiones, debilitados física y moralmente con los excesos de la misma civilizacion romana, llamaron en su auxilio á los sajones, mandados á la sazon por sus dos valientes jefes Hengist y Horsa. Los pictos abandonaron bien pronto sus planes de conquista ; y los naturales, agradecidos al servicio eminente que les habian prestado los extranjeros, desearon muy sinceramente recompensar su valor. Otra guerra, tan temible ó mas que la sostenida contra los romanos, empezó en los mismos instantes en que los sajones, después de haber lanzado de la isla á los enemigos de los bretones, quisieron recompensarse de los servicios que habian prestado, sin esperar á que lo hiciese una mano avara, siempre dispuesta á escatimar mas bien que á aumentar el premio de la victoria. Muchos años de sangrienta y porfiada contienda hicieron de los bretones, pacientes, valerosos y sufridos guerreros ; grandes fueron las hazañas que emprendieron, benemérita y aun heróica su conducta, varia la fortuna de la guerra, único el ejemplo que dieron á la historia en aquellos tiempos turbulentos, en que los indígenas de todos los países, en vez de pelear, procuraban amalgamarse ó fundirse en la conquista ; pero todo fué en vano : siglo y medio costó á los sajones y á sus auxiliares los ingleses (angli) la ocupacion de casi toda la isla, desde las playas y llanuras

hasta lo mas escarpado de las montañas. Entonces cesó la devastacion y el pillaje; las miras de interés personal fueron mas poderosas que los hábitos feroces de los conquistadores y sus vengativas pasiones. Las casas y edificios de los bretones hospedaron á sus enemigos; los cuales, deseando ya fijarse en aquel punto, prefirieron las comodidades de la vida sedentaria á los trabajos de la vida aventurera. Su primer cuidado fué el laboreo de las tierras, y para esto conmutaron la pena de muerte que imponian á los prisioneros en la de esclavitud perpetua; repartiéronse los conquistadores las tierras y los cautivos, sin distincion de clase, edad ni sexo. Así se afianzó la conquista, no sin varias protestas lanzadas de tiempo en tiempo por los súbditos contra la tiranía de los señores; protestas que fueron infructuosas y que no hicieron mas que agravar sus desgracias. Y ¿qué habia de suceder? Los bretones no tenian mas amparo, mas razon que su justicia; sus señores tenian en apoyo de su tirana conducta la fuerza.

En ocho principados distintos se dividió la Bretaña, pues aun cuando muchos historiadores han hablado de siete, causa esta notable diferencia el haber estado durante este período muy frecuentemente reunidas las coronas de Bernicia y Deira. Entre todos estos soberanos solia haber alguno que era considerado como el primero, ó fuese por su talento, ó por otra circunstancia favorable; y esta supremacía era reconocida por todos ó la mayor parte de aquellos estados. Designábasele con el título de bretwalda, que tanto queria decir como gobernador ó soberano de Bretaña. Pero ni la extension de su poder ni la forma de su eleccion han llegado á nuestra noticia. Siete ú ocho reyes sajones fueron los que usaron este título, y á sus reinados verdaderamente pertenece cuanto de útil, de grande, de notable en cualquier sentido ocurrió en la época de la octarquía sajona. Las costumbres romanas y bretonas quedaron abolidas, así como tambien la religion, las leyes y cuanto de antiguo y respetable conservaba el pueblo vencido. Los idiomas latino y céltico cedieron su puesto al sajon y al inglés. Las tierras se dividieron en condados, recibiendo estos un nombre sajon; conservaron la forma de gobierno, exagerándola; y por último, respetaron algunas costumbres de los germanos de antiguo arraigadas en la isla, y que en lo sucesivo sufrieron repetidas modificaciones con el trascurso é innovaciones de los tiempos; entre ellas hay que contar como la mas principal el juicio por jurados.

En el reinado de Ethelberto, rey de Kent, tercer bretwalda, notable por grandes desgracias en su principio y por no menores prosperidades hácia el fin, tuvo lugar el mas influyente acontecimiento en la suerte de la Bretaña. Tal fué la conversion de casi toda la nacion al cristianismo. Es imposible hoy fijar la época en que la luz santa del evangelio de Jesucristo penetró en la Bretaña, y todavía mas el saber á quién debieron sus moradores tan inestimable beneficio. Algunos escritores, llevados de un laudable celo, han atribuido esta obra de caridad á los santos apóstoles Pedro y Pablo; pero esta opinion, por sí misma improbable, no descansa sobre ningun fundamento sólido, y solo tiene por base testimonios insignificantes,

ambiguos y de fe dudosa. Pero lo que parece cierto es que desde los primeros siglos habia cristianos en la Bretaña, y esto se comprueba, ya por el frecuente trato que existia entre los moradores de la isla y la capital del orbe conocido, y ya por las numerosas legiones que, de continuo estacionadas en aquel lejano país, tenian el especial encargo de defenderlo y custodiarlo. Por una parte, la Iglesia de Roma alcanzó una grande celebridad poco después de la ascension del Señor; celebridad que se aumentó prodigiosamente con las persecuciones de Claudio y de Neron. Natural era que los bretones, que en número considerable iban á visitar á Roma, buscasen á los intérpretes del Evangelio, aunque no fuera mas que para vengarse del materialismo de sus opresores con el sentimiento de la nueva doctrina. Por otra parte, en las legiones cundió quizá con mas rapidez que en otras clases el dogma de la fe; y ocupada la Bretaña militarmente, y tan vecina de las Galias, que tambien lo estaban, los mismos ejércitos sirvieron de apóstoles en tan santa cruzada, predicando á los naturales las excelencias divinas del Hijo de Dios, que habia rescatado con su dolorosa pasion y muerte al género humano. Pomponia Græcina, mujer del cónsul Plautio, aquel general que en los tiempos de Claudio alcanzó de los bretones señaladas victorias, era cristiana, y tambien lo era Claudia, señora ilustre de Bretaña, casada con un senador romano. Cuando la sangre de los mártires fecundaba el suelo que tan abundantes frutos habia de llevar en lo sucesivo, los cristianos de la Bretaña vivian en paz. Ocupados en la constante alternativa del ataque y la defensa, la sangre corria á torrentes, pero no eran persecuciones religiosas las que afligian á aquel país; las guerras eran de raza, de ocupacion y de conquista. De esta manera el conocimiento de la doctrina evangélica se habia extendido por toda la Bretaña, y antes de finalizar el siglo II habia penetrado aquella vivísima luz hasta en las tribus independientes del norte.

Los sajones, durante el largo período de guerra que mantuvieron con los naturales, llevados de su instinto feroz mas que de ninguna razon política ni religiosa, demolieron los templos y persiguieron á todo el que tenia el nombre de cristiano. Sabedor Gregorio el Grande, que á la sazon ocupaba la silla de San Pedro, de las persecuciones que sufria la iglesia de Bretaña, tuvo la heróica resolucion de enviar á aquellas lejanas tierras ilustres y santos varones, que con su ejemplo y doctrina convirtiesen á la fe de Cristo á los rebeldes idólatras. Antes de llegar á la dignidad pontifical Gregorio, paseando un dia por la plaza de Roma, en donde estaba el mercado de los esclavos, fijó su atencion en unos muchachos rubios y blancos que esperaban comprador. Hirió la vista del virtuoso sacerdote la hermosura de aquellas criaturas, y preguntando de qué tierra eran, fuéle respondido que ingleses, á lo que repuso el prelado: «*Non angli, sed angeli forent, si essent christiani.*» Desde este momento concibió el apóstol la sublime idea de librar de las tinieblas de la ignorancia á aquel pueblo infiel, decidiendo marchar en persona á ejecutar aquella buena obra. El pueblo de Roma, de quien

era tan respetado como querido, no permitió que cumpliese su propósito. Pero desde entonces no cesó de ayudar en cuanto pudo á la feliz idea de la propagacion del cristianismo en Bretaña, dominada, como hemos visto, por la raza sajona. Elevado al pontificado, no descansó hasta enviar á tan apartadas regiones cuarenta misioneros religiosos del monasterio de San Andrés de Roma, con su prior á la cabeza, Agustin, en quien resplandecian todas las dotes mas perfectas de elocuencia y sabiduría, y que, merced á tan nobles prendas, fué consagrado después obispo de Cantorbery. Llegaron lo misioneros á la isla de Thanet. Ethelberto tenia ya algunas nociones de la religion cristiana, y muchas mas de los que la profesaban; era naturalmente bondadoso, y mas que nada, aficionado, y mas que aficionado, protector de la tolerancia religiosa: todo esto era muy natural; tenia el ejemplo dentro de su propia casa: el rey habia contraido matrimonio con Bertha, hija única de Charibertho, rey de Paris y descendiente de Clodoveo. Celebróse este matrimonio con la expresa condicion de que la Reina practicase el culto de la religion cristiana sin que nadie fuera osado á turbar en lo mas mínimo la tranquilidad de su conciencia. La piadosa Princesa asistia á las santas ceremonias de la religion en una iglesia dedicada á San Martin, extramuros de la ciudad de Cantorbery, en la cual celebraba los sagrados misterios un sacerdote francés llamado Luidhard, que por su ejemplar vida, vigorosa elocuencia y ascéticas costumbres mereció gran renombre de santidad en aquellos lugares. El Rey, que no podia ignorar la santa vida de su mujer, tolerábala en silencio, no tanto por el compromiso contraido en la cláusula matrimonial, cuanto por gusto, por aficion, por deseos que le animaban de ver adoptada en todo su reino aquella religion nueva, cuya doctrina consolaba al hombre harto mas que las farsas ridículas del paganismo.

El príncipe sajon recibió á los misioneros en un vastísimo campo y debajo de una corpulenta encina; así se lo habian prescrito los sacerdotes idólatras, que temian los conjuros de los cristianos, y suponian que en campo abierto no tenian fuerza sus hechicerías. Caminaban aquellos santos varones con rigoroso silencio, de dos en dos, delante de Agustin; uno de ellos llevaba la cruz y una bandera en la cual estaba estampada la imágen del Redentor. Cuando se acercaron al Rey rompieron su silencio entonando salmos y antífonas. El intérprete explicó al Príncipe los motivos que habian impulsado á aquellos extranjeros á venir á visitarle desde tan lejanas tierras, á lo cual Ethelberto contestó que no queria abandonar la religion de sus padres para adorar á un Dios cuyas bondades no conocia; pero que pareciéndole buena y benéfica la intencion de aquellos extranjeros, no tenia inconveniente en permitirles la libre predicacion de su doctrina, sin que les asaltase siquiera la duda de ser molestados por nadie; debiendo ser costeados en su manutencion y otros gastos del bolsillo real. Fortalecidos con esta respuesta, dieron gracias á Dios y siguieron el camino de Cantorbery hasta San Martin, en donde, por los cuidados de la Reina, encontraron seguro asilo y

regia hospitalidad. La predicacion del Evangelio surtió sus naturales efectos: una inmensa multitud de sajones llenaba diariamente las naves del templo, admirando la majestad del culto cristiano, la tolerancia y humanidad de la nueva doctrina, y la vida santa y fervorosa de los cuarenta apóstoles que la enseñaban. Cuando Ethelberto se convenció de la favorable mudanza de sus súbditos en materia de opiniones religiosas, en un dia solemne, pascua de Pentecostés, año 597, hizo la abjuracion de sus errores, y recibió públicamente el sacramento del bautismo. En la inmediata pascua de Navidad siguieron su ejemplo diez mil de sus súbditos.

La buena semilla, sembrada en tierra muy bien preparada, no pudo menos de dar copiosos frutos: el reino de Kent fué el primero que abrazó la religion cristiana, con gran júbilo de sus habitantes; siguió el de Northumberland, donde el obispo Paulino dejó tan inolvidable memoria; después el de Wessex, y así todos los demás; de manera que en los momentos en que la Inglaterra recobraba su unidad, el cristianismo triunfante hacia ondear el lábaro de Cristo en lo mas alto de las torres de sus magníficas basílicas; la fuerza moral habia sustituido á la fuerza material; la familia ocupaba en el órden social el puesto preferente que toda civilizacion reclama; la esclavitud desaparecia ó se modificaba; en suma, la sociedad moderna empezaba, y en los oscuros horizontes se veia brillar ya la estrella refulgente que debia conducir por medio de trabajos y salvando abismos la humanidad á un puerto seguro.

«La cosecha es grande, y no bastan los trabajadores á recogerla», escribia el monje Agustin al papa S. Gregorio. Con tan fausta noticia el santo Pontífice envió á Bretaña nuevos misioneros que ayudasen en la santa obra á los primeros, con instrucciones y consejos, en los cuales, al par de la santidad y del celo apostólico, comenzaban á divisarse un plan de supremacía temporal y altas y profundas consideraciones políticas. En primer lugar se prevenia á los misioneros que destruyesen los ídolos de los paganos, pero que de ninguna manera tocasen á los templos, pues teniendo costumbre de reunirse en ellos los idólatras, seguirian haciéndolo y adorando al verdadero Dios. En segundo lugar, mandaba el Papa conservar cuidadosamente las costumbres de aquellos naturales, hasta la que tenian de inmolar bueyes y otros animales en sus antiguos sacrificios, con sola la diferencia de convertir aquellas vanas ceremonias en solemnidades cristianas. Lorenzo y Meliton, que fueron los encargados de llevar á Agustin estas instrucciones, le llevaron tambien el palio, signo visible del mando, autoridad y jurisdiccion que el metropolitano ejercia sobre los sufragáneos: no se limitó á esto el cuidado de Gregorio Magno; sino que, teniendo en cuenta las proporciones que la conquista espiritual debia tomar muy en breve, no solo quiso arreglar el estado presente, sino tambien el futuro, que al parecer se divisaba bajo el aspecto mas lisonjero. No solo el Papa, sino tambien los mas doctos varones de aquella edad, formaron una constitucion eclesiástica,

que debia tener su aplicacion en Bretaña : en ella se erigian dos sillas metropolitanas, con doce sufragáneas cada una ; para la primera se nombraba al venerable Agustin, con jurisdiccion y autoridad sobre el otro metropolitano ; de manera que para aquella ocasion y para aquel país quedaban sin efecto los cánones de la jerarquía. No necesitaba tanto el primado de la Bretaña para aspirar á una dominacion, no solamente en el pueblo convertido por su fervoroso celo, sino tambien en el país de Gales, adonde se habia refugiado el resto de los antiguos bretones; y por último, en todas las Galias. El don de hacer milagros, de que usó, y aun abusó, si hemos de creer al mismo Gregorio, ensanchando el campo de su predicacion y extendiendo la voz de su fama, excitó los celos del Papa, quien, en una carta escrita con grande cautela, le insinuó lo peligroso que era acudir á remedios extraordinarios con frecuencia, y le prohibió, ó mejor dicho, no quiso concederle autoridad ninguna sobre los obispos de las Galias, dependientes de sus metropolitanos, y solamente se la concedia omnímoda sobre los obispos bretones, los cuales, contaminados con la herejía, tenian la desgraciada pretension de querer fundar una iglesia independiente de la Iglesia universal. De esta autoridad ilimitada abusó grandemente Agustin, el monje, el misionero, el obispo de Cantorbery, el plenipotenciario del catolicismo en la Bretaña.

En el país mas montuoso de toda la isla, en lo que hoy conocemos con el nombre del principado de Gales, se habian retirado y agrupado los restos de un gran pueblo. Hostigados por los romanos, y perseguidos á sangre y fuego por los sajones, muchas familias de los indígenas habian encontrado seguro asilo y librándose de la tiranía de los invasores : todo lo habian perdido aquellos desgraciados, desterrados en su propio suelo, menos su nombre, sus costumbres, su idioma y su Dios : así dicen antiguos historiadores. Creian en un solo Dios, creian en el misterio de la Santísima Trinidad; pero negaban el pecado original, pensaban que estaban en gracia las criaturas al nacer y en la edad en que no podian cometer pecado; y á esta diferencia notable entre los dogmas de su iglesia, se agregaban otras de menos importancia relativas á los trajes y ceremonias del culto. Agustin, investido con una autoridad discrecional sobre aquel pueblo en todo lo relativo á las cosas espirituales, pretendió que los obispos lo reconociesen como á su metropolitano, y por consiguiente, que abjurando sus errores, se reconciliasen con la Iglesia romana. Ni Agustin ni los bretones pudieron avenirse en las dos conferencias que celebraron ; antes al contrario, los ánimos se irritaron por ambas partes, ya con la resistencia, ya con la amenaza : los bretones, no queriendo doblar su cuello á los aliados de los conquistadores, y Agustin intimándoles la sumision en nombre de la paz de Cristo, y de no hacerlo así amenazándolos con la guerra exterminadora de los pueblos bárbaros aun no convertidos.

El castigo sucedió á la amenaza : poco tiempo despues de celebrada la con-

ferencia, un rey sajon, pagano, descendió de sus elevadas guaridas hácia los pintorescos valles en que estaba situado el monasterio de Bangor, cuyos monjes habian sido los primeros en resistir la autoridad del misionero romano. A la vista del peligro huyeron, desamparando su monasterio, los religiosos, refugiándose en la provincia, cuyo ejército defendia el territorio de las continuas invasiones enemigas. Este ejército fué vencido; aquella grey, indefensa y abandonada, sirvió al vencedor de rica presa; y en aquella sangrienta derrota el Rey alcanzó á ver de lejos un grupo de hombres vestidos con extrañeza, desarmados y puestos de rodillas. Averiguado el caso, supo que eran los monjes del monasterio vecino, y que, arrodillados como estaban, pedian á Dios misericordia por sus pecados y por los de los vencidos. Con la inflexible lógica de un bárbaro dijo el rey sajon: «Si piden á Dios por mis enemigos, aunque sin armas, pelean contra mí.» Dicho esto, mandó á sus feroces guerreros que los pasaran á cuchillo. «De esta suerte, dice Beda en su *Historia eclesiástica*, se cumplió la profecía del santo Pontífice, y así fueron castigados los pérfidos que no se aprovecharon de sus saludables consejos.» En el país vecino de las Galias existió desde entonces hasta tiempos muy modernos la tradicion que achacaba á la nueva Iglesia de Roma aquel acto de bárbara venganza: verdad es que tambien la misma tradicion supone que el obispo Agustin murió violentamente en la batalla dada contra los bretones; pero esta noticia está desmentida por las terminantes palabras del escritor antes citado. (*Quamvis ipso, jam multo ante tempore ad cœlestia regna sublato.*)

Desde entonces el pueblo anglo-sajon se entregó voluntariamente en manos de la corte romana, la cual no solo ejerció una supremacía espiritual sobre aquella valiente raza, sino tambien un protectorado político, que colmaba de riquezas, de respeto y de poder á la capital del mundo católico; lo que los emperadores romanos habian conseguido por la fuerza de sus indomables legiones, los papas lo consiguieron por la excelencia de la nueva y divina doctrina; el imperio, tan grande en los tiempos de Augusto, tan temible en los de Diocleciano, no decayó de su poder y de su grandeza en la época de Gregorio Magno: los emperadores mantenian aquella costosa dominacion á fuerza de sacrificios; los papas prodigando los bienes y los consuelos al género humano. Desde las misteriosas cavernas de la Scandinavia hasta las columnas de Hércules el benéfico influjo del cristianismo cambió el carácter de los habitantes, de agreste y salvaje que era, en culto y civil; los esclavos sintieron aflojarse las cadenas que sobre ellos pesaban; y por haber perecido la Roma antigua, no por eso pereció la unidad del mundo que representaba el pueblo rey: la púrpura de los emperadores cedió su lugar á la sencilla y cándida vestidura del Pontífice, la diadema se trocó en tiara, y el Capitolio, agoviado con el peso de las victorias de la tierra, coronó su alta cúpula con la cruz triunfante del Redentor del mundo.

III.

En los siglos v y vi el pueblo sajon alcanzó el mas alto grado de prosperidad á que llegó en todo el curso de su existencia en el suelo fértil de la Gran Bretaña. Dueños los sajones de casi todo el territorio, temidos de los indígenas, los cuales, de todo punto vencidos, se habian retirado á lo mas inaccesible de los montes y á lo mas espeso de los bosques, sumisos y obedientes á las órdenes de Roma, por voluntad propia tributarios de la Iglesia, respetados de sus vecinos, y admirados de todas las naciones bárbaras que conquistaron la Europa, parecia su poder incontrastable y la duracion de su poder eterna. La raza germánica cobraba nuevo aliento y echaba profundas raíces en el suelo donde la raza céltica, la primera, habia plantado sus tiendas; la bandera blanca de los sajones coronaba las mas altas montañas, y perseguia y lanzaba cada vez mas á la bandera roja hácia el occidente, hasta que logró desterrarla á la otra parte de los mares; pero tambien le llegó su vez al pueblo sajon; tambien en aquel tiempo de continua trasmigracion de naciones, en el cual unas á otras se empujaban, cual si el mundo fuera pequeño albergue á todas aquellas razas salidas de las cavernas del norte, otro pueblo de la misma índole, de idéntico orígen, con iguales méritos, luchó cuerpo á cuerpo con el pueblo sajon, y la victoria coronó sus esfuerzos; pero esta victoria no fué la obra de un solo dia : preparada de antemano por la astucia de un príncipe famoso, auxiliada poderosamente por la habilidad de la corte de Roma, y debilitado el poder de aquel pueblo por una continuada guerra con otros pueblos bárbaros, fué fácil al conquistador Guillermo llamarse rey de Inglaterra y de la Normandía.

Casi al finalizar el siglo viii, cuando toda la Bretaña meridional se llamaba ya Inglaterra, ciertos hombres totalmente desconocidos desembarcaron en uno de sus puertos. Los magistrados sajones, llevados mas de la curiosidad que del temor, interrogaron á los extranjeros acerca de su patria y del objeto de su viaje; estos dejaron á los indígenas acercarse, y así que los tuvieron á punto cayeron sobre ellos, los mataron alevosamente, robaron la comarca y salieron de huida, embarcándose con precipitacion. Tal fué la primera aparicion de los dinamarqueses ó normandos, que así se llamaban, ó porque eran originarios de las islas del mar Báltico ó de las costas de la Noruega. Eran de la misma raza que los sajones y los francos, esto es, de la raza teutónica, pero no eran cristianos; y la sola diferencia de religion habia engendrado tales odios y tal deseo de venganza entre unos y otros teutones, que ni la Francia se vió libre de sus incursiones ni la Inglaterra pudo preservar las costas de sus robos y piraterías. No tenian mas placer que el de incendiar y saquear las iglesias, degollar á los sacerdotes, pasar á cuchillo á los monjes y escarnecer los objetos mas sagrados del culto. To-

dos iguales en el banquete, obedecian en el combate á un jefe único, que llamaban rey; y como sus empresas eran principalmente dirigidas á puntos de costa, y no manifestaban al principio deseo vehemente de formar establecimiento en tierra, les llamaban reyes de la mar, nombre que ennoblecieron por sus fabulosas hazañas aquellos insignes piratas. Todos los escritores antiguos, que con grande minuciosidad han legado á la posteridad los hechos increibles de esta raza de bárbaros, no han escaseado el elogio en punto al valor, al arrojo, á la audacia con que acometieron á las otras razas sus hermanas, establecidas ya en las naciones de la Europa, y mas civilizadas que ellas, por haber adoptado el cristianismo y mucha parte de las costumbres romanas.

Estas incursiones guerreras y bárbaras menudearon tanto y tomaron tan serio aspecto, que no solamente temian por su seguridad los habitantes de las costas, sino tambien los de la tierra adentro : los dinamarqueses, por otra parte, manifestaron vehementes deseos de formar establecimientos fijos y perennes en la isla, y soñaron con su conquista de tal suerte, que si ellos no cogieron el fruto, prepararon bien el terreno para que otros mas sagaces y mas afortunados se apoderasen de aquella rica presa que todos los pueblos del norte codiciaban. Llenas están las crónicas y las historias antiguas de las maravillas que hicieron los reyes de la mar en el siglo IX. Con grande entusiasmo refieren la invasion de Lodbrog y de sus tres hijos, las proezas del rey Aella, que la venció, haciendo prisionero á aquel famoso rey de la mar, los tormentos que le hizo pasar hasta morir, y la cancion de muerte del cautivo, magnífico trozo de poesía, que, siendo verdadero ó fingido, de aquel tiempo ó de otro posterior, lleva consigo el sello vivísimo del fanatismo guerrero y religioso, que hizo tan temibles en aquellos tiempos á los dinamarqueses y normandos.

Las continuas invasiones de pueblos tan bárbaros y tan audaces se convirtieron en ocupaciones de territorio mas ó menos transitorias, y estas llegaron, por último, á constituir un estado cierto de conquista; de suerte que de los ocho reinos primitivamente fundados por los sajones y los ingleses, no quedó para protestar contra la tiranía de los invasores mas que uno solo, el de los sajones occidentales, que se extendia desde la boca del Támesis hasta el golfo de Saverna. Ni la independencia ni la paz constituian la existencia de sus habitantes : conquistaban ó pretendian conquistar la primera con el filo de la espada y el hierro de sus picas, y huia la segunda de aquellos campos y de aquellas ciudades, en las cuales no habia un momento de sosiego ni un instante de solaz. En medio de tan grandes disturbios la muerte de un soberano era un hecho comun y casi cuotidiano; así es que la muerte de Etelredo, aunque gloriosa por haber sido en una de las batallas libradas contra los enemigos de la patria, no causó mas zozobra que la de elegirle sucesor. Varias eran las opiniones y muchos los partidos; pero la fortuna, prestando sus favores por aquella vez á los sajones, dirigió la voluntad de aquellos magnates hácia su hermano, á quien la historia ha

saludado con el nombre de Alfredo el Grande. No correspondieron, sin embargo, los principios del reinado de tan gran monarca á las fundadas esperanzas concebidas de su capacidad antes de la eleccion. Poeta y músico, aficionado á la lectura y dado á estudios científicos, oscurecia tan nobles prendas con una presuncion sin límites, que rayaba las mas veces en la mas reprensible y ridícula vanidad. Aunque de corta edad, habia viajado por los pueblos meridionales de Europa, habia observado las costumbres y aprendido las lenguas doctas, y leido muchas obras de los antiguos. Esta indisputable superioridad sobre todos sus vasallos, convirtiéndose naturalmente en lastimoso orgullo, le hacia menospreciar los consejos de la prudencia que pretendian darle sus consejeros naturales. Las máximas de un poder absoluto, de que estaban llenos los libros de los escritores romanos, formaban toda su educacion política; sus ideas de reforma eran buenas, pero faltábales la sancion del tiempo, elemento tan necesario para la consistencia y fortaleza de los mejores planes de gobierno. Detestaba á los grandes y no amaba á los pequeños; queria ser justo y parecia vengativo, y hasta en los consuelos que tributaba en la desgracia, en los favores que otorgaba, se veia señalado el sello de la humillacion y del desprecio.

Siete años bastaron para que el pueblo sajon se cansara de su rey, el cual, sin saberlo y sin quererlo, se habia hecho de todo punto odioso á sus vasallos. Con tan críticas circunstancias para el Rey y para el pueblo, se preparaba en el norte de la Europa contra aquel pequeño estado una de las mas formidables invasiones de que hacen mérito las crónicas sajonas. Alfredo despertó de su letargo, dejó las ciencias por la guerra, abandonó los libros por la espada, envió casa por casa y choza por choza á su mensajero llamando á los hombres á la pelea; pero el enviado real encontró cerradas todas las puertas, empedernidos todos los corazones : pocos, muy pocos, acudieron al llamamiento; á tal punto, que acercándose la nube y arreciando la tempestad, el Rey se vió obligado á abandonar cetro, ciudad, tesoros y amigos por no caer en las manos del vencedor. El poder del extranjero llegó en aquellos momentos á su mayor altura; la desgracia del vencido tocó á sus últimos límites; no habia esperanza para la patria; la idolatría de los nuevos bárbaros parecia ganar la batalla que hacia años libraba contra la religion cristiana; la civilizacion retrogradaba visiblemente, y á la armonía de las instituciones que modificadas traian su orígen del imperio romano, sucedia el cáos con todas sus violencias y con todos sus horrores. Pero para dicha de la humanidad aquel cataclismo no fué duradero; aquel esfuerzo de los bárbaros, aunque poderoso, fué el último. Los conquistadores de la Europa, arraigados ya en toda ella, establecidos firmísimamente para no correr en busca de nuevas aventuras, olvidando su orígen, su religion y buena parte de sus usos antiguos, habian adoptado la religion, las costumbres y muchas de las leyes del pueblo vencido. De cuantas guerras habla la historia, habidas en los pueblos de la Europa y aun entre los mismos conquistadores, no encontramos otras que las

que tenian por objeto ensanchar ó someter el todo ó parte de un territorio. Las guerras de raza ó de religion habian acabado, y comenzaban las guerras de política. Así pues los pueblos amenazados con este azote corrieron el riesgo de perder su independencia; pero la humanidad no tuvo motivo para creer comprometidas las gloriosas conquistas hasta entonces alcanzadas á costa de penosos sacrificios.

Increible nos pareceria, á no verla confirmada constantemente por la historia, la gran trasformacion que sufrieron las hordas salvajes del norte de la Europa, una vez establecidas en los países meridionales. El ardor bélico, de que tantas pruebas habian dado, se amortiguó; sus costumbres se suavizaron hasta un punto tal, que la molicie y la afeminacion ocuparon el lugar de las condiciones y cualidades que en un principio fueron el mas esencial requisito de la conquista; á proporcion que el tiempo de su permanencia era mayor, y mas continuo el trato con los naturales, mas fáciles fueron de vencer aquellos pueblos. De esta suerte los visigodos perecieron en Guadalete á los golpes exterminadores de los fanáticos sectarios de Mahoma, los francos occidentales fueron vencidos por los francos orientales, los sajones é ingleses por los dinamarqueses y normandos. Los pueblos vencedores del norte, una vez convencidos de su fuerza material, tuvieron que llamar en su auxilio á la fuerza moral; y en el momento mismo en que las dos se reunieron, no quedó ni por un instante indecisa la victoria.

No es de nuestro propósito hablar de las invasiones meridionales, de carácter tan distinto, de índole tan opuesta á las septentrionales; nos contentamos con explicar estas últimas, que son las que convienen á nuestro objeto, ya por haber tomado parte tan activa en la historia de Inglaterra, ya porque fueron la cuna de las naciones modernas y uno de los principales elementos de su civilizacion. En el siglo VIII aconteció en el antiguo país de las Galias, ocupado por los conquistadores francos, un suceso que no ha sido bien juzgado hasta estos últimos tiempos, en los que la luz de la filosofía ha logrado penetrar y ahuyentar las espesas nieblas de la historia. La mayor parte de los historiadores no han sabido dar otra razon del advenimiento al trono de la raza carlovingia, mas que la que conviene y explica la mayor parte de las revoluciones, ó mejor dicho, de las intrigas que se fraguan en los palacios por los que están al lado de los reyes. Grandemente se equivocaron, como se equivocarán todos los que no juzguen mas que exterior y aisladamente los sucesos históricos. Los francos occidentales se habian de tal modo confundido con los antiguos habitantes del país, que casi se habia borrado hasta la señal de la conquista. Aquellos reyes, descendientes de Clodoveo fundador de la monarquía francesa, no tenian mas ambicion que la de pasar una deliciosa vida en suntuosos banquetes y muelles recreos. Pero las provincias cercanas al Rin estaban habitadas por otra raza que no habia tenido ni tiempo ni ocasion de olvidar su orígen teutónico, y habia sabido resistir mejor que ninguna las influencias de la culta patria que los adoptaba. Eran los últimos que habian venido á disfrutar del opulento festin que las ruinas del imperio habian propor-

cionado á los madrugadores. Por esta razon las provincias mas fértiles de las Galias, las opulentas ciudades del mediodía, estaban en poder de otros, y esta posesion era tan envidiada, que mas de una vez intentaron apoderarse de ellas, aunque sus deseos y sus intentonas quedaron frustradas. Una revolucion de palacio arrojó del trono á la estirpe merovingia, y elevó á su rival, dando de esta suerte lugar á una nueva irrupcion de bárbaros, á los francos orientales, que vinieron á desposeer á los francos occidentales. Dividieron los nuevos conquistadores las tierras entre sí, una nueva dinastía sucedió á la antigua, y al mismo tiempo que daban este ejemplo, daban tambien el de la renovacion de la conquista, que tomó desde entonces el carácter de perpetuidad, que no desmintió la historia.

La actividad guerrera de los francos adquirió en aquel momento un gran desarrollo á costa de sus vecinos, ó menos cautos ó mas débiles. Invadieron las provincias del Rin, el antiguo territorio de la confederacion sajona, una parte del país slavo; llegaron hasta el Danubio y el Elba, esto por la parte del norte; invadieron y conquistaron la Italia, alguna parte del norte de España, y atajaron la invasion meridional apenas entrada en la nacion que dominaban. El segundo rey de su raza imitó las costumbres de los emperadores romanos, fundó un imperio en el occidente, dió leyes á sus pueblos, creó una sabia administracion, dió unidad á una gran parte de los pueblos meridionales, aseguró y consolidó la conquista. Carlo Magno se llamaba el hombre que obró tales maravillas en aquellos siglos bárbaros; el cual, con su talento de adivino y con su mirada de lince, así trataba los mas arduos negocios de la política, como arreglaba los mas insignificantes pormenores de la administracion : hombre parecido, ó por mejor decir, el mismo que en épocas señaladas y con distintos nombres aparece en la historia para dejar de sus hechos y de su gloria insigne memoria. Grande fué el poder de Carlo Magno : numerosas huestes de casi todas las razas que habitaban las ciudades meridionales de la Europa obedecian su voluntad; pero lo que solo era hijo de la fuerza, con él pereció; lo que dimanaba de las ideas ya en boga en aquellos tiempos, lo que era hijo de la razon y del convencimiento, eso quedó por muchos siglos. Pereció á su muerte el imperio, muerto y desacreditado ya desde los tiempos de Honorio; quedó en pié la conquista; se conservaron hasta glorificadas por sus sucesores las famosas capitulares, y triunfó el papado, autor de aquellas revoluciones, fuerza moral irresistible, que aspirando por entonces á la dominacion temporal, conquistaba el corazon de los bárbaros, haciéndolos humildes, mansos y obedientes.

Nos ha parecido oportuno hacer las reflexiones que anteceden, para que nuestros lectores comprendan mejor las mudanzas y vicisitudes que sufrió la nacion inglesa, habitada por los sajones en los tiempos de que vamos hablando, y como estos guerreros tan famosos, cuyas fabulosas hazañas, que han llenado las páginas de las antiguas crónicas, cedieron el campo poco á poco á los dinamarqueses, y

por último á los normandos; confundiéndose los restos de aquel pueblo, que tenia dentro de sí propio, por su fortaleza y vigor, el gérmen de una larga vida, con el pueblo vencedor, no sin sufrir los males que los bretones sufrieron de los romanos, y estos de los mismos sajones.

La adversidad es la escuela de los hombres; y los reyes, por serlo, no están exentos de las reglas generales que dirigen la suerte y la conducta de los hombres. Alfredo, sin la desgracia que por tantos años le persiguió, no hubiera llegado á ser lo que fué, un gran rey, un héroe. Vagando por los caminos y atravesando encrucijadas, pobre y desvalido, olvidado y despreciado, en contacto y union con las clases menesterosas, recibiendo hospitalidad de personas piadosas, estudiando, por último, en la escuela del infortunio, recibió aquella sublime enseñanza, que puso por obra cuando la suerte de las armas lo colocó otra vez en el trono. Todo el país de los antiguos bretones lloraba las desgracias que sobre él habian llovido, no por los pecados de todos, sino por las culpas de muchos; deseaban ardientemente sus moradores un caudillo que los condujera al campo de batalla, anhelando rescatar su perdido honor: no temian el morir; que la muerte en ocasiones es la honra, y la vida es el vituperio. De repente se esparce entre la multitud atemorizada la noticia de que un vengador de sus injurias y un defensor de su independencia habia allegado gran golpe de gente, con la cual atacaba y perseguia no solamente á los dinamarqueses, sino tambien á los sajones, que con los primeros habian formado causa comun. Seis meses hizo Alfredo la guerra de partidario, atacando de noche, valiéndose de estratagemas, para sorprender al enemigo, y asociando á su bandera á todos los que habian jurado odio al extranjero, sin reparar en su condicion, en los hechos de su vida pasada ni en la causa que les obligaba á tomar las armas. Pero al cabo de los seis meses se dió á conocer por su nombre, hizo un llamamiento general á sus antiguos súbditos, y les propuso atacar con denuedo el campo del dinamarqués, situado en Ethandun, frontera de Sommerset, y circundado de espesos bosques. Fué muy considerable el tropel de guerreros que acudió á alistarse en las banderas del Rey: estimulábalos el deseo de sacudir el insoportable yugo que sobre ellos pesaba, y animábalos la presencia de Alfredo, al cual las desgracias y su largo destierro le habian hecho hombre de muy gran mérito. O aprovechaban aquella única ocasion que entonces les brindaba la suerte, ó debian, resignados ya para siempre, sufrir las consecuencias de la tiranía de los conquistadores. Una fué la voz de guerra: rayó en lo sublime el entusiasmo, y tanto, que el Rey se vió obligado á detener el ímpetu de los suyos hasta asegurar bien el golpe. Disfrazado de trovador, se entró por el campo enemigo; encantó con el tono de su dulce voz y con los sonidos del arpa á los guerreros dinamarqueses, observó las posiciones, calculó el número de los soldados, y se retiró satisfecho y sin haber sido conocido.

Apenas hubo salido del campo, cuando vistiendo la armadura del guerrero, convocó á todos los suyos para dentro de tres dias á un lugar llamado la Piedra de Egberto, situado á poca distancia de las trincheras danesas. Muchos acudieron ardiendo en deseos de pelear y llenos de confianza en la victoria : comenzaron los preparativos de ataque, y no pudiéndolos hacer muy á la callada, los contrarios conocieron que alguna tramaban los sajones ; mas como esta vez no habia traidores entre los amigos y defensores de la independencia, se vieron aquellos asaltados repentinamente por todas partes, y bien pronto el rey Alfredo quedó dueño de aquel campo, en el cual no se veian mas que cadáveres : ¡tal y tan sangrienta habia sido la batalla!

Era muy frecuente entre aquellos bárbaros septentrionales pasar súbitamente de la guerra á la paz, de la batalla al banquete, y de la idolatría á la religion cristiana. Casi siempre la promesa de hacerse cristianos desarmaba la cólera del vencedor, porque en aquel tiempo de fanatismo religioso hubiera sido muy mal visto de los suyos, si con su conducta hubiera dejado escapar la oportunidad de hacer una buena obra. Los vencidos en esta ocasion pidieron al Rey que les dejase la libertad de volver á los puntos de donde habian venido; ofreciéndole que allí vivirian pacíficamente, y que en cambio ellos se prestaban á adoptar desde aquel instante el cristianismo : todo esto fué pactado solemnemente en presencia de los dos ejércitos, con sus reyes al frente, y sobre un brazalete que tenia para los dinamarqueses cierta virtud mágica que le atribuian los sacerdotes de su gentílico culto. El rey Alfredo fué el padrino del rey Godrun; el cual antes de retirarse, y á la vista de todas sus tropas, recibió el primero la túnica blanca de los catecúmenos, que colocó sobre su armadura. Fijáronse los límites de los reinos, estipuláronse condiciones, y por de pronto quedó apaciguada la tierra, disueltos los ejércitos, y los habitantes volvieron á sus antiguas y pacíficas ocupaciones. Varios reinos de la antigua octarquía sajona ofrecieron sus coronas á Alfredo ; de esta suerte, en los tiempos de que hablamos, lo que no era dinamarqués era sajon; formando ya un todo y un solo estado los hombres que pertenecian á una raza, que tenian una misma lengua y que habian adoptado idénticas leyes y costumbres. Como las divisiones políticas habian desaparecido, cobraron nuevo vigor las divisiones administrativas, consagradas con la autoridad de las leyes que publicó el rey Alfredo. Debido es á estas dos causas el que la mayor parte de los historiadores empiecen desde ahora á nombrar ciertas divisiones territoriales que hasta entonces, ó no existian, ó lo que parece mas probable, apenas se distinguian al lado de las grandes divisiones políticas. Las circunscripciones locales de diez y de cien familias, los jefes de estas decurias y de estas centurias, tan antiguos son como la misma invasion septentrional; pero adquirieron nueva vida por las causas referidas, y una existencia legal por la voluntad del rey vencedor.

No duró mucho tiempo la paz : ni los bárbaros observaron religiosamente el

pacto y juramento que habian prestado, ni otros bárbaros que se consideraban libres de todo compromiso dejaron de hostigar y molestar á los sajones, para que no pudiesen disfrutar de los bienes que naturalmente debia producirles la administracion y gobierno de un rey padre de sus súbditos, en suma, de un rey filósofo. Este, por su parte, hacia todo lo posible por reparar sus antiguas faltas, y lo consiguió hasta tal punto, que es bastante difícil encontrar en la historia los vestigios del disfavor con que en un principio fué castigada su soberbia vanidad. El primero en el combate, en todos los momentos pronto á reparar el agravio, y siempre dispuesto á proteger al mas humilde de sus vasallos, ni su conducta era presuntuosa, ni rayaba en el opuesto extremo de debilidad hasta el punto de caer en menosprecio. Con una actividad increible llenaba todas las obligaciones de rey, y no le faltaba tiempo para entregarse al sabroso estudio de las bellas letras.

Surcaba entonces los mares del norte el famoso Hasting, rey de la mar; al cual sus frecuentes y peligrosas navegaciones desde Dinamarca á las Galias, y de estas á las costas de la Gran Bretaña, de la Escocia y de la Irlanda, le habian dado aquel título, que le elevó á mas altura y le dió mas nombradía que á todos sus antecesores. Los poetas decian que su morada estaba en el mar; tan aficionado se mostraba á los ejercicios violentos de la marinería, que desdeñaba los peligros que se corrian en tierra, teniéndolos en poco y considerándolos indignos de su valor y de la alta reputacion de que gozaba. Este tan denodado caudillo quiso medir sus fuerzas con las del rey Alfredo, pero sus atrevidas falanjes fueron deshechas y perseguidas en todos los parajes en que osaron presentarse, huyendo por una y otra parte hasta dar con las comarcas que los dinamarqueses ocupaban en la isla: en ellas se establecieron los que á fuerza de piraterías habian logrado allegar algun capital; y los desgraciados que no habian tenido igual suerte volvian á los navíos de Hasting, á tentar nuevas empresas bajo la bandera de tan indomable jefe.

Pocas personas alcanzaron en su siglo un renombre tan famoso como este rey de la mar: pocos guerreros han sido mas temidos ni tampoco mas aborrecidos. Es curioso en extremo ver en las crónicas antiguas, escritas con toda la sencilla ingenuidad que es el carácter peculiar de semejantes narraciones, cómo el rey Hasting subia con sus naves el Sena, y cómo hacia resonar á lo lejos la trompa de marfil para juntar su gente. Al oir aquellos ecos que los habitantes de la Normandía comparaban al trueno, el siervo de la gleba cargaba con su mísero bagaje y corria á esconderse en las espesuras de los montes mas inaccesibles, el rico señoron del feudo cerraba las puertas de su castillo, levantaba el puente levadizo, llamaba á sus guerreros, les asignaba puesto, requeria sus armas, y sepultaba en las cuevas su tesoro. Hasting era el genio de la guerra y de la devastacion, que andaba suelto por los mares, y que hacia sus acometidas de tiempo en tiempo en la tierra, para mantener con sus robos la gente

que le seguia. De tan cruel azote pocos pueblos se libraron, pero pudo entre los pocos contarse á la nacion inglesa, que, defendida por su rey, se salvó de aquella calamidad con grande admiracion de propios y extraños.

Este mismo Hasting, cansado de la vida aventurera que llevaba, recibió en Francia el santo bautismo, fué conde de Chartres y vasallo del rey de aquella nacion. El último tercio de su vida fué señaladísimo, y le tocó representar un gran papel en una de las circunstancias mas críticas por las que pasó aquel dilatado país. Cuando los normandos, mandados por Roll, fomoso pirata de aquellos tiempos, después de haber ocupado la fértil provincia que después se llamó Normandía ó tierra de normandos, adelantaron sus huestes vencedoras hasta el corazon del mismo reino, el conde Hasting fué el elegido por toda la corte para parlamentar con los extranjeros: conocia su idioma, era sabedor de sus costumbres, y tenia grande confianza en su antigua fama y en su apodo de Rey de la mar, con el cual lo habian saludado por muchos años en todos los mares del norte aquellos valientes piratas. «¡Ah de los valientes guerreros! les dijo el conde de Chartres, ¿cómo se llama el señor que os manda?» «No reconocemos á ninguno como á señor; todos somos iguales.» «Y ¿qué habeis venido á buscar en esta tierra? ¿Qué quereis hacer?» «Someter sus habitantes á nuestra voluntad, y establecernos aquí como si esta fuese nuestra patria. Pero tú, que hablas nuestro idioma, ¿quién eres?» Y el Conde dijo: «¿No habeis oido hablar del famoso Rey de la mar, Hasting, que surcó como pirata todos los mares del norte, y causó tan grandes desastres á la Francia robando y talando las dos orillas del Sena? Pues ese soy yo.» «Ya, ya, dijeron los piratas; Hasting comenzó bien, pero ha acabado mal.» La negociacion no pasó adelante. Hemos citado este pasaje interesante de la historia para probar tres cosas: 1.ª que todos los bárbaros, todos aquellos feroces piratas, concluian siempre su carrera de aventuras tan pronto como encontraban ocasion y tierra donde establecerse con ventajas; 2.ª que todos ellos, á contar desde los mas antiguos, como Meroveo y Clodoveo, y siguiendo hasta los últimos, como Hasting y Roll, todos se convertian al cristianismo, como que apenas entrados en el camino de la civilizacion, conocian que la única fuerza duradera y estable no consistia en la material de los ejércitos ni en la multitud de los guerreros; consistia en las excelencias de la doctrina evangélica. El principio de autoridad habia echado profundas raíces en la Roma de los pontífices, y toda autoridad que no contaba con el asentimiento de los padres de la Iglesia vivia como de prestado y su vida era frágil y de corta duracion. Y por último, que el principio de libertad individual residia en aquellas gentes con tanta fuerza, que pudieron hacerlo prevalecer en los países conquistados, á pesar del estado de mísera abyeccion en que estaban los naturales, sujetos por tantos siglos al despotismo de los emperadores romanos.

Cuando el famoso Roll, que en nada cedió á Hasting ni en lo valiente ni en lo feroz, recibió el bautismo, prestó en manos del rey de Francia el pleito-ho-

menaje que debia como á su señor y rey. Celebróse la ceremonia con todo el aparato y toda la concurrencia que el caso requeria y era de costumbre. Los cortesanos que rodeaban al Rey insinuaron al nuevo y flamante duque de Normandía que, hincándose de rodillas delante de su señor, le besara los piés. Volvióse atrás el pirata, y dijo á todos, que hombres de su raza no doblaban la rodilla ni besaban la mano ni el pié á ningun otro hombre; y echó mano á la espada. Aquietaron los cortesanos al guerrero, el cual, ya fuese por cumplir con la formalidad del ceremonial, ya para burlarse de aquella exigencia cortesana, llamó á uno de los suyos, y le encargó que cumpliera por él con la pretension que aquella gente tenia. Hízolo el encargado, pero sin doblar la rodilla; y como tomase el pié del Rey para besarlo (á lo menos tal parecia la intencion), asió de él con tal fuerza, que el pobre Rey cayó de espaldas, con gran aplauso de Roll y de los suyos. No vengaron la afrenta hecha á su rey los cortesanos, ni aquel ridículo episodio tuvo otra consecuencia: no era extraño; aquel rey se llamaba Cárlos el Simple.

Vencidos los piratas dinamarqueses por los esfuerzos heróicos de los sajones, haciendo de la necesidad virtud, se convirtieron al cristianismo, reconocieron el gobierno de sus enemigos, y se entregaron al solaz que dan la paz y el ejercicio de las artes útiles. La nacion inglesa quedó de hecho dividida en dos partes: perdió por lo tanto la unidad de raza; y en vez de hallar en la parte sajona la humildad y la sumision que demanda la conquista, solo encontró la altivez, que siempre es consecuencia de la transaccion. Hasta entonces el enemigo habia peleado á la descubierta, mostrando su pecho como blanco á las armas del contrario; ahora cubierto con el disfraz de amigo, todo era de temer de sus deseos de dominacion, de su inextinguible odio y de sus insidiosas maquinaciones. La union de provincias habitadas por gentes tan diferentes fué tambien muy nociva para aquellas en que preponderaba el elemento sajon, porque siendo el gobierno de todas uno, estas no podian menos de verse envueltas en el sistema duro y opresor que necesariamente debia emplearse con las hasta entonces rebeldes, habitadas por dinamarqueses. Los reyes mismos, ejerciendo en el norte el derecho de conquista, y en el mediodía el de una soberanía legal, y usando á la vez estos dos medios de gobierno, llegaron á confundir las provincias, los súbditos, los amigos y los enemigos. Las costumbres hasta entonces sencillas de los monarcas cambiaron repentinamente, y rodeáronse estos de una pompa y de tan vanas ceremonias cual antes no se habian visto ni usado. El pueblo acogió con marcado disgusto tan súbita mudanza: los príncipes formaron de sí propios y de su grandeza una idea muy sublime; pero la triste realidad les desengañó mas de una vez de su loca presuncion, y les enseñó que, muy al contrario, la debilidad del poder habia ido creciendo desde que habian ido en aumento las formas exteriores de la dignidad real. Mucho mas poderosa era la Inglaterra, dice un célebre historiador, cuando reducida á pocas provincias,

gobernada sin fausto y sin despotismo, admiraba al mundo con el corto preámbulo de sus leyes : «Yo Alfredo, rey de los sajones occidentales (*Ego Ælfredus, occidentalium saxonum rex*); » que después, cuando dueño su rey de todas las provincias, necesitaba una página entera para referir los títulos honoríficos con que los aduladores habian engalanado su corona.

Los dinamarqueses, para quienes la dominacion de los sajones era siempre un yugo pesado, disgustados cuanto cabe con aquella vida ociosa, volvian la vista hácia las risueñas playas del ancho Océano, esperando con anhelo el socorro que debia sacarlos de tan humillante cautiverio. Nó se hizo esperar mucho el deseado socorro : las invasiones no habian cesado, pero esta vez arreciaron bastante á punto de hacer cobrar nuevos brios á la poblacion enemiga, que, resignada mas bien que sumisa, esperaba ocasion favorable para vengarse de los ultrajes recibidos. Ya en campaña el enemigo, el rey de Inglaterra se vió obligado á salir al encuentro, no sin haber antes reunido el consejo nacional, que en el reinado de Etelredo se componia de obispos y de cortesanos, mas prontos á adular al Monarca que á darle severos consejos. Ni el Rey ni los súbditos tenian gana de pelear : el primero, por ser de condicion suave, mas á propósito para ostentar en regios saraos y en fiestas magníficas el título de rey, que para defenderlo en campo abierto contra los enemigos ; y los segundos, porque habiendo perdido la fe, esto es, la confianza en los que mandaban, creian, y con razon, que no era conveniente ni útil el exponerse á nuevos riesgos para ser después tratados indignamente por los que empuñaban el timon de aquella desmantelada nave. En tales circunstancias, y en lugar de animar á los suyos con el ejemplo, no pensó el buen Rey en otra cosa que en rescatar á fuerza de oro sus dominios, comprando de esta suerte su tranquilidad, con tan poco provecho suyo como ignominia de su nacion y de su corona. Fueron pues los piratas despachados con un buen regalo, que no fué sino el cebo que alimentó la codicia de otros muchos, que conocieron por aquel funestísimo ejemplo la parte flaca del Rey, y no cesaron de acudir para recoger tan cómoda y sabrosa cosecha.

Existia de antiguo en Inglaterra una contribucion con el nombre de contribucion dinamarquesa, la cual tenia por objeto pagar á los guerreros que defendian la costa de las incursiones y piraterías de los scandinavos. Ocurrióse á la corte degradada de aquel monarca que seria mas fácil entregar el dinero directamente al enemigo, para ahorrarse de esta suerte los peligros y azares de una campaña, con mas todas las prolijas incumbencias que trae consigo una operacion, además de complicada, en extremo peligrosa. Desde aquel momento no se daban un solo instante de vagar las expediciones del norte. La Inglaterra estaba declarada buena presa, y venian, con la codicia de aquel ordenado saqueo, consentido y aun propuesto por su rey, un sinnúmero de bárbaros, que cada vez mas vomitaba la Scandinavia. Los pobres ingleses veian

que las contribuciones se aumentaban de manera que apenas tenian con qué mantenerse, y crecia entre ellos el descontento, y aun el odio contra el Rey y contra los que tan torpemente le aconsejaban. Pero en todas épocas, aun las mas degeneradas, hay ejemplos heróicos, que suelen dar algunos hombres eminentes para enseñar á los demás el camino que deben seguir; y semejantes á las piedras miliarias de los romanos, en el campo vastísimo de las generaciones indican á la humanidad el derrotero seguro para no perderse en el intrincado laberinto de las malas pasiones, de la corrupcion, de las falsedades y engaños. Un pobre anciano, Elbeg, arzobispo de Cantorbery, prisionero, encadenado, y arrastrado mas bien que llevado de campamento en campamento, respondió á los piratas, que le amenazaban con la muerte si no les entregaba una considerable cantidad: «Yo no tengo el dinero que me pedis, ni lo quiero exigir de nadie, ni jamás aconsejaré al Rey cosa contraria á los intereses de mi patria.» El venerable Arzobispo fué víctima de su constancia, y murió dando un ejemplo que no supieron imitar sus contemporáneos, pero que la historia admiró y canonizó, haciendo justicia al mérito que fué, si cabe, doble, atendido el estado á que habia llegado aquella sociedad.

A pesar de la apatía criminal del Rey y de aquella corte vergonzosa, no pudieron los sajones mirar con indiferencia los males de la patria: así es que en muchos pueblos se alzaron por su propia voluntad, resistieron al enemigo, y pasando de la natural defensa á los excesos funestos que engendra el fanatismo, hicieron matanzas horrorosas con plan concertado y á una hora en varios distritos: actos de barbarie que esparcieron el terror en aquellas comarcas y excitaron á los piratas á ejercer sangrientas represalias y atroces castigos. Tantos fueron estos, y tan abatido se vió el orgullo de la antigua raza anglo-sajona, que hubieron de ceder los naturales el puesto á los extranjeros. El conquistador Sven, aprovechando aquellos momentos de desaliento, corrió como vencedor toda la Inglaterra; en los pueblos no encontró mas que el silencio de la sumision y la masa inerte de una nacion abandonada por su rey y por sus jefes naturales. El rey Etelredo, que no tuvo valor para defenderse, tuvo la precaucion de huir á Francia á pedir auxilio al famoso Guillermo, duque y jefe de toda la Normandía, su pariente por estar casado con una de sus hermanas.

No fué muy eficaz el auxilio que Guillermo prestó á su hermano y á sus sobrinos: la guerra siguió entre dinamarqueses y sajones, varia en sus trances, inclinándose unas veces la fortuna á favor de los primeros, y otras veces, aunque las menos, á favor de los segundos. El duque de Normandía participó tambien de la misma veleidad, y concluyó con hacer casar á su hermana, la viuda del rey Etelredo, con Knut, hijo de Sven, que á fuerza de prodigios de audacia habia logrado ser señor y rey de toda la Inglaterra. Este hombre atrevido, y al cual no le faltaban prendas para ser un hombre superior, abrazó el cristianismo con tanto fervor, que echó él mismo los cimientos para que en lo sucesivo

pudieran los papas edificar la obra de la supremacía temporal en toda la Inglaterra. Agitábanle de continuo los remordimientos, veia en sueños los espectros sangrientos de los sacerdotes y monjes martirizados por su padre y por los jefes de su nacion, y queria lavar la mancha de tan odiosos crímenes con el cumplimiento mas cabal de las prácticas religiosas y las dádivas generosas, con las que enriquecia á iglesias, abadías y monasterios. Todavía llevó mas adelante su fervor cristiano. Emprendió el camino de Roma, con el piadoso intento de visitar los sepulcros de S. Pedro y S. Pablo, de ofrecerse al Santo Padre en persona como el hijo mas sumiso, y de valerse de la fuerza que el viaje á la Ciudad Santa debia darle para pelear contra sus antiguos hermanos los scandinavos, los reyes de Dinamarca y de Noruega, llevado no solo de consideraciones políticas, sino tambien de un santo celo apostólico. La carta que desde Roma escribió á toda la nacion inglesa es un precioso documento, en el que brillan á la par la piedad y la sabiduría del Rey, y forma un fuerte contraste con la educacion grosera y principios feroces que manifestó en sus juveniles años el hijo de Sven.

En uno de los innumerables combates librados entre sajones y dinamarqueses, en el que llevaron lo peor estos últimos, un capitan scandinavo llamado Ulf, disperso y separado de los suyos después de la derrota, se perdió en las sendas y caminos de un espesísimo bosque. Andando toda la noche y sin saber por dónde, á la mañana siguiente llegó á la choza de un pastor que apacentaba un rebaño de vacas. Preguntóle el capitan cómo se llamaba, y fuéle respondido por el interrogado llamarse Godwin; este se mostró admirado de la curiosidad del extranjero, al cual conoció inmediatamente por dinamarqués, esto es, por enemigo de su patria. Ya sin otro recurso que ponerse en manos del pastor, arrostrando el todo por el todo, suplicóle le diese señas ciertas del sitio donde se hallaba y del puerto de mar mas inmediato. No era fácil la empresa: el puerto estaba distante, y los paisanos, envalentonados con la reciente victoria, ocupaban armados los puntos de huida para apoderarse de los muchos guerreros que andaban dispersos por los campos inmediatos al sitio del combate. Como el pastor mostrase cierta repugnancia á acompañarle y guiarle hasta los navíos dinamarqueses, el extranjero le entregó un anillo de gran precio como muestra de la recompensa que le esperaba; el denodado mancebo se lo devolvió, diciendo: «Yo no quiero nada tuyo, pero voy á servirte de guia.» Como pasaran todo el dia juntos en la cabaña miserable que servia de albergue al pastor, su padre, que vivia con él, dijo al Capitan: «Mi hijo no puede ya vivir con seguridad entre los suyos; desde el momento en que sepan que ha contribuido á salvar un enemigo de la patria su vida corre un inminente riesgo; haz pues que tu rey lo emplee en su servicio.» Llegaron ambos, el capitan y el guia, con toda felicidad al campo dinamarqués: el primero obtuvo para el segundo del mismo rey Knut un grado entre los guerreros que le servian; y algun tiempo después aquel pastor sajon era ya gobernador de una provincia en la parte de la Inglaterra ocupada por los enemigos.

Nos hemos visto obligados á contar este episodio, porque Godwin y sus hijos representaron un gran papel en los tiempos anteriores é inmediatos á la conquista, y porque esa familia puede considerarse como el instrumento de que se valió la Providencia para libertar á los sajones, aunque por poco tiempo, de la dominacion extranjera.

El reinado de Knut fué uno de los mas gloriosos de que hablan los anales de la Inglaterra : conquistada la Dinamarca y la Noruega , y destruida su marina, dominó exclusivamente en todo el Báltico con el título de emperador del Norte y de rey de reyes por la gracia de Dios. Con una política previsora, pero sin tiempo para verla arraigada, trató lo mismo á vencedores que á vencidos, empleando indistintamente en aquellas grandes empresas militares á los súbditos sajones y á los dinamarqueses. Pero á pesar de tan grandes victorias y de tantos laureles, cuando llegó la hora de la muerte de aquel rey, el imperio del Norte se desmoronó de la misma suerte que se habia desmoronado años antes el imperio de Occidente á la muerte de Carlo-Magno. Los reinos conquistados echaron á viva fuerza de sus territorios á los dinamarqueses; y aunque los sajones no pudieron hacer otro tanto, conservaron en sus pechos vivo el recuerdo de las ofensas, mas vivo todavía el odio á sus dominadores, y la resolucion firme de cónquistar á la primera ocasion su deseada independencia.

La muerte del rey Knut fué el principio de nuevos y deplorables disturbios en toda la Inglaterra : casado dos veces, y con sucesion de ambas mujeres, dividiéronse los guerreros y los pueblos al elegir sucesor al trono ; los que se preciaban de tener en sus venas la mas pura sangre scandinava nombraron á Harald , hijo de la primera mujer. Como un partido, pequeño á la verdad, pero perteneciente á los conquistadores, protestase contra aquella eleccion, y pusiese sus miras en Harde-Knut, hijo de Semma, normanda, los sajones creyeron llegado el momento de conseguir su independencia agregando sus fuerzas á este último, no tanto convencidos de la utilidad que para ellos tenia la eleccion de un rey extranjero, cuanto para avivar la division que reinaba en las filas enemigas. Dividióse la nacion, casi por iguales partes, en dos distintas y contrarias : las provincias del norte apellidaban rey á Harald, las del mediodía á Harde-Knut. Godwin y sus hijos, cuya influencia era notoria, agregáronse al partido de estos, divisando ya en lontananza la ocasion de presentarse como los mas decididos campeones de la independencia inglesa. La guerra civil habia comenzado : las dos naciones rivales y siempre enemigas, que el rey Knut habia querido fundir en una sola, mas que nunca separadas y prontas á venir á las manos, se miraban la una á la otra desde las opuestas orillas del Támesis, deseando librar otra vez sus diferencias á los azares de la guerra. Muchos historiadores han creido ver en aquel repentino alzamiento una querella de sucesion ó la admiracion de los partidos hácia sus respectivos candidatos. Error manifiesto, equivocacion notoria. No se mueve á los hombres con tan gran facilidad solo por el amor de

un nombre ; no se expone la vida y el bienestar por una insignificante cuestion, cual seria siempre la de una persona. Aquella guerra, como todas las parecidas á ella, encerraba un misterio, que no lo era ya para los caudillos que la dirigian. En nombre de los dos pretendientes á la corona de Inglaterra se iba á librar, en la guerra que se preparaba, la suerte de la nacion, decidiéndose el litigio todavía pendiente entre sajones y dinamarqueses. Por casualidad, mas que por cálculo, la paz de la tierra no fué turbada : uno de los dos bandos era tímido y receloso y no apetecia la guerra ; el caudillo del opuesto no quiso ni aun presentarse en aquellos momentos críticos ; su madre, tan interesada en sostener sus derechos, pactó cobardemente con su rival ; de suerte que todos sus partidarios, unos antes, otros después, reconocieron como soberano al rey Harald. Por entonces aconteció tambien un suceso trágico, y cuyos autores nunca fueron descubiertos, aunque la historia ó la maledicencia hayan querido echar un negro borron sobre las mas distinguidas familias de aquel tiempo, y aun hasta sobre las personas unidas á la víctima con los mas íntimos lazos del parentesco.

Los hijos de Etelredo vivian en la Normandía al calor y bajo el amparo de aquel duque soberano, su tio carnal : cuando menos pensaban en conquistar un trono, perdido mas por incapacidad que por otra causa, recibieron una carta de su madre la Reina viuda, ó verdadera ó fingida ; en ella se les decia haber llegado la oportuna ocasion de recuperar el trono ; que bastaba con que se presentasen solos en Inglaterra para que todos los sajones tomasen las armas en su favor. Mas cauto ó mas tímido el mayor de los hermanos, resignó en el segundo sus derechos, y le dijo que tranquilamente hiciese sus aprestos de viaje, deseándoselo muy feliz, y elevando votos al cielo por el buen éxito de aquella no muy fácil empresa. Alfredo desembarcó en Inglaterra acompañado de lujosa comitiva de normandos, mal vistos en el país que iban á conquistar, harto cansado del yugo pesado del extranjero. Godwin y su parcialidad, bastante numerosa, como señor de mucho crédito, saliéronle al encuentro con ánimo de concertarse entre sí y de hacer unidos alguna cosa de provecho. El acompañamiento de normandos puso de mal talante al jefe sajon, creyendo este que poco ó nada ganaria la Inglaterra con mudar de dueño, por cambiar solamente los nombres, pero no el vilipendio de la dominacion extranjera. Godwin abandonó el campo ; lo que le valió entonces y después el dictado de traidor : la lucida comparsa pereció casi toda al filo de la espada de los soldados de Harald, y el mismo Alfredo, preso y condenado á perder la vista, no pudo conllevar su infortunio, aumentado hasta el punto de haberse visto tratado por su propia madre con desden y crueldad.

Después de la muerte del rey Harald, mas por la fuerza que por la voluntad, entró á reinar Harde-Knut, aquel príncipe tan deseado, que tuvo en espectacion de una guerra civil á toda la Inglaterra. Rara vez los príncipes deseados no hacen arrepentir de su deseo á los súbditos. La primera hazaña de este monarca fué la de mandar desenterrar el cadáver de su antecesor, su rey y su hermano,

hacerle cortar la cabeza y arrojar el tronco al Támesis : accion bárbara, absurda por lo inútil, inaudita por lo feroz. A no mirar las costumbres semibárbaras de aquellas gentes, no encontrariamos palabras para anatematizar un hecho que no tendria disculpa cometido en el seno de una nacion civilizada. La venganza llevada mas allá de la tumba es propia de los pueblos salvajes, es contraria á la moral de todos los hombres, al sentimiento de humanidad de todos los corazones, á los preceptos de la religion cristiana. Y ¿quién habia de creer después en la justicia de este rey, cuando buscaba víctimas para inmolarlas en holocausto á la sombra de otro de sus hermanos inmolado tambien por los furores de la guerra civil? Nadie lo podia creer, nadie lo creyo. Muchos fueron los acusados, muchos los perseguidos; pero ninguno el castigado, porque todos redimieron su injusta pena con ricos presentes, con joyas de inestimable precio. Así se salvó Godwin, así tambien el obispo Leofwin, acusado como el anterior. En suma, el Rey no fué durante su corto reinado tan pródigo de sangre como avaro de riquezas : empleos, mandos, poder, todo se alcanzaba por el dinero ; y puede decirse que el mismo Monarca hubiera puesto en venta toda la Inglaterra si hubiera habido un príncipe bastante rico para comprarla. A semejanza del Rey, todos aquellos orgullosos conquistadores hacian lo mismo. Ni habia derechos ni ley ni justicia para el sajon ; en cambio el dinamarqués cometia toda clase de desafueros, sin que hubiera fuerza ni voluntad para reprimir sus continuos atentados. Ni la propiedad ni la familia eran respetadas ; insultaba y atropellaba la raza vencedora al pueblo indígena en el templo, en el campo, en el sagrado de su hogar doméstico, en presencia de su misma familia, cuyos individuos, hasta las mujeres y los hijos, estaban obligados á servir al extranjero en pié y de rodillas, y obedecer sus mas inmorales caprichos.

Afortunadamente para el pueblo, la vida del Rey fué de corta duracion; los desórdenes y la continua agitacion que llevaba abreviaron el plazo de su existencia. No esperaba el pueblo sajon mas que un motivo cualquiera para lanzarse denodado á la arena de las revueltas ; pero aquella vez no fué revuelta, fué una verdadera revolucion la que, venciendo en todas partes y acometiendo por do quiera á los enemigos, proclamó la independencia de la Inglaterra. Fueron los héroes de tan santa y feliz empresa Godwin y su hijo Harold, con lo que, libre del yugo extranjero la nacion, quiso proclamar á aquel general de tan baja estirpe, pero de hazañas tan gloriosas, por su rey y señor soberano. El hijo del pastor Ultnoth tuvo la moderacion, la prudencia y la industria de no hacerse coronar, y de llamar á Eduardo, hijo de Etelredo, que á la sazon residia en Normandía, para ceñirle la diadema; contento él con tener la gloria imperecedera de haber librado á su patria de la dominacion extraña. La única condicion que impuso el libertador al nuevo rey fué que viniese á Inglaterra solo y sin el cortejo de normandos que debia traer el que se habia educado fuera de su tierra, en otra donde tenia sus amigos, sus parientes y allegados. Obedeció Eduardo :

Godwin lo proclamó rey á su llegada, y el obispo de Winchester lo consagró con las ceremonias mas solemnes en su iglesia. El Rey eligió por esposa á Edith, hija del libertador, ya fuese agradecimiento, ya miedo, ya estuviese prendado de la perfecta hermosura y raro talento de aquella mujer tan celebrada. El advenimiento al trono de Eduardo fué una completa restauracion; pero como era nacida de tan noble causa, ningun súbdito ingles tuvo que llorar las calamidades ni quejarse de los agravios que traen consigo las restauraciones cuando dimanan de la victoria de un partido político sobre sus adversarios. La dominacion dinamarquesa habia concluido en aquel suelo tan trabajado por las guerras durante siete siglos; los extranjeros armados, que no tenian otro oficio que el de vivir y medrar á costa de los infelices sajones, fueron expulsados; los extranjeros laboriosos ocupados en la labranza y en otras útiles tareas, y cuyo bienestar era una sólida garantía de su espíritu pacífico, esos quedaron: restableció el Rey las leyes de su padre, cobraron nueva fuerza las costumbres anglo-sajonas, confundiéronse las dos razas, formaron los dos pueblos uno solo, cesaron las invasiones scandinavas; los reyes del norte ofrecieron la paz al rey de la Inglaterra, y exigieron en cambio no ser tampoco molestados como lo habian sido en los tiempos del rey Knut; en suma, la Inglaterra presagiaba un reinado próspero, una felicidad envidiable, y creia asegurada para siempre el ídolo de su independencia.

Nada habia que temer ya de la Dinamarca ni de la Noruega; los piratas habian entrado en sus cavernas para no salir mas de ellas; la Providencia quiso sujetarlos desde entonces, y librar á la Europa medio civilizada del temor que inspiraba la vista de aquellos reyes de la mar, enemigos de la paz, de la independencia de los pueblos y de la religion cristiana. Pero la tempestad se formaba en otra parte, y esta vez debia descargar tan fiero golpe, que nunca mas debia levantar su cabeza la altiva raza de los sajones.

El rey Eduardo amaba con pasion aquel rico país, en el cual habia pasado los mas floridos años de su vida; era hijo de una mujer nacida en aquel fertilísimo suelo, hablaba su idioma y tenia demasiado apego á sus costumbres. Es verdad que al pronto todo lo olvidó ó fingió olvidarlo, pero con la pérdida de su antigua patria se aumentó su cariño y se despertaron en su alma recuerdos antiguos. Poco á poco fueron llegando á Inglaterra, de la vecina Normandía, sus amigos y comensales; empezaron por disfrutar de su mesa y de su casa; de súbditos humildes pasaron á cortesanos aduladores, y de aquí á señores y dueños; de manera que en breve tiempo los oficios de palacio, los obispados, los gobiernos y alcaidías de las plazas y castillos estaban en poder de los normandos. En la corte del rey Eduardo se olvidó el idioma sajon y empezó á hablarse la lengua normanda; los nobles, ambiciosos ó degenerados sacrificaron sus gloriosas tradiciones en las aras de una vil adulacion, adoptando lengua, costumbres y modos de vivir extranjeros. El pueblo inglés, en

vez de contaminarse con el ejemplo que le daban sus magnates, rechazaba indignado todo lo que tenia orígen extraño; de manera que desde entonces se formaron dos partidos muy poderosos en el seno de aquella nacion desgraciada. Las clases elevadas, con su rey, eran normandas; las clases medias y el populacho defendian la independencia sajona con fervoroso entusiasmo; Godwin y sus hijos, acordándose de su humilde orígen, tomaron partido con estos últimos, ó mas bien fueron los jefes y directores; y á sus bien entendidos esfuerzos se debió que la Inglaterra no viese llegar el dia de su esclavitud en el reinado de Eduardo; pero no fueron aquellos tan poderosos, que pudiesen evitar el peligro, que cada dia era mayor y cada vez mas apremiante. El estado de las cosas era demasiado violento para poder permanecer por mucho tiempo tranquilos los dos poderosos bandos. Ni el uno ni el otro esperaban mas que una ocasion de venir á las manos, y esta se presentó bien pronto con la venida del conde Eustaquio, señor de grandes estados en Francia, y uno de los mas poderosos vasallos de su rey. Las injusticias y los desmanes cometidos en Dower por tan altivo caballero y su mas atrevida comitiva, encendiendo los ánimos de aquellos pacíficos habitantes, les obligaron á tomar las armas, á lanzar de su suelo ó á matar á los que se resistian. Estas nuevas a igieron al Rey, que despachó inmediatamente á Godwin con el objeto de castigar el crímen de rebelion en la insurrecta ciudad: el jefe sajon invocó las leyes, las costumbres de su patria, y se negó á obedecer aquel mandato arbitrario, hijo, mas que del deseo de justicia, de la tendencia funesta que á favor de los normandos preocupaba la mente del Rey. Entonces la ira de los cortesanos cayó sobre toda la familia del libertador de Inglaterra, de aquel que habia lanzado á los extranjeros de su suelo, y que habiendo podido titularse rey, habia cedido la corona al príncipe que la tenia: desterrados fueron todos los individuos de aquella respetable familia, y hasta la mujer del Rey, despojada de sus joyas y vestiduras, y encerrada en un convento, atendiendo, decian, que no era mujer del Rey sino en apariencias, estando ella así como el Rey respectivamente uno á otro, en el mismo estado de soltería que antes de casarse; lo cual el Rey, á pesar de serle ofensivo, no lo desmentia. *Nuptam sibi rex hac arte tractabat, ut nec thoro amoverit, nec virili more cognosceret.*

Desde este momento no dió tregua ni tuvo descanso la ambicion normanda; desde este momento creció como por encanto la debilidad del Rey. Ni hubo puesto de importancia ó de honor que no estuviese ocupado por un extranjero, ni ley, decreto ó disposicion cualquiera que no se diese á influjos de los normandos. Estos habian alcanzado por la destreza, lo que los dinamarqueses habian conquistado con las armas. El objeto estaba conseguido: la Inglaterra, después de breves instantes de independencia, habia otra vez doblado su cuello al yugo extranjero. Lo que hasta ahora hemos referido puede considerarse como el prólogo de la obra que tuvo su principio de ejecucion en el año de 1051, cuando el famoso Guillermo duque de Normandía, de bastardo nacimiento, pero de altas

prendas, visitó en Inglaterra al rey Eduardo, y atravesó con lucidísima comitiva las ciudades y castillos. *Cum multo militum comitatu ad civitates et castella regiæ circumduxit.*

Era Guillermo hijo del último duque de Normandía, llamado Roberto, tan famoso en las historias, en romances y en consejas, y al cual su carácter violento le hizo conocer con el nombre de hijo del diablo. En aquel siglo rudo y supersticioso no habia quizás una docena de personas que no mirasen á Roberto con cierto terror, muy propio y natural al considerar su ilustre y diabólica ascendencia. Guillermo, su hijo, habia nacido de una jóven humilde, de la cual se enamoró Roberto al volver de la caza un dia de verano, hallándola á la sazon lavando ropa en un limpio arroyuelo. Desde su mas tierna edad dió pruebas de lo que habia de ser con el tiempo: á los siete años era duque de Normandía por voluntad expresa de su padre, el cual, al emprender su viaje á Jerusalen para alcanzar la remision de sus enormes pecados, dijo á los barones del ducado: «Perded cuidado; no os dejo abandonados, os entrego á un niño que será grande en todos sentidos con el tiempo, y será vuestro señor, y yo os aseguro que no os arrepentiréis de haberlo jurado como á tal.» La conducta del hijo dejó en su lugar las palabras del padre.

Al dar el bastardo un paseo por la Inglaterra, grandes pensamientos de política le asaltaban: era su sueño la conquista de aquel pueblo; sueño parecia el proyecto al comun de las gentes, pero aunque difícil, era hacedero á los ojos de un hombre tan superior como el hijo de Roberto. Mucho se allanaban tambien á sus ojos las dificultades al ver que su viaje mas parecia un paseo por tierra propia que una expedicion á país extranjero. La flota que defendia el estrecho estaba mandada por normandos, los soldados que guarnecian el fuerte de Cantorbery eran normandos; capitanes, obispos, condes ó barones que le saludaban, eran paisanos suyos; los cortesanos y los aduladores de los cortesanos le llamaban su señor natural; de suerte que Guillermo era en la apariencia rey de Inglaterra mas bien que el débil Eduardo; y concibió el proyecto formal de serlo de hecho y derecho á la muerte de su pobre pariente. Ni el uno ni el otro al despedirse se concertaron para ulteriores acontecimientos: el rey de Inglaterra regaló joyas de gran valor á su huésped, el cual quiso esperar del tiempo y de accidentes casuales lo que todavía creia peligroso alcanzar por la fuerza de las armas.

Godwin y sus hijos no llevaban con paciencia las desgracias inherentes á la expatriacion: supieron á su tiempo que el duque Guillermo habia visitado al rey Eduardo, y no titubearon ni por un instante atribuir á aquel acto de aparente cortesía la intencion oculta de una conquista. Alentados con las muestras de descontento que en todas partes indicaban los temores de que se veian asaltados los naturales; inquietos ellos, al mismo tiempo, con los recelos que ofuscaban su mente; aquel padre y aquellos hijos de constancia tan probada, de valor tan

heróico, de tan acrisolado amor á la patria, resolvieron volver á tentar la suerte de las armas con el mismo santo propósito que la primera vez. Con pocos elementos contaban; pero suplíalos la fuerza de su voluntad y lo ardiente de su fe. No les salió vana su esperanza, pues apenas los anglo-sajones se apercibieron de la decision de aquellos nobles caudillos, cuando acudieron en tropel á alistarse en su bandera con el único deseo de lanzar de su país al insidioso extranjero que á fuerza de amaños se enseñoreaba de aquella tierra tantas veces víctima de la traicion ó de la credulidad de sus reyes. Los proscriptos se hicieron á la vela, remontaron felizmente el Támesis hasta Lóndres, donde estaba el rey Eduardo, reuniendo gente de guerra para oponerse al desembarco; pero sus órdenes no encontrando eco en el corazon de sus súbditos, dudoso del resultado de aquella contienda, creyó mas conveniente capitular con los invasores que exponerse á la pérdida de su corona, vacilante ya en sus débiles sienes. Godwin y sus hijos entraron en triunfo en la capital de Inglaterra; fuéronles restituidos sus cuantiosos bienes, su antigua consideracion, su crédito merecido, su incontrastable poder. Los normandos vencidos huyeron como aves medrosas hácia las guaridas fortificadas que aun estaban en poder de los enemigos; y otros que ni aun en ellas se consideraban seguros enderezaron sus pasos hácia las costas, y allí se embarcaron en barcas de pescar. El obispo de Lóndres y el arzobispo de Cantorbery fueron de este número; los cuales en su turbacion y en su excesivo miedo abandonaron tesoros y joyas, y el Arzobispo dejó olvidado hasta el palio, que acababa de recibir de Roma como insignia de su dignidad. *Vili navicula properè transfectavit, ac dereliquit pallium præsulatumque hac in terra.*

Formalizada la capitulacion, diéronse mutuamente rehenes para comun resguardo y firmeza de la concordia, segun era costumbre en semejantes casos en aquellos tiempos: de gran precio fueron los entregados al Rey, á saber, un hijo del mismo Godwin y un pariente suyo; pero Eduardo, siempre débil, ya fuese para mayor seguridad, ó ya por seguir su conducta tímida y pusilánime, los confió á la guarda de su pariente el duque de Normandía. Las crónicas antiguas hablan con grande diversidad acerca de la buena ó mala fe que tuvo el Rey al hacer esta famosa reconciliacion. Pero es lo cierto que estaba tan acostumbrado al servicio, amistad y trato de aquellos señores extranjeros, que se consideraba como prisionero en su palacio cuando solo estaba rodeado de sus compatriotas y vasallos naturales. Muchos de los señores normandos que habian huido en el primer momento de estupor, vueltos en sí del susto, tornaban á su antiguo empleo, con grande disgusto de los buenos patricios, pero con cierta complacencia de parte de los cortesanos sajones, que por adquirir el tesoro de las buenas gracias del Rey, se olvidaban completamente de lo que debian á su patria. Hasta el mismo Godwin, padre político de Eduardo y tan popular en toda Inglaterra, andaba en opiniones entre la gente de corte, mal visto por Eduardo, y no muy bienquisto por la turba crecida de aduladores. Su repen-

tina muerte se atribuyó á causas no exentas de crímen, y otros vieron en ella nada menos que el juicio de Dios, que castigaba con mano severa los pecados de aquel insigne patricio. Tal era la confusion de opiniones, tal el torbellino de las pasiones, que la historia en aquellos tiempos se resiente de parcialidad, y la posteridad ha quedado en duda sobre hechos muy importantes. Un historiador que escribió un siglo después dice : « Veo dos caminos opuestos, y no sé cuál de los dos emprenderé para llegar al deseado punto : por lo mismo advierto el peligro en que yo mismo me encuentro, para que los lectores se precavan si pueden.» *Periclitatus oratio... lectorem præmonitum volo quod hic quasi ancipitem vicem narrationis video, quia veritas factorum pendet in dubio.*

Vamos acercándonos paso á paso á la gran catástrofe que sumió á la Inglaterra en un abismo de males, contando como el primero la pérdida total de su independencia. Varias causas, á cuál mas poderosas, contribuyeron á precipitar tan funesto desenlace. Puede contarse como la primera la muerte de Godwin : jefe de una familia numerosa, padre de hijos valientes y ambiciosos, popular en toda la nacion por sus muchas hazañas, dejaba un hueco que ningun otro podia llenar ; ninguna autoridad habia bastante capaz de contener ambiciones desmedidas, ni de unir los diferentes hilos cuya cohesion debia ser la fuerza que para triunfar necesitaba la causa nacional. Por una desgracia de que en parte es preciso acusar á los sajones, la corte de Roma, en aquel tiempo de entusiasmo religioso, centro del poder temporal, no estaba bien avenida con los soberanos, ni con el pueblo, ni con el clero después de la última restauracion. Ya hemos referido el grande empeño del rey Knut en dotar iglesias, edificar templos y en mostrar su celo á favor del sumo Pontífice, del cual se confesó su mas humilde hijo. La contribucion que pagaban los sajones, vulgarmente llamada el dinero de San Pedro, produjo sumas inmensas en los últimos tiempos de tan religioso monarca. Pero cuando el pueblo sajon, merced á las dotes eminentes de Godwin, lanzó á los dinamarqueses de su suelo y logró colocar otra vez en el trono á la regia estirpe de sus príncipes, restableció las antiguas leyes, abolió los abusos introducidos durante la usurpacion, y deshizo en breves minutos todo lo que por muchos años habia constituido el derecho público y privado de los anglo-sajones. Aquella gran reforma alcanzó tambien á Roma : el dinero de San Pedro, si no fué abolido, fué mal pagado ; y llovieron las quejas, y no escasearon las amenazas, y hasta en el palacio de San Juan de Letran se decian propósitos, se vomitaban injurias contra el pueblo inglés y contra su rey. Acusaban los curiales á los obispos sajones de simoniacos; acusacion que lanzaba con mucha frecuencia entonces, y las mas veces de mala fe, la corte de Roma ; y era de admirar por cierto acusar de un delito ó de una herejía á los extraños, cuando los acusadores ó la sostenian ó la provocaban, segun los cronistas y hasta los poetas de aquellos tiempos. «Roma... *quamvis et ibi venalitas multum operetur*», dice uno de los historiadores contemporáneos. Algunos incidentes escandalosos, episodios

de esta historia, agriaron mas los ánimos y prepararon el camino de perdicion á la nacion inglesa.

Roberto, arzobispo de Cantorbery, habia huido de Inglaterra en los momentos en que el libertador Godwin transigia sus diferencias, y pactaba una concordia con el rey Eduardo. El Arzobispo, huyendo á la ligera, abandonó su palio; olvido de que se aprovechó el sucesor, que no tuvo el menor escrúpulo en celebrar de pontifical en aquella iglesia primada, sin esperar á recibirlo del Papa. Roberto ahora tomaba la vuelta de Roma, y exponia sus quejas ante el Sumo Pontífice, á quien hacia juez de aquel enmarañado litigio. Su contendiente Stigand, elegido por el pueblo inglés, creyó conveniente personarse por procurador en la misma capital, como parte tan interesada. Llegaron á Roma sus pretensiones en momentos difíciles y críticos para el pontificado, y lo que al principio pudo considerarse como una suerte venida del cielo, no fué después sino el orígen de todas sus desgracias. La mayor parte de las familias romanas habian elegido, contra la voluntad del Emperador, á Benedicto X por papa; como sus amigos no eran muchos y su poder poco sólido, no tuvo inconveniente en acceder inmediatamente á la solicitud de Stigand. Pero hé aquí que un ejército del César invade los estados pontificios, hace elegir un nuevo papa, el cual lanza á Benedicto de la silla, se reviste con los pontificales, que habian quedado abandonados; lo excomulga, lo degrada, y anula todos sus actos. Stigand quedó otra vez sin palio, y á los ojos del vencedor con el doble delito de usurpacion de las funciones episcopales y de haber solicitado los favores de un antipapa; y como el viaje de Cantorbery á Roma era muy difícil en aquellos tiempos, el arzobispo inglés perdió irremisiblemente y sin apelacion su derecho, que consistia en aquel tiempo en la libre eleccion del pueblo. Pero este suceso contribuyó no poco á enfriar la buena amistad que la corte romana habia profesado hasta entonces á la Inglaterra, y sirvió de pretexto para ayudar con la fuerza moral irresistible de que disponia, los planes de conquista que meditaba el duque de Normandía.

La Inglaterra gozaba de la mas envidiable paz; los celos que habian existido siempre entre la familia de Godwin y el rey Eduardo se habian acallado hasta el punto de convertirse en una sincera amistad, y segun algunos historiadores, en un cariño entrañable. A esto habia dado lugar la muerte de aquel jefe ilustre, contra el cual existian prevenciones que, sin grande injusticia, no debian prevalecer contra sus hijos. En la situacion pacífica á que las cosas habian llegado, creyendo Harold, el mayor de los hijos de Godwin, el cual habia sucedido á su padre en el favor popular y en el poder que ejercia, que cuando menos eran inútiles los rehenes que habian sido entregados á Eduardo, como prenda segura de las buenas intenciones que animaban á los súbditos, indicó la necesidad de su devolucion; y como supiese que estaban en poder del hijo de Roberto, propuso al Rey ir en persona á Normandía á pedirlos, ó á exigirlos en caso necesario. El Rey, mas cauto, le contestó: «No quiero contrariar tu voluntad; pero si haces el viaje proyectado

será contra mi gusto. Recelo que van á seguirse males de mucha consideracion á la Inglaterra de semejante proyecto; conozco bien el carácter de Guillermo; estoy seguro de que te aborrece, y de que no te concederá nada, á menos que no exija de tí lo que tú no puedes concederle.» Harold no hizo caso de tan saludable consejo, y emprendió su marcha, no exenta de peligros en aquellos tiempos; llegó á Rouen, después de haber rescatado su libertad, á costa de una gran suma, de manos de un facineroso conde, que lo apresó por haber arribado á las costas de sus dominios después de un terrible naufragio. En Rouen, capital de la Normandía, tuvo su primera entrevista con el bastardo, y las promesas de la devolucion de los rehenes fueron tan cumplidas, y las muestras de adhesion y cariño tan sinceras al parecer, que el mancebo sajon se ruborizaba cada vez que le venia á las mientes el haber dudado un solo momento del que no parecia otra cosa sino el mas leal caballero. A ruegos del Duque, Harold permaneció en la Normandía, paseándose de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, tomando parte y luciendo su gentileza y apostura en los juegos caballerescos tan propios de aquella época. La ocasion de una guerra contra un vecino poderoso se la dió tambien al hijo de Godwin para señalarse entre todos los guerreros normandos como un hombre valiente y diestro, y las pocas ventajas que estos sacaron en la empresa, debidas fueron á la audacia y genio militar de su huésped. Como se retirasen después de la campaña los guerreros de Guillermo, y este, para tributarle mayor honor, llevase á su lado al sajon, promovióse entre ambos una conversacion de pocas palabras, que decidió de los destinos futuros de la Inglaterra. «El rey Eduardo me ha ofrecido la corona de la Gran Bretaña después de su muerte; es preciso que secundes estos proyectos, para lo cual fortificarás el castillo de Dower, pondrás en él guarnicion de gente fiel que me lo entregue sin demora cuando llegue el caso; uno de los rehenes que tengo en mi poder responderá de tu fidelidad; te daré en casamiento á mi hija, y tu hermana será la mujer de uno de mis barones.» Harold conoció, aunque tarde, el peligro en que se hallaba, y balbucientes sus labios y traspasado su corazon, ofreció, para salir de aquel apretado lance, cuanto el bastardo exigia de él; de manera que aquel héroe, que dos veces habia logrado lanzar á los extranjeros de su territorio, prometió entregar casi por su mano á otro odiado extranjero la primera fortaleza de su país; y aunque pensó con su aquiescencia engañar á Guillermo, este no se dejó engañar; antes al contrario, le preparó el lance mas serio, de que vamos á hablar.

En un lugar á propósito convocó el Duque el gran consejo de los señores y de los barones de toda la Normandía. El mismo mandó reunir y apilar en la sala del Consejo todas las reliquias y los huesos de santos que pudo haber á la mano, y dispuso cubrir aquel hacinado monton con un rico paño bordado de oro. Cuando todos los señores estuvieron en sus puestos, y con ellos el sajon, y Guillermo sentado en su trono ducal, coronado y con la espada desnuda, le dijo: «Harold, en presencia de esta noble asamblea te invito á que confirmes con un juramento

solemne la promesa que me has hecho de entregarme la Inglaterra á la muerte del rey Eduardo, de casarte con mi hija, y de dar tu hermana á uno de mis barones en legítimo matrimonio. Cogido Harold esta vez tambien en la red, extendió la mano para jurar sobre unos relicarios colocados en el paño que cubria el monton de los huesos; pero en aquel mismo instante, y al pronunciar el Duque las solemnes palabras de « Que Dios te ayude », hizo una señal; con lo cual, tirando del paño los que ya estaban prevenidos, quedaron todos los huesos al descubierto. Dicen los historiadores normandos que el inglés tembló, y no era el caso para menos, atendidas las preocupaciones de aquel siglo. Harold salió de Normandía á poco, llevando consigo á su sobrino, uno de los rehenes, y dejando á su hermano en poder del duque de Normandía.

Las relaciones secretas entre la corte romana y el duque Guillermo tomaron desde ahora un serio aspecto y se enderezaron á punto fijo. La Iglesia castigaba con severas penas el perjurio, y mucho mas si el juramento se habia prestado sobre vasos sagrados ó reliquias de santos. En estos casos la venganza de la Iglesia se reputaba legítima, y pocas veces dejaba de ser cierta. Ya fuese por este motivo, ó ya porque los ingleses temiesen una invasion normanda, mas ó menos próxima, la nacion toda cayó en un estupor y abatimiento tan luego como cundió la noticia del juramento de Eduardo, cual nunca antes se habia conocido, ni aun en la época de sus mayores desgracias. Habia quien pronosticaba males sin cuento para la desdichada patria, quien suponia la llegada de pueblos desconocidos y belicosos que dominarian en breve la isla, y sujetarian sus habitantes á un yugo mas pesado que el que habian sufrido sus padres; veian otros en los aires dragones alados y ciertos signos en las constelaciones, que los llenaban de terror; en suma, todos los rumores, todas las hablillas no eran mas que el temeroso presentimiento que precede á la caida de los imperios: la Inglaterra de los sajones iba á desaparecer, y este sentimiento estaba en el corazon y en los labios de todos sus moradores. El rey Eduardo, débil y medroso por carácter, y ya por hábito, adoleció de grave enfermedad desde que llegaron á Inglaterra estas nuevas; turbó su razon el aspecto siniestro que presentaban los negocios públicos; asaltáronle los remordimientos, que hicieron terrible su agonía; para calmar su intranquilidad acogióse fervorosamente á la devocion; dotó iglesias, erigió monasterios; pero ninguno de estos actos pudo calmar los extravíos de su imaginacion ni las visiones de sus éxtasis melancólicos. Débil y todo como estaba el desgraciado Eduardo, tuvo el valor de declarar antes de morir, á los magnates que le hablaban de elegir sucesor en los últimos instantes de su agonía, que el hombre mas digno de reinar era Harold, hijo de Godwin.

Así en el año de 1066 subió al trono el nieto de aquel pastor que habia pedido para su hijo, que salvaba un enemigo de su patria, un modesto cargo militar en las filas de los invasores. Desde entonces todo cambió en Inglaterra: reanimóse el espíritu de los guerreros, restableciéronse las antiguas leyes y costumbres

sajonas, y preparóse el país para una obstinada defensa. Poco habia que temer de los reyes del Norte, los cuales hicieron tambien una tentativa, ayudados, ó mas bien seducidos, por un hermano de Harold; pero mucho habia que temer de la parte de Normandía, donde su duque soberano abrigaba pensamientos tan hostiles y proyectos tan decididos contra la libertad y la independencia de la Inglaterra.

No pasó mucho tiempo sin que el atrevido bastardo diese señal de vida. Un dia en que Harold, después de haber vencido á su hermano Tostig, se paseaba tranquilo con muchos de sus parciales por las partes meridionales de la Bretaña, llegó á el un mensajero normando, que le dijo lo siguiente: «Guillermo, duque de Normandía, me manda á recordarte el juramento que hicistes poniendo las manos sobre las santas reliquias.» «Es verdad, contestó el sajon, que he hecho un juramento delante del duque de Normandía; pero careciendo de libertad en aquel momento, no puedo ahora cumplir lo que entonces prometí obligado por la fuerza. Además que yo ofrecí lo que no era mio: la corona de la Inglaterra pertenece á ella sola, y ni yo podré arrancarla de mi cabeza sin el consentimiento del país, ni mucho menos entregarla á persona alguna. Sin la misma condicion tampoco puedo admitir esposa extranjera; y por lo que hace á mi hermana, que debia casarse con un baron normando, hace un año que ha muerto: ¿será tambien cosa de mandarle el cuerpo?» Desde este momento la guerra quedó declarada.

Las ideas supersticiosas de aquel siglo, anublando los entendimientos de las gentes desinteresadas, les impidió ver la patriótica conducta del hijo de Godwin, que al negarse á obedecer la órden de Guillermo, se sometia á la voluntad de su país, reconociéndolo como el único juez capaz de decidir aquella empeñada contienda. No hubo persona alguna en el continente que defendiese á Harold; pequeña parecia toda pena para la enormidad del delito cometido: ¡tan grande era el respeto que se tributaba á las reliquias de los santos! Tan grande el influjo que ejercia la corte de Roma! Esta, no muy bien dispuesta á favorecer á la Inglaterra por las causas que anteriormente hemos referido, acogió con gusto la acusacion que intentó el duque de Normandía contra su enemigo, nada menos que de sacrilegio; solicitando como consecuencia la declaracion de estar vacante el trono de Inglaterra, la nulidad del juramento de fidelidad que los súbditos tenian prestado á su rey, y el reconocimiento de la propiedad en el primero que lo conquistase. Los cargos graves que contra él se aducian eran los siguientes: el primero el asesinato de Alfredo, aquel pretendiente sobrino de Guillermo, que con una carta de su madre, de cuya autenticidad se ha dudado hasta ahora, aprestó buen golpe de gente normanda, y quiso ceñirse la corona de Inglaterra, y fueron destrozadas sus haces y él mismo cogido prisionero y muerto por las tropas de su hermano. El segundo era la expulsion del arzobispo Roberto, que abandonó su silla y hasta el palio á la aproximacion de los defen-

sores de la independencia inglesa; y el tercero el perjurio del rey Harold, hecho con la agravante circunstancia de la profanacion sacrílega de las reliquias de los santos. Ninguno de estos cargos tenia fuerza, porque ó se apoyaban en calumnias ó falsedades, ó en culpas ajenas ó en infames supercherías. Pero la razon en aquel tiempo cedia su lugar al fanatismo religioso, poderoso auxiliar de la corte romana, cuyo poder no encontraba ya límites, amenazando con sus armas espirituales al dominio temporal de todas las potestades de la tierra.

Gobernaba entonces el consistorio de San Juan de Letran un hombre de grandes cualidades, eminente en todos sentidos, de una ambicion sin límites, de una constancia heróica, conocedor de su época, austero, inflexible, fascinador: este hombre fué el gigante de la edad media; este gigante era Hildebrand, que simple monje de Cluny, y creado arcediano de la iglesia romana por el papa Nicocás II, llegó él tambien á ser papa y á ocupar las páginas de la historia y á llamar la atencion de sus contemporáneos con el nombre de Gregorio VII. La grande idea que le dominaba era la de extender la supremacía de la Iglesia en todo el orbe cristiano, no solo en los asuntos espirituales, sino tambien en los temporales; de manera que Roma cristiana fuese igual ó mas grande todavía en poderío que la Roma pagana cuando, habitada por los césares, era llamada la señora del mundo, y sus legiones corrian sin tropiezo desde el Rin hasta las columnas de Hércules, desde el Tíber hasta el Nilo, desde el Apenino hasta el centro del Africa. No era nueva esta idea: desde el siglo IX habia comenzado á echar raíces y á producir abundantes frutos, aunque todavía sin hacer ostentacion de triunfo. Ya en aquel tiempo empezó á formarse lo que se llamaba el patrimonio de San Pedro, que no era mas que la autoridad temporal ó soberana del Papa sobre ciertas ciudades de la Italia. En el siglo X algunos caballeros normandos (singular coincidencia) guiaban bajo su enseña feudal las milicias romanas al combate y á la victoria y conquista de varias comarcas italianas. Otros jefes de la misma raza, que por su astucia y valor habian sabido apoderarse de varios pueblos de la Sicilia y la Calabria, hacian en la misma época formal reconocimiento de vasallaje al Papa, y recibian una bandera bendita en señal del feudo que pesaba sobre los territorios conquistados. De esta suerte, gran parte de la Italia ocupada por los normandos era dependiente de la corte romana, que con tales ejemplos llegó á creer que aquella raza de hombres valientes estaba designada por la Providencia para engrandecer el pontificado, llevando su dominacion á las mas apartadas regiones de la tierra.

El arcediano Hildebrand creyó que habia llegado ya la ocasion favorable de hacer con respecto á la Inglaterra lo que la casualidad habia hecho con respecto á la Italia: así es que desdeñaba tratar en el Consistorio las cuestiones teológicas que se promovian, y en su lugar todo era proponer cuestiones políticas; y llegó á tal punto su audacia, que dejando á un lado toda hipocresía, propuso la

conquista formal de la Inglaterra á pérdidas y ganancias entre ambas naciones. Los cardenales, ó mas discretos ó mas tímidos, se limitaron á hablar únicamente de aquel grave asunto considerándolo bajo el aspecto canónico; muchos tambien no veian en los cargos que se hacian al rey de Inglaterra motivo suficiente para una destitucion; pero la voz de Hildebrand impuso su opinion á todos los cardenales, y resolvió el Consistorio por unanimidad de votos fulminar la sentencia, que contenia todas las cláusulas demandadas por la parte contraria, el duque Guillermo. La corte de Roma envió á Normandía la bula de la excomunion, y con ella la bandera de la iglesia romana y un anillo que contenia un cabello de S. Pedro, como signos visibles de la doble investidura militar y eclesiástica. Llegaron á la corte del Duque tan preciosos talismanes en momentos bien críticos, porque los barones y señores de aquella provincia miraban con poco agrado el empeño de su señor feudal de conquistar la Inglaterra, augurando mal de aquella empresa, muy superior á las fuerzas con que contaba un reducido territorio. Pero aquellas insignias, tan veneradas en los tiempos de que vamos hablando, reanimaron el espíritu abatido de los barones, y encendiendo en sus pechos el fuego de la fe, se ofrecieron al bastardo con sus bienes y sus vidas, creyendo conseguir con tan santa obra la remision de sus enormes pecados.

Guillermo no necesitó mas: dueño de la fuerza moral que le habia dado la corte de Roma, lo demás debia esperarse de su constancia, de su audacia y de su valor. Publicó en seguida todos los documentos que tanto favorecieron su causa, y á su lado, y como consecuencia, publicó la guerra con el rey Harold, y ofreció premios y señaló recompensas á todos los que quisieran venir á ayudarle en aquella empresa. De todas partes de la Europa acudieron: los estados en que estaba dividida la Francia se despoblaron; no faltaron al llamamiento ni los italianos ni las gentes que habitaban en las orillas del Rin. Los hombres perdidos de la Europa occidental, todos los aventureros, los que no tenian mas pasatiempo que la pelea ni mas delicia que la guerra, todos acudieron en tropel, los unos con el deseo de robar, los otros con el afan de conquistar un nombre. Habia quien se contentaba con un castillo feudal, otros pretendian un heredamiento cuantioso, otros preferian una rica heredera sajona, y hasta por el pasaje y las armas multitud de guerreros se alistaban en las banderas normandas, deseosos de combatir, sedientos de sangre y de matanza.

El duque Guillermo estaba en todas partes: ya acudia al rey de Francia, ya al duque de Bretaña; no se desanimaba porque el uno y el otro le mostrasen cierto desvío, y aun hasta intencion marcada de hacerle guerra; con el desprecio contestó al primero, con el veneno al segundo. Allanados todos los obstáculos por medios tan expeditos, volvió su vista hácia el cuidado que preferentemente necesitaban los aprestos marítimos para tan grande empresa. No escaseó tampoco ningun medio, no se detuvo ante ningun inconveniente: así es que para fines

del verano se hallaba todo su ejército, ó por mejor decir, toda aquella informe muchedumbre, acampada en las playas vecinas al país que iba á conquistar; pero los vientos fueron tan duros, los temporales tan largos, y las naves sufrieron tales averías, que los menos dispuestos empezaron á dudar del éxito de la expedicion, y muchos quisieron retirarse á sus hogares, amedrentados solo con haberla intentado. El Duque animaba á los medrosos, estimulaba á los avarientos, apaciguaba á los díscolos; y eso que él mismo necesitaba de toda la energía de su alma, para no caer en un abatimiento mortal, al considerar cómo perecia aquel innumerable ejército aun antes de haber medido sus fuerzas con las del enemigo. Todas las mañanas entraba en la iglesia de San Valerio, patron de aquel lugar, y oraba compungido de rodillas delante de la imágen del santo, y pedíale su intercesion para con Dios, á fin de que, cesando el estrago que la peste causaba, y mejorándose el tiempo, pudiese dar gloriosa cima á la cristiana empresa que por órden del Papa habia emprendido. Al salir de la iglesia se fijaban sus ojos en la veleta de la torre, y si creia verla inclinarse hácia el sur, saltaban de alegría; pero si permanecia fija señalando el norte, el abatimiento y la tristeza postraban por algunos instantes la constancia de su alma.

Ya fuese por un espontáneo arranque de sincera devocion, ó por un piadoso y político fraude, mandó el Duque un dia llevar solemnemente en procesion la imágen de aquel santo, al cual la comarca entera le atribuia estupendos milagros y le tenia en suma veneracion. El ejército entero se arrodilló; los caudillos principales hicieron á la iglesia ricos donativos; hasta los soldados depositaron su pequeña suma: aquella noche se abrazaron los mas enemigos, confesaron públicamente sus pecados, pidiéronse recíprocamente perdon de las injurias; y hé aquí que al amanecer del dia siguiente, 26 de setiembre de 1066, se despejó el cielo, el ambiente quedó sereno y el viento favorable. Tuviéronlo á milagro aquellas legiones allegadas de tantos pueblos y naciones, y tuviéronlo por buen presagio y como precursor de la victoria. Ya no hubo sino una voz, un grito unánime, pidiendo lanzarse á las naves que debian conducirles á la tierra prometida, que no era otra cosa la Inglaterra para aquellos aventureros, que debian repartírsela cual sangriento despojo de la victoria.

El navío que montaba el Duque iba delante, y llevaba como insignia gloriosa la bandera que el Papa le habia regalado, y estampada en el pabellon nacional la cruz del Redentor; sus velas eran de vistosos colores, y el escudo de armas de la Normandía, tres leones, estaba pintado en varias partes; su velocidad era mayor que la de todos los demás, de manera que al dia siguiente amaneció á una gran distancia de la armada: cuando un marinero desde el tope dijo que no veia mas que agua y cielo, se desanimó un tanto Guillermo, pero disimuló á la vista de la tripulacion; como cuatro horas después gritó el mismo marinero que ya veia cuatro bajeles, y pocos momentos después exclamó con entusiasmo: «Veo una selva de mástiles y de velas.» Guillermo dió gracias á Dios.

Fué gran desgracia para los sajones que los cruceros que tenian en esta costa la hubiesen abandonado en aquellos críticos momentos, faltos de víveres y de agua. Por esto las tropas de Guillermo fácilmente pudieron saludar la tierra de Pevensey, cerca de Hasting, el 28 de setiembre de 1066. Hicieron con felicidad el desembarco: el último que lo verificó fué el duque de Normandía, el cual al poner el pié en la ribera resbaló y cayó. Igual incidente ocurrió á César poco antes de ser dueño y señor de todo el imperio; pero el héroe normando, levantándose de pronto, imitó la conducta del héroe romano, diciendo: «Ya he tomado posesion de esta tierra con mis propias manos, y gracias á Dios, cuanto en ella hay os pertenece.» Con tan pronta salida neutralizó el mal efecto que su caida habia causado entre los suyos, gente ignorante y dada á agüeros y hechicerías. Harold estaba á la sazon descansando algun tanto de la rápida campaña que habia sostenido contra el rey de Noruega; y no bien hubo sabido que el enemigo habia pisado la tierra de la Inglaterra, mandó aprestar á sus gentes para el combate, sin moderar el ardor bélico que en su sangre ardia, y sin esperar los refuerzos que de todas partes de su reino hubieran venido al instante en su auxilio: cuatro dias mas, y la Inglaterra no hubiera sido la presa del extranjero. Creyó al pronto que seria fácil sorprender al normando; ensoberbecido además con los recientes laureles que ornaban sus sienes, pensó decir, como César, *veni, vidi, vici*. Pero el campo de Guillermo estaba atrincherado, bien guardado además por sus vigilantes tropas, y servido aquel soberano por muchos normandos que vivian en Inglaterra después de la última proscripcion. Harold, conociendo que su plan era ineficaz, é inútil toda estratagema, se atrincheró tambien á siete millas de Hasting, esperando con denuedo el ataque de los enemigos. Guillermo, aunque arrogante, era hombre que no aventuraba nada á la suerte, y quiso, antes de emplear la fuerza, tentar todavía el camino de la conciliacion. Con este motivo le envió mensajeros, proponiéndole librar las diferencias á un juicio de Dios, á la sentencia del Papa, ó bien el cumplimiento de su antiguo pacto. Nada quiso oir el sajon; y aunque los barones de su tierra reunidos escucharon de boca del mensajero que Guillermo tenia en su poder la bula de la excomunion, y se asustaron y palidecieron con semejante nueva, el Rey supo excitar su entusiasmo hasta tal punto, que en todo el campo resonó el grito de guerra, y en todos los corazones el sentimiento de pelear por la independencia de la nacion, hollada torpemente por aventureros sin patria, sin ley y sin religion.

La precipitacion de Harold hizo que las buenas tropas y los caudillos valientes que las mandaban no estuviesen aprestadas para aquel reñido combate que se preparaba: unas estaban en Lóndres, las otras descansaban á largas distancias de las fatigas de la última campaña: es verdad que de todas partes venian voluntarios y obispos y monjes que desamparaban sus claustros; pero todos eran soldados bisoños, y aunque poseidos del mayor entusiasmo, sin embargo no los mas á propósito para habérselas con gente tan resuelta como los normandos. Los dos

hermanos del Rey estaban á su lado, y ambos le aconsejaban que se retirase á Lóndres; que formase de su excelente ejército un buen cuerpo de reserva, que ellos pelearian con Guillermo. «Tú no puedes negar, decia el mas jóven de los hermanos, que de grado ó por fuerza has hecho un juramento poniendo por testigos á Dios y á sus santos; ¿por qué te atreves con tan mala causa á pelear contra el duque de Normandía? Nosotros, que estamos inocentes de esta culpa, tenemos fe en nuestra causa y en nuestra justicia, defendemos nuestras propiedades, nuestras familias, nuestros hogares, nuestro país. Déjanos defender objetos tan caros; y si sucumbimos, tú nos vengarás.» Pero Harold respondia á tan tiernas razones con la muy poderosa para él, que no podia permanecer en inaccion cuando tantos y tan leales súbditos exponian por él su vida. Confiando pues en su buena fortuna y en su nunca desmentido valor, preparó sus tropas para la pelea.

En un lugar que hasta ahora se llama el de la Batalla, los anglo-sajones ocupaban una extensa línea fortificada con una continuada cadena de colinas y otros obstáculos naturales. En la noche del 13 de octubre Guillermo mandó á decir por un heraldo á su adversario que el combate seria al dia siguiente. Muchos monjes y gran número de sacerdotes, con el ansia que á todos aquejaba de un rico botin, habian seguido al ejército invasor, y empezaron á cantar las letanías de los santos y á entonar himnos sagrados. Los soldados prepararon primero sus armas, y en seguida confesaron y recibieron los sacramentos; los anglo-sajones pasaron la noche cantando las baladas antiguas de sus héroes y bebiendo á la redonda cerca de sus fogatas. Así que despuntó la aurora un obispo celebró en el campo normando la misa y exhortó á los guerreros con una breve plática belicosa y cristiana. El ejército invasor estaba dividido en tres partes: componian la primera los extranjeros y aventureros que habian acudido al llamamiento de Guillermo; la segunda los auxiliares bretones, y la tercera, mandada por el mismo Duque, la componia toda la caballería normanda. Estas tres columnas estaban flanqueadas por gente de á pié, diestros en el arte de pelear y ligeramente armados. Montaba el bastardo un generoso caballo español, regalo de un rico normando venido de Galicia, adonde le habia conducido un piadoso voto. Llevaba el normando pendientes de su cuello las mas veneradas reliquias de los santos profanadas por el perjurio de Harold, y á su lado un caballero daba al viento la bandera bendita por el Sumo Pontífice. Ya las tropas iban marchando, ya llegaba la hora de hacer la señal, cuando Guillermo, levantando la voz, les dijo: «Herid y matad: si conseguimos vencer á los enemigos, las riquezas lloverán sobre nosotros; lo que yo gane será para vosotros, lo que yo adquiera vuestro será. No he venido aquí desde la otra parte del mar para conquistar un reino; he venido como enviado de Dios, para vengar á nuestra nacion ultrajada por las felonías, traiciones y perjurios de esos ingleses. Ellos dieron muerte á los dinamarqueses, nuestros antiguos aliados y amigos; ellos asesinaron á Alfredo,

mi pariente. A la pelea, y castiguemos de una vez su insolente osadía.» El ejército, ya en marcha y á la vista del enemigo, entonó el himno, célebre en las Galias, de Carlomagno y de Roldan; los capitanes tiraban al aire sus espadas, y con gran destreza las recibian en sus manos; la muchedumbre gritaba: «Con la ayuda de Dios vencerémos». Los reductos de los sajones hacian inútiles los esfuerzos de los ballesteros y de los honderos; los peones, armados á la ligera, se acercaron á las puertas, queriéndolas forzar; pero los anglo-sajones las defendian á pié firme, dando tan fuertes golpes con sus hachas, que volaban hechas astillas las lanzas, y magullaban las armaduras de bruñido acero. Serenos, intrépidos, formados en derredor de su estandarte, no habia medio de hacerles perder una pulgada de terreno. Los ballesteros entonces, replegándose algun tanto, hicieron sus tiros mas certeros, disparando al aire por elevacion, para que cayendo las saetas dentro del campo cerrado, pudiesen aprovecharse los proyectiles. Salióles bien la estratagema: muchos ingleses quedaron heridos en el rostro, y aun el mismo Harold perdió un ojo en la refriega; pero ni aun por eso decayó ni un instante el valor del heróico mancebo; antes al contrario, en todas partes se encontraba, á todos estimulaba con su ejemplo. Tantos ataques infructuosos dados contra el campo atrincherado de los enemigos hicieron titubear á los normandos; y lo que al principio no fué sino temor de perder gente inútilmente, se convirtió muy luego en una vergonzosa huida. Cundióse por el campo la falsa nueva de la muerte de Guillermo, y este atrevido caudillo hubo de presentarse con la faz descubierta y la cabeza desnuda ante sus soldados, que huian, animándolos de nuevo, y castigando con su propia mano á los cobardes. Hasta entonces la fortuna estaba al lado de los que defendian la buena causa, la santa y justísima causa de la independencia de la patria; y la gloria hubiera sido de Harold y de sus hermanos si ellos y los sajones hubieran sabido moderar el ímpetu de su valor. Como viese el duque de Normandía que los atrincheramientos del campo anglo-sajon eran inaccesibles, recurrió á una estratagema para entrar en ellos con ardid, ya que no podia con la fuerza. Reunió un cuerpo escogido de caballería, les dió órden de que trabasen el combate y de retirarse en desórden, fingiendo que iban de huida; otros cuerpos mas numerosos debian permanecer emboscados hasta el momento òportuno. Los soldados de Harold, que vieron huir á los famosos jinetes normandos después de los descalabros sufridos, creyeron que aquel era ya el último golpe, y que la batalla estaba ganada: con esto salen de su campo, y en tropel, unos antes y otros después, van en seguimiento del enemigo. Este se rehace siguiendo las órdenes de sus caudillos; acuden presurosos, encuentran desguarnecido el reducto, lo ocupan con presteza; el ejército sajon es acuchillado en campo raso; Harold y sus hermanos pelean con denuedo, y mueren los tres como héroes, y la bandera del Pontífice ondea en el mismo lugar en que poco antes ondeaba la bandera de los sajones, vencedora hasta entonces de los bretones, de los dinamarqueses y de todas las razas bárbaras de la Scandi-

navia. Las alegrías de los normandos no tuvieron término : atribuyeron la victoria á milagro patente; la Europa entera, atónita, admiró el prodigio; la corte de Roma presentó aquel ejemplo como castigo que la Providencia impuso á un rey perjuro. La relacion exacta y verídica que hemos hecho de la catástrofe del pueblo inglés habrá enseñado al lector cuál fué su orígen y cuáles fueron sus causas. Ahora verémos cuáles fueron sus consecuencias.

IV.

Ganada la batalla de Hasting y muerto el rey de Inglaterra, aun no estaba conquistada aquella generosa nacion. Dueño Guillermo de un rincon del reino, por mucho que sus partidarios exagerasen sus fuerzas, todavía todas ellas eran muy poca cosa comparadas á los recursos de un gran pueblo. Pero la hora de la desgracia habia llegado para los ingleses, y cuando esto acontece, no hay poder humano que pueda salvar á los imperios de su ruina. Unos querian pelear y morir, otros transigir y vivir. Entre los primeros disputábase el supremo mando; los segundos andaban divididos por las condiciones. El rico queria conservar su patrimonio, el pobre alcanzarlo á poca costa de las buenas gracias del vencedor. No faltaban traidores ni perjuros, el número de los tibios era grande, y el comun de las gentes veia en el nuevo jefe un sucesor de los antiguos, que, con que jurase conservarles sus fueros y franquicias, daban de barato todas las demás cosas de que carecia el conquistador para llamarse su señor natural. Salió de sus trincheras el bastardo, avanzó primeramente con timidez por la tierra adentro, después con mas denuedo y desenvoltura; ocupó la plaza de Dower, importantísima fortaleza, base de operaciones, punto de retirada en caso de apuro, y la ocupó sin grande resistencia de parte de los indígenas. El clero superior, que veia sus bienes confiscados, ocupadas sus temporalidades, y mas que ninguna otra clase expuesto á las venganzas de la corte de Roma, de donde venia directamente aquel golpe, tuvo sus intenciones de pelear, y aspiró no una sola vez á levantar todo el país. Pero el famoso Stigand, el arzobispo de Cantorbery, echado de su diócesis y perseguido como intruso, al frente de fuerzas respetables inglesas quiso impedir á Guillermo el paso para la provincia de Kent, y dar de este modo la señal del levantamiento en toda la Inglaterra. No dicen las crónicas antiguas si hubo pelea ó no la hubo; pero sí dicen que el conquistador pasó adelante, después de haber ofrecido conservar á los ingleses las antiguas leyes que tanto veneraban. Error insigne el de estos indígenas; preocupacion funesta que costó muy cara á los ingleses y á sus descendientes: primero, porque estos pactos no se cumplen jamás, se rompen y anulan por el mas fuerte; y lo segundo, porque las leyes son nada, y lo son todo los hombres que las ejecutan. ¿Qué leyes

ni qué ejecucion favorable de ellas queria el sajon de parte de su enemigo el normando? No hay mas que un camino que seguir en todas las condiciones de la vida, ya prósperas ya adversas, el de la justicia y la verdad. Los ingleses debieron perder su vida defendiendo su independencia : no lo hicieron, y sufrieron el yugo penosísimo de la esclavitud extranjera, con el desposeimiento de sus tierras, la deshonra propia y la desgracia eterna.

Siguió Guillermo el camino de Lóndres, y en esta gran Babilonia, que distando mucho de lo que hoy es, ya se le podia dar este nombre, los pareceres andaban diversos sobre esto de elegir un jefe. A la verdad la eleccion no era fácil. En momentos tan críticos, cuando se entrega á la suerte de los votos y de las conferencias y discusiones una cosa tan grave como la eleccion de un hombre que salve la patria, es ya que esta está perdida. Puestos de esta clase no se piden, sino que se toman; dignidades de esta especie no se dan por votacion, sino por aclamacion. Cuando los votos no están conformes, y todos á una voz no designan al mas apto, es que no hay ninguno que haya sabido captarse todas las voluntades, representar todos los intereses, atraer todas las simpatías, acallar todas las ambiciones; en suma, que no hay ninguno que reuna las condiciones que debe tener el hombre á quien se le fia en los últimos momentos la salud y el honor de la patria. Así los ciudadanos de Lóndres vagaban, sin decidirse, entre varios candidatos: los unos querian á los hermanos políticos de Harold, excelentes capitanes, acostumbrados al mando de ejércitos y de provincias; otros, y entre ellos Stigand y el arzobispo de York, fijaban sus miradas en un jóven, llamado Edgar, sobrino del rey Eduardo, de ilustre y clara progenie. Los amigos de la legitimidad defendian á este con gran calor, sin reparar que en aquellos momentos la cuestion era de hecho, y no de derecho, y que aquel que tuviese mas renombre guerrero, mas valor, mas astucia y mas actividad, ese era el que podia pelear con ventaja, á lo menos con igualdad, con el famoso capitan que venia conquistando toda la Inglaterra. Muchos obispos empezaron ahora á dar clara muestra del deseo de transigir, y como en estos casos sucede, no les faltó pretexto para dorar lo que en lenguaje franco y verídico se llama apostasía. Decian que Guillermo traia una bandera bendita, y nada menos que por el Papa; y acordándose de la doble naturaleza que tienen los que como súbditos dependen del Rey y de su nacion, y como eclesiásticos del Pontífice, inclinaban la balanza hácia este último poder, por creer que el viento soplaba favorable de la parte de Italia. Todos se equivocaron : nada ganaron con sus humillaciones ni protestas; perdieron al cabo sus riquezas, sus honoríficos puestos, y perdieron su dignidad de hombres, que no habiendo sabido sostener, no se vió obligado á respetar el conquistador. Prevaleció al fin el parecer de los que asentian á la legitimidad. Eligieron los ciudadanos de Lóndres á Edgar, sobrino del rey Eduardo. Con tal eleccion Edwin y Morkan, hermanos políticos de Harold, se disgustaron y partieron para sus provincias con los restos que habian quedado de la famosa batalla para ellos

perdida, y creyeron hacerse fuertes en sus lejanas tierras, solos y sin el auxilio de sus demás conciudadanos. Esta inopinada marcha desalentó mucho á los que en un principio querian pelear, y el desaliento natural, compañero de las discordias civiles, sucedió bien pronto al entusiasmo que habia excitado en el ánimo de los ingleses el deseo vehemente de defender á su patria de la mas injusta de las agresiones.

Las municipalidades han sido en casi todas las épocas de la historia de los pueblos las instituciones que han tenido la parte mas activa en todos sus acontecimientos, ya prósperos, ya adversos. Cuando en los siglos medios apareció el tercer estado, distinguiéndose tanto de los magnates que lo oprimian, como del bajo pueblo que sufria con paciencia la serie de injusticias y de derechos onerosos con que estaba abrumado, la municipalidad, puesta á la cabeza de las clases medias, alcanzó de los reyes, regularmente sus aliados, la emancipacion que tanto deseaba, y que merecia por sus muchos servicios á favor de la monarquía. Los magistrados municipales eran como los padres del comun, los que cuidaban de las subsistencias, los que hacian mas cómoda, mas saludable la vida en los pueblos; y cuando por efecto de las calamidades, tan frecuentes en aquellos tiempos turbulentos, desaparecian el gobierno supremo y los reyes y príncipes, la municipalidad, autoridad paternal, permanecia entre sus hijos, á librarlos de la desgracia si podia, ó á llevar con ellos sus desventuras. La municipalidad de Lóndres trató con el invasor, asustados aquellos cobardes patricios con las pérdidas que debian sufrir si no aplacaban las iras del vencedor. El gobierno y reinado del jóven rey murió antes de nacer; y él mismo, con todos los que lo habian elegido y con la turbamulta de aduladores cortesanos, embarazoso bagaje en toda crítica circunstancia, prestó obediencia y rindió homenaje al conquistador, lo cual, aunque fué necesario, no por eso dejó de ser en extremo perjudicial á los intereses de la nacion inglesa.

La asamblea de los normandos en el entretanto discutia la proposicion concebida por algunos magnates, ó deseosos de abandonar aquella tierra, ó codiciosos de fijar de una manera estable y duradera su suerte futura. Querian de un modo ó de otro acabar la conquista, y sujetar con mano firme á los vencidos, destruyendo en una hora y como por ensalmo los rancios intereses creados á la sombra de las costumbres, con el amparo de las leyes, en una larga serie de siglos. Para llevar á cabo tan absurda idea no habia medio que no empleasen, ni crímen que dejasen de autorizar, ni violencia de que ellos mismos no diesen el primer ejemplo. Ocurrióseles, por fin, convencer á Guillermo para que adoptase el título de rey, recibiendo la diadema, por la eleccion de ambos pueblos y de la Iglesia, de mano de un arzobispo. Creian aquellos menguados próceres que una palabra mas ó menos, un dictado sonoro y retumbante como el de rey seria bastante para hacer enmudecer á todo un pueblo vejado, oprimido é insultado por la pérdida de su independencia; creian en su ceguedad tener la cosa,

cuando solo tenian el nombre; creian conquistar en un solo dia, y por medio de una vana ceremonia, lo que da el tiempo con su larga y perezosa accion. El bastardo se resistia á seguir la opinion de sus principales vasallos; pero fueron tantas las súplicas, encomiaron de tal suerte aquel remedio heróico, que al fin se prestó á la celebracion de una ceremonia en la que tenia muy poca fe, y de la cual hacia mofa y escarnio con las gentes de su confianza. El arzobispo Stigand fué elegido para el acto solemne de la coronacion; pero aunque habia prestado obediencia al vencedor en el campamento de Berkhamstad, tuvo bastante prudencia ó demasiado rubor para no agregar á su poco noble conducta un acto que lo desacreditaba completamente á los ojos de sus conciudadanos. Mas cobarde ó mas calculador fué el arzobispo de York, Eldredo, el cual no tuvo inconveniente en bendecir y consagrar al nuevo rey, profanando de esta suerte con sus manos la investidura religiosa, que era entonces la condicion mas indispensable de la monarquía. Con sangre y luto recibió el pueblo inglés el don que la conquista le hacia. Apenas las bóvedas del convento de Westminster resonaron con las aclamaciones estrepitosas de los normandos y de algunos sajones, ó tímidos ó traidores, cuando la gente de Guillermo, que estaba con armas en los alrededores de la iglesia, cayó de improviso sobre el desarmado pueblo, matando, robando é incendiando chozas y casas, conventos y palacios, y dando por excusa el temor de una sublevacion popular, intentada por sorpresa en los mismos momentos en que el sacerdote desde el altar bendecia al nuevo monarca de Inglaterra. Cuando una nacion ha perdido su dignidad, y se encuentra en el estado de abatimiento que estaba el pueblo sajon, los ejemplos heróicos desparecen, ni aun los mas comunes abundan: decimos esto porque los mismos hermanos políticos de Harold, dejando sus provincias abandonadas, vinieron á Lóndres á rendir cumplido homenaje á Guillermo, ofreciéndosele con sus personas y bienes, como á su rey y señor natural. La conquista empezó ya á producir sus frutos: la primera de las bases de la sociedad, la propiedad, fué atacada hasta el punto, como dice un antiguo historiador, de hacer ricos á los pobres y de empobrecer á los grandes. Dividió el vencedor en tres clases ó categorías distintas al vencido: la primera era la de los sajones que tuvieron la dicha de perecer en la batalla, evitando con su gloriosa muerte el presenciar la ignominia de los que habian quedado con vida: á estos se les confiscaron todos los bienes; la segunda era la de aquellos que, á pesar de haber peleado como valientes, la suerte adversa los hizo esclavos en vez de mártires; pero en cuanto á sus bienes y propiedades eran tratados lo mismo que los anteriores; y por último, á los que se estaban preparando para acudir á la defensa de la patria, y no pudieron llegar á tiempo, por el funesto resultado de la batalla de Hasting, se les impuso la pena de confiscacion, aunque si en muchos años daban pruebas de fidelidad y de adhesion al nuevo poder, sus hijos tendrian derecho á alguna parte de la herencia paterna, y esto por una especie de gracia ó misericordia del Rey. Este saqueo universal se repartió desde el Rey y el

Papa abajo entre todos los soldados aventureros que habian acompañado al primero en la gloriosa expedicion marítima á la que con tan feliz éxito habia dado gloriosa cima. Guillermo se apropió el tesoro real de los reyes de Inglaterra, toda la plata de las iglesias y cuanto de mas precioso y rico se encontraba en los almacenes de los mercaderes. El Papa recibió, como muestra de piedad de parte del Rey, y como gratitud por el servicio eminente que le hizo de enviarle la bandera bendita, talisman de singular precio en aquella época, una gran porcion de las infinitas riquezas allegadas por el Rey. Todas las iglesias de la Normandía, que habian hecho rogativas ó encendido candelas delante de algun santo favorito por la salud del Duque y de su ejército, recibieron tambien donativos muy cuantiosos y alhajas primorosas de oro y de plata. Acalladas ya las primeras exigencias, que fueron las de la Iglesia, entró en turno el estado seglar, y de todo él, la primera clase, esto es, los barones y los caballeros, que, antes de embarcarse habiendo hecho homenaje al bastardo en cambio de ricos heredamientos en Inglaterra, exigian ahora la promesa, que les fué cumplida, tomando del botin parte tan cuantiosa como era de esperar de la depredacion universal de todo un reino que se repartia entre acreedores. Unos recibian castillos, otros villas y aun ciudades; de manera que muchos señores de la Normandía y de otras provincias francesas, arruinados por sus vicios ó por sus extravagancias, adquirian lo bastante para recuperar su antigua fortuna. La porcion mas pequeña, y no fué tampoco insignificante, tocó á los vasallos y gente plebeya, mostrando todos á porfía, caballeros y pecheros, un inmoderado deseo de riquezas, una sed insaciable de engrandecimiento, que apenas podia aplacar la nunca desmentida generosidad de Guillermo. Uno solo entre todos los que acudieron á aquel llamamiento no quiso recibir ni tierras ni dinero ni presentes : daba por razon de conducta tan rara en los tiempos de que hablamos, que habia acompañado á su señor porque tenia esa obligacion, y que contento volvia á su patria á disfrutar de su modesto patrimonio, sin llevar el remordimiento de haber robado el bien del prójimo. Llamábase este hombre virtuoso, fénix de los guerreros de aquel siglo, Guilberto.

No es posible mencionar las muchas tentativas que hicieron los indígenas para libertarse del yugo extranjero. Los que al principio habian manifestado cierta timidez, ahora resueltamente se alistaban en el bando nacional. El rey Edgar, el arzobispo de Cantorbery, los hermanos políticos de Harold; en suma, todos los que habian prestado obediencia al nuevo Rey, no pensaban ya mas que en los triunfos que les prometia una revolucion general. Unas ciudades cerraban sus puertas al que llamaban como por irrision el Rey, otros jefes de valor bien acreditado, con buen golpe de gente armada, se retiraban á los montes; habia algunos fanáticos que juraban dormir al raso hasta que llegase el dia de la independencia inglesa. En las provincias mas lejanas, adonde la planta del invasor no habia hollado su suelo vírgen, se armaban públicamente y se adiestraban en toda

clase de ejercicios militares. Guillermo venció, no una vez, sino muchas, esta resistencia instintiva que estaba en el corazon de todos los ingleses; y unas veces á la fuerza, valiéndose de sus numerosas y aguerridas huestes, y otras de la astucia, que poseia en alto grado, salió victorioso de todas sus empresas, y fué cada vez consolidando mas su dominacion apenas empezada, cuando, menos por grado ó voluntad que á la fuerza, le invistieron los suyos con el título de rey. No se hizo esto, sin embargo, tan pronto ni tan fácilmente, que no tropezase en el camino con muy serias dificultades. Si por una parte parecian allanarse los obstáculos, por otra surgian cuando menos se pensaba. A veces un hecho solo completamente aislado destruia en un dia el trabajo de muchos meses, y venia á desimpresionarle de sus muchas ilusiones. Eldredo, el arzobispo de York, habia tenido la criminal condescendencia de consagrarlo rey de Inglaterra, cuando no tenia en su apoyo otra razon mas que la fuerza, cuando esta por lo regular no es mas que una continua y viva sinrazon. Un dia que los criados del prelado llevaban un convoy de cosas necesarias para su palacio, el gobernador de la ciudad les preguntó que adónde iban con aquella carga, y ellos con humildad respondieron que todo aquello era de la propiedad y del uso del Arzobispo. El Gobernador no se curó ni del Arzobispo ni de la propiedad, y mandó confiscar muebles, comestibles y mercancías. El Arzobispo no habia creido que los rigores de la conquista fuesen insoportables; pero aquella confiscacion hizo mas para convencerle que la voz del deber y los quejidos de las víctimas. La prudencia del prelado hasta entonces no habia tenido límites; pero ahora la indignacion habia sucedido á la calma, y no tuvo inconveniente en adoptar una resolucion extrema. Revistióse con sus vestiduras pontificales, empuñó su báculo pastoral, se presentó al Rey de esta manera, con los aires de un superior mas bien que con la humildad de un vasallo. Guillermo se levantó para ofrecerle, como era costumbre, el beso de paz, segun dice un historiador; el prelado se mantuvo á distancia respetable, y no quiso aceptar aquel agasajo de su rey; y apenas este se hubo sentado, le dijo el Arzobispo las siguientes razones: «Guillermo, tú eras extranjero, y á pesar de esto, queriendo Dios castigar á nuestra nacion, permitió que te coronases rey de Inglaterra á precio de mucha sangre y de muy costosos sacrificios. Yo te consagré, yo puse la corona sobre tu cabeza, yo tè bendije y á toda tu descendencia; pero á tí y á los tuyos te maldigo ahora, porque has osado poner la mano en el arca santa, porque has perseguido á la Iglesia y á sus ministros.» El Rey escuchó con calma tan violento apóstrofe, y aun tuvo que contener la cólera mal reprimida de los cortesanos aduladores, que hicieron ademan de sacar las espadas contra un pobre anciano, el cual no tuvo mas culpa que la de su poca dignidad y débil carácter. Este acto, verdaderamente escandaloso de parte del Arzobispo, no tuvo consecuencia; ni la conducta revolucionaria del clero, ni las conspiraciones y alzamientos con que tuvo que luchar el poder normando pueden atribuirse á aquella causa. Y de extrañar es que, cuando toda autoridad cobraba su fuerza de la corte

de Roma, cuando la Iglesia era el centro del poder de emperadores y reyes, y cuando las palabras de sus ministros eran respetadas como oráculos, los anatemas del arzobispo de York fueron de todo punto ineficaces, y quizás hasta ridículos. Consistia esto en que las primeras eran las opiniones nunca desmentidas de hombres de vigoroso carácter, hijas de sus creencias ó de su política, cuando los segundos eran el resultado de una ofensa personal. El arca santa en boca de Eldredo era la confiscacion de sus bienes; la persecucion de la Iglesia no denotaba en sus labios otra cosa que la pérdida de sus intereses y de su tranquilidad.

Los anglo-sajones, en su desesperacion, recurrieron á todos los medios posibles para resistir la dominacion extranjera. Las antiguas enemistades entre bretones y sajones, entre estos y dinamarqueses, desaparecieron como por encanto, sin dejar de lo pasado rastro ni vestigio; jurando todos defender la patria subyugada. La Escocia servia de punto de refugio á los desgraciados proscriptos después del mal resultado de las empresas que acometian, y servia tambien de punto de reunion para volver á las andadas y probar mejor suerte. Las provincias del norte no habian quedado vencidas; así es que muchas ciudades mantenian hasta las apariencias de sajonas, conservando sus leyes, sus fueros y sus magistrados. El clero, y sobre todo el regular, oponia una resistencia vigorosa á los invasores, manteniendo viva la fe en la conciencia del sencillo pueblo. Las partidas de hombres leales armados corrian todas las provincias, interceptaban todos los convoyes de armas y de víveres, y mas de una vez derrotaron las huestes de Guillermo. Como hemos dicho antes, de todo salió vencedor el bastardo; pero tal cual lo hemos pintado, tal fué el estado de la Inglaterra durante los cinco años trascurridos después de la batalla de Hasting. La única ciudad de toda la Inglaterra en donde no habian estampado todavía su huella los invasores era la ciudad de Chester, y en el año de 1070, después de la invasion del Northumberland, determinó el Rey entrar en ella, dando de esta suerte remate á la conquista. La gente que llevaba, cansada de sufrir privaciones, de correr riesgos y de pasar trabajos, medio insubordinada, se resistia á ir adelante, ponderando mucho las dificultades de la nueva campaña. El conquistador se hizo sordo á las quejas de sus guerreros, prometiendo á los mas tímidos y á los mas audaces recompensas proporcionadas á sus méritos, y sin detenerse se entró por caminos hasta entonces no practicados, atravesando la cadena de montañas que se extiende de sur á norte por toda la Inglaterra, hasta pasear triunfante por las calles de la ciudad rebelde. Dueño ya de todo el país, pensó únicamente en gozar de su inmensa obra, descansando, aunque por breves instantes, en su ciudadela de Winchester, la mas fortificada de todo el país. Aunque señor soberano acatado de toda la nacion, rodeado de súbditos leales, de sumisos vasallos, todavía su dominacion no estaba consolidada. Los anglo-sajones no transigian con la invasion, y nuevas protestas y mas hábiles maquinaciones van á empezar en el segundo período de la conquista.

Esta se extendia ya por todo el país ocupado por los anglo-sajones; no habia quedado piedra sobre piedra ni condicion ninguna social de las que existian en tiempo de los reyes legítimos. Vagaban por los montes los soldados sin jefes, y estos sin que nadie los siguiera. Robos, asesinatos, violencias se sucedian sin intermision, unas veces ejecutados por los normandos por derecho de conquista, otras veces por los sajones por derecho de defensa. Muchos de estos últimos emigraban á la Suecia y á Dinamarca, olvidando sus antiguas querellas y recordando solo su mismo orígen teutónico. Gozaba entonces de grande nombradía en todo el occidente la guardia imperial de los emperadores griegos, compuesta de scandinavos, que habian llevado hasta Constantinopla sus costumbres y su traje guerrero. Allá fueron, por librarse de la esclavitud y por recibir una buena soldada, muchos de los vencidos, á los cuales los recibieron con fraternidad militar la cortesía y el amor de sus paisanos. Con el tiempo aquella formidable milicia, señalada, entre otras cosas, por su extremada lealtad hácia los soberanos á quienes custodiaba, se reclutaba entre la gente proscripta inglesa, ó como decian los griegos en su pintoresco lenguaje, entre los bárbaros de la isla de Bretaña. Pero los indígenas que no quisieron ó no pudieron emigrar, acudieron en tropel á los bosques y montañas mas escarpadas, y desde allí hacian una guerra feroz á sus enemigos los invasores. Los historiadores normandos llaman á estos denodados defensores de la independencia de su pátria, ladrones, asesinos y bandidos; y las antiguas baladas del país encomian sus hazañas y aplauden sus proezas con los mas lisonjeros dictados, hasta llamarlos reyes de los bosques y de las selvas, que no temen, sino que desafian continuamente al rey de la tierra. Para los unos la situacion del país era legítima, la potestad del Rey admisible y justa, porque era poder; para los otros no habia legitimidad en la fuerza, sino en el derecho; usaban de él defendiéndose á mano armada de quien, tambien á mano armada, habia invadido sus tierras, saqueado sus propiedades y robado su dicha. En las provincias del norte se reunieron grupos muy considerables de estos hombres, dispuestos á todo, teniendo muy en poco la vida, pero resueltos á defenderla hasta el último trance, vendiéndola á muy subido precio; pero aquí acontecia lo que acontece en todas las guerras civiles; que no habia en aquellas desgraciadas comarcas ni un momento de paz ni un instante de tranquilidad. Pagaban, como suele decirse, justos por pecadores; porque el normando se vengaba en los pacíficos, de los desmanes de los revoltosos, y á veces estos, so pretexto de que no miraban con ojos airados á los enemigos de su patria, insultaban y maltrataban á sus paisanos en las frecuentes visitas que les hacian; de manera que en aquellas desgraciadas comarcas, donde con mas furor ardia el fuego de la guerra civil, eran crímenes las acciones mas indiferentes, y á veces hasta las mas virtuosas. Los habitantes estaban encerrados en sus casas de continuo, de miedo de caer en manos de los unos ó de los otros. Las habitaciones de los ingleses, que habian jurado la paz, y dado, en prueba de su juramento, rehenes al invasor, estaban llenas de armas

para defenderse de los acometimientos de los que se llamaban amigos y de los que eran enemigos. En el momento de recogerse la familia, el que hacia cabeza de ella, después de las oraciones de costumbre, pronunciaba en alta voz la que decian las gentes de mar cuando veian cercana la tempestad: «El Señor nos bendiga y nos ayude;» y todos contestaban en coro: «Amen.»

Lanzados de sus ciudades y de sus tierras los sajones, y huyendo de aquella fiera persecucion, se retiraron, como todos los pueblos oprimidos, á los puntos mas distantes y mas inaccesibles; los mas espesos bosques no les habian servido de abrigo mas que por pocos dias; los riscos mas empinados del país de Gales, habitacion ordinaria de los bretones, habian sido tambien ocupados por los normandos. Guillermo, á medida que habia conquistado el país, habíalo fortificado, de suerte que en toda la extension de la Inglaterra se encontraba una línea continua de presidios ó fortalezas que tenian al país como encadenado, y por lo mismo sujeto, á punto de no poder en ninguna parte formar la contra-revolucion, base segura de operaciones. Por lo mismo, los desgraciados proscriptos tuvieron la ocurrencia de retirarse á un punto que, por la distancia y lo mal sano, les ofrecia por el pronto un seguro asilo. En la parte mas al norte de la provincia de Cambridge habia entonces una llanura tan baja, que las aguas que no iban á parar al Támesis ó al Trent se extendian por ella, formando una inmensa laguna. Una parte de este terreno húmedo y fangoso se llamaba, y se llama hoy, la isla de Ely; y aquí fué donde los desgraciados indígenas pensaron establecerse, creyendo que la caballería normanda era perdida en el momento en que pensara perseguirlos, y que los soldados, armados de todas armas, se verian expuestos á sus tiros y sin poder defenderse, hundiéndose con su propio peso en aquel suelo movedizo. Ya era aquel sitio conocido de los pobres sajones, porque mas de una vez, en sus continuas revueltas con los dinamarqueses, lo habian elegido como puerto de abrigo y como punto de grande ofensiva. Los naturales mas perseguidos, aquellos á quienes se habian confiscado todos sus bienes, y que estaban condenados á muerte ó á esclavitud perpetua por el vencedor, fueron los primeros que invadieron aquel terreno, haciendo en él las obras necesarias para vivir sin riesgo de perecer; muchos otros vinieron después, ya por tierra, ya por mar, y por este recibian tambien abundantes socorros en víveres, municiones y aun dinero. Parapetados de esta suerte, dieron á aquel campo improvisado el nombre de *campo de refugio*, y al pronto salióles bien la cuenta, porque los normandos no se determinaron á pelear entre los juncos y la espadaña, y de esta suerte les quedó á los sajones el tiempo suficiente para prepararse y avisar á toda la Inglaterra, y aun á la Escocia, del lugar que habian elegido para sus futuras hazañas. No habia dia que no llegase al campo de refugio un nuevo campeon, ya lego, ya eclesiástico, llevando consigo los restos de su antigua fortuna. Barones, condes, obispos y abades de ricos monasterios se decidian por la causa de la independencia, y estimulaban con su ejemplo á los mas tímidos y á los mas pruden-

tes. El clero, en lo general, era la clase que menos habia sufrido con la dominacion extranjera, ya fuese porque el conquistador temiese su poder, ó ya por un resto de afectada piedad hácia las cosas santas, que el mundo de aquellos tiempos respetaba hasta la supersticion. En vano los normandos saludaban á los sacerdotes independientes con los dictados de piratas y foragidos; en vano les decian una vez y otra que ultrajaban con su conducta la religion, y que deshonraban con sus máximas la doctrina de la Iglesia católica; no por eso se entibiaba en ellos el ardor por la defensa de la santa causa que habian emprendido, y en su entusiasmo patriótico las persecuciones y los castigos no eran mas que medios suaves para alcanzar un glorioso martirio. Reuníanse los conspiradores en los vastos salones de los monasterios, sitios en que se creian con seguridad, pues hasta entonces no habian penetrado en ellos los espías de los enemigos. Allí, con el plausible pretexto de entregarse á las prácticas piadosas de la devocion, solo trataban de adoptar el camino mas breve y mas fácil de echar del suelo patrio al extranjero. Los ricos sajones llevaban á ocultar en aquellos asilos todas sus riquezas, y hasta los abades despojaban á los santos de sus inútiles galas y ricas joyas, para guardarlas ocultas, no fuese que su vista tentase la avaricia del vencedor. Fieles mensajeros llevaban confidencias y socorros al campo de refugio, y volvian á los monasterios con noticias é instrucciones. Pero todo este sistema hábilmente organizado no duró mucho tiempo; el secreto que necesitaba no pudo quedar guardado, y el rey Guillermo llegó á descubrirlo y á poner remedio radical, tal cual se necesitaba, tal cual sabia poner, sin reparar en los medios, en los mas graves negocios.

En un mismo dia y á una misma hora mandó proceder á un registro general en todos los conventos de Inglaterra, y confiscó todos los tesoros que en ellos encontró, ya perteneciesen á particulares, ya fuesen de propiedad eclesiástica, hasta tal punto, que no respetó ni las reliquias de los santos ni los vasos sagrados. Tambien mandó arrancar de los archivos las cartas de derechos otorgadas á los pueblos, cuando, incierto todavía de su victoria, necesitaba hermanar la política con las armas para llegar al último extremo de la conquista; y por último, siguiendo la conducta que tanto le habia engrandecido, estrechó mas su amistad con el papa Alejandro, pidiéndole le enviase tres legados apostólicos con plenas facultades para arreglar de comun acuerdo las cuestiones eclesiásticas á que pudiese dar lugar la conducta de los abades y de los prelados. No se hizo el Papa mucho de rogar: apenas hubo recibido tan agradable mensaje, cuando mandó poner en camino para Inglaterra tres prohombres de la iglesia de Roma; los cuales, llegados á Winchester, fueron alojados y agasados por el Monarca de tal manera, que dice un historiador moderno que los oia y honraba cual si fuesen ángeles de Dios: *Audiens et honorans eos tanquam angelos Dei*. Los legados consagraron y bendijeron de nuevo al Rey con la ceremonia de ponerle la corona en la cabeza, ya por la autoridad que tenian como legados enviados por el Pontífice, ya para borrar

cualquiera mala impresion que hubiera podido producir la maldicion del arzobispo de York.

En Winchester se reunió una asamblea, compuesta de todos los extranjeros, clérigos y legos, que se habian enriquecido con los despojos del enemigo. A ella acudieron por llamamiento los obispos sajones, mandados comparecer por medio de circulares, en las cuales ciertas expresiones mostraban bien á las claras la suerte que les estaba reservada. En efecto, el Rey, de acuerdo con el Papa, habia resuelto destituir en masa á todo el alto clero sajon, y si esta medida era á todas luces injusta y tambien anticanónica, era altamente política; porque, estando de mala fe los arzobispos, obispos y abades, y gozando de grande influencia entre sus patricios, no habia hora segura ni esperanza de tranquilidad, ni mucho menos podia esperarse la consolidacion de la conquista; pero como rara vez una medida política ó conveniente se lleva á cabo sin que se le agregue hipócritamente una razon de justicia, los legados del Papa llevaban á Inglaterra esa mision, dando á la persecucion un color religioso. Ahora vino á fallarse de todo punto el litigio de Stingand, declarando nulas sus órdenes, y no porque rehusase consagrar al Rey, ni saliese á su encuentro al frente de una hueste armada, sino por las razones anteriormente expuestas, de haber celebrado la misa con el palio de su competidor y haber solicitado los favores de un antipapa. A todos los demás obispos ingleses, que no se hallaban en igual caso que el primado, les cupo la misma suerte: los legados les obligaban á jurar lo que querian en contra de sus derechos á las sedes que legítimamente ocupaban, y después de la solemne ceremonia de la degradacion, los encerraban para siempre en una fortaleza, donde acababan sus dias. Los obispos normandos cambiaron las residencias, y de pueblos pequeños y miserables en que estaban las sillas, las trasladaron á las ciudades mas ricas y opulentas de toda la Inglaterra. Los abades de la conquista manejaban las armas tan bien como el breviario, pero contra monjes indefensos; y mas de una vez ocurrió á un abad llamar en su defensa á su hueste solo porque habia encontrado oposicion en el capítulo, sobre algun asunto de disciplina. Los clérigos normandos escribieron y extendieron por toda la Europa las hazañas fabulosas de Guillermo, y lo presentaron á sus contemporáneos como el restaurador de la religion en aquel país, en que la impiedad hasta entonces se paseaba triunfante hasta el punto de rayar en idolatría; Guillermo en esto obró como todos los tiranos, que no solo matan á sus víctimas, sino que las insultan, calumnian y vilipendian después de su martirio. Sin embargo de todo, los clamores llegaron hasta la misma ciudad de Roma, y las fundadas quejas hasta las mismas gradas del trono pontifical de Alejandro II; pero en aquellos momentos el monje Hildebrand era aclamado, con el nombre de Gregorio VII, por papa, y los vencidos perdieron hasta el último rayo de esperanza que heria todavía sus débiles ojos.

Volvamos ahora la vista hácia la isla de Ely, hácia aquella tierra pantanosa adonde se hallaban refugiados los celosos defensores de la independencia inglesa.

La persecucion de los invasores contra el clero habia aumentado prodigiosamente su número. Los obispos que, lanzados de sus sillas, habian podido eludir la pena de prision perpetua que les imponian, se abrigaron en el campo de refugio. Muchos magnates despojados por el invasor abandonaban la Escocia, y hacian tambien causa comun con sus compañeros de infortunio. La isla de Ely presentaba el aspecto de un campamento, mas bien que la morada de unos pobres pescadores, que habian sido hasta entonces los únicos que la habian habitado. Un sajon que vivia en esta época en la Flándes supo por las historias verdaderas que le contaron los ingleses cuanto habia pasado en su patria, y cómo su casa y sus bienes patrimoniales habian sido la presa de un normando. Poseido entonces Hereward, que así se llamaba, de un santo pensamiento, se embarcó secretamente para Inglaterra, y habiendo llegado felizmente y sido reconocido por sus parientes y amigos, logró persuadirlos á que se armasen y peleasen por la santa causa de la independencia nacional. Su primera hazaña fué la de vencer y dar muerte al normando detentador de su patrimonio, y en seguida, cobrando brios con la fácil victoria, y haciendo la vida de partidario, acometió tales empresas y llevó á cabo tales hazañas, que su nombre voló de un extremo á otro de la nacion, excitando el entusiasmo entre los naturales y esparciendo el terror entre los conquistadores. Los lugares en que estaba enclavado su patrimonio, y donde él habia acometido las gloriosas acciones que le habian dado tan grande fama, estaban cercanos á la isla de Ely: no tardaron en entablarse negociaciones de una á otra parte, y de suplicarle los refugiados pasar á su campo, ofreciéndole el mando supremo y la direccion de las operaciones militares. Acogió la oferta con gusto y prontitud, y él y todos los suyos volaron á abrazar sus compañeros, que ganaban mucho con la adquisicion de un hombre que empezaba con tan grande celebridad su carrera militar. Pero antes de presentarse como jefe superior de aquellos valientes caballeros, quiso ser tambien un militar legítimo. Los pueblos setentrionales habian instituido una clase superior entre todos los que se dedicaban al ejercicio de las armas; esta institucion era una especie de hermandad, en la cual se entraba para guardarse mutuamente ciertos miramientos, que eran extensivos aun á enemigos extraños. Esta hermandad es mas conocida con el nombre de caballería, que así se llamó después de extendida por toda la Europa occidental. En las Galias existia de antiguo, y en la lengua romana de este país se llamaba *cavalier* ó *chevalier*, porque los guerreros de á caballo eran la fuerza principal de los ejércitos. Esto acontecia en el continente; y aunque no acontecia lo mismo en Inglaterra, la diferencia consistia únicamente en que los guerreros de infantería, con tal que llenasen ciertas condiciones, eran tan bien vistos como los de caballería en Francia, Normandía y Alemania; pero existia la misma institucion con ligerísimas variaciones. Un guerrero, antes de formar parte de aquella selecta hermandad, debia confesar sus pecados, velar toda la noche en la iglesia, colocar al dia siguiente su espada sobre el altar mayor, recibirla de ma-

nos del preste, y comulgar en seguida. Estas ceremonias variaban en algunos países, como por ejemplo en la Normandía y en España, en donde un caballero lego podia conceder la investidura de la caballería, dando con la espada al candidato un golpe en la espalda. Cuando el guerrero habia cumplido con estas condiciones era un guerrero legítimo, esto es, un caballero. Hereward recibió la caballería de manos del abad del monasterio de Peterborough, llamado Brand, uno de los mas decididos campeones del partido nacional, y gran prueba de serlo daba el hombre que se prestaba á consagrar caballero al que iba á empuñar las armas contra las huestes del invasor. Vuelto á la isla de Ely el nuevo caballero, no tuvo obstáculo ni impedimento para ser el jefe superior, pues á su indomable y fabuloso valor reunia ya la investidura sagrada, que le hacia igual á los mas encopetados. Ya por este tiempo el rey Guillermo, viendo que los refugiados iban ganando terreno y amenazando á los condados vecinos, tomó sus medidas muy acertadamente para penetrar en el campo y lanzarlos á la fuerza, destruyendo de esa suerte el último baluarte de la independencia. Inútiles fueron todos los esfuerzos de los refugiados : vendidos por los dinamarqueses, cuya flota les aseguraba la retirada, y entregados villanamente por los monjes de un convento que habia en la isla, penetraron las tropas de Guillermo en aquel glorioso recinto. Hereward admiró con sus proezas á los amigos y á los adversarios, á tal punto, que estos llegaron á creer que tenia pacto con el demonio; y á esta fuerza sobrenatural, que con tan poco fundamento le atribuian, le opusieron otra fuerza de igual naturaleza. Buscaron aquellos ignorantes y estúpidos guerreros una vieja hechicera, de gran fama en toda la comarca por sus conjuros y sortilegios; la encaramaron sobre una torre, desde donde dirigia todas las operaciones del sitio con unos cocimientos que hacia de varias yerbas; pero el héroe sajon, saliendo de improviso, se apoderó de la torre, la incendió, y en ella pereció la hechicera con muchos de aquellos crédulos guerreros. Pero nada bastó : las fuerzas, poderosas mas por el número que por el valor del conquistador, entraron en el campo de refugio, de donde salieron con vida muy pocos de los que lo defendian. Hereward fué de este número; y aunque después mantuvo por algun tiempo viva la esperanza en el corazon de los vencidos, tambien sucumbió, mas á la traicion y felonía de las tropas del Rey que á impulsos de su audacia y valor. Con la ocupacion del campo de refugio y el asesinato de Waltheof, último sajon que tenia crédito en la corte del conquistador y un empleo en su palacio, decayó de todo punto el ánimo de los naturales. Toda la autoridad política estaba ya en manos de los extranjeros, tambien toda la autoridad religiosa. De los antiguos prelados sajones no quedaba mas que uno, y este era Wulstan, obispo de Worcester. Habíanle hasta entonces disimulado su orígen en gracia á su incapacidad y falta de carácter. Aunque en un tiempo tuvo tambien sus arranques de patriotismo, no pasó mucho sin que se prosternase rendido á las plantas del vencedor. Habia asistido con fervor y casi con entusiasmo á algunos combates librados por Gui-

llermo contra los sajones; con sus pastorales y sus sermones habia intentado convertir á sus paisanos al culto de los enemigos de la patria; en suma, habia hecho grandes servicios á la causa de la Normandía; pero era inglés, y le debia llegar su dia. Convocado para una grande asamblea de obispos y magnates en la iglesia de Westminster, presidida por el Rey, que tenia á su derecha al Primado, se le intimó una sentencia de degradacion, declarándole inhábil para obtener la dignidad que ejercia, por no saber francés : *quia nescivit gallicum*. Acto continuo le previnieron que dejase el anillo y el báculo pastoral; pero aquel buen obispo, que en toda su vida se habia dado á conocer por acto ninguno de energía, poseido de una santa indignacion, se levantó, y marchando en derechura á la iglesia, se detuvo delante del sepulcro del rey Eduardo, y dirigiéndose al muerto, dijo en lengua inglesa : «Eduardo, tú me has dado este báculo, á tí te lo devuelvo;» y en seguida á los normandos : «Yo lo recibí de manos del que podia y valia mas que todos vosotros juntos; yo se lo devuelvo : ahora quitádselo si podeis.» Al decir esto dió un fuerte golpe con el báculo en la sepultura del Rey. Atónitos quedaron todos los circunstantes, y poseidos de tan supersticioso terror, que ni el Rey ni el Primado insistieron en su demanda, y dejaron al último obispo inglés disfrutar en paz de su alta dignidad.

La imaginacion popular comentó este hecho, y bien pronto, exagerándolo, lo convirtió en milagro. Contaban las gentes sencillas que el báculo del Obispo habia penetrado en la piedra del sepulcro, cual si fuera de cera blanda; añadian que ninguno de los circunstantes le habia podido arrancar de aquel sitio, y que solo lo habia conseguido el mismo Obispo después de repuesto en su silla episcopal. Wulfstan no sobrevivió mucho á aquel lance ruidoso; pero los ingleses le contaron en el número de los santos, como á Waltheof y á otros muchos mártires de la independencia. Tal era el último premio concedido á la virtud y al patriotismo con que varios hombres eminentes se distinguieron en aquellos tiempos calamitosos. Y no porque en los nuestros no se haya usado decae de su merecido prestigio, ni por eso debemos tributarle menos admiracion y respeto. Al adorar aquellos buenos patricios las reliquias de los que morian defendiendo á su patria como reliquias de santos, obedecian á la eterna ley, al gran pensamiento moral que revela la obligacion que todos tenemos, y que antes que nosotros tuvieron nuestros mayores, de defender la patria de todo yugo ignominioso, de toda dominacion extranjera. Su memoria quedaba grabada en los fastos de la historia, rodeada de la aureola sagrada, que era el símbolo de la eternidad en aquella remota época; quizás en la nuestra, que llamamos mas ilustrada, hacemos mucho menos que ellos; quizás la aureola política y la corona poética que colocamos sobre la sepultura de nuestros héroes valen mucho menos que la corona del santo mártir que ponian nuestros mayores en la losa del sepulcro de los que perdieron su vida defendiendo los sagrados derechos de su patria.

V.

Conquistada y dominada completamente la Inglaterra, solo quedaba que llevar á cabo la fusion de los dos pueblos que habian de vivir juntos al amparo de unas mismas leyes. Pero esto debia ser obra del tiempo, y no de los hombres. Los reyes sucesores de Guillermo, y aun el mismo Guillermo, contribuyeron bastante para adelantar este resultado con su conducta tiránica y con sus continuadas extravagancias: esto por una parte, y por otra el deseo de libertad, tan general y comun en todas las épocas de la historia y en todos los pueblos, hicieron que la union de los dos pueblos, con algunas excepciones, tuviese lugar mas pronto de lo que podia esperarse. La division entre los conquistadores empezó tan luego como se vieron sin enemigos con que combatir, nada menos que en el alcázar regio entre los mismos hijos de Guillermo: todos ellos estaban poseidos de la pasion de la ambicion, todos deseaban adquirir laureles, todos sobrepujar á su padre en la carrera fabulosa de hazañas y hechos heróicos que tan distinguido lo habian hecho durante el curso de su notable vida. Roberto, el mayor, queria poseer la Normandía antes de la muerte de Guillermo; este defendió sus derechos con teson hasta el punto de venir á las manos, aunque sin conocerle, con su hijo; los otros hermanos andaban tambien disgustados por los derechos de la sucesion; de manera que la familia toda era presa de la mas atroz division y guerra, que, reflejando en el no bien pacificado país, daba aliento á los descontentos y estimulaba las pasiones de los revoltosos. Normandos y sajones lo eran ya á la vez; porque deseando el Rey serlo de toda la Inglaterra, las contribuciones pesaban de la misma manera sobre los unos que sobre los otros, y aun mas sobre los primeros, por las grandes riquezas que habian allegado después de la cruel confiscacion que sufrieron los segundos.

El Rey, en guerra con algunos estados de Francia, exigia de los barones normandos establecidos en Inglaterra que lo acompañasen á aquellas lejanas expediciones, que para ellos eran muy costosas, no estaban exentas de riesgos, y no tenian el aliciente que á la gente pobre y desvalida hace emprender obras mas arduas. La aristocracia inglesa empezaba ya á querer hombrear con el Rey, y el carácter de Guillermo, que no habia conocido nunca superior, no era el mas á propósito para ceder un punto de sus derechos ni de su supremacía. En su tiempo pues se fraguó una conspiracion, que hubiera terminado con la pérdida del trono, y quizás con la de su vida, si su actividad y su buena fortuna no le hubieran valido para salir victorioso de aquel apretado lance. De todos modos, lo que para él era fácil, justo y lógico, para sus sucesores debia ser difícil é irracional: los primeros síntomas de disgusto en las altas clases del Estado, manifestados por

el pueblo vencedor casi en presencia de la conquista, fueron tomando tanta extension en lo sucesivo, que terminaron no muchos años después con la completa destruccion de la monarquía. Ocupado estaba en Francia en vengar un insulto de su rey, que le gustaba ser epigramático á costa de la sangre de sus pueblos, cuando recibió un violento golpe en el pecho con el arzon delantero de la silla, que le causó la muerte á poco tiempo. Dejó la Inglaterra á Guillermo, su hijo favorito; la Normandía y otras provincias de Francia á Roberto, su hijo mayor, y quedó poco menos que de todo punto olvidado Enrique, el mejor de todos por la dulzura de su carácter y otras condiciones no menos lisonjeras. Guillermo ha pasado á la posteridad como un gran político y como un gran guerrero. No solo, como hemos visto, supo conquistar la Inglaterra, ocupada á la sazon por la valiente raza sajona, sino, lo que mas difícil es, supo consolidar su conquista. Su deseo de gloria era inmoderado, su ansia de adquirir rayaba en locura, la idea de la justicia habia desaparecido de su alma, así como la de la conveniencia estaba siempre presente á su espíritu. Valiente y audaz, no le abandonó nunca la prudencia, ni le faltó la serenidad en los momentos mas peligrosos. No tenia reparo en ofrecer en ocasiones lo que sabia que no podia ni debia cumplir. Derecho siempre al fin, poco reparaba en los medios; disimulaba sus intenciones; no tenia amigos; fué cruel sin necesidad, y vanidoso, aunque con motivo. Su estatura era gigantesca, sus fuerzas hercúleas; el arco que le servia no podian blandearlo sus cortesanos ni el guerrero de mas fuerza de la hueste; hablaba muy poco, y apenas era amable sino con el arzobispo primado Lanfranc, la persona de mas cuenta en toda la Inglaterra. Su nombre es odioso á una gran parte de la nacion inglesa, y envuelve la idea del terror y del espanto; pero lo que no tiene duda es que sus talentos y su política afirmaron la corona en las sienes de sus hijos, y el trono de Inglaterra está ocupado hoy por sus descendientes.

La guerra civil se encendió con mas furor en Inglaterra después de la muerte de Guillermo. No llevaban en paciencia los anglo-normandos que fuese rey de tan vasto país un hombre elegido por su padre sin el consentimiento de los ricos propietarios, compañeros del bastardo en la conquista. No les gustaba tampoco la division del imperio en dos partes, pues creian que se disminuia su fuerza y se menguaba su autoridad, y era hasta cierto punto desnaturalizarlos tambien el considerarlos como extranjeros en la Normandía, país que los habia visto nacer, y de donde habian salido como aventureros para conquistar un reino. Algunos obispos y mucha parte del clero, tan poderoso en aquellos tiempos, alzaron la bandera del duque Roberto, y asaltaron ciudades y tomaron fortalezas, y levantaron gente armada, ni escasa en número ni floja en esto del valor. Pero la actividad de Guillermo y la apatía de su hermano hicieron inútiles todos sus esfuerzos, y aquel vió asegurada sobre su cabeza la corona de Inglaterra.

El clero regular fué el que mas señales de vida dió después de la conquista, y el que con mas teson defendió su independencia. En el año de 1089 los monjes

de San Agustin se alzaron contra Guillermo, llamado el Rojo por el color de su cabello; á ellos se unieron los habitantes de Cantorbery y otros pueblos inmediatos, y no dejaron las armas hasta que las tropas del Rey ocuparon militarmente toda la comarca. En muchas iglesias de Inglaterra acaeció lo mismo por entonces, y por lo regular en toda villa ó ciudad en donde habia muchos habitantes sajones, aunque pobres, libres de los hierros que oprimian á sus compañeros. La persecucion, por consiguiente, tomó vuelo otra vez, y el nuevo rey no dejó atrás ciertamente las proezas de su padre en esto de atormentar á los naturales y de despojarlos de sus propiedades. Jefes muy acreditados recorrian todas las provincias, y administraban justicia breve y sumariamente, tanto en la parte civil como en la criminal. Unas veces eran eclesiásticos, otras veces eran seglares; pero se diferenciaban solo en el vestido, pues á todos dominaba el mismo carácter feroz y la misma sed de sangre y de riquezas. Juan de la Villette, obispo de Wells, y antes de recibir las sagradas órdenes médico en Tours, mandó destruir las casas de los individuos de su capítulo para fabricar un palacio con aquellos materiales. Renouf Hambard, obispo de Lincoln, antiguo criado de los duques de Normandía, atormentaba á sus diocesanos con tantos desmanes, que, segun dice un autor contemporáneo, deseaban mas bien perder la vida que vivir bajo el poder de aquel tirano. Los obispos normandos, al ir á la iglesia, y aun al altar, á celebrar el santo sacrificio de la misa, imitaban á los condes feudales cuando pasaban la revista de su mesnada, iban entre dos filas de lanzas y pasaban el tiempo jugando, bebiendo y entregados á los ejercicios de la caballería. Uno de ellos en un momento de buen humor reunió á todos los monjes sajones en una gran sala del convento, les dió una gran comida, compuesta principalmente de los manjares vedados por la órden; se la hizo servir por mujeres muy hermosas, con el cabello suelto y medio desnudas. Si los monjes querian retirarse, ó simplemente separar su vista de aquel espectáculo profano, los hacia maltratar y les llamaba hipócritas y falsos devotos. *Cibos vetitos publicè apposuit, mulieres vultu et veste procaces sparsis post tergum crinibus, ministrare constituit.*

De esta suerte, la edad por una parte, y la persecucion por otra, fueron acabando con los restos de los defensores de la independencia, y volviendo la paz á aquel desdichado país; pero aquella paz era la de los sepulcros. No se vió turbada en algun tiempo ni aun por las querellas intestinas de los normandos; otros cuidados, otras empresas, otras expediciones á lejanas tierras, distrayendo la atencion de la Europa occidental, le concedieron algunos años de reposo: fué aquella una tregua de Dios para que pudiesen respirar con desahogo los vencedores y los vencidos después de tantos años de continua contienda. Roberto, duque de Normandía, empeñó su ducado por cinco años á su hermano Guillermo, para tomar la cruz y partir á la Tierra Santa á libertar de mano de los infieles el santo sepulcro de Cristo. Distinguióse grandemente por su valor en el cerco de Antioquía; sufrió con resignacion los trabajos que pasaron aquellas

huestes atrevidas, que, obedeciendo á un impulso sobrehumano, emprendieron tan gran conquista, haciendo brillar las armas de los cristianos en los apartados países del Oriente. Su hermano, mas cauto, ó mejor dicho, mas calculador, no pensó en otra cosa que en aumentar su patrimonio, y lo consiguió; porque al reino de Inglaterra supo ahora unirle el ducado de Normandía, que permaneció empeñado durante la ausencia del propietario. Otros muchos guerreros sajones tomaron el camino de la Tierra Santa, ó para olvidar sus agravios, ó para conquistar un suelo donde vivir, ó para morir con gloria. Grande y magnífico fué el espectáculo que presenciaron aquellos siglos, en los cuales toda una generacion se vió agitada de un mismo impulso y conducida por un mismo deseo. Todos los hombres en edad de soportar el peso de las armas se alistaban en las banderas de la Cruz para hacer triunfar la idea civilizadora del cristianismo, atacando en su mismo orígen la bandera del Profeta, precursora de la destruccion y de la barbarie; aquellos ejércitos cerraron la puerta á las frecuentes invasiones mahometanas, ó al menos contuvieron su fuerza y debilitaron su ímpetu; y poniendo en contacto todas las naciones de la Europa occidental con los pueblos del Oriente, abrieron nuevas vias para el comercio, ensancharon el campo de los conocimientos humanos, y echaron los cimientos de la civilizacion moderna.

A la vuelta de Roberto de la Tierra Santa, que no se verificó sino después de asaltada y tomada la Ciudad Santa, la Inglaterra, esto es, el partido dominante de los conquistadores, habia elegido por su señor y rey á su hermano Enrique; el cual, bastante sagaz para conocer que los tiempos de contiendas sobre sucesion son los mas á propósito para hacer concesiones políticas, habia otorgado cartas de libertades á los barones, á las iglesias y monasterios les habia devuelto sus bienes confiscados, y aun parecia contemporizar tambien con el pueblo sajon, humillado, envilecido y casi postrado á fuerza de tanta injusticia y tanta persecucion como habia sufrido. Valióle esta apariencia de justicia el asegurar su triunfo sobre el mejor derecho de su hermano; pero las guerras entre uno y otro fueron largas y sangrientas, y escenas tan escandalosas entre los hombres de un mismo bando dieron mucho contento á los pobres sajones, á quienes no les habia quedado otra cosa mas que el consuelo de llorar sus desgracias, y el derecho de reirse de las desgracias de sus perseguidores. En el entretanto la constitucion feudal, planteada en la Inglaterra nuevamente después de la conquista, habia alcanzado ya su completo desarrollo: los barones anglo-normandos, como ricos señores y vastos propietarios, tenian un poder que, consolidado ya después de medio siglo de ocupacion, rivalizaba hasta con el del mismo monarca. Este poder se aumentaba de dia en dia casi naturalmente por la adquisicion de nuevas riquezas, por la necesidad de servicios continuos, por la índole de la misma constitucion feudal. No sirvió poco para engrandecer la aristocracia la suma debilidad de algunos de los monarcas sucesores del conquistador. Y aunque no faltó quien, conociendo el mal, quiso atajarlo, nada consiguió; antes bien se vió obligado á tran-

sigir, dando de esta suerte razon á sus adversarios, y aumentando el poderío de los magnates, que comenzaban á reinar mas que el Rey. El pueblo estaba de parte del Príncipe, y este se le mostraba agradecido con continuos favores; pero ni entonces, ni después, ni ahora, el poder del pueblo fué permanente ni capaz de grandes cosas; las aristocracias poderosas han fundado grandes y duraderos imperios, y cuando, después de largos años de continua lucha, han vencido las democracias, lo han destruido todo, mostrando al propio tiempo la estéril impotencia de sustituir algo nuevo en contraposicion de lo antiguo.

De aquí en adelante vemos borrarse por momentos las huellas de la conquista; pero no tanto que de vez en cuando no puedan explicarse ciertos acaecimientos mal comprendidos por los historiadores, por la division de las razas y el mutuo odio que recíprocamente se profesaban. La cronología de la historia nos lleva naturalmente á referir un hecho de los que mas ruido causaron en el mundo en aquella época, mal apreciado por muchos y distinguidos escritores, pero que en realidad no fué mas que el resultado de las encontradas pasiones entre vencidos y vencedores.

Habia en Lóndres en los tiempos de Enrique I, entre la multitud de sajones á quienes la conquista habia reducido al último extremo, uno llamado Guilbert Becket: este hombre, alistado en las banderas de un rico señoron normando, marchó á la Tierra Santa en busca de fortuna; no la halló por desgracia, y sí los hierros de la mas dura esclavitud. Sin embargo, de lo que él creia ser su desgracia vínole la suerte; porque, perdidamente enamorada de él la hija de su amo, le prestó medios suficientes para conseguir su libertad y volver casi milagrosamente otra vez á su patria. Pero no pudiendo ella vivir sin la vista del objeto idolatrado, abandonó la casa paterna, y en el siglo XII, en medio de la cruda guerra que mantenia el Oriente con el Occidente, sin mas ayuda que dos nombres, Lóndres y Guilbert, halló esta mujer ocasion de llegar á la metrópoli de Inglaterra y á los brazos de su amante. Consultóse el caso con varios teólogos y no menor número de obispos; porque, aunque el mancebo sajon era enamorado, no era menos timorato y devoto; pero todos aquellos sabios consejeros fueron de parecer que debia bautizarse la mora, y que entonces Guilbert estaba en la imprescindible obligacion de darle la mano de esposa. Así se hizo, y de este casamiento tan singular nació Tomás Becket, el hombre mas distinguido de su siglo, y el que mas turbó los dias serenos del rey Enrique II, biznieto del conquistador Guillermo. Educóse en Francia el hijo del siervo sajon y de la esclava musulmana; aprendió el idioma, los usos y las costumbres del pueblo que dominaba su raza, hasta tal punto, que cuando volvió de sus viajes no se advertia en su porte ni en sus modales ni en su lenguaje el mas pequeño vestigio de los usos y maneras sajonas; de manera que por todos los ricos normandos fué considerado como hábil para entrar en el gremio de la gente privilegiada, á pesar de su orígen, y capaz por sus talentos de llegar á las mas altas dig-

nidades del Estado y de la Iglesia. El arzobispo de Cantorbery, Thibaut, la primera persona del reino después del Rey, quiso ver y tratar al jóven inglés, y quedó prendado de su decir, de su talento y de las muestras que daba de sus grandes conocimientos. Ya Tomás no necesitó mas; el amor del prelado fué el principio de su fortuna: nombrado arcediano de aquella metropolitana y primada iglesia, desempeñó con singular acierto y á completa satisfaccion de todos sus patronos, delicadísimas negociaciones que le fueron confiadas para la corte de Roma. En las turbulencias acaecidas en los tiempos del rey Estéban, al cual la mayor parte de los obispos de Inglaterra no llamaron nunca sino el usurpador y el intruso, tomó tan bien sus medidas y adoptó con tanto celo la causa del hijo de Matilde, que cuando este ocupó el trono, su favor llegó á tal punto, que en pocos años alcanzó el alto puesto de canciller de Inglaterra, esto es, guardador del sello de los tres leones, señal positiva del poder, y emblema legal de la nacionalidad fundada por la conquista. A estas señaladas muestras de favoritismo agregó el rey Enrique II otras de no menos valía, como fueron la de confiarle la educacion de su hijo y colmarle de riquezas sin cuento. Grande era la amistad que con el Rey llevaba el Canciller, á juzgar por las apariencias, y grande era la uniformidad de gustos en las diversiones y pasatiempos á que con mucha frecuencia el uno y el otro se entregaban. Tomás excedia á todos los señores normandos en lujo y ostentacion, humillaba á sus antiguos paisanos con el resplandor de su gloria, y mancillaba la historia de su antigua raza con aquella tan decidida vocacion que mostraba á favor de la raza conquistadora, enemiga jurada de la independencia de su patria. Su comitiva era nada menos que de setecientos caballeros armados de todas armas. Los arreos y aderezos de sus caballos estaban bordados de oro de realce, la vajilla que usaba era de oro cincelado, y su mesa tan espléndida, como que admitia diariamente á ella á lo mas selecto de la nobleza normanda. Condes y barones eran sus comensales, recibiendo grande honor de frecuentar su casa y gran satisfaccion con los ricos presentes que se llevaban, porque tan dadivoso y magnánimo señor no se habia visto ni entre los normandos ni entre los sajones de pura raza.

No revelaba su conducta política pensamiento ninguno de los que después llevó á cabo, ni dió motivo á que de él se recelase recordando su antiguo orígen. Como canciller de Inglaterra, todos sus esfuerzos se dirigieron siempre á consolidar y á aumentar el poder del Rey sobre todos sus súbditos, ya normandos, ya sajones; ya clérigos, ya legos; á tal punto, que en la grave cuestion suscitada entre el Rey y el alto clero, ó como entonces se decia, entre el sacerdocio y el imperio, con motivo de la guerra contra el conde de Tolosa, se manifestó tan ardiente defensor del Príncipe, que no solamente despreció las hablillas del vulgo y disimuló la malquerencia de los ricos prelados, sino que no hizo caso de las censuras eclesiásticas fulminadas contra él por su antiguo padrino el arzobispo primado. Las contradicciones en que incurria el clero de Inglaterra en

aquel tiempo, el espíritu de cálculo, la sed de dominacion y el ansia de allegar riquezas, unido todo á un egoismo llevado al último punto, merecen especial mencion. Nuestros lectores recordarán que el clero anglo-normando fué en su principio belicoso hasta el punto de imitar, y aun de querer sobrepujar, á los señores legos en las gloriosas hazañas con que llevaron á cabo la consolidacion de la conquista ; pero en el momento en que vieron que no habia ya sajones á quienes despojar de sus pingües patrimonios, abrazando de pronto la sublime doctrina del Evangelio, predicaron la paz, miraron con odio la guerra, y se escandalizaron de la conducta de los reyes, que pretendian hacer manchar con sangre las inmaculadas manos de los ministros del altar. Pero ni semejante conducta, ni las excomuniones consiguientes á los que de ella se separaban, detuvieron el pensamiento del Canciller ni le hicieron variar de propósito : él fué uno de los primeros que se presentaron armados de todas armas en el sitio de Tolosa, y de los primeros tambien que subieron á la brecha cuando aquella importante plaza fué tomada por asalto. Como un dia en cierto cónclave religioso oyese á los obispos proferir expresiones subversivas acerca de la dependencia del clero para con el Rey, el Canciller defendió á este hasta el punto de probar que la misma obligacion tenian de prestar obediencia á su señor los clérigos que los legos ; que el mismo juramento habian hecho los unos que los otros, y que á las mismas penas estaban sujetos si faltaban á la primera condicion de aquel estado social.

Guillermo el Conquistador habia dotado á la iglesia de Inglaterra de una gran suma de privilegios tan grande y tan extensa como no se habia visto antes en aquella tierra, ni aun en los primeros tiempos de su conversion al cristianismo. En verdad que esto lo hizo en provecho propio, pues los tiempos para él fueron difíciles, debiendo contar naturalmente con una gran fuerza moral para vencer tantos obstáculos, imposibles de superar con la escasa fuerza material de que podia disponer ; pero si á él fué en extremo ventajoso semejante sistema, fué muy perjudicial para sus sucesores; los cuales, combatidos á la vez por la nobleza y el clero, apenas les quedaba sobre quien mandar, llevando mas por ludibrio que por honra la corona real sobre sus cabezas. Un antiguo privilegio hacia á los clérigos justiciables de sus propios tribunales de los delitos comunes que cometian : esto queria decir tanto como que debian quedar impunes; y á ley tan tiránica y tan injusta empezaba á oponerse el mismo Rey, y juntamente con él los barones y ricos hombres, que veian defraudados las mas veces sus derechos señoriales. Halagaba aquella costumbre y privilegio al pueblo, que como parte mas débil, se acogia á la Iglesia, que lo amparaba y protegia aun en contra de sus señores naturales. Como todas las medidas arbitrarias é injustas, esta de que vamos hablando podia considerarse como arma de dos filos: al principio de la conquista sirvió maravillosamente á los deseos y propósitos de la raza conquistadora ; porque, siendo el clero sajon y revoltoso en su principio, el tribunal del Obispo, que era normando, castigaba con mano fuerte los desmanes de sus subor-

dinados, sujetándolos á la mas sumisa obediencia; pero ahora, que todo vestigio de revuelta se habia borrado hasta de la memoria de los que vivian, aquel privilegio servia para amparar al pueblo sajon, que no teniendo adónde acudir, acudia á la Iglesia, como madre de todos los desamparados. En su seno recibia toda clase de consuelos, y tambien las sagradas órdenes; y cuando el individuo se veia investido con tan sagrado carácter, no le alcanzaban ni los rigores de la esclavitud ni la dependencia de la Gleba. De esta suerte multitud de clérigos vagaban por toda la Inglaterra, sin congrua sustentacion que los alejase de la miseria, sin iglesia ni capilla particular á la cual estuviesen adscriptos. Ociosos y vagamundos, apremiados tambien por el hambre, se entregaban á todos los vicios y tambien á todos los crímenes; y como no eran justiciables sino de sus propios tribunales, la mayor parte quedaban impunes, con grave detrimento del órden social, y con notable escándalo de los hombres timoratos. En los primeros años del reinado de Enrique II se contaron mas de cien homicidios perpetrados por los clérigos, y un gran número de otros delitos no menos atroces. Las cosas, por último, habian llegado á un extremo; y el Rey y la corte deseaban poner coto y término á tanto escándalo. Para ello era preciso que el Primado estuviese de parte del Rey y de parte de la reforma, y esto no podia conseguirse durante la vida del arzobispo Thibaut, el cual en mas de una ocasion se habia puesto al lado del clero para defender sus privilegios con todo el poder que le daba su primacía y con todo el fanatismo propio de aquella época. Pero en mejor ocasion no pudo retirarse de este mundo para el otro el santo prelado, y el Rey creyó llegada ya la ocasion de conseguir su objeto, haciendo nombrar á su gusto y voluntad un sucesor á la silla de Cantorbery que secundase maravillosamente todos sus proyectos. Como es fácil de adivinar, puso los ojos para tan alto puesto en el Canciller. Habia vivido entre la gente de corte; sus hábitos y sus inclinaciones eran mas civiles que eclesiásticos; no conocia ni habia respetado nunca mas derechos que los del Rey: este, por otra parte, era su protector, su amigo íntimo; ¿en quién pues tener mas confianza? ¿Quién era mas digno de ella? No era popular, sin embargo, esta eleccion en Inglaterra. El clero miraba con horror á un hombre que habia afectado siempre tener en menos á la clase á que pertenecia, y los señorones de la corte no le perdonaban su orígen inglés, y extrañaban cómo el Rey queria dar una tan grande investidura al que no podia menos de ser un enemigo del pueblo conquistador. Al parecer, el interesado no queria tampoco ni aspiraba á tan grande honor; porque habiéndole insinuadó el Rey un dia que con él estaba á solas la dignidad que le esperaba, le contestó sonriéndose y levantando por un lado su riquísimo vestido: «Ciertamente que con estos arreos no podré menos de edificar al mundo en mi nuevo puesto de arzobispo: no penseis en ello, Señor; porque al fin vos tambien teneis ciertas miras sobre la Iglesia, que yo no podria ayudar, y en tal caso dejariamos de ser amigos.» El Rey recibió tal contestacion como una afirmacion de parte de su canciller, y en el acto despachó sus correos

y sus órdenes á todas partes, previniendo á los obispos que nombrasen inmediatamente arzobispo de Cantorbery á Tomas Becket, y que no demorasen por mas tiempo la eleccion, que llevaba de retraso ya trece meses. Los obispos obedecieron, y el primer dia de la pascua de Espíritu Santo del año de 1162 fué consagrado arzobispo de Cantorbery, en presencia de catorce de sus sufragáneos, el quinto primado de Inglaterra, y el primer inglés de raza después de la conquista. Apenas consagrado Tomás Becket, despojóse de sus ricas vestiduras, encapillóse el hábito de monje, desamuebló su casa, despidió á sus convidados y cortesanos, renegó de sus antiguas amistades, y estrechó nuevas con los desvalidos y con los sajones. Este repentino cambio causó en los unos gran sorpresa mezclada de indignacion, y en los otros un verdadero entusiasmo. El Rey y los barones normandos se prepararon desde luego para hacer frente á lo que ellos consideraban ser una solemne traicion; los obispos normandos permanecieron espectadores frios y mudos de aquel nuevo espectáculo; pero los frailes, el clero bajo y el pueblo sajon adoraron al Arzobispo como á un ídolo, ó como á un enviado de Dios que venia á aquella tierra á purificarla de tanta maldad cometida desde los tiempos del primer Guillermo.

El Arzobispo remitió al Rey el sello de la cancillería, diciéndole que las altas funciones que debia desempeñar le obligaban á dejar el empleo de canciller, harto mundano para ser compatible con los deberes que le imponia la primacía. Esta dimision fué recibida por el Rey como lo que naturalmente era, como una declaracion de guerra, pues no habia motivo para dudar, antes al contrario, muchos para creer, que Tomás Becket queria quedar en completa libertad para amoldar su conducta en los asuntos religiosos á lo que exigiesen los derechos de su iglesia y su propia conciencia. Enrique concibió hácia su antiguo favorito tal desprecio y tal odio, que á su vuelta á Inglaterra no quiso ni mirarlo cuando se le presentó con los ojos bajos y vestido del sayal del monje: ¡raro contraste con las magníficas vestiduras que usaba pocos dias antes, y los zapatos retorcidos y puntiagudos, que á manera de cuernos de carneros usaba: forma y hechura que fueron causa de tantos escándalos en aquel tiempo, y aun de excomuniones de parte de los pontífices!

Desde entonces empezó una guerra á muerte entre el Rey y el antiguo privado: auxiliado el primero con todo su inmenso poder y con el del Papa, que no lo habia mayor en aquellos tiempos; solo el segundo con su carácter y con los restos mutilados del pueblo conquistado. Quitóle el Rey el arcedianato de Cantorbery, y estimuló la impaciencia y los malos propósitos de un monje que se llamaba Clerambault, á quien hizo abad, para que negándose á prestarle obediencia, reivindicase los derechos y franquicias de su convento, poseidos con justo título antes de la conquista. Defendió el Arzobispo, aunque sajon, las leyes de los normandos; presentando este asunto la notable contradiccion de ver al lado de las antiguas leyes sajonas á los conquistadores, y á los vencidos defendiendo los

fueros de los vencedores. Ninguna de las dos partes tenia fe en su causa; pero la querella era personal, y todas las armas parecian buenas para herir ó matar al adversario. Cuestiones entre abades y arzobispos se decidian en última instancia por el Papa, y á él acudió en queja el Abad contra el Arzobispo, pretendiendo ante aquel tribunal sin apelacion, la declaracion terminante de independencia de toda jurisdiccion ordinaria segun las leyes y fueros concedidos por los reyes de raza sajona. Acaecia entonces, para mayor complicacion de los negocios eclesiásticos, que no habia solo un papa en el orbe cristiano, sino que habia dos. Los cardenales y los nobles romanos no habian podido concertarse para elegir uno solo; y divididos los votos, y en abierta oposicion las dos parcialidades, cada una habia proclamado al suyo con escándalo universal. El Emperador reconocia como legítimo á Víctor, y los reyes de Francia é Inglaterra á Alejandro, tercero de este nombre, refugiado á la sazon en territorio francés. A este papa acudió el abad de San Agustin, quejándose del Arzobispo, y Alejandro no tuvo inconveniente en darle la razon, destruyendo con su decision las del mismo Gregorio VII, declaradas á favor de la conquista normanda.

No llevó el Arzobispo con paciencia evangélica esta derrota; antes al contrario, tomando por razon la decision del Pontífice, pretendió conquistar de nuevo todos los derechos, todos los privilegios, todas las franquicias que habian pertenecido á la silla que ocupaba, antes de la dominacion normanda. Esto era poco menos que causar una revolucion social: la mayor parte de las inmensas riquezas que habia poseido el Arzobispo Primado antes de la conquista habian pasado á otras manos, y en aquel momento se hallaban detentadas por los descendientes de los conquistadores, que componian la mesnada del Rey, eran sus hombres de armas, y así como tenian el deber de acudir á su llamamiento, tambien tenia el Rey la obligacion de ampararlos y defenderlos á todo trance. Grande fué el escándalo que causó en toda la nobleza la pretension del Arzobispo, y mayor todavía la alegría que produjo en el pueblo sajon, que al cabo de tantos años sentia en su corazon abierta la herida que le causó la conquista: miraban al Arzobispo como á un santo redentor, y recordaban con tal motivo los ineficaces aunque valerosos sacrificios con que tantos mártires habian sellado con su sangre la causa de la independencia sajona. Opúsose el Rey y toda la nobleza á las aspiraciones del Arzobispo; contestó este audazmente con la razon que le asistia; empleó la corte la violencia; acudió el Arzobispo al gran medio, usado entonces con tanta frecuencia, de la excomunion; los normandos, atemorizados, fingieron retirarse de la contienda; el Rey se mostró mas humano; una concordia terminó las diferencias, y el Arzobispo recogió las censuras. Este primer acontecimiento no fué sino el prólogo de la larga querella que duró desde el año de 1162 hasta 1170. Y es ciertamente singular el espectáculo de un arzobispo hasta entonces querido y mimado por el Rey, en guerra abierta con su monarca, sin que aparezca razon ostensible de tan súbita mudanza. No se disputaban asuntos ni intereses re-

ligiosos, primero porque hubo mil ocasiones de terminarlos amigablemente, conformándose el Primado con el gran poder que la conquista le habia dado, y cediendo el Rey alguna cosa de sus muchas pretensiones; segundo, porque en toda la larga cuestion, tanto el Papa como los cardenales estuvieron siempre de parte del Rey: cosa muy notable para contestar á los que hasta ahora han creido que Enrique II defendia en contra del Papa sus derechos temporales, atacados por la Santa Sede y por la persona de Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. La contienda era personal, y así tenia toda la crudeza que naturalmente tienen las de su especie; pero ¿habia algun motivo para tan grave disidencia entre dos amigos? Uno habia, y este era muy poderoso: la diferencia de raza, lo opuesto del orígen. Tomás Becket mientras fué vasallo del rey de Inglaterra agradeció las demostraciones de amistad que el Monarca le dispensó; pero una vez elegido arzobispo de Cantorbery y revestido de toda la superioridad religiosa que tan alta prelacía imponia á los que la llevaban, no quiso reconocer superior, y el orgullo de su raza, estimulado por los ejemplos y las palabras de los que lo rodeaban, lo llevó á la rebelion, y muy luego al martirio.

El Arzobispo defendia con calor los derechos de su iglesia, y tambien los privilegios que la conquista habia concedido á todo el clero anglo-normando; defendiendo los primeros, reivindicaba grandes propiedades que, confiscadas desde los tiempos de Stigand, estaban en poder de los barones feudatarios del Rey; y sosteniendo los segundos, conservaba para los clérigos la jurisdiccion concedida por Guillermo, de no ser justiciables, ni aun por los delitos comunes, sino de sus propios tribunales. Para atajar los males que debian seguirse á la Inglaterra y á su rey de aquel cisma que, cual furiosa tempestad, se levantaba entre la potestad temporal y la potestad espiritual, recurrieron las personas interesadas á varios medios conciliatorios. Uno de ellos fué el de reunir una grande asamblea de obispos y magnates, presidida por el Rey, y á la cual asistiera el Primado, no como reo ni como querellante, sino como juez entre todos para terminar pacíficamente las diferencias. Tuvo lugar esta junta magna; se fijaron en ella ciertas bases, no muy sólidas en verdad, para la concordia. Hablábase en ellas de las antiguas leyes de Inglaterra, á las cuales todos debian respeto y acatamiento; pero cada uno las entendia á su manera, y nada de fijo podia acordarse cuando la interpretacion de lo resuelto debia depender de la voluntad individual. Ni aun así queria el Arzobispo dar su voto y confundirse con los ilustres miembros de aquella asamblea; pero el ruido que á tiempo hicieron los hombres armados que por disposicion del Rey guardaban la salida, infundiendo miedo al Prelado, le hizo pasar por todo y retirarse en paz, aunque vencido. El Arzobispo salió del palacio del Rey para el suyo á caballo, seguido de multitud de clérigos, la mayor parte sajones, entre los cuales habia quien con todos rivalizaba en manifestar á las claras el odio que su corazon abrigaba hácia los invasores. Murmuraban los de la comitiva, y de los murmullos pasaron á las voces; la conducta del Primado

era la causa de aquel escándalo. Señalábase entre todos un jóven sajon de orígen, de imaginacion exaltada, y ardiente defensor de la independencia; llevaba la cruz del Arzobispo, y á pesar de esto y del respeto que debia infundirle su señor, le apostrofó en términos que Tomás Becket, con grande humildad, confesó su pecado y prometió solemnemente la enmienda. No pasaron muchos dias sin que el Prelado diese muestras de su teson, y hé aquí el motivo: un clérigo cometió un delito; la justicia del Rey pretendia juzgarlo segun las leyes de la nacion, invocadas solemnemente en la última asamblea; pero el Arzobispo lo arrancó de la jurisdiccion real, y lo juzgó en su tribunal, imponiendo al reo un rigoroso castigo, con lo cual la justicia quedó desagraviada, pero el Rey completamente burlado.

Enrique II, que, poseido de una saña cruel contra su antiguo amigo, no queria nada menos que aniquilarlo de todo punto, queria, sin embargo, cubrir bien las apariencias, porque el poder de un arzobispo era grande en aquellos tiempos, y las armas del poder espiritual bien templadas y de buena ley. Para convencer á la Inglaterra y á la Europa que la razon estaba de su parte, convocó otra asamblea, en la cual se presentó el Primado con sus vestiduras pontificales, resuelto á todo menos á ceder ni en un ápice de los derechos de su iglesia. Turbóse el Rey y la corte toda á la vista de aquel aparato, al cual en aquellos tiempos se le daba grande importancia; túvose aquel acto por una hostilidad abierta contra el Soberano. Vomitaron los cortesanos tremendas injurias contra el Arzobispo; queríanlo obligar á jurar nuevamente la observancia de las leyes de Inglaterra; pero aquel santo baron no quiso jurarlas sin la excepcion de «salvo siempre el honor de Dios y de su Iglesia». La tregua se rompió, el Prelado se retiró á su palacio, y los barones normandos, unidos con los obispos, fraguaron mil medios para perder á Becket, ayudados de las armas espirituales, que en aquella época estaban muy de parte del rey de Inglaterra. Alejandro III no podia mantenerse en el solio pontificio sin el amparo de la nacion inglesa, pues aunque la Francia tambien defendia sus derechos, no era su rey bastante poderoso para habérselas con parte de la Italia y con el Emperador, que defendian con mucho calor la causa de Víctor, su competidor. Quejóse Enrique al papa Alejandro, que á la sazon residia en Francia, y este le dió satisfaccion del agravio y sentenció la causa á su favor. Solo ya el Arzobispo, sin poder contar con los obispos anglo-normandos, desamparado tambien del Papa, y en abierta lucha con el Rey, que lo citaba ante su tribunal y le pedia la restitucion de exorbitantes cantidades, como resultado de las cuentas del tiempo de su cancillería, no le quedó otro arbitrio mas que el de huir de su diócesis y de su nacion, acogiéndose, aunque momentáneamente, al amparo del rey de Francia, que llevaba su pundonor caballeresco hasta el extremo cuando se trataba de amparar á los proscriptos de naciones extrañas. Desde allí el Arzobispo se dirigia frecuentemente por escrito á su atemorizado rebaño, infundiendo en sus ovejas la viva fe y la esperanza, que jamás faltaron al que

escribia; desde allí tambien lanzaba los rayos certeros de la excomunion contra determinadas personas, que caian heridas, á pesar de los rescriptos del Rey, y desde allí se dirigia en términos bastante acerbos al mismo Papa, quejándose de que en aquella corte hubiese un lugar preferente para *Barrabás*, cuya causa quedaba siempre triunfante, y la del Cristo siempre vencida.

Segun marchaban los asuntos europeos, con próspera ó adversa fortuna para el pontificado, así se resolvian tambien por la corte de Roma los negocios pendientes entre ambas potestades en Inglaterra. Cuando por la muerte de Víctor y convenio de los disidentes quedó asentada la tiara en las sienes de Alejandro III, la causa de Becket presentó un aspecto mas favorable, y cuando el rey de Francia quiso hostilizar al de Inglaterra por las continuas quejas que existian entre ambos poderosos vecinos, entonces fué cuando el proscripto Primado creyó que habia llegado ya la hora deseada de su completo triunfo. Habitaba un monasterio de la órden del Císter, y allí, haciendo la vida de monje, habia cautivado por su ejemplar devocion y sus austeras penitencias á todos sus compañeros. Pero cuando el rey de Francia lo llamó á su corte y le propuso su mediacion para volver á su diócesis, el Monje levantó la cabeza con orgullo, clavó sus ojos en el cielo, como diciendo que á todo estaba dispuesto con santa resignacion. Visitando por entonces el rey de Inglaterra sus estados de Normandía, quiso ver al Primado, ya fuese que los recuerdos de su antigua y estrecha amistad moviesen su ánimo, ya que quisiera tenderle un lazo para acabar de una vez con tan larga querella: el hecho es que los dos adversarios se vieron y hablaron; que el prelado exigia del Rey el beso de paz: ceremonia que en aquellos tiempos era de todo punto imprescindible si la guerra habia de terminarse; pero á esto se manifestaba renuente Enrique, por lo cual era visto que no obraba de buena fe. Sin embargo, las despedidas al parecer fueron cordiales; el Arzobispo hincó la rodilla delante del Rey, y este tuvo el estribo de la silla cuando aquel montó á caballo. ¿Quién habia de decir que todo aquello no eran mas que apariencias, que ocultaban los propósitos de una trágica y triste realidad? El Primado, convencido de que aquella era la ocasion de volver á Inglaterra á apacentar su rebaño, abandonado hacia siete años, poseido de pensamientos místicos que le acosaban entonces mas que antes, y que lo preparaban para todos los peligros que pudieran sobrevenirle con una santa resignacion, se embarcó para su país natal con los servidores fieles que le habian quedado, pocos en número despues de sus primeras desgracias. Antes de poner el pié en la nave que debia conducirlo vió venir hácia él un hombre con deseo vehemente de comunicarle cosa importante con premura: era un clérigo dependiente de la iglesia de Bolonia y del conde del mismo título, poseedor de toda aquella tierra, y traia al Arzobispo, de parte de su señor, la alarmante nueva de que gente armada lo esperaba á la otra parte del mar con intenciones siniestras. Tomás contestó: «Hijo mio, aun cuando tuviese la certidumbre de ser mañana mismo asesinado, y que mi cuerpo fuese hecho menudos trozos, no por

eso dejaria de emprender mi viaje. Siete años me parecen una ausencia mas que regular para el rebaño y para el pastor.» Dicho esto, se embarcó el Arzobispo con la misma tranquilidad de espíritu que tenia antes de saber aquella fatal noticia. El patron del barco, aprovechándose de la advertencia, en vez de abordar á puerto frecuentado, tomó tierra en la bahía de Sandwich, punto no muy distante de Cantorbery.

Noticia de tanta importancia como la llegada á Inglaterra de su primado no podia quedar oculta: esparcióse al instante con una pasmosa celeridad, y con la misma presteza los caballeros normandos enemigos del Arzobispo tomaron las armas y marcharon en su persecucion. Pero los paisanos de Dower y de todos los contornos se armaron con igual rapidez para defender al Arzobispo: esta muestra espontánea del favor popular detuvo algun tanto el ímpulo de los primeros, que no desistian, sin embargo, de su mal propósito. El dean de Oxford, que acompañaba al Arzobispo, pudo contenerlos cuando les gritó: «Caballeros, ¿querréis hacer pasar al Rey por un traidor? ¡Envainad las espadas!» Esto hicieron los normandos á la vista del inmenso pueblo que como en triunfo rodeaba al Primado. La misma ovacion fué aumentándose cada vez mas á medida que se acercaba á su diócesis. De los campos, de las ciudades, de todas partes salian los labradores, los artesanos, los paisanos á vitorear al pastor, á bendecirlo con sus plegarias, á recibir la bendicion de sus manos; pero ni un caballero se veia entre aquellas turbas, ni persona alguna revestida de carácter oficial. Los señores cerraban las puertas de sus castillos ó se retiraban algunas leguas del lugar donde pasaban estas interesantes escenas populares. Con tal motivo, la malicia abultaba aquellos ruidos y les daba una sangrienta interpretacion: decian los enemigos del santo apóstol, que iba predicando la libertad y la igualdad por todas partes, quitando á los esclavos sus cadenas, y colocándolos en abierta rebelion contra los señores. Estos rumores debian tener consecuencias desastrosas. De Cantorbery tuvo intencion el Arzobispo de ir á Lóndres á prestar homenaje al hijo de Enrique II, consagrado rey por el arzobispo de York, y asociado al gobierno, como los antiguos césares del imperio romano. Todas las clases medias de la metrópoli inglesa salieron á las calles á recibir al prelado y á darle muestras inequívocas de sù admiracion hácia su respetable persona. Redoblóse el entusiasmo á la vista de un mensajero despachado por el Rey (hijo) intimando al Arzobispo la órden severa de no pasar adelante, de volver á Cantorbery, y de no salir de allí sin su licencia. Muy fácil era á Tomás Becket dejar sin efecto la órden del Rey: el pueblo, amotinado y resuelto, hubiera obedecido sus menores insinuaciones; pero esto precisamente era lo que buscaba la corte: un pretexto, una ocasion de matar al Arzobispo sin responsabilidad, y ciertamente que no la hubiera habido, ó muy dudosa, en el caso probable de muerte del Arzobispo en medio de un acalorado combate. Conociendo el prelado la mala intencion de sus enemigos, procuró evitar toda ocasion de escándalo, y volviendo atrás, enderezó

sus pasos hácia su iglesia, de la cual no debia ya salir mas. La fiesta de la Navidad se acercaba, y el prelado, que no queria mostrar el menor asomo de debilidad, fingió obedecer la órden del Rey á causa de las imperiosas obligaciones que debia llenar en tiempo tan solemne. Aumentóse en el camino el séquito de pobres y gente miserable por la injusticia de los que mandaban, que le acompañaba; armáronse muchos como pudieron, mal y pronto, para servirle de escolta y defenderlo en caso apurado. No escasearon los insultos proferidos durante el camino por los hombres del poder, que al parecer llevaban siempre fija la idea de la provocacion; pero la prudencia del Arzobispo encomendaba la paciencia á aquella leal comitiva, y gracias á esto, pudieron todos llegar á Contorbery sin contratiempo notable. El Rey hizo publicar á son de trompetas por todo el reino la detencion ó prision del Arzobispo, y otros edictos condenaban como traidor al que solamente le *pusiera buena cara : Quisquis ei vel alicui suorum faciem hilarem prætendebat, hostis publicus censebatur.*

La persecucion iba adelante : citaban los magistrados á sus tribunales á todos los que habian hablado con Tomás Becket, los que habian salido á recibirlo, los que habian mostrado alegría con su venida, y todos eran acusados de traicion contra el señor su rey, dando de esta suerte la justicia pretexto para la comision de un gran crímen, disculpando de antemano á los que fueran tan audaces que no temiesen cometerlo. Todos estos escándalos convencieron al Arzobispo de las negras maquinaciones del Rey y de sus cortesanos, y le indicaron al mismo tiempo que su fin estaba cercano; porque, rodeado de asechanzas diariamente, ¿cómo defenderse á cada momento de los que habian jurado su exterminio? Con una resignacion verdaderamente apostólica escribió al Papa suplicándole que mandase rezar las oraciones de los agonizantes por su alma, pues le quedaban muy pocos dias de vida; y tan convencido estaba de ello, que á poco de llegar á su iglesia predicó á la asombrada multitud un elocuente sermon impregnado todo de aquella suave resignacion evangélica, dote la mas preciosa de un verdadero cristiano, y que tenia por texto el famoso de *Veni ad vos mori inter vos.*

La corte de Roma habia jugado un juego doble durante toda esta larga querella : inclinada ahora alguna cosa mas á favor del Arzobispo por sugestiones del rey de Francia, habia dado poder á Tomás para excomulgar al arzobispo de York y á otros obispos que consagraron rey al hijo de Enrique, y entonces con aprobacion completa de la Santa Sede. El Primado no quiso llevar consigo las bulas, y sea dicho de paso, que no pensaba usar de ellas sino como medios conminatorios para venir á parar en una avenencia; pero antes de que pudiesen conocerse sus intenciones, se hizo público por accidentes casuales el contenido de las bulas; y exasperando los ánimos de los obispos incursos en las censuras, y muy particularmente del arzobispo de York, precipitó la catástrofe de antemano prevista y calculada. Enrique á la sazon estaba en la Normandía; y ocupado cierto dia en el ejercicio de la caza, vió venir hácia él gran tropa de obispos, entre los

cuales conoció de pronto al arzobispo de York. «Venimos á implorar vuestro favor por vos mismo y por el sacerdocio. Los obispos de Inglaterra están todos excomulgados por haber consagrado rey á vuestro hijo. —Si esto es así, replicó el Rey, ya poseido de una violenta pasion, yo lo estaré tambien, porque los obispos no han hecho mas que obedecer mis órdenes. — Y no es esto lo peor, sino que el hombre que causa tal desman va recorriendo la Inglaterra con una tea incendiaria, rebelando á los súbditos contra su señor y á los esclavos contra sus amos: lleva en pos de sí un tropel de gente armada, persigue á los hombres del Rey é intima la rendicion á sus fortalezas.» A esto el Rey ya no pudo resistir, y dando rienda suelta á la ira, exclamó: «Pero ¿será posible que un miserable que ha comido mi pan, que sin mí nada hubiera sido en el mundo; un mendigo que llegó á mi corte en un caballo cojo y con todos sus bienes á la espalda, me insulte á mí y á mis hijos, predique por todo el reino la rebelion, y no haya uno solo de los caballeros que me siguen, que están dando pruebas tan señaladas de cobardía, que me libre de este clérigo insensato, que tanto me molesta y que á tal punto me injuria? Apenas el Rey habia pronunciado estas palabras, cuatro caballeros normandos, que las oyeron, salieron armados y con señales de mutua inteligencia, conjurados á vida y á muerte, y partieron de secreto para Inglaterra el mismo dia de la Natividad. Nadie supo, ó no quiso saber, las intenciones de estos caballeros, ni su ausencia siquiera: el Rey convocó el gran consejo de los señores de Normandía, y en él quedó arreglada la terminacion de este asunto, nombrando tres comisionados que debian, de parte del Rey, prender al Arzobispo como reo de alta traicion.

Cuatro dias después de la Natividad llegaron los normandos á Cantorbery: la ciudad, los alrededores y la gran ciudad de Lóndres estaban alborotados con las nuevas excomuniones que habia lanzado el Primado, no sin causa, porque de esta suerte trataba de castigar á los muchos caballeros que lo insultaban; los conjurados avistáronse con el magistrado municipal de Cantorbery, y le previnieron que reuniese á todos los hombres capaces de empuñar la espada ó la lanza, y que con ellos se dirigiese á las casas del Arzobispo para ayudarles en la comision que traian de parte del Rey: negóse á ello el magistrado, porque era inglés de raza, y temia que aquellos enviados empleasen para con el ídolo del pueblo la violencia, ya que la razon no estaba de su parte. Ellos allegaron un par de docenas de hombres armados, reclutados de los castillos inmediatos, gente feroz y desalmada y dispuesta á cualquier cosa, como avezada á cometer toda clase de excesos: los normandos pues, acompañados de esta suerte, marcharon hácia el palacio arzobispal, y se introdujeron hasta en las habitaciones del Arzobispo. Este acababa de comer: saludó á los huéspedes á su entrada, y les preguntó el motivo de su visita: al pronto no le contestaron nada, y se contentaron con sentarse mirándole de hito en hito. Por último, uno de ellos, mas atrevido que sus compañeros, le dijo: «Venimos de parte del Rey para deciros, que recojais las excomu-

niones; que los obispos de Inglaterra vuelvan á ejercer sus funciones, y que vos mismo deis cuenta, de la extraña conducta que habeis adoptado, al tribunal del Rey.» El Arzobispo contestó que él no habia excomulgado al arzobispo de York; que habia sido el Papa, y por consiguiente que este únicamente podia levantar las censuras; que no tendria inconveniente en levantar las de los otros obispos, con tal de que se le sometiesen solemnemente. «Pero ¿quién os ha dado el arzobispado? le replicaron: ¿el Rey, ó el Papa?—Los derechos espirituales los he recibido del Papa, los temporales del Rey, contestó Tomás.—Nosotros creemos que todos os han sido dados por el Rey. —De manera ninguna», dijo Becket. Los conjurados al oir esta respuesta murmuraron por lo bajo, y daban señaladas muestras de impaciencia. «¿Qué es esto? Parece que me amenazais: pues sabed que aunque todas las espadas de Inglaterra se armasen contra mí, nada podrian conseguir», dijo el Primado. «Entonces no quedarán nuestros proyectos solo en amenazas», dijo uno de ellos, y se levantó, y los demás lo siguieron, gritando: «¡A las armas!» Las gentes de la casa cerraron las puertas; pero tal precaucion no sirvió de nada, porque los conjurados empezaron á echarlas abajo á viva fuerza: los familiares suplicaron al Arzobispo que se refugiase en la iglesia, evadiéndose por la galería interior que del palacio iba al templo; el prelado no permitia obedecer aquellas sinceras insinuaciones, y á pié firme y cerca de la puerta, que empezaba á caer á los esfuerzos del acha, esperaba á los asesinos; pero como le dijeran que las campanas de la catedral habian tocado á vísperas, dijo él á su vez: «Puesto que el deber me llama á la iglesia, vamos allá;» y con paso mesurado y grave y con la cruz delante atravesó los claustros, y se dirigió al altar mayor, separado de la nave por una verja de hierro. Apenas el Arzobispo habia entrado en la iglesia, cuando por la puerta principal entró tambien uno de los conjurados armado de punta en blanco, con la espada desnuda y gritando: «¡Caballeros, acudid; seguidme, leales servidores del Rey!» Siguiéronle los demás, armados de la misma manera y blandiendo sus espadas. Los ministros del altar que servian al Arzobispo en aquella religiosa ceremonia quisieron cerrar la verja del coro; no lo permitió el prelado, y llegó hasta abandonar el altar para impedirlo. Pretendieron entonces sus familiares llevarlo á la iglesia subterránea ó hacerle huir por las mil salidas secretas que tenia el edificio; nada pudieron recabar de él. Los conjurados á todo esto se habian ya adelantado, y gritaban: «¿Dónde está el traidor?» Nadie respondió á esta pregunta. «¿Dónde está el Arzobispo?» dijeron entonces. Yo soy, dijo Tomás Becket, pero no soy traidor; ¿qué pretendeis hacer con esos arreos militares en la casa del Señor?—Venimos á matarte», le replicaron con tanta ferocidad como franqueza. «Dispuesto estoy á todo: no huiré delante de vuestras espadas; pero en nombre de Dios todopoderoso, os prohibo tocar á ninguno de mis compañeros, clérigo ó lego, grande ó pequeño.» *Prohibeo ex parte omnipotentis Dei ne alicui, sive monacho, sive clerico, sive laico, majori vel minori, in aliquo noceatis.* En tal momento recibió el prelado un golpe que con la espada

de plano le dió uno de los asesinos. «Huye, ó te matamos.» No hizo el santo varon movimiento ninguno, ni su semblante varió de color, ni sus facciones manifestaron sentimiento ni pena: los armados querian sacarlo de la iglesia á viva fuerza, porque tenian escrúpulo de matarle en aquel lugar santo; pero él declaró formalmente que no saldria, y les obligaria allí mismo á ejecutar ó sus intenciones ó las órdenes del Rey. Los clérigos que acompañaban al Arzobispo habian huido todos, dejándole solo, á excepcion del que llevaba la cruz, que era aquel audaz sajon que habia increpado á su amo por la conducta por él observada en la primera asamblea habida en presencia del Rey. Los conjurados, creyendo que habia llegado ya el momento, levantaron sus espadas, y uno de ellos, llamado Guillermo de Tracy, fué el primero que sacudió un fiero golpe sobre la cabeza del Arzobispo, que no hizo mas que herirle levemente á causa de haber interpuesto el brazo el fiel comensal del Primado. «Herid, herid», dijo el asesino á los demás compañeros; y dicho esto, todos á porfía descargaron tremendos golpes sobre la cabeza del Arzobispo hasta que quedó sin vida. Entonces uno de aquellos viles foragidos, poniendo su inmundo pié sobre el pecho del santo mártir, dijo: «Así debe morir todo traidor que turbe la paz del reino.» Así, decimos nosotros, se expresaba todavía por los invasores al cabo de tantos años el espíritu de conquista y el odio hácia la raza inglesa. El pueblo de Cantorbery y todos los alrededores se manifestaron indignados al ver el torpe atentado cometido por los normandos. Todos los pobres y todos los que tenian sangre inglesa en sus venas acudieron en tropel á la iglesia á besar como santas reliquias el cuerpo inanimado de su arzobispo: todos lo lloraban como se llora la pérdida de un padre y de un bienhechor; le llamaban el santo mártir: el pueblo lo tuvo como á tal dos años antes que viniese de Roma la canonizazion legal. En vano fué que el arzobispo de York lo comparase á Faraon, y que otros obispos, olvidando las máximas del Evangelio, ensalzasen el asesinato sacrílego de los normandos; el pueblo todo respetó y veneró su memoria: tocó por su propia mano y vió con sus propios ojos los milagros que cada dia hacia el Arzobispo, como habian visto sus antepasados los que habia hecho Waltheof; y ni los azotes ni otros castigos mas fuertes impidieron al pueblo inglés que celebrase fiestas religiosas en honor de su santo arzobispo, ni que el lugar de su sepultura y de su martirio siguiera siendo un lugar sagrado, adonde acudian con piadosa y sincera fe, de lueñas tierras, todos los necesitados.

Canonizado por la opinion pública mucho tiempo antes que por la corte de Roma, Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, la opinion pública tambien, dentro y fuera de Inglaterra, acusaba al rey Enrique II de ser la causa principal de aquel sacrílego atentado. El rey de Francia Luis VII representó enérgicamente á la corte de Roma, pidiendo un castigo proporcionado á tan grave maldad. El clero francés, y muy particularmente el arzobispo de Sens, que tenia pretensiones á la primacía, no solo de la Francia, sino de las posesiones continentales del rey de In-

glaterra, trató de poner entredicho en todas ellas; al cual resistieron los obispos normandos, bajo el pretexto justo de que tan terrible medida no estaba aprobada por el Papa. Este conoció que se le presentaba la mas favorable ocasion para adquirir sobre la Inglaterra el poder que hacia ya algunos años se habia debilitado por la grandeza que habia alcanzado la monarquía y por el descrédito en que empezaba á caer la diplomacia italiana. De su deber era además tomar la defensa de la causa del Arzobispo, y defender su memoria de las groseras calumnias que sus asesinos difundian por toda la Europa. El hecho, además de su ferocidad, era escandaloso, las circunstancias muy agravantes, la persona ofendida era sagrada, el lugar donde el crímen se cometió tambien sagrado, y los momentos los mas solemnes, pues el santo mártir se hallaba revestido de sus pontificales y entonando los cánticos de la Iglesia. Enrique II fué puesto en la lista de los asesinos de Tomás, que debian ser excomulgados por el Sumo Pontífice. El Rey envió embajadores á Roma, los cuales llevaron varias versiones sobre aquel hecho, y todas, como es de suponer, favorables al Rey. Cuando en el consistorio donde se hallaban reunidos todos los cardenales se nombraba al Rey, se ponian aquellos santos varones las manos en la cara, y se tapaban los oidos, horrorizados solo con oirlo mentar; pero los ricos presentes y las cuantiosas dádivas, dicen autores contemporáneos, ablandaron poco á poco corazones tan empedernidos: el hecho es que la excomunion nunca llegó á lanzarse contra el Rey, y que su nombre se borró de la lista en que se hallaban inscriptos los de los asesinos del Arzobispo. Enrique á la sazon estaba comprometido en una grande empresa de inmensas consecuencias para la suerte futura de la Inglaterra, y esta era la conquista de Irlanda. Este pobre reino se hallaba dividido en cinco partes, cuyos soberanos, independientes, en guerra casi siempre, ni tenian fuerzas suficientes para mantenerse por sí, ni juntos ni separados podian hacer frente á cualquier enemigo exterior que quisiera subyugarlos. La guerra civil, la discordia de los ciudadanos, aquí como en todas partes, en esta ocasion como en todas, produjeron sus amargos frutos. Con el deseo de vengarse de sus vecinos, uno de aquellos príncipes soberanos pidió auxilio y cooperacion á varios nobles ingleses, los cuales con la anuencia del Rey entraron en aquella pobre tierra, que muy presto subyugaron, haciendo huir delante de sus lucidas cohortes los miserables guerreros de Irlanda. Enrique vió que la conquista del reino era cosa fácil, ó por mejor decir, vió que materialmente estaba hecha; que no faltaba sino agregarle para su completa resolucion la fuerza moral: tenia ya hacia algunos años una bula del papa Adriano concediéndole la posesion y la propiedad de aquella isla; pero después de todo lo pasado, aquel documento, precioso en otra ocasion, debia en esta ser confirmado por el papa Alejandro III. Los papas entonces tenian la costumbre de dar lo que no era suyo. Grandes fueron las instancias que hizo el Rey para reconciliarse con la corte de Roma; pero grandes, grandísimas, eran las pretensiones de esta corte para con el Rey, que lo veia necesitado, y colocado en tan

falso lugar, que no solamente estaba imposibilitado de ganar el reino de Irlanda, sino próximo á perder la corona de Inglaterra.

Dos cosas exigia del Rey la corte de Roma: era la una el acrecentamiento de poder en el clero de aquella nacion; y era la segunda un acto solemne, dramático, que hiriendo la imaginacion del pueblo, pudiese este convencerse de la culpabilidad del Rey, y de la absolucion que le daba por su penitencia el poder espiritual, dueño y señor de todos los poderes temporales de la tierra. Enrique no se avenia muy bien con tales exigencias; pero de ellas dependia la conquista de la Irlanda, la seguridad de sus provincias continentales, la paz de su conciencia y la del reino. Dobló su cuello al yugo, y se firmó la paz con las siguientes condiciones: el Rey quedaba obligado á dar al Papa un tributo anual, que necesariamente debia invertirse en la guerra contra los infieles; el Rey debia cruzarse é ir en persona á la guerra, ó á Palestina ó á España, á alcanzar, como tantos otros, el perdon de sus pecados; el Rey debia hacer penitencia pública, y públicamente alcanzar el perdon de la complicidad, cuando menos, en el asesinato del Arzobispo; y por último, Enrique debia decretar la abolicion completa de toda ley ó estatuto que durante la querella con el Primado hubiese disminuido en lo mas pequeño el poder y privilegios de que anteriormente gozaba.

Para cumplir con todo lo estipulado, el Rey, vestido de gran ceremonia y con todo el esplendor que demandaba en aquel tiempo la dignidad real, se presentó en la catedral de Avranches, y con las manos sobre los Evangelios juró, á presencia de todo el pueblo, no haber mandado ni deseado la muerte del Arzobispo; y que muy al contrario, cuando la supo la sintió, en vez de alegrarse; *et plus inde doluit quam lætatus est*. Leyéronse los artículos de aquella concordia, y ofreció cumplirlos bien y fielmente; *absque fraude et malo ingenio*. No quedó en esto, sino que él mismo solicitó de los cardenales legados que no le perdonasen nada de la penitencia decretada por el Papa. «Señores legados, les dijo, mi cuerpo está en vuestras manos; lo que mandeis será obedecido religiosamente.» Los legados le hicieron poner de rodillas, y solamente le eximieron de los azotes que debia llevar, como llevaban entonces todos los penitentes. A tal grado de abatimiento llegó la dignidad real en Inglaterra. A tal punto la condujo Enrique II por su torpe y criminal conducta contra Tomás Becket, y no merece por cierto alabanzas el Rey que no encontró otro medio para conservar la diadema en sus sienes que la humillacion de su persona real y la abdicacion de sus mas preciosos derechos. Acto continuo se dirigieron á toda Inglaterra las órdenes del Rey declarando á los clérigos libres de toda otra jurisdiccion que la de sus propios tribunales, y anunciando que á este precio quedaba restablecida la paz entre el Rey y la Iglesia, para mayor honra y gloria de Dios. Mandó tambien Enrique promulgar en todas las iglesias, en las plazas y en todas partes, el decreto pontifical que canonizaba al Arzobispo, declarándolo santo mártir. Leyóse este decreto en el gran salon de Westminster, donde se hallaban reunidos los barones que habian perseguido á

Tomás en su último desembarco, los que lo habian injuriado y escarnecido en su misma diócesis, los obispos que, llamándole traidor, le habian comparado á Faraon. Todos estos, cuando se concluyó la lectura del breve, con un entusiasmo hipócrita exclamaron: *Te Deum laudamus*. Y como si esto no fuese bastante para probar al Rey y al Papa que los obispos y los barones de Inglaterra sabian volver la cara sin avergonzarse hácia el viento que corria, lloraron aquellos renegados especuladores, confesaron públicamente su pecado, y el obispo de Lóndres, aquel que con sus exageradas relaciones, y siendo el mas violento perseguidor de Becket, habia incitado al Rey á pronunciar las imprudentes palabras que decidieron la muerte del Arzobispo, juró públicamente que no habia tenido parte en ella ni directa ni indirectamente, ni de accion ni de palabra ni por escrito. En todos tiempos las pasiones de los hombres han sido las mismas, y por eso hay algunos hechos enteramente idénticos en la historia de todas las épocas y de todos los países. ¡Dichoso Enrique II, á quien todo parecia sonreirle, y al cual la fortuna le otorgaba con mano pródiga cuantos favores queria pedirle! Dueño ya de la Irlanda y en paz con la Santa Sede, y tranquila la conciencia de sus súbditos, sus deseos no tenian límites, y sus bien fundadas esperanzas rayaban ya en lo ideal y fantástico. Pero este edificio, tan sólidamente construido, se desmoronó en un instante, socavados sus cimientos por las intrigas cortesanas y las ingratitudes de sus hijos, á quienes se les hacia tarde recoger la herencia de su padre.

El deseo de quitar á Tomás Becket la primacía de Inglaterra decidió á Enrique II á dar un paso impolítico y que rara vez ha dejado de tener grandes consecuencias; y este fué el de coronar y consagrar rey de Inglaterra á su hijo mayor por el arzobispo de York: desde entonces hubo en Inglaterra dos reyes; al uno llamaban el viejo, al otro llamaban el jóven; desde entonces hubo tambien dos cortes y dos tandas de aduladores palaciegos, y desde entonces empezaron las pasiones mezquinas, los intereses poderosos y las legítimas opiniones á agitarse, á cobrar fuerzas, á tener esperanzas de triunfo. Sopló el fuego de la discordia mas que otros el monarca francés, y fuerte con este apoyo el hijo mayor de Enrique, levantó el estandarte de la rebelion, pretendiendo ser rey de hecho de los numerosos estados de su padre, ya que de nombre lo era por su voluntad y la de la Iglesia. Ayudáronle los hermanos en esta empresa impía, y mucha gente principal del reino, que miraban ya concluida la gloriosa carrera del padre, y volvian naturalmente la vista al nuevo sol que aparecia en el oriente: fatal condicion, entre otras no muy buenas, del gobierno monárquico; pero necesarias de sufrir, en cambio de otras ventajosas dotes. Las provincias francesas se alzaban gozosas á la noticia de un levantamiento ó de una rebelion en Inglaterra: sus intereses estaban en el continente, y cada revuelta les daba la bien fundada esperanza de declararse independientes ó de agregarse á otra corona. Y como las acciones malas han de justificarse por sus autores para apartar de ellas hasta la sombra de la dañada intencion con que se cometen, el rey jóven trató de justi-

ficar aquella incalificable usurpacion con una criminal supercherría. El poder que las sociedades modernas atribuyen á la opinion pública, las preocupaciones de aquel tiempo lo atribuian, y de buen grado se lo daban, á la corte de Roma; á ella se dirigió el hijo rebelde, diciendo: «No quiero hablar de los agravios inferidos á mi persona; solo hablaré de aquello que tan poderosamente me ha movido á rebelarme contra mi padre. Los crueles asesinos que dieron muerte al pié del sagrado altar á mi maestro, glorioso mártir de Jesucristo, Santo Tomás de Cantorbery, viven todavía sanos y salvos; la justicia del Rey no los ha perseguido ni aun molestado. Negligencia tan culpable ha sido y es la causa de mi alzamiento. La sangre del mártir clama venganza: ni la he podido ejercer ni tampoco tributar los honores que se debian al Primado; pero he hecho lo que podia, he visitado su sepulcro, he pedido misericordia á Dios, prosternado y con la faz en el suelo. Mi padre no ha podido llevar en paciencia este acto de fervorosa piedad; pero ¿qué me importa? ¿No es verdad que por seguir á Dios vivo se deben abandonar padre y madre? Hé aquí el orígen de nuestros disgustos. Oyeme pues en justicia, Santísimo Padre, y juzga mi causa; porque será justa y aceptada por todos, cuando se vea apoyada por tu autoridad apostólica.»

Del tenor literal de esta carta se deduce que la hipocresía y la falsedad en el siglo XII habian alcanzado un grado tan superior, que no ha debido envidiarle nada la doblez diplomática de los siglos posteriores. Para apreciar en su justo valor el paso criminal de aquel hijo contra su padre, es preciso recordar la conducta que observó el primero habitando el palacio real de Lóndres, cuando á Tomás Becket, de vuelta de su destierro, le prohibió saliese de su palacio, y alentó con sus edictos procaces la persecucion que con tanto teson llevaron á cabo los nobles del reino. Pero, como antes hemos visto, este ejemplar no fué el único en aquellos tiempos de una escandalosa hipocresía y de un detestable cinismo; cosas que, aunque contrarias, se veian reunidas en la conducta de aquellos hombres.

El Rey tenia cuatro hijos: el mayor, Enrique, el coronado y consagrado por el arzobispo de York; el segundo, Ricardo, conde de Poitiers, al cual sus aventuras romancescas y su valor á toda prueba dieron el renombre de Corazon de Leon; Geoffroy, conde de Bretaña; y Juan, llamado Sin-Tierra, porque en la partija que hizo su padre no le cupo ninguna suerte. Todos los hijos volvieron la espalda al Rey, y todos á cual mas se pusieron á trabajar de consuno para quitarle la corona, y ni con esto se hubieron contentado los individuos de aquella angelical familia. ¿Qué hizo el Rey, viéndose acosado por sus hijos y por el rey de Francia y por las posesiones continentales, alzadas en defensa de una causa que les hacia entrever no muy tarde su independencia? Además de formar un buen cuerpo de tropas extranjeras, conociendo que esto no bastaba para conjurar el negro nublado que amenazaba, hizo dos cosas altamente vergonzosas, indignas ambas de la majestad de un rey, pero altamente políticas y adecuadas á

los fines que se proponia en aquel período de inmoralidad y de hipocresía. El Rey escribió al Papa ofreciendo en vasallaje el reino de Inglaterra : segun el órden jerárquico del sistema feudal, el señor superior seria el Papa; el Rey quedaria en el lugar inferior de un baron, de un hombre de armas agregado á su bandera y dispuesto á acudir con la hueste adonde fuese llamado. Para tan gran sacrificio el Rey no exigia ni armas ni dinero; solo un pedazo de pergamino con la firma del Pontífice confirmando la excomunion lanzada por los obispos de su devocion contra sus hijos rebeldes y todos sus partidarios. Prestóse el Papa á la propuesta estratagema : el Rey respiró un tanto; el de Francia ostensiblemente se separó de la liga, y algunas ciudades y fortalezas que le habian cerrado sus puertas, las abrieron de nuevo, temerosas de incurrir en las censuras que fulminaba la Iglesia. El Rey quiso atraer á su causa á los sajones, al pueblo vencido, que, pobre y desvalido, llenaba los campos, inundaba las ciudades, y se mantenia en abierta aunque pacífica hostilidad contra los nobles barones normandos, encastillados en sus fortalezas, desde las cuales salian á cometer todo género de robos y depredaciones. Para conseguir el objeto que el Rey se proponia no habia mas que un medio, y este era el de halagar las pasiones del pueblo, adorar á sus héroes, participar de sus preocupaciones y ser cómplice de sus extravíos. La gloria adquirida por Tomás Becket después de su martirio habia eclipsado la de los otros que le habian precedido en tan peligrosa carrera : la memoria del santo Primado estaba siempre presente á la imaginacion de los sajones; lo invocaban en sus oraciones, lo ponian por intercesor para con Dios en sus súplicas, y no habia resultado casual favorable que no se atribuyese á milagro del Santo. La iglesia de Cantorbery era un especial lugar de devocion ; de muy lejanas tierras iban los ingleses á adorar la sepultura del Arzobispo; aquel santo lugar era de alivio, de consuelo para los desgraciados y para los pecadores. Enrique II determinó hacer una peregrinacion á aquella santa iglesia, dando á entender con este piadoso acto que queria borrar hasta la sombra que aun pudiera existir de complicidad con los asesinos del Primado : el Rey desembarcó en Southampton, y tan pronto como divisó las veletas de las altas torres del famoso templo se apeó del caballo, quitóse los vestidos de seda que adornaban su cuerpo, vistióse de jerga, martirizó sus carnes con un áspero cilicio, y á pié y descalzo emprendió el viaje, dejando atónitos, por su compostura devota, á la numerosa comitiva que le seguia. Cuando llegó á la iglesia se arrodilló, besó la tierra, lloró y se dió fuertes golpes en el pecho, y en tan penitente postura permaneció todo el tiempo que duró un largo sermon pronunciado por el obispo de Lóndres, uno de los mas encarnizados enemigos del santo mártir durante su vida. Entre las cosas notables que dijo el obispo converso, fueron las mas las siguientes :

« Y como seria posible que diesen por excusa los asesinos algunas palabras imprudentes dichas por el Rey sin intencion, declara que quiere aquí hacer penitencia

en presencia de los obispos reunidos, y consiente que su cuerpo sea azotado tal y como en semejantes casos se acostumbra.» Concluido el sermon, el Rey, acompañado de un gran número de prelados y abades normandos y de todos los clérigos, la mayor parte sajones, bajó á la iglesia subterránea, en la cual se hallaba el cadáver del Arzobispo, y allí, arrodillado sobre la tumba, y despojado de los vestidos hasta dejar sus espaldas desnudas, fué azotado sucesivamente por todos los obispos con las mismas correas que en los monasterios lo eran los monjes que faltaban á la disciplina, y que por esta razon así se llamaban; y á cada golpe que descargaban sobre las espaldas del Rey, decian: «Así como el Redentor del mundo sufrió los azotes por los pecados de los hombres, así debes tú sufrirlos por el que has cometido.» Los obispos entregaron las disciplinas á los clérigos, cuyo número era crecido, y la mayor parte ingleses de raza. Y era de ver el gozo con que estos hijos del pueblo vencido azotaban al nieto del conquistador, diciendo de cuando en cuando algunas expresiones que revelaban la historia y causas de aquel extraño castigo. El Rey, despues de tan hipócrita y vergonzoso acto, permaneció en oracion arrodillado todo el dia y toda la noche, ayunó á pan y agua, maceró sus carnes con dolorosos cilicios, oyó devotamente una misa, oró delante de todos los altares de la iglesia, bebió agua bendecida por la mano del santo mártir, y hecho todo esto, salió alegre y contento de la iglesia primada.

En parte consiguió Enrique lo que deseaba: el pueblo sajon, que veia en la conducta del Rey la aprobacion de la suya propia; que veia halagada su pasion y su fanatismo hácia la memoria del héroe que adoraba, transigió y pasó del odio y de la desconfianza hasta el delirio y el entusiasmo: cambios que son muy naturales en la impresionable muchedumbre: aumentó sus huestes, crecieron en su abono las condiciones de su causa, perdieron lo que esta ganó las de sus hijos, y tuvo el singular placer de vencer sin pelear en Inglaterra á sus hijos, al rey de Francia y algunos principados independientes, que tambien le molestaban, creyéndole desprovisto de fuerzas y en los postreros momentos de su agonía. Pero si tan feliz suerte le cupo en la Gran Bretaña, no le aconteció lo mismo en las posesiones continentales; las cuales, enclavadas en los estados de su enemigo natural el rey de Francia, se hallaban siempre alteradas con sus maquinaciones y con deseos de resistir á una dominacion lejana, que tenia su centro en una metrópoli diferente en sus usos, en sus hábitos, en sus leyes y en su idioma, de los antiguos reinos continentales. No podian los sajones tampoco sacar airoso al Rey en aquella contienda extraña, que mas por la habilidad debia decidirse que por la fuerza de las armas. Ni en la Normandía ni en la Aquitania ni en el mediodía de la Francia la memoria de Becket era admirada, ni aun casi puede decirse estimada; de manera que los azotes que llevó el Rey pueden considerarse como enteramente inútiles para la resolucion de las cuestiones que en dichas provincias afectaban á la paz y tranquilidad de aquella

familia real, tan dividida y tan destrozada por sus guerras continuas y sus odios inveterados.

Ricardo, uno de los hijos de Enrique, era el promovedor de todos aquellos disturbios: dejando á su hermano mayor el cuidado de desposeer á su padre de la Inglaterra y de la Normandía, él se propuso hacer lo mismo con la Aquitania y demás estados que el rey de Inglaterra habia reunido en el continente. La idea de la independencia habia cobrado gran fuerza y echado hondas raíces entre aquellos habitantes, para los cuales la dominacion inglesa no solo era pesada, sino tambien ignominiosa. Además de la independencia, otra pasion menos noble, pero no menos poderosa, aquejaba á aquellas gentes, lo mismo á los nobles barones que á los simples aventureros, y esta era la codicia de ganar un buen patrimonio: cosa fácil en la guerra, y de lo cual habia tantos ejemplos en Inglaterra después de la conquista; ejemplos que estaban presentes siempre á la imaginacion de todos los caballeros pobres de la Europa. La poesía tambien hacia un gran papel en todas las disidencias de los reyes, querellas de príncipes y transacciones diplomáticas de aquel tiempo. Generalmente los mismos que habian tomado una parte activa en los negocios públicos, los mismos después defendian sus actos ó combatian los de sus adversarios con multitud de composiciones poéticas, célebres por su audacia, y dignas de admirarse todavía bajo el aspecto literario. Los trovadores lemosinos, los de Tolosa, del Delfinado, de la Provenza, de todo el mediodía de la Francia, escribian canciones y poemas sobre toda clase de negocios públicos; hacian oir su voz indignada contra los reyes ó contra los papas lo mismo en los claustros de los conventos que en los palacios de los aristocráticos barones. Los trovadores en aquel tiempo hacian las veces de la imprenta periódica, y dirigian á su voluntad la opinion, que veneraba hasta con cierta especie de supersticion al hombre que estaba dotado del talento poético. Las gentes se dejaban dominar por estos oráculos de la opinion pública, y prestando oidos á sus quejas, y muchas veces á una algarabía que no entendian, cometieron grandes excesos y no pocas injusticias. Víctima tambien de la poesía meridional de Francia, que con el nombre de provenzal ó lemosina, aunque, segun opiniones, oriunda de la Cataluña, empezaba á extenderse por todo el mediodía de la Europa, el rey Enrique II no pudo combatir su poder ni resistir á su influencia. Era de ver cómo los poetas y trovadores lo habian tomado por blanco de sus iras, y á la guerra con la Aquitania y Bretaña por objeto de sus trovas, tersones, decires y serventesias. Todos los insultos, todas las diatribas estaban guardadas para el rey Enrique, á quien en su pintoresco lenguaje llamaban rey del Aquilon; y todos los aplausos, todos los loores para su hijo Ricardo, al cual apellidaban rey del Sur.

El objeto principal de toda esta poesía, libre como el pensamiento, era el de tener en constante enemistad á la familia del rey de Inglaterra, excitando al mismo tiempo toda clase de querellas, de contiendas, de etiquetas, entre los dos

reyes, el francés y el inglés. Esta poesía, cuando tomaba el aspecto de política, no era otra cosa mas que el eco fiel de la opinion pública; esto es, el resúmen exacto, la verdadera fórmula de las necesidades y deseos de los habitantes de aquellos países. La primera necesidad de las provincias francesas dominadas por la Inglaterra era la independencia, y para lograrla veian que no habia cosa mejor que introducir la zizaña en el campo enemigo, sembrando la discordia entre los dominadores: medio expedito, de seguro éxito, y que mas de una vez llevaron á efecto los hombres del siglo XII, precediendo á Maquiavelo de algunos siglos en este, como en algunos otros dogmas que predicó como cosa nueva en su tiempo el político florentino.

A la cabeza de todos estos poetas revoltosos habia un hombre notable, que tomaba cuando la ocasion convenia la pluma por la espada y el laud por la lanza: llamábase Bertrand de Born, y no tenia igual en el manejo de la sátira política, pues de vez en cuando lanzaba sus serventesias, capaces cada una de ellas de turbar la paz de un reino, ó de enemistar á dos reyes los mas unidos. Esto último fué el afan de toda su vida: así es que animó con la fuerza de su poesía á Enrique contra su padre, y cuando aquel murió, á Ricardo; y cuando pudo, á los hermanos contra los hermanos; y siempre al rey de Inglaterra contra el de Francia: en esta guerra continua veia aquel hábil político la suerte futura de su país. No todos apreciaban en lo que valia aquel carácter díscolo, que parecia poseer el don de la discordia; antes al contrario, motejábanle sus contemporáneos, y algunos llevaban á mal conducta tan voluble, que tan pronto se ponia de parte de unos como de otros: hacíanlo por ignorancia, y porque esta les impedia adivinar el objeto á que se encaminaban las atrevidas miras de Bertrand de Born. El Dante mismo no vió, ó fingió no ver, las tendencias de aquel veleidoso carácter, y léjos de premiar la virtud patriótica del que queria á toda costa dar ó preparar para la independencia á su patria, lo castiga con penas severas en el *Infierno*, atribuyéndole los mas feos delitos, y entre ellos la continuada perfidia de dividir, enemistar y malquistar á los mas valientes y generosos príncipes de aquella época.

Sappi che' i' son Bertram dal Bornio, quelli
Che diedi al re Giovane i ma' conforti.
I' feci' l padre e' l figlio in se ribelli:
. . . .
Perch' io partii cosi giunte persone,
Partito porto il mio cerebro, lasso!
Dal suo principio ch' è' n questo troncone;
Cosi s' osserva in me lo contrappaso.

No alcanzó nada Enrique II con la muerte de su hijo primogénito: Ricardo prosiguió la tarea de perseguir á su padre con mas teson y mas empeñada por-

fía que su hermano ; y la tal persecucion era de mas cuenta, porque Ricardo era un mozo de muy sobresalientes prendas, como debia mostrar en lo sucesivo, llamando por sus hazañas fabulosas la atencion de todo el mundo conocido. La paz y la guerra entre los hijos del Rey, y entre este y el de Francia, se sucedian casi sin intermision dos ó tres veces en muy cortos períodos ; pero cada vez que se hablaban se retiraban mas poseidos de venganza, mas llenos de coraje, mas dispuestos á no transigir sino con las armas sus eternas diferencias. Hallábanse todos reunidos un dia entre Grisors y Trie, debajo de un corpulento árbol de espeso follaje. Ya iban á volver á las andadas el rey de Francia y el de Inglaterra, cuando súbitamente apareció el obispo de Tiro, tan celebrado entonces en la cristiandad toda, por sus virtudes evangélicas, por su ciencia, y porque ocupaba la célebre silla de una ciudad recien rescatada del poder de los infieles. Era la santa mision de tan apostólico varon la de llamar la atencion de los cristianos de occidente acerca del estado de abatimiento en que se encontraban en la Tierra Santa los descendientes de Godofredo. El poder de los turcos y de todas las otras sectas musulmanas se habia aumentado á tal punto con las grandes dotes militares de Saladin, que la reina de las ciudades, la que poseia los inestimables tesoros de la religion cristiana, habia caido en su poder, juntamente con otras muchas del litoral, reduciendo á los defensores de la fe á pocas y mal guardadas fortalezas, levantadas de prisa por los mismos cruzados. Las palabras del Arzobispo hallaron eco en el empedernido corazon de aquellos reyes, que con tanta ira se miraban momentos antes ; y ellos y los barones y los cortesanos dieron el insigne ejemplo de alistarse para la cruzada, que fué la tercera en el número de ellas, predicada por toda la Francia, la Inglaterra y la Alemania por el mismo Arzobispo con el fervor de su santo celo, y la elocuencia y sabiduría de que dió tantas muestras en su larga vida. De esta suerte quedaron aplacadas por el pronto las continuas querellas entre tan belicosos soberanos, y todos volvieron la vista al Oriente, compadecidos de las desgracias de sus hermanos, y deseosos de ayudarles en la santa empresa de libertar el santo sepulcro del poder de los infieles.

Pero la tregua fué de corta duracion. Cuando antiguos y poderosos intereses pugnan entre sí, no hay fuerza humana que los aune ni resignacion bastante para olvidarlos. El entusiasmo de la cruzada consiguió esto por un solo instante; pero el entusiasmo solo es una base bastante endeble para edificar sobre ella cosa de provecho : sin gozar un instante de solaz, sin poder acallar las exigencias, siempre en aumento, de hijos ingratos, murió el rey de Inglaterra víctima de las traiciones y del malquerer de aquellos á quienes habia dado el ser. Poco tiempo antes le habia precedido en la tumba su hijo mayor Enrique ; pero Ricardo y Juan hasta en los últimos momentos destrozaron con su inconsiderada conducta la vida del pobre anciano, de tal manera que en los postreros de su agonía exclamó : « ¡ Maldito sea el dia en que nací, y malditos sean mis hijos! » Cuando los

numerosos sirvientes y bajos aduladores que rodeaban al Rey se apercibieron de que habia exhalado el último suspiro, le despojaron de sus vestidos, robaron lo mas precioso y de mas valor que estaba guardado en el palacio, y dejaron abandonado á su amo como al último de los esclavos. Lo mismo habia acontecido años antes, con el cadáver de Guillermo el Conquistador: justa pena de un rey ilegítimo, dicen los historiadores sajones; sublime enseñanza para los reyes, decimos nosotros, á los cuales no se les ama por sí propios, sino por lo que valen y pueden. Los cortesanos se apresuraron á buscar á Ricardo, á darle plácemes y enhorabuenas porque llegaba al fin á tocar el suspirado momento de ceñirse una rica diadema, y dejaron tendido sobre el suelo, abandonado y solo al que pocos momentos antes era el poderoso señor Enrique II, hijo de Geoffroy Plante-genest, rey de Inglaterra, duque de Normandía, de Aquitania y de Bretaña, conde de Anjou y de Maine, señor de Tours y de Amboise. Las desgracias de este rey, al cual no le faltaban prendas muy singulares, fueron una consecuencia precisa de la vasta dominacion que pretendió adquirir sobre las provincias meridionales de las Galias. Creia en sus altivos sueños que tales proyectos eran necesarios para el brillo de su corona y para destruir en el continente la influencia francesa. Su loca presuncion le hizo reunir lo que la naturaleza habia separado; pero la naturaleza no quiso perder sus derechos, y los pueblos, al lanzarse á la rebelion para conquistar su independencia, introdujeron la discordia en la familia real: de esta suerte el poderoso Enrique era cada vez mas débil, atormentado por el cruel suplicio de ver á sus hijos ser dóciles y ciegos instrumentos de la política de sus súbditos, que contrariaba los planes y las ideas de toda su vida; y al espirar, en su desesperacion, maldijo á sus hijos, y como dice un célebre historiador, llevó consigo á la tumba el mas acerbo dolor que puede llevar un hombre: este fué el convencimiento de morir por un parricidio.

Importaba muy poco que el rey de Inglaterra se llamara Enrique ó Ricardo, y el de Francia Luis ó Felipe: la guerra era en todos casos precisa condicion de las relaciones con que ambas monarquías existian. Aliado este último con los príncipes de Inglaterra en contra de su padre, ahora era enemigo mortal del que habia ceñido sus sienes con la corona de tan vasto imperio. Pero afortunadamente para los países de occidente, el sentimiento religioso, victorioso por la predicacion del arzobispo de Tiro y por las bulas y concesiones de los pontífices, habia alcanzado un grado tan alto que es imposible describirlo. La flor de la nobleza guerrera de toda la Europa se aprestaba á hacer el viaje de la Tierra Santa; el emperador de Alemania, el famoso Barba-Roja, adornaba su pecho con la cruz, y á la cabeza de la nobleza teutónica tomaba la via del Oriente: príncipe de singulares prendas y de poca fortuna, pues ni aun tuvo el honor de llegar á los santos lugares, cuando disperso su ejército, rotas sus haces en muchos parciales encuentros, halló la muerte antes de haber servido de utilidad á sus hermanos los cristianos, á los cuales Soliman tenia como prisioneros en las ciudades marítimas de la Siria.

Allá fueron consecutivamente dos reyes de Francia, y tambien Ricardo, el cual no abrigaba mas deseo, ni lo llevó á Palestina otro objeto, que el de llamar la atencion del mundo con la fama de sus heróicas y casi increibles hazañas. Desgracia grande era para las colonias cristianas y para las santas reliquias que se veneraban en aquellos sagrados lugares, que los innumerables ejércitos de la cruz estuviesen unas veces compuestos de gente allegadiza y bisoña, y otras de naciones tantas, de gentes tan opuestas en costumbres y leyes, de jefes tan divididos por su ambicion y rivalidad. De esta manera rara vez los pareceres estuvieron conformes; y con mucha frecuencia, en vez de unirse y defenderse mutuamente de las agresiones de los musulmanes, los mismos guerreros de la cruz volvian las armas los unos contra los otros, ó pasaban muelle y sosegadamente la vida, olvidando la santa empresa que la Europa cristiana les habia confiado. La cruzada predicada por el arzobispo Guillermo fué una de las mas fecundas en tristísimas y desgraciadas catástrofes y en hechos heróicos y hazañas fabulosas. Peleaban frente á frente los dos guerreros mas famosos de aquella época, y que tanto dieron que decir en su no muy larga historia á la generacion que los conoció, y á las que después han leido con un vivo interés dramático sus muchas aventuras: Ricardo y Saladin. Por ellas mereció el primero el nombre de *Corazon de Leon*, y por ellas el segundo, desde humilde esfera, logró sublimarse al alto honor de ser apellidado por los suyos Príncipe de los Creyentes. Pero ni los esfuerzos homéricos de Ricardo ni los de sus compañeros fueron suficientes para terminar aquella sangrienta lucha, y ni aun para conquistar de nuevo la capital del reino fundado por el piadoso Godofredo; antes al contrario, una paz no muy honrosa para los cristianos dejó en tranquila posesion á los turcos de gran parte de las colonias cristianas, y Ricardo volvió al occidente, donde le llamaban urgentísimos negocios tocantes al reino de Inglaterra.

La adversidad perseguia siempre á aquel héroe, maldecido por su padre, y cuya sombra le acosaba por todas partes para no darle un momento siquiera de descanso. Temeroso del rey de Francia, no quiso abordar á ningun puerto de sus dominios; pero huyendo de un peligro incierto, cayó en un riesgo seguro al atravesar los estados de Leopoldo, duque de Austria: este príncipe, que tenia con el rey de Inglaterra una cuenta pendiente contraida allá en el Oriente, creyó que la ocasion, propicia, le brindaba la oportunidad de saldarla. Preso y en estrecha incomunicacion, ignorante toda la Europa de su paradero, el invicto héroe, que habia cogido tan colmada cosecha de inmarcesibles laureles en las playas de la Palestina, sufrió mas de un año un duro y no merecido cautiverio; y es lo extraño que tan injusta violencia no alarmó á los reyes ni á los barones de la Europa: el duque de Austria, por lo visto, no hacia mas que usar del derecho de gentes de la época, y que por cierto tenia mas de comun con las costumbres de los piratas ó de países habitados por salvajes que con las de pueblos civilizados. Un trovador descubrió el sitio en que yacia prisionero el rey de Inglaterra, y des-

de entonces toda la nacion, á costa de mil sacrificios, no pensó mas que en su rescate. No fué cosa fácil el avenirse sobre el precio, que el aleman lo pedia exorbitante, y Ricardo regateaba hasta dar lo menos posible: concluyóse tan vergonzosa negociacion al fin, cual pudieran haberla hecho entonces las tropas de Saladin ó mas tarde los estados berberiscos; con lo cual pudo volver á sus dominios, harto mal parados con la regencia, con visos de usurpacion, que el príncipe Juan habia ejercido en los últimos tiempos de la ausencia del hermano. No fué muy de aplaudir el gobierno de Ricardo, mas atento á su provecho propio que al de sus súbditos, mas dispuesto á ejercer venganzas que á calmar pasiones; como aquel que nació con prendas sobresalientes de mílite guerrero, y no con las de político prudente y aventajado. Ni largo ni glorioso fué su reinado; pero los ingleses no echaron de menos las cualidades que le faltaban: tantos eran los vicios, las malas artes y la perfidia del sucesor. El reinado de Juan Sintierra es un baldon en la historia de la Gran Bretaña: la tiranía y la estupidez del Monarca corrian parejas; tenia mucho de la crueldad de Neron y no poco de la incapacidad de Calígula; ni sabia hacerse amar, porque sus obras fueron siempre malas; ni hacerse respetar, porque el respeto es la veneracion, y la tiranía no puede ser respetada; ni hacerse temer, porque la debilidad era la base de su carácter. En la época aciaga de su reinado se experimentaron todas las calamidades que un mal gobierno sabe atraer sobre los pueblos; pero tambien en cambio se echaron los sólidos cimientos de la constitucion política, que para gloria y prosperidad de la Inglaterra hoy todavía subsiste con admiracion y para vergüenza de las naciones continentales. Cuestiones graves acerca de las investiduras episcopales y de otros beneficios y dignidades eclesiásticas enemistaron al rey Juan con la corte de Roma: ocupaba á la sazon la silla de San Pedro Inocencio III, que en mejor edad y con mas voluntad que sus antecesores, se habia propuesto llevar á efecto el pensamiento de Hildebrand: sus talentos, su saber y su virtud le hacian muy á propósito para concluir la grande obra del pontificado, la de establecer la supremacía espiritual sobre todos los estados temporales de la cristiandad. Sostenida la contienda por partes tan desiguales, no era difícil prever de cuál de ellas estaria el triunfo; pero antes de que este llegase, se juntaron en aquella desgraciada nacion los horrores de una guerra extranjera con la intranquilidad que producen en las conciencias las discusiones de un cisma. No pudiendo el Pontífice vencer la tenacidad del Rey, echó mano de una de las mas poderosas armas que tenia el Vaticano para vencer, sujetar y humillar á los príncipes que no se sometian de buen grado á sus órdenes ó insinuaciones. Publicó el entredicho en toda la nacion inglesa y en todos los estados que de ella dependian, causando tan grande temor y sobresalto en aquel tiempo de fe y fervor religioso, que pudo contar el Rey desde entonces por perdida su corona. Constituia el entredicho un estado excepcional en la Iglesia: cerrábanse los templos, cesaban los divinos oficios, cubríanse los altares con un velo denso y negro, no se administraba á los fieles

los sacramentos, á excepcion del bautismo; los cadáveres quedaban insepultos; se celebraban los matrimonios en la morada de los muertos; ni los hombres se afeitaban, ni las gentes se saludaban ni visitaban; por último, esta arma terrible estaba calculada para inspirar un profundo terror en todos los corazones, y para que alcanzase á los grandes y á los pequeños, á los soberbios como á los humildes.

La iglesia de Roma tenia tan bien dispuesto su arsenal, que imaginando una gradacion continua de anatemas, los castigados abrigaban siempre el temor de sufrir todavía una pena mayor. Después del entredicho llegó la excomunion para el Rey; y viendo sus súbditos que el Papa mandaba que Juan Sintierra fuese excluido de la sociedad humana, se retiraron de su casa y de su servicio los próceres y magnates que lo rodeaban, empezando á dar ejemplo de tan sumisa obediencia á las órdenes de Roma el alto clero, que no miraba con buenos ojos al Rey, no tanto por las justas causas de odio contra él concitadas, sino porque habia osado atacar sus inmunidades y exorbitantes privilegios. El arcediano de Norwich, que gozaba, además de su eclesiástica dignidad, un empleo de mucha consideracion en la corte, fué el primero que hizo dimision; y por este acto, respetado en todos tiempos, fué condenado á morir en medio de grandes suplicios. Ejemplar tan injusto y tan atroz, infundiendo gran pavor en la grey santa de los levitas, huyeron del santuario y del reino, y emigraron á los países inmediatos obispos, dignidades y simples sacerdotes; siguió el impulso dado por el clero la nobleza; de manera que el Rey quedó solo en medio de un pueblo que le detestaba por su orígen, y que le despreciaba por su debilidad.

Después de la excomunion llegó la relevacion para los súbditos del juramento que tenian prestado, y la excomunion tambien para todo el que mantuviese con él la mas pequeña relacion de palabra ó por escrito, pública ó reservadamente; y por último, después de todo, el Papa se decidió á emplear el último recurso, declarándolo desposeido del reino, y nombrando para sucederle al rey de Francia Felipe Augusto, príncipe piadoso, que habia ilustrado su vida peleando algun tiempo en la Tierra Santa contra los infieles. Pero esta mal calculada determinacion produjo un efecto naturalmente contrario á la intencion del que la dictó. No muchos, pero algunos parciales de valía encontró el rey Juan, y el pueblo casi por unanimidad se mostró deseoso de combatir por la independencia de su patria, acordándose de todo lo que habian sufrido sus mayores con la invasion normanda. El francés, sin embargo, se preparaba para la conquista con buen golpe de gente; que no era ciertamente para perdido un derecho que el Papa ponia en sus manos, y que en aquella época constituia una legitimidad la mas valedera á los ojos de los súbditos. No anduvo el inglés tampoco perezoso; que en poco tiempo, y aprovechando la mala impresion que habia causado la bula, juntó un numeroso ejército con que poder defender su corona, que por instantes se le caia de las sienes. Pero la política de Roma, cambiando de improviso, dejó en suspenso los dere-

chos de los dos campeones; y como el litigio quedaba siempre en pié, quiso pronunciar la sentencia á favor del que mas ganancia le diese. No temia la prevaricacion, como ni tampoco la simonía, aquel juez árbitro por su propia voluntad, aunque consentido por todo el orbe cristiano. La causa de tan repentina mudanza no fué otra mas que el conocer el Papa la debilidad del carácter del rey de Inglaterra; esperando por lo mismo en los últimos instantes grandes ventajas para la Iglesia. No se engañó en sus pronósticos el papa Inocencio; porque Juan, temeroso del resultado de la guerra, odiado de sus vasallos, y en abierta hostilidad con la corte de Roma, cedió de pronto de todas sus pretensiones: la altivez se convirtió en humillacion, el valor en cobardía, y la dignidad en bajeza. A las insinuaciones del legado pontificio prestó oidos aquel rey, que en su deseo vehemente de vivir y de reinar, prefirió la ignominia y el deshonor al decoro y á la honra. Pandolfo se llamaba el legado: artificioso y doble, como eran los italianos del siglo XIII, supo insinuar tan oportuna y cautelosamente su pensamiento al Rey, que este cayó en la red maravillosamente tejida; y ya no hubo mas voluntad que la del italiano, ni otros deseos en el Príncipe que los de tener por padrino al que antes habia sido su mas decidido adversario. El resultado de esta negociacion fué el juramento mas extraño que príncipe ninguno ha prestado jamás; pues aunque en las historias abundan los actos de locura de emperadores y reyes, no hay uno parecido por sus circunstancias al que nos ocupa en estos momentos. Hé aquí su tenor: «Yo Juan, por la gracia de Dios rey de Inglaterra y señor de Irlanda, de mi propia, libre y espontánea voluntad doy y confiero á la iglesia de Roma, al papa Inocencio y á todos sus sucesores, con el objeto de que Dios perdone mis pecados, el reino de Inglaterra y todos los derechos y prerogativas de mi corona. Desde ahora para en adelante me considero como vasallo del sumo Pontífice, y en tal virtud juro guardar fidelidad á Dios, á la iglesia de Roma, al Papa mi amo, y á todos sus sucesores legítimos. Y me obligo á pagarle un tributo anual de mil marcos, en esta forma: setecientos por el reino de Inglaterra y trescientos por el de Irlanda.» Acto continuo prestó el Rey homenaje al Legado, y este le puso la corona de nuevo sobre su cabeza, como aquel que la habia perdido por efecto de la excomunion y de la canónica deposicion, fulminadas ambas por el mismo Pontífice, que aceptaba nada menos que la donacion de un reino poderoso.

Otro acontecimiento no menos importante, y de grandes y favorables consecuencias, ocurrió en el reinado de este príncipe. La tiranía, y hasta el delirio, que se habian apoderado de la flaca cabeza del rey Juan, llegaron á tal extremo, que ni los barones del reino ni los vasallos encontraban ni seguridad para sus vidas ni para sus propiedades. La tiranía cuando se reviste ya con los síntomas de la locura, es insufrible, y por lo mismo poco duradera; y de esperar era que este principio, que rara vez se ve desmentido en la historia, no hallase su aplicacion en Inglaterra en los desgraciadísimos tiempos de que vamos hablando.

El Primado, elegido contra la voluntad de Juan, fué el primero que, asociándose á todo el alto clero inglés, preparó el camino para una gran revolucion que, disminuyendo el poder del Rey, pusiese á cubierto el país de la insania del Monarca. Aquel prelado, llevado de su patriótico celo, segun unos, creyendo otros que le estimulaba el deseo de grandes ganancias para los de su clase, supo convencer á los magnates y próceres de la nacion, decidiéndolos á que procurasen la reivindicacion de sus fueros antiguos, menospreciados y hollados por la omnímoda voluntad del que todo lo mandaba, sin temor de Dios ni de su justicia. Tuvieron los conjurados sus juntas y conciliábulos; extendióse la conjuracion, de los atrevidos hasta los tímidos, cuando supieron el objeto santo que defendian; firmóse una concordia firme y valedera, segun la costumbre de aquellos tiempos; armáronse de punta en blanco los nobles, abastecieron sus fortalezas, requirieron sus armas y caballos, repararon los muros de sus castillos, y un dia señalado de antemano sorprendieron al Rey, exigiéndole, mas bien que pidiéndole, la confirmacion de la carta otorgada por el rey Enrique I. No tuvo á bien el Monarca contestar en el acto, ni extrañaron los conjurados esta conducta, atendiendo al negocio arduo que los conducia á su presencia: señaló aquel un plazo, cuyo intervalo quisieron aprovechar ambas partes; los unos apercibiéndose con nuevos esfuerzos, el otro echando mano de armas prohibidas y traidoras. Solo el rey Juan en el Estado, sin tener hombre de valía que le acompañase ni quisiera seguir su bandera, impetró de los obispos, y muy particularmente del Primado, bulas de excomunion para sus contrarios; pero el Primado, que, como hemos visto, era el jefe de la conspiracion, negó este recurso al Príncipe, diciéndole que no veia delito en los barones; que pedian lo que de justicia se les debia, á saber, sus antiguos fueros y sus libertades, adquiridas á costa de su sangre en anteriores reinados. Por último llegó el vencimiento del plazo, y entonces el Rey no tuvo para su defensa otro recurso que el que tienen los hombres débiles y vulgares: el de acudir á la súplica y al ruego; lo cual, si en personas particulares no arguye mas que pequeñez de espíritu y falta de ciertas prendas morales, en los reyes es la abdicacion completa de su dignidad, de su respeto y de su corona. Firmó el Rey cuanto quisieron los grandes de su reino, reunidos todos en un pueblo cerca de Windsor, en donde la bandera de la libertad se enarboló por primera vez después de la conquista.

Presente está todavía en la memoria de todo buen inglés la historia de la Carta Magna, orígen y principio de la actual constitucion; que aseguró á todas las órdenes del estado numerosos privilegios, que no eran otra cosa mas que otras tantas cortapisas al poder de los reyes. En cuanto al pueblo, debia pasar todavía algun tiempo, aunque no mucho, para que, saliendo de la tutela, ó por mejor decir, de la esclavitud en que lo habia sumido el régimen feudal, hiciese gala de su poder y ostentase sus derechos en asambleas deliberantes. Sin embargo, la Carta Magna hizo tambien mencion de los intereses generales de la

nacion; lo cual, aunque negado por algunos críticos, ó mal informados, ó preocupados contra todo acto aristocrático, quedará en claro al examinar rápidamente las disposiciones de aquel importante y venerable documento.

La perfidia del rey Juan no le permitió guardar su juramento con lealtad, mucho mas tratándose de un asunto para él tan importante como era la inviolabilidad de su omnímodo poder; la gran Carta fué en sus manos una letra muerta, como tantas otras constituciones antiguas y modernas: el rey que no habia tenido inconveniente de matar con sus propias manos á su sobrino Arturo, con mas títulos á la corona que él; que habia entregado la nacion en feudo y vasallaje á un soberano extranjero por salir de un mal paso; en suma, que habia cometido toda clase de crímenes, creia cosa liviana el faltar á su palabra empeñada, cuando la ocasion y la astucia le mostraban un camino cierto para burlar los deseos de la opulenta y poderosa aristocracia y desvanecer las esperanzas de su pueblo. Del Papa consiguió la anulacion de la Carta Magna, y de un cuerpo de tropas extranjeras el apoyo necesario para hacer obedecer el rescripto pontificio y sus tiránicos deseos. Volvieron entonces los barones los ojos á la Francia, último recurso de todos los descontentos de Inglaterra: allí estaba siempre la masa dispuesta; y su rey con poderoso ejército embistió con la Inglaterra, como en los tiempos de Guillermo, con la sola diferencia de que ahora era bendecido el extranjero, mirándolo como libertador de un yugo opresor é ignominioso. Cruzáronse tambien excomuniones de Inocencio III, que ahora defendia á Juan, ó mas bien, defendia su tierra y su feudo, pues se advertia en las bulas y rescriptos de Roma que aquella corte, al hablar de la Gran Bretaña, hablaba como de cosa propia, habiendo adoptado el lenguaje propio de la época, el de la constitucion feudal, que por entonces habia alcanzado ya su completo desarrollo. La nobleza inglesa, la francesa, el Rey y el Papa, pendientes estaban del resultado de aquella guerra feudal, que para nadie ofrecia ventajas considerables, pues la primera tenia que optar entre la dominacion extranjera ó la tiranía doméstica, y la segunda tenia grandes temores de una derrota no del todo inverosímil, añadiendo el Papa el peso de su autoridad á la causa de la nacionalidad inglesa. Pero este nudo gordiano se desató con grande facilidad cuando menos se esperaba y por el medio que á nadie se habia ocurrido, á saber, por la muerte de Juan, autor de tantos males y promovedor constante de tantos escándalos. Los ingleses aceptaron á su hijo con gusto y con entusiasmo; el Papa retiró sus censuras, y el rey de Francia sus huestes, burlado por la segunda vez en el proyecto de conquistar la Inglaterra.

Hemos llegado ya al tiempo en que el régimen feudal empieza á decaer; en que la autoridad del Soberano, mas poderosa en Inglaterra que en el continente, á causa de la rivalidad de los dos pueblos que encerraba en su seno aquella turbulenta sociedad, recibe modificaciones esenciales; y en que, por último, las fuerzas existentes en aquel país manifiestan sus conatos de tomar parte de una manera muy activa en la gestion de los negocios públicos. Hemos llegado tambien á

la época en que puede decirse que desaparecen casi completamente los síntomas de division de las dos razas de los dos pueblos, que hasta ahora se mantenian divididos y en lucha. A nosotros, que, mas que narrar cronológicamente la serie de los reyes, nos place contar la historia de los pueblos, sus prosperidades, sus glorias, su engrandecimiento, ó su decadencia y ruina, nos permitirán nuestros lectores algunas palabras acerca de los últimos momentos del pueblo sajon antes de entrar en el inmenso océano de lo que hoy se llama nacion inglesa; magnífico y vasto imperio formado de partes tan distintas y de tan especial índole.

A su vuelta del cautiverio, Ricardo se vió en la imprescindible necesidad de rescatar con las armas una gran parte del patrimonio que habia heredado por la muerte de su padre. Su hermano Juan, ayudado por el rey de Francia, ocupaba algunas plazas fuertes, y entre ellas la de Nottingham, que, á pesar de su tenaz resistencia, cayó tambien en poder del Rey. Después de su rápida victoria, y como para descansar de las penas de su prision, emprendió un viaje de placer por los sitios mas pintorescos de sus dominios; entróse con toda su comitiva por los espesos bosques que desde Nottingham se extienden hasta el centro mismo del condado de York, en donde se presentó á su vista un tan magnífico espectáculo, cual en toda su vida y en todas sus largas correrías habia visto semejante; quedando de todo él muy prendado, segun dice un historiador contemporáneo. Después de un largo encierro agrada sobremanera la vista del campo; explávase la imaginacion con risueñas ideas, y la contemplacion de los dilatados horizontes llena el alma de indefinible placer, presentando á los ojos el porvenir bajo un prisma de bellísimos colores. No solo por esto, sino por el deseo de pasear por aquellos bosques, que tenian cierta peligrosa celebridad, Ricardo, el tipo mas fiel del hombre de aquellos tiempos, quiso entrarse por lo mas enmarañado, buscando aventuras y nuevos riesgos, no contento con los ya corridos en tantas y tan aciagas correrías emprendidas por su valor. En esta época vivia en aquellas espesas selvas un hombre, al cual adoraban los esclavos, los miserables, los pobres; en una palabra, los exheredados, como llamaban á los sajones las antiguas crónicas. La vida de este hombre está, mas bien que contada por la historia, cantada por los antiguos romances y pintorescas baladas, que son un incontestable testimonio del amor profundo y tierna amistad que profesaba el pueblo inglés á Robin Hood y á sus compañeros, que corrian alegres por las montañas sin querer reconocer todavía la dominacion normanda. Era bastante numerosa la partida que acaudillaba este jefe, que pasaba á los ojos del Gobierno y de sus inmensos parciales como un jefe de bandidos, y á los del pueblo vencido como un patriota celoso defensor de la independencia de su patria: su grande audacia y su extremado valor infundian un terror pánico á los condes, vizcondes, barones y abades de toda Inglaterra; y en cambio, un gran consuelo y una esperanza á los siervos, labradores, menesterosos y gente del campo. Todos los individuos de aquella tropa desalmada vivian libres, alegres y diver-

tidos, como quien vive de lo ajeno y reparte lo que no es suyo en buenas obras. Pero, fuese para aquietar los escrúpulos de su conciencia, ó llevados de un ciego fanatismo, y esto es lo mas probable, consideraban la conquista como un sacrílego despojo; y á ellos, como los representantes del pueblo despojado, los únicos y verdaderos dueños de todo el país. Sus iras naturalmente les conducian á ejercer actos vandálicos contra los ricos normandos, clérigos ó legos; y sus dádivas y distribuciones se repartian entre los infelices, á quienes la conquista habia perjudicado mas. En vista pues de esta conducta, no era extraño que Robin Hood y sus compañeros fuesen mirados por los muchos pobres y menesterosos como hombres enviados por la Providencia para remediar sus males y aliviar su miseria.

Las sorprendentes hazañas de este hombre y de sus subordinados, sus victorias, y las milagrosas aventuras con que se libertó del poder de los normandos y de un suplicio cierto, forman la base de la historia nacional de Inglaterra durante un largo período. Todas las virtudes y todas las cualidades de la edad media, todas están personificadas en Robin Hood: si Ricardo es el tipo del hombre ilustre, el jefe sajon es el tipo del hombre del pueblo, y ambos llevan consigo el sello que distinguia á los hombres de aquel tiempo, ricos ó pobres, nobles ó pecheros: la religion y el valor. Si estaba oyendo misa Robin Hood cuando le perseguian sus adversarios, no salia de la iglesia aunque corriese el grave riesgo de caer en sus manos. Esta acendrada piedad no solo le valió gran respeto en los tiempos de su vida, sino que se dilató su fama después de muerto, hasta el punto de ser venerado como un santo, y colocado en el calendario popular de los mártires de la independencia sajona. En el dia de su fiesta no era permitido trabajar ni ocuparse en otra cosa que en saraos y juegos. Todavía en el siglo xv duraba esta costumbre; y á ellos asistian los hijos de los sajones y de los normandos, sin recelar siquiera que celebraban juntos las sangrientas desavenencias de sus padres. En el siglo xvi, después que la reforma habia dado un nuevo estímulo al celo religioso, duraba todavía la costumbre de celebrar á Robin Hood; á tal punto, que un célebre predicador llegó el dia de tan popular fiesta á un pueblo de las cercanías de Lóndres; el predicador era hombre de grande y merecida fama, y en aquella época de ardientes disputas teológicas un sermon era un acontecimiento que llamaba la atencion pública hasta un punto increible en los tiempos que hemos alcanzado. Pero ni el entusiasmo religioso, ni la elocuencia y crédito del obispo Latimer, que era el orador respetable que debia dirigir la sagrada palabra al pueblo, pudieron atraer á la iglesia uno solo de sus habitantes. Así lo cuenta el mismo prelado: «Al dia siguiente muy de mañana fuí á la iglesia, ¡y cuál seria mi admiracion encontrando cerradas con llave sus puertas! Una hora larga esperé la llave, pero el que la trajo me dijo: Señor, hoy estamos aquí todos muy ocupados y no podemos oiros, porque es el dia de Robin Hood; todos los feligreses han ido á cortar ramas de árboles para

festejarle, y os cansariais en vano esperándolos.» El Obispo al oir esto se quitó los capisayos, emprendió su camino, no sin oir á lo lejos el ruido que hacian los campesinos, que representaban en un inmenso teatro los papeles de Robin Hood, de Juanito y de otros compañeros de aquel invencible guerrillero.

A punto fijo nada se sabe de la muerte de este héroe popular : los romances y las baladas callan acerca de este punto : solo habla la tradicion vulgar, que asegura haber perecido en un convento de monjas, adonde se habia retirado con el objeto de curarse una enfermedad. En el siglo XII estudiaban muchas mujeres la medicina, y confeccionaban tambien los medicamentos, que gratuitamente suministraban á los pobres. Es probable que Robin Hood, enfermo, hubiese ido á buscar la salud, y encontrase la muerte, que le dió una monja normanda, segun dice la tradicion ; pero nada nos atrevemos á negar ni á afirmar sobre ello. Después de la muerte de este hombre célebre, la partida que mandaba se disolvió, pidiendo unos perdon al Rey, y marchando otros á Irlanda á continuar la guerra contra los normandos con mas seguridad que en Inglaterra. Robin Hood es el último de los bandidos sajones que haya sido considerado como un patriota defensor de la independencia. Muerto él, su oficio subsistió por mucho tiempo, pero descendió naturalmente al rango y clase de una profesion infame ; y esto acontecia á medida que la raza inglesa, acostumbrándose al yugo, se adhirió ya por hábito al sistema que en su desesperacion no habia hecho mas que tolerar. Todavía queda que mencionar otra protesta, y esta será la última que hace el pueblo vencido, para aceptar de buen grado su suerte, y ser, como el vencedor, participante de las glorias y de las desgracias de la patria comun.

En el año de 1196 el rey de Inglaterra mantenia una guerra muy activa con el de Francia, y para continuarla con éxito necesitaba auxilios pecuniarios, que con toda urgencia requeria de los súbditos por medio de sus oficiales. En tal ocasion se dirigieron estos á la ciudad de Lóndres, imponiéndole un tributo extraordinario y exorbitante, injusto por su reparticion desigual. Reuniéronse para conferenciar sobre ello los miembros mas influyentes del tercer estado en la sala del Consejo : los ingleses indígenas estaban en mayoría ; pero allí, como en todas partes, acostumbrados á obedecer, eran vencidos, mas por miedo que por razon, por un corto número de normandos dedicados al comercio y á otras profesiones lucrativas ; pero entre los indígenas se hallaba un hombre dotado de grande energía, verdadero patriota sajon, el cual, entre otros usos que con cierta supersticion guardaba, era uno el de conservar la barba, para diferenciarse de la raza normanda, que la llevaba cortada ó afeitada con esmero. Llamábase Guillermo, y amábanlo sus paisanos hasta con delirio, porque, aun á riesgo de su vida, estaba dispuesto á defender las propiedades y derechos de sus amigos en los tribunales, ante la justicia del condado, y aun del mismo Rey. Era rico y además estudioso, dado á la lectura de los libros de jurisprudencia ; sabia la-

tin y francés ; de manera que no habia ninguno en aquel tiempo, ni clérigo ni monje ni lego, que le aventajase en el bien decir cuando se presentaba ante los tribunales á pedir justicia en favor de alguno de sus amigos y compañeros de infortunio. Si hablaba en inglés, su elocuencia era arrebatadora, y entusiasmaba á sus paisanos con los alardes que de continuo hacia de vigorosa independencia. Llamábanle el defensor ó abogado de los pobres ; y los normandos, como por burla ó desprecio, le decian el Hombre Barbudo ; acusándole al mismo tiempo de tendencias revolucionarias, como el que queria sublevar á la multitud, seduciéndola con los halagos y promesas de un risueño porvenir.

Este importante personaje, último representante de la hostilidad entre los dos pueblos, que hasta entonces habian vivido de todo punto separados, se presentó en la gran reunion del pueblo de Lóndres el año de 1196. Segun la antigua costumbre de los jefes de aquel municipio, la distribucion se hizo cargando la mano á los indígenas y aliviando el peso á los ricos normandos. Guillermo se opuso á aquel injusto repartimiento con la energía de que él solo era capaz ; sus contrarios, á falta de razones, le contestaron con injurias y calumnias, queriendo envolverle en un proceso político, tachando su conducta de desleal para con el Rey. « Los desleales y los traidores sois vosotros, les dijo, que usurpais las cantidades propias de su tesoro real ; yo mismo veré al Rey, me arrojaré á sus plantas, y le daré cuenta de vuestra avaricia y de vuestra crueldad. » Cumplió el patriota sajon lo que habia ofrecido : Ricardo se hallaba en la Normandía ; allá fué Guillermo el Barbudo, y expuso al Rey los motivos de su queja, la cual apenas fué oida por el que tenia tantos negocios de grande interés pendientes. Pero los viles cortesanos se aprovecharon de aquella ocasion para renovar los odios y de nuevo ejercer venganzas sobre los pobres sajones. El gran Canciller mandó que los del pueblo de Lóndres no saliesen de la ciudad, bajo pena de prision y de proceso, por traidores al reino y al Rey. Esta órden inicua, y los muchos actos de violencia que fueron su precisa consecuencia, alarmando al pueblo de Lóndres, irritaron á sus habitantes hasta el caso de declararse en abierta rebelion contra la tiranía de sus autoridades. Todos los hombres en estado de llevar armas se asociaron con el objeto de proveer á la comun defensa ; armábanse á la ligera, con grandes precauciones, y del modo imperfecto con que los siervos, plebeyos y pecheros podian armarse en aquellos tiempos, en que les estaba vedado el uso de armas. Guillermo el Barbudo era el jefe, el director y el instigador de aquel movimiento, que por el secreto inviolable que se guardaba entre todos, y los juramentos que hacian, y el órden jerárquico establecido, se asemejaba mucho á las sociedades secretas de los tiempos modernos. Cuando el número de los adeptos llegó á la increible cifra de cien mil, fueron conocidas del público y del Gobierno sus maniobras. El atrevido sajon animaba con su elocuencia popular á sus paisanos, á quienes exhortaba á la paciencia hasta que llegase el momento de la libertad, que ofrecia no estar muy lejano. El orador se entusiasma-

ba con los aplausos que recibia, mostrando en sus discursos el mismo cuidado y la misma cautela que mostraba en los suyos, siglos después, el gran agitador de la Irlanda. Sus razones eran vagas, sus sentimientos confusos, sus pensamientos, aunque se traslucian de algun modo, estaban envueltos en las telas tupidas de la metafísica y de la religion, para prevenirse de este modo contra las persecuciones de la justicia. Lo que no valió á O'Connel en el siglo XIX, ¿habia de valerle á Guillermo en el siglo XII, cuando la fuerza, con menosprecio del derecho, era el único elemento de aquella sociedad? No le valieron ciertamente sus discursos místicos ni sus razonamientos religiosos : los altos empleados normandos, los condes y barones de Inglaterra reunidos citaron al sajon para hacerle severos cargos por su conducta. La asamblea se retiró sin determinar nada contrario ni favorable al que miraba como su acusado ; imponíale la popularidad de que gozaba y el bello espectáculo de todo el pueblo irritado, que le acompañaba á la audiencia. Los jueces creyeron, y creyeron bien, que era mas fácil vencer al pueblo con la astucia que con la fuerza, y desde entonces ellos y sus diestros emisarios trabajaron para aquietar los enemigos, haciendo ofrecimientos que no se habian de cumplir, y promesas lisonjeras que no habian de tener resultado. Como prueba del avenimiento y del concierto tácitamente celebrado, pidieron al pueblo sus gobernantes cierto número de rehenes, que los que mandaban la multitud no tuvieron valor para rehusar ; y desde entonces el entusiasmo se convirtió en estupor, y el valor en miedo. Aun todavía los magistrados reales no se determinaban á poner la mano sobre el ídolo del pueblo, y esperaron ocasion oportuna para, hallándolo solo, cometer á mansalva el desafuero. No tardó mucho en presentarse, y de llevar á cabo la venganza con traicion y felonía ; pero la audacia de Guillermo y de nueve sajones que le acompañaban le salvó de la prision, aunque momentáneamente. Después de una tenaz resistencia se refugiaron á una iglesia, pero por consejo del arzobispo de Cantorbery pusieron sus dependientes fuego á los cuatro costados, y medio atufados con el humo los perseguidos, se entregaron en manos de la justicia : ya en el camino de la cárcel, un normando dió de puñaladas á Guillermo, el cual, moribundo, atado á la cola de un caballo, fué puesto en la horca, y con él sus nueve compañeros. El pueblo de Lóndres en el entretanto, guardado por numerosas tropas, no supo defender á su ídolo ; se contentó solo con llorar á su bienhechor. «Así murió Guillermo el Barbudo, dice una crónica contemporánea, sin mas motivo que haber abrazado con entusiasmo la defensa de los pobres y de la verdad. Si la nobleza de la causa es bastante para hacer mártires, ninguno lo es mas que él.» El pueblo le otorgó esta corona ; de lejanas tierras venian los sajones á sembrar de flores el lugar de su sepultura ; de la madera que sirvió para el suplicio no quedó ni una astilla, y la tierra de alrededor fué poco á poco llevada por los devotos hasta el extremo de abrir con sus manos una profunda zanja. Guillermo es el último mártir de la independencia sajona.

No por eso queremos decir que la fusion de los dos pueblos fué desde este momento completa, sus miras idénticas y sus intereses los mismos. Las antiguas causas de division existian; pero por una parte las disensiones de los vencedores, dando lugar al sosiego de los vencidos, hacian su vida mas apacible; por otra, el tiempo, que todo lo suaviza, les obligaba á llevar con mas paciencia su suerte; y por último, la esperanza les comenzaba á abrir nuevas vias, anchos caminos para conseguir por otros medios lo que no habian logrado alcanzar con las rebeliones costosas, tan pronto levantadas como sofocadas por la inexorable voluntad de los normandos. En los tiempos del rey Juan comienza esta era, y en la misma época puede decirse tambien que tiene su principio el gobierno representativo en Inglaterra.

VI.

Desde el siglo IX hasta el XIII, el sistema feudal se extendió como una red de gruesas mallas por todas las naciones europeas. Todas ellas estaban en el estado de conquista, las unas con la victoria obtenida sobre pueblos latinos, las otras sobre pueblos de orígen céltico: para asegurarla y consolidarla, el sistema feudal se prestaba admirablemente. No era fácil ni útil ni conveniente exterminar al pueblo vencido; era mas cómodo, mas humano, mas ventajoso esclavizar á sus moradores. Los repartimientos de tierras entre los jefes del ejército invasor, cambiando de todo punto la condicion social del pueblo sometido, les obligaban por gratitud, por utilidad y por necesidad á sostener al Rey en su dignidad, y á acompañarlo á la guerra: primera obligacion que la donacion imponia á los que la recibian. Los jefes, ricos ya con el despojo de los vencidos y con la generosidad del señor principal ó Rey, repartian sus tierras entre los soldados con las mismas condiciones y con un cánon ó contribucion, que constituia su renta. Los jefes de aquel ejército de ocupacion no habian perdido con la nueva civilizacion por ellos adoptada las antiguas costumbres que tenian cuando habitaban los países medio salvajes que abandonaron, empujados los unos pueblos por los otros hácia los países meridionales; así es que servian á sus reyes con fidelidad, segun la ley del feudo; pero juntos con el Monarca resolvian los mas arduos negocios de la paz y de la guerra, y tambien se constituian en tribunal para declarar puntos litigiosos; de suerte que aquellos aristócratas barones no eran juzgados en lo que tocaba á sus personas ó á sus propiedades mas que por sus iguales. A semejanza de los barones, los caballeros feudatarios de estos constituian su consejo, y eran oidos y escuchados de la misma manera en la junta ó asamblea de la baronía ó del condado. Tal era la organizacion que tenia la sociedad durante la dominacion del régimen feudal, y lo


11

VI.

Augusto de belvedere lit





PRINCIPE ALBERTO.

mismo acontecia, con corta diferencia, en Francia que en Italia, en Inglaterra que en España. No era muy suave este régimen para los conquistados, los cuales mas se asemejaban á los parias del Oriente que á ciudadanos libres; pues sobre ellos pesaban todas las cargas, todas las injusticias, y hasta las mas absurdas estravagancias, resultado las mas veces del mal humor de sus amos.

La naturaleza de este sistema impedia al Rey el ejercicio de un omnímodo poder: la incumbencia de los barones en todos los negocios arduos, su importancia siempre en aumento á medida que la guerra añadia á los antiguos nuevos heredamientos, y la directa dependencia de los vasallos, hacian de los señores otros tantos reyes, con los cuales era preciso transigir diariamente hasta el punto de dividir con ellos la soberanía. El régimen feudal era naturalmente contrario al sistema monárquico y sumamente favorable al gobierno aristocrático, que en aquellos tiempos de ignorancia y de fuerza era el símbolo perfecto de la mas odiosa tiranía. En Inglaterra, y en los primeros reinados que sucedieron á la conquista, los barones se vieron en la imprescindible necesidad de sujetar su altiva voluntad á la del Monarca, porque en los tiempos de guerra, y por consiguiente de peligro, los partidarios de una misma causa forman una falange compacta, por el temor de que el enemigo entre en la fortaleza por la brecha que puedan abrir sus disensiones domésticas, y guardan para el dia de la paz la solucion de las muchas cuestiones que les agitan. Así es que en la época, desgraciada para la nacion inglesa, del reinado de Juan Sintierra, cuando el pueblo vencido, cansado de protestar inútilmente, se resignó á sufrir su dura suerte, el partido vencedor ó dominante se dividió profundamente, quedando á un lado el Rey, harto debilitado con los rudos golpes que le asestaba la aristocracia, y á otro la altiva nobleza, que defendia con la espada las consecuencias lógicas del sistema feudal. Apenas comenzada en el reino la guerra civil, terminó por una transaccion: á este medio suelen ocurrir los monarcas cuando no pueden llevar adelante los planes que se proponen. La Carta Magna, documento quizás el mas importante de todos los que vieron la luz en los siglos medios, fué el íris de paz que serenó las tempestades de aquel nubladísimo horizonte. Unos escritores han celebrado con patriótico entusiasmo este documento, arrancado á la fuerza, mas bien que otorgado por la voluntad del Rey; otros han sido mas escasos en tributarle elogios; pero todos convienen en que fué un gran paso dado en el camino de las libertades públicas. La Carta Magna puede cómodamente dividirse en tres partes: la primera trata de los privilegios del clero, la segunda, de los de la nobleza, y la tercera, de los del pueblo. Tocante á los primeros, no hace sino confirmar las libertades concedidas ya en anteriores documentos al clero poderoso y omnipotente de la Gran Bretaña. La segunda parte es la mas importante, como que en ella se resuelven todas las cuestiones del sistema feudal de un modo favorable á los intereses de los barones, y se consigna de una manera formal é inequívoca el antiguo principio, tantas veces defendido, tantas veces violado, que impone á las

asambleas políticas la obligacion de votar las contribuciones para que puedan ser cobradas por la corona. El consejo general del reino debia reunirse en períodos fijos, y el Rey quedaba obligado á expedir oportunamente sus convocatorias, señalando el dia y lugar : las cartas de convocatoria eran de dos clases; unas para los barones de primera clase, arzobispos y condes, y otras para los barones de segunda clase, caballeros, vizcondes, bailíos, etc., y estas iban firmadas por el Sheriff ó por los magistrados superiores del condado. En cuanto á la tercera parte, la Carta consignaba á los vasallos con respecto á los barones, aunque de una manera indirecta, las mismas inmunidades que estos tenian otorgadas por el Rey; tambien prevenia que la justicia se administrase con ciertas formalidades, de una manera fija y uniforme, y que ningun hombre libre fuese preso ni detenido ni desterrado sino en virtud de un auto judicial dictado por sus iguales y segun la ley del reino; por último, concedia libertad á los mercaderes para salir y entrar en la Inglaterra, de viajar por mar y por tierra para vender y comprar sin inconveniente ninguno, segun los antiguos usos y costumbres.

Pero en punto de otorgamiento de libertades de reyes á súbditos no es bastante reconocer los derechos ni hacer las promesas. Los monarcas cuando se ven en una necesidad apremiante no son parcos ni en lo uno ni en lo otro. Para conseguir algo de provecho en este particular es preciso que los derechos sean respetados y que las promesas queden cumplidas; y no olvidaron ciertamente los barones requisitos tan indispensables en la Carta Magna. Un consejo de entre ellos fué instituido para velar constantemente por el mantenimiento de las libertades públicas y el cumplimiento de las promesas del Rey; los ilustres miembros de tan respetable corporacion tenian un poder mayor que el del Monarca, pues á ellos tocaba resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse sobre quebrantamiento del pacto ó mala fe de cualquiera de las partes contratantes. A tal punto llegaba su supremacía, en órden á estos derechos, que hoy llamariamos fundamentales ó constitucionales, que después de una y otra conminacion hecha al Rey, tenian la facultad de declararle la guerra, perseguirlo y despojarlo de sus tierras y castillos, sin mas limitacion que la del respeto á su persona, la de la Reina y las de sus hijos; lo cual, mas que una condicion favorable de la monarquía, era un ludibrio. La tal garantía era, mas bien que esto, un llamamiento á la guerra civil; era la decision de todas las cuestiones por la fuerza de las armas; pero en el atraso de aquellos pueblos nada encontraron mejor : la sociedad no tenia, puede decirse, otro elemento que la fuerza ; este elemento servia para todo, y de él usaban los que accidentalmente lo poseian, sin que fuese otro el orígen de la debilidad respectiva de todas las instituciones, que tan alto grado de virilidad han alcanzado en Inglaterra en los tiempos modernos.

En el reinado de Enrique III conoció la nacion que la guerra civil era una garantía detestable, y que por los males que engendraba, era mejor no tener ninguna, realizándose de esta suerte el proverbio que dice que es peor el re-

medio que la enfermedad : afanáronse pues los barones y los caballeros para obtener la seguridad que buscaban, por otro medio menos costoso y mas asequible, y aunque no llegaron á conseguirlo del todo, echaron los fundamentos para que otros con mas suerte ó con mas habilidad lo alcanzasen. El hijo de Juan, que no parecia sino echado al mundo por la Providencia en momentos difíciles para salvar su país, quedó á la muerte de su padre en tan corta edad, que si bien su nombre sirvió de bandera al partido nacional, este tuvo que sufrir todos los males que siempre trae consigo una larga minoridad. Por fortuna habia mecido su cuna un hombre de singular talento y de lealtad probada : cosas ambas tan raras en aquel entonces, que si era difícil encontrar lo primero, era poco menos que imposible hallar lo segundo. Era este fénix de aquellos tiempos el conde de Pembroke, señor tan poderoso, que por sus muchos estados podia compararse con el mismo Rey, y valiente y colocado en altísima posicion, como que estaban á su mandado las tropas de todo el reino. El Conde alzó y juró por rey al niño Enrique, y se declaró regente, no tanto porque le aquejase el ansia de gobernar, como por hacer este bien al hijo de su bienhechor, y de salvar á su patria del duro trance en que se encontraba. Para popularizar el principio del reinado el Regente otorgó una carta, que no era otra mas que la del mismo rey Juan, la Carta Magna, aunque con algunas restricciones. Los barones se mostraron esta vez menos exigentes que la primera, y fué porque ahora no miraron mas que por sus intereses, descuidando completamente los del comun. Una constitucion otorgada por un príncipe á gusto de los súbditos en el principio de un reinado, es un salvoconducto para marchar prósperamente sin temer inquietudes de ánimos ni maquinaciones de pretendientes : no fué mas pronto otorgada, que desvanecerse como una sombra el partido francés, y quedar Enrique en pleno ejercicio y poder de la soberanía, aunque por su corta edad bajo la tutela del Regente. Los agentes del poder tenian la costumbre de violar estas cartas cada vez que les parecia; pero como estos hechos eran aislados, no excitaban la alarma que hubiera sido de desear, á fin de cortar un abuso que reducia á la mas completa nulidad y á una letra muerta la constitucion del Estado. Cuando el Rey llegó á su mayor edad fué el primero de sus actos la derogacion completa de las cartas otorgadas hasta entonces : creia llegado el momento de no necesitar del apoyo de los barones; pensaba que las clases todas de la sociedad estaban postradas; animábalo tambien para aquel tránsito, siempre peligroso, la corte de Roma, la cual le decidió á dar un paso que mas tarde debió pesarle; dando por pretexto que su tutor, y no él, habia sido el que habia otorgado aquellos instrumentos, que tanto perjudicaban á su omnipotencia soberana. *Cum nec sui corporis nec sigillii aliquam potestatem habuerit.*

Cuando el poder público se convierte en revolucionario, los súbditos siguen su ejemplo. Los barones comenzaron entonces á promover en el reino, por todos los medios que estaban á su alcance, la guerra civil; y perdonando la ligereza

de Enrique, ó doliéndose de su debilidad, hicieron guerra á muerte á un tal Hubert de Burgn, su favorito, al cual mas fácilmente podian vencer, como parte mas flaca. No les salió errada la cuenta, pues cuando el Rey se vió mas apurado con las exigencias de los nobles siempre en aumento, y con una serie no interrumpida de revueltas, que no le dejaban un momento siquiera de tranquilidad, hizo lo que generalmente hacen con sus favoritos los reyes: dejarlos abandonados á su ingrata suerte, para que de esta manera los yerros ó los crímenes propios queden á cargo de persona extraña, la justicia satisfecha, y el principio de la inviolabilidad cada vez mas asentado. Pero este pobre monarca á quien la historia trata con severidad, porque de él dice que no era á propósito para el cargo que ejercia, no podia vivir sin su cirineo; á este favorito en desgracia sucedió otro, y otros; y las cartas cada dia violadas y cada dia juradas, y la gente noble cada vez mas descontenta, y los planes de rebelion cada momento mas temibles. Cuando el horizonte político se carga de espesas brumas, basta solo una gota de agua para que se declare una deshecha borrasca; así lo vemos confirmado en la historia antigua y en la moderna, y así aconteció tambien en la Inglaterra.

Toda la nacion estaba disgustada por los continuos perjurios del Rey, por la manía ó la necesidad en que se hallaba de valerse de favoritos, y con el omnímodo poder que, no el clero nacional, sino la corte de Roma, ejercia sobre el asendereado gobierno. En aquel entonces un legado pontificio recorria los pueblos de Inglaterra, y cierto dia acertó á pasar por uno en el que á la sazon se hallaban unas cuantas docenas de estudiantes, pobres como buenos irlandeses; que esto de la pobreza parece haber sido patrimonio antiguo de aquella tierra. Ya fuese que á los estudiantes les llevase el olor de los manjares que para el Legado preparaba un robusto cocinero italiano, ya que les moviese únicamente la curiosidad, ó ya que quisiesen jugar alguna farsa á los extranjeros, cosa tan propia de aquella tropa festiva, el resultado fué que se entraron en la cocina. Uno de ellos, mas atrevido que los demás, pidió al jefe de aquel departamento le diese á él y á sus compañeros alguna cosa de las muchas que sobraban para el regalo del Legado, y que á él le faltaba de todo punto. El cocinero por respuesta le roció la cara con agua hirviendo; visto lo cual por otro de los estudiantes, le asestó una ballesta, y del ballestazo quedó muerto el cocinero en el acto. Alborotóse el pueblo cuando le fué conocido el caso, turbóse la paz de la fiesta que se preparaba para el Legado, huyó este y toda su casa, temeroso de las iras populares; acogiéronse al sagrado del Rey, y aunque este le hizo justicia cumplida, ni los ánimos quedaron ya tranquilos, ni desde aquel dia cesaron las intentonas de revueltas. El conde de Leicester se puso al frente de la famosa liga que hizo la nobleza, primero para limitar la autoridad del Monarca, y después para usurparla: hubo batallas y encuentros, y trances favorables y adversos por ambas partes; mucho tiempo tuvo el Conde la autoridad real; cúpole lo mejor en una de las jornadas decisivas; avínole lo peor en la última: pereció entre los suyos peleando como bueno, habiendo conseguido antes

un nuevo otorgamiento de otra carta en todo parecida á las anteriores, hasta en su violacion; cinco años después del otorgamiento murió el rey Enrique III, al cabo de un reinado mas largo que bueno, sin haberse dedicado á otra cosa que á estrechar sus amistades con el Papa, y sin otro entretenimiento que el de hacer, deshacer, jurar, violar, renovar, retractar y volver á renovar las cartas otorgadas á la nacion inglesa.

No debemos pasar en silencio la política que siguió el conde de Leicester cuando, dueño de toda la nacion, tenia en su poder prisionero al hijo del Rey, y á este en una especie de tutela. Para legitimar este gobierno bastardo, que tan bien cuadraba á sus miras interesadas, al convocar una asamblea general de barones, hizo venir tambien, como para captarse las voluntades de otra clase de personas, dos caballeros por condado, y algunos representantes de las ciudades ó pueblos libres, á los cuales no se les habia concedido esta distincion hasta entonces, por considerarlos de menos valer. Esto acontecia en el año de 1255.

El príncipe Eduardo, heredero de su padre Enrique III, ilustró su nombre y elevó la gloria de su nacion en las guerras del Oriente tanto como cualquiera otro de los príncipes de la cristiandad. Apenas hubo llegado á aquellas ardientes playas, tuvo ocasion de salvar á San Juan de Acre, obligando á los musulmanes á levantar el sitio con que acosaban á la ciudad, y en otros mil encuentros demostró tal valor y bizarría, que su nombre era temido de los contrarios, y su presencia señal de victoria. Tan ilustres prendas debian conducirle á la desgracia; la cual, si no se verificó, debido fué á su valor y serenidad.

Desde la muerte del profeta Mohamed empezaron las disensiones y los cismas entre sus discípulos: la sucesion del poder fué el pretexto ó la causa de la division que ha venido trabajando á los creyentes hasta nuestros tiempos. Unos siguieron á Omar y otros á Alí; acusábanse mutuamente de impostores, y mas de una vez vinieron á las manos, tiñendo de sangre los campos de la Siria, la Arabia y de la Persia con sus terribles contiendas. De los partidarios de Alí se formó otra secta de inspirados ó entusiastas, llamados ismaelitas, y de esta otra, que debe considerarse como la quinta esencia de todas las que han tenido por sistema ó por dogma la completa abnegacion de la voluntad, y la decision con que sin exámen han de obedecerse las órdenes de un superior. Fundóla un aventurero llamado Hassan, y tuvieron sus sectarios muchos nombres, y entre todos ellos, el que mas generalmente fué adoptado fué de *hachachin*, que los historiadores de las cruzadas convirtieron en *assasini* y *assesini*, y de sus libros se trasladó á la jurisprudencia criminal de todas las naciones de Europa. Llamábanlos así de cierto licor espirituoso que producia el efecto del opio, y que hacian ó componian con hojas de cáñamo, y al cual daban el nombre de *hachich*. Los historiadores de las cruzadas cuentan cosas maravillosas de esta secta; de manera que á muchos han parecido exageraciones orientales, ó cuentos de brujas forjados en la edad media; pero nada es mas exacto ni mas verídico, y en algunas cosas los historiadores

cristianos se quedan muy atrás contando los odiosos crímenes cometidos por aquella secta fanática. El jefe de ella vivia en un castillo situado en Alamout, centro de grandes y casi inaccesibles montañas ; los sectarios le llamaban el Señor, y los cristianos el Viejo, á causa de la doble significacion de la palabra *cheik*. El Viejo de la montaña tenia á sus órdenes siempre un gran número de ministros escogidos, á los cuales imponia su voluntad de una manera absoluta, entregándoles con ciertas ceremonias un puñal, que habia de servir para la ejecucion de sus execrables asesinatos. Todos los que se oponian al establecimiento de la doctrina de la secta, todos los que la combatian, príncipes, doctores, generales, caian vencidos á los certeros golpes de aquella gente desalmada ; mostrando los sectarios una perseverancia en la ejecucion de su crímen, igual al fanatismo que les conducia á ejecutarlos. Para que nuestros lectores comprendan á qué estado de abnegacion personal y de sumision voluntaria habian llegado los individuos que componian la secta de los *asesinos*, bastará referir el suceso siguiente : Enrique, conde de Champagne, después de haber recorrido la Armenia, quiso visitar al Viejo de la montaña, el cual lo recibió con las muestras de la mas afectuosa cordialidad y los respetos de la mas graciosa cortesía. El rey de los *asesinos* le hizo pasear por los pintorescos jardines de aquella misteriosa morada, y por último le condujo hasta el pié de una altísima torre, en cuyas almenas se divisaban cuatro centinelas vestidas con ropajes blancos. El Viejo de la montaña, llamando la atencion de su huésped, le dijo : « Voy á probaros que no teneis súbditos tan obedientes como los que yo tengo. » Y haciendo una señal á los de la torre, indicándoles que viniesen, que queria hablarles, dos de ellos se precipitaron obedientes desde aquella altura, y en el acto espiraron. « Si quereis, volvió á decir el Viejo, á otra señal harán lo mismo los dos que quedan. » El conde de Champagne no quiso ver mas pruebas, y se retiró horrorizado, aunque admirando el grado de fanatismo á que habian llegado unos hombres cuya vida era considerada por ellos punto menos que nada cuando se trataba de obedecer una órden de su superior.

Uno de estos tan temibles sectarios, cumpliendo con las órdenes de su jefe, logró introducirse en la casa que habitaba el príncipe Eduardo, con el pretexto de entregarle una carta del gobernador de Joppe. Con este motivo, y con el de hablar la lengua francesa con señalada perfeccion, el *asesino* frecuentaba la casa y compañía del Príncipe ; un dia que encontró la ocasion propicia, sacó el puñal que llevaba oculto, y quiso darle de puñaladas ; pero el vigor del Príncipe y su buena fortuna impidieron al delincuente consumar su atentado. Recibió Eduardo una herida en el brazo : el veneno del puñal hacia muy grave el caso ; pero su curacion fué tan rápida que se atribuyó á milagro. Tan desgraciado suceso le obligó á dejar la Tierra Santa, terminando aqeulla guerra con una larga tregua : medio no muy honroso, pero el único favorable en aquella ocasion, en la que, además de ver amenazados sus dias continuamente por la secta de los ismaeli-

tas, le llamaban á Inglaterra los acontecimientos graves ocurridos en los últimos años del reinado de su padre. La necesidad de su presencia se aumentó á poco con la muerte de Enrique III, y con las esperanzas concebidas por todos sus súbditos, del nuevo reinado, que debia borrar los vestigios de las pasadas calamidades. ¡Tal y tan grande era la opinion que el príncipe Eduardo disfrutaba! Y no se engañaban, porque apenas el nuevo Monarca fué consagrado por el arzobispo de Cantorbery en Westminster, la alegría del pueblo inglés no tuvo límites; las fiestas se sucedieron sin cesar por muchos dias, tantas y tan magníficas como no se habian visto jamás; los barones cedieron de sus derechos, el clero tomó la defensa del Rey aun en contra del Papa, y aunque desunidos todavía á causa de opuestos intereses algunos magnates, no se determinaban á hacer públicas sus quejas, por temor de turbar la armonía universal que reinaba en todo el reino.

Pero este entusiasmo perjudicó, mas bien que favoreció, la causa popular: á Eduardo se le concedieron cuantos subsidios pidió para las guerras que emprendió y para otros gastos de la corona, con menosprecio de las cartas anteriormente juradas, sin que para ello precediera el consentimiento del Parlamento. Funesto precedente de que habia de aprovecharse el mismo Eduardo, y todavía mas sus sucesores, para arrancar de cuajo la planta mal arraigada de las libertades públicas. Un monarca justo, equitativo y prudente es para los pueblos que gobierna un don del cielo; pero por desgracia esto no es mas que un accidente venturoso, y cuando pasa con la rapidez de un meteoro la luz refulgente que ha despedido, la atmósfera política vuelve otra vez á experimentar la mas densa oscuridad. El país montañoso de Gáles abrigaba los restos de la raza indígena inglesa; sus individuos eran, por su valor, indomables; por su constancia, dignos de elogio; por su amor á la patria, á la religion y á sus antiguas costumbres, merecedores de eterno renombre. Tenian los habitantes de lo que hoy se llama principado de Gáles un carácter tan constante y tenaz, como el que en el dia demuestran tener los pobres irlandeses; siendo la cosa mas extraña del mundo que en el siglo XIII esperasen con fe sincera, no solo conservar el pequeño recinto que aun todavía poseian, sino dominar toda la Inglaterra como en los tiempos mas gloriosos de sus antepasados. Y ciertamente que esta esperanza, por muy quimérica que se considerase, no dejaba de causar impresion en aquellos que de cerca la observaban, puesto que los antiguos cambrios pasaban en Inglaterra y Francia por tener el don de la profecía. Sus versos expresaban con tanto calor sus sentimientos, que los extranjeros daban un sentido oculto á sus palabras, creyendo que encerraban misterios y profecías, cuando no eran mas que el resultado del amor á su patria y del deseo vehemente de su independencia y de su gloria. De esta opinion nació la magnífica celebridad del encantador Merlin, de cuyas hazañas están llenos los libros de caballería, y cuyo nombre han venido repitiendo todas las edades, como el prototipo del saber, sin ser otra cosa en su orígen que un bardo del país de Gáles, llamado Myrdhin, que floreció en el siglo VII. De no menos renombre y póstuma fama

ha gozado el rey Arturo, que siendo monarca de una reducida extension de terreno, ha sido tan aplaudido como si la corona de dos mundos ornase sus sienes. Pero los libros poéticos de los cambrios estaban tan bien escritos, sus versos eran tan animados, su poesía tan armoniosa, y el sello de la conviccion y de la esperanza tan profundamente grabado en aquellas deliciosas páginas, que, traducidas á todos los idiomas, fueron por mucho tiempo la lectura privilegiada, y quizás la única, de todos los escritores de la Europa. En estas fuentes bebieron los novelistas de la edad media, y engrandeciendo y trasmitiendo de una en otra generacion los nombres de los héroes de las baladas que leian y admiraban, hicieron pasar por un sabio encantador al Merlin, y por un rey formal á Arturo, que debia volver cuando menos lo pensaran á posesionarse de su casa y estados, y á conquistar en pocos dias toda la Bretaña.

Pero tambien á este pueblo le tocó su dia: caen los mas colosales imperios, y de sus ruinas se fundan pueblos nuevos y naciones que á su vez sucumbirán; desaparecen completamente civilizaciones enteras para dar lugar á otras; se destruyen y confunden tambien las nacionalidades pequeñas cuando han cesado las discordias de sus poderosos vecinos. Eduardo aprovechó el primer momento de paz de que pudo disponer para apoderarse de aquel pequeño recinto, en que vivia hacia siglos un pueblo independiente, merced á su pobreza, á lo inaccesible de sus montañas, y á las guerras civiles que por tanto tiempo habian dividido á la Inglaterra. Casi no podia oponer aquel pequeño pueblo otra resistencia á la invasion formal del rey inglés, que sus poesías pintorescas y sus entusiasmados bardos. Poco caso hizo Eduardo de las primeras, y mandó pasar á cuchillo los segundos; acto de insigne barbarie, ni aun disculpable siquiera en la época en que se cometió. No ha habido ningun pueblo que con mas resistencia y mas contra su voluntad se doblegase al yugo extranjero; pero este hecho, aunque tardío, tambien fué cierto: andando los tiempos, fueron unos los cambrios y los ingleses, y solo quedaron como memoria de lo pasado, y aun quedan, algunos libros escritos en verso, en los cuales se tributa un homenaje de respeto á las hazañas de los antiguos héroes.

Eduardo, después de aquietado el país montañoso de Gáles, volvió sus ojos hácia la Escocia, independiente á la sazon, por haber sacudido el yugo de la primera conquista. Disputaban el derecho á aquella corona cuarenta y ocho pretendientes, número tan excesivo, que él solo, y sin mas preámbulos, daba derecho sobre ella al que pudiera tomarla. El afortunado fué el rey de Inglaterra, el cual después solo pensó en reconquistar las pérdidas que en el continente habian ocasionado la locura de su abuelo y la desidia de su hijo. Atónitos estaban todos los súbditos, barones y caballeros, nobles y pecheros, con la conducta que el Rey observaba, enérgica al par que prudente, y en la cual brillaban la justicia, la imparcialidad y otras dotes no menos recomendables. En los primeros años de este reinado las libertades públicas quedaron olvidadas ó tenidas en poco, puesto

que habia muchos que pensaban que con un rey bueno y justiciero nada faltaba, y que seria desacato poner la menor cortapisa al ejercicio de su poder. Esta doctrina, que desde entonces acá ha encontrado prosélitos en todas épocas y en todas las naciones, es absurda, completamente falsa, y orígen de fatales consecuencias: confunde la apariencia con la realidad, un accidente casual con la ley constante de la naturaleza, la institucion de la monarquía con la persona del Monarca, por último, sacrifica todo el porvenir al dia presente. Mucho debia sufrir la Inglaterra de parte de sus reyes y de sus aristocráticos barones, y mucho tuvo que combatir para reducir á la nada los esfuerzos de ambos, que aspiraban á la soberanía por completo, sin recordar las promesas, los juramentos prestados á favor de las libertades del país. Pero al menos en los primeros tiempos de Eduardo, tal olvido, indisculpable siempre, y tal desidia, criminal en todas épocas, estaban compensados con las glorias nacionales, con la buena administracion, con el mejoramiento y prosperidad que se notaban en todas las cosas olvidadas y menospreciadas en los reinados anteriores; pero la fortuna es antojadiza y de condicion voluble, de manera que con harta frecuencia castiga de pronto con desdenes á sus mas predilectos: así aconteció con Eduardo. La Francia fué el escollo en donde se estrellaron sus planes de conquista, y donde empezaron á eclipsarse las glorias á tanta costa adquiridas en el oriente y en el occidente. Los desastres de la guerra, exigiendo nuevos sacrificios de los pueblos y de las clases acomodadas, fueron causa de que se notasen síntomas de descontento, y que á estos siguiesen amargas críticas sobre la conducta del Rey; de las murmuraciones pasaron bien pronto á las amenazas, y el Rey á las violencias: entonces fué cuando se acordaron de las cartas constitucionales; entonces las exigencias de nuevas confirmaciones, las cuales no se hubieran verificado tan tranquilamente si Eduardo no se hubiese visto precisado á ceder, á causa de la rebelion de la Escocia. En suma, todo el reinado de este príncipe, uno de los mas valientes y mas justicieros que han ocupado el trono de Inglaterra, es una continuada guerra con la Escocia, tan pronto vencida como vencedora; y en los últimos años debemos agregar la coexistencia de una contienda pacífica, pero muy viva, entre los ricos señores del país, que pedian la confirmacion de sus cartas, y la resistencia de Eduardo á confirmarlas. La fuerza de los acontecimientos le obligó á nuevos y mas amplios otorgamientos, dados menos con voluntad que á causa de apremiantes necesidades; exigió tambien y obtuvo bula del Papa contra aquellos preciosos documentos; pero mas cauto que su abuelo, no le dió publicidad; antes, al contrario, de oculto trabajó cuanto pudo para desacreditar la confederacion de los barones; pero afortunadamente la autoridad del Rey no podia nada contra las cartas. Su muerte, ocurrida á principios del siglo XIV, le impidió hacer nuevos esfuerzos en contra de aquellos preciosos documentos; los cuales, á contar desde esta fecha, libres ya de todo atentado y persecucion, forman la base firmísima del derecho público de Inglaterra.

Las naciones conquistan sus libertades en tiempos difíciles y calamitosos, y tambien cuando se hallan bajo la tutela de príncipes débiles. Si les toca en suerte después ser gobernadas por reyes de carácter y de inteligencia, estos no destruyen la obra, sino que la afirman y consolidan, convirtiendo en provecho propio cuanto se habia hecho antes de su advenimiento en menoscabo de las regias prerogativas. En los tiempos de Eduardo aparece ya formado, y lo que es mas, arraigado el Parlamento. Roberto de Winchelsea, arzobispo de Cantorbery, escribia al Papa, dirigiéndole en su carta esta significativa frase: *Consuetudo est regni Angliæ quod in negotiis contingentibus statum ejusdem regni requiritur consilium omnium quos res tangit*. Dos clases de parlamento existian ya en los tiempos de que hablamos: el uno de los próceres ó magnates, que podia tambien llamarse el consejo del Rey; el otro el de los diputados de los condados y de las ciudades. Es notable tambien la respuesta que dió Eduardo al clero, que le pedia una ley contraria á la que prohibia la amortizacion eclesiástica: *Consilium magnatum suorum factum erat, et ideo absque eorum consilio non erat revocandum.* Desgraciadamente este principio no era inviolable: el mismo Rey por su propia autoridad revocó una parte, y quizá la mas importante, de los estatutos promulgados en el parlamento de Glocester en 1278. Pero á pesar de este desórden y de estas contradicciones, poco á poco se formaban y robustecian las instituciones; las innovaciones y reformas de los reinados anteriores se convertian sin sentir en loables costumbres; y estas, sancionadas por el tiempo, llegaban á ser necesidades: de tal suerte, que á contar desde el dia en que las cartas fueron definitivamente confirmadas, fué una necesidad de que no pudo prescindirse la convocacion de los diputados de los condados y de las ciudades, y su presencia en los parlamentos se halla aseverada por numerosos documentos auténticos.

Considerando atenta y filosóficamente el reinado de Eduardo I, encontrarémos que, gracias á la capacidad del Monarca, el poder que ejercia era fuerte y era único; su firme voluntad obligaba á la obediencia; su prudencia habia sabido asimilar y reunir todas las fuerzas sociales existentes. Cambió de todo punto la escena en los tiempos de su hijo Eduardo II: en ellos desapareció la unidad y la fuerza del gobierno; cuando esto acontece por desgracia, la nacion se asemeja á un bajel sin timon; nadie sabe dónde colocarse; ninguno se agrupa donde debe; las fuerzas sociales, roto el lazo que las une, se separan, se dividen, pugnan entre sí, y se despedazan; de aquí se originan la anarquía, que todo lo destruye, y el cáos, que todo lo confunde. ¿Qué podia ser, qué era en efecto el Parlamento en estas críticas circunstancias? Un instrumento de los pequeños grupos ó facciones que se formaban, atentos los individuos mas al bien particular que á la conveniencia pública. El alto Parlamento ó la asamblea de los barones, reuniendo en su seno lo mas escogido de aquella turbulenta nobleza, era la parte mas influyente, ó por mejor decir, la única preponderante en aquella asamblea; los caballeros y diputados defendian con bastante celo y con

heróica constancia sus particulares intereses; pero no tenian fuerza suficiente para intervenir con buen éxito en los negocios graves del Estado. El Rey y la nobleza: estos dos eran los elementos poderosos, las dos fuerzas sociales entre las cuales debia resolverse el problema del gobierno y de la administracion del reino. Ninguno de los períodos de la historia de Inglaterra, aun comprendiendo los mas cercanos á la conquista, pueden compararse en acciones atroces, en venganzas inauditas, en represalias sangrientas ejercidas por los partidos victoriosos, con este de que hablamos. Al parecer, los ingleses, acostumbrados á la crueldad y fiereza que demostraban en sus acciones, los dos pueblos que militaban en oriente no podian irse á la mano en esto de matar; y como no se las habian con los moros, se ensañaban cristianos contra cristianos, cometiendo todo género de iniquidades. El rey Eduardo II, débil é incapaz para sostener el peso de tan vasta monarquía, y en circunstancias tan críticas, tuvo, entre otras, la desgracia, que quizá fué la mayor de todas las que experimentó, de casarse con una princesa de la vecina corte de Francia, la cual á un natural dañado reunia todo el orgullo de una mujer y toda la ligereza de su nacion: alistada en las banderas de la revolucion, animaba con su presencia á los díscolos, daba alas á los descontentos, y la razon á los enemigos del Rey. Este se entregó en manos de un favorito; pero con tan poca cautela, y al mismo tiempo con tan gran decision, que nada se hacia en la corte ni tampoco en el gobierno, que no fuese dispuesto, arreglado y mandado por él. La nacion inglesa miraba con aversion á los validos, y mas de una vez se alzó en armas contra el poder de estas hechuras, que humillan con su arrogancia á los sabios, á los nobles y al pueblo. La prosperidad de los validos suele terminar por una catástrofe; lo regular es que los reyes no muestren mucho empeño por salvar á sus ídolos; pero Eduardo hizo cuanto pudo, hasta exponerse á la pérdida de su corona, por salvar la vida de su querido Gaveston. Alzada toda la gente noble, poco podian hacer en contra el crédito de un rey débil y del despreciado favorito. Reunióse en tumulto el Parlamento, desobedeciendo las órdenes del Monarca, instalóse por su mandado una comision de doce personas revestidas de todo el poder real; en sus manos quedó depositada la administracion del reino y de la casa del Rey, y concedióseles la potestad legislativa para promulgar todas las leyes que creyesen convenientes al bien y prosperidad de la nacion; esta dictadura revolucionaria debia durar año y medio: hé aquí el primer golpe que sufrió la autoridad del Rey, y no fué de los mas rudos; andando el tiempo debia llevarlos mayores, porque la experiencia de la desgracia nada decia al entendimiento limitado de Eduardo ni al de sus estúpidos consejeros. En el tiempo de que vamos hablando era muy difícil en Inglaterra mantener con mano fuerte las riendas del gobierno. Cuando en una nacion hay una fuerza social poderosa, pugna naturalmente por sofocar á las demás, haciéndose exclusiva y absoluta. Si el poder se halla en el Rey, dirige su rumbo á la omnipotencia; lo mismo es si se halla en la aristocracia ó en el pueblo. En cada uno de estos tres casos

se verifica de seguro una revolucion ; el que tiene confianza en el triunfo obliga á su contrario á pelear, procurando precipitarlo en la adopcion de medidas ilegales, para tener, además de la razon de la fuerza, la razon de su justicia: ¡desgraciados los reyes que caen en tan lamentable error! Pues esto aconteció al pobre Eduardo : violando las cartas otorgadas se declaró revolucionario ; y la fuerza de la revolucion, que estaba, no en su voluntad ni en la de sus escasos parciales, sino en la nobleza turbulenta, poseedora de casi toda la riqueza territorial, y detentadora de las fortalezas y castillos diseminados por toda la superficie del país, arrolló, menoscabó, é hizo añicos la majestad de aquel trono, cuyo derecho principal en tiempos antiguos habia sido la fuerza, y su legitimidad los gritos de un campamento. Cercado en el castillo de Warvik el favorito, y con una débil guardia para su defensa, sucumbió á las numerosas huestes de la confederacion de los magnates ; los cuales en una asamblea convocada y reunida precipitadamente, le impusieron la pena de muerte, mas por odio al Rey que por vengarse del vasallo.

Por algun tiempo estuvo la atencion fija en la Escocia, que mantenia guerra con la Inglaterra, y el Rey, por hacerse temer de sus súbditos, ó por distraerlos de la idea que siempre tenian en mientes, allegó gente y marchó en persona á la campaña; pero con tan poca fortuna, que á poco volvió á sus estados derrotado y humillado. No cesaban un solo instante las querellas, ni se daban un solo momento de vagar las inquietudes : para pasarlas acompañado, y como para enmendarse de lo pasado, el Rey, en lugar de un favorito que habia perdido, eligió dos, que tambien debia perder. En vez de seguir los consejos que estos le daban, consejos que quizás lo hubiesen salvado del peligro que corria, no pensó mas que en mostrarles su amor, casando al mas jóven con su sobrina, y derramando á manos llenas sobre ambos los tesoros de su munificencia y de sus gracias. Muchas y muy considerables propiedades formaron el patrimonio del jóven Spencer, y todavía para aumentarlo cometió la injusticia de desposeer á varios señores de lo que legítimamente habian heredado de sus mayores. No esperaban los descontentos mas que un pretexto para levantar el pendon de la guerra civil, y forzoso es confesar que esta vez no fué pretexto lo que tuvieron, sino muy justa y legítima causa. Lancaster y Hereford corrieron á las armas, Amley y Amari siguieron su ejemplo ; pretendian que los favoritos fuesen expulsados del reino : otorgólo el Rey, cogido de improviso ; pero á poco tiempo, habiendo Eduardo reunido un pequeño ejército, sitió y rindió en sus castillos á los jefes fautores de aquella rebelion, y mandó cortarles la cabeza ; dando órden para la vuelta de Spencer, padre é hijo, á los cuales mostró mas decidido cariño y mas entrañable amistad que antes.

El rey de Francia concibió la idea de apoderarse de las provincias continentales que poseia la Inglaterra, y para hallar pretexto para la guerra exigió que Eduardo le prestase homenaje por ellas como á su señor natural, recordando an-

tiguos pactos y concordias celebrados allá en los tiempos de los duques de Normandía. El rey de Inglaterra se negaba á dar un paso tan humillante, tanto mas cuanto creia que si abandonaba por un solo momento la capital, seria muy difícil, ó por mejor decir imposible, otra vez su vuelta á ella. Pero ofreciéndose la reina Isabel á transigir aquellas diferencias y á allanar todas las dificultades, emprendió con beneplácito de su marido el viaje para el vecino reino; y no bien hubo llegado, cuando encendió con sus propias manos el fuego en la hoguera que se hallaba bien preparada, exigiendo del Rey su marido la expulsion de los favoritos. El pueblo inglés aclamó entonces á la Reina como á su libertadora, los grandes se prosternaron á sus plantas, y en todas partes y por todas las clases fué mirada aquella princesa como el ángel de salvacion que la Providencia deparaba á la Inglaterra en un momento de extraordinario peligro. Conociendo aquella mujer desleal y ambiciosa que habia llegado la ocasion de llevar á cabo sus planes, desembarcó en Inglaterra, y á ella vinieron en el acto grandes, obispos y pueblo. El Rey, cada vez mas solo, determinó abandonar á Lóndres, por ser residencia que ofrecia poca seguridad, á causa de la malquerencia que le dispensaban los súbditos de su capital. Apenas el Rey se hubo alejado de ella, cuando el pueblo acometió las casas del Obispo y de algunos otros amigos de Eduardo, saqueó sus moradas, robó sus tesoros, y paseó sus cabezas en triunfo por calles y plazas: escenas de esta especie se repitieron en toda Inglaterra, unas veces por el placer que les causaba el ver al Rey fuera de los muros de las ciudades, otras por la alegría de ver que la Reina se acercaba. Desdichado país, y desgraciada época, de la cual se habia alejado toda idea de discusion pacífica, y solo se pensaba en vencer á fuerza de rigor, de crueldad y de bárbaras é inútiles ejecuciones. No disculpamos á ninguno de los dos bandos; ágriamente censuramos lo mismo al uno que al otro: merecen nuestra animadversion tanto los del Rey como los de la nobleza; y cada vez nos afirmamos mas en la idea anteriormente emitida, de que las costumbres feroces del oriente influyeron poderosamente en los sangrientos y atroces actos que para oprobio de la humanidad cometieron, al parecer sin necesidad y sin remordimientos, los hombres del siglo XIV. Los dos favoritos, padre é hijo, cayeron en poder de los sublevados; la Reina, haciéndosele largo el tiempo que debia pasar si aquellos desgraciados eran juzgados por un tribunal, mandó que fuesen entregados á la cólera del pueblo, que, como siempre, sediento de sangre, y expedito en la administracion de su justicia, ó mejor dicho de sus venganzas, dió en breves instantes buena cuenta de aquellos dos desventurados. Muchos otros de los vencidos tuvieron igual suerte, siendo lo mas doloroso que aun las gentes piadosas no se condolian de sus desgracias, porque otro tanto y aun mas habian hecho las víctimas con otras, á las cuales ellos habian servido de verdugos. Por último, el Rey cayó tambien en poder de los que lo perseguian: el dia de su entrada en Lóndres fué un dia de gozo universal; el pueblo, que por

lo regular mira siempre con gusto las imponentes escenas de estas grandes catástrofes, acudió en masa á presenciar la fúnebre entrada, y á derramar sobre aquella cabeza adornada con la corona toda la hiel del aborrecimiento que tan cordialmente le profesaba. Reunióse un parlamento alto, compuesto de grandes y señores, cuyos individuos tenian agravios que vengar, y donde el que podia dominar su corazon hasta el punto de perdonar al caido, votaba sin libertad á la vista de la muchedumbre irritada. Eduardo fué solemnemente desposeido de su rica diadema: achacáronle sus acusadores, que no fueron otros que sus mismos jueces, incapacidad para reinar, indolencia, aficion al deleite, y mala eleccion de ministros: faltas graves si se quiere, por desgracia harto comunes en los que ciñen corona; pero de ninguna manera crímenes dignos de aquel castigo. El cetro pasó á manos de su hijo, de menor edad, y la regencia á la Reina; la cual habia ganado aquella importante dignidad con la criminal conducta de una desleal consorte.

No pararon en esto los trabajos del Rey; lleváronle sus verdugos de prision en prision; sustituyeron á unos custodios, otros mas inhumanos que los primeros, hasta que por último abreviaron sus dolores los mismos guardas con un suplicio horroroso que la pluma se resiste á referir. Tal fué el fin del rey Eduardo II, el cual, como acontece con frecuencia, pagó con su vida las faltas y delitos de sus antepasados. Tuvo la desgracia de reinar en épocas de revolucion, esto es, de delirio; y cuando á una generacion aqueja con violencia esta enfermedad, no hay medio ninguno de curarla: el sistema de la resistencia y el de las concesiones son igualmente ineficaces. Cárlos I resistió, y murió en el cadalso; Luis XVI cedió, y pereció en la guillotina. Sin poder explicar estos sucesos misteriosos y providenciales, quédanos solo el consuelo de verter lágrimas á la memoria de los mártires y al infortunio de los pueblos.

Hasta ahora hemos visto la empeñada contienda entre el Rey y su nobleza, pretendiendo ambos la direccion de la sociedad en que vivian; ningun otro cuerpo, persona ninguna ni estado, fuera de ellos, luchaba con las armas ni pretendia con sumision; solamente habia en la nacion esas dos fuerzas, y solas ellas disputaban y combatian á muerte. Pero ahora en el reinado de Eduardo III nos vemos obligados á admirar otro espectáculo muy distinto: la guerra entre el Rey y los barones cesa de todo punto; la aristocracia aparece resignada y se agrupa al rededor del trono; y en su lugar, el tercer estado se levanta de su postracion robusto y exigente, no sirviendo de instrumento á los poderosos, no pidiendo con sumision la entrada en la vida política, sino pugnando enérgicamente para conquistar su existencia independiente, y para hacerse respetar de los que tan en poco habian tenido hasta entonces el trabajo de las manos y los maravillosos resultados de la industria. Los hombres que lo componen son modestos en sus pretensiones, no aspiran á arrancar la corona de las sienes del Rey ni los blasones del escudo de los señores; quieren solo vivir al amparo de las leyes, bajo su egida y protec-

cion; aspiran á tener la debida influencia en la gestion de los negocios que tocan á toda la comunidad; y conocen que deben resistir á toda violencia, á todo acto injusto que ataque los derechos individuales, que comienzan á estimar porque están ciertos de su valor é importancia.

Es preciso no confundir las dos palabras de *guerra* y *resistencia*, porque cada una tiene su distinta y aun contraria significacion: los barones promovieron la guerra civil en su patria, peleando abiertamente con las armas en la mano contra su rey; los comunes, al menos en sus primeros tiempos, no usaron de la fuerza para atacar al Gobierno; opusieron solamente la resistencia política, protestando contra la arbitrariedad y contra los abusos del poder central: y dirigiendo sus reconvenciones á los ministros mas que al Rey, indican ya los principios de la responsabilidad parlamentaria. Por último, separados de los barones, empiezan á trabajar por su cuenta, y poco á poco llegan á ser los depositarios de las garantías de las libertades públicas. No es extraño que la nobleza en aquel tiempo se agrupase al rededor del trono; el príncipe que lo ocupaba era de gran valía: valiente, jóven, generoso, tenia el privilegiado don de atraer dulcemente á cuantos trataba, y sabia entretenerlos gustosos con la esperanza de las glorias que pensaba alcanzar en las guerras que á la sazon meditaba. A pesar de su corta edad, mostraba ya talento suficiente y bastante entereza para manejar por sí la nave del Estado, próxima á perecer entre los escollos que la rodeaban. Entre estos, el mas peligroso era la regencia de la Reina madre: esta mujer, que á su condicion de extranjera reunia una ambicion sin límites y una altanería estúpida, hacia todo lo posible con su escandalosa conducta para perder el reino. Los reyes de Inglaterra habian mostrado su constante aficion á los favoritos; las reinas empezaban á manifestar una decidida aficion á los amantes. El de la reina Isabel de Francia no dejaba atrás, en esto de malas artes, del deseo de humillar á los hombres de mérito, civiles ó militares, de avasallar todas las voluntades, de erigir la suya sin contrapeso en lugar de los estatutos antiguos y de las leyes nuevas, á ninguno de los amantes hasta entonces conocidos por las historias. Bastante cobarde para no dar públicamente la cara y para comprometer á sus amigos, no quiso ocupar un puesto en el Parlamento, que le reservaba la adulacion de algunos cortesanos. Pero bajo la capa de esta modestia, que muchos celebraban, era el alma de todas las medidas y proyectos que se adoptaban en el consejo de Regencia. Con su sagacidad dispuso que la mayor parte de las rentas de la corona fuesen aplicadas al patrimonio de la Reina viuda; y habia avasallado á tal punto á los ministros del imberbe Rey, que ninguno de ellos se determinaba á tomar la mas pequeña decision en los negocios públicos sin consultársela de antemano. El pobre Rey se veia rodeado únicamente de los hombres hechuras del favorito Mortimer, y su autoridad y su impudencia eran mayores, vista la conducta de la Reina, que hacia gala y alarde del lazo criminal que los unia.

¡Desgraciado país, que tales escándalos sufria, y desgraciado y débil gobierno,

que por momentos veia llegar la hora estrepitosa de su caida! Un gobierno, ó por mejor decir, un ministerio que no se apoya ni en la virtud ni en la fuerza, el primer choque, venga de donde venga, le derriba inmediatamente. Bastó pues una invasion de escoceses para destruir aquella nociva influencia, que, cual planta venenosa germinando al lado del trono, le comunicaba su ponzoña, lo debilitaba, y lo mataba ante la conciencia pública y la consideracion de sus súbditos. Del valor del jóven Monarca hubiera sacado en aquella ocasion la Inglaterra un partido ventajoso, de la cobardía del amante no sacó sino desastres, y el ejército sus armas empañadas y sin gloria. El pueblo, justo en aquella ocasion, achacaba al favorito las consecuencias funestas de la guerra, y ensalzando el mérito de su rey, le creia capaz de haber alcanzado el triunfo, á no ser por las malas disposiciones de Mortimer. Desde este momento no hubo ocasion, por pequeña que fuera, que no sirviera para exaltar la virtud del Monarca, y para agravar las faltas de la Reina regente y de su estúpido amante; pero no se remedian los males de un pueblo en un dia, ni se cortan las causas de los desastres en un momento y á voluntad de los que, conociéndolas, desean lo mejor: todavía Mortimer hizo de las suyas, todavía condenó ó hizo condenar al respetable conde de Kent, tio del Soberano, sin otro objeto que el de apropiarse los inmensos bienes que poseia, los cuales por providencia del Parlamento pasaron á uno de los hijos del favorito.

En situacion tan crítica y angustiosa para la Inglaterra, al Rey, aunque era de poca edad, no le faltaba entendimiento para conocer la vergonzosa tutela en que estaba: todo en la nacion se hacia por el privado y para el privado; y cuando las naciones sufren con paciencia un año y otro año tan ignominioso yugo, les cuesta trabajo después sacudirlo, por mas que lo detesten. Eduardo fué el que tomó la iniciativa; pero tal era la influencia del Mortimer, que eran precisas mil precauciones para derrocar su poder, aunque á este de tan bastardo orígen debiera sustituirlo el legítimo del Rey. Gozaba la Reina con su amante de todos los placeres de la vida en una mansion retirada, espléndida y encantadora, que reunia las condiciones de una casa de placer y de una fortaleza: en ella fué donde se creyó mas oportuno dar el golpe, apoderándose del valido, cosa enteramente imposible sin la cooperacion del gobernador de aquel castillo; pero, ¿quién resiste á los halagos de un rey de poca edad, de valor ya probado, de inteligencia y denuedo, bien pronto dueño y señor de todo un reino? Ante tan magníficas esperanzas cayeron al suelo abiertas de par en par las puertas del misterioso castillo, y la Reina madre y su amante en poder de los parciales del Rey. Fué este castigado por el Parlamento como reo de alta traicion; debió la primera, aunque tan culpable, su salvacion á la dignidad de su rango; pero enteramente despojada del poder, de que tanto habia abusado, encerráronla en un castillo, en el cual vivió todavía veinticinco años, abandonada de todo el mundo, aborrecida y despreciada hasta de sus mismas hechuras: justo castigo de su desmesurada ambicion, de su loca codicia y de sus muchos crímenes.

Ocupan el memorable reinado de Eduardo III una serie no interrumpida de guerras, primero con la Escocia, y después por muchos años con la Francia. Popular como todos los reyes guerreros y conquistadores, jamás le faltaron los subsidios del Parlamento, y nunca tuvo que refrenar por las armas revuelta ninguna en su país. Pero aconteciόle lo que á todos los hombres de su especie : la fortuna le sonrió y le colmó de sus dones á manos llenas en el primer período de su carrera militar, en lo mas vigoroso de su lozana juventud, y faltóle de todo punto cuando con los años y las desgracias mas necesitaba de los favores de la inconstante diosa. Venció y humilló en cien combates el valor y altivez de los escoceses; y aunque no pudo subyugar á aquellos fieros montañeses, cuyas increibles hazañas ha inmortalizado en nuestros dias la pluma de uno de sus mas célebres hijos, hizo, sin embargo, lo bastante para que los sucesores, empeñados en la misma contienda, consiguiesen el objeto que se habia propuesto y á que con tanta gloria habia dado principio. Pero en donde mas se señalaron su valor y la superioridad de las tropas inglesas fué en las campañas habidas contra los franceses; casi no hubo país situado en el mediodía de la Europa en donde ingleses y franceses no midiesen sus armas, tratando de vengar los unos y los otros sus recíprocas quejas, satisfacer sus odios, y terminar el litigio que desde los tiempos de Guillermo el Conquistador existia entre las dos naciones, y existe todavía, aunque llevado mas pacíficamente, gracias á los progresos de la moderna civilizacion. La Francia entonces ofrecia á los ojos de la Europa un espectáculo repugnante, debido á las disensiones de sus reyes y príncipes, á las costumbres licenciosas de las princesas, y á la ambicion de todos los individuos de aquella familia real. Los tres hijos de Felipe el Hermoso habian acusado á sus mujeres en pleno parlamento por adúlteras, y habian sido condenadas á reclusion perpetua; pero el mayor de los hermanos, no contento ni satisfecho su honor con esta sentencia, dió muerte á su mujer y mandó desollar vivos á sus amantes. Las cuestiones de la sucesion se embrollaron, á causa de no haber dejado ninguno de los hijos de Felipe el Hermoso hijos varones, pretendiendo los parientes de la línea masculina la corona, invocando la ley Sálica; y pretendiéndola los de la línea femenina, invocando la antigua costumbre, y el desuso y la ninguna autoridad del pacto de los salios. Uno de los parientes de esta última clase, como hijo de Isabel, era Eduardo, rey de Inglaterra; y sus prendas militares, unidas á la especie de delirio que por él tenia el pueblo inglés, no le permitieron hacerse indiferente en aquel concurso de pretendientes ó acreedores al trono de Francia. Y á decir verdad, pocos contendian con esperanzas de mejor éxito. Dueño de muchas provincias en el continente, vasallo poderoso del rey cuya corona se disputaba, al frente de un ejército muy numeroso y el mas aguerrido y bien disciplinado de aquella época, Eduardo estaba en el caso de no ceder de su derecho y de creer que la fortuna le deparaba un nuevo galardon. Pero todas estas esperanzas se desvanecieron cual si fuesen locos ensueños; en vano fué que la marina inglesa derro-

tase completamen'e á la marina francesa, ostentando ya desde entonces una superioridad que no ha hecho sino aumentarse con el trascurso de los tiempos; en vano fué que los ingleses llevasen lo mejor en los campos de Crecy, en donde puede decirse que libraron una descomunal batalla ambos ejércitos, quedando de todo punto destruidas las haces francesas. Esta batalla y la de Poitiers, y otras tambien favorables, no produjeron sino triunfos efímeros, que se desvanecieron como el humo al asomar la primera desgracia. Ayudó al Rey en aquellas empresas militares de tanta importancia el príncipe de Gáles, su hijo, el cual desde su mas tierna edad se habia dado al ejercicio de las armas, y era tal su destreza y tan maravilloso su valor, que fué tenido por espejo de caballeros y modelo de campeones en aquella época, en que las costumbres caballerescas suavizaban algun tanto el ardor bélico de los combatientes. El príncipe de Gáles llamábase tambien el Príncipe Negro, á causa del color de sus armas y arreos, y peleó en España defendiendo la causa de D. Pedro de Castilla, venciendo á los franceses, que á las órdenes de sus principales caudillos llevaban la voz de Enrique de Trastamara. Pero la muerte de este príncipe, acaecida en lo mejor de su vida, cambió la estrella afortunada del padre; y la suerte, de favorable, se convirtió instantáneamente en adversa. El conquistador de la Escocia, el que se habia titulado rey de Francia, el que en la batalla de Crecy habia diezmado la nobleza francesa, y en la de Poitiers hecho prisionero al rey Juan, en sus últimos años no podia parar los golpes de la adversidad. Deshecho su ejército, prisioneros sus principales capitanes, victoriosos los franceses por mar y por tierra, no hubo en la corte de Inglaterra mas pensamiento que el de ajustar paces, aun á precio muy costoso. ¡Ejemplo vivo de lo que valen las grandezas humanas adquiridas á costa de sangrientas guerras!

Pero no podemos menos de decir que en un reinado de tanta gloria el gobierno de Inglaterra empezó á consolidarse, marchando con lentitud, pero con seguridad, en el camino de la libertad, emprendido á tanta costa en los anteriores reinados. La regularidad, hasta entonces sin ejemplo, de la convocacion del Parlamento es el primer hecho que llama nuestra atencion, indicándonos al mismo tiempo el progreso que iban haciendo las instituciones representativas. Disposiciones reales ó de los lores del Consejo habia desde el año de 1312 acerca de este punto, dos estatutos del año de 1331 y 1362; y por último, en 1377, último año del reinado de Eduardo III, los comunes se dirigieron á la corona pidiendo que el Parlamento fuese convocado todos los años. Gran mudanza notamos ahora en las costumbres públicas del pueblo inglés: no hacia mucho tiempo que los comunes pedian de todas veras que los eximiesen del trabajo de sentarse en el Parlamento, y ahora solicitaron con ansia que fuese convocado todos los años periódicamente: esto denota que los diputados se habian convencido de la necesidad en que se hallaban de oponer barreras al poder de los reyes y de los nobles, y que empezaban á comprender que su mision, mas que una carga pe-

nosa de cumplir, era un deber peligroso de llenar. Cuarenta y ocho veces se reunió el Parlamento en el reinado de Eduardo : casi casi una vez por año. Las costumbres antiguas, las arbitrariedades de los reyes, las formas visibles de la tiranía, iban desapareciendo : en 1332 mandó el Rey que los vasallos no se presentasen armados, ni con armas ofensivas ni con armas defensivas, en el pueblo ó ciudad donde el Parlamento tuviese sus reuniones. En este mismo reinado, año de 1343, aparece dividido por primera vez en dos cámaras : los prelados, condes y barones se reunieron en Westminster en la cámara blanca, y los diputados de los condados y de los pueblos en la cámara pintada ; y segun los documentos de aquella época, deliberaron separados sobre la cuestion de la paz con la Francia. Por último, al fin de este reinado se hace mencion en un parlamento del orador de la cámara de los comunes, esto es, de su presidente : llamábanlo orador, y lo llaman todavía, á causa de llevar la palabra en nombre de la asamblea. Cuando ocurria este caso, antes del año mencionado de 1377, elegia la cámara uno *ad hoc*, cuyo oficio espiraba tan pronto como el caso desaparecia ó la comision quedaba cumplida. Cúpole el honor de ser orador permanente por la primera vez á Tomás Hungerford, hablando al pleno Parlamento ó al Rey en nombre de los comunes cuando se presentaba la ocasion. De esta suerte se iba desarrollando y arreglando la constitucion interior de ambas cámaras de manera que en vez de ser reuniones accidentales y limitadas á un objeto especial, tomaban insensiblemente la consistencia de asambleas políticas reunidas periódicamente, y en las que sus miembros tenian la obligacion de cumplir deberes y de ejercer derechos.

Al enumerar los hechos gloriosos acaecidos en el reinado de Eduardo III ; al celebrar su valor, y todavía mas las prendas singulares de su hijo el príncipe de Gáles, no hemos querido absolver á aquel rey de las continuas trasgresiones y violaciones del pacto fundamental, tantas veces jurado, tantas otras confirmado por sus antepasados los reyes de Inglaterra. Quizás no ha habido otro período que haya dado á la historia un mas funesto ejemplo de impuestos arbitrarios é ilegales, en que las necesidades de la guerra hayan hecho olvidar las disposiciones de la ley fundamental, y en que una despilfarrada administracion haya secado las fuentes de la prosperidad pública. El Rey no perdonó medio para volver á cobrar la autoridad omnímoda de imponer contribuciones sin necesidad de autorizacion ó permiso ; pero la cámara de los Comunes no perdió ocasion de protestar contra aquella ilegalidad : unas veces en la concesion de un subsidio pedia la revocacion de otro ; otras veces suplicaba y aun amenazaba al Rey, haciéndole ver la ilegalidad con que procedia : merced á tanta perseverancia, si los celosos diputados no pudieron extirpar el orígen del mal desenmascarando á sus autores, los debilitaron, é impidieron que en lo sucesivo pudiesen cometer mayores atentados. Ejemplos abundantes de esta larga contienda nos ofrecen los parlamentos habidos en 1333, 1340, 1347, 1348 y 1349, en los cuales abundan las quejas

reclamando la extincion, ó cuando menos la disminucion, de los impuestos injustos ó ilegales. El Rey por lo regular contestaba con una redonda negativa: nuevamente instado, daba explicaciones; amenazado á veces por los comunes, les acordaba alguna concesion. Ultimamente, el Parlamento poco á poco iba atribuyéndose una parte de la potestad legislativa: ejercian los comunes el derecho de peticion; acudia el Rey al consejo de los barones y magnates de su reino, y sin mas formalidad, se promulgaba la ley en nombre del Rey; tambien este tomaba la iniciativa cuando le parecia conveniente, como aconteció en el año de 1333, exponiendo, en nombre del Monarca, el gran Canciller de Inglaterra la necesidad de tomar medidas para restituir la paz al país, alterada por las cuadrillas de foragidos que infestaban los caminos: el Parlamento tomó en consideracion la súplica del Rey, y mandó hacer un reglamento, que pasó á ser ley, restableciendo los conservadores de la paz del tiempo de Enrique III, que andando los tiempos han venido á ser los jueces de paz que hoy conocemos.

Ideas muy confusas debia haber en el siglo XIV de lo que era ó debia ser objeto de legislacion ó de administracion; pero ¿qué mucho que entonces hubiera duda, cuando hoy conocemos todos la imposibilidad de señalar *à priori* el límite en donde debe empezar la autoridad de la ley, y en donde acaba la del gobierno? La buena fe únicamente es la que puede cortar estas cuestiones, y dar solucion á la mayor parte ó á todas las que se agitan en los gobiernos representativos. En los negocios de política exterior tomaron los comunes tanta parte como en los interiores ó domésticos; defendieron siempre con arrogancia la causa de la independencia, y no escasearon los subsidios cuando la necesidad y el patriotismo les aconsejaban la utilidad de la guerra. Pero en ninguna otra cosa mostraron mas empeño que en resistir enérgicamente á la influencia que el Papa pretendia ejercer sobre todo el reino, y á la interior del clero anglicano. En 1343 reclamaron contra el derecho que el Papa hasta entonces habia tenido, de nombrar para muchas piezas eclesiásticas á naturales ó extranjeros: abuso inconcebible, que ha sido sancionado por algunos gobiernos en tiempos antiguos, y cuya antigüedad, alegada como fundamento del derecho, ha sido reclamada y lo es actualmente por la corte de Roma. Los comunes de Inglaterra, en los tiempos remotos de que hablamos, pidieron al Rey y á los lores que les ayudasen en la santa empresa de expulsar del reino el poder papal, y dirigieron al mismo Pontífice una carta, en la cual, al lado de buenas razones, se leian tambien groseros insultos. En 1366 el Rey dió cuenta á la cámara de los Comunes de cómo el Papa queria citarlo á Aviñon para recibir de él el homenaje debido como á su señor feudal, segun el pacto formal celebrado con el rey Juan. Los lores por una parte, y por otra los comunes, dijeron que el rey Juan no habia tenido potestad ni derecho para contratar seriamente asunto tan grave sin el consentimiento del Parlamento; le aconsejaron que no hiciese caso de las bulas del Papa, y que resistiese con la fuerza en caso necesario, pues allí estaban ellos para ampararlo y defenderlo. Todos es-

los hechos prueban de una manera auténtica los inmensos progresos que en los tiempos de Eduardo III hizo el gobierno representativo y la cámara de los Comunes, que de la nada en que se veia constituida en el reinado anterior, supo colocarse á la altura que demandaban la riqueza de sus individuos y la influencia que empezaban á ejercer en las ciudades, en los pueblos y en los campos.

Un siglo podemos contar desde la muerte de Eduardo III hasta el advenimiento al trono de Enrique VII, y parece, segun los sucesos ocurridos, que han pasado tantos como desde la primera aparicion de los romanos en la isla de Bretaña hasta los tiempos en que llevamos la narracion. Y esto es porque los acontecimientos se multiplican, sucediéndose los unos á los otros con extraordinaria rapidez, á medida que las instituciones se desenvuelven, y las fuentes de la prosperidad pública y particular se aumentan, y las fuerzas de la sociedad se robustecen: entonces los estímulos del hombre cobran vigor y brio, las relaciones entre todos los pueblos y naciones se enlazan, la codicia se apodera de los unos, los otros no reparan en los medios para conseguir lo que su voluntad alcanza á desear: todos los poderes públicos son tiranos: los reyes no consienten la autoridad de los parlamentos, los parlamentos conservan siempre fijo en su memoria el continuo desden de los reyes, el pueblo cuando se alza es para destruir la autoridad del Rey y del Parlamento: la sorpresa, la traicion, la emboscada son los únicos medios de que se valen los que pelean, á falta de otras armas; y por coronacion del edificio, todos se buscan, todos se encuentran, todos se decapitan, cada uno á su vez, segun la suerte de las armas, segun el éxito de su astucia.

Los que, poco aficionados á la lectura de la historia antigua, no han remontado sus estudios del año de 89, en el cual la sociedad parece que hace un alto, condenando lo antiguo y adoptando nuevos caminos y mas anchas vias para su futuro progreso, quedarán admirados al saber que en dicho siglo y en dicho año no se abrió la puerta á las revoluciones, cerrada antes por el valor de los reyes y la creencia de los pueblos; las revoluciones del siglo XVIII son hijas de las de los siglos anteriores, y muy particularmente de las del siglo XVI, que, conmoviendo ó negando el principio de autoridad, y admitiendo la discusion en los asuntos religiosos, abrieron una profunda brecha en el santuario del hombre, en su propia conciencia; brecha que no han podido cerrar, y que no cerrarán ciertamente, ni los anatemas de Roma, ni la renovacion de los principios de los antiguos legistas sobre la autoridad de los reyes. Pero en el siglo XIV, en Inglaterra, ¿no vemos los mismos síntomas de la revolucion política de 89, los horrores de 93, y las causas ó pretextos de la revolucion de 1848, publicadas por oradores populares en las calles y en las plazas? ¡Triste y desgraciada humanidad, condenada á vivir entre temores y esperanzas, siempre anhelando el bienestar que sus héroes le ofrecen, siempre sufriendo las consecuencias lamentables de su propia naturaleza!

Desde Ricardo II hasta Enrique VII contamos siete reyes en la historia de Inglaterra, y llenan el espacio de un siglo tres sucesos memorables: 1.° las revoluciones del tiempo de Ricardo; 2.° las guerras de sus sucesores contra la Francia; y por último, la guerra civil de las Rosas, entre las casas de York y Lancáster. Hasta los tiempos de Eduardo III, solamente la alta nobleza, enemiga del trono en todos los países, y muy particularmente en Inglaterra, habia disputado el poder y la supremacía á los reyes, en contiendas sin cuento; unas veces vencida, y las mas vencedora, habia arrancado por la fuerza otorgamiento de cartas y confirmacion de privilegios, mantenidos á costa de una loable perseverancia, y aun de su ilustre sangre. En los tiempos de Eduardo III el estado medio, la nobleza de segunda clase, se presentó ya en los parlamentos á defender su prerogativa, oponiéndose con vigor á las atribuciones que por una visible usurpacion se queria atribuir el Monarca. En el reinado de Ricardo II el pueblo esclavo es el que se presenta en la lucha con toda la fiereza de su natural indomable, con todo el odio y toda la cueldad de quien tenia tantos agravios que vengar; y pelea contra el Rey, y contra el Parlamento, y contra la ley desigual de las jerarquías, y contra la propiedad, y contra todo, porque en cada institucion veia una injuria, y en cada gobierno la tiranía, y en cada hombre acomodado un amo.

Jamás revolucion alguna fué mas temible; tendia naturalmente á romper todos los vínculos sociales, no muy ajustados entre sí, y hubiera tenido por resultado, después de una completa destruccion, la nada, el cáos de donde habia salido á duras penas la sociedad pocos siglos antes, por los esfuerzos perseverantes de la Iglesia cristiana. Las continuas guerras con la Francia tenian siempre apurado el erario; no bastaban los subsidios ordinarios; frecuentemente el Rey y los parlamentos se veian obligados á echar mano de recursos extraordinarios, de impuestos nuevos, odiosos por este concepto, mas quizás que por ser impuestos: la falta de economía y la sobra de despilfarro, durante la minoría del Rey, hacian mas necesaria una medida que llenase los cofres de la tesorería, vacíos por la avaricia de Lancaster, de York y de Glocester, tutores del Rey. No se les ocurrió á los hacendistas de aquella época otra cosa mas que una capitacion, mediante la cual estaban obligados á pagar tres *groats*, moneda de cuatro sueldos, cada persona, varon ó hembra, que hubiese cumplido quince años. Esta imposicion causó un disgusto y un escándalo general entre la numerosa clase del pueblo. La débil luz que al través de tantas tinieblas habia difundido un escaso esplendor en todas las naciones, á fines del siglo XIV, habia sido la causa ya de varios tumultos populares en Flándes y en Francia, hijos de cierto espíritu de independencia en el pueblo, y de un vivo deseo de mejorar de condicion. Aunque vagamente, el rumor de estos alzamientos, atravesando el Océano, habia llegado á Inglaterra, y habian sido acogidos con entusiasmo, porque la condicion servil de los paisanos ó plebeyos era mas dura que en el continente; y por lo mismo se hallaban mas dispuestos á abrazar el partido extremo de una revolucion. Campeaba entre los suyos como

hombre dotado de viva inteligencia y de grande popularidad un tal John Ball; el cual, aprovechando la ocasion que se le presentaba con el disgusto general que ocasionaba el nuevo impuesto, empezó á predicar contra él, contra el Gobierno y contra las clases ricas y acomodadas. Es ciertamente maravilloso que á fines del siglo XIV hubiese ya quien excitase á las masas del pueblo á la rebelion con el incentivo de las doctrinas socialistas; porque esto, y no otra cosa, era la predicacion del nuevo tribuno; por las calles, por las plazas, por los pueblos y por el campo decia ante la multitud que se agolpaba á oirle, que todos los hombres eran iguales; que todos tenian el mismo orígen; que debian ser libres, y tener derecho á poseer en iguales porciones cuanto habia en la tierra; que no eran mas que usurpaciones y distinciones ficticias y elevaciones irritantes las de una pequeña porcion de jefes insolentes sobre la especie humana. Corroboraba estas doctrinas con la interpretacion ó aplicacion literal de varios textos sacados de las divinas escrituras y de los Santos Padres, lo cual en aquel tiempo de fanatismo y supersticion causaba maravilloso efecto en el pueblo, al cual, por otra parte, léjos de disgustarle la teoría de la igualdad y del repartimiento de los bienes de los ricos, le agradaba y aun entusiasmaba; y así es que seguia á John Ball por todas partes, haciendo temible con su número el poder del atrevido predicador.

El impuesto de los *tres groats* habíanlo arrendado las autoridades, y como en tales casos sucede, las vejaciones de los colectores eran infinitas y el provecho del erario escaso en proporcion. El decreto de exaccion tenia una cláusula favorable al parecer á la gente pobre, y era que se obligase á los ricos á ayudar á los necesitados; pero era tan vaga y tan indeterminada, que solo servia para marcar mas la diferencia entre los unos y los otros, y para irritar contra los ricos á la gente menesterosa. Hasta ahora no habia todavía principio de sedicion ni turbulencia; pero los menos avisados conocian que tras las palabras vendrian bien pronto las obras, y tras el disgusto y la murmuracion, la amenaza y el golpe. Cuando los ánimos están bien preparados, el mas pequeño incidente basta para trastornar un estado. El primer movimiento de revolucion fué ocasionado por el herrero de un pequeño pueblo del condado de Essex: pretendia el colector la capitacion de una hija del artesano, y este la repugnaba, dando por razon que no habia llegado á los quince años. Uno de los que acompañaban al colector, sin respetar los derechos de un padre, ni el pudor de una doncella, sensiblemente alterado á la vista de una gran multitud reunida á la puerta de la herrería, se ofreció á presentar una prueba convincente de la edad de la muchacha, á la cual asió con violencia con ademan indecente y provocativo. El padre, ultrajado en lo mas vivo de su alma, asestó con un martillo tan fiero golpe sobre la cabeza del culpado, que este instantáneamente perdió la vida. Agradó el hecho á la muchedumbre irritada, y todos á una vez exclamaron que ya era tiempo que el pueblo se vengara de sus tiranos, y ganase para sí su natural libertad; de esto á tomar las armas no medió mas que un instante; el fuego de la sedicion prendió hasta

convertirse en voraz incendio : los amotinados fueron á Lóndres, pusieron en vergonzosa fuga al Rey y á su corte, mataron á los que no huyeron, robaron sus palacios, y se ensañaron muy particularmente con los abogados y gente de justicia. Toda la Inglaterra se llenó de estupor, y apoderóse de las gentes el terror, sin pensar por el pronto mas que en su inmediata salvacion : pedian los sublevados la abolicion de la esclavitud, la libertad de comercio, sin trabas ni contribuciones, y ciertas imposiciones sobre las tierras como equivalencia de los impuestos que pagaban las personas. Artículos eran estos muy razonables y muy justos, y lástima grande fué que tan buena causa hubiese quedado deshonrada con los desmanes cometidos por aquellas turbas frenéticas. Como los reyes en casos apurados lo conceden todo, concedió Ricardo cuanto pedia el pueblo de Lóndres, que no era en aquella ocasion mas que el representante de todo el pueblo inglés. Pero ni el Parlamento se reunia, ni el Gobierno gobernaba, ni las cosas públicas volvian á su asiento natural : debióse entonces á la alta nobleza el que tomase la iniciativa en aquellos momentos de peligro; y allegando buen golpe de tropas con las del Rey, pudieron todos reunidos domar la revuelta, que por falta de direccion, y no de fuerzas, cayó rendida á los piés del vencedor. Revocó el Rey las concesiones hechas; impuso tremendos castigos á los autores y jefes; el pueblo volvió á la esclavitud, sin haber sacado otra cosa de aquel tremendo lance, mas que la conciencia de lo poco que vale la fuerza de la multitud cuando no va acaudillada por la inteligencia. Las revoluciones del pueblo bajo, cuando no están dirigidas por personas de importancia social ó política, son las menos temibles : nubes de verano, su explosion es terrible, los primeros golpes tremendos y certeros; pero el viento mas ligero las disipa : una promesa, un discurso las aplaca, la fuerza bien dirigida las encadena, y la ley las castiga.

De esta revolucion, que por ser popular, con síntomas y pretensiones de social, hemos dado cuenta detallada, no quedó otro vestigio que la sangre inútilmente derramada. De la que á poco fraguaron los magnates y señores quedaron hondas raíces en aquel suelo, y por el pronto fué funestísima para el que ocupaba el trono. Para las tempestades que levantaba la nobleza no habia conjuro que bastase; su fuerza era irresistible, y todo otro poder, aun el del mismo Rey, bajaba la cabeza y doblaba la rodilla ante la liga aristocrática, que no habia perdido del todo las costumbres bárbaras de sus progenitores. Pero antes de concluir la narracion de los sucesos acaecidos en el reinado del desgraciado Ricardo, hemos de dar una prueba del espíritu liberal que animaba á la raza inglesa en aquellos tiempos de tiranía feudal y de profunda ignorancia.

En el anterior reinado de Eduardo, el poder hasta entonces incontrastable, de la doctrina católica, llevó un rudo golpe. El rector del colegio de Oxford, quejoso del atentado que el arzobispo de Cantorbery cometió con él, dando á otro sin motivo aparente aquella dignidad, se lanzó en el campo de la herejía, y empezó á atacar de frente la doctrina que él mismo habia defendido con calor. Wiclef (este

era su nombre) predicó contra el poder temporal y espiritual del Papa; le llamó Antecristo, negó la necesidad de la confesion para los que tienen verdadera contricion, la condenacion de las criaturas que mueren antes de ser bautizadas, el primado de Roma, el derecho á la propiedad y á la jurisdiccion por parte de los clérigos, y algunas otras cosas tocantes á la disciplina de la Iglesia, aprobadas por los concilios. La universidad, cuyos derechos habia defendido contra las pretensiones de los frailes, le prestó señalado apoyo; muchos hombres doctos de aquel tiempo aprobaron su doctrina. El *Tratado de la verdad*, que escribió, y el *Triálogo entre la virtud, la mentira y la prudencia*, estaban en manos de todos los que sabian leer; y aunque condenadas diez de sus proposiciones por el concilio de Lóndres celebrado en 1382, no por eso sus sectarios dejaron de llamarle apóstol, de venerar su persona y de acreditar sus opiniones. Wiclef es el incitador de Huss y el precursor de Lutero; por eso en los tiempos modernos ha sido llamado por algunos historiadores la *estrella matutina de la reforma*. Tal audacia para pensar, para escribir, para creer en materias religiosas, habia de producir la misma y mucha mas libertad para escribir en materias políticas. Amigo del heresiarca reformista el poeta Chaucer, fué uno de sus mas celosos y aprovechados discípulos: sus muchas y excelentes obras le dieron y le han conservado hasta nuestros dias el título eminente de padre de la poesía inglesa. Se expresaba en las materias profanas con el mismo valor y la misma libertad que Wiclef en las religiosas. Educado en la corte del rey Eduardo, amigo de Lancáster, poco seguro en sus opiniones, embajador, desterrado, perseguido; unas veces en la cumbre del poder, otras en el abismo de la desgracia, su vida y aventuras son parecidas á las del Dante; y si no le igualó en el genio, tiene sin embargo bastantes títulos á la admiracion de la posteridad el que supo dotar á su nacion de la lengua que hoy posee. No se remontó Chaucer á los orígenes del idioma sajon para buscar modelos; antes al contrario, amó mas la bella literatura, el buen gusto de los extranjeros, que los inmoderados alardes de un estéril patriotismo. Durante su residencia en Italia habia tenido amistad con los maestros del arte en aquella época del renacimiento, en la cual el inspirado Petrarca hacia sonar su lira con tonos tan melodiosos. Escribió varias obras: en unas celebra el amor; son las otras sátiras contra las costumbres de su tiempo y contra los hombres que mandan; en las unas sigue el poeta los pasos del amante de Laura, en las otras imita á Bocacio.

Suche as can not y say ther crede,
With prayer shul be mades prelates:
Nohter canne thei the grospell rede,
Suche shul now weldin hic states.

«Hay quien no sabe el credo, y á fuerza de solicitar saca un obispado; hay quien no sabe leer, y le regalan un rico patrimonio.» Aun mas todavía el poeta

escocés Barboam, contemporáneo de Chaucer, manifiesta su amor á la libertad en los siguientes versos, que por el sentimiento que los anima y vivifica parecen haber comunicado al estilo una juventud inmortal :

¡Ah, freedom is a noble thing!
Freedom makes man to have á likin;
Freedom all solace to man gives,
He lives at ease that freely lives;
A noble heart may have none ease,
Nor nougt ehe that may it please
If freedom fail.

«¡Ah, qué cosa tan noble es la libertad! La libertad consuela al hombre, eleva su dignidad, y hace que esté contento y satisfecho. El que vive con libertad tiene todo lo que ha menester. Un corazon noble desfallece, y no encuentra placer ni goce si le falta la libertad.» Basta esto como muestra de los sentimientos populares que reinaban en Inglaterra á fines del siglo XIV.

Y ahora nos es forzoso dejar á un lado los bellísimos versos de los poetas de aquel siglo, sus peregrinas invenciones, al ruiseñor que canta el salmo de *Domine, labia mea aperies*, y al águila, el *Veni*, *Creator*, en la original composicion de Chaucer titulada la *Corte de amor*, y otros juguetes no menos encantadores, para entretener á nuestros lectores con las sangrientas querellas de la aristocracia inglesa, que dieron por funesto resultado la deposicion y muerte del rey Ricardo.

Las revoluciones populares del siglo XV no causaron el mas mínimo sobresalto al Monarca: el pueblo deseaba tener un caudillo, y si este hubiese sido el Rey, de buena voluntad se hubiera entregado en sus brazos con tal de ver castigada la orgullosa tiranía de los próceres opulentos; pero estos, una vez que tuvieron sujeta la fiera, volvieron la vista al Rey, el cual, respirando el aire de la monarquía, que á principios del siglo XV corria ya por toda la Europa, quiso aspirar á la soberanía, sujetando á la nobleza lo mismo que habia sujetado á la plebe. Desde el año de 1216 hasta 1399, es notable la historia de Inglaterra, en razon á verificarse constantemente un hecho casual, pero que no por eso ha dejado de influir en el triunfo de las instituciones con que hoy se gobierna aquella ilustrada nacion, y es que un rey de talento ha sucedido á un rey incapaz, y al revés, uno incapaz á uno de talento; de esta suerte las instituciones libres no han tenido tiempo suficiente para ser sofocadas por un déspota enérgico ni para ser disueltas por la anarquía. En el reinado de Ricardo la lucha que habian sostenido en los anteriores, ya los barones, ya los comunes, contra el Rey, tomó de pronto un carácter mas general : no se trataba solamente de saber cuál de los dos estados que componian el Parlamento habia de gobernar, sino si el Rey habia de gobernar solo y de una manera despótica y arbitraria, ó con la ayuda y contrapeso del

Parlamento. El gobierno parlamentario y el gobierno absoluto vinieron á las manos: en esta larga contienda ambos partidos olvidaron todo cuanto debian á la causa pública y aun á sí propios; tuvieron momentos en que al parecer abdicaron hasta la razon y renegaron de la justicia: ¡tantas fueron las iniquidades que recíprocamente cometieron! Pero en general la cuestion entre la libertad y el absolutismo se colocó francamente, sin hipocresía, en el terreno que le quedaba, en el de la fuerza.

Este reinado puede dividirse en dos partes ó períodos: desde 1277 á 1389 el gobierno fué parlamentario; de vez en cuando el Rey y sus favoritos resistian lo que podian y hasta donde alcanzaban; pero el Parlamento tuvo una decisiva influencia en los negocios públicos. Desde 1389 á 1399 el Rey pudo mas que el Parlamento, no porque este abdicase sus derechos, sino porque, á pesar de sus protestas, el Rey disponia de todo á su antojo, perdiendo su adversario la influencia preponderante de que hasta entonces habia gozado. Tal estado era demasiado violento para que durase mucho tiempo: era además contrario á los instintos y á los deseos del país; así es que no podia menos de acabar de una manera trágica. Es verdad que en la primera época de este reinado el Parlamento no solo no trató al Rey con cortesía, sino que lo exasperó con las crueldades que con él usaba. Le tuvo casi siempre en una continua tutela; no le permitia elegir ministros ni criados á su gusto, vigilaba sus menores acciones, y castigaba con la pena de muerte por traidores á los que osaban declararse sus amigos ó simplemente sus partidarios. Así pereció Suffolk, acusado del crímen de alta traicion; así tambien perecieron diez y ocho personas de grande importancia, ó ministros ó amigos del Rey, acusados y condenados por el Parlamento de 1388, que se llamó *el milagroso*. Pero el año siguiente empezó la reaccion contra las cámaras; reaccion justísima si sus autores hubieran sabido contenerse dentro de los límites que les señalaba la buena causa que defendian. Siete parlamentos se sucedieron desde 1390 á 1397: cada año los individuos que los componian mostraban mas docilidad y mas timidez, y cada dia el Rey, envalentonado con estas seguridades, se mostró mas audaz y mas tiránico. En 1391 el Parlamento mismo, haciendo traicion á sus mas sagrados derechos y olvidando sus mas imperiosas obligaciones, pidió al Rey que usara de su autoridad omnímoda como habian usado sus antepasados: *laquelle prière semble a notre seigneur le Roy honeste et raisonnable*. En 1392 el Rey en un rato de mal humor despojó á la ciudad de Lóndres de sus libertades, y mandó prender á los magistrados populares. En 1397 creyó haber llegado el caso de recobrar todo su poder, anulando lo que legalmente se habia hecho en 1388, y vengando al mismo tiempo sus injurias; pero aun en esta ocasion no quiso el Rey tomar la responsabilidad sobre sí, y lo que hubiera podido hacer por medio de un decreto, no quiso hacerlo sino por medio de un parlamento, revistiendo con formas legales la reforma que meditaba, que no era otra mas que la proclamacion del mas feroz despotismo. Convocó para ello un

parlamento; pero tomó todas las medidas necesarias á fin de que los diputados fuesen dóciles instrumentos de su voluntad. Los sheriffs de todas las provincias fueron elegidos á propósito, y no faltaron hombres, como en tales casos acontece, que quisieran, por merecer las buenas gracias de la corte, representar el ignominioso papel de viles satélites, haciéndose instrumentos de venganzas y azote de sus conciudadanos. Se violentó de mil maneras la voluntad de los electores, se pusieron en juego todos los amaños y todas las industrias; numerosos cuerpos de tropas estacionaban en los puntos en que la eleccion podia peligrar; por último, Ricardo ganó las elecciones, como ahora se dice, y las ganó por completo, sin que una voz siquiera se alzara en contra de los estupendos proyectos que meditaba la corte. Este parlamento se abrió con inusitada solemnidad: el obispo de Exeter, canciller, pronunció el discurso de apertura, cuyo texto era: *Rex unus erit omnibus*. No se hicieron esperar mucho las medidas reaccionarias; todos los actos del parlamento de 1388 fueron revocados, sus autores acusados del crímen de traicion y condenados á muerte; el duque de Glocester, señor de gran valía y presidente de la junta de Gobierno durante la tutoría del Rey, fué asesinado en la prision de Calais, después de mil violencias cometidas con su persona. Ricardo se creia seguro de su poder y en el colmo de la prosperidad; habia tomado todas las medidas convenientes para evitar cualquier cambio político en sentido que pudiera perjudicarle. Los representantes del país habian abdicado su potestad legislativa; habian concedido al Rey la facultad de cobrar libremente los impuestos, la de resolver las peticiones, y el Monarca, traspasando todavía este campo abierto de concesiones, anuló las sentencias de los tribunales, las decisiones de la representacion nacional, conculcó el derecho privado, y erigido en árbitro supremo, en señor de vidas y haciendas, declaró reos de alta traicion á todos los que no respetasen sus órdenes y no obedeciesen sus mandatos. Entonces fué cuando empezaron á volver en su acuerdo las opiniones extraviadas, y á revivir el amor á la patria en el corazon de los ingleses; el odio y el deseo de venganza se notaban ya en todos los semblantes, y como siempre, un accidente casual hizo dar el estallido á la bien cargada mina. Antiguas querellas existian entre las dos poderosas casas de Hereford y de Norfolk; sus valientes poseedores quisieron decidirlas en un combate singular: acusaba el primero al segundo de haber proferido en conversaciones particulares palabras que ofendian gravemente la majestad del Rey; negaba el cargo el segundo, y de aquí se deducia en la lógica judicial de aquel tiempo la necesidad del riepto. Los lores admitieron la prueba, señalaron dia y hora, y la Inglaterra entera esperó con impaciencia la ocasion de presenciar un espectáculo tan dramático é interesante. Hereford, que era el agresor, se presentó primero á las puertas del campo, ricamente ataviado, jinete sobre un caballo blanco primorosamente enjaezado. El Mariscal le preguntó quién era y á qué venia, y Hereford contestó: «Me llamo Enrique de Lancáster, duque de Hereford, y segun mi derecho y cumpliendo con mi deber, ven-

go á combatir con Tomás Mowbray, duque de Norfolk, traidor insigne á Dios, al Rey, al reino y á mí.» Concediéronle permiso, después de esta respuesta, para entrar en el campo; envainó su espada, descubrióse, se persignó, y se sentó en un banco de terciopelo verde que le estaba preparado. A poco llegó el Rey, acompañado de lujosa comitiva, y entre los que le seguian estaba el conde de San Pablo, francés, recien llegado de su tierra para presenciar aquel imponente acto. Además de la numerosa escolta del Rey, diez mil hombres armados guardaban las avenidas de la liza para impedir alteraciones ó tumultos. El Monarca se sentó en el trono, los próceres y magnates permanecieron de pié á su lado, las damas de la primera nobleza ocupaban las mas cercanas galerías; el lujo, la pompa y la ostentacion brillaban en todas partes, de manera que al decir de los contemporáneos, no habia otra cosa que ver. Los heraldos entonces alzando la voz prohibieron, bajo pena de muerte, que ninguno fuese osado de bajar al campo, á excepcion de los combatientes y de sus jueces. «Enrique de Lancáster, duque de Hereford, dijeron, se presenta á combatir con Tomás Mowbray, duque de Norfolk, y si no cumple con su obligacion, será declarado felon y cobarde.» En tan precisos momentos entraba por el campo adelante el duque de Norfolk, igualmente armado que su adversario, vestido de color carmesí, montado en un caballo negro, y en apostura y garbo nada dejaba que desear á los mas descontentadizos; y diciendo en alta voz: «Dios proteja la causa del justo;» después de las ceremonias que prevenia el ritual, se apeó y se sentó en un banco forrado de terciopelo encarnado, frente por frente de su antagonista. El Mariscal midió las lanzas, entregó una á Hereford y otra á Norfolk, y á los dos les dió la órden de estar prontos, pues á la primera señal debia comenzarse el riepto. Montaron á caballo los campeones, requirieron sus lanzas, y se colocaron uno frente á otro esperando la señal de las trompetas y atambores. Pendiente estaba de la misma señal la impaciencia de los circunstantes, haciendo votos, los unos á favor de Hereford, los otros de Norfolk, y todos anhelando ver el principio del combate; que nada interesa tanto á la multitud como la vista de espectáculos sangrientos, donde las emociones violentas se suceden sin cesar y el desenlace es dudoso. Dada la ansiada señal, el de Hereford corrió á todo galope gran espacio del campo, lanza en ristre, para buscar á su adversario; pero en tan crítico momento el Rey arrojó su cetro soberano en medio de la arena, y mandó suspender el combate. Sonrojados quedaron los dos adalides, atónito y desconcertado el numeroso concurso, todos descontentos al ver el inopinado desenlace del drama. El Rey en seguida mandó salir de sus reinos á los dos duques; medida descortés é injusta, pues además de que el riepto estaba permitido entonces por las leyes de todas las naciones, peleaban los dos por su causa, el uno defendiendo la persona del Monarca de los insultos verdaderos ó supuestos que le habian inferido, el otro defendiendo su honor de tales imputaciones. Ambos cumplieron la órden del Rey: uno de ellos á poco murió en Venecia de tristeza; el otro solo pensó en su venganza. Hereford

marchó á Paris, en donde trató conciertos con el rey de Francia y con la nobleza de esta nacion; y quedando, por la muerte del duque de Lancáster, dueño de sus títulos y de sus bienes, las letras patentes que mandó publicar Ricardo secuestrando tan pingüe patrimonio le exasperaron á tal punto, que con solos sesenta hombres desembarcó en Inglaterra, resuelto á arrancarle al Rey la corona á viva fuerza. Sus progresos en esta via fueron tan felices como rápidos: Ricardo, de vuelta á Inglaterra desde Irlanda, donde á la sazon se encontraba, se vió abandonado de todo el ejército y vendido por los parciales en quien mas confianza tenia. Convocaron sus enemigos un parlamento, y ante su autoridad abdicó su regio poder; pero como nada en el mundo hay peor que un parlamento enemigo, no se contentó el del 30 de setiembre con la abdicacion, sino que le acusaron nada menos que por treinta y tres capítulos, todos capitales; siguió á la acusacion la deposicion, teniendo el dolor de ver pasar la corona á su mas mortal enemigo, á Enrique de Lancáster, que la pretendió apoyado en un incierto derecho. El pobre Ricardo, encerrado en el castillo de Pomfret, fué secretamente decapitado por sus carceleros y por órden del nuevo rey Enrique IV.

El segundo de los tres grandes acontecimientos que ocurrieron en el siglo que medió desde la muerte de Eduardo III hasta el advenimiento al trono de Enrique VII fué la continua hostilidad entre Francia é Inglaterra. En ningun otro período de la historia las guerras son tan continuas, la lucha mas viva, la contienda mas encarnizada, hasta el punto de caer la Francia en poder de su rival, y quedar por la conquista casi borrada del mapa de las naciones. El estado de la Francia á principios del siglo xv era el mas deplorable posible; la enemistad de las dos grandes casas de Borgoña y de Orleans acarreó á aquella nacion muchas desgracias, como poco después la enemistad entre las de York y Lancáster puso á la Inglaterra al borde de un precipicio. El primer atentado fué cometido por los de Borgoña; por esto, y á pesar del poder de familia tan opulenta, empezó la de Orleans á ser querida y estimada en Francia por sus hábitos populares y su gusto y proteccion á las artes. Juan Sin-miedo, que habia sucedido á su padre Felipe el Atrevido, mandó asesinar al duque de Orleans, después de haberse jurado los dos en las manos del mismo Rey una eterna amistad, haberse abrazado al separarse, y haber juntos recibido la sagrada Comunion. A pesar de la popularidad de que gozaba el duque de Orleans entre las clases medias, el pueblo bajo lo detestaba cordialmente, y no faltaron cínicos poetas que cantasen en versos de ningun valor su muerte desgraciada: prueba evidente de que los crímenes, por atroces que sean, no inspiran horror sino en el estado tranquilo de las sociedades; en los períodos de revolucion, como son su parte mas esencial, se miran como el desenlace fatal del drama, como el accidente mas divertido del espectáculo. La Reina, asustada, acudió al palacio del Rey; la mujer adúltera buscó entonces la proteccion de su marido; pero ¿qué seguridad podia darle un rey casi demente, incapaz de llevar con dignidad ni aun el infortunio? Los de Armagnac

y los de Borgoña destrozaban el corazon de la patria con sus batallas y asedios de ciudades; Paris, la ciudad de las revoluciones, se alzó para tomar por asalto el palacio del Rey y del Delfin; el de Borgoña por último se retiró, queriendo capitular. En tan críticas circunstancias el rey de Inglaterra desembarcó en Francia; la batalla de Arincourt, ganada por los ingleses, renovó todos los desastres de Crecy y de Poitiers; apoderáronse de Rouen y de otras varias plazas, y Enrique V tomó el título de rey de Francia. Un tratado de paz consagró como legítimo lo que tenia solo á la fuerza por derecho. Enrique V se casó con Catalina de Francia, hija de Cárlos VI; este débil rey le reconoció formalmente su heredero, sin hacer caso de los derechos de su hijo. Dos años después del tratado ignominioso de Troyes, Enrique V murió en Vincennes y Cárlos VI en Paris. El duque de Bedford, después de asistir á los funerales del rey de Inglaterra, mandó á los franceses que los del rey de Francia fuesen magníficos. En pocos dias el pueblo de Paris pudo contemplar dos sepulcros: el uno del mas glorioso y del mas afortunado de los monarcas, el otro del mas oscuro y del mas miserable de los soberanos. Ya lo hemos dicho alguna vez: las prendas de un rey no son para las naciones mas que un accidente feliz, que rara vez deja consecuencias ni rastro ni vestigio duradero.

La fortuna de los ingleses desde este momento, en vez de debilitarse, fué aumentándose de un modo pasmoso; y era muy raro el ver que, á pesar de la minoridad del Rey, las ambiciones de los grandes se mantuviesen á raya, los comunes contribuyesen sin dudar con los subsidios para la guerra, y esta en el reino de Francia se presentase bajo el aspecto mas lisonjero: es verdad que las huestes inglesas estaban acaudilladas por los mejores capitanes de aquel tiempo, y los negocios políticos conducidos por la prudencia consumada y la indisputable habilidad del duque de Bedford, regente de Francia. Toda la parte del norte habia caido ya en poder del extranjero; tambien muchas provincias del centro; y solo esperaban las armas del inglés un momento favorable para extenderse por todo el rico mediodía, en donde la tradicion habia dejado recuerdos favorables á la posteridad de Enrique II; pero no era cosa conveniente en el sistema militar entonces usado dejar á la espalda plazas fuertes en poder del enemigo: Orleans lo era, no solo por sus murallas, sino por su posicion estratégica; de tal manera, que podia considerarse como la llave de los ricos y extensos territorios situados á una y otra parte del rio Loire. En vista de tales consideraciones, la junta de capitanes resolvió proceder al asedio formal de la dicha ciudad; empresa difícil, pues además de las condiciones de que hemos hecho mérito, tenia la muy particular de mandar en ella como gobernador encargado especialmente de su defensa el conde Dunois y de Longueville, llamado el Bastardo de Orleans, capitan de los mas famosos de aquel tiempo, al cual animaba, además de su patriotismo, el deseo de vengar el asesinato cometido en la persona de su padre por los parciales de la casa de Borgoña. Toda la Francia y toda la Inglaterra tenian puesta su

atencion en los muros de Orleans: la primera consideraba aquella fortaleza como el último reducto desde donde podia defender su independencia; la segunda como el único obstáculo para triunfar completamente de su rival: los ánimos de los franceses, abatidos con los reveses; los de ultramar, orgullosos con la prosperidad; los primeros no aguardaban refuerzos, los segundos los recibian á cada paso después de su alianza con los borgoñeses: las máquinas y engeños que los ingleses habian preparado, para batir la ciudad, excedian en poder á cuantos se habian conocido hasta entonces; tambien tenian cantidad no despreciable de lombardas y otras piezas de artillería; pero, como este nuevo descubrimiento estaba en su infancia y eran aquellas muy difíciles de servir, los tiros no causaban estrago ni pavor en los sitiados. Las cosas estaban en este estado, que no podia ser peor para los franceses, los cuales eran de opinion que solo un milagro podia salvar á la patria de la inminente ruina que la amenazaba. Y un milagro acaeció, y una mujer salvó la Francia, como otra mujer la habia perdido años antes; y todas las condiciones, de adversas, se convirtieron en favorables; y Cárlos VII fué coronado con la diadema de Carlo-Magno y ungido con el bálsamo de Clodoveo. Maravilla tal fué debida á la virtud, al heroismo y á la inspiracion de Juana de Arco, conocida con el nombre de la Doncella de Orleans.

Hacia ya algun tiempo que corria de boca en boca una profecía, que, como todas las de aquella época, se atribuia al encantador Merlin, anunciando que la Francia, perdida por una mujer, seria salvada por otra. En efecto, la primera parte de la profecía era cierta: la reina Isabel habia entregado, ó poco menos, la corona á los ingleses; pero ¿dónde estaba la mujer que debia salvar al reino? Esta era la segunda parte de la profecía, y verdaderamente que no se le veia cercano el cumplimiento. La verdad es que, viendo aquella generacion que los males se aumentaban de dia en dia, y que los auxilios humanos eran muy poca cosa para remediarlos, volvieron los ojos al cielo, invocando el poderoso favor de la Providencia, que, como decian, jamás habia abandonado en la desgracia á la noble nacion francesa. Poco antes de la muerte de Enrique V un ermitaño de San Claudio, de vida ascética, de ejemplar virtud, á quien las gentes tenian en opinion de santo, visitaba con frecuencia al Delfin, exonerado del trono por voluntad de su padre, y le decia que tuviese confianza en Dios; que su raza no pereceria, y que antes de mucho coronaria sus sienes la diadema de sus antepasados. Una mujer llamada María de Avignon visitó tambien al Delfin, y le contó las prolijas revelaciones que habia tenido, relativas á la miseria y desolacion del reino; tan maravillosas visiones iban acompañadas de la vista de curiosas y bien compuestas armaduras, que como excitasen en la sierva de Dios miedo ó temor, y por cierto no sin fundamento, una voz celestial le dijo que aquellas armas estaban destinadas para otra mujer que tenia el encargo de curar los males de la Francia. Por este mismo tiempo habia en el pueblo de Domremy, en los confines de la Champagne, de la Borgoña y de la Lorena, una muchacha á la cual llamaban Juana

de Arco, que hacia ya tiempo que tenia visiones mas sorprendentes todavía que las de los anteriores: era hija de un pobre de aquellos alrededores, y aunque su educacion era escasa, su honradez y su piadosa devocion tenian encantados á todos los que la conocian. Era la doncella una patriota de buena ley: amaba á su patria, después de Dios, sobre todas las cosas, y no habia que hablarle nunca ni de ingleses ni de borgoñeses; que aborrecia á los extranjeros á par de muerte, y para ella no habia mas que franceses, á los cuales amaba de todo corazon por paisanos y amigos. En medio de una grande claridad que oscurecia la del mismo sol, confesaba Juana haber visto á S. Miguel, á Sta. Catalina y á Santa Margarita, y que esta trinidad de santos le habia aconsejado la pureza de las costumbres y la defensa del territorio ocupado ó amenazado por los enemigos: segun la misma revelacion, su encargo en este valle de lágrimas era el de libertar á la Francia del yugo extranjero, enaltecer á su rey, hacerlo consagrar en Reims, y ungirlo con el oleo santo que la bendita paloma bajó del cielo en una ampolla en los tiempos del rey Clodoveo. A proporcion que la doncella adelantaba en años, mas se aumentaba en ella el deseo de servir á su rey y de cumplir el encargo á que una mano divina la llevaba por enmedio de los peligros de la guerra y de la oposicion que naturalmente la hacian los hombres doctos, los capitanes aguerridos y los clérigos ilustrados. Pero el pueblo todo estaba por ella: creia sinceramente el comun de las gentes cuanto decia de las visiones y éxtasis en que se arrobaba; y resucitando entonces, en aquella época de ciega credulidad, la profecía del encantador Merlin, y uniendo lo sagrado á lo profano, tenia á la jóven Juana por la vírgen de la Lorena, libertadora de la Francia, de que hablaba en sus libros el bardo inglés del siglo VII. Por último, no pudiendo ya resistir mas la doncella las excitaciones de su exaltado cerebro, se presentó en casa del Sr. de Baudricourt, capitan de armas del pueblo de Vaucouleurs, y le suplicó se sirviera presentarla al Delfin. Empresa ardua era para un militar tomar sobre sí la responsabilidad de llevar á la corte á una jóven que ofrecia librar de extranjeros á la Francia por medios extraordinarios y sobrenaturales: temia que se riesen de él en sus barbas, y lo que era peor, que tomándolo por cómplice de una hechicera, le aplicasen el cruel castigo que en aquellos tiempos se daba á los que se entregaban al tráfico vergonzoso de conjuros y brujerías. Abundaba entonces en la Europa la mala semilla de los mágicos y encantadores, de los brujos y hechiceros, los cuales con toda clase de sortilegios, bebedizos y composiciones de yerbas, mofándose de la credulidad de las gentes, turbaban la paz de las familias y alteraban la tranquilidad de los pueblos; por esto las leyes y los cánones habian fulminado tremendos anatemas y crueles castigos contra gente de tan mala ralea, y los tribunales aplicábanlas con severidad cuando el caso lo requeria. Lo primero que se le ocurrió al honrado militar á quien habló Juana, fué el de dar parte de tan extraordinaria proposicion al cura del lugar, el cual interrogó á la doncella, y la sujetó á mil pruebas de las que entonces se usaban, para convencerse

de que no estaba poseida del espíritu maligno. Una vez tomadas estas precauciones, y aumentándose cada vez mas el favor que el pueblo la dispensaba, emprendió el Señor de Baudricourt el camino para hacer al Rey con toda solemnidad la presentacion de aquella mujer que con tanto aplomo ofrecia salvar al reino de su inmediata perdicion. Trabajo costó al Rey el decidirse á recibir á la doncella: temia la corte entera el grande escándalo que iba á resultar de un paso semejante, si por acaso se convertia tanta promesa y tan celestiales visiones en un nuevo descalabro parecido á los que tenian costumbre de sufrir los franceses en aquellos malhadados tiempos. La universidad de Poitiers, y otros doctores que vinieron de muchas leguas á la redonda, examinaron el caso con una formalidad tal y con tan minucioso cuidado, que darian hoy que reir infinito á las gentes si el caso se repitiera. De todo salió airosa Juana de Arco: sus respuestas eran sencillas, su porte noble, su jactancia ninguna, su confianza infinita. Creyéronla al fin los cortesanos, y decidió el Rey darle á mandar el ejército que debia obligar á los ingleses á levantar el sitio de Orleans: es verdad que en el nombre ella mandaba; pero en la realidad disponia de las tropas el Bastardo y el Sr. de Daulon, consejero del Rey y uno de los mas cumplidos caballeros de aquella época. Pocas veces estuvieron acordes los pareceres de la inspirada doncella y de los capitanes que mandaban el ejército. Por lo regular ella queria acometer en todo tiempo y lugar, con poca fuerza, y sin que le arredrasen las del enemigo; otras veces contrariaba la voluntad de los militares, que deseaban aprovechar una ocasion ventajosa, y ella se oponia porque era dia festivo; conseguido el objeto, esto es, ganada la batalla, no queria que se persiguiese al fugitivo ni que se diese muerte al rendido; preguntada que quién le ordenaba aquella nueva táctica, siempre contestaba que el Señor, que se le aparecia y en el cual tenia toda su confianza. Su valor en el combate admiraba por lo heróico, su devocion entusiasmaba por lo sublime; en la desgracia aparecia resignada. Juana de Arco libró á Orleans del asedio que la obligaba á rendirse al inglés, y desde aquel momento la victoria, decidida por los franceses, obligó al primero á retirarse poco á poco de todo el territorio, hasta el punto de recoger sus desmanteladas huestes en los puertos mas inmediatos á Inglaterra. Huyó el Regente, fué ungido Cárlos VII en Reims, y aclamado rey de Francia por la multitud de sus súbditos, que atónitos presenciaban aquel milagro sin acabar de creerlo.

Al contemplar nosotros este espectáculo, omitimos las reflexiones que pudiéramos hacer si mirásemos á la doncella por el prisma sangriento que se llamó filosófico segun los escritores del siglo XVIII. Unicamente dirémos que Juana de Arco obraba con su conciencia tranquila y con su profunda conviccion aquellas maravillas, que, si no tan estupendas, no menos útiles y provechosas, han sabido obrar los hombres que saben lo que quieren, y que despues tienen una enérgica voluntad para llevar adelante sus planes. La Francia, cuyas costumbres licenciosas habian relajado la disciplina del soldado, y cuya relajacion habia infundido

en sus varoniles pechos el miedo, volvió en sí avergonzada el dia en que una heróica mujer le reprendió su flaqueza y le enseñó el camino de la gloria. El pueblo, á quien tanto le place todo lo maravilloso, de naturaleza propicia para incensar ídolos, y verdadero representante de las ideas del siglo, adoptó á su hija con el entusiasmo loco que producian en su alma las fanáticas creencias de la edad media : lo que hasta entonces habia sido decaimiento y estupor, fué ya firme decision y general audacia; nadie esperaba antes vencer; ahora todos veian la victoria y la aclamaban, y á ella corrian presurosos antes de la batalla. Levantado el asedio que tan estrechamente tenian los ingleses puesto sobre Orleans, no tuvieron en la Francia tierra que pisar : una mujer bastó para poner en vergonzosa fuga á aquellas formidables falanges, que tantas pruebas habian dado de valor en el oriente, y tanta constancia habian mostrado en el continente para sostener la dominacion en las provincias que poseian; el inminente peligro que corrió el reino de Francia desapareció. Cárlos VII pudo sentarse con seguridad en el trono de sus mayores, y ensanchar el territorio que dominaba, con el abandono casi simultáneo que los ingleses hicieron de sus antiguas posesiones. Pero el sacrificio fué costoso sin embargo : la heróica mujer que habia sabido infundir tanto valor en los pechos de los hombres, prisionera de guerra por las tropas de Borgoña, y entregada por ellas á los ingleses, pereció en una hoguera por sentencia de estúpidos jueces, por hechicera, con alborozo del ejército inglés, que se complacia en la muerte del general enemigo, dada cobardemente despues de la derrota, sin respeto á las leyes de la humanidad, con violacion manifiesta del derecho de gentes, y con sobra de bajeza y cobardía. Tres poetas han dedicado sus composiciones á la doncella de Orleans: Shakespeare, Schiller y Voltaire. El poeta inglés, fiel á las tradiciones de su nacion, considera á Juana como á hechicera que tiene pacto con el demonio; pero á pesar de tanta preocupacion, es justo cuando concede á la doncella el sentimiento del heroismo, poniendo en su boca las siguientes palabras dirigidas á Cárlos VII: «¿Qué os resta que hacer? Nada: ordenad á la victoria que corone vuestros esfuerzos, y la victoria seguirá por do quiera vuestras triunfantes huestes.» En la admirable tragedia del poeta aleman, la doncella de Orleans es una mujer divina, inspirada por Dios; pero que pierde la gracia celeste cuando se enamora. «Y ¡qué! ¿perderémos nuestro rey?... El Rey, que nunca muere en Francia, ¿huirá léjos de nosotros? ¿Podrá el extranjero amar una tierra donde no descansan los huesos de sus mayores?» No quisiéramos hablar de Voltaire: el grave delito que cometió injuriando y calumniando á una mujer, á una heroina, á la que salvó á su patria del furor del extranjero, no puede repetirse : en las naciones donde no hay costumbres públicas es donde pueden ocurrir estos extravíos del talento. En los pueblos libres no se insulta á la patria; la libertad es el escudo de las glorias nacionales, que son el patrimonio de todos los ciudadanos. Voltaire rara vez es justo, y casi siempre sus fallos históricos son hasta inicuos. Concluyamos este episodio repi-

tiendo el juicio que de la Doncella de Orleans ha formado uno de los ilustres escritores de la nacion francesa: «Sencilla como una mujer del pueblo, Juana de Arco era débil como mujer, se hallaba inspirada como una santa, y poseia el valor de una heroina.»

El tercer acontecimiento del siglo que analizamos es la guerra de las Rosas; guerra civil que duró treinta años, y en la cual abundan tanto los ejemplos de ferocidad por ambas partes, que la pluma se niega á trazar los rasgos de tan sangrienta historia, impropia de hombres civilizados y de cristianos. Desde que Enrique IV usurpó el trono de Inglaterra, vacante por la muerte violenta inferida al desgraciado Ricardo II, el principio de legitimidad habia quedado postergado, cediendo su puesto á las impresiones del momento, favorables á Lancáster, que tuvo buen cuidado de robustecerlas con la fuerza. Esta hizo que por el pronto no hicieran gestion ni reclamasen su derecho los principales interesados; sin turbaciones ni alborotos civiles pasó la corona de Enrique IV á Enrique V, y de este á Enrique VI, que fué saludado al nacer como sucesor de los reinos de Inglaterra y Francia, por hijo del mayor monarca que tenia entonces la Europa; pero en el curso de este reinado, ni tan afortunado ni tan glorioso como el de su padre, fué cuando, proclamando su derecho con muchos y legítimos títulos el duque de York, se presentó ante la nacion como pretendiente á la corona. Las dos casas de York y de Lancáster descendian de un mismo tronco: Eduardo III lo era comun para ambos descendientes; los de Lancáster traian su orígen de Juan de Gand, hijo tercero de aquel soberano; y los de York, de Edmond de Langley, hijo cuarto. Pero esta rama se habia enlazado con la familia de Clarence, la cual descendia directamente de Lionel, hijo segundo de Eduardo, y pretendia con justísima razon ser la heredera de sus derechos, que además habia en su tiempo sancionado el Parlamento. Ricardo de York, nieto de Edmond, primer duque de York, hijo de Ana Mortimer, heredera de la casa de Clarence, fué el primero que levantó el estandarte de la revolucion. Las guerras civiles en que se debate el derecho ó la pretension de dos príncipes á una misma corona, tienen además otro fundamento; estas guerras por lo general no tienen lugar sino cuando existen con anterioridad causas de grave descontento, ó cuando luchan entre sí opuestos principios, ó cuando á las naciones aquejan males sin cuento, y les anima la esperanza de salir de un estado desastroso y llegar á otro de ventura. En tales momentos unos se agrupan á la bandera del uno, y otros á la del opuesto, mas por la cuenta que les trae, que por amor á sus respectivas personas. La legitimidad es un principio abstracto, y los pueblos no se lanzan á la guerra por abstracciones, sino por sus intereses mas ó menos calculados: es verdad que muchas veces suelen engañarse; es verdad que creyendo coger una buena cosecha de felicidades, suelen encontrar gran suma de infortunios; pero no por eso el principio deja de ser cierto; el dolo suele eludir las consecuencias de un contrato, pero no vicia ni cambia su naturaleza. Durante el reinado de Enrique VI habian perdido los in-

gleses, no solamente lo ganado en Francia en tiempo de su padre y abuelo, sino el antiguo patrimonio que la Inglaterra tenia desde los tiempos de Guillermo el Conquistador; aunque estas posesiones, lejanas y enclavadas en un país extranjero, que cada dia adquiria nueva fuerza, no eran de mucha utilidad para la metrópoli, sin embargo el deseo de gloria se despertó en aquella valiente raza, hasta cierto punto humillada con los recientes reveses de la fortuna. Los hombres que se llamaban patriotas entusiasmaron al pueblo con la relacion de los sucesos adversos, prometiéndole nuevas y mas duraderas glorias con el cambio radical de personas en la gestion de los negocios públicos. Todavía el duque de York no se determinó á presentarse como solícito pretendiente; se contentaba con el mas modesto de protector, velando de esta suerte su ambicion con el plausible pretexto del interés y prosperidad nacional. Sus enemigos, creyendo que la ocasion habia llegado de inutilizar completamente sus esfuerzos, decidieron al Rey, convaleciente de una grave enfermedad, á tomar el mando á viva fuerza, combatiendo la popularidad del Duque y despreciando los decretos del Parlamento. Varia fué la suerte de las dos casas contendientes en los continuos trances de esta guerra civil, la mas sangrienta y la mas atroz de todas las que cuentan las historias: el Rey fué vencido una, dos y tres veces; el duque de York muerto en accion; su hijo Ricardo proclamado, no ya protector, sino rey, en el campamento; alzado sobre el pavés, á la usanza antigua; y el imbécil Enrique VI, encerrado en la torre de Lóndres, tan pronto salia victoreado por el pueblo para sentarse en el trono, como volvia silbado y escarnecido á la prision á contemplar la nada de las grandezas humanas. La imbecilidad de este monarca estaba compensada con las dotes superiores que formaban el carácter enérgico y varonil de su mujer la reina Margarita, á la cual no igualó ningun capitan de su siglo en la constancia y en el valor, ni hubo hombre político que la aventajase en astucia, resignacion y heróica perseverancia. Sus hazañas serian hoy cosa increible, si no tuviese el mismo sello en Inglaterra todo lo que hace relacion á los sucesos de este tiempo. Juntamente como contrario, y contrario digno de aquella mujer heróica, el campo de los yorkistas se vanagloriaba de poseer al general mas distinguido de aquella época, al famoso Warwik, de carácter emprendedor y astuto, de fabuloso valor, tambien de inconstancia mujeril; pero de conocimientos militares tan superiores á sus contemporáneos, que no habia ningun guerrero que no temiese entrar con él, aunque fuese con duplicadas fuerzas. A este tal llamaban el *supremo hacedor de reyes*, porque daba y quitaba coronas á su gusto: ¡tal era el renombre de que disfrutaba, el amor que le profesaba el pueblo de Lóndres, y la popularidad que á fuerza de dádivas se habia granjeado entre los soldados! Pero nada habia que fiar de este atrevido caudillo, que así defendia los derechos de la reina Margarita como los del duque de York; que tan pronto adornaba su pecho con la rosa encarnada como con la rosa blanca, emblema por cierto bien inocente y poco adecuado de las dos facciones que destrozaban el corazon de la patria con los horrores de la guerra civil.

Aunque el duque de York murió en uno de los muchos combates que libró defendiendo sus derechos, su hijo, el sanguinario Eduardo, de gallarda presencia, de corta edad y de acrisolado valor, mantuvo viva la querella hasta quedar completamente dueño del campo, ayudado por su fortuna y por los violentos medios que puso en juego para sostenerse; los cuales, difundiendo el terror y el espanto entre todas las clases de aquella sociedad, le aseguraron á él y á su familia el triunfo momentáneo que aseguran los sistemas de esta clase. Los que sean aficionados á la lectura de obras en las que se pinte el carácter de las facciones en tiempos de revueltas; los que quieran admirar la paciencia de los pueblos cuando están gobernados por reyes crueles y por aristocracias turbulentas; los que deseen estudiar en el libro de las revoluciones, deben leer con cuidado la historia de la guerra civil de las Rosas, y encontrarán ancho campo para sus meditaciones. En ella verán que no es el populacho solo, la plebe sin educacion y sin conciencia, la que en los momentos de delirio y de frenesí comete atentados, perpetra crímenes y conculca los principios de la religion y de la humanidad, sino que las clases mas elevadas de la sociedad compiten con ella y la superan, en esto de cometer toda clase de delitos. Pasan de ochenta el número de príncipes de la sangre que fueron víctimas, unos condenados por otros, y alcanza á una cifra fabulosa el número de los nobles que perecieron en el patíbulo. Lord Clifford mató con su propia espada á uno de los hijos del duque de York; la reina Margarita mandó cortar la cabeza al lord Bonneville, su prisionero; en la batalla de Towton el rey Eduardo mandó pasar á cuchillo á treinta y cinco mil parciales de Lancáster (29 de marzo de 1461); el mismo soberano hizo colocar la cabeza del conde de Devonshire en una jaula de hierro sobre las puertas de la ciudad de York, en el mismo lugar en que estaba la de su padre el duque de York, mandada poner allí por la reina Margarita. A todo esto, en palacio todo era fiestas, mascaradas y devaneos. La tristeza y la alegría andaban mezcladas; y como si el Soberano quisiera añadir el ludubrio al castigo y á la inhumanidad, eran convidados los parientes de las víctimas, y obligados á guardar en sus vestidos la ceremonia de un sarao, y en su apostura y continente las muestras de un bullicioso contento. Glocester y Clarence dieron de puñaladas en presencia del Rey, y á una señal suya, á uno de los hijos del rey Enrique VI. Glocester degolló á sangre fria por su propia mano á este infeliz, que no tuvo nunca otro delito que el de haber nacido con poca capacidad para mandar el reino en tiempos tan turbulentos. A Clarence, al principio cómplice de los extravíos de Eduardo, perseguido después y enemigo mortal de sus degenerados parientes, se le dejó elegir el género de muerte que mas le agradara, y puesto que el morir era preciso, eligió la muerte del ahogado, pero en un tonel de vino de malvasía, bebida muy de su agrado. Lord Risvers, Sir Richard Grey, Lord Hastins, y otros mil que seria prolijo enumerar, perecieron á los golpes repetidos del hacha del verdugo, cuyo oficio, constituido en permanencia, no le dejaba un momento

de holganza. Cierra este lamentable período, después de la muerte de Eduardo IV, la horrorosa catástrofe de sus dos hijos, sus naturales y legítimos herederos, meditada y llevada á cabo con una saña y sangre fria que horrorizan, por su tio el infame Glocester, que no temió manchar sus manos otra vez en sangre inocente, el que nacido en las gradas del trono, y con un corazon de hiena, la habia vertido á torrentes en todo el curso de su miserable existencia. Aclamado rey por las tropas y algunos centenares de súbditos pagados para que lo saludasen como á tal, en una de las plazas de Lóndres, su reinado no desmintió un solo dia ni por un instante sus pasiones feroces ni sus instintos sanguinarios : una sospecha, una vaga delacion, un capricho, bastaban para hacer caer de sus hombros las cabezas de los hombres mas ilustres de Inglaterra ; pretendió y obtuvo por mujer la viuda del hijo de Enrique VI, á quien habia dado muerte por su propia mano, sin que sepamos qué extrañar mas, si el insulto del verdugo á los manes de la víctima, ó el de su propia mujer, que aceptó de buen grado el tálamo de aquel monstruo. El que habia cometido tantos crímenes murió en el campo como bueno, defendiendo su corona con valor y arrogancia : muerte digna de los héroes, y no de los tiranos estúpidos como Ricardo. Con él acabó la dinastía de los Yorkistas y de los Plantagenet ; con el advenimiento al trono del conde Richemont, con el nombre de Enrique VII, empieza la dinastía de la familia Tudor, y con el enlace de este soberano con la princesa Isabel, hija de Eduardo, desapareció todo pretexto á las reclamaciones de la rosa blanca, que unida desde entonces con la encarnada, terminaron el terrible episodio de la guerra civil de treinta años, tan bárbara y tan sangrienta como la que preparó la ruina de la república en los tiempos de las sanguinarias parcialidades de Mario y Sila. De esta manera, no muy suave por cierto, y tampoco para olvidada, acabó la edad media en Inglaterra ; esto es, aquel período en que tanto brillaron los dotes del guerrero y del conquistador, y tan poco los del hombre de talento y de probidad ; en que la razon consistia en la fuerza, y la legalidad en la astucia ; en que todas las cosas, como todas las instituciones, como todas las creencias, andaban mezcladas ; en que ninguno sabia colocarse en un justo medio, ni nadie concebia siquiera la idea de transigir con su adversario, cediendo cada cual de su derecho. Los elementos de aquella sociedad todos estaban en pugna, y cada uno á su vez, cuando la fortuna coronaba con un éxito brillante sus esfuerzos, procuraba exterminar á su contrario : ni se concebia la dignidad real sin la tiranía, ni la religion sin la supersticion, ni la libertad sin la licencia : la aristocracia, apoyada unas veces en las creencias religiosas, y otras en los hierros de sus lanzas, fuerte con la institucion del sistema feudal, hijo legítimo y consecuencia necesaria de la conquista, fué la que por mas tiempo ostentó sus brios, empuñando con mano vigorosa el gobernalle de la nacion ; poco le debió esta á sus señores y amos : aparte de alguna empresa gloriosa, de alguna hazaña brillante, aunque estéril, no cuenta la historia mas que venganzas inicuas, ni vemos al re-

dedor de sus góticos escudos mas que lagos de sangre : defendió sin saberlo las libertades públicas, porque en el tiempo que quiso oponerse á las demasías de los reyes fué para defender sus privilegios y sus propias demasías. A pesar de todo, y de estas consideraciones que nos arranca la verídica y desnuda relacion de los hechos históricos ; á pesar del anonadamiento en que al parecer se encontraban el mundo intelectual, el mundo moral y el mundo político, sin embargo germinaba interiormente la buena semilla, que bien cultivada hubiera dado los opimos frutos de una benéfica reforma, que abandonada á sí propia, solo produjo las sangrientas revoluciones del siglo XVI.

VIII.

No hay ningun hombre tan previsor, que pueda de antemano calcular las consecuencias de los graves acontecimientos que de vez en cuando trabajan á las naciones : hay algunos que enaltecen el poder absoluto de un monarca hasta lo infinito, y son causa y verdadero antecedente de la libertad que ha de disfrutar la futura generacion ; otros, por el contrario, protegen la libertad, y solo sirven de escalon para la tiranía de un soldado ó de un monarca venturoso. Decimos esto porque se pasma nuestra imaginacion al considerar que las consecuencias inmediatas de la deposicion de Ricardo II fueron las de cobrar nueva fuerza las instituciones liberales con el castigo impuesto al Monarca, que siguiendo la natural tendencia de todas las testas coronadas, quiso gobernar el Estado sin contrapeso y sin otro freno que el de su omnímoda voluntad ; y las consecuencias lejanas de aquel acontecimiento fueron la guerra civil de treinta años, la tiranía y crueldad de Eduardo V, la muerte ó envilecimiento de la antigua nobleza, el cáos, la anarquía ; y por remate, la monarquía pura absoluta de los reyes de la dinastía de Tudor : de manera que la pérdida de la libertad en Inglaterra desde 1461 á 1640, tuvo su primer orígen en el acontecimiento de 1399, que por el pronto la hizo triunfar.

Después de la guerra civil de Mario y Sila ; de la que promovieron con sus discordias los dos mas famosos caudillos de la que se podia llamar todavía Roma-república ; después de las crueldades, ambiciones y torpezas de los triunviros, Augusto restableció la calma en la agitada república, y usurpó, dando la paz al mundo, la autoridad del pueblo y del Senado. De la misma suerte Enrique VII, con dudosos títulos á la corona, con una conducta severa que pasaba de lo justo y rayaba en lo cruel, dando la paz á la Inglaterra, usurpó las facultades del Parlamento, destruyendo la base de las libertades públicas. Y ¿quién habia de oponerse á su voluntad en aquel entonces? ¿Dónde estaba el poder que, hombreando con el Rey, debia contenerlo dentro de los límites de su limitada autoridad? En

aquellos instantes habia dejado de existir : el largo litigio mantenido á costa de raudales de sangre acababa de sentenciarse, y la sentencia habia sido favorable al Rey. La aristocracia en todas las naciones de la Europa habia sido condenada ; el estado medio, en mantillas todavía, por una parte parecia contento con la destruccion de los que tanto le habian apremiado en el curso de la dominacion feudal, de memoria tan odiosa; y por otra, no tenia fuerza para habérselas con el poder real, valiente y orgulloso con la victoria recien obtenida. La corte de Roma, la Iglesia, era la única que podia haber opuesto diques y señalado límites al océano de autoridad real, que parecia dispuesto á invadirlo todo, y á conculcar á un mismo tiempo blasones y títulos de señores, privilegios feudales y franquicias populares, cartas de poblacion y fueros municipales. Pero la Iglesia apoyó desde el principio esta gran revolucion, haciéndose el centro de todo el poder, de toda la autoridad de que disponian los reyes; la distribuidora de toda fuerza, de toda autoridad : de esta suerte, mezclando lo divino con lo humano, el Pontífice se erigió en monarca universal, y los monarcas, á su vez, hicieron descansar sus derechos en el derecho divino. En Inglaterra, tan lastimada de resultas de la guerra de las Rosas, se acogió como un don del cielo esta doctrina, que debia durar poco en aquella tierra clásica de las revueltas y disensiones domésticas; pero dejó tiempo suficiente á Enrique VII para asentar tan bien su dominacion, que pudo trasmitir á sus sucesores ileso y sin mancilla el trono real y la grande autoridad de que dispuso durante su reinado. No se determinó, sin embargo, el nuevo monarca á prescindir de las formas constitucionales : respetó el Parlamento, esto es, su existencia; y aunque la docilidad de los diputados y la bajeza de los lores le otorgaron cuanto quiso, en materia de impuestos conservaron en depósito las antiguas buenas saludables doctrinas. Hubo, como en todos los acaecimientos de esta especie, sus protestas á mano armada; pero fueron bien pronto reprimidas con los dos poderosos auxiliares de la ley marcial y de la cámara estrellada. Por la primera andaban de punto en punto adonde la necesidad los llamaba los tribunales militares, especie de consejos de guerra; los cuales, con su expedito medio de administrar justicia breve y sumariamente, la aplicaban al pobre infeliz que tenia la desgracia de caer en sus manos; la segunda fué notable por la injusticia y crueldad con que trató á sus víctimas, todas ellas muy ilustres, y se componia de los del consejo privado del Rey, y de los jueces. Estos dos tribunales, que en su modo de proceder y en la severidad de las penas que aplicaban no tenian nada que envidiar ni á la Inquisicion de España ni al tribunal de los Diez de Venecia, fueron los mas fuertes apoyos del trono desde los tiempos de Enrique VII hasta los primeros años del desgraciado Cárlos I. No abusó el primero de su triunfo : sus castigos fueron severos; pero la historia no le ha dado el epíteto de cruel, como con tan justa razon le dió el de avaro. Mucho tuvo que luchar todavía con el mal apagado espíritu de revuelta, y con la impostura que á cada momento, tomando la forma de la verdad,

le presentaba un heredero á la corona con mejor derecho que él, suponiéndose vástago de la casa de York. Su carácter seco le hacia impopular, su avaricia odioso, su severidad temido, pero no amado, de sus súbditos; su muerte fué mas bien aplaudida que llorada; no sabian todavía los ingleses lo que les esperaba; quejábanse de vicio; porque en el estado de entonces, y segun las opiniones reinantes de aquel siglo en toda Europa, el rey Enrique VII era un príncipe cabal, un cumplido caballero, un don que la Providencia habia dispensado á la nacion para que curase las heridas causadas por el espíritu turbulento de sus nobles. Pero, así como despnés de la anarquía que trabajó á Roma ocupó el trono el clemente Augusto, á Augusto sucedió Tiberio, y poco después reinó Neron; tambien después de Enrique VII fué coronado rey Enrique VIII, y luego Isabel: como para demostrar lo que tantas veces hemos dicho, que nada hay firme ni estable en una monarquía absoluta; porque en ella todo depende del carácter del Monarca, y es este tan variado como los gustos é inclinaciones de los llamados á sucederse, y tan mudable como la índole de nuestra frágil naturaleza.

La primera mitad del siglo XVI fué para la Inglaterra funestísima, y no menos para la Europa y para la cristiandad: en ella tuvo principio la reforma religiosa, que destruyó la unidad de la Iglesia, y que hizo derramar tanta sangre á sus partidarios y á sus enemigos, sin que á unos y á otros se les cayesen de la boca las benévolas expresiones de paz, concordia y caridad. En la nacion inglesa fué donde prendió el fuego con mas violencia que en otras partes, y en ella, además de los horrores de una guerra religiosa, se experimentaron todas las consecuencias fatales y desgraciadas de la autoridad de los reyes, cuando no tienen límite ninguno que los contenga, ni temor que corrija sus extraviadas inclinaciones. No se hizo esperar mucho tiempo Enrique, ni por un momento quiso ocultar sus mañas á los súbditos, alegres y contentos con el advenimiento al trono de un rey mozo, galan, y al parecer generoso, prenda que por lo regular, con otras tambien muy apreciables, acompaña á la juventud. Con pretextos livianos mandó juzgar como reos de lesa majestad á los ministros de su padre, que nunca tuvieron mas delito que el haber obedecido puntualmente las órdenes de su soberano: mal principio de reinado, el de la injusticia y la crueldad; así quedaron desvanecidas las esperanzas en mal hora concebidas de una época próspera, que prometia hacer olvidar las pasadas desgracias.

El papa Julio II á la sazon alborotaba la cristiandad con sus exageradas pretensiones y su enemistad con Luis XII, rey de Francia: estas últimas produjeron la famosa liga de Inglaterra y España contra los franceses; liga que fué muy favorable al rey Católico, el cual tuvo ocasion de probar á Enrique VIII cuánto mas superior le era en talentos y sagacidad; pues este, aburrido y desairado, retiró sus gentes y escuadras de los puntos designados, mientras el primero consiguió, con la amenaza de ambos, cuantos designios habia concebido de antemano. En este tiempo apareció en la escena política el famoso Wolsey, que, mas que mi-

nistro, fué favorito del rey de Inglaterra, y que por su audacia y su ingenio supo elevarse desde un miserable estado al mas envidiado y mas opulento á que llegó ningun súbdito de aquella ilustre nacion. Wolsey fué el alma de todas las negociaciones comenzadas ó fenecidas en el tiempo, por demás dilatado, de su omnímoda dominacion. En aquella época de fervor religioso y de contiendas teológicas, ocasionadas por la reforma, Wolsey hizo algunos servicios á la Iglesia, y mereció de la santidad de Leon X el ser nombrado cardenal. Unas veces á favor de Francisco I, otras al lado de Cárlos V, el invicto emperador de Alemania y rey de España, ni tuvo valor para aconsejar á Enrique VIII lo que mas cuadraba á sus intereses, ni supo, con su hábil veleidad, detener la catástrofe del rey francés, ni la marcha triunfante de los valientes tercios españoles y de las tropas imperiales. La corte de Roma, igual en todos tiempos, propicia siempre á los hombres omnipotentes que manejaban á su antojo la voluntad de los reyes, no tuvo inconveniente de revestir con la púrpura romana al que, por su escandalosa conducta, no merecia el mas oscuro puesto en el sacerdocio. Sus gastos eran enormes, su vida, licenciosa, su lujo y ostentacion eclipsaban á la del mismo Rey: su caida fué tan estrepitosa como la subida, y casi tan repentina; llegó un momento en el cual para nada le sirvieron su habilidad ni su astucia; y cayó de la cumbre del poder, odiado de propios y extraños, perseguido por sus propias hechuras, y mas que por otros, por el Rey, que lo mandó procesar, y mas adelante hubiera ido el asunto, si la muerte no hubiera interrumpido aquella historia, que, visto el carácter del Rey, amenazaba ser trágica de todo punto.

Después de las guerras obligadas entre Francia é Inglaterra, promovidas, no tan solo por la política tradicional de ambos países, sino por la rivalidad y mutuos odios, ocurriósele á Wolsey hacer paces y dar á la Europa qué decir con tan nuevo y, como tal, sorprendente espectáculo. Como aquel paso tenia mas de farsa que de formalidad, se dispuso de manera que produjera un bellísimo efecto dramático; y en efecto, allá en las llanuras de la Picardía maestros hábiles prepararon todo lo necesario para alojar rica y cómodamente á los dos soberanos con su comitiva, escoltas y guardias de honor, y á todos los que en semejante caso se agregan, ya por mero pasatiempo, ya porque su presencia es necesaria para la etiqueta. Daban guardia al rey de Inglaterra las tropas del de Francia, y á este las de su competidor, ahora su rival. Queriendo dar á toda la Europa un público testimonio de su estrecha y sincera union, hicieron leer en las principales ciudades un edicto, que decia que Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, acompañados de catorce paladines, reunidos en las llanuras de la Picardía, esperaban á todos los caballeros que quisieran venir á justar con ellos, ó á pelear con toda clase de armas. Los dos reyes, ricamente ataviados, entraron en la liza: aquel espectáculo era verdaderamente sorprendente; los dos soberanos eran, al decir de las gentes de aquel entonces, los mas apuestos galanes y hermosos caballeros de su tiempo, y en esto de destreza en las armas habia muy pocos que

llegasen adonde ellos rayaban. Las damas eran los jueces de aquel campo abierto de la galantería; los trovadores entonaban sus cantares, comparando las fiestas de ahora con las batallas de otros tiempos. El monarca inglés venció en batalla formal á Grandeval, muy nombrado por sus fuerzas hercúleas y su ponderada destreza. Midió tambien su lanza con la de Montmorency, y si bien no pudo sacarlo de los arzones de la silla, le sacó otras ventajas. Estos caballeros vencidos y otros muchos se presentaron al Rey con sus caballos y armas, ofreciéndosele sumisos y puestos de hinojos como á su vencedor. Pero nada de esto calmaba, antes bien irritaba mas, al pueblo y á los nobles, que no llevaban con gusto las enormes cargas que sobre todos pesaban, insuficientes para tanta prodigalidad y escasas para tan grandes despilfarros. Buckingham, cuyo nombre hay que pronunciar siempre que se eleva un cadalso, hijo del que murió en el reinado de Ricardo III, era uno de los mas descontentos y de los que mas clamaban en contra del sistema ruinoso de Wolsey: avínole á este noble lo que á tantos otros en aquel tiempo; una muerte prematura y violenta. La sentencia fué dictada por un jurado compuesto de un duque, un marqués, un conde y doce barones; el presidente del jurado era el duque de Norfolk, cuyo hijo estaba casado con la hija de Buckingham; y él mismo, con secreta alegría, le leyó la sentencia del tribunal, que lo condenaba por traidor. Este rasgo de cínica crueldad pinta suficientemente aquella desgraciada época. Pero ya es tiempo de hablar del acontecimiento mas memorable de todos los ocurridos en la historia moderna de la reforma.

Al decir de sus partidarios, la Iglesia de Roma alteraba diariamente la pureza de la doctrina evangélica, convirtiendo en bienes temporales el reino de los cielos. Los papas, olvidando los preceptos de paz y de caridad, tan recomendados por el divino Maestro, habian tomado á su cargo muchas veces empresas guerreras, y se les habia visto á caballo, armados y pertrechados de todas armas, embestir lanza en ristre, á la cabeza de un ejército, contra otro, defendiendo sus estados cual pudiera hacerlo un paladin del tiempo de Carlo-Magno. Cardenales, prelados, vicarios y abades habian olvidado la sencillez de costumbres y la pobreza, tan recomendada por los padres de la Iglesia, y ostentando un lujo y una disolucion vedados hasta para los legos, eclipsaban el brillo de los príncipes y soberanos de la Europa. Habia quien acumulaba tres ó cuatro obispados y muchos centenares de beneficios; habia quien mantenia cortesanas y concubinas á vista de todo el mundo, siendo el escándalo peor que el pecado. La ignorancia corria parejas con la inmoralidad y el desórden: muchos clérigos no entendian siquiera el latin de las divinas horas, y se dedicaban á los exorcismos de los endemoniados, granjería útil, y primero y último escalon de su ciencia. Tan lamentable estado no podia sostenerse mucho tiempo: la institucion humana necesitaba una reforma, aunque no fuese mas que para hacer respetar la institucion divina. ¿Qué medios habia para conseguirlo? En nuestro concepto no habia mas que dos: el primero era el de la reforma pacífica, propuesta y llevada á cabo por la misma Igle-

sia, convencida de la urgencia del caso; el segundo era el de una revolucion: descuidóse el primero, y sobrevino dolorosamente el segundo. Ya en el siglo xv habian conocido los concilios la necesidad de una reforma racional y pacífica, y ya tambien se advirtieron síntomas de una próxima revolucion. Pero el concilio de Costanza ahogó la tentativa de Juan de Huss, y el temor á la herejía dejó en ciernes y sin madurar las buenas y rectas intenciones de los padres. Pero de todos modos se acreditó desde entonces la existencia de una opinion cada dia mas pujante, y que de una manera ó de otra debia abrirse camino hasta llegar á conseguir su objeto. Unos han atribuido las causas de la reforma ó revolucion religiosa á los abusos de la corte de Roma, y otros á la cuestion de la predicacion de las indulgencias entre dominicos y agustinos. Nada, sin embargo, es mas incierto: no es nuestro propósito defender á la curia y al estado eclesiástico de las faltas y aun vicios de sus individuos; unos y otros existian de muy antiguo; y si es verdad que algunas veces escandalizaban á las personas timoratas, tambien lo es que á estas jamás se les ocurrió la idea de rebelarse contra la autoridad entrando libremente en el vedado campo de la discusion en materias religiosas; quizás en ninguna otra época el poder de la corte romana habia sido mas débil, ni dejado en mas libertad al pueblo cristiano para pensar y para obrar, con sola la excepcion de la discusion sobre asuntos religiosos; y que tal era la verdad lo demuestra el mismo hecho de la revolucion, porque esta no combate las fuerzas superiores; ataca á los débiles, se burla de ellos y los hace añicos. En tiempos de Gregorio VII y de Inocencio III pudo haber, y hubo, disidencias y protestas, que fueron vanas; en el tiempo de Leon X, el tolerante, el ilustrado, el protector de las letras, hubo verdaderas revoluciones. Fueron pues las causas: primero, la debilidad del pontificado; segundo, el deseo general de adquirir libertad para pensar cada uno por su cuenta, rechazando los argumentos de autoridad con que hasta entonces se habia sujetado el entendimiento. No queremos decir si esto fué bueno ó fué malo; hablamos solo de un hecho histórico, y explicamos sus causas; y si la naturaleza de este trabajo lo consintiera, tambien explicariamos sus consecuencias. Agitó á la Europa á fines del siglo xv un movimiento intelectual tan grande como desconocido en los anteriores siglos; una comezon por saber, por descubrir las obras de los antiguos, por comentarlas, explicarlas y estudiarlas, que ella sola cambió la faz de las sociedades. Años hacia que las universidades trabajaban, enseñando la filosofía, las lenguas doctas, ambos derechos, y en algunos puntos hasta las matemáticas, ciencia la mas clara de todas, pero en los siglos de error, tenida y reputada por arte diabólica, solamente útil á los brujos y nigromantes: todos estos concienzudos trabajos empezaron á dar su fruto en el siglo xvi, y ensanchando de esta suerte el campo de los conocimientos humanos, y dando al entendimiento nuevo vigor y mas lozana vida, lo sacaron de los estrechos límites en que la autoridad lo habia encerrado, ó presintiendo su derrota, ó queriendo evitar grandes catástrofes; ello es que debia

suceder, y sucedió. Pero en esta ocasion, como en todas, un accidente, una casualidad, una insignificante cuestion, dando la señal, incendió la Europa de un cabo al otro, y vió aquella generacion en unas partes las hogueras encendidas para castigar el pecado de la libertad, y en otras esgrimir la espada para castigar el pecado de la sumision á la autoridad. Gobernaba la cristiandad Juan de Médicis con el nombre de Leon X; ilustraban su corte los mas egregios talentos que en ciencias y bellas artes habian adornado la corte de ningun monarca desde los tiempos de Augusto. Ariosto, Bembo, Sannazaro, Machiavelo, Guichardino, ó entonaban en magníficos versos dulces cantares, ó escribian con la elegancia de Tito Livio las hazañas de sus mayores, ó compendiando la humanidad en unas cuantas fórmulas, sacaban del cáos la ciencia política, y daban pauta á los reyes para mandar, y reglas á los pueblos para resistir la servidumbre. Miguel Angel, Rafael, Andrés del Sarto, Julio Romano, elevaban tales monumentos á las artes, que eclipsaron las glorias de los siglos de Perícles y de Augusto en lo antiguo, y en la historia moderna, este es el dia, después de tres centurias pasadas, que no han tenido tan grandes genios ni aun imitadores. A Leon X, rodeado de cortesanos de tan grande valía, émulo de todos ellos por la concepcion de vastos y magníficos planes, de suntuosas obras con las que deseaba inmortalizar su pontificado, ocurriósele elevar á la majestad de Dios un templo tan suntuoso, que al mismo tiempo que maravilla del arte, fuese el emblema de la unidad del pueblo cristiano, ya bastante combatida por la herejía y por los rumores populares, que, adivinando la revolucion, eran el siniestro presagio de la reforma. Acostumbraban entonces los de la curia en casos apurados allegar dinero por medio de la venta de las indulgencias, y daban comision ó á clérigos ó á religiosos para su predicacion y competente colecta, importe de aquella santa mercancía. Es verdad que ahora la suma, que siempre era de consideracion, debia invertirse en la magnífica obra de la basílica de San Pedro; pero no por eso crecia menos el disgusto de ver cómo se generalizaban y repetian aquellos piadosos fraudes. Esta vez la voluntad de la curia prefirió para la comision de Alemania á los frailes dominicos, dejando en blanco á los agustinos, á cuyo cargo habia estado de antemano tan sabroso negocio. No fué otra la señal de la revolucion: Martin Lutero se alzó contra la autoridad de la curia, siguió después predicando una nueva doctrina contra las indulgencias; y por último, elegido por su propia autoridad árbitro de aquellas diferencias, quemó públicamente las bulas del Papa, negó el principio de autoridad para las creencias religiosas, abrió el campo de la discusion, y apeló de la fe divina para ante el tribunal de la razon humana. Veamos ahora los efectos inmediatos de la reforma en Inglaterra. Esta nacion, cansada de los disturbios pasados, habia llegado á aquel período de marasmo, de indolencia y de cobardía á que llegan los pueblos trabajados por la desgracia. Enrique VIII la gobernaba con tanta facilidad, como dificultad habia costado á sus antecesores; el Parlamento habia perdido mucho de su poder; existia

solo en el nombre y como una sombra vana, como una prueba de la libertad de los mayores, como una protesta muda de la tiranía presente, como una amenaza para el porvenir. Enrique VIII se sublevó á la idea de la independencia del entendimiento humano; su instinto de rey y sus inclinaciones de tirano le conducian naturalmente á aborrecer la libertad del pensamiento, escollo contra el cual se estrellan las tendencias de los que quieren sojuzgar y humillar al género humano; con tales ideas, abrazó la causa del Pontífice con enérgica fiereza, haciéndose el campeon de la Iglesia; y como era tan docto en la ciencia de la teología, escribió varios opúsculos contra Lutero, á los cuales este fanático sectario contestó de una manera harto insolente; de suerte que en la nueva y nunca vista contienda literaria y dogmática entre un rey y un particular, si ambos hicieron alarde de ciencia, los dos olvidaron todo lo que se debe al decoro y compostura con que han de tratarse los asuntos serios. Tan decidido campeon no era para despreciado: Leon X, que al principio no vió en la reforma sino una querella entre frailes descontentos, ahora, y cada vez mas, le mortificaba el ruido que causaba en la Alemania un religioso desconocido, que amenazaba minar el edificio del pontificado, tan respetable y digno de veneracion por su orígen, y tan respetado y venerado por los pueblos y por los reyes, por los primeros, porque en cierta época, y muy particularmente en Italia, los papas habian sido los mas ardientes defensores de la libertad, verdaderos tribunos de la plebe; los segundos, porque de aquel tribunal sin apelacion recibian el poder, la autoridad para mandar, con la fuerza moral que les daba su carácter medio divino, medio humano, segun la jurisprudencia de aquellos tiempos. Acogió al monarca inglés con sumo agrado el pontífice romano, y le dió, en pago de sus obras teológicas, el dictado de Defensor de la fe. La conducta posterior de Enrique VIII probó suficientemente que Juan de Médicis tenia mas acierto en la eleccion de artistas para la ejecucion de su grandiosa y bellísima obra, que prevision para jugar con destreza los lances futuros de la revolucion que comenzaba.

Todo el celo religioso de Enrique se amortiguó en el momento mismo en que la religion ó la corte de Roma se presentaron como obstáculo á sus caprichos sensuales. Casado con Catalina de Aragon, princesa de aquella nobilísima casa española, y viuda de su hermano, perdió la razon al contemplar la hermosura de Ana Bolena, á la cual ofreció desde luego su mano y su corona. Ni la destreza del negociador Wolsey, ni las circunstancias difíciles de la Iglesia, ni el peso de la Inglaterra en la balanza de la política europea, ni el carácter contemporizador, y hasta cierto punto elástico, del papa Leon, pudieron decidir á este á declarar un divorcio contra el cual estaban por otro lado los cánones de la Iglesia y un largo catálogo de decisiones de santos padres y sabios doctores. El Rey suplicó, amenazó, esperó; pero viendo que el tiempo pasaba, y que la curia nada resolvia, solícito en gozar los inagotables placeres que creia encontrar en la mujer que amaba, olvidó la religion, despreció al Papa, burló sus esperanzas, y se declaró

jefe único de la religion cristiana en sus estados. A esta declaracion siguió el mandato formal, y la severa obligacion que impuso á todos sus súbditos, de mudar de religion, y de obedecer, respetar y venerar la que él inventaba con pretexto tan liviano y con tan inmoral y escandaloso pensamiento. Y Enrique VIII fué obedecido; y la Gran Bretaña, y los descendientes de los fieros sajones, y los hijos de los valientes normandos, cambiaron sus creencias en un dia y á una hora por un decreto de su rey. Inaudito escándalo, cobardía insigne, hecho sin igual en los anales del mundo. Aquel bajo y corrompido parlamento, igual ó peor que el senado de Tiberio, aprobó la medida, y sancionó tan denigrante proposicion, declarando que la omnímoda voluntad del Monarca era ley obligatoria para los súbditos, así en materias religiosas como en los asuntos civiles.

Imposible parece que un rey dotado de un buen talento, mimado y acariciado por la suerte, católico ferviente, elocuente escritor, apostatase de su ciencia, de su religion, de sus amistades, ó sinceras ó interesadas, en un solo dia; que abriese él mismo la sima adonde debia con el tiempo sepultarse la monarquía, los herederos y descendientes de su sangre y de su casa. No habia mucho tiempo en que, contestando á Lutero una de sus cartas, le decia lo siguiente: «Vuelve al claustro esa mujerzuela (muliercula), adúltera esposa de Cristo, á la que llamas tu esposa, no siendo mas que una malvada ramera; y retírate á un desierto á hacer penitencia de tus muchos y enormes pecados. Gime, llora, implora la misericordia divina, no con arrogancia, sino con humildad, con el corazon contrito, con la abjuracion completa de tus pestíferas herejías. Cambia de conducta, conviértete; hasta entonces no habrá alegría para mí; tu perdicion será cierta, y con ella vendrá tambien la de muchas generaciones.» ¿Quieren saber nuestros lectores qué conducta observó Enrique VIII poco después de escrita esta carta; lo que hizo con el Papa, con la Iglesia católica, con su nacion, con sus mujeres? Pues vamos á decírselo en pocas palabras: Enrique VIII se casó seis veces; condenó á muerte á dos de sus mujeres, á las dos que mas queria; lanzó de sus asilos de piedad á los religiosos de ambos sexos, y se apropió sus inmensos bienes; fundó una iglesia, que no era ni católica ni protestante; arregló la disciplina y el culto solamente á su idea y capricho; permitió que los clérigos tomasen estado de matrimonio; dispensó todos los votos monásticos; ahorcó á los católicos porque creian en el Papa, y quemó á los protestantes porque creian en Lutero; despojó á la Iglesia de sus santos, profanó las reliquias, esparció al viento sus cenizas, robó sus riquezas, y llamó á juicio á los muertos. Desenterró el cadáver de Tomás Becket, mandó que un tribunal lo juzgase, obligó á aquellos prevaricadores jueces á que lo condenasen á muerte, á pesar del sabido axioma *Non bis in idem;* dispuso que rodeasen el cuerpo de cinco anabaptistas maderas embreadas, para gozar del nuevo espectáculo de cinco autos de fe movibles; desde el palacio de Richemont presenció el suplicio de su querida Ana Bolena, y á su muerte compuso un soneto; por último, Enrique VIII, este monstruo coronado, disimula-

do como Tiberio, estúpido como Caracalla y sanguinario como Neron, eclipsó con sus pensamientos, con sus obras y con toda su conducta, el despotismo de los emperadores romanos. Los aficionados al gobierno absoluto tienen un ídolo á quien adorar; los hombres sensatos un escollo que evitar.

Ya, gracias á la reforma de Lutero y á la reforma de Enrique, la Inglaterra, además de sus antiguas discordias, de sus guerras civiles, tan antiguas como ella misma, tiene un motivo mas de division, los hijos de tan gran nacion un pretexto mas para combatirse unos á otros, para perseguirse sin tregua, para decapitarse en aquel tajo sangriento que aun hoy se enseña en la torre de Lóndres á los curiosos, y que ha servido de grande leccion y de poderoso escarmiento á los insignes y prudentes hombres de estado de los tiempos modernos.

Surrey y Tomás Moro fueron las dos últimas víctimas notables de la tiranía de Enrique; célebre el primero por haber despojado enteramente á la poesía inglesa de las formas de la edad media, y vestídola con la gala de las musas italianas, y por ser el amante de Giraldina, hermosa dama hija del Lord Ciclair. Viajó el poeta por la Italia, y mejor le hubiera estado no volver á Lóndres; porque, preso en el instante de su llegada, fué decapitado por la enorme falta de haber comido de carne en la cuaresma. Y el segundo adquirió en sus dias la celebridad que todavía no ha perdido por sus muchas obras, y en especialidad por su *Utopía*, obra alegórica y política, por el estilo de la república de Platon: gran canciller de Inglaterra, después de la desgracia de Wolsey; juez probo y de intachable conducta, resistió con ánimo varonil, hijo de sus profundas convicciones, la insensata reforma religiosa del Rey, y anatematizó la órden que conminaba á los súbditos ingleses el dejar su religion para abrazar la que acomodaba por entonces al Monarca por miras interesadas. Su castigo fué la muerte dada por decapitacion, pues aunque su sentencia era la de ser ahorcado, el benévolo tirano la conmutó, en gracia de la amistad que con la víctima habia tenido largos años; á lo cual contestó el probo magistrado: «Dios libre á mis amigos de semejante favor.»

Con el advenimiento al trono de Eduardo VI y con el de María, la religion reformada echó profundas raíces en el suelo de la nacion inglesa. El primero ayudó y protegió grandemente las doctrinas alemanas; la segunda persiguió atrozmente á sus adeptos. El sistema seguido por esta soberana, excitada por los consejos de su marido Felipe II, puede compararse al de Neron y Diocleciano en los tiempos de mas dura servidumbre para los cristianos. La Inglaterra toda era una hoguera continua, donde perecian, víctimas de su constancia, los luteranos, los calvinistas, los heteredoxos de todas sectas que tenian la desgracia de no pensar en materias religiosas como sus soberanos. Pero aquella desatentada persecucion, avivando el fanatismo de los nuevos sectarios, é imprimiendo en sus almas nueva y mas viva fe, les hacia desear y buscar el martirio, conquistando con su heroismo numerosos partidarios. No se respetó en aquellos calamitosos tiempos ni la edad, ni la condicion, ni el sexo: mujeres hermosas y jóvenes, príncipes y du-

ques, todos entregaban con serenidad estóica su cuello al hacha del verdugo, y algunos hasta con júbilo su cuerpo á la hoguera, desafiando de esta suerte á la tiranía, que aun así no conocia su impotencia para humillar ó vencer al hombre en el santuario de su conciencia. Tambien murió, horroriza el contarlo, la interesante Juana Grey, reina de nueve dias, no por voluntad propia, sino por acariciar las ideas ambiciosas del duque de Norfolk, su padre. ¡Desgraciada época, calamitosos tiempos, en que ni aun la queja era permitida, en los cuales la última razon de los reyes era el hacha del verdugo, y en que, para mayor ignominia, el Parlamento prestaba su sancion legal á aquellas horribles demasías!

Con la muerte de María lució para la nacion inglesa la aurora de un porvenir mas risueño. No se atajaron de todo punto los males, que harto envejecidos por desgracia, ni habia quien de pronto los curase, ni remedios eficaces para combatirlos; pero el talento de la grande Isabel hizo ver al mundo y consignó en la historia el auténtico testimonio de que los reyes absolutos, á pesar de su omnímodo poder, pueden hacer mucho por el bien y prosperidad de los pueblos que están sometidos á su cuidado y vigilancia. La reina Isabel fué una gran reina para su nacion; fué, sin embargo, un elemento perturbador para el mundo en la época de que hablamos. Astuta y mañera, no hubo soberano á quien no engañase con sus fingidas protestas de amistad. Grande enemiga de Felipe II y de los españoles, los combatió en Irlanda, en Escocia, en Italia, en la Holanda y en todos los mares; pero elevó su nacion á una altura á que jamás habia llegado hasta entonces. Ayudada de los consejos del canciller Bacon, uno de sus ministros, tan eminente filósofo, tan hábil estadista como juez corrompido; ayudada tambien de los mas expertos hombres de mar que surcaban el Océano, consiguió el grande objeto de ver en sus dias mermado el inmenso poderío de la casa de Austria, y á la nacion española en la rápida pendiente de su decadencia. El comercio inglés, las artes, las ciencias, tomaron un incremento prodigioso á merced de medidas acertadas y de la paz que supo restablecer en todos sus dominios. No sabemos á punto fijo cuáles eran sus creencias religiosas: á juzgar por las aseveraciones que en mas de una ocasion hizo al embajador español, eran católicas; pero á juzgar por sus prácticas religiosas, por la constante adhesion que manifestó á los disidentes, á la política que la dominó toda su vida, eran protestantes. Escritores de mucho crédito han dicho que su religion era como su política, la que mas convenia á los intereses de su nacion y á los suyos; y si esto fué verdad, en medio de su impiedad, ninguna otra cosa probaria su gran talento que el haber permanecido indiferente en medio de las encontradas pasiones, de los furores de la liga, de la intolerancia de los herejes, de la crueldad de los católicos, del incendio general de la Europa. La reina Isabel fué respetada de sus súbditos, y su memoria todavía hoy es venerada por los ingleses; y no es solo por el acrecentamiento de riqueza y bienestar que en su tiempo disfrutó la Inglaterra: los pueblos aprecian

mas las cualidades brillantes del héroe que las virtudes modestas del hombre honrado; pero aquella mujer fué una heroína, porque no solo supo vencer á Felipe II, el mas poderoso rey de la Europa, sino que supo vencerse á sí propia, resistiendo continuamente el ser víctima de las fragilidades á que la exponia su sexo á cada paso. Place mucho á los pueblos el ver cómo sus soberanos llenan todas las condiciones que deben tener los que ciñen una corona; agrada sobremanera á los súbditos el ver que el respeto religioso que de ellos se exige es debido y está bien empleado cuando se tributa á quien vale mas que ellos. Las naciones por lo general no aman á sus reyes; pero hay ocasiones en que no pueden menos de admirarlos; y esta es la mayor grandeza á que puede llegar un soberano, y esta admiracion tuvo el pueblo inglés por su reina, y no podia menos de tenerla; porque, digámoslo de una vez, Isabel, la poderosa reina de Inglaterra, una de las mujeres mas interesantes de su siglo por la elevacion de su espíritu y por sus prendas personales, tuvo favoritos, pero no tuvo amantes.

Las persecuciones no cesaron sin embargo: la seguridad individual cada dia mas violada, los fueros del Parlamento cada vez mas hollados, los comunes y los lores resignando su autoridad en manos de la Reina, y esta soberana cada vez mas altiva, mas orgullosa, mas inflexible, con todos los resabios de la vanidad mujeril, que le hacia olvidar, y aun á veces eclipsar toda su majestad. ¡Ojalá que estas faltas fuesen las únicas que tuivéramos que echarle en cara! Pero ¿bajo qué prisma mirará la posteridad el asesinato jurídico de una reina, de una inmediata parienta, de la desgraciada María Estuardo? La pluma se resiste á trazar el negro cuadro de las desventuras de tan interesante princesa. Traspasando las leyes civiles y las leyes políticas, violando el derecho de gentes y conculcando los fueros de la humanidad y de la santa hospitalidad, fué conducida al patíbulo la reina de Escocia, que si bien cometió grandes errores y estuvo sujeta á debilidades sin cuento, y acusada tambien de enormes crímenes, no eran los súbditos ingleses los que debian juzgarla, no era la reina Isabel la que debia poner su sello en la sangrienta sentencia. Ningun derecho le asistia; era su igual, no su superior; era extranjera, era su huéspeda, habíase refugiado al territorio inglés, huyendo de la rebelion, que quizás hubiera sido mas compasiva. La reina de Inglaterra, cometiendo tan feo crímen, manchó la púrpura de su regio manto, dió á su pueblo una terrible leccion, que supo después aprovechar. La sangre de la infeliz María pedia venganza; otro sucesor de la que, olvidándolo todo, habia dado tan funesto ejemplo á la historia, debia con su cabeza pagar las culpas y los crímenes de toda su progenie. Y así acaeció: Cárlos I, muriendo en un cadalso, si no lavó la mancha regicida que estaba impresa en la historia de la nacion, al menos pagó la pena de la enorme culpa. El pueblo de Lóndres y el de toda la Inglaterra dió un alarido espantoso de alegría al ver rodar la cabeza de la hermosa reina profanada por la vil mano del verdugo; la Europa entera dió un grito de horror al ver la impiedad triunfante, y tembló por sus

reyes y por su religion. Desde entonces puede decirse que las revoluciones comienzan entre los pueblos y los reyes, y tocábale tambien á la Inglaterra ser la primera que diera el ejemplo, porque en aquella nacion no habian perecido del todo las semillas de la libertad ni se habia extirpado el gérmen de las revueltas.

Con el grande desarrollo que recibieron los intereses materiales en el reinado de Isabel se apresuraron tambien los movimientos populares, que debian, no solo esgrimir su sangrienta espada contra el Rey, sino acabar de todo punto con la institucion, arrancándola de cuajo como planta dañina. La revolucion del siglo XVII en Inglaterra no es otra cosa mas que la continuacion de su historia desde la conquista de Guillermo el Conquistador: apenas pasa un limitado espacio de tiempo en el trascurso de tantos siglos que no se vea una protesta de los vencidos significada por un ataque á mano armada contra los vencedores. Poco á poco aquella nacion ultrajada va conquistando sus fueros y franquicias; primeramente son los nobles los que pelean; esto después de la aparente fusion de los dos pueblos; á los nobles de primera raza se unen los nobles de menos linaje; los pueblos en seguida toman parte por medio de sus representantes; el Rey, amigo de unos en ocasiones, y en otras enemigo de todos, pelea tambien para sacar la mejor parte. Unas veces queda vencido, y entonces el Parlamento invade todas las prerogativas reales, y aun añade la deposicion como pena máxima contra el Monarca; otras veces este es el vencedor, y entonces ejerce sangrientas represalias, sin temor á lo instable de la fortuna. La aristocracia habia decaido conocidamente de su antiguo prestigio después de la guerra de las Rosas: la familia de Tudor, por lo mismo, aprovechó la ocasion para consolidar la monarquía de una manera indestructible, y sujetó á su omnímoda voluntad á los cuerpos y á las almas, á las personas y á las conciencias; pero tal estado, que á muchos parecia definitivo, no era sino muy transitorio. Los comunes no habian ensayado sus fuerzas, porque no las tenian, contra los reyes: ahora, que eran ricos propietarios, opulentos comerciantes, industriales poderosos, marinos y manufactureros; ahora, que los reyes habian desacreditado la institucion de la monarquía; ahora, que la libertad para pensar en materias religiosas era omnímoda; ahora creyeron llegado el caso de habérselas frente á frente contra el Rey, al cual pronto llamaron tirano. Empezó la revolucion en el Parlamento pacífica y legalmente: los comunes quisieron cortar los abusos envejecidos, hostilizar á una corte corrompida y á unos cortesanos incapaces y aduladores. Ya habian conseguido la independencia del pensamiento contra el clero; ahora querian la igualdad contra los señores y la libertad política contra el Rey. Este resistió, creyendo que era el mejor medio, sin conocer que hay épocas en que la resistencia salva, pero hay otras en que mata. El Parlamento amenazó negando los subsidios; la corte vivió sin parlamento algunos años, pero le fué preciso convocarlo; apeló á la disolucion una vez y otra, hasta que, por último, reunido el que se llamó Largo Parlamento, puso fin á la contienda pacífica, declarándose en abierta hostilidad rea-

listas y liberales, parlamentarios y caballeros; desde entonces pudo preverse que cualquiera de los dos partidos que triunfase, no daria cuartel al vencido : tal es la naturaleza de las guerras civiles.

Se llena el alma de gozo al contemplar los esfuerzos varoniles que en los principios de la revolucion hizo el Parlamento para defender sus prerogativas y para conquistar otras nuevas que le asegurasen su existencia legal para siempre. Entonces el poder del Rey era fuerte y amenazador; entonces corria riesgo el hombre independiente de ser declarado, ó cuando menos, acusado de reo de alta traicion, encerrado en la torre, y decapitado por sentencia, ó sin sentencia, de incompetentes jueces. El favorito Buckingham exasperaba á todo buen inglés con el fastuoso porte que llevaba, con la ridícula vanidad del que la cifraba en su lujo disipado y en las excelencias físicas de su persona : hombre nacido para agradar en los palacios y entre damas y cortesanos, y para ser aborrecido del pueblo por la jactancia de su tono y altivez de sus modales. Hechura del Rey, le amaba este con pasion, y no podia ni queria dar un paso en política, en administracion, hasta en las cosas mas interiores de su casa y familia, sin contar con el favorito: á todo se hallaba dispuesto Cárlos, menos á sacrificar á su amigo, á su ídolo; muchos años Buckingham, y solo él, mantuvo viva la querella entre el Parlamento y el Rey : sin las exigencias del valido y sin la condescendencia del Rey, quizás hubiera habido ocasion de procurar un avenimiento duradero. Pero ¿cuánta seria la ceguedad del Soberano, cuando mandó con las mas severas órdenes al orador de la cámara de los Comunes que no permitiese la menor injuria, la mas pequeña alusion á los ministros del Rey? «Y si nosotros no podemos hablar de los ministros en el Parlamento, ¿de qué hemos de ocuparnos? Hablemos pues; porque si á merced de nuestro silencio, conservamos nuestra tranquilidad, ¿qué responderémos á los que nos digan que hemos causado la perdicion del Rey y de nuestra patria? Vamos, marchemos á unirnos con los lores, hagámosles presentes los peligros que corremos, y juntos, acordarémos los medios de salir de tan apurada situacion.» Así se expresaban los individuos de la cámara de los Comunes. El Parlamento quedó vencedor entonces, y no fué esta sola la batalla que ganó peleando contra el Rey, en el primer período de discusion tranquila y de paz parlamentaria. La peticion de derechos, especie de confirmacion de la Carta Magna, pero todavía mas explícita y mas terminante, fué una de las principales conquistas de esta época; pero nada aprovechaba ni para el un partido ni para el otro: el Parlamento miraba con desconfianza á la corte; esta á su vez odiaba al Parlamento, y buscaba con afan la ocasion de vivir sin trabas ni tropiezos. Cuando en cuestiones tan complicadas como son las que resultan de esta clase de gobiernos no hay lealtad por ambas partes, es imposible que sus condiciones se cumplan; y en llegando este caso, la guerra estalla si las fuerzas opuestas se contrabalancean; pero si uno de los partidos es muy superior al contrario, entonces queda triunfante el principio que tiene mas vida, y acaba derro-

tando á sus enemigos, y convirtiendo el gobierno, de representativo, en absoluto, con las formas de la democracia ó con las de la monarquía. Así aconteció en Inglaterra en el siglo XVII: el Rey quiso defender sus derechos con las armas en la mano, el Parlamento tambien; los puritanos dejaron el poder á los presbiterianos, estos á los independientes, y estos á los niveladores y republicanos; la revolucion corrió la escala toda: los que primero la promovieron fueron víctimas, como acontece: empezó monárquica, y acabó republicana. Un hombre oscuro en su principio, medio militar, medio político, con sus puntas y collar de teólogo, de elocuencia agreste, pero fascinadora, sanguinario y fanático, Cromwell, ocupó el trono de Cárlos I en nombre de la libertad y de la igualdad inglesa, sin guardar miramiento ninguno á los súbditos, ni respeto al Parlamento, ni veneracion á las leyes fundamentales. Pero ya es tiempo que hablemos de esta gran catástrofe, con la cual quedó terminada de una manera horrorosa, pero concluyente, la contienda que habia de tiempo antiguo entre el pueblo y el Rey, entre el poder absoluto y el poder parlamentario.

Cárlos, prisionero en la isla de Wight, esperaba el resultado de las transacciones que proponia el Parlamento, mientras el partido militar, y Cromwel á la cabeza, solo pensaban en llevar adelante la atroz venganza, que para su ciego y feroz fanatismo debia ser una completa victoria. Los presbiterianos deseaban salvar la preciosa vida del Monarca, ni mas ni menos que un siglo después en Francia los girondinos ensayaron sin fortuna las mismas tentativas. El pueblo estaba por el Rey, ó porque no tenia quejas contra su conducta, ó porque temia mucho mas la tiranía de los nuevos amos que se entronizaban; las clases medias, que habian empezado la revolucion, se retiraban ya de la escena política, amedrentadas con el desenlace que se preparaba; algunas personas de enérgico temple y de recta conciencia permanecian serenas en medio de los peligros, sin desertar la causa del Rey proscripto; por todas partes amagaban alzamientos y rebeliones en su favor: tomaron las armas los escoceses é invadieron la Inglaterra, agitáronse los caballeros, dando al aire sus pendones, y protestaba en las calles y en las plazas cuando podia el pueblo bajo; pero la voluntad firme de Cromwel supo vencer todos aquellos obstáculos; la fortuna le ayudó en campo raso peleando y venciendo á los extranjeros, y su astucia y su crueldad le sirvieron para dominar en el Parlamento. Por su órden fueron excluidos de la cámara de los Comunes todos los presbiterianos y los que abrigaban alguna compasion hácia la persona del desgraciado Cárlos: de esta suerte aseguró el triunfo de sus pérfidos planes, que empezó á ejecutar tan pronto como estuvo seguro del éxito. Todo bien preparado, mandó traer á Lóndres á su prisionero, dando antes sus órdenes á la cámara de los Comunes para que la acusacion contra el Monarca tuviese su cumplido efecto. No se hizo mucho de rogar: lanzados de aquel recinto los únicos que podian presentar alguna resistencia, nombró la misma cámara un tribunal compuesto de ciento cincuenta compromisarios, individuos todos de su seno; tres

jueces, once barones y algunas otras personas obscuras que deseaban hacer méritos para con el dictador. El Rey asistió á los debates sin desmentir un instante tan solo su carácter enérgico, la tranquilidad de su conciencia, la dignidad de la majestad. Declinó la incompetente jurisdiccion de aquel tribunal formado de improviso, y en el cual no habia jueces, sino acusadores: ni una sola palabra salió de sus labios que pudiera argüir ó debilidad ó bajeza; oyó con tranquilidad la sentencia; se preparó á morir con resignacion y haciendo fervorosos actos de piedad; atravesó con paso seguro y precipitado las galerías de su palacio; quiso hablar repetidas veces al pueblo, pero sus verdugos no lo consintieron. Todas las clases de aquella sociedad lloraron la muerte del Monarca; solo los soldados se alegraron, pervertidos por sus jefes, los únicos que habian preparado y terminado aquella catástrofe. «¡Dios salve al Rey!» decian, á pesar de los peligros, los hombres oscuros de la plebe. «¡Dios salve al Rey!» repetian los magnates. «¡Viva la libertad y la república!» gritaban los soldados. Sin la opresion que estos ejercieron sobre un pueblo desarmado, sin el terror que Cromwel supo esparcir en toda la Inglaterra, hubiera sido imposible consumar aquel atentado, que en su esencia era un asesinato jurídico y en su forma una ejecucion militar. Al referir nosotros tan sangrienta catástrofe, nos pasma todavía el ver cómo una insignificante minoría pudo consumar aquel acto en contra de las leyes divinas y humanas, y en contra de la inmensa mayoría de un pueblo rico, civilizado, amante de sus reyes y de la libertad. ¿Cómo el terror se apoderó de aquellas gentes que tantas pruebas de ánimo y de valor habian dado en el curso de su larga historia? Cárlos I pagaba sin merecerlo los crímenes de Enrique VIII, de María y de Isabel; la Providencia castigaba los pecados de toda una dinastía, que iba á desaparecer para siempre de los anales del mundo. El Rey murió el 30 de enero con la resignacion de un mártir y con el valor de un héroe. El dia 7 de febrero, reunidas unas cuarenta personas á lo mas, únicas que firmaron con caractéres ilegibles la sentencia del Monarca, y sin mas preámbulos ni declaraciones que las continuas bufonadas de Cromwel, dieron á luz el siguiente curioso documento: «La experiencia ha demostrado que el oficio de Rey en esta nacion es inútil, oneroso, y peligroso para la libertad, seguridad y felicidad pública; por consecuencia, la Cámara lo declara abolido desde este dia.» Un gran sello daba autenticidad á esta declaracion, en el cual estaba por un lado grabado el mapa de la Inglaterra y de la Irlanda con las armas de los dos países, y por otro la cámara de los Comunes en sesion, con este lema: «Año primero de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1648.»

Los soldados quitaron la vida al Rey y cambiaron la forma política del gobierno; los soldados tambien elevaron al trono al hijo del rey mártir, al descendiente de tantos soberanos. Cromwel habia muerto en el lecho, de natural enfermedad, como Sila el romano, después de haber entregado en manos de su hijo un poder robusto y respetado de todas las infinitas facciones que se disputaban el mando

en aquella desgraciada nacion. Los hombres superiores no tienen descendencia, y el Protector lo era por mas de un título : los que lo habian respetado, los que lo habian admirado y los que lo habian temido, ni respetaban ni admiraban ni temian á Ricardo. Fácil fué al general Monck, aprovechando el entusiasmo de la opinion pública, urdir una larga trama de traiciones, con las cuales la patria y la libertad fueron sacrificadas en aras del poder absoluto de un rey que nada habia aprendido en la desgracia, que nada habia olvidado en el destierro. Mucho mas calamitosos fueron los tiempos de la restauracion que los de la revolucion; casi casi nos hallamos inclinados á perdonar á los autores de esta, en gracia de la mala fe, de la crueldad y de la tiranía que mostró Cárlos II apenas sentado en el trono de sus mayores. Puede decirse que en los tiempos de la restauracion la sociedad estaba como disuelta; los partidos habian olvidado sus necesarias condiciones de existencia, obraban contra ellas por mera pasion y sin pensar en el envilecimiento en que caian, precursor de su completa ruina. El ejército, que se habia declarado en contra del Parlamento después de la muerte del Protector, aborrecia cordialmente al Rey y á los cortesanos, y debilitado por la division honda que lo trabajaba, se hallaba próximo á venir á las manos, destruyendo así el último amparo que tenia el órden material, y la única áncora de salvacion para la sociedad. Los presbiterianos, con solo el deseo vehemente y la manifiesta mala voluntad de vengarse de sus enemigos, sacrificaron sus principios, olvidaron la libertad y se entregaron con las manos atadas á aquel estúpido tirano. Los buenos ingleses no pueden recordar esta degenerada época sin que el rubor asome á sus mejillas. En la adulacion con que trataban los cortesanos á su ídolo no habia lealtad, mucho menos grandeza ni entusiasmo; la sensualidad se habia apoderado de aquellos corazones pervertidos, incapaces de abrigar ningun noble y generoso sentimiento ; los talentos eran pigmeos, y los vicios gigantes ; en suma, segun la pintoresca expresion de Macaulay, aquel era el siglo de oro de los cobardes, de los hipócritas y de los esclavos. Doblaba el Rey ambas rodillas ante el gabinete de Saint-Cloud, llegando á ser, mas que un soberano independiente, un virey del de la Francia. La persecucion en materias religiosas y la continua deslealtad en materias políticas llevaron á los cadalsos á las personas mas ilustres de aquella tierra. Los principios de libertad eran objeto de burla para el Rey y sus comensales, y los religiosos, de anatema para los clérigos católicos. Los crímenes se sucedian á los crímenes, la deshonra á la deshonra. Todo perecia por instantes, pero todo se salvó con la extincion de aquella dinastía, enteramente divorciada ya de las opiniones, creencias é intereses de la nacion británica.

Jacobo II, el último de los Estuardos, salió de Inglaterra para no volver mas á pisar su suelo, lanzado por sus naturales, y fué á llorar sus errores y extravíos en el palacio de San German, en Francia, dando al mundo el mas claro testimonio de la nada de las grandezas humanas. Esta revolucion, conocida en el

mundo histórico y político por la de 1688, puso término á las disensiones civiles, y dió comienzo á la era verdaderamente constitucional y parlamentaria que con tan feliz éxito ha llegado hasta nuestros dias. Toda la Inglaterra aplaudió esta última revolucion, y de ello han quedado testimonios irrefragables hasta nuestros dias. El dia 5 de noviembre se dan gracias á Dios en todas las iglesias «porque el rey Guillermo en tal dia comenzó á reinar en Inglaterra, libertando á la Iglesia del poder papal y á la nacion de la tiranía»; y el 29 de mayo se dan tambien gracias á Dios «porque, haciendo un milagro, habia librado á los reinos de la gran rebelion, y restablecido en el trono al rey Cárlos II». Estos dos tan opuestos y piadosos actos prueban la impopularidad de la primera revolucion, así como la popularidad de la segunda. Prueban, al mismo tiempo que cierta inconstancia natural á los pueblos, la firme decision del pueblo inglés en defender su antigua constitucion, que consignaba la libertad como principio fecundo y civilizador, cuyos progresos y favorables consecuencias vamos á apreciar en la última parte de este nuestro desaliñado trabajo.

IX.

Difícil, por lo complicada y por lo larga, seria nuestra tarea, si ahora, que hemos llegado á los tiempos modernos, hubiésemos de dar á nuestros lectores una minuciosa y detallada cuenta de todos los sucesos ocurridos en la Gran Bretaña: si alguna vez nos hemos detenido, refiriendo de los tiempos antiguos cuentos y relaciones prolijas, ha de perdonársenos solo porque, reputando como tesoros sin precio todo lo que es constitutivo de las sociedades ó de sus gobiernos, pensábamos, y con razon, que aquella tardanza con que á paso perezoso hemos trascurrido algunos períodos de la historia, habia de servirnos para aligerarlo y conducir al lector con firmeza y sin titubeos al final de la carrera. Nada nuevo después de la revolucion de 1688 encontramos en la historia de la Inglaterra, mas que la union de la Escocia en los tiempos de la reina Ana; todo lo demás es una consecuencia natural é inflexible de los anteriores acontecimientos. Firmemente colocados los cimientos del magnífico edificio de la constitucion inglesa, solo ha quedado para los hombres de estado de los tiempos modernos el acabar la obra con la misma solidez, y perfeccionarla lentamente con la ayuda del tiempo y del indefinido progreso del talento y experiencia del hombre. La historia de Inglaterra es una lucha constante entre la tiranía y la libertad, entre el Rey y el Parlamento. El triunfo de este último fué costoso, pero ha sido seguro: después de sus dos revoluciones no ha habido monarca que pensara en erigirse en tirano, ni acto de ningun ministerio que tendiese á rebajar la dignidad del Parlamento, que no fuese instantáneamente reprobado por la nacion entera. Es

verdad que en ocasiones un parlamento no salva la libertad; antes al contrario, sus individuos conspiran á destruirla; pero en primer lugar esta es la excepcion, y en segundo lugar, cuando en un país quedan las formas exteriores de un gobierno libre, prestando, aunque hipócritamente, este culto á la verdad, no están perdidas las esperanzas; tarde ó temprano se recupera lo que se perdió por el miedo de las personas ó la corrupcion de los tiempos. Por muchos años no descansaron ni dejaron descansar á los ingleses las intrigas de los Estuardos : no les faltó constancia en aquella perdida causa; pero la voluntad nacional, firme como una roca, destruyó todas las intrigas, y aseguró la corona en las sienes de Guillermo III y de sus descendientes. El último tercio del siglo XVII y casi la mitad del siglo XVIII no dió ocasion al Parlamento inglés ni tampoco á su gobierno para otra cosa que para tratar asuntos domésticos, y aun así no les vino largo el tiempo. Las revoluciones modernas y la antigua anarquía habian aflojado los resortes sociales hasta un punto que era difícil y pesado ajustarlos convenientemente. De esta tarea se encargó la aristocracia, única autora y promovedora de la revolucion de 1688; y salió adelante con la empresa, porque sin oprimir á nadie, velando solo por el cumplimiento de las leyes, y dando ella propia el ejemplo, logró sacar á salvo la nave del Estado, y verla bogar con toda seguridad en procelosos mares y con todos vientos, merced á la suma inteligencia de acreditados pilotos. El espectáculo que presenta la Inglaterra desde mediados del siglo XVIII en adelante es magnífico, es sublime, es capaz de arrebatar hácia su forma de gobierno al hombre mas lleno de preocupaciones, al mas apegado por cálculo ó por interés á la idolatría del gobierno de uno solo. Y no es esto decir que los ministerios se sucediesen los unos á los otros en pocos dias, dislocando cada uno la administracion con inconsideradas reformas, hijas de la vanidad, ó quizás originadas de peores causas; los ministerios en Inglaterra, en los tiempos de que hablamos, solian durar veinte años; y aun así las oposiciones no se desanimaban ni desertaban el palenque de la discusion, ni sus individuos se pasaban, cansados y renegando de su causa, á las filas del Gobierno, aceptando mercedes deshonrosas por el motivo que las producia. Como á mediados del siglo pasado el Parlamento empezó á ocuparse de todos los asuntos generales de la Europa, del mundo, de la humanidad. Aquel senado de reyes, tan poderoso ó mas que el senado de Roma, llamaba á su audiencia á los gobiernos de todo el mundo, los residenciaba, les confirmaba en su amistad ó les declaraba la guerra; y todo este inmenso poder era ejercido por la elocuencia, por el saber, por la libertad de que gozaba el ciudadano.

Fué el primero que tuvo tan gran poder, debido exclusivamente á los trabajos de la vida política, el famoso William Pitt, el cual desde el mas humilde orígen se remontó al mas alto destino á que puede aspirar un mortal en una nacion libre. Sus estudios y sus viajes allanaron el camino que debia emprender para sentarse en la cámara de los Comunes, objeto de todos sus deseos, blanco de todas sus

esperanzas : pocos años contaba el imberbe mozo, cuando ya admiraba con su elocuencia á sus amigos é infundia pavor en sus adversarios. Gobernaba la Inglaterra el famoso Walpole, aquel ministro que duró veinte años, que disolvió y convocó tantos parlamentos, que tuvo habilidad para corromper tantas mayorías, que tantos y tan pujantes enemigos encontró en su largo camino, que fué acusado, y no fué ni condenado ni absuelto; su elocuencia era fácil, aunque no fascinadora; su práctica de negocios mucha, su táctica parlamentaria infinita. Defendia en una ocasion el Ministro un proyecto de ley que tenia por objeto obligar al servicio de la marina militar á todos los marineros mercantes; Pitt se oponia á la medida arbitraria propuesta, con cierto candor propio de la juventud, invocando los principios de equidad, de justicia y de humanidad; todo lo cual en el lenguaje excéptico de los gobiernos se bautiza con el nombre de estilo declamatorio; y algo de declamacion habria en el discurso de Pitt, el cual ciertamente no habia merecido una contestacion tan punzante y sarcástica como la que sigue : «Tales declamaciones no causan efecto sino entre gente jóven é inexperta; el noble caballero ha confundido la escuela con el Parlamento, y la Cámara con el teatro: no se viene aquí á declamar ni á representar; quédese lo primero para los estudiantes y lo segundo para los cómicos.» Apenas Walpole habia concluido su ironía ministerial, aplaudida por una poderosa mayoría, Pitt se levantó, y después de tratar magistralmente la cuestion, se expresó en estos términos respecto al incidente personal : «En cuanto al argumento de la edad, de que se ha valido el caballero Walpole, expresándose con tanto calor como buen gusto, ni debo negarlo ni pretender siquiera desvirtuarlo. Solamente diré que yo solo deseo pertenecer al número de aquellos que dejan las locuras con la juventud, y no al de otros que nada aprenden con la experiencia. Yo no sé si puede hacerse alguna vez á un hombre el cargo de ser jóven, pero lo que sí puedo asegurar es, que nada en el mundo hay tan despreciable como la vejez cuando no ha servido para mejorar las costumbres, y cuando con ella no se ha conseguido otra cosa que la muerte de las pasiones y el aumento de los vicios. El desgraciado que después de haber visto confirmadas por mil experiencias las faltas que ha cometido, y no se enmienda ni se arrepiente, uniendo á la estupidez la obstinacion, es un objeto de burla y de menosprecio, y no merece por cierto que sus canas sean respetadas. Pero mas despreciable y mas aborrecible es aquel que, á medida que avanza en años, mas se aparta del camino de la virtud; que cada dia es mas audaz y mas pérfido, que comete toda clase de delitos por adquirir tesoros de que no ha de gozar, y gasta los pocos dias que le restan de vida procurando la ruina de su país. Pero no es la juventud mi solo crímen; tambien se me acusa de mis maneras teatrales : esto supone en mí ó alguna manera particular de hablar que me es peculiar, ó el disimulo de mis propios sentimientos, ó una gran facilidad para adoptar las opiniones de otros. Si es lo primero, no merece el cargo refutacion seria; si es lo segundo ó lo tercero, arrojo con ignominia tales insultos sobre la frente

del que ha querido lanzármelos.» Tal era el campeon que se presentaba en la arena, armado con sus pocos años y con toda la integridad del carácter de un romano, para luchar con el ministro Walpole. Y luchó y venció, y le sucedió en el ministerio, á pesar de la voluntad del Rey, á quien no agradaba aquel carácter independiente, ni las opiniones que habia manifestado contrarias á la confederacion de la Inglaterra con los estados alemanes, que tan ardientemente defendia el Monarca. Pero nada valieron los deseos de este en contra de los que tan vivamente manifestó la opinion pública : en 1757 entró Pitt en el ministerio, y durante los cuatro años que duró, la Inglaterra dominó en casi todos los gabinetes de Europa, fué casi dueña absoluta de los mares, poseyó pacíficamente sus colonias, adquirió el Canadá y la Luisiana, y arruinó los bazares que los franceses habian formado en la India.

Una intriga de corte, un deseo fugaz é inmotivado de Jorge III de llegar á ser monarca absoluto, mal aconsejado por Lord Bute, hicieron salir del ministerio á uno de los primeros hombres de estado de los tiempos modernos : grandes fueron los esfuerzos del nuevo ministro y del mismo Soberano para hacer cómplice de tan criminales designios á Pitt; pero este siempre respondia que habia salido con la Constitucion, y con la Constitucion debia entrar de nuevo. Así aconteció. Las tentativas criminales de la corte nada pudieron al frente de la opinion nacional, vivamente excitada con los rumores que tanta fuerza habian cobrado acerca de una radical variacion en las leyes fundamentales. Pitt fué creado lord con el nombre de Chatam, y nombrado ministro, aunque por poco tiempo, pues su escasa salud no le permitia ocuparse con el afan que siempre era su deseo, de los negocios públicos.

Bien pronto tuvo lugar un acontecimiento que debia influir en la historia de todas las naciones y cambiar la faz de los pueblos, alentando á los unos á ser independientes y á los otros á ser libres. Hablamos de la guerra de América, que dió principio por ciertas exigencias justas, relativas á la exaccion de varios tributos, y concluyó por la formacion de un colosal imperio, cuyo elemento era la mas pura democracia, dando al mismo tiempo al mundo el ejemplo de lo que vale la perseverancia en la política, en el trabajo y en el respeto á la ley. El Lord Chatam fué el campeon que tuvieron en el Parlamento los insurgentes americanos; no porque tan insigne hombre de estado faltase ni por un momento á los deberes ni dejase de tener los instintos de todo buen inglés, sino porque con su larga vista, con su profunda penetracion, con su mucha experiencia, conocia que aquella guerra iba á terminar de una manera deshonrosa para su patria, y que todos los esfuerzos que esta hacia iban á quedar de todo punto inútiles, sin mas recompensa que las maldiciones de los ingleses de uno y otro hemisferio. Casi moribundo, se hacia conducir á la Cámara aquel ilustre orador, que nunca apareció tan grande, tan sublime como en aquellas discusiones agitadas en que el genio de la elocuencia hablaba para defender una bellísima causa, y para aconsejar á

la asamblea lo que tanto convenia á sus intereses, á su honra y á su dignidad. «Y ¿á qué lanzar sobre nuestros hermanos esos soldados mercenarios alemanes, hijos de la devastacion y del pillaje, entregando á súbditos que todavía son ingleses á la rapacidad de tan feroz soldadesca? Si yo fuese americano en vez de ser inglés, no dejaria las armas de la mano mientras un soldado extranjero mancillase con su planta impura el suelo vírgen de mi patria. Milores, tales desatinos piden castigo, demandan venganza: si no acordais los primeros, la historia nuestra quedará mancillada, el honor nacional humillado. Reparad, señores, que lo que se propone es contra la ley, contra la constitucion del Estado.» Estas palabras últimas son sublimes: no creia aquel buen inglés que todas las hipérboles elocuentes, que todas las razones poderosas por él alegadas hasta aquel momento, que era ya el final de su discurso, valian la última: «Lo que propone el Ministerio no puede hacerse, es contra la ley.»

Peligroso en extremo para la suerte de la Inglaterra fué este período final del siglo XVIII: la guerra de América habia debilitado sus fuerzas; un imperio pujante se levantaba en el Nuevo-Mundo, que amenazaba sobrepujar en las artes, la industria y el comercio á la que habia sido su metrópoli; las naciones continentales en la Europa habian aprovechado la ocasion de humillar su orgullo marítimo, ahora que la habian visto empeñada en la contienda entre países tan lejanos. Es verdad que severos estadistas y conocidos hombres de talento ocupaban con grande fama, á pesar de su poca edad, los puestos importantes que habian sabido conquistar por su elocuencia en el Parlamento: todo esto no bastaba, ni aun el último ministerio que presidió el Lord Chatam; el cual, ya fuese con la edad, ó por sus achaques habituales, á pesar de su gloria tan justamente adquirida y de su experiencia, no pudo conjurar los males que de tropel venian sobre su país, ya que tanta habilidad habia mostrado para profetizarlos. En su corto y último ministerio se rodeó de hombres extravagantes y contrarios en opiniones é intereses, de tal suerte que mas que ministerio parecia un mosáico compuesto de piezas de distintos colores; de manera que, segun la oportuna expresion de Burke, unos hombres reunidos tan á la ligera y de una manera tan extraña, podian en consejo de ministros preguntarse los unos á los otros: «Mi querido colega, cómo se llama V.?»

Burke, Fox, el mismo Lord North, que por tanto tiempo llevó el gobernalle de los negocios, no podian salir adelante, agoviados como estaban con el peso de los negocios públicos; pero en aquella situacion desesperada se presentó en la arena parlamentaria un nuevo campeon, el hijo segundo de Lord Chatam, el famoso Pitt, que eclipsó la gloria de su padre y la de todos los hombres políticos de su tiempo. Nombrado ministro á los veinte y cuatro años, duró veinte su poder, no apoyado como Walpole en la corrupcion, sino en la confianza de la Inglaterra, en un tiempo en que la Europa toda estaba conmovida, en que las ideas filosóficas derribaban los tronos y los altares, y en que después un soldado afortunado llevó la revolucion de un cabo á otro de toda la Europa con sus águilas

triunfantes. Jamás hombre político tuvo mas grande autoridad sobre sus contemporáneos; jamás á ningun otro ha admirado tanto la posteridad. Los curiosos que van á visitar la famosa abadía de Westminster, regio mausoleo de tantos varones ilustres, buscan con avidez la tumba del Lord Chatam, y allí la curiosidad les hace leer la inscripcion que la gratitud nacional ha debido sin duda grabar sobre el sepulcro del célebre repúblico, y hallan estas interesantes palabras : «Lord Chatam, padre de Mr. Pitt.» En efecto, no cabe mas elogio que ser padre de tal hijo.

El Parlamento, y este era el Gobierno, habia llegado á una altura que es sabroso contemplar, y que debieran estudiar los hombres para quienes no es vana la palabra libertad, y no tienen por acabada la historia de los gobiernos representativos. Un acontecimiento inesperado y en extremo doloroso vino á probar cuanto dejamos dicho : la salud quebrantada de Jorge III degeneró en locura. En cualquiera otra nacion suceso tan grave hubiera alterado los ánimos, sembrado la desconfianza y puesto en peligro la tranquilidad del Estado. El jefe de la oposicion, Fox, se hallaba á la sazon viajando por Italia : no mas pronto llegó á su noticia la terrible nueva, que presuroso desembarcó en Lóndres, despues de un rápido viaje de cinco dias : su amistad con el príncipe de Gáles le aseguraba la presidencia del Ministerio, y se daba ya los aires de ministro, seguro de que así lo haria el nuevo regente. Pero Pitt no se dejó batir tan pronto y tan á las claras : dió cuenta al Parlamento del estado crítico en que el Monarca se hallaba, propuso los medios dilatorios que creyó oportunos para trasferir el poder de la regencia al que debiera ser nombrado; puso en manos del Parlamento la autoridad del Rey, defendió con calor esta conducta, con vigor, con razones plausibles, sacadas de la historia constitucional de Inglaterra y de su antigua jurisprudencia. El Parlamento le dió la razon: aventuró hasta la expresion de que no tenia el príncipe de Gáles mas derecho á ser nombrado regente que el mas oscuro ciudadano inglés; resistió la influencia del sucesor de la corona, resistió la burla y el sarcasmo de su competidor Fox, y la irónica y temible frase del famoso Sheridan; defendió, aunque tory, la política mas liberal y la doctrina mas parlamentaria en contra de los wigh, que, por una chocante y reprensible contradiccion, defendian una teoría inconstitucional y absurda; y Dios coronó sus esfuerzos; porque el Rey, aliviado de su dolencia á pocos dias, y antes de haber conferido el Parlamento, en uso de sus atribuciones, la regencia á persona alguna, el Monarca pudo volver á encargarse de la suprema inspeccion de los negocios, ocupando el alto lugar y desempeñando las funciones augustas que la Constitucion le conferia. Ejemplo insigne de prudencia, de respeto al poder constituido, de abnegacion y de patriotismo; espectáculo interesante el de una nacion que, al verse huérfana, se echa en brazos de sus representantes, respeta la posicion crítica en que se encuentra el Gobierno, y se salva á sí propia á fuerza de talento y prevision.

Las ideas liberales empezaban á dar señales de vida en el vecino reino de Fran-

cia, y los intereses nuevos y los antiguos á luchar á muerte sin tregua ni descanso. Pitt, en nombre de la Inglaterra, se decidió á combatir el nuevo régimen, que, después de haber desafiado á toda la Europa con la muerte de su rey, amenazaba dar la vuelta al mundo, amagando ahogar en lagos de sangre cuanto se opusiera á su peligrosa propaganda. Jamás en punto tan capital varió de voluntad, ni titubeó por un solo instante en este pensamiento el ministro de Inglaterra; y en esta idea y santa obra fué secundado por todo lo mas florido, todo lo mas opulento de la Gran Bretaña. Tal política fué considerada como la mas nacional, hasta el punto de haber formado por muchos años ella sola la base del sistema del partido tory. Resultado de esta política fueron los azares del imperio; á ella debe su emancipacion la Europa, y su independencia todas las naciones; por ella venció Welington en Vitoria, en Tolosa y en Waterloo, y la sombra airada de Pitt pudo en las llanuras de la Bélgica animar á los soldados de la Gran Bretaña para conseguir el grande y último triunfo que arrancaron como por milagro al usurpador de todos los tronos y al enemigo de todas las libertades.

¡Qué esfuerzos tan gigantescos no hizo el espíritu inglés en los tiempos heróicos de que hablamos! Perdidas las colonias occidentales, funda un imperio en el oriente; condolido de la suerte de la humanidad por el tráfico vergonzoso de los negros, Wilforce levanta la voz para preparar su general manumision; y por último, en aquella época, para siempre memorable, se nota ya un principio que infaliblemente habia de conducir á la emancipacion católica: promesa hecha á los irlandeses en los momentos mismos de su reunion á la Inglaterra.

Esta magnífica escena, que débilmente hemos pretendido bosquejar, y que ni antes ni hasta ahora ha tenido igual en ningun otro parlamento, cambia poco á poco, hasta el punto de su completa desaparicion. Tan bellas y colosales personas desaparecen una en pos de otra, dejando, sin embargo, el camino trazado á sus sucesores; de manera que si en genio no les igualan, no les ceden en prudente patriotismo. Tal es la gloria de los pueblos libres: con su admirable gobierno despiertan el entusiasmo en las almas generosas; con la pública discusion estimulan el talento á ocupar el lugar que le es debido; con el ejemplo forman, robustecen é ilustran la opinion de los ciudadanos. Lo que Pitt habia comenzado á hacer y se proponia concluir con la audacia que le era propia y con la tenacidad que le caracterizaba, otros lo llevaron á cabo sin mas que seguir el impulso que al gran sistema nacional habia dado aquel hombre público. Pitt murió á los cuarenta y siete años de edad, agotadas ya sus fuerzas y consumidas con los inmensos trabajos de su largo ministerio. Fox, su rival, consiguió el puesto que tanto habia ambicionado toda su vida; pero apenas llegado á la cumbre, después de haber atravesado con mil trabajos aquella áspera subida, muere tambien, dejando á la posteridad en la incertidumbre de si su talento político seria igual á su elocuencia. Sheridan vivió algo mas, pero sin la gracia de sus buenos tiempos, en la decrepitud intelectual que suele acompañar prematuramente á los hombres preco-

ces. Nada hay que consuma tanto la vida como el trabajo de la tribuna y los contrastes de la vida pública : la ambicion por un lado, las esperanzas defraudadas por otro, las impaciencias del amor propio, los desengaños continuos, la ingratitud y mal pago de amigos, todo junto, y la pesadumbre de los negocios, condensa la historia propia del hombre, y usa los resortes de la existencia hasta consumirlos de todo punto. Esto no se entiende con todos los hombres públicos ó que presumen serlo ; los hay que viven en este mar insondable de querellas continuas, en este piélago de grandes y generosas pasiones, de pequeñas y ruines venganzas, largos años, sin hacer otra cosa que pensar en sí propios, y sin recordar jamás, ni los intereses de su patria, que los contempla, ni la historia, que ha de juzgarlos ; que así mudan de opinion como de vestido, que todas les cuadran con tal de añadir algo mas á lo que ya tienen ; que no solo aceptan como buenas las opiniones del adversario, sino tambien las del enemigo ; que son en una semana constitucionales, realistas y republicanos, segun que les importa para mantenerse en el poder. La vida de estos tales es mas larga que lo de costumbre, y no suele abreviarla sino el pesar producido por el malicioso desden del soberano de la época, sea este el que fuere, debido á algun mal cálculo, á alguna tardanza en la evolucion de conservacion ; verdadera y única ciencia de los hombres constitucionales de algunos estados modernos.

Sheridan fué ministro con Fox : después de la muerte de este insigne orador, su amigo lo perdió todo ; primero la fortuna, después el poder, por último la popularidad hasta tal punto, que un hombre que habia nacido para el parlamento, y en el cual habia conquistado tan inmarcesibles laureles, fué vencido en una eleccion. Después de esta derrota llegó su miseria á tal punto, que el médico que le asistia en su última enfermedad certificó del peligro de muerte en que se hallaba, para impedir que sus acreedores le llevasen á la cárcel. ¿Qué se hizo en aquella ocasion la pretendida generosidad de los ingleses? ¿Cómo no llovieron á manos llenas las suscriciones á favor de un hombre que tanto habia hecho reir á la Inglaterra con sus comedias, y á quien tanto habian aplaudido en el Parlamento, y que podia considerarse como una gloria nacional?

Ya el famoso Burk, el decano de estos hombres ilustres, les habia á todos precedido en la tumba, atravesada su alma con el dolor de la muerte de un hijo querido, miembro ya del Parlamento, y con admirable disposicion para la tribuna y no menor para las ciencias y las letras. De esta suerte aquella pleyada brillante se extinguió casi de pronto, desapareciendo de la escena política cuatro hombres que con su fascinadora elocuencia y con sus talentos superiores habian admirado y encantado á sus conciudadanos, habian formado la opinion pública, dominándola, y habian guiado el poder en tiempos turbulentos y por medio de sirtes y escollos, hasta dejarlo en el buen sendero, de donde con mas facilidad, aunque con igual constancia, se encargaron de llevarlo sus sucesores.

Tales habian sido las raíces que en el fecundo suelo de la Gran Bretaña habian

echado las opiniones conservadoras en los muchos años que para gloria de nacion tan ilustre habia desempeñado Pitt el ministerio, que los torys se encargaron después por mucho tiempo de la direccion de los negocios. Perceval, Canning, los tres hermanos Welesley, simples particulares antes de la revolucion francesa, todos lores después de la caida del imperio; Castlereahg, Peel, discípulos de aquel gran maestro, todos sectarios de aquella famosa escuela, ocuparon los primeros puestos del Estado. Los tiempos eran de prueba: la revolucion francesa, con sus ideas de libertad y de igualdad, habia hecho despertar de su pacífico sueño á muchos pueblos; Napoleon con su triunfante espada habia domeñado á casi todas las naciones de la Europa. No querian los hombres de estado de la Gran Bretaña que aquellas ideas cundiesen en su país, y deseaban hacer frente á la ambicion y vencer la fortuna del Capitan del siglo. No escaseó la nacion, para conseguir ambos fines, ni los esfuerzos ni los sacrificios; pródiga de su sangre y de sus tesoros, ni hubo pueblo oprimido á cuyo auxilio no acudiese con armas y dinero, ni necesidad apremiante que no socorriese, ni favor grande ó pequeño que no otorgase al que prometia estar á su lado en aquella demanda. Larga fué la lucha; á gran prueba se sujetó entonces el patriotismo inglés; pero de ella salió triunfante, y todas las clases, las mas altas como las mas bajas, defendian su tierra con el interés de buenos patricios, con la vehemencia y el entusiasmo de ciudadanos libres. Todo el imperio aleman sucumbió: fiáronse los reyes en los soldados, y vencidos estos, no quedó otro arbitrio mas que rendirse á discrecion. Las naciones no deben considerarse como ciudadelas: es verdad que en este caso se está seguro de una obediencia ciega; pero donde no hay entendimiento que piense ni corazon que sienta, no hay tampoco abnegacion ni entusiasmo ni patriotismo, ni obligacion á hacer heróicos sacrificios. Pero en medio de tantas glorias como á la Inglaterra le ofrecia la resistencia, manchó aquel gobierno todos sus laureles con el acto mas insigne de piratería de que hablan los anales del mundo. La nacion dinamarquesa, independiente como la que mas, de varonil continente y de probado valor sus hijos; neutral en aquella contienda, y respetada como tal por el mismo emperador francés, no lo fué por el gobierno civilizado, humano y filantrópico de la Gran Bretaña. Con pretextos especiosos pidieron los ingleses á aquel estado toda su escuadra, y le exigieron un tratado de alianza para combatir juntos el poder de Napoleon. No quiso conceder ni lo uno ni lo otro: lo primero hubiera sido consentir y dar cierta especie de legitimidad á un robo; lo segundo hubiera sido una perfidia, de la cual habrian sacado razones poderosas las potencias de Europa para aniquilar aquel pequeño estado. Sin mas aviso ni declaracion de guerra, en plena paz, año de 1807, una escuadra inglesa se presentó en el puerto de Copenhague, y comenzó á lanzar tantas bombas, granadas y cohetes, que logró incendiar la ciudad, la escuadra, los archivos y cuantos establecimientos públicos habia en un pueblo tan civilizado como valiente y pundonoroso. A este acto de barbarie respondió con un grito de horror toda la Euro-

pa ; la causa misma de Napoleon adquirió nueva fuerza, y la humanidad se estremeció al considerar las sangrientas represalias que en su justa ira podia tomar el emperador francés. Los ministros ingleses apenas se atrevieron á defender aquel atroz acto en el Parlamento ; los mismos diputados pasaron como sobre ascuas, sin grande insistencia; el Ministerio no sufrió descalabro ni lesion ; la enormidad misma del atentado lo libertó de una ruidosa caida : hasta tal punto llegó el patriotismo inglés, que no quiso dar alas á los enemigos de su nacion, haciendo cargos á su gobierno, que hubieran podido, quitándole el prestigio que necesitaba, debilitarlo para la grande empresa en que se hallaba comprometido.

Muy luego se presentó ocasion de prestar grandes servicios á esta causa, trabajando tambien con todas sus fuerzas en beneficio de la independencia española. Sin mas esperanzas que las de adquirir una imperecedera gloria, sin otros recursos que su denuedo y el patriotismo de sus hijos, con toda la fe de un pueblo vírgen, con todo el ardimiento de un pueblo valiente, la nacion española, avergonzada del envilecimiento en que habia caido á sus propios ojos y á los de naciones extrañas, á última hora salió á la palestra á combatir por su independencia y á conquistar su libertad. No fué el gobierno del desgraciado é inocente Cárlos IV el que se presentó como decidido campeon en aquella desesperada contienda ; no fué el ejército, poco numeroso, asaz dividido, ocupando lejanas tierras y guardando apartados confines ; fué la nacion en masa, el pueblo, la voz de Dios, que por su boca hablaba, la que quiso dar una amarga pero gloriosa leccion al conquistador de la Europa, y á los reyes que obedecian medrosos sus órdenes. Cúpole la gloria al principado de Astúrias de ser el primero que se levantase en armas, y que enviase sus comisionados á Lóndres para pedir la terminacion de la guerra que con aquella nacion mantenia la España, cambiando el trato hostil en otro de amistad y alianza con que hacer frente al invasor. Grande fué la alegría que causó en el pueblo tan agradable como no esperada noticia ; llevaron como en triunfo á los comisionados por calles y plazas, suspendióse á su entrada la representacion del teatro, y el Gobierno, secundando los deseos tan ardientemente manifestados por la opinion pública, despidió muy bien despachados á los patriotas astures. Desde entonces ya nada faltó en aquel general alzamiento : la Inglaterra dió armas, víveres, municiones, bastimento, divisiones militares, y un general para mandar las tropas. Verdad es que á la Gran Bretaña le traian gran cuenta todos aquellos servicios; pero ¿cómo no mentarlos? Cómo no agradecerlos tambien, cuando fueron recibidos en un apurado lance, y cuando después anduvieron siempre mezcladas, peleando juntas, las enseñas de las dos naciones, compartiendo entre sí los azares, los peligros y las glorias? De esta mancomunidad de intereses, tan propia para formar en lo sucesivo vínculos estrechos de amistad, deberia haber nacido una íntima union entre las dos naciones, una política igual y constante, la terminacion favorable para las cuestiones comerciales pendientes. De alguna mas utilidad nos hubiera servido la union inglesa, que no

el estéril protectorado que ha ejercido sobre nosotros la Francia, cuya política, cuyas glorias y cuyas desgracias han reflejado siempre sobre nuestro suelo, con detrimento de nuestra independencia y con notable perjuicio de nuestras costumbres; el viento del norte, que por desgracia ha soplado tanto en nuestra tierra desde la paz de Utrech, ha secado en flor las lozanas plantas que se criaban en la tierra de Cervantes, de Mendoza y de D. Juan de Austria.

El parlamento inglés, en medio de las continuas atenciones de la guerra, de los vastos negocios que á su cuidado estaban encomendados, no perdia de vista que sin la mas escrupulosa moralidad, base firmísima y genuina constitucion de los imperios, perecen al cabo de poco tiempo, minados por sus mismos cimientos, aun cuando el talento de sus hombres de estado y las condiciones de prosperidad y abundancia les prometieran una larga vida. El duque de York, hijo segundo de Jorge III, mandaba en jefe todo el ejército inglés; y á decir verdad, no atinamos con el motivo de la eleccion; porque á desgraciado en las armas ningun general de su época le ganaba: todas las batallas que habia dado á los franceses, mandando austriacos, las habia perdido; no habia sido mas afortunado en Holanda ni en el Hannóver; su vida era además licenciosa hasta un extremo que rayaba en escándalo; intolerante con los católicos, injusto y cruel con los que le servian; arbitrario, disipado é inconsecuente; de manera que ningun mérito le asistia, á no ser el de hijo del Rey, que ciertamente entre los cortesanos debia valer por todos. Un celoso diputado de los Comunes pidió á la Cámara se sirviese mandar hacer una investigacion acerca de la conducta que observaba el duque de York como comandante general del ejército, pues tenia entendido que una tal Mistriss Clarke, que tenia embargado el corazon del Príncipe, se valia de reprobadas artes para allegar cantidades de dinero, y que en estas ilegítimas exacciones podia ser cómplice el Duque, y que para libertar su carácter y su opinion de toda mancha, es por lo que queria que todo se averiguase; y declaró al mismo tiempo que tenia pruebas fehacientes del mal empleo de los capitales que provenian de los despachos de oficial, y de los ascensos ó dimisiones de los mismos, y que en su caso las presentaria al Parlamento. Este acogió la proposicion, sin que el Ministerio tampoco se opusiera, aunque manifestó dudar que fuesen ciertos los hechos denunciados, pues antes bien creia que jamás habia llegado el ejército inglés al estado de subordinacion y disciplina que en los tiempos del duque de York. No residia solamente la libertad en el Parlamento; residia tambien en la imprenta; y como varios periódicos y otros escritos hubiesen aparecido tratando esta enfadosa cuestion, y hablando del Duque, cual de otro funcionario público pudiera hacerse, con desenfado y hasta con descortesía, Canning habló de la arrogancia brutal de ciertos escritores sin mérito, que mojando la pluma en hiel, se habian atrevido á infamar á una persona real; pero no por eso se oponia á la investigacion; mucho menos Castlereagh, que llegó á decir que el Duque triunfaria de sus enemigos. Mistriss Clarke compareció en la barra

de la Cámara, y confesó paladinamente que se habia valido de la influencia que tenia con el Duque para dar empleos, no solo en la parte militar, sino en la civil y en la eclesiástica; y sobre esta y otras cosas añadió pormenores que rebajaban en gran manera el carácter moral del Duque : los testigos declararon unos en pro y otros en contra; en su mayor parte eran gente de quien poco se podia fiar en punto á fidedignos testimonios. Las discusiones de la Cámara con este motivo fueron prolijas y sumamente importantes. Los ministros y los ministeriales hicieron los mayores esfuerzos para conseguir la absolucion del Duque; los diputados independientes, invocando la moralidad y la necesidad de un escarmiento, querian imponer un castigo al Duque; y aun suponiendo, decian, que el Príncipe no haya tenido complicidad en las exacciones indebidas y el escandaloso monopolio y criminal tráfico que se ha estado haciendo con los empleos públicos, ¿no es un hecho constante y suficientemente probado las relaciones de un hombre casado con una mujer intrigante, provocativa y de mala ralea? Y cuando todo esto recae en un príncipe, en el jefe de un ejército, ¿no es doblemente criminal, y por consiguiente digno de castigo? A costa de mil afanes consiguieron los ministros una votacion favorable para su príncipe; pero la mayoría fué tan escasa, y hombres de tal calidad votaron con los independientes, que aquella absolucion se consideró como una derrota; así la miró el interesado, porque acto continuo hizo dimision de su cargo. Al llegar aquí nos faltan palabras para encarecer la dignidad del Parlamento inglés, la libertad de sus discusiones, y el valor con que se presentaba á arrostrar toda clase de compromisos, obligando con su palabra y con la ley á que guardasen las reglas de la mas estricta moralidad los miembros de la familia real. De esta manera los tronos se afirman, la libertad se consolida, y el gobierno representativo se ejerce con franqueza y con verdad.

Cuando mas ocupados andaban los ministros en los gravísimos negocios que ocurrieron en el año de 1810, conocieron con grande sentimiento que la razon del Rey por momentos se debilitaba, y supieron con pesar, y de boca de los médicos, que no les quedaba esperanza ninguna de poder restituirle la salud. Duro era el trance : se creian ya aquellos ministros, muy apegados por cierto á las sillas, y apoyados por compactas mayorías parlamentarias, en la pendiente de su ruina; que tal por ellos era considerada la forzada dimision de sus honoríficos puestos. El príncipe de Gáles habia pertenecido y pertenecia al partido wigh, y en tal caso asaltaba á estos el pensamiento que en 1789 asaltó al famoso Pitt en ocasion semejante. Mas de tres meses habian pasado de estar el Rey completamente inhábil para ocuparse de los negocios, y todavía no se habian presentado los ministros al Parlamento para dar cuenta de tan desagradable acontecimiento. Al fin, apremiados por la necesidad, y temiendo la responsabilidad en que podian caer de resultas de tan incalificable demora, hicieron presente en la cámara de los Comunes la triste nueva, y presentaron el proyecto de ley de regencia : la

pedian para el príncipe de Gáles, es verdad, pero con ciertas cortapisas y restricciones que ofendian el carácter de un príncipe con cuarenta y siete años de edad, tan propia y adecuada como la de su mismo padre. Muy reñidas fueron las discusiones que hubo con tal motivo, pero acaeció lo que siempre: ganar el Gobierno en la cámara baja por bastante mayoría, y tambien en la de los Pares, aunque por escaso número. Sentado en el solio de sus mayores el Regente, del cual ya no debia bajar sino cuando bajase á la tumba, confirmó á los ministros en sus respectivos cargos, diciendo que no queria oponerse de modo alguno á la voluntad de su padre, dando de esta suerte un contentamiento inesperado á Perceval y á sus colegas, y causando grave disgusto á los de la oposicion. La verdad de todo era que los sucesos continentales, causando honda sensacion en el ánimo del Regente, le habian obligado á modificar, ó por mejor decir, á variar sus opiniones políticas, y de wigh muy pronunciado se habia vuelto extremado tory. Creia que Pitt habia señalado el camino que la Inglaterra debia seguir, y no se determinaba por lo mismo á separarse ni á un lado ni á otro, creyendo encontrar por todas partes abismos sin fondo. Por esto se conformó con el ministerio actual; el cual, saliendo del apuro en que creia estar con el nuevo Regente, se preparó desde entonces con doble aliento á correr un mas grande espacio del que habia corrido hasta aquellos dias; y sus presentimientos se hubiesen sin duda ninguna verificado, si un acontecimiento imprevisto y altamente criminal no hubiera de todo punto destruido sus bien combinados planes. Un tal Bellingham, que varias veces habia ocupado á las cámaras con las quejas que decia tener del ministro porque no le administraba justicia en cierto expediente que seguia sobre reclamacion de perjuicios causados por la Rusia, apostado en las puertas exteriores de la cámara de los Comunes, asesinó vil y cobardemente al primer ministro, conde de Perceval, con un tiro de pistola disparado á quema-ropa. Juzgado inmediatamente el asesino, fué condenado á muerte: en vano sus abogados quisieron librarlo por loco; él no quiso deber la vida á una superchería, y sostuvo que su razon estaba intacta, dando al mismo tiempo gracias al fiscal de su causa porque habia combatido aquella excusa. Así murió, después de muchos años de laboriosa vida, un hombre público que, si no igualaba por sus talentos á los grandes hombres que le habian precedido, por su constancia y sus trabajos ha merecido los elogios de la posteridad. Su elocuencia era fácil, su profundidad ninguna; la táctica para el decir le sobraba, y ninguno le aventajó en esto de conducir un parlamento. No debemos admirarnos al verlo dispuesto siempre á sostener el sistema de la corrupcion parlamentaria. La corte lo habia considerado como necesario para el mantenimiento de la monarquía en aquellos tiempos difíciles, y los mismos wighs lo usaron, y aun abusaron de él, cuantas veces ocuparon después el poder. Los Comunes dieron en aquella ocasion una prueba de su nunca desmentida generosidad, votando á favor de los hijos del desgraciado ministro una dádiva de dos millones de reales, y una pension anual de

doscientos mil á su viuda. No contentos con esto, votaron tambien la ereccion de un monumento á su memoria: esto dió motivo á una larga discusion, en la cual la oposicion negó que hubiese Perceval prestado tantos servicios á su patria como suponian sus amigos; pero así y todo, la mocion fué aprobada por una considerable mayoría. No sin grandes trabajos y sin preceder frecuentes y curiosas negociaciones, fué nombrado Liverpool primer ministro: no era este hombre público de los de primera capacidad, pero sus maneras eran afables, su elocuencia seductora, y aunque sus conocimientos eran escasos, velaba su ignorancia con la suma discrecion de sus palabras. Grandes cuestiones empezaban ya á agitarse en la Cámara, eco siempre verdadero de la opinion del pueblo. Una reforma parlamentaria era necesaria; la emancipacion católica era un acto de rigurosa justicia: estas dos exigencias, rechazadas entonces por torys y por wighs, á fuerza de perseverancia y de ánimo llegaron á ser leyes, no sin experimentar antes el retraso natural, consecuencia precisa de los obstáculos que á su marcha precipitada debia sugerir el probado talento y la alta posicion social de los conservadores ingleses.

Tantos esfuerzos fueron coronados con el mas feliz éxito. La estrella de Napoleon empezó á eclipsarse con los hielos del Polo, aliados poderosos del emperador de Rusia, y con los denodados triunfos de los españoles, mas atentos á libertar su patria del yugo extranjero, que á redimirla del poder arbitrario de sus reyes. La Inglaterra veia por momentos llegar el ansiado y feliz instante de la paz, que debia ser para aquella nacion el comienzo de una era de ventura, y para las demás naciones que tanto habian contribuido para disfrutar de don tan envidiable, un principio de ignominiosa desventura. El congreso de Viena, con las rancias ideas de los diplomáticos que lo compusieron, con las preocupaciones añejas de las cortes absolutistas, equivocó completamente el medio de curar á los pueblos de las enfermedades que padecian. Unas nacionalidades desaparecieron, á otras se les conservó la vida por merced; pagaron los soberanos con grandes dones la perfidia, olvidaron las acciones generosas; nada concedieron al progreso de los tiempos que, andando siempre con su acostumbrada lentitud, todo lo innovan. En su menguado entendimiento dieron culto todavía á las máximas de los antiguos jurisconsultos sobre el derecho divino de los reyes; y cual si se hallasen en el siglo XV, hicieron, rehicieron, partieron, amalgamaron los pueblos de la Europa, sin tener en cuenta ni las divisiones naturales, ni las costumbres ni los hábitos ni el lenguaje. Mortificaron el orgullo de la Francia, y pagaron con necia ingratitud á la España; la cual, llena de gloria y fuerte con su audacia, habia asombrado al mundo con las hazañas que tan claro renombre le habian dado en los seis años de continua guerra, y que sin duda sabrán apreciar, mas que la presente, las edades futuras. En Inglaterra todo era júbilo y contento; sucedíanse unas á otras las fiestas sin cesar, y la corte y el Parlamento, encareciendo aun mas de lo que valian, y valian mucho, los servicios del general Welesley, no encon-

traba premio suficiente á tanto valor y á tan grande fortuna : títulos, honores, condecoraciones y dinero, todo le fué prodigado, y todo junto probó merecerlo cuando á pocos meses dió fin y glorioso remate en las llanuras de Waterloo á aquella guerra emprendida tantos años hacia por la justa prevision del ministro Pitt, cuyo nombre no puede separarse en todo el período trascurrido, de las glorias nacionales.

De esta suerte era recompensado el valor y los servicios de uno de los defensores de Inglaterra; y mientras esto acaecia, otro de sus defensores, el lord Cochrane, cuyos méritos, si no igualaban á los del duque de Wellingthon, no por eso eran escasos, sufria las consecuencias de una denigrante sentencia, que en los tiempos que hemos alcanzado no hubieran encontrado motivo para dictarla los complacientes jueces de nuestros dias. Tratábase únicamente de una jugada de bolsa, verificada á merced de noticias falsas esparcidas hábilmente entre el público crédulo que encuentra grato placer en exponer diariamente su fortuna á los azares de la suerte. El Regente minoró la sentencia, que era por cierto dura é infamante; el bravo marino protestó de su inocencia; pero la cámara de los Comunes lo expulsó de su seno, aunque una nueva eleccion de su distrito le dió otra vez rango, fortuna y la antigua consideracion de que tan merecidamente disfrutaba.

Concluida la guerra exterior, encerrados los soldados en sus cuarteles, empezó la guerra de las ideas, la propaganda interior por medio de las sociedades secretas; los soldados de Napoleon habian llevado por toda la Europa las ideas del viejo liberalismo francés, los sueños de la república, y habian excitado el odio y el ridículo sobre todas las testas coronadas. La época se prestaba admirablemente para las conspiraciones : los gobiernos de Europa eran todos nuevos, menos el de Inglaterra, en esta clase de peligrosos juegos ; el descontento era grande y motivado, porque la penuria y escasez eran sobradas, y porque ansiando todos la paz para disfrutar de sus incalculables bienes, la paz habia llegado y los males no cesaban, antes al contrario se aumentaban, porque habia ocasion de comparar y serenidad para calcular : el principio de autoridad habia quedado tambien muy quebrantado de resultas de las pasadas revueltas ; de manera que todo eran exigencias que no podian satisfacerse, y quejas que no habia medio de acallar. En tan críticas circunstancias entró Peel, al cual le esperaba tanta gloria como estadista, á formar parte de la administracion pública. Como secretario de la Irlanda, tuvo ocasion de mostrar con sobra de dureza la exageracion de sus doctrinas: mucho sufrió la pobre Irlanda con el régimen duro y alguna vez cruel de su dictador; el cual pagó su tributo á la mocedad con gran copia de medidas ilegales y poco prudentes; defecto que enmendó en lo sucesivo, presentándose en los tiempos modernos con el carácter conciliador y la circunspecta templanza que tantos amigos y tantos émulos le valieron en el último período de su vida. Con bastante inquietud los ánimos, con grandes deseos de mudanzas, y ya cansada

la opinion de un ministerio tory de tantos años, sentíase el rumor del disgusto, precursor de bullicios y asonadas. A la sazon ocurrieron dos muertes notables: la una fué la del duque de Kent, padre de la princesa Victoria, que algun dia debia ser reina de la Gran Bretaña; y la otra la del rey Jorge III, el cual, después de su segundo ataque en 1810, no habia convalecido ni vuelto á la razon un solo instante durante su lamentable dolencia. Entró con tal motivo el Regente en todo el lleno goce de la autoridad real, convenientemente limitada en Inglaterra por las costumbres y por los fueros del Parlamento; y como si quisiera hacer alarde de la que las leyes le dejaban, no pudiendo su insensible corazon ensañarse con los súbditos, tan apegados á sus libertades, y tan esforzados para defenderlas, buscó la víctima en su propia familia, dentro de su casa, en su propio lecho, y acusó á la Reina ante el Parlamento, de adúltera, pidiendo para ella castigos severos y penas infamantes, que deshonraban la majestad del Rey y la dignidad del hombre. La princesa Carolina viajaba por Italia cuando recibió la noticia de que por muerte de Jorge III su marido habia subido al trono, y por consiguiente que ella era reina de Inglaterra. Antiguas y hondas disensiones existian en aquel matrimonio, que, cual el de todos los príncipes, fué calculado por las conveniencias políticas, sin tener en cuenta los mutuos afectos y decididas inclinaciones de los contrayentes. Carolina habia sufrido muchos desdenes y descortesías de los embajadores de Inglaterra en las diversas cortes en que habia residido, y no quiso sufrir la última: la de permanecer olvidada y despreciada siendo reina de Inglaterra. En vano fué el ofrecerle partidos ventajosísimos para hacerle olvidar el rango que habia alcanzado con el advenimiento al trono de su marido; todos los despreció, y contra la expresa voluntad del Rey y de sus ministros, se puso en marcha para Inglaterra, adonde llegó en pocos dias. El pueblo, que apreciaba el carácter clemente de esta desgraciada princesa, la acogió en su suelo con un verdadero entusiasmo; sus persecuciones daban mas realce al interés que inspiraban sus pocos años y su no comun hermosura; sabian además que nada habia que irritase mas al Monarca que los aplausos y consideraciones á su mujer, y el pueblo se vengaba de la altanería del Rey tributando homenajes á la persona á quien mas odiaba el Monarca. Este, fuera de sí con la audacia de la Reina y con el aura popular de que gozaba, presentó al Parlamento los documentos en que apoyaba su demanda: los ministros de aquel entonces, Wellington, Castlereagh, prestándose á secundar la baja venganza del Rey, ni se portaron como ministros ni como ingleses ni como caballeros. Los debates sobre cuestion tan grave y sobre materia tan escandalosa sublevaron la conciencia de todos los hombres honrados y sensatos: miraban al Rey con cierto horror, y á los ministros con merecido desprecio; nada se probó en el Parlamento contrario á la Reina; ni aun los testigos presentados por su marido hicieron otra cosa que contradecirse y confesar que estaban pagados para faltar á la verdad. La princesa Carolina era llevada en triunfo por las calles cuantas veces salia de su casa para

comparecer ante el tribunal : como no tenia palacio ni residencia oficial, vivia en casa de particulares, y era custodiada por millares de personas que constantemente guardaban las avenidas de la casa donde moraba. Ocurriósele al Rey, que era en extremo vano y se pagaba mucho del oropel y pompa de la majestad, celebrar su coronacion con un aparato inusitado hasta entonces en los anales de aquella aristocrática nacion. Súpolo la Reina, y pretendió se guardase con ella la costumbre inglesa : negó el Ministerio tan justa demanda; el pueblo la condujo en triunfo á Westminster durante la ceremonia ; el Gobierno habia mandado cerrar las puertas del templo; los amigos de la Reina pretendieron abrirlas á viva fuerza ; la gritería era inmensa, el entusiasmo se aumentaba por momentos : maldecia al Rey y á sus ministros la muchedumbre apiñada en los alrededores de la célebre abadía, y es muy probable que tales demostraciones hubieran acabado trágicamente si algunos regimientos, de antemano preparados, no se hubiesen encargado de imponer á la multitud con sus maniobras estudiadas y con su firme decision á sostener la causa del Gobierno. La pobre Reina no pudo llevar en paciencia y con serenidad tales ultrajes : víctima de una pasion de ánimo, segun unos; víctima, segun otros, del veneno, sobrevivió muy poco tiempo á la escena última que hemos bosquejado. El dia en que pretendieron, por órden del Rey, sacar de Lóndres su cadáver para conducirlo á lejanas tierras, presentó el pueblo un espectáculo terrible con su descompuesto ademan y con sus alaridos feroces. Públicamente por plazas y por calles llamaban al Rey y á sus ministros con el epíteto insultante de asesinos; buscaron á Wellington para matarle, olvidando los inmensos servicios que en su gloriosa carrera habia prestado á la patria ; apedrearon y casi asaltaron su casa y las de sus colegas ; resistieron á la fuerza armada, y en mas de una ocasion en aquel tremendo dia ensangrentaron las calles de la ciudad. Apaciguóse el tumulto, no por la fuerza de las armas, sino por la prudencia de los hombres honrados. Triunfó la ley, no por la espada del mílite guerrero, sino por el baston del constable.

El Rey, siempre sordo á las solicitudes populares, mantenia en su puesto al Ministerio, y no habia medio de hacerle ceder : cada dia se descubria una conspiracion, unas veces era en Irlanda, otras en la misma Inglaterra ; las ideas mas peligrosas cundian por los campos y por las manufacturas, alterando la quietud de los obreros y comprometiendo la seguridad de los propietarios y de los fabricantes. La Europa tambien empezaba á conmoverse : las pérfidas combinaciones del congreso de Viena habian madurado los frutos de la ignorancia y de la estupidez. Los monarcas de la restauracion habian entrado á gobernar sus pueblos, como si el brillante meteoro del imperio no hubiera pasado iluminando con su fulgor resplandeciente aquellas envejecidas naciones, y mudádolo todo, leyes, costumbres y opiniones. Nápoles, el Piamonte, la España rechazaban el gobierno absoluto de los reyes, y proclamaban constituciones democráticas. La Francia, vuelta en sí de su pasmo, oia entusiasmada los discursos de Manuel, Foy y

Benjamin Constant; las universidades de Alemania enseñaban á sus discípulos las mas resueltas y peligrosas doctrinas de la ciencia social; las sociedades secretas habian minado los tronos y combatido la existencia política de los pueblos: todo era confusion y temores; el presente proceloso, el porvenir incierto: calmóse, sin embargo, la tormenta; la agitacion pasó; pero la ineptitud quedó en los gobiernos como señal fija de nuevos disturbios y de mejor calculadas revoluciones, como tendrémos lugar de hacer notar á nuestros lectores. Esto en el occidente; en el oriente se derramaba la sangre á torrentes. Los griegos, cansados del yugo ignominioso en que gemian, oprimidos de tantas maneras por los musulmanes, levantaron el glorioso pendon de la independencia, recordando su noble orígen y las heróicas hazañas de sus ilustres progenitores; la guerra se encendió en los principados; y ella y la muerte del bajá de Janina dieron pretexto á la Puerta para cometer con los cristianos las mas bárbaras represalias. Toda la Europa alborozada contestó con un grito de júbilo al simpático grito de libertad que resonó en los mares de Lepanto; pero los gabinetes europeos, frios espectadores de aquella lucha sangrienta, siguiendo los impulsos de su feroz política, preferian en su culpable egoismo al musulman y despreciaban al cristiano; daban la mano al bárbaro y perseguian al hombre civilizado, y motejaban con el criminal y odioso epíteto de piratas á los que todos los pueblos de la Europa saludaban con el nombre glorioso de mártires de la independencia.

En momentos tan difíciles ocurrió el suicidio, cuyas causas hasta ahora nos son desconocidas, del Lord Castlereagh, primer ministro del rey de Inglaterra; ultra-tory, apegado á las preocupaciones de la mas intolerante aristocracia, y ciego rutinero de la política de Pitt, sin considerar que muy otros eran los tiempos y muy distintos ahora los intereses de la Gran Bretaña. Sucedió á este hombre impopular un hombre que podia considerarse como el reverso de la medalla: este hombre era Canning; el cual, apartado de los partidos extremos, habia tomado á su cargo la defensa de todas las causas generosas; como enemigo de revueltas y acérrimo adversario del radicalismo, podia tenérsele por tory; como hombre conciliador, enemigo de las persecuciones, promovedor de la emancipacion irlandesa, defensor de la Reina y deseoso de estrechar relaciones amistosas con la Francia, para que unidas las dos mas poderosas naciones de la tierra ayudasen á los pueblos á conquistar su libertad perdida, podia considerársele adherido á la contraria escuela. No perdió el Rey nada; antes ganó mucho con tal eleccion, tanto mas cuanto que, designado por la opinion pública, el Monarca la respetaba quizá por primera vez, sacrificando en sus aras los resentimientos que tenia con Canning; al cual consideraba como de contrarias opiniones á las que él habia siempre profesado.

Pero el congreso de Verona, en el cual estuvo de representante por la Inglaterra el duque de Wellington, decidió las cosas á su manera, siguiendo fielmente la política del Austria y las tradiciones diplomáticas del canciller del imperio: la España

perdió su libertad, y de la Grecia nada se determinó que pudiera siquiera consolar á aquel desgraciado país; la Inglaterra no sacó un gran provecho de la reunion de aquellos soberanos, y esperó mejor ocasion para proteger con denuedo la causa de los pueblos. No se hizo esperar mucho la deseada coyuntura : los pueblos tomaron á su cargo la causa santa de la independencia griega; á despecho de la ciega política de los gobiernos, de todas partes, y muy particularmente de la Inglaterra, llovian donativos patrióticos, producto de numerosas suscriciones. Los hombres de calidad empeñaban sus rentas y su crédito para levantar empréstitos con que poder ayudar á defender la causa mas patriótica del siglo en que vivimos. Lord Byron, al mismo tiempo que en sus inmortales versos cantaba las desgracias de aquella tierra clásica, y maldecia á los bárbaros del Asia, exponia toda su fortuna y su vida para socorrer á los infelices aunque gloriosos habitantes de Misolonghi, que tan famoso renombre conquistaron defendiendo su ciudad de los ataques de los turcos. Por fin, la cristiandad se condolió de las miserias de los griegos : estos ya estaban á punto de sucumbir, estrechados por las combinadas armadas del Sultan y del bajá de Egipto; la Inglaterra habia tomado la iniciativa, y ya se trataba entre las altas potencias la manera de salir de aquella apremiante dificultad, que deshonraba la Europa y la tan cacareada civilizacion del siglo XIX. La Rusia, la Francia y la Gran Bretaña combinaron sus escuadras, que colocadas á la entrada del puerto de Navarino, sus almirantes intimaron la órden á Ibrahim-Bajá, que mandaba la turco-egipcia, de no salir del puerto hasta que se terminasen los preliminares del tratado, que ocupaban la atencion de las altas potencias. Soberbio el almirante musulman con los muchos triunfos que habia alcanzado de los griegos, creyendo que lo mismo le aconteceria peleando contra los aliados, salió del puerto embistiendo contra las naves enemigas; pero la pericia náutica de Codrington y el valor de los soldados, supliendo al número, dieron buena cuenta de la escuadra egipcia en pocos instantes. Tal fué la primera muestra que dió la Europa de proteccion y amparo á una causa tan justa, que terminó con la formal declaracion de su independencia y de su completa segregacion del imperio otomano. Grande triunfo para la religion cristiana, para la civilizacion y para la humanidad.

La muerte de Canning, ocurrida en el año de 1827, produjo grave daño á la causa general de la política europea; volvieron los ultra-torys á apoderarse del poder, y condujeron tan mal los negocios de la Puerta Otomana, que la Rusia quedó como árbitra en la contienda, después de haber amenazado muy de cerca con sus armas victoriosas á la ciudad codiciada, á la famosa ciudad de Constantino. Wellington y Peel, esto es, casi los individuos del antiguo ministerio de Lord Liverpool, volvieron á encargarse de los negocios, con grande disgusto de los liberales ingleses, que pensaban respirar algun tanto con la duracion del ministerio Canning, del cual se prometian tantas y tan importantes reformas; pero la mas urgente, la mas necesaria, la que por do quiera se hacia sentir, la emancipacion

de los católicos, tuvo lugar en el ministerio de Wellington y Peel, los dos mas encarnizados enemigos de la Irlanda. Ya era tiempo que la Inglaterra, poderosa y opulenta, diera alguna parte del dote que le habia caido en suerte, á la Irlanda, su hermana menor, pobre y desvalida; ya era la ocasion de que los protestantes hiciesen gala, siquiera una vez, de la tolerancia que, como medio de dominacion, habian ellos mismos invocado para vivir en los tiempos de Enrique VIII, de María y los Estuardos. La conspiracion urdida en Irlanda con el nombre aparente y pacífico de Union Católica, y á cuya cabeza estaba el famoso Daniel O-Conell; las representaciones, peticiones, meetings y toda clase de públicas demostraciones á favor de los irlandeses, decidieron al Rey, poco asequible á concesiones de ningun género, y al ministerio tory, á presentar al Parlamento el proyecto de ley de la emancipacion irlandesa. Apoyáronlo los miembros todos del partido wigh, y con ellos muchos torys que desde los tiempos de Canning habian modificado sus opiniones, y sin perder su decision por los buenos principios conservadores, sabian amalgamarlos con los progresos de la época; se opusieron á tan justa como conveniente medida los que seguian á ciegas la política tirante de Lord Castlereagh, los aristócratas mas poderosos, aquellos para quienes el pueblo no tenia ningun derecho, ni el tiempo pasaba, ni las revoluciones significaban nada; y que vueltos sus ojos constantemente á los siglos pasados, veian en el Rey un conquistador, y en sus personas, los comensales, los consejeros, los compañeros del Monarca. A Wellington y á Peel les dieron cuantos dictados pueden inventar la malevolencia y la perfidia; pero estos dos hombres, de carácter tan enérgico, y que tantas pruebas habian dado de firmeza y hasta de tenacidad, no desistieron de su propósito; y los hijos de Irlanda pudieron al fin, con la emancipacion, considerarse como hijos de la Gran Bretaña, ser admitidos, como sus hermanos, á la espléndida mesa de la que habia sido hasta entonces su madrastra, y ver redimidas las injusticias con que el gobierno y su imperial parlamento los habia tratado, en odio á la religion católica que profesaban, y por miedo de que algun dia con las franquicias que demandaban no venciesen á sus rivales.

Todavía la opinion pública demandaba otra reforma, que cada dia iba siendo mas urgente: la reforma parlamentaria, ó mejor dicho, la reforma electoral. El orígen de la cámara de los Comunes se pierde en las tinieblas de la edad media, como lo hemos visto en el curso de este trabajo: sus individuos fueron en su principio, ó nobles de mediano linaje que no habian podido entrar en la cámara alta, ó representantes de las ciudades y villas á las cuales de antiguo por los reyes se les habia concedido este derecho. En la constitucion inglesa no hay la regularidad de formas, las prescripciones del derecho positivo, el articulado de las constituciones modernas. Pero todo lo habia innovado el trascurso de los siglos: pueblos infelices, que no tenian siete casas, eran electores; grandes ciudades, como Liverpool y Manchester, centros de inmensa fabricacion y de vivísimo co-

mercio, no tenian derecho á enviar representantes al Parlamento ; pero aunque á la simple consideracion del mas lego fuese necesaria la reforma, el partido de la resistencia, la poderosa aristocracia inglesa, se oponia con un teson digno de mejor causa. Las reuniones, las peticiones eran numerosas, y de vez en cuando se notaban tambien otros síntomas mas peligrosos. La muerte del rey Jorge IV y la revolucion de Francia apresuraron el desenlace de la cuestion, haciendo ceder á la fuerza á los mas empedernidos; desde luego la revolucion en 1830 fué celebrada en Lóndres y en toda Inglaterra lo mismo que en toda la Francia : el entusiasmo fué igual en ambas naciones, y por esta razon, vistas las tendencias peligrosas de la opinion, el ministerio tory dejó el poder, y un ministerio wigh se encargó de dirigirla por buen camino para que no se extraviase, haciendo al propio tiempo algunas concesiones. Ninguna se creyó mas urgente ni mas oportuna que la reforma electoral : Lord Grey y sus colegas no se descuidaron en presentar el proyecto, y aunque la cámara de los Comunes les fué favorable, no así la de los Lores, en la cual la oposicion, y á su cabeza Lord Wellington, impidieron que tan pronto como se pensaba se diese fin á la bien proyectada reforma. Aplazada la cuestion, y vuelta á aplazar, todo este período lo fué de intranquilidad, desasosiego y disgusto ; en muchos puntos hubo desórdenes y actos de violencia contra las propiedades y contra las autoridades del Gobierno. El vencedor de Napoleon cayó otra vez en una grande impopularidad, y sus dias estuvieron en inminente riesgo ; del mismo participaron los lores ultra-torys, que con tanta imprudencia se oponian al proyecto de reforma. El primer ministro exhortaba en la tribuna á los pares del reino á que mirasen por la paz y el sosiego público, alarmados con su tenaz resistencia; se dirigia al banco de los obispos y les increpaba, diciéndoles que, siendo nuncios de un Dios de paz, ¿cómo no veian con pesar los males todos de la guerra civil, y pudiéndolos evitar, no lo hacian? Ni la libertad de que usaban en la tribuna los amigos de la reforma, ni la uniforme opinion de la imprenta, ni la opinion pública tan abiertamente manifestada, ni las tendencias todas de la Europa á la libertad, hicieron desistir á aquellos venerables varones de sus rancias opiniones. El Rey siguió tambien su dictámen, y admitió la dimision del ministerio wigh; pero en esta ocasion se vió cuán arraigadas están en el suelo de la Gran Bretaña las instituciones liberales : á pesar de la voluntad del Rey, no se pudo formar un ministerio tory; á pesar de la resistencia de parte de la alta Cámara, una promocion de lores decidió sin conmociones ni tumultos aquella gran cuestion, que amenazaba destruir la constitucion y promover en el reino una guerra civil. Aplaudieron los buenos liberales, esto es, la mayoría de la nacion, la decision del Monarca ; los lores adquirieron la popularidad que habian perdido con la resistencia; el ministerio Grey, siguiendo el impulso de la opinion, protegió la causa liberal en todas las naciones de Europa ; formóse la cuádruple alianza, que no fué otra cosa sino la protesta de las cuatro naciones constitucionales contra el absolutismo de los reyes del Norte; D. Miguel

salió de Portugal; D. Cárlos, de España; las instituciones representativas empezaron de nuevo en estos dos pueblos, y el nuestro debió á la Gran Bretaña en los horrores de la guerra civil algo mas que estériles consuelos, alguna cosa mas que simpáticos votos.

Desde el año de 1830, época en la cual cambia el derecho público de la Europa, y las ideas liberales toman ascendiente, fuerza y vigor, la Inglaterra muda de gobierno segun lo exige la necesidad ó lo demanda la opinion pública. Ni el Rey nombra ministros á su antojo, ni el Parlamento niega sus votos por mero capricho ó por mezquinas ambiciones: de esta suerte navega majestuosamente la nave del Estado, sin temer á lo proceloso de los mares ni á los escollos que la rodean; el recto juicio de los que mandan, la prudencia y patriotismo de los que obedecen, resuelven en un dia, y con buena fe, todas las cuestiones del gobierno representativo, insolubles cuando aquella no existe y cuando se hallan pervertidos los sentimientos del ciudadano.

Agotada ya la familia del rey Jorge III, muertos todos sus hermanos, unos en el trono y otros sin haberlo ocupado, y descendida á la tumba la princesa Carlota, verdadero ídolo de los ingleses, cupo la suerte de reinar en nacion tan ilustre á la hija del duque de Kent, hermano cuarto de Jorge III. Nada se habia descuidado para que este vástago descendiente de tantos reyes pudiese con el tiempo ocupar con gloria el trono de la Gran Bretaña. Su educacion fué esmerada: su respetable madre la duquesa de Kent no quiso fiar los cuidados de la maternidad y la crianza de su hija á manos ni á pechos mercenarios; modelo de esposas y de madres, su hija tuvo siempre á la vista un vivo ejemplo de virtud, que ha seguido imitando hasta ahora y que continuará sin duda toda su vida. Cuéntanse mil anécdotas de su niñez, las cuales prueban que desde sus mas tiernos años su deseo mas vivo se cifraba en hacer bien á sus semejantes, mostrar la bondad de su corazon, remediar las necesidades de los pobres; revelando en sus maneras agradables, en su natural agasajo, que el trono de Inglaterra no echaria de menos con el tiempo, ni la majestad de la reina Isabel ni la severidad de la reina Ana. El dia 20 de junio del año de 1837 celebró el primer consejo en el gran salon de Kenington, adonde acudieron los individuos del consejo privado, y adonde á poco entró la Reina, acompañada del duque de Sussex, y sentándose en la silla presidencial, prestó el acostumbrado juramento, relativo al gobierno del reino y á la iglesia de Escocia; y en seguida, con clara y sostenida voz, con calma y gravedad, hizo la declaracion siguiente: «La dolorosa pérdida que acaba de sufrir la nacion, con la muerte de S. M. mi querido tio, me coloca á la cabeza de este imperio: tan grande responsabilidad me coge tan de improviso y en edad de tan poca experiencia, que me veria abrumada con su peso si no me animase la esperanza de que Dios, que me ha llamado á tan alto destino, me dará la fuerza para desempeñarlo, y de que en la pureza de mis intenciones y en mi celo por el bien público encontraré la firmeza y los recursos que por lo

12

J. Vallejo dibº y litº

Lit. de J. Donon, Madrid.

ALBERTO EDUARDO, PRÍNCIPE DE GALES.



HEREDERO DE INGLATERRA.



comun son fruto de mas madura edad y de mas experiencia. Pongo toda mi confianza en la ilustracion del Parlamento y en la lealtad y afecto de mi pueblo. Tengo la ventaja de suceder á un monarca cuyo respeto constante á los derechos y á la libertad de sus súbditos, y sus desvelos para mejorar las leyes y las instituciones del país, han hecho de su nombre un objeto de aprecio y veneracion universal. Educada en Inglaterra bajo los tiernos y acertados cuidados de la mas tierna de las madres, he aprendido desde la cuna á respetar y estimar la constitucion de mi patria. Pondré continuo empeño en mantener la religion reformada, tal como se halla establecida por las leyes, asegurando al mismo tiempo á todos el mas completo goce de la libertad religiosa; y será mi principal cuidado el proteger los derechos de todas las clases de mis súbditos, y contribuir con todas mis fuerzas á su felicidad.»

No desmintió la Reina las solemnes promesas hechas en el seno del Consejo. S. M., educada por su madre, la respetable duquesa de Kent, pertenecia al partido liberal de Inglaterra; pero esto no le ha impedido seguir en el nombramiento de sus ministros los deseos del Parlamento y los votos de la opinion pública. En ocasiones ha hecho cuanto de su parte ha estado por proteger la candidatura de John Russell y Palmerston, en oposicion á la del malogrado Sir Roberto Peel; pero tan luego como ha creido conveniente ceder, lo ha hecho, sin tener en cuenta mas que las necesidades de su país. Ocasion ha habido en que se ha visto obligada á sacrificar las amistades particulares de la niñez en las aras de la política, despidiendo de su servicio á las damas que no eran de la confianza del Ministerio. El partido wigh ha alcanzado mas poder, y lo ha ejercido por mas tiempo en esta última época que en los anteriores reinados; pero esto no hay que atribuirlo al mas ó menos afecto que á la dicha opinion profesa la soberana de Inglaterra, sino al estado de la Europa y al progreso de las opiniones liberales. Hasta el mismo partido tory ha modificado las suyas de tal suerte, que son hoy muy pocos los que siguen la intolerante enseña del Lord Castlereagh; y en el poder ha hecho concesiones de suma importancia á la experiencia y á los adelantamientos de la ciencia económica; la reforma electoral, debida al ministerio Grey, habia hecho dar un gran paso á la Inglaterra en la carrera política, y no tuvo por cierto de qué arrepentirse, pues desde entonces el Parlamento fué la verdadera y genuina representacion de la nacion; con la reforma administrativa de Peel la nacion inglesa empieza hoy á sacudir las trabas fiscales de las rutineras antiguas preocupaciones, dando un grande ensanche á su comercio, y tambien al de todas las naciones, quitando restricciones y dando los primeros pasos en la famosa libertad que ha de ser la gran conquista de los tiempos modernos. Por último, en los momentos en que escribimos, la reaccion que ha dado vuelta á todo el continente, ha hecho sentir sus efectos en la Gran Bretaña, y á un ministerio wigh ha sucedido otro tory; pero sin que por la mudanza tengan que temer los súbditos ingleses la pérdida ó menoscabo de su libertad, ni los extraños, intrigas ni

guardadora de tradiciones; suele vivir de abusos y en el ocio y la ignorancia; pero la aristocracia inglesa, en medio de la grande ilustracion de sus individuos, ha sabido hermanar la historia con el progreso, la fortaleza de lo pasado con las exigencias de lo presente; de manera que, gobernando la nacion, como casi siempre la ha gobernado, ha mejorado sus costumbres políticas, ha sabido desarrollar los elementos constitutivos de su riqueza, y ha logrado afirmar la libertad, que en los momentos de peligro ha defendido al precio de raudales de su propia sangre. Al ver á la Gran Bretaña gobernada casi siempre por la aristocracia, muchos escritores publicistas han dicho que su gobierno se parece mas al de una república aristocrática que al de una monarquía; y no dejan de llevar razon: la nobleza imponia condiciones al Rey; la misma manejaba á su gusto el Parlamento, ya en la Cámara alta, ya en la de los Comunes; las elecciones corrian de su cuenta, la mayor parte de la propiedad estaba en sus manos. Elementos son estos propios para mandar, y ha mandado y gobernado; pero ¿qué perjuicios ha sufrido la nacion de este conjunto de circunstancias? Ninguno; y antes al contrario, ha visto aumentarse su poderío, multiplicarse sus riquezas, crecer su importancia, cruzar sus escuadras todos los mares, ceñir al mundo, como con una faja de hierro, la cadena no interrumpida de sus colonias; aspirar y casi conseguir la dominacion universal; hacer respetar su pabellon y su bandera en todos los mares y en todos los territorios; obligar á sus súbditos á pronunciar la frase de *cives romanus sum*, con la cual un inglés lleva seguro pasaporte desde un polo á otro. Esta ha sido la obra de la aristocracia, que por otra parte ha abierto su puerta y acogido con entusiasmo á cuanto de notable, de ilustre ha encontrado en todas las carreras del Estado. Chatam, Grey, Brougham son testimonios fidedignos y recientes de una conducta que, al mismo tiempo que hace su apología, forma su carácter y le da, como clase, la fuerza que necesita para dominar, y dominando, para acabar tan magníficas obras como en todos tiempos ha llevado á cabo, con tanta gloria propia como provecho nacional. Pero hoy es el dia en que, sin disminuir su crédito, su poder se disminuye; y no por faltas que cometan sus individuos, sino por las causas comunes á todos los estados de Europa; las cuales, elevando las clases medias, dan el golpe de gracia á las aristocracias. La inglesa lo conoce, lo confiesa; se inquieta, pero no se desespera: otra cosa seria si esta mudanza fuese ocasionada por culpa suya. Conoce la fuerza de las cosas, y se somete con resignacion, aunque por necesidad: no es vencida en un combate; lo es por decretos providenciales, ante los cuales baja la cabeza y se prosterna acatándolos. No sabemos si los ignorados acontecimientos que deben con el tiempo mudar la faz de los imperios, sujetarán á la nobleza inglesa á otras mas duras pruebas que las que hasta ahora ha sufrido con la reforma electoral y la libre introduccion de los cereales; pero aunque la fuerza de las cosas la hiciera desaparecer del suelo inglés, tambien encontraria á quien dejar su gloriosa herencia; prontas están las clases medias á recogerla; con tanto mas motivo, con tanta

mas razon, cuanto que no son enemigas estas dos clases; antes al contrario, por mas de un concepto se asemejan : la clase media en Inglaterra no hace la guerra á la aristocracia, ni de ella tiene envidia, ni la denigra ni la maldice; adopta sus cualidades, y no sus privilegios; la imita, y no la desprecia; representa el mismo papel que el heredero del poseedor de un rico caudal, ya achacoso por los males y por los años; que no desea su muerte, pero administra los bienes. La clase media imita á la nobleza en toda la conducta que ha contribuido á elevarla, y que elevándola, ha formado el poderío de la Gran Bretaña; ha imitado la religiosidad del noble, la lealtad y la fidelidad para con su rey, el orgullo nacional, su cuidado y esmero en favor de las clases necesitadas : con estas virtudes los comerciantes, los capitalistas, banqueros y fabricantes han dado una relevante prueba de su capacidad política.

El pueblo inglés es un pueblo muy religioso; las clases medias lo son aun mas que la aristocracia y el pueblo; todas las sectas se nutren de aquel estado; estas sectas convienen todas en un punto capital, en concebir sospechas de la iglesia establecida : el combate es diario y riguroso; los textos de la Escritura y las sentencias de los teólogos son la municion y proyectiles que se emplean en la batalla. Las mujeres toman parte en estas reñidas escaramuzas, añadiendo á las sutilezas de la materia, algo, sútil tambien, de su propio ingenio. La misma rivalidad excita entre unas y otras sectas el estímulo á ser los mas observantes, los mas rígidos en cumplir mejor con las disposiciones del código religioso. La festividad dominical es severísimamente observada : un inglés no se permite en tales dias, no solo trabajar, pero ni aun divertirse dentro de su hogar doméstico ; la asistencia á la iglesia, y después á ejercicios piadosos y devotos, ocupan todo el dia á las familias inglesas, ya ricas, ya pobres; ya nobles, ya plebeyas.

Por último, tienen los ingleses, entre tantas otras que hemos anunciado, la singular cualidad de respetar la ley; no es esta un nombre vano, como sucede por desgracia en el continente : respetar y hacer respetar la ley á todos los hombres, á todas las clases de la sociedad, sea cualquiera la condicion bajo que vivan, es su mas sagrado deber. No está el Rey exento del anatema público si falta á la ley; no lo está el lord ni el diputado, ni el militar ni el paisano, ni el rico ni el pobre; ante la ley son todos iguales, á todos alcanza su cuchilla, para todos es igual su balanza. No hace mucho tiempo, cuando toda la Europa estaba conmovida con las turbulencias de la Francia, que en sus momentos de delirio soñó una república democrática, y al despertar, la triste realidad le mostró un despotismo militar; cuando no habia trono seguro ni ministerio que no fuese sospechoso; cuando en Austria abdicaba un rey, y en Prusia el Soberano saludaba á los cadáveres de los que habian perecido en la revuelta; entonces tambien una grande muestra del poder del radicalismo se ensayó en Lóndres. Reuniéronse en las llanuras de Kennington doscientos mil cartistas convocados por todas las trompetas de la destruccion, bien aleccionados, bien dispuestos, ya por las arengas que habian

escuchado, ya por la parte de razon que habian dejado en la taberna; doscientos mil: mas fuerza revolucionaria que la república democrática desencadenó para acabar con todos los tronos; pues bien: á la voz mágica de un empleado de policía, que enseñaba su baston diciéndoles «No paseis el puente», todos se dispersaron. Espectáculo sublime, poder soberano de la ley, que llenó de gozó aquel dia á todo buen inglés, y que salvó la Europa del furor y desastres que hubieran ocasionado las malas pasiones hijas de las doctrinas socialistas, casi triunfantes entonces en todo el continente. Desde aquel momento, y apoyados los tronos en el ejemplo moral que dió la Inglaterra, empezaron á rehacerse y á querer resistir el empuje diabólico de una revolucion que habia sorprendido la Francia, y queria tambien sorprender la Europa entera.

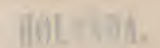
Trabajo nos cuesta concluir; pena nos da separarnos de un pueblo que profesa tantas virtudes, que tiene tan grande abnegacion cuando se trata de las cosas de su patria; que ha sabido y sabe hermanar tan perfectamente el espíritu de obediencia y de sacrificio, y el derecho que tanto ama y que tanto defiende de ser libre: expresiones que parecen contrarias, y que, sin embargo, son correlativas hasta el punto de no poder existir unas sin las otras: la libertad y la obediencia, la igualdad ante la ley, la abnegacion, los sacrificios por la patria, hé aquí los derechos y los deberes de un inglés; los unos y los otros, practicados con sinceridad, han sacado á la nacion muchas veces de los peligros que ha corrido, los mismos la han elevado al alto grado de prosperidad que hoy disfruta, y le prometen largos siglos de bienandanza y prosperidad.

A. Benavides.

Madrid, julio de 1852.

GUILLERMO III, REY 

DE LOS PAISES BAJOS.



HOLANDA.

CAPITULO III.

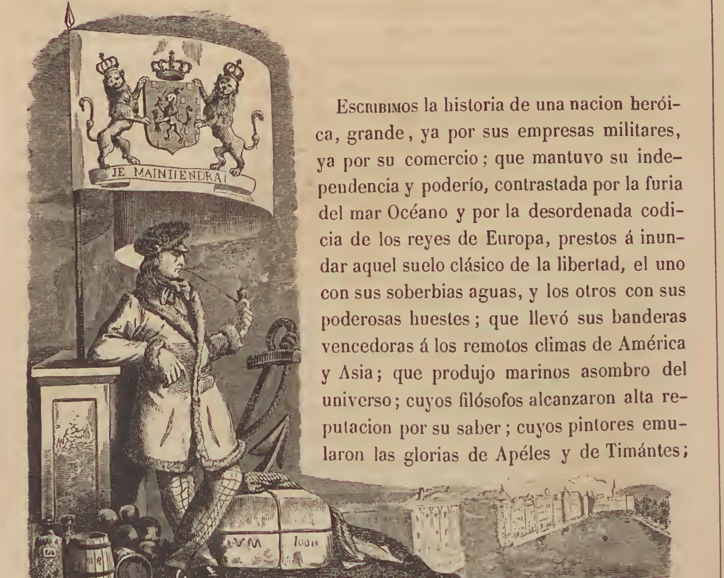
I.



HOLANDA.

GUILLERMO III.

I.



Escribimos la historia de una nacion heróica, grande, ya por sus empresas militares, ya por su comercio; que mantuvo su independencia y poderío, contrastada por la furia del mar Océano y por la desordenada codicia de los reyes de Europa, prestos á inundar aquel suelo clásico de la libertad, el uno con sus soberbias aguas, y los otros con sus poderosas huestes; que llevó sus banderas vencedoras á los remotos climas de América y Asia; que produjo marinos asombro del universo; cuyos filósofos alcanzaron alta reputacion por su saber; cuyos pintores emularon las glorias de Apéles y de Timántes;

variedad de casos prósperos y adversos, constancia siempre en las desdichas, celo del bien, atrevimiento jamás vencido por los desastres; y en fin, patricios que, igualando las virtudes de los famosos varones de Grecia y Roma, sobre las calamidades de su estado erigieron las fuentes de la felicidad pública.

Desde los antiguos tiempos mostraron los holandeses un amor admirable de independencia, cuando las legiones de Roma se habian enseñoreado del mundo. Tácito decia: «Los bátavos son los mas valerosos de todas estas naciones; tienen poca tierra á la orilla del Rin, pero ocupan una isla que hace el mismo rio. En tiempos pasados eran una parte de los catos, y por cierta revuelta que entre ellos hubo, vinieron á estas tierras para ser sujetos al pueblo romano. Quédales la honra y el testimonio de la confederacion antigua; porque no son molestados con tributos ni alcabalas, y viven exentos de las cargas y subsidios. Solo para servirnos de ellos en las guerras los dejamos reservados, como armas de que nos valemos en las batallas.»

Tal juicio formó de los antiguos holandeses el amigo y consejero del virtuoso emperador Trajano, honra de España. La ferocidad de los bátavos para la guerra fué muy estimada del pueblo romano, señor entonces del mundo.

La seguridad de sus puertos y la inmediacion de Britania atrajo en muchas ocasiones los ejércitos de Roma á sus tierras. Empleados los bátavos en las legiones casi siempre victoriosas, merecieron el nombre de amigos y compañeros de los romanos. Los mismos emperadores, que experimentaron los quilates de su admirable fidelidad, se servian de ellos para la guarda de sus personas.

No pasó mucho tiempo sin que los romanos quisiesen abusar de la bondad de estos pueblos, comenzando á fatigarlos con el peso de muchas vejaciones, contrarias á la fe de los tratados y de la no interrumpida alianza. Por eso los bátavos se vieron constreñidos á remitir á las armas la conservacion de su primera libertad y el quebrantamiento del infame yugo con que osadamente pretendian sus orgullosos amigos afrentarlos.

Ya antes los bátavos que servian en el ejército, acostumbrados á la victoria, tenian por inferiores, así en fuerzas como en práctica de la milicia, á los demás legionarios; al propio tiempo se jactaban públicamente de haber arrebatado á Neron toda Italia y de inclinar la balanza de la guerra al lado en cuyo favor desnudasen los aceros.

De esta arrogancia, ofensiva á los demás soldados de Roma, nacieron muchas contiendas entre estos y los bátavos, comenzadas en celos y en malquerencia, proseguidas por las murmuraciones, los desprecios y las iras, y terminadas lastimosamente en trances de guerras civiles á la vista de enemigos extraños, atentos siempre á las discordias para asegurar por ellas la victoria.

Los bátavos, por desamor con los catos, de quienes eran miembros, tuvieron que abandonar su compañía, obligados por los rigores de las armas. Entonces eran deshabitadas la última region de las Galias y una isla cercada por las aguas

del mar Océano y por el caudaloso Rin. Ocuparon una y otra, y para asegurar mas la usurpacion de aquellas tierras, se confederaron con los romanos. Aunque inferiores en fuerzas á sus nuevos amigos, jamás se humillaron al extremo de hacerse sus tributarios. Tan solo con armas y gente auxiliaban al imperio; y como por su naturaleza eran bravos y feroces para la pelea, se ejercitaron de tal modo en las guerras que tuvo el pueblo romano con los de Germania y de Britania, que su reputacion se extendió con las exageradas noticias de sus triunfos.

Los mas notables de la tierra gobernaban sus cohortes. Su caballería era el terror de los contrarios, y sus sueltos nadadores, que llevaban por el Rin las armas en las bocas y los caballos por las riendas, asombraban á los enemigos.

Julio Paulo y Claudio Civil, de sangre real, aventajaban á los demás bátavos, así por el orígen, como por sus conocimientos en las cosas de la milicia. Fonteyo Capito, habiendo hecho acusar falsamente á Julio Paulo por rebelde al imperio, mandó darle afrentosa muerte, con lástima de los que admiraban su fortaleza y sus virtudes. Claudio Civil se halló á punto de experimentar iguales injusticias, si el acaso no le hubiese conservado para mas altas empresas. Acusado de rebeldía, fué preso y puesto á las órdenes de Neron; pero la muerte previno los intentos de este tirano, y dejó á Civil al arbitrio del emperador Galba. Este, convencido de su inocencia, lo absolvió, restituyéndole además el cargo que gobernaba en la milicia de su patria.

Deseoso de vengar tan repetidas ofensas, juntamente con las que experimentaban sus compatricios por las afrentas de los romanos, resolvió secretamente consigo y con sus mas fieles parciales la manera de restituir á los suyos la libertad por medio de las armas. Astuto como Aníbal y Sertorio (segun Tácito), no quiso aventurar su causa á los riesgos de una celeridad impremeditada, sino esperar la ocasion oportuna que le facilitasen las discordias que enflaquecian el vigor del pueblo romano.

No se engañó su perspicacia, pues pronto las luchas de Vespasiano y Vitelio para enseñorearse de la dignidad imperial le mostraron el camino abierto para la recuperacion de sus libertades y para el logro de sus venganzas.

Jamás el débil se rebela abiertamente contra el poderoso con esperanzas de segura victoria á los ojos de quienes miren sin pasion su temeraria empresa. Por eso Claudio Civil no manifestó su principal objeto. Fingióse amigo de Vespasiano y secuaz ardoroso del bando que sustentaba sus ambiciones. A esto se juntaron cartas que recibió de los mas secretos confidentes de aquel emperador, en las cuales le pedian que, en fe de su parcialidad, detuviese con la ocasion de un tumulto, á las legiones que habia mandado Vitelio dejar los campos de Germania para pasar en su ayuda á las guerras de Italia.

En aquel tiempo, por órden del mismo, levantaban gente en Batavia ciertos ministros codiciosos y ruines. Inquietaban á los viejos y á los mancebos, procurando llevarlos á la guerra : á los unos para que se eximiesen por medio del oro,

procurando en el sosiego el alivio de sus achaques y el fin de sus años, y á los otros para que sirviesen con la bizarría de sus personas á sus vicios. El enojo residia mas vivo que nunca en los pechos de los bátavos, ofendidos con tantas y tan repetidas tiranías. Todos convenian en lo infame de tal yugo, y todos esperaban desahogar sus iras solo de quien los juntase y rigiese para castigar á sus opresores.

Civil, conociendo la oportunidad de los ánimos, y temeroso de perderla con algun impensado accidente, convidó á una fiesta en cierto bosque sagrado á los mas principales de Batavia, tanto por su claro orígen cuanto por la reputacion de que gozaban en el vulgo. Durante la cena prorumpió en loores de sus antepasados y de los que entonces vivian sujetos á la avaricia y ambicion de los romanos, cuando por su valor pudieran gobernarse por sí como pueblos libres; les describió los cuarteles de los enemigos, poblados de viejos y enfermos; gente en su mayor parte inhábil para la pelea, y no usada á los rigores de contrarios esforzados; les pintó los caballos é infantes de Batavia, capaces de romper las legiones de Roma y hacer que la tierra se estremeciese bajo sus plantas; y por último, les persuadió á buscar por las armas la libertad, esperando eficaz auxilio para conseguirla, así de los britanos y los de Germania, como de los galos.

El aplauso de los nobles de Batavia respondió al razonamiento de Civil, y no las reflexiones de ánimos tímidos é indecisos. Terribles juramentos de venganza y de odio eterno á los romanos turbaron los aires del sagrado bosque en donde la cena se celebraba.

La diligencia de Civil no se detuvo un instante solo : para asegurar la empresa envió al punto mensajeros á pueblos cercanos, á las legiones bátavas residentes en Maguncia, y sobre todo, á los caninefates, que habitaban una parte de la isla, y se asemejaban mucho á los de Batavia, ya que no en el número, pues eran inferiores, á lo menos en el valor y en el lenguaje nativo.

El caudillo que eligieron los caninefates, para dar el golpe primero sobre los romanos, fué un hombre audaz que se decia Brinio. Este convocó á los frisones, y denodadamente acometió por la parte del mar á dos cohortes romanas que cerca de sus tierras tenian su alojamiento.

La furia de la no esperada embestida turbó á los romanos. Huyeron, dejando en abandono sus casares y sus ganados. Los prefectos de las cohortes todavía quisieron hacer la única resistencia posible ante la cólera de aquellos bárbaros; y así, dieron fuego á los castillos para que los contrarios no pudiesen enseñorearse seguramente de la tierra.

Las insignias y los soldados, bajo la conducta de Aquilio Primipilar, juntáronse en lo mas alto de la isla, lugar escabroso y apto para una pertinaz defensa.

La gente de Aquilio, aunque bastante en número á merecer el nombre de ejército, era en fuerzas debilísima; pues entre ella á duras penas podrian hallarse soldados prácticos en las cosas de guerra. Los mejores estaban al lado de Vitelio, y los inútiles esparcidos por las campañas de los bátavos y germanos.

En los primeros pasos de esta rebelion, no quiso Civil, astutamente, aparecer como fautor ó cómplice; y así, se quejó á los prefectos por haber entregado á la voracidad de las llamas los castillos con tan poco acuerdo, sin advertir que él, con la cohorte que tenia bajo sus órdenes, hubiera podido enfrenar el tumulto de los caninefates, obligándolos á deponer las armas y castigando su atrevimiento. El propósito de Civil era pelear separadamente con las cohortes romanas, para sujetarlas con mayor presteza y menos riesgo de los suyos. Al principio no conocieron el ánimo de este bátavo los prefectos; pero los germanos, con alardes de guerra y osadía, vinieron á descubrir que Brinio, caminando por órdenes secretas de Civil, habia puesto en aquel estrecho al ejército del imperio.

Depuso Civil el disimulo; y juntando á los caninefates, frisones y bátavos, presentó batalla á los romanos, no muy lejos del Rin, en donde tenian estos sus naves, puestas las proas contra los enemigos, para resistir su feroz acometida. Apenas habian comenzado unos y otros á ejercitar las armas, la cohorte de los tungros abandonó la causa de los romanos, y llevó sus insignias á mezclarlas con las de los contrarios. El espanto se enseñoreó al punto de las huestes imperiales; la traicion enflaqueció las fuerzas de sus cuerpos y de sus almas, y la muerte fué á sus pechos, lo mismo en los aceros de sus adversarios que en los de sus confederados y amigos.

La victoria no se alcanzó solo en la parte de tierra, sino tambien en las naves. La chusma de estas se componia de bátavos, los cuales, seducidos del amor de la libertad, estorbaban con simulada astucia las maniobras de la marinería y la mejor colocacion de los soldados para la defensa, fingiendo poca práctica. Esto hicieron primeramente; pero cuando el triunfo se declaró por los suyos, desvergonzadamente comenzaron á remar al revés, con objeto de acercar las naves á la parte que ocupaban los vencedores, y acabaron su empresa con dar muerte á los maestros de las naves y á los centuriones. De este modo la armada se puso en rebelion, aumentando el crédito de los bátavos con haber rendido por fuerza veinte y cuatro bajeles, pertrechados de bastimentos, armas y máquinas de guerra; útiles mas que nunca en los comienzos de la libertad de un pueblo, hasta entonces injustamente oprimido por poderosos contrarios.

La fama se encargó de propalar en las Galias y en la Germania, así el esfuerzo de los bátavos como los marciales aprestos con que iban á proseguir la lucha. Los germanos, guiados por la admiracion, quisieron ponerse del bando á quien empezaba á ayudar el favor de la fortuna; y por eso no tardaron en enviar embajadores á Batavia ofreciendo socorros.

Civil en tanto determinó atraer tambien á su partido todo el poder de las Galias, empleando para ello artificiosas dádivas, ofrecidas á las cohortes que en la batalla habian sido castigadas con el vencimiento. Los galos, que formaban la mayor parte de ellas, fueron restituidos á su libertad y enviados á su patria con despojos de los romanos, y con inducciones secretas de Civil para que siguiesen

el ejemplo de los bátavos, ligándose con estos á fin de destruir á Italia y aniquilar el nombre de Roma.

Ordeonio Flacco, grande amigo de Vespasiano, creyó que los primeros pasos de la rebelion de Civil eran fingidos, con objeto de detener las cohortes en las tierras de Germania. Pero bien pronto conoció, por las derrotas de las legiones y por la presa de las naves, la no esperada cautela de Civil, y determinó enmendar los daños que su ciega confianza habia ocasionado. Envió á resistir el ímpetu del enemigo al legado Mumio Luperco, que gobernaba dos legiones, para que se enseñorease de la isla de los bátavos, en compañía de los ubios y de la caballería de los treviros.

Civil no mostró turbacion al recibir las nuevas de la aproximacion del ejército; antes bien se rodeó de las insignias de las cohortes vencidas, para alentar á los suyos con el recuerdo de las pasadas victorias, y para poner espanto en los corazones del enemigo. Quiso asegurar el nuevo triunfo, y para ello mandó que las mujeres y pequeños hijos de los bátavos que caminaban en su ejército, se pusiesen á las espaldas de este mientras durase el rigor de la pelea, con el fin de que los incitasen á la victoria con horribles alaridos, ó que les impidiesen el paso para la huida con palabras ignominiosas.

El suceso correspondió á las esperanzas y prevenciones de la astucia de Civil. Los romanos llevaban consigo una legion de bátavos que, con supuesta fidelidad y fingido odio á Claudio, supieron engañar á los enemigos y conseguir que los llevasen á asegurar la victoria de su patria. No bien se juntaron las contrarias huestes, los bátavos, en vez de levantar las armas contra los suyos, abandonaron el campo romano. Los ubios y treviros, que peleaban por fuerza, y por tanto débilmente, espantados de la hazaña de los bátavos y oprimidos por la ferocidad con que estos los embestian por todas partes, buscaron en la huida la salvacion de sus personas ó la libertad de sus cuerpos.

Las legiones de Roma, desamparadas por la traicion de los bátavos y por la infame cobardía de sus auxiliares, retiráronse á sus alojamientos de Vetera, después de haber perdido en la batalla la mayor parte de su caballería, y aumentado el crédito y concepto de los contrarios hasta el punto de que estos se tuviesen ya para lo futuro por hombres á quienes no podia domar todo el imperio de Roma.

En tanto unas cohortes de bátavos y caninefates que caminaban á Roma por órdenes de Vitelio, apenas recibieron aviso de la empresa de Civil, comenzaron á ostentar su soberbia, pidiendo cosas imposibles, para que les sirviesen de pretexto á la rebelion que ya estaba concertada. Exigieron inmediatamente el premio del viaje, paga doblada, y aumento de la caballería; mas aunque consiguieron algo de sus pretensiones y mucho de promesas de las demás, con todo no se sosegaban, pues con solicitar otras nuevas y menos hacederas, facilitaban el color de su rebeldía, sin descubrir la verdadera causa.

La flaqueza de los romanos se manifestó en sus caudillos. Ordeonio, no seguro de los auxiliares de su ejército, por reputarlos personas dispuestas á la infidelidad, y no fiándose de los suyos, por gente novel é imperita en la guerra, se encerró con todos en sus presidios, dejando á las legiones de los bátavos el paso franco cuando estas desembozadamente ostentaron su resolucion de volver á su patria. Mas luego, arrepentido de su falta de energía, y quizá obligado por las amargas quejas de los tribunos y centuriones, que no quisieron pelear con los feroces enemigos, y que afeaban que otros no combatiesen á los rebeldes, mandó á Herennio Galo, legado que guarnecia á Bonna, que saliese á enfrenar la soberbia de aquellos hombres despreciadores de sus mandatos, mientras que él con numerosa hueste les daba alcance para reducirlos á la obediencia.

Esta resolucion no duró mucho tiempo en el ánimo de Ordeonio; y así, deseoso de no aventurarse al trance de una batalla, envió nuevas cartas al Legado para que no arriesgase el ejército con las legiones bátavas, insolentes por las victorias de los suyos, y avalentadas por ser viejas en la milicia.

Herennio Galo quedó suspenso al leer las contrarias órdenes que el miedo habia dictado á Ordeonio, primero por las reprensiones de sus tribunos, y luego por el riesgo de su persona. Pero los bátavos, al llegar cerca de Bonna, enviaron mensajeros al Legado, previniéndole que no querian guerra con el pueblo romano, sino paso libre para gozar en sus casas la quietud y el sosiego de las familias; y que si él les negaba su pretension, estaban resueltos á abrirse camino empleando para ello sus brazos y manos.

Dudoso se hallaba Herennio á vista de tan temerario arrojo, cuando sus soldados, dejándose llevar mas de los brios que de la cordura, lo constriñeron á impedir el paso á los bátavos. Creian que era en su deshonra y vituperio dejar que aquellas gentes audaces conociesen que residia en ellos el menor asomo de flaqueza.

Sucedió en el trance de esta batalla lo que en todas las ocasiones en que no manda el entendimiento, sino la cólera. Tres mil legionarios, cohortes de belgas nada diestros en la pelea, y un villanaje feroz en la acometida y cobarde en la resistencia, salieron de Bonna para someter á los bátavos, pocos en número, comparados con la muchedumbre de sus enemigos. La debilidad del ejército romano se hizo patente en el primer encuentro. Rompiéronlo los bátavos con animosa gallardía, como hombres peritos en la milicia; las cohortes de los belgas con flaqueza mujeril se pusieron en desórden; los villanos buscaron el abrigo en las trincheras; pero los legionarios romanos, que huian de los aceros rebeldes, los atropellaron de tal modo, que muchos perecieron en las aguas de los fosos ó pisados por los fugitivos, después de tropezar en su propio temor y en su deseo de conservar la vida.

Ganado el paso, juntáronse á Civil los bátavos vencedores. Este, á pesar de que tenia en su obediencia tanto número de soldados, no quiso todavía declarar

abiertamente sus propósitos. Por eso tomó á todos juramento en nombre del emperador Vespasiano. Pretendia pelear con la voz de Roma contra la misma Roma, y no tomar el de Batavia, á riesgo de que Batavia pudiese ser fácilmente sujeta: ardid de que ofrecen muchos ejemplos las historias.

Al mismo tiempo envió embajadores á las dos legiones que se habian retirado á los alojamientos de Vetera después de la espantosa rota que sufrieron á manos de los bátavos. Su objeto era que depusiesen el recelo, jurando con ellos á Vespasiano por emperador de Roma, para después cogerlos desapercibidos en las dulzuras de la paz y desarmarlos, con el fin de alejar de sí las sombras de aquel ejército fortalecido tan cerca de su persona.

Conocieron el ardid los romanos, y detrás de las benévolas palabras vieron mal escondidas las amenazas de la guerra. Poseidos de ira, respondieron á Civil que no servian para consejeros hombres traidores y enemigos á Roma; que á Vitelio habian jurado por príncipe, y que por defender su partido mantendrian su fidelidad las espadas, las flechas y las hondas. No solo con tal arrogancia respondieron los romanos, sino que amenazaron á Civil con el castigo digno de sus maldades, luego que las fuerzas del imperio rompiesen las legiones tumultuadas por su ambicion audaz, en oprobio de su patria.

Con semejante respuesta, Civil se determinó mas resueltamente á arrostrar los peligros de la guerra. Obligó á tomar las armas á todos los bátavos que podian empuñar espada, convocó á los pueblos vecinos como auxiliares, y hasta logró que Germania se conmoviese al estrépito de los carros y máquinas militares, y á los alaridos con que, pregonando la guerra sus compatricios, ensordecian los aires.

Los romanos dejaron en suspension el ocio, y dieron principio á fortificar las murallas de sus alojamientos, y á derribar con ímpetu furioso, producido por el miedo antes que por la prudencia, las casas que estaban fabricadas cerca de Vetera, mientras una larga paz habia alejado del cielo de Batavia las nubes de la sospecha y de los rencores.

Ocupados los legionarios en la tarea de demoler los edificios, no les dejó lugar el espanto para llevar á sus trincheras las vituallas necesarias al sustento de muchos hombres en las inquietudes de un largo y porfiado cerco. Mas tarde conocieron su falta de prudencia en la de aquellas cosas que tocaban á la conservacion de las vidas; pero este olvido, en medio de las tribulaciones de asegurar su fortaleza, procedia, aun mas que del presente sobresalto, de la ciega confianza que tenian en su antiguo vigor y fuerzas los romanos: vanidad de vanidades, que hallaba su disculpa en la prepotencia de unos soldados que habian llevado sus águilas vencedoras por todo el mundo.

Civil propuso oprimir á los legionarios en sus alojamientos, para obligarlos á deponer la soberbia: ocupó con poderosas huestes de feroces germanos las orillas del Rin, mientras que los sueltos jinetes corrian la tierra en caballos que al estruendo de las armas relinchaban, ganosos de comenzar la pelea. Las naves

contra la corriente del rio subieron para amedrentar á los que se habian retraido á sus fortificaciones. Ni las escalas pudieron asegurarse en los muros, ni las flechas y piedras herir con grave daño en las legiones atrincheradas; antes bien, la industria de los romanos y el acierto con que asestaban las armas arrojadizas inutilizaban la ferocidad impetuosa de los bátavos y sus auxiliares en los terribles y continuados asaltos.

No queriendo Civil que estas ofensas prosiguiesen en menoscabo de sus tropas, resolvió poner sitio á los alojamientos, conociendo que las fatigas del hambre no podian ser repelidas por los cercados, como las que experimentaban en los asaltos, al amor de sus murallas y torres : victoria que con menos pérdida de sangre se adquiriria dejando al tiempo que abriese las puertas de los enemigos y allanase sus bien defendidas trincheras.

II.

Los legados, al ver que el atrevimiento de los bátavos se acrecentaba con la impunidad, determinaron juntar poderosa hueste para socorrer á los cercados de Vetera. Ordeonio Flacco, en tanto que de las Galias descendia la gente de guerra que habia mandado allegar, puso buen número de soldados bajo la conducta de Dilio Vocula.

Todo se conjuró para meter en riguroso estrecho el ejército de Roma. Faltó el trigo; las Galias negaron tributos y hombres, y hasta el Rin, con una sequedad extraña, pareció evitar que oprimiesen sus aguas los bajeles imperiales. Vocula desmayó á presencia de tantas contradicciones; y así, mientras que su ejército no recibia los necesarios socorros, se acuarteló en un lugar que se apellidaba Geldres. No tenia en ociosidad su gente, antes bien la adiestraba en las cosas de guerra, tanto para las peleas de cuerpo á cuerpo, cuanto para la fábrica de trincheras y otras obras de la milicia.

Civil, conociendo la flaqueza del enemigo y la necesidad de adquirir reputacion, empezó á correr las tierras de sus vecinos que se mantenian fieles al nombre romano. El buen suceso coronó todas sus empresas; de tal forma, que las Germanias, depuesta la incertidumbre, se declararon abiertamente en su favor, teniendo por mas gloria ayudar á los enemigos de Roma en la conquista de su libertad, que no servir con sus armas y gente á los opresores del mundo.

Ordeonio, aterrorizado con las nuevas que en alas del miedo llegaban á sus oidos, aumentando lo horrible de aquella guerra, que comenzó en motin y era ya rebelion descubierta, se sirvió de la astucia para alejar todo género de peligros. Se declaró por Vespasiano, y tomó juramento en su nombre á las legiones. Lo mismo hicieron los acuartelados en Geldres. De esta manera creian que Civil no

tenia pretexto para seguir en armas contra el ejército romano. Pero se engañaron grandemente. Civil manifestó en duras respuestas que ya no peleaba por Vespasiano, sino por la libertad de su patria y por la venganza de las injurias recibidas; y para confirmar con las obras las palabras, acometió de improviso á Vocula, rompiendo su caballería y trincheras, y haciéndose señor de la mayor parte de sus insignias y de casi todos los alojamientos. La victoria hubiera sido la resulta de esta animosa accion, á no llegar impensadamente unas cohortes de gascones, que embistieron con enemigo furor á sus huestes, desbandadas en dar alcance á los contrarios y apoderarse de sus despojos.

El vencido se encontró de repente vencedor, y el vencedor vencido; pero no tan sin provecho, pues todavía pudo llevar consigo los que cautivó al principio de la batalla, juntamente con buen número de trofeos marciales.

No supo Vocula aprovecharse de la no esperada rota de Civil; y en vez de seguirlo, se encerró de nuevo en sus cuarteles de Geldres, desconfiando de la victoria que habia adquirido. De esta guisa pudo Civil fortalecer sus huestes en el descanso y en los reparos, de la contrariedad de la fortuna. Presto volvió en sí del asombro de la imprevista victoria el legado Vocula, y determinó resueltamente exterminar á los bátavos. En nueva batalla, al pié de los muros de Vetera, cayó de su caballo Civil, autorizando la falsa noticia que se esparció por los dos campos con encontrados afectos de temor y de alegría. Pero Vocula, atento siempre á la seguridad de su ejército, ó á alargar la guerra (segun se creyó en Roma), no quiso acabarla en el trance de una batalla. Entró en Vetera, fortaleció sus muros, torres y reparos, preparándolos para nuevo asedio, y sacó para su ejército mil soldados de los mas indómitos que se habian hallado en los alojamientos durante el sitio.

Esta gente feroz, fatigada por el hambre y por la falta de dinero, vivia en sedicion perpetua á vista de los contrarios, y aborreciendo á sus caudillos como autores de la mala gobernacion del ejército y de los insultos que experimentaban por la atroz osadía de los bátavos. Civil, prevaliéndose de este desórden y poco amor y menos fidelidad de los divisos romanos, se apoderó de Geldres, y en varios y prósperos reencuentros desbandó la caballería de los contrarios.

Ordeonio fué muerto por sus mismos soldados, y Vocula tuvo que huir en hábito de esclavo para salvar la vida. Los legionarios atribuian tan repetidos desastres á traicion de los legados, y no al valor de los enemigos; y así, tumultuariamente castigaban el poco esfuerzo propio en las personas de sus caudillos. Mas como la mayor parte del ejército se componia de gentes extrañas, y habia entre estas treviros y lingones que empezaban á manifestar afecto al pueblo bátavo, favorecido por la fortuna, la traicion se fué enseñoreando de las legiones poco á poco. Sosegado el primer tumulto con fingida obediencia, Vocula tornó á los suyos, disimulando las tramas alevosas que conocia por secretos confidentes, y creyendo con vanidad pueril que su cordura bastaba á deshacer la conjuracion de

los soldados : error que acabó con su vida; pues sabiendo que los galos de su ejército se juntaban con Civil, y que en arras de la alianza perpetua iban á entregar su cabeza á los contrarios, trató de darse la muerte; pero impedido por sus libertos y esclavos, la recibió de manos de uno de sus soldados.

Maguncia se rindió á las fuerzas sublevadas. Los de Vetera, fatigados del hambre, pidieron la vida á Civil en cambio de los alojamientos que ofrecian entregar después de una tan porfiada resistencia. Civil empeñó su palabra ; pero los alojamientos fueron reducidos á cenizas, y degollados sus defensores entre las ruinas ó en los campos por las cohortes germanas.

Todo se mostraba favorable á los bátavos, puestos en liga con muchos pueblos poderosos. Claudio Labeo, con desordenadas legiones, pretendió oponerse á Civil en el puente que estaba sobre el rio Mosa. El libertador de su patria no mostró la menor flaqueza ó duda al contemplar la fortaleza del sitio, ocupado de los contrarios; antes bien, poniendo toda su confianza en su atrevimiento, se entró por el escuadron de los tungros, diciendo en alta y temerosa voz : «No hemos dado principio á esta guerra para oprimir los bátavos y los treviros á las demás naciones. Queremos una confederacion de todas contra el pueblo romano; y así, yo me junto á vosotros para que me tengais por caudillo ó por soldado, segun vuestras voluntades.»

Todo el ejército abandonó á Claudio Labeo y abrió el paso á los de Civil, siguiendo desde entonces su partido para que se hiciese dueño de las Germanias. Las nuevas de tantas y tan repetidas desdichas llegaron á Roma, esparciendo el terror, la admiracion y la ira. Al punto fué nombrado para fenecer la guerra y domar las cervices rebeldes con el castigo de los traidores, Petilio Cerial, hombre denodado y de una constancia ejemplar, así en la próspera como en la adversa fortuna.

Las Galias, amadoras de la paz aun mas que de la libertad adquirida por la guerra, al ver las numerosas huestes que se movian para oprimir á sus aliados, presto depusieron las armas ante las buenas razones de los que las querian amigas y no ignoraban las mudanzas que habia en la condicion de sus hijos, instables lo mismo en los males que en los bienes.

Cerial comenzó á recuperar algunas ciudades y á vencer en batallas diversas á los caudillos que Civil tenia esparcidos en las Germanias. Este, al contemplar tales estragos, movió su campo, compuesto de germanos, galos y bátavos, y en una noche dió sobre Cerial con espantoso rebato. Se apoderó de los alojamientos de Tréveris, desbandó la caballería, y ganó la puente de Mosella en el ímpetu feroz con que procuró conquistar á sus enemigos. Pero el valor de Cerial recuperó con los soldados mas animosos la puente, ordenó sus escuadrones en los alojamientos, y pudo al cabo poner en huida las huestes de Civil, hasta entonces vencedoras. Este, con la resta de su ejército, propuso en su ánimo vengar la rota que habia sufrido cuando ya la victoria comenzaba á mostrarse á su partido.

La guerra proseguia en tanto con la mayor furia, aunque con poca ventaja de unos y otros. Si Cerial lograba degollar en los confines agripinenses á una cohorte de Civil, los caninefates acometian la armada romana, se enseñoreaban de la mayor parte de sus bajeles, y arrojaban al fondo de las aguas los que no podian sustentarse sobre ellas, después de la batalla, sin trabajo de los nuevos poseedores.

Civil, rehecho de las pérdidas de gente que tuvo en la de Tréveris, acampó cerca de Vetera, lugar defendido de pantanos y de las aguas del Rin, prontas á inundar la tierra así que el estorbo de los diques les dejase el camino abierto. Aquí Cerial, no práctico en la aspereza del sitio, determinó que sus huestes viesen el semblante de los contrarios; pero los suyos, fatigados con el peso de las armas, en lugares pantanosos y ya inundados por las corrientes del Rin, que desataron sobre ellos los bátavos, no podian pelear apenas con los ligeros contrarios, sueltos nadadores y experimentados en los peligros.

Dividieron las nocturnas sombras á ambos ejércitos, esperando en la luz del nuevo dia hallar, el uno el complemento de su victoria, y el otro la venganza de las injurias. No bien el sol se mostró en el horizonte, prosiguió la pelea, siendo igual en adversa á los romanos; pero unas cohortes que en su socorro vinieron, y la delacion de un bátavo, enemigo y traidor á los suyos cuanto podia ser, descubrió á Cerial una pequeña senda, escondida á sus ojos, por donde con seguro pié caminaron las legiones al encuentro de las tropas de Civil. Estas, con el impensado acometimiento, no tuvieron espacio bastante á unirse en un solo cuerpo, y se vieron constreñidas á abandonar á los romanos la campaña. La caballería de Cerial pudo fenecer en aquel dia la guerra, á no haber bajado la noche en socorro de los bátavos, y una espantosa lluvia, acompañada de hórridos truenos, que atemorizaban á los mas feroces.

Civil, contrastado por superiores fuerzas, no rindió el ánimo al temor; y así, pidiendo á los pueblos auxiliares mas gente, buscó en la isla de Batavia la seguridad de los suyos y el mayor riesgo para los contrarios. Presto vengó las pasadas rotas, cogiéndolos de improviso en cierta noche en que Cerial, ausente de su campo, buscaba consuelo de las fatigas de la guerra en los amores de una jóven, ubia de nacion. En tanto que el general romano en el regazo de su amada descansaba, sin temer la furia de sus enemigos, estos entraron en sus cuarteles, degollaron á muchos romanos, y se apoderaron de las naves, llevándolas consigo para aumentar sus fuerzas marítimas y para mostrarlas como testigos de sus victorias.

Cerial, ardiendo en ira por vengar el último desastre, penetró en la isla de los bátavos; y aunque mandó saquear y meter á hierro y fuego muchas heredades, sin embargo, prevenido de su prudencia, dispuso que las de Civil fuesen respetadas, queriendo de este modo atraerlo á su devocion por medio de la cortesía, y por el estrago que debia ocasionar á las personas y haberes de los bátavos en las refriegas.

En tanto convidaba secretamente á los pueblos con la paz, y á Civil con el perdon, en nombre del pueblo romano: modo de terminar la guerra con decoro para su patria, y sin que la sangre, el fuego y la rapiña arrebatasen las vidas y las haciendas de los suyos y de los que con él peleaban como auxiliares.

Los bátavos no oyeron con desden las proposiciones de Cerial, pues el horror de la lucha no les habia traido mas ventajas que pérdidas y ruinas. Civil, conociendo el ánimo de sus compatricios, quiso anticiparse á sus deseos, para manifestarse superior á los bátavos, así en resolucion como en prudencia. Pidió á Cerial que le señalase un sitio donde pudiesen ambos tratar de las cosas de la paz, y el caudillo romano no tardó en facilitar los medios de que las deseadas vistas se celebrasen para bien de unos y otros pueblos. Mandó cortar el puente del rio Wael, para que desde las dos orillas pudiesen hablar los capitanes en nombre de sus ejércitos.

Las resultas de estas vistas correspondieron á los deseos de entrambos caudillos. La paz hizo florecer la oliva en Batavia, y Civil recibió, bajo el título de perdon, las dignidades con que el Imperio le manifestó el respeto que siempre se atraen, aun de sus enemigos, cuantos tienen la gloria de pelear animosamente por la independencia de su patria.

Desde ese tiempo los bátavos merecieron el nombre, no de compañeros, sino de hermanos y amigos del pueblo conquistador del universo.

III.

Después de los romanos dominaron á Batavia los daneses y los normandos, hasta que Pepino le dió las leyes de la monarquía francesa.

Poco importa en verdad á la Europa moderna la suerte de Batavia durante los tiempos de la edad media, pues no estuvo ligada á la fundacion ni á la ruina de poderosos reinos y naciones. Por tanto, esta parte de nuestro trabajo será tan breve cuanto baste á la remota curiosidad de los lectores, asemejándose á los léjos de las pinturas.

Teodorico de Aquitania, segun la opinion mas aprobada, recibió de Cárlos el Calvo, emperador y rey de Francia, la investidura de conde de Holanda, y entró con poderosa hueste en tierra de frisones el año de 863 para reprimir la insolencia con que solian maltratar á sus súbditos. Estos, cansados de las delicias de una paz, después de la victoria de Teodorico contra los de Frisa, le arrebataron la dignidad, y con ella le hubieran arrebatado tambien la vida á no buscar abrigo entre los extraños. El Emperador lo favoreció con buen número de tropas, y Teodorico volvió las armas hácia Holanda para castigar á los fautores de la conspiracion, en pos de domar las cervices rebeldes.

Cuarenta años gobernó á Holanda, dejándola en herencia á su hijo Teodorico II, cuyas empresas estuvieron reducidas á estragar en el rigor de la guerra el país de Frisa, cuando sus habitantes se atrevian á negarle la obediencia. Su sucesor Arnulfo en el espacio de cinco años rigió tambien la Holanda, ejercitando las armas contra los frisones.

Teodorico III logró apoderarse de la persona del obispo de Utrecht, cabeza de las conjuras y de la perpetua rebelion de los de Frisa, y lo retuvo en sí algun tiempo, hasta que el prelado se obligó con juramento y buenos rehenes á mantener en quieta paz aquellos estados. La Frisa oriental quedó bajo el yugo de Holanda, teniendo por señor á Florencio, hijo de Teodorico. Este, después de visitar el sepulcro de Cristo en Jerusalen, feneció en Holanda, muy amado de los suyos y temido de los contrarios.

Teodorico, cuarto de este nombre, no pudo conservarse mucho tiempo en la dignidad que heredó de sus progenitores. Habiendo cometido en Lieja un feroz homicidio en la persona de uno de los magnates de Holanda, los demás, ganosos de vengar la injuria hecha á toda la nobleza, se levantaron contra su señor con tal ímpetu, que este se vió constreñido á apelar á la guerra para la seguridad de su vida y su corona. En el cerco de Dortdrecht mostró su coraje contra los rebeldes, desposeyéndolos de la villa resueltamente, y echando de sus muros al arzobispo de Colonia, caudillo de los conjurados. Pero en fe de la victoria adquirida, y en muestra de su ánimo, paseó por las calles con poco acompañamiento y aplauso. Uno de los enemigos, que permanecia oculto por no haber hallado el campo abierto á la huida, ó por estar resuelto á la ejecucion de la venganza de los nobles, disparó una flecha con tal acierto, que pasó rápidamente el pecho del Príncipe, arrebatándole la dignidad y la existencia.

Su hermano Florencio, señor de Frisa, se declaró conde de Holanda, y prosiguió la guerra contra el arzobispo de Colonia, el obispo de Lieja y el conde de Lovaina, parte con deseos de la paz, y parte anhelando el castigo de la alevosa muerte de Teodorico. Venció junto á Dortdrecht á los contrarios, y tornó á desbaratarlos cerca de la aldea de Hemest y entre las corrientes de los rios Wael y Mosa. Confiado Florencio en la victoria, después de seguir obstinada y desbandadamente sus tropas á los enemigos, fatigado de los ardores del sol y del camino, se retrajo con pocos de los suyos bajo las sombras de unos sauces. En este tiempo el conde de Lovaina topó en la huida con muchos soldados que venian de refresco en su socorro, aunque tarde para el primer trance de la batalla, oportunamente para la recuperacion de lo perdido. Revolvió con estas nuevas tropas sobre Florencio; el cual, no pudiendo allegar sus huestes, derramadas por la campaña con el cebo de las presas, se vió oprimido, y no obstante que fué buen caballero en la pelea, pereció con mas de dos mil de los holandeses en el no esperado insulto de sus audaces contrarios.

Los demás de Holanda que permanecieron fieles á su conde aun después de

su muerte, se juntaron en uno, y con encarnizado furor dieron tal rebato en Dortdrecht á los vencedores, que así los caudillos como el menor soldado murieron en general degüello.

Gertrudis de Sajonia, viuda de Florencio, casó con Roberto el Frison, conservando la tutela de sus hijos y el gobierno de Holanda. Godofredo, duque de Lotharingia, incitado por el obispo de Utrecht, y asistido del favor de sus parciales, entró en tierras de Holanda. Desbandó las tropas de Roberto el Frison de tal guisa, que desde el primer encuentro mostraron su nulidad para oponerse al ímpetu de los poderosos enemigos. Huyó el Frison con su esposa y los hijos de Florencio á otros países, llevando tras sí el recuerdo de su vergonzosa rota junto á la villa de Leyden.

Godofredo gobernó con gran prudencia sus estados hasta que Roberto logró que un asesino le diese traidora muerte. Aunque dejó un hijo de su mismo nombre (famoso por ser el conquistador primero del sepulcro de Cristo), Teodorico, con el auxilio de su padrastro Roberto (conde ya de Flándes), se enseñoreó de una buena parte de Holanda, metida bajo su obediencia, ya por la voluntad, ya por el rigor de las armas. El obispo de Utrecht, constante enemigo del linaje de Teodorico, murió á los principios de esta empresa; de modo que Conrado, de la casa de Suecia, que por concesion del Emperador gozaba el señorío de Holanda, se halló desnudo del favor y consejo de un baron de tanto crédito en la tierra y tan constante en sus resoluciones. Peleó Teodorico V hasta derrotar á sus émulos, consiguiendo al fin la paz en un gobierno que duró quince años y acabó con su vida en 1091. Florencio II, mas dado á las devociones que á la milicia, tuvo el regimiento de Holanda durante treinta y un años. Su hijo Teodorico VI no gozó en paz sus estados. El obispo de Utrecht desbarató sus tropas en abierta rebelion, á cuyas nuevas el Conde movió contra la villa sus poderosas huestes, deseoso de venganza. Heriberto el obispo, vestido de sus insignias pontificales y asistido de toda su clerecía, salió de Utrecht para enfrenar con su presencia las iras del ejército y castigar con los terribles anatemas de la Iglesia la audacia de Teodorico. Este, asombrado con las excomuniones, depuso las armas, pidió de rodillas perdon, y habiendo sido absuelto, levantó el sitio de Utrecht y volvió á su corte.

Después de su muerte gobernaron á Holanda Florencio III, Teodorico VII y la condesa Ada, sin que en sus hechos se encuentre mas digno de memoria que pequeñas guerras con los de Frisa. Guillermo, primero del nombre, hubo grandes disturbios con el obispo de Utrecht, que llevaron las cosas al extremo de buscar en las armas la resolucion y el castigo de injurias recibidas de una y otra parte. La paz siguió á esta lucha civil, teniendo que pagar al Obispo mil talentos el conde de Holanda por lo que sus tropas habian estragado en las tierras de Utrecht. En este tiempo, muerto el rey de Escocia, creyó Guillermo que le pertenecia de derecho la sucesion en aquella corona. Levantó gente de guer-

ra, y pasó el mar con numerosa armada. Habiéndose enseñoreado de muchas villas y ciudades de Escocia, recibió nuevas de que el conde de Loss trataba de aprovecharse de sus ausencias para usurparle el condado de Holanda. No queriendo perder Guillermo por lo dudoso lo cierto, tomó la vuelta de Holanda, y con pocas diligencias deshizo fácilmente la tempestad que amenazaba destruir su poderío. Murió el año de 1223.

Florencio IV, su hijo, esposo de Matilde, cuyo padre era duque en Brabante, alcanzó alta fama de valor entre los mas animosos de aquella edad de hierro. Esta reputacion fué causa de su fin temprano y lastimoso. La condesa de Clairmont, sabedora de su esfuerzo, deseó que su marido lo convidase á un solemne torneo, esperando de sus brios que no desdeñarian el llamamiento. Sucedió lo que esperaba la Condesa. Florencio se puso en camino para tornear gallardamente, en espera del premio de la victoria; pero la Condesa con sus alabanzas encendió de tal manera los celos en el alma de su esposo, que este, creyendo ver su deshonra en la vida de Florencio, mandó arrebatársela horriblemente. El cadáver de este príncipe fué llevado á Holanda, donde recibió honrosa sepultura en Rinsburg.

Guillermo II, su heredero, recibió á la edad de veinte años la investidura de rey de romanos. Mantuvo guerras con los flamencos, que deseaban apoderarse de Zeelanda; y sus aguerridos soldados, después de maltratarlos en una muy cruel batalla, cautivaron á los que en el ardor de la pelea pudieron conservar las vidas. Generoso Guillermo con los vencidos, no solo les dió la libertad, sino tambien con que cubriesen su desnudez para tornar con decoro á sus patrias.

Florencio V, para perpetuar las paces con los flamencos, casó con Beatriz de Flándes. En los dias de su vejez, guiado por una escandalosa lujuria, corrompió á una dama esposa de un caballero muy principal, que se decia Gerardo de Velsen. Este, ignorante de todo, recibió multitud de honores, con que el Príncipe procuraba halagarlo, persuadido con el vano pensamiento de ocultar tras ellos la deshonra y el vituperio de su nobleza. Avisado por lengua amiga, ó sospechoso de su envilecimiento, convocó á muchos caballeros sus parciales, y con el calor que estos dieron á su empresa, se apoderó de su persona y la encerró en el castillo de Muda. Un ejército de holandeses determinó librar á su señor; pero los enemigos, temerosos de los aparatos de la guerra, facilitaron un caballo á Florencio para la huida. En el camino Gerardo le dió alcance y la muerte con veinte y dos golpes de espada.

De Gerardo se dice que pereció en Leyden á manos del verdugo, en pena del parricidio.

Juan I vivia en Inglaterra cuando su padre Florencio murió tan trágicamente. No bien llegó á sus oidos la nueva de su fin, tomó la via de Holanda, y sosegó no sin trabajo las ambiciones soberbias de algunos magnates, codiciosos del señorío. Rigió en paz sus estados hasta el año de 1299, en que Holanda

dejó de pertenecer á la casa de Aquitania, pasando á enseñorearse de ella la de Hainaut con menos vicisitudes y contradicciones, y por espacio de pocos años.

IV.

Juan, segundo en el nombre entre los condes de Holanda, mantuvo sus estados por espacio de cinco años en las delicias de la paz, tan solo interrumpidas por algunos caballeros malcontentos, que se tumultuaron, juntamente con la plebe, para desposeer de la silla de Utrecht al Obispo su hermano. Pesóles muy de corazon haberse determinado á la empresa, puesto que Juan acudió en socorro del Obispo, y en castigo de la insolencia de los rebeldes; y de tal guisa supo reprimirlos, que ya jamás osaron mover las armas contra su patria.

Guillermo heredó luego la corona, tomando el apellido de Tercero por el nombre, y mereciendo el de *Bueno* por sus virtudes, ejercitadas en pro de sus súbditos. Durante su gobierno, que duró treinta años, administró justicia sin pasion ni odio. Fué bienhechor de Holanda cuando la peste y el hambre conjuradas comenzaron á asolar todas sus tierras. Ayudó á Felipe, rey de Francia, con sus tropas para que las de Flándes fuesen derrotadas.

Su hijo Guillermo IV estuvo en España con poderosas huestes para asistir al rey contra la morisma; y fué tan buen caballero lidiando con los infieles, que adquirió honrosa fama entre los españoles, y mas amor de los suyos: arreciados los holandeses para la pelea en la práctica de las armas, y no trabajados de la guerra, volvieron á su patria con el Conde su señor, y comenzaron el asedio de Utrecht, que estaba en rebelion por los enemigos de Guillermo.

Conociendo estos que no podian en batalla pelear tantos por tantos con los soldados de Guillermo, y que les era impedido, por la falta de fuerzas superiores, de cercar la villa, concertaron entre sí poner sus vidas y haciendas en la generosidad del Conde. Apremiados los rebeldes por las armas y por el hambre, no dudaron en abandonar la audaz pretension de ser en señorío de sí mismos, que no sujetos al yugo ajeno; y así, pasaron por la ignominiosa prueba de presentarse quinientos de sus ciudadanos al Conde con las cabezas descubiertas y con los piés desnudos, y pedir de rodillas el perdon de sus maldades.

No gozó mucho tiempo Guillermo el fruto de sus victorias, pues ganoso de conquistar otras iguales, si no mayores, movió guerra en la Frisa oriental, y acometió con desordenado ímpetu á los enemigos cerca de Staveren. Estos comenzaron á huir, no descaudilladamente, sino muy en órden de batalla. Los de Holanda, convidados de la fácil victoria que creian tener entre las manos, no conocieron por el semblante de los fugitivos el artificio con que obraban, y se der-

ramaron por la campiña, encendidos en la codicia de la presa. Los frisones revolvieron impensadamente sobre ellos, arrebatando en el primer encuentro la vida al mal aventurado Guillermo. La flor de la nobleza de Holanda pereció en el desastre.

Por falta de hijos de Guillermo, recibió en herencia el condado su hermana Margarita Anquiba, esposa del emperador Luis de Baviera, y lo retuvo en sí por espacio de diez años muy cumplidos, hasta el de 1355, segun cuentan las historias. En venganza de la muerte de su hermano, vendió todos los bienes que los de Frisa tenian en Holanda. Mas tarde dió el gobierno á su hijo y heredero Guillermo, con la condicion de que este le entregase anualmente y sin excusacion cierta cantidad de dinero. Mas Guillermo V no pudo gozar en quietud perpetua el señorío de Holanda. Turbado su juicio, mató por su mano á un ilustre caballero holandés, por lo cual sus súbditos lo pusieron bajo el regimiento de un tutor, que fué su hermano Alberto. Por espacio de treinta años, que no menos, tuvo este príncipe la gobernacion de Holanda. Al cabo de ellos, habiendo fenecido Guillermo, heredó la corona, y la poseyó seis años, durante los cuales muchas veces los de Frisa experimentaron los rigores de su ofendida cólera.

Su hijo Guilermo VI rigió trece años á Holanda. Turbaron sus estados las disensiones con el duque de Güeldres, á quien intentó arrebatar el señorío por medio de las armas; pero pronto el odio se trocó en amistad, y las querellas fueron causa de afectos de amor y de firme alianza. Con consentimiento de los nobles, ayuntados por Guillermo, su hija Jacquelina obtuvo la corona después de su muerte.

Esta señora ocasionó muchas y largas guerras civiles en todo el territorio de Holanda; pues habiendo casado con su primo hermano Antonio, duque de Brabante, sin permision de Roma, y estando la causa ante el Papa en espera de sentencia, no quiso separarse de su marido.

En tanto su primo Felipe de Borgoña, hijo del duque Juan y de Margarita de Baviera, andaba sin declararse en demanda del señorío holandés, llamado del poderoso bando de los nobles, que odiaban la desordenada lujuria y el ruin modo de gobierno que tenia la Condesa, segun decian. Florencio de Kyfhoeck, que seguia el partido de Jacquelina, se enseñoreó de la villa de Schoonhoven. Los mas animosos enemigos se encerraron en el castillo, pero el hambre se encargó de domeñar sus brios. Rindióse la guarnicion, quedando en prisiones su capitan Arnulfo Beyling. Pidió este la libertad sobre su palabra por un solo mes para visitar á ciertos de sus amigos. Concedido el plazo y terminado, tornó al castillo sin temer el horrendo fin que habia ordenado Jacquelina con iras de mujer vengativa. El infeliz Beyling pereció enterrado vivo, dejando á los pueblos, con el horror de la crueldad que habia experimentado, el encargo de solicitar de las armas la venganza.

Jacquelina por un secreto aviso supo que el duque de Borgoña, favorecido de

los rebeldes y del de Brabante, su esposo y mayor contrario, trataba de usurparle la corona. Poseida del miedo, despachó á Holanda un mensajero para que dos de los nobles la sacasen del peligro. Con efecto, asistida del favor de sus confidentes, salió de Gante en hábito varonil, y en buenos caballos que corrian á toda furia se puso el mismo dia de su huida dentro de los muros de Anvers. De esta villa salió con los vestidos de mujer ordinaria, y en un carro tomó la vuelta de Bredá.

Al fin llegó á Holanda, donde recibió el aplauso de condesa, y dió poderes á sus mas fieles parciales para levantar la gente de guerra que se necesitase, con el fin de contener las iras del enemigo. El duque de Borgoña, sabedor de la huida de Jacquelina, mandó aparejar en las villas que estaban sobre los mares de Flándes poderosa armada. Con ella pasó á Holanda, declarándose en favor suyo las villas de Dortdrecht, Leyden, Harlem, Delft, Haya, Roterdam, Amsterdam, con otros lugares.

Inglaterra ayudaba á Jacquelina, cuya mano creia poseer el duque de Glocester, en fe de que el Papa daria por nulo el casamiento de aquella señora con el de Brabante. Engañáronse los que tal creyeron, pues la sentencia fué favorable á este; de manera que el duque de Glocester abandonó la causa de Jacquelina, después de haber perdido vanamente bajeles y soldados en sus empresas contra Felipe.

La Condesa no desmayó al ver la retirada de los ingleses; antes bien cobrando ánimo, juntó su ejército y puso cerco á la villa de Harlem, que al fin hubo de levantar con pérdida de su gente, no sin abrasar los villajes cercanos y ofender á los de Leyden, que acudieron en socorro de los cercados.

Esto acontecia corriendo el año de 1426, cuando mas se enconaban las cosas de Holanda por la muerte del de Brabante, que odiaba á Jacquelina, su consorte, y habia cedido el gobierno al duque de Borgoña.

Después de una guerra civil, en que Jacquelina mostró un ánimo superior á lo que podia esperarse de la flaqueza mujeril, murió esta señora en la Haya el año de 1436. Dejó en la quieta posesion de sus estados al mas fuerte enemigo que combatió en vida, asistiendo por su persona á los ejércitos de Holanda en un ligero caballo, y con armas iguales á las que usaban los nobles de su campo. Desde este tiempo quedaron unidos los condados de Holanda y Flándes.

Cárlos el Belicoso entró á gozar los dominios paternos el año de 1467. Sus pasos en Holanda no fueron tan notables, cuanto sus empresas militares en mucha parte de Europa, y sus discordias con Luis XI de Francia. Educado en las historias de Grecia y Roma, y encendido en deseos de imitar las glorias de Alejandro, César y su padre Felipe el Bueno, eligió para empresa de sus armas este lema: *Antes muerto que vencido.*

Alteró á los de Utrecht, exigiéndoles la restitucion de lo que habia entre aquella villa y el Goiglant, con los réditos de las tierras; pues, segun decia, de todo

era señor, como conde de Holanda. Mas no murió desamado de los suyos : sus altos hechos de armas y caballería le granjearon el título de *Invencible*, y con él la reverencia de los mortales, que en el siglo xv ponian todo bien en el valor y en la fortaleza del ánimo.

En esta edad era grande la poblacion de Holanda y Flandés, así por su comercio, como por las gentes que de otras naciones se avencidaron en aquellos países, convidadas de grandes privilegios. Los bosques por la industria de los flamencos y holandeses se vieron desmontados, secos los lugares pantanosos, y convertidos en tierras aptas para que la agricultura las fecundase; y por último, retiradas las aguas del mar airado, y contenidas con el freno de potentes diques para que no revolviesen sobre las arenas que los hombres conquistaban, talándolas y metiéndolas de nuevo bajo su antiguo señorío.

El amor de la libertad, cuando comenzó en Inglaterra, no pudo menos de encender tambien los corazones de los de Holanda; y aunque hasta principios del siglo xiii no adquirieron sus villas derechos municipales, casi cincuenta años después que las del Brabante y Flándes, no se mostraron indignos de ellos sus nobles y laboriosos ciudadanos.

Las leyes, agradecidas á la constancia de los labradores, que conservaban el suelo patrio, oponiendo firme resistencia á las embravecidas ondas del tempestuoso Océano, vedaban á la nobleza y al clero extender sus fueros en daño de los defensores de Holanda. Por eso no podian ser oprimidos con tributos los que se dedicaban á la labranza y á las artes mecánicas, si no precedia el consentimiento de los estados generales de todas las provincias.

Cuando murió Carlos de Borgoña en Nancy, los Países-Bajos tenian la tutela de su hija y heredera María, condesa de Charollois. Los Estados, juntos en Lovaina, y atentos al bien público, gobernaban en nombre de esta señora y recibian en audiencias á los embajadores extraños.

El emperador de Austria Fernando deseaba á María para desposarla con su hijo Maximiliano, y Luis XI de Francia para Cárlos el Delfin ; el cual tenia grandes ventajas para triunfar en la competencia, pues aquella señora lo amaba. Los Estados se mantenian dudosos en la eleccion, cuando la desordenada codicia de Luis XI desbarató la parte favorable que tenia en los Países-Bajos. Sin declaracion de guerra, los ejércitos del Rey entraron hostilmente en Artois, enseñoreándose de Arras y esparciendo el terror con tan improvisa acometida. Sucedió, depuesto el espanto primero, que todos conocieron el propósito de Luis, que no era otro sino conquistar, con nombre de pretender un casamiento para su hijo, los estados de Holanda y Flándes, arrebatar á estos sus privilegios, y contarlos desde luego como partes de la monarquía francesa.

Deseosos los nobles de conservar sus libertades, ignoraban qué hacer en caso tan arduo, cuando Mme. de Meguen, aya de la princesa María, dijo resueltamente á los Estados que su señora deberia casarse con un hombre, y no con un

niño (aludiendo en este á la persona del Delfin, cuyos años eran pocos). Animados con estas palabras, decidieron la cuestion los nobles, ofreciendo la mano de María á Maximiliano, hijo primogénito del emperador de Austria.

La cólera de Luis XI, al ver burladas sus ambiciones con la alianza de los Países-Bajos y la casa de Austria, se mostró en el territorio de Artois, donde las armas francesas por medio del hierro y el fuego llevaron la muerte y la desolacion á sus enemigos. Tambien quisieron los de Francia oprimir á los holandeses por mar; pero las naves de estos, tripuladas por gente de Amsterdam, desbarataron la armada del rey Luis, consiguiendo en la batalla la presa de algunas, notables por lo grande de los cascos y por estar ocupadas de buen número de contrarios.

María, después de gobernar sus estados con la mayor felicidad y justicia, murió lastimosamente de resultas de la caida de un caballo, andando en los divertimientos de la caza, el año de 1487.

Maximiliano obtuvo la tutela de sus dos hijos Felipe y Margarita, por consentimiento de los Estados generales. Mas tarde los electores de Alemania le dieron el imperio.

V.

Felipe de Austria, hijo del Emperador, mereció de los Países-Bajos el mismo sobrenombre que Tito, *Delicias del género humano*, así por su belleza como por la afabilidad de su condicion. Casóse en su temprana juventud con la princesa D.ª Juana, hija y heredera de los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel, señores de Aragon y Castilla, Sicilia y Nápoles, con las tierras del Nuevo-Mundo recien descubiertas.

No gozó de la vida por espacio de mucho tiempo el conde de Holanda. Enemigo de su suegro, cuando este, por muerte de su consorte, tuvo que abandonar á Castilla y retirarse á sus estados de Aragon, entró en la gobernacion de los pueblos castellanos. Educado en doctrinas humanitarias, recibió con ánimo piadoso las quejas de los que padecian bajo el yugo de los ministros del santo oficio de la Inquisicion, y suspendió las facultades jurídicas al arzobispo de Sevilla y á los del consejo de este prelado.

Este rey llevaba camino de abolir el tribunal de la Fe, cuando la muerte previno sus intentos á los pocos meses de su reinado y en la primavera de su vida. Los parciales de la Inquisicion atribuyeron (segun Zurita) su temprano fin á castigo del cielo; nosotros lo atribuirémos mas bien á la venganza de los hombres.

Su hijo y heredero Cárlos, Primero en España y Quinto en Alemania, obtuvo la corona imperial por muerte de su abuelo Maximiliano y determinacion de los

electores. Los Países-Bajos, luego que Cárlos I se coronó rey de España, se alegraron al ver la nueva dignidad de su conde, imaginando que esta monarquía pasaba á ellos, y que ellos iban á ser sus verdaderos señores. Mas esta vana presuncion les duró poco tiempo. Luego que Felipe II estableció su corte en España, comenzó á tener á los flamencos y holandeses por extranjeros, en vez de súbditos naturales. Mas adelante se verán á Flándes y Holanda consideradas como colonias españolas, del mismo modo que Holanda y Flándes consideraron á España como colonia flamenca y holandesa. Así se engañan los pueblos, y así tambien juzgan del tiempo futuro, segun los halagos que muestra á sus imaginaciones el presente.

Adriano de Utrecht, preceptor de Cárlos V, á las órdenes de Guillermo de Croy, señor de Chievres, tuvo por encargo del Soberano la regencia de España con el cardenal Fr. Francisco Jimenez de Cisneros; mas su autoridad era nula, pues el odio contra un gobernador extranjero habia ensañado á los nobles y á la plebe, así en la corona de Aragon como en la de Castilla. Las cortes de Valencia, convocadas por Cárlos V, no quisieron juntarse bajo la presidencia de Adriano.

Cárlos, con la codicia del imperio aleman, salió de España, dejando por gobernadores á flamencos y holandeses. Los grandes, los hidalgos y los plebeyos se pusieron en abierta rebelion en muchas partes, no queriendo tolerar por mas tiempo el infame yugo extranjero. Sobre muchas villas rebeladas cayeron grandes tribulaciones: sus naturales pelearon con valor; pero estrechados con riguroso cerco y con superiores fuerzas, y viéndose en hora de morir, perdieron los corazones, y se entregaron á la clemencia del Monarca. Vencidos y quebrantados malamente en la batalla de Villalar, pereció á manos del verdugo el caudillo de la liga santa de los pueblos, el ilustre caballero D. Juan de Padilla, á quien llamó con justas causas Marchena *el último de los españoles* en el siglo de Cárlos V.

Por espacio de algunos meses quedó el pueblo español en las ondas de la muerte, á presencia de sangrientas ejecuciones con nombres de castigos y con hechos de venganza. Al fin Cárlos publicó un perdon general para todos aquellos que habian empuñado lanza y espada contra los gobernadores extranjeros. Para no aventurarse á los peligros de otra rebelion fué quitando del gobierno á los flamencos y holandeses, y desde entonces no pensó mas que en convertir á España en colonia del imperio aleman. Durante su larga vida solo se acordaba de los españoles para sacarles gente y dineros con que sustentar las guerras movidas por su ambicion en Europa, Asia y Africa, con el fin de defenderse ó sujetar las tierras del Papa, el Gran Turco, el rey Francisco I y los príncipes alemanes adictos á la reforma proclamada por Lutero.

No cumple á nuestro propósito narrar todos los hechos y todas las memorables empresas de Cárlos, pues pediria larga escritura; trabajo inútil, cuando tantas historias ofrecen á la curiosidad lo que no pudiéramos referir en breves rasgos dignamente. Baste saber que Holanda hasta mediados del siglo XVI permane-

ció por sí oscurecida como nacion, pues siendo un estado pequeño, y formando parte del patrimonio de un monarca como Cárlos V, señor de tantos y tan grandes dominios, mal podia atraer la atencion del mundo, cuando lo demás de Europa gemia bajo el peso de las armas y ejércitos del rey Francisco de Francia, el Gran Turco y el emperador de Alemania, y cuando el estampido del cañon no resonaba en los pantanos holandeses.

Las armas de Francisco I invadieron el condado de Flándes en tres ocasiones; pero ahora no es de este lugar la memoria de los sucesos de Bélgica, cuando no tienen la menor relacion con la parte de Holanda.

La reforma de Lutero habia penetrado entre los holandeses. Desiderio Erasmo, natural de Rotterdam, varon de singular doctrina y exquisito discernimiento, precedió á aquel heresiarca en combatir los vicios del clero del siglo XVI. Tambien los tiros de su vigorosa elocuencia se encaminaron contra los teólogos escolásticos, que en sus vanas sutilezas confundian la verdad entre las sombras de la mentira. Lutero, incitado por la lectura de las obras de Erasmo, dió un paso mas, y con sus iracundas declamaciones intentó derribar, no solo lo que el erudito holandés habia ridiculizado, sino tambien otras cosas que hasta entonces habian sido respetadas.

No tenia Erasmo el valor de Lutero; y por eso, aunque quizá opinara como el fraile aleman en todo, no pudo menos de manifestarse censor suyo algunas veces. «Lutero (decia Erasmo á un su amigo) nos ha dado una saludable doctrina y excelentes consejos; mas yo quisiera que su obra no hubiese sido destruida por errores indignos de perdon. Pero yo, aun cuando nada hallase en sus escritos reprensible, jamás me encontré dispuesto á morir en defensa de la verdad. No poseen todos los mortales el valor que se necesita para el martirio; y así, confieso que si me pusieran á prueba, de seguro imitara el ejemplo de S. Pedro.»

Esta irresolucion de Erasmo le perjudicó en su vida, pues los católicos lo tenian por protestante, y los protestantes por católico, segun él mismo decia en otra carta á otro de sus amigos.

Sin embargo, los papas Leon X, Adriano VI y Clemente VII, conocedores de la sabiduría de Erasmo y de su sinceridad de vida, lo estimaron en mucho. Cárlos V fué tambien uno de sus protectores. Los cardenales Cisneros, Campeggio, Sion y Gatinara, el arzobispo de Sevilla é inquisidor general D. Alonso Manrique, el de Toledo D. Alonso Fonseca, y buen número de literatos españoles, así eclesiásticos como seglares, admiraban su ingenio, y seguian su doctrina, por creerla conforme á la religion católica.

No le sirvieron con todo esto sus virtudes y su discernimiento para no experimentar las persecuciones que en aquella edad tumultuosa afligian siempre á los sabios que en sus escritos se apartaban de la senda trillada por los doctores escolásticos. Si Tácito, el amigo de Trajano, escribia, para elogio de este emperador, que era rara la felicidad de los tiempos en que cada uno podia pensar lo que

queria y decir lo que pensaba, el célebre español Juan Luis Vives, para describir el siglo de Cárlos V, exclamaba : « Estamos en tiempos tan calamitosos, que no podemos hablar ni callar sin peligro. »

En Francia, España, Italia y Alemania se desataron como torrentes impetuosos las iras de los teólogos escolásticos contra Erasmo. No hubo calumnia que no se ejercitase para infamar al filósofo holandés. La inquisicion de España, fatigada con el excesivo número de delaciones de los libros de Erasmo, y con noticias de las sangrientas disputas que tenian entre sí los hombres de letras, así en los claustros como en las universidades, formó una junta compuesta de varones sabios, para que diesen su dictámen. Pero después de dos meses de continuas sesiones, en que las contiendas eran terribles, ya por los que favorecian el partido de Erasmo, ya por los que consideraban réprobas sus doctrinas, conoció el Inquisidor General la malicia en las defensas y en las contradicciones, y tuvo por bien dejar en el silencio si los libros del sabio holandés eran de sana ó perversa doctrina.

En España tenia Erasmo buenos valedores, pues los sabios de Europa estaban muy ligados entonces por los vínculos de la mas estrecha amistad, en tanto que los monarcas contendian entre sí para la posesion del mundo. Tomás Moore, el ilustre canciller de Enrique VIII de Inglaterra, y Desiderio Erasmo se correspondian por medio de cartas con el gran doctor español Juan de Vergara, canónigo de Toledo, y hombre que habia logrado juntar cerca de su persona algunos varones sapientísimos. Animaba á estos, unas veces desde Inglaterra y otras desde Flándes, el español Juan Luis Vives, precursor de Bacon de Verulamio en combatir el escolasticismo, catedrático de la universidad de Oxford, uno de los maestros de María, hija de Enrique VIII, y sugeto que mereció la honra de que este rey acudiese á escuchar sus lecciones.

Holanda é Inglaterra adquirieron en Europa mas pronto la libertad política que las demás naciones. Es cierto que á sus grandes hombres de estado habia precedido uno en cada una de ellas, indicando la senda de la felicidad pública, en el siglo xvi. El holandés Erasmo, en su *Elogio de la locura* (*Encomium moriæ*), manifestó todas las flaquezas de los mortales, así en la vida privada como en la pública. El inglés Tomás More ó Moro, en su libro de *La nueva isla de Utopia* (*De optimo reipublicæ statu, deque nova insula Utopia*), pintó una república tal como deberia ser, llena de virtudes. Así, el uno mostrando el mal estado de la sociedad humana, y el otro el camino de la perfeccion, hicieron un gran servicio á sus patrias.

El libro del *Elogio de la locura*, adornado con las pinturas del famoso artista Holbein, corrió por Europa, así en lengua latina como en lengua francesa, con el mayor aplauso. Gabriel Pascoli quiso imitar este libro en su *Pazzesca pazzia de gl' hüomini e donne di corte innamorati* (Venecia, 1592), y Marcel, en su *Sage folie, fontaine d'allegresse, mère de plaisir et reyne des belles humeurs* (Leon de Francia, 1649).

Las doctrinas de Lutero se derramaron en este tiempo por Holanda de tal manera, que los nobles y los plebeyos se jactaban públicamente de seguirlas, sin temor de los jueces católicos, pues las ocupaciones militares de Cárlos V y la tutelar regencia de aquellos estados no podian enfrenar, como en otras partes, el vuelo de la reforma. Por eso en los Países-Bajos y en la Westfalia las nuevas doctrinas hallaron tal acogimiento, que muchos de sus sectarios pasaron el último punto de la extravagancia humana, y con el nombre de *anabaptistas* defendian la opinion de que el bautismo deberia administrarse solo á las personas adultas; que eran inútiles los magistrados, pues los que se gobernaban por el espíritu divino del Evangelio no podian tolerar una usurpacion sobre su libertad de pensamiento y conciencia; que todas las categorías sociales, así las del nacimiento como las de fortuna, estaban en contradiccion con la ley divina, que ve iguales á todos los hombres; que los cristianos necesitaban hacer comunidad de bienes y morar juntos en igualdad perfecta, como miembros de una sola familia; y por último, que, no habiendo señalado el Nuevo Testamento con qué número de mujeres seria lícito á cada hombre desposarse, tenian los cristianos el derecho de elegir las que quisiesen, á semejanza de los patriarcas antiguos.

Estas doctrinas, que tocaban en los límites de la mas escandalosa demencia, fueron propagadas por sus sectarios. Dos anabaptistas holandeses, famosos por el ardor con que defendieron sus extravagancias, Juan Matías, panadero en Harlem, y Juan Boccold ó Beukels, sastre en Leyden, mudaron de domicilio, y eligieron para avecindarse la ciudad imperial de Munster, teatro que fué de sus hazañas y errores, como se verá en el capítulo siguiente.

VI.

Amsterdam habia sido el teatro de las primeras predicaciones de Matías el Panadero. Este fanático logró juntar una numerosa asamblea de anabaptistas; se hizo llamar Moisés por sus secuaces, y envió doce de sus discípulos con nombre de apóstoles á propagar su doctrina por toda la tierra. Se daba este demente la autoridad de varon enviado de Dios para establecer una nueva Jerusalen, que habia de durar firme como las rocas del tempestuoso Océano, combatidas inútilmente por las soberbias aguas. Juan de Leyden en 1534 se agregó al bando de Matías, y quedó reconocido como caudillo de los anabaptistas.

Cuando Matías y Juan pasaron á la ciudad de Munster consiguieron atraer á su partido á Rothman, varon docto, y á algunos ciudadanos de mucho crédito, así por sus virtudes como por lo noble de sus cunas. Deseosos de que su doctrina tuviese mas autoridad, determinaron enseñorearse de Munster por medio de la

violencia, si bien contando con el favor de la plebe alemana, fácil en aquel siglo á seguir las opiniones religiosas mas distantes del catolicismo.

Los anabaptistas, espada en mano, y con altas y temerosas voces, que decian á los contrarios : «Arrepentíos y bautizáos, ó si no, huid, impíos,» se enseñorearon del palacio del Senado, del arsenal, y de los edificios mas aptos por su fortaleza para servir de reparos á los enemigos. Con el ímpetu de la feroz acometida cayó desmayo y temor en los corazones de la gente honrada de Munster. Abandonaron muchos sus haberes á la codicia de aquellos fanáticos, para salvar las vidas en tan amargo trance.

Dueños de la ciudad los anabaptistas, mandó Matías quemar todos los libros, menos la Biblia, como llenos de vanidad y de impiedades, y como inútiles, si no perniciosos, para los buenos cristianos. Los templos fueron entrados á saco por la turba frenética ; los bienes de los que buscaron en la huida la salvacion ó la libertad, confiscados. Todos los anabaptistas comian juntos en largas mesas, y habian establecido la igualdad que el filósofo griego Feleas intentó poner en su patria.

En tanto, el obispo de Munster, como regidor de la ciudad, juntó poderoso ejército, y tomó la vuelta de sus muros, para asaltarlos si antes no se allanaban los ánimos de los rebeldes. Pero estos con feroz denuedo arrollaron los escuadrones del Obispo, haciendo en ellos horrible carnicería. Ricos con los despojos y ufanos con la victoria, entraron en Munster los anabaptistas.

La fanática demencia de Matías excedió los límites de cuanto puede imaginarse. Persuadido de que el poder de Dios habia ayudado su brazo en la pelea, y que estuvieron los ángeles asistiéndole como á profeta, quiso imitar á Gedeon cuando este caudillo aniquiló con pocos de los suyos á un enjambre de impíos. Treinta anabaptistas, ciegos con las palabras exhortatorias de Matías, corrieron en pos de su Moisés á precipitarse en las puntas de las lanzas de los soldados del Obispo. Todos, con su capitan, perecieron, derramando el terror en las almas de los que creian á Matías enviado de Dios para fundar en Munster la moderna Jerusalen.

Juan, al saber el trágico fin de su amigo y compañero, no perdió el corazon; antes bien creció en brios y soberbia, dirigiendo sus ambiciones á mas altos objetos. Prosiguió en predicar sus doctrinas, dióse tambien la autoridad de profeta, y anunció á la plebe acontecimientos extraños.

Un dia se presentó en las calles desnudo enteramente de sus ropas, aunque ya lo estaba de temor y de vergüenza, y anunció que el reino de Sion era cercano. Dispuso, en cumplimiento de sus profecías, que se arrasasen inmediatamente las iglesias. El supremo magistrado de Munster, furioso anabaptista, fué depuesto de su dignidad y obligado á ejercer el cargo de verdugo. Desde luego, de administrador de la justicia, se convirtió en instrumento de ella, sin poner el mas pequeño obstáculo, y dando muestras de alegría por los favores que le dispensaba

el eterno Padre. Al recordar estos hechos de los anabaptistas holandeses y alemanes se comprende cuán acertado anduvo Erasmo al escribir en aquel siglo de tales furores el *Elogio de la locura*.

Cansado de tener Juan de Leyden la autoridad de legislador de su pueblo, como Moisés, aspiró á coronarse rey en Munster. Sus predicadores anunciaron á los anabaptistas la voluntad de Juan con nombre de mandamiento de Dios, y estos ciñeron las sienes de su caudillo con una corona de oro, en señal de su nuevo estado. El Rey aceptó la dignidad, fingiendo obediencia á los decretos divinos, que le daban el imperio de la Jerusalen moderna, y desde entonces se presentó siempre al pueblo con aparatos reales, y asistido de numerosa guarda, así de gentes de á pié como de á caballo.

Cuando cabalgaba por las calles de Munster, dos gallardos mancebos iban delante de su persona llevando uno el antiguo testamento en la derecha mano, y otro una espada. Todos los que al ver al Monarca no se ponian de rodillas ó no acataban prestamente sus órdenes, eran castigados sin dilacion ni misericordia con la pena de muerte.

Dió á sus secuaces *la libertad* que llamaba *cristiana* para casarse con cuantas mujeres quisiesen, y él mismo la autorizó con su ejemplo eligiendo para esposas á catorce, pero reservando solo los honores de reina para la viuda de Matías.

Los príncipes del imperio, al saber tales escándalos, determinaron favorecer con armas, gente y dinero al obispo de Munster; el cual con pocas tropas asediaba la ciudad débilmente. Pronto, con los nuevos socorros de tropas granadas, apretó con estrecho cerco á los anabaptistas, prefiriendo encerrarlos como fieras para enflaquecerlos por medio del hambre y las fatigas de la milicia en nocturnos rebatos, que rendirlos con escalar los muros de la ciudad peleando cuerpo á cuerpo. Aquellos fanáticos, menospreciadores de la vida, y persuadidos de que el Dios de los ejércitos con la espada de su ira seria con ellos en la hora de la pelea, no podian constreñirse por fuerza á deponer las armas sin gran daño de los que pretendiesen domarlos. Algunas bandas pequeñas de holandeses que acudian en socorro suyo, atraidas por el deseo de defender á la nueva Sion y al rey electo por la voluntad divina, tuvieron que huir á sus tierras, después de haber visto en los pechos de muchos de sus compañeros las puntas de las espadas alemanas, mientras en las manos de los soldados del Obispo estaban las empuñaduras. Cerrado el paso á los anabaptistas de Holanda, los de Munster quedaron reducidos á sus propias fuerzas. Oprimidos por el hambre y las fatigas del asedio, todavía porfiaban en la defensa y en esperar del cielo milagros que aniquilasen á sus feroces enemigos.

Una mujer quiso imitar el ejemplo de Judit cuando esta matrona hebrea salvó de los marciales horrores la ciudad de Betulia con la muerte de Holofémes; pero el suceso no respondió á las esperanzas de los anabaptistas. La moderna Judit no pudo llegar á la tienda del obispo de Munster. Descubierta su intencion,

apenas puso el pié en el campo de los cercadores, fué castigada cruelmente, sin que sus labios en las primicias del dolor rompiesen en una sola queja, y sin que el menor lamento anunciase á los cercados el malogro de su temeraria empresa.

No se estremecieron los de Munster luego que el rigoroso asedio les permitió saber la noticia del trágico fin de su compañera; antes bien, puesta en ruido la ciudad, atribuyeron el hecho á voluntad de Dios, que queria salvarlos por diverso camino. Pero el miedo de la muerte y el cansancio de las fatigas derribaron la entereza del ánimo de uno de los anabaptistas, y fugitivo de Munster, penetró en el campo contrario, ofreciendo descubrir un lugar flaco en los muros, así por la materia como por la guarda que asistia en su defensa, por donde con poco riesgo de las personas se podia dar el asalto fácil y seguramente. Fiado el Obispo en la sinceridad de aquel hombre, puso bajo su guia buen número de soldados escogidos para que en las nocturnas sombras escalasen el cerrado muro, allanando las puertas de la ciudad á lo restante del ejército.

Todo se puso en ejecucion segun las ordenanzas del prelado de Munster. Los muros fueron escalados silenciosamente; sus defensores osaron empuñar las armas solo para morir, y las puertas de la ciudad, facilitadas á los cercadores, negaron la huida á los anabaptistas. Estos, sobrecogidos del terror, todavía pugnaron por defenderse en espera de la ayuda del cielo; pero opresos por las superiores fuerzas de los enemigos, unos perdieron infructuosamente las vidas en obstinada resistencia, y otros la libertad para sufrir luego el castigo de sus enormes delitos.

Juan de Leyden, preso en la refriega, fué llevado de ciudad en ciudad en cadenas como espectáculo horrible para los pueblos. Un año después de su coronacion pereció en medio de los mas espantosos suplicios en Munster, teatro de sus grandezas y de sus maldades, á la edad de veinte y seis años. El autor de aquellas revueltas, que amenazaban trastornar el mundo, no descaeció de ánimo durante el tiempo que, á semejanza de una fiera enjaulada, recorrió algunas ciudades de Alemania. Tampoco los tormentos derribaron la fortaleza de su espíritu, grande para los bienes de fortuna como para las adversidades. ¡Lástima que un hombre de tal esfuerzo y resolucion se emplease, no en bien de su patria y sus hermanos, sino en sembrar doctrinas que tanta sangre esparcieron en la asombrada tierra!

Munster quedó vacía de pueblo y bañada en lágrimas por espacio de muchos años, cayendo en sus pocos moradores tal quebranto con el recuerdo de sus desdichas, que todo era dolor, todo confusion y todo perenne tristeza.

Los muchos sectarios que habian permanecido en Holanda y Flándes abandonaron las doctrinas feroces de Juan de Leyden; se convirtieron en hombres nada arteros y revoltosos, proclamaron la guerra como el mayor de los crímenes, y el ejercicio de cargos civiles como otro de los tales: con la práctica de las virtudes, con la modestia y la templanza, quisieron borrar de la memoria de las gentes los execrables delitos de los primeros anabaptistas.

VII.

Cárlos V renunció en su hijo Felipe II los estados de Flándes y Holanda, como es sabido. Cuando este rey dejó los Países-Bajos para tomar la vuelta de España, encomendó el gobierno de estas provincias, debajo de las órdenes de la duquesa de Parma, á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador y general de los condados de Holanda y Zeelanda; á Lamoral de Egmont, gobernador y general del condado de Flándes y Artois; á Felipe de Montmorency, conde de Horne, capitan de la guardia de los archeros del Rey; á Juan de Bergnes, marqués de Bergnes, gentilhombre de la cámara; á Antonio de Lalain, conde de Hoochstrate; á Guillermo Van-Berghe, conde de Berghe; á Enrique de Brederode, señor de Vianen; á Flores de Montmorency, señor de Montigny y gobernador de Tournay, y á otros varones no menos insignes por la nobleza de su linaje que por el valor mostrado en cosas de guerra. Casi todos eran protestantes, aunque en sus acciones exteriores mostraban lo contrario. En ausencia del Rey no se oponian á que cada cual guardase en su pecho la religion que quisiera, ni menos trabajaban en castigar á los que públicamente se decian enemigos de la fe católica. Al propio tiempo no podian tolerar que el cardenal Grandvelle, valido de Margarita, duquesa de Parma, afligiese con persecuciones de todo género á los naturales de aquellas tierras; á lo cual se juntaban las diligencias que se hacian con el propósito de introducir el santo oficio de la Inquisicion, cuando estaban los pueblos acostumbrados á la libertad de conciencia.

Escribieron á Felipe, el año del 1559, Egmont, el príncipe de Orange y Montigny, representándole cuán necesario era, para la conservacion de aquellos países en la fidelidad de su conde, que se ausentase el cardenal Grandvelle, por el odio que contra sí habia conjurado en los ánimos de la nobleza y de la plebe. La respuesta de Felipe no tardó mucho tiempo, reducida á que, pues tantos males sufrian sus vasallos por la privanza de aquel hombre y por las tiranías que en el gobierno se guardaban, viniese uno de ellos á la corte para informarle de los remedios que serian mas aceptos en caso tan grave y urgente.

Nombraron los quejosos para este cargo al de Egmont, por la reputacion que tenia en Europa y cerca del rey de España, desde que con su denuedo é inteligencia ganó la famosa batalla de San Quintin. Era el conde de Egmont apuesto de cuerpo y de costumbres, lozano de corazon, de gran sentido, bien probado en armas, pero nada práctico en las cosas del mundo que pedian cautela; muy amado de los suyos, porque fácilmente enamoraba con las palabras y acciones; confiado en sus merecimientos, y persuadido de que la dignidad adquirida por su nobleza y hazañas de la mas alta caballería bastaba á enfrenar las iras de sus émulos, habia puesto en olvido que la virtud poca paz tiene con la fortuna;

servidor de los buenos, ganaba amigos, para que estos, por ser suyos, lo fuesen tambien de su patria en la hora de recuperar sus libertades; varon, en fin, que haciendo honras y mercedes, parecia recibirlas en vez de darlas.

No se apresuró mucho Egmont en tomar el camino de España; antes bien lo difirió por tantos meses, que el rey Felipe, teniendo noticia de que los desórdenes en los Países-Bajos crecian por minutos, y que la dilacion en atajarlos podria venir al cabo en su ruina, escribió al Conde, manifestándole cuán vivas ansias cercaban su corazon por saber hasta qué términos eran llegados los negocios, y por hablar con él como testigo de todo, y hombre de tanta verdad y experiencia en el regimiento de los Estados. Leyó la carta de Felipe á sus amigos y parciales el conde de Egmont, quienes le aconsejaron que, pues tan buena y favorable ocasion se presentaba para remediar las tiranías y afrentas ejecutadas y por ejecutar en sus personas y haberes, tomase la vuelta de España, donde con su destreza política podria inclinar el entendimiento de Felipe al bien de aquellos países y á la libertad de conciencia.

Vino al fin el de Egmont á la corte, en nombre de los Estados, y fué muy bien recibido por Felipe II. En diferentes ocasiones hablaron de los daños que, por el gobierno desacertado de Grandvelle, amenazaban destruir los Países-Bajos: pintó el Conde la necesidad urgente de que el Rey, posponiendo otros asuntos, fuese en persona á ver por sí propio el extremo á que habian llegado las cosas, y tambien lo perjudicial de no conceder la libertad de sus conciencias á tantos hombres; pues hacerlos entrar en la religion católica seria caso, ya que no imposible, al menos orígen de la perdicion y ruina de tierras tan poderosas.

Felipe no dió benévolos oidos á estas palabras; y aunque antes, lo mismo que entonces, trató con gran afecto y mayor cortesía al conde de Egmont, al cabo le mostró su ninguna voluntad de dar lo que los Estados tan vivamente solicitaban.

Mientras residió en la corte el conde de Egmont, tuvo ocasion de hablar al príncipe D. Cárlos, hijo primogénito de Felipe II, y logró encender en el ánimo de este mancebo vivísimos deseos de aliviar la opresion que los flamencos y holandeses padecian; para ello le describió con colores retóricos la infelicidad de aquellos pueblos. Desde entonces quedaron Cárlos y Egmont en corresponderse por cartas, pues á este fué preciso volver á Flándes, para dar razon del desabrimiento con que el Rey miraba el odio de aquellas gentes á la Sede Apostólica.

Felipe II se habia propuesto abatir el orgullo de los Países-Bajos, é igualarlos en leyes á la nacion española, creyendo fácil unir con lazos estrechos lo que la naturaleza tenia separado. Su primer deseo para lograr tal designio fué introducir la Inquisicion. Con ella pretendia aniquilar las doctrinas de la reforma entre los flamencos y holandeses, y debilitarlos, con el fin de que mas tarde perdiesen todas sus franquicias, sin tener brazos para la defensa, labios para la queja y hierros para la venganza.

Juntáronse mas de doscientos nobles conjurados en las casas que el conde de

Kulenborch tenia en Bruselas, y presididos por el señor de Brederode y Luis de Nassou, salieron en pacífica procesion por las calles de la villa, de dos en dos, hasta llegar al palacio de Margarita de Parma; la cual, espantada de aquel extraño espectáculo, no se halló con fuerzas bastantes para negar la audiencia que solicitaban los defensores de la causa pública en Holanda y Flándes. Presentó Brederode un largo memorial de agravios, así en nombre de los caballeros que con él estaban, como de muchos ausentes.

La Princesa contestó con afables razones, dictadas mas por el asombro que por la sinceridad, dejando entrever la esperanza de que se guardaria justicia y que el Santo Oficio seria abolido en los Países-Bajos.

Juntos de nuevo en las casas de Kulenborch los nobles conjurados, Brederode hizo notar á todos que el conde de Barlaymont, que asistia con sus consejos á Margarita de Parma, al verlos entrar en la sala de audiencia, habia dicho á la Gobernadora en voz baja, pero no tanto que no pudiese llegar á sus oidos: *Madame, ce ne sont que de geux:* «Señora, estos no son otra cosa que mendigos.»

Ofendidos de las palabras de Barlaymont, determinaron los nobles tomar el título de mendigos, y desde ese dia se llaman *geux* ó *gheusios* los conjurados, á semejanza de los hugonotes en Francia.

Vistiéronse muchos de ellos con trajes de color ceniciento, poniendo cosidas en las gorras escudillas ó pequeñas copas de madera, afectando la costumbre de los mendigos. Al cuello solian llevar una medalla de oro, plata ó cera con la efigie del rey Felipe II, y una inscripcion que decia: *Fidels au Roy jusques á la besace.* «Fieles al Rey hasta la talega.»

Derramáronse por los Países-Bajos los cabezas de aquella conjura, con el fin de alentar á los demás nobles que se mantenian indecisos, y poner brios á la muchedumbre para la recuperacion de sus libertades. El príncipe de Orange en tanto, con el mas grande disimulo, daba calor á la empresa, sin declararse abiertamente por la causa de sus compatricios; antes bien mostraba afecto al rey Felipe y se fingia parcial ardiente de sus disposiciones en presencia de la Gobernadora y de sus áulicos.

Dos caballeros de la órden del Toison de Oro, el marqués de Berghen y el señor de Montigny, fueron nombrados para tomar el camino de España y tener vistas con el Rey, para describirle el estado calamitoso de los Países, y cuán á punto de guerra se hallaba si no se desistia del propósito de arreglar los negocios de religion por la via del Santo Oficio.

Recibió Felipe á los embajadores; pero pronto les dió á entender que su ánimo no se alteraba por la pintura de tales desórdenes y riesgos; y aparentando descuido, tenia trabada en su pecho otra guerra mas cruel de temores y de dudas: porque, no calmar por su persona las llagas que sus ministros habian abierto en el corazon de flamencos y holandeses, parecia abandonarlas á otras mas rigurosas y terribles; y resolverse á dejar á España sin saber qué partido abrazar con el

príncipe D. Cárlos, era, para socorrer á los miembros, poner en aventura la cabeza de la monarquía. Los daños que pudieran caer sobre aquellos solo lastimarian á pocos, en tanto que el riesgo de esta seria mayor y de mas graves consecuencias para todos los reinos y señoríos de España. Llevar Felipe en su compañía á Cárlos, cuando todos lo señalaban como fautor (en parte) de las alteraciones de Flándes, y (en general) quien les daba calor y ayuda con manifestar deseos de poner remedio á sus desdichas, tal vez ocasionaria mas peligros; pues estando en medio de los rebeldes la persona de quien esperaban todo género de venturas, ¿qué fuerzas atajarian las aguas del torrente, desencadenadas con la tempestad que bramaba para aumentarle la vida, el ímpetu y la soberbia?

Estas dudas turbaron por mucho tiempo el alma de Felipe II; mas al fin determinó este rey que en una consulta de varones doctos y experimentados en las materias políticas se tratase libremente si convenia ó no su ida á Flándes, para luego, con vista de los varios pareceres, resolver lo mas ajustado á la razon y á la priesa que aquellas civiles disensiones daban á cada hora. Asistió Felipe á la consulta, á la cual entraron el duque de Alba, Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli; el duque de Feria, Juan Manrique de Lara, prior de Leon; Antonio Perez, y otros muchos políticos de los mas expertos que entonces habia. Sola una voz se levantó para probar que D. Cárlos únicamente podria serenar los tumultos de Flándes. Juan Manrique de Lara, hombre notable por su extremada sagacidad, puso el ejemplo de Tiberio César, que solia refrenar las inquietudes de las provincias y las guerras extrañas con sus hijos. Pero Ruy Gomez de Silva cortó la plática, haciendo prevalecer la opinion de que la presencia del Rey ó D. Cárlos no era útil en tales circunstancias, porque el peligro no habia llegado á punto de necesitar ese último remedio. Felipe manifestó entonces su resolucion de pasar á Flándes, pero difiriendo su partida para tiempo mas oportuno, porque queria que un capitan práctico en cosas de guerra allanase antes con las armas los estorbos que así lo exigiesen, para entrar en sus estados con el decoro que á su dignidad era debido. Nombró al duque de Alba para la empresa de domar á los rebeldes, desvaneciendo de este modo las esperanzas de su hijo y los esfuerzos de Juan Manrique de Lara en servicio de los deseos de Cárlos.

Las resultas de este consejo no pudieron ser mas terribles para España, Holanda, Flándes y demás países sujetos á las guerras que siguieron; porque Felipe, ciego con el parecer de sus ministros, no habia hecho la consideracion de que el fuego de la herejía y del odio á su gobierno estaba encendido por los príncipes sus enemigos, con el fin de distraer sus cuidados y sus ejércitos, para de este modo debilitarlos, y alcanzar facilísima victoria. No eran solamente los flamencos y holandeses quienes pugnaban por la libertad de sus conciencias, sino en figura de ellos, Francia, Inglaterra y Escocia, los protestantes de Alemania y los rebeldes de Italia: enemigos todos del poder de la casa de Austria, y especialmente de Felipe II, constante defensor de la Sede Apostólica.

VIII.

El duque de Alba, educado en la marcial escuela de Cárlos V, á quien acompañó en las guerras de Alemania, Italia y Francia, era de gran corazon y buen caballero probado. Los ajenos peligros lo hacian apercibido y sabio en las lides. Nunca fué hombre que mas venciese en batallas campales. Habiendo peleado por su rey en el espacio de sesenta años con contrarios diversos, jamás perdió el corazon y la victoria; jamás se dejó acometer improvisadamente de sus enemigos, pues con su pericia militar los acechaba de continuo; jamás pudieron prevenirse sus intentos cuando se disponia á desapoderar de castillos y villas á los émulos de la corona de España. Aunque atrevido y esforzado en armas, faltábale la prudencia en las cosas de la gobernacion de los estados, y ser tan medido en las palabras y acciones como convenia á tal príncipe; usado desde los dias de su juventud á oprimir con las fuerzas de los ejércitos que caminaban bajo su conducta, á pontífices, á reyes y á magnates puestos en ojeriza contra el monarca español, ó rebeldes á sus mandatos y consejos, su pragmática era *todo por la violencia, nada por el cortés artificio;* la voluntad del Rey su amo, lo que cambiaba sus afectos y virtudes ya de odio en amor, ya de amor en odio, ya de lozanía de corazon en mansedumbre. Engañado por sus brios belicosos, queria tratar las cosas de paz por los medios de las de guerra, y á la severidad de la milicia acomodar el gobierno de las ciudades; varon, en fin, digno de ocupar un puesto eminente en el templo de la fama, si sus marciales trofeos no hubieran sido mancillados con las feroces ejecuciones de los Países-Bajos, y si su crédito, como animoso y prudente capitan, se hubiera encerrado solo en el órden de los ejércitos, y en las resoluciones adoptadas en presencia de los semblantes enemigos, sin entrar en la gobernacion de estados que pedian una perezosa y larga calma por el buen consejo; no el encender mas las iras y los furores de gentes que peleaban por su libertad y por sus leyes.

Comenzó á gobernar los estados de Flándes y Holanda el Duque con el propósito de poner graves penas á los fautores de los pasados tumultos y disensiones. Privó de la libertad á los condes de Egmont y de Horne, que acudieron á su llamamiento muy ajenos del trágico fin que les preparaba, y en fe de los muchos y buenos servicios prestados á la corona de España. El príncipe de Orange, varon tan notable por su sagacidad, antevió la borrasca, observando las negras nubes que empezaban á oscurecer el cielo; y así, obró como práctico piloto en ponerse al abrigo de un puerto, no sin haber dicho á Egmont: «Esa clemencia del rey, que tanto engrandeceis, os ha de destruir, y segun me pronostica el corazon, vos seréis la puente por la cual harán su paso los españoles para Flándes.»

El cardenal Grandvelle, que conocia mucho el humor de la tierra, al saber las nuevas de la inopinada prision de los condes y de la huida del príncipe de Orange, dijo, segun es fama: «No estando el Príncipe en la red, nada ha cazado el duque de Alba.»

En tanto el baron de Montigny y el marqués de Berghen, emisarios de los flamencos y holandeses cerca de la persona del rey de España, querian volver á sus estados; pero Felipe II les vedó salir de la corte, contra las leyes de los Países-Bajos, que no permitian la detencion de sus embajadores en casos semejantes.

El Marqués murió, no sin sospechas de veneno, y el baron de Montigny, deseoso del bien de su patria, comunicó en varias ocasiones secretamente con el príncipe D. Cárlos, hasta que logró resolverlo á tomar el camino de Flándes para ponerse en el gobierno de aquellos países.

Descubiertos los tratos, Cárlos y Montigny fueron presos, el uno en el alcázar real de Madrid, y el otro en el de Segovia.

Los historiadores pagados por la corona de España se encargaron de propalar que Cárlos estaba demente, y que en prueba de ello, tomaba, hallándose enfermo de calenturas, grandes cantidades de agua con nieve, y regaba con ella los colchones de su lecho. Pero callaron los cronistas por adulacion, y repitieron los modernos por ignorancia que los autores médicos de aquel siglo (entre ellos el célebre Monardes Franco y García Carrero) aconsejaban el uso de la nieve como bebida para los calenturientos, y el regar con ella los colchones para dormir plácidamente en tiempo del ardoroso estío. Así se juzga de las acciones de los hombres.

El conde Egmont, el príncipe de Orange y Montigny, que, unos por cartas y otros por trato, conocian á Cárlos, lo apreciaban en mucho; y con el crédito que estos señores dieron al Príncipe en Flándes y Holanda, los literatos flamencos y holandeses derramaron sobre su tumba las flores de la elocuencia en alabanza de su ingenio y sus virtudes.

Cloppenburch, en su *Espejo de la cruel y horrible tiranía española, perpetrada en los Países-Bajos por el tirano duque de Alba*, libro publicado en Amsterdam en legua francesa, decia del príncipe D. Cárlos: «Este jóven estaba muy animado del celo de nuestra patria, la cual deseaba tenerlo por su príncipe; pero los enemigos impidieron que tal sol derramase sus rayos sobre un país tan floreciente en poder y nobleza. Cuando lo mataron tenia veinte y dos años. Era generoso de entendimiento, liberal, diligente en los estudios... Estaba muy aplicado á las materias de estado, y deseaba venir á los Países-Bajos con permiso de su padre; mas los áulicos decian que su venida seria orígen de grandes males... Que él comunicó todas estas cosas con el marqués de Berghen y Montigny, y que *por tanto no estaba muy adherido á la religion católica.*»

El Príncipe murió en la prision, dejando tras sí la fama, así entre los españoles de su siglo como entre los extraños, de que su muerte fué obra de la violen-

cia. Muchos han querido hallar en su epitafio, por el célebre Fr. Luis de Leon, una prueba de que este ingenio atribuia á Felipe II el temprano fin de su hijo primogénito. Nosotros creemos que en una elegía del mismo autor sobre igual asunto señala mas claramente lo que se desea encontrar por los historiógrafos.

Ilustre y alto mozo,
A quien el cielo dió tan corta vida,
Que apenas fué sentida :
. . . .
No temas que la muerte
Vaya de tus despojos victoriosa ;
Antes irá *medrosa*
De tu espíritu fuerte :
Las *ínclitas hazañas* que emprendieras,
Los *triunfos que emprendieras*;
Y vió *que á no perderte se perdia*,
Y así, *el mismo temor le dió osadía.*

Claro es que á la muerte no pueden convenir las razones de Fr. Luis de Leon, sino á Felipe II, que *si no perdia á su hijo, se perdia.*

Montigny fué secretamente degollado en la fortaleza de Segovia poco después del fallecimiento del príncipe D. Cárlos. En tanto el duque de Alba prendió á muchos caballeros holandeses y flamencos. Los condes de Egmont y de Horne, degollados en Bruselas, manifestaron que no se procedia ya por medio de las leyes, sino por la voluntad del Soberano. No podian los Condes, como caballeros del Toison de Oro, ser juzgados sino por sus compañeros, segun los privilegios de la órden.

A estas sangrientas ejecuciones siguieron otras no menos espantosas en Rotterdam, en Malines, en la Haye y en otras villas. Los mismos católicos en Flándes, adictos al rey de España, se horrorizaron al presenciar los atroces castigos del duque de Alba ; y conociendo cuánto crecia la indignacion popular y de los amigos y parciales de los nobles perseguidos, no solo manifestaron al Gobernador los torrentes de sangre que iban á inundar los Países-Bajos, sino que escribieron á Felipe para que concediese un perdon general, único modo de poner término á la cólera de los pueblos. Pero la órden del Rey llegó tarde. La tempestad habia arreciado de tal manera, que no habia fuerzas bastantes á defender las playas contra las olas de un mar alterado.

Los parciales de la violencia dirigian sus cartas á España, muy confiados en el buen suceso de las ejecuciones de los Condes.

« Querian tanto al de Egmont (dice el autor de una de ellas), que se asegura que si á dinero hubieran de rescatar su vida, se hallara por ella mas de un millon. Ha sido cosa que ha puesto gran temor y espanto á esta gente, y están tan reducidos, que no hay quien diga *esta boca es mia.* »

Así se lisonjeaban los que aplaudian el rigor del Duque, sin conocer que á unos pueblos tan apartados de nosotros, así por tierras extrañas, y aun enemigas entonces, como por las ondas del mar Océano, no podia sujetarse con la misma facilidad que á los naturales del Nuevo-Mundo. Prácticos en la milicia y en la navegacion, y acostumbrados á vivir bajo leyes conformes á los usos de sus padres, no se someterian por la fuerza sino después de pelear como buenos. Los españoles, que se veian con la posesion de tanta parte del mundo, y con el crédito de vencedores, despreciaban á los extranjeros, y tenian por fácil gloria el humillarlos á la voluntad absoluta de su monarca.

El duque de Alba instituyó un consejo para conocer las causas de las rebeliones pasadas, el cual mereció del vulgo el nombre de *Consejo de la Sangre*. Llamó por edictos al príncipe de Orange y á muchos caballeros sus cómplices en el delito de tumultuar los pueblos contra las órdenes del rey de España; y luego que espiró el plazo concedido para la presentacion de todos sin que ninguno osase parecer ante su tribunal, los declaró en contumacia reos de lesa majestad, y procedió á confiscar sus bienes, contra los privilegios de la universidad de Louvain; fué arrebatado Guillermo, el hijo mayor del príncipe de Orange (de edad de trece años), y traido á España.

Su padre no perdió el corazon á vista de tales crueldades; antes bien, convocando á sus hermanos, demás parientes y amigos, determinó responder á los edictos del llamamiento hechos por el duque de Alba, entrando en tierra de Holanda y Flándes con numerosa hueste. Sus hermanos Adolfo y Luis de Nassau derrotaron al conde de Aremberg, gobernador de Frisa, arrebatándole la vida y la victoria, pero no sin que Adolfo comprase esta última al mismo precio que su contrario.

Indignado el duque de Alba, no solo mandó ahorcar á muchos de los españoles que se hallaron en la rota de Aremberg, sino tambien descabezar en Bruselas á diez y nueve caballeros de la tierra.

Todo esto aconteció antes del suplicio de los condes de Egmont y de Horne. Después el Duque salió á campaña, y mas feliz que el de Aremberg, logró desbandar las tropas de su émulo Luis de Nassau.

El príncipe de Orange entró por las tierras de Alemania con veinte y ocho mil hombres, parte de á pié y parte de á caballo, resuelto á vengar las muertes de tantos ciudadanos, y á poner en libertad su patria, castigando las crueldades del duque de Alba. Este, conociendo las dificultades que habria de tener el Príncipe para sustentar por espacio de muchos meses aquel ejército sin mas haberes que los suyos propios y los que pudiera facilitarle su crédito, siguió el ejemplo de Cárlos V cuando este capitan en sus guerras con el duque de Sajonia huia constantemente de presentar batalla á su enemigo, para no aventurar á sí y á los suyos en una pelea dudosa. En varias ocasiones el de Orange provocó al de Alba audazmente, pero sin fruto, porque el gobernador de Felipe queria quebrantar

al caballero rebelde, no por las armas, sino por la falta de bastimentos y pagas á los soldados extraños que componian el nervio de su ejército.

Solo fué inquietado el Príncipe con escaramuzas; y así, con mengua de haberes, y fatigado de los rigores del invierno, abandonó la campaña, volviendo con su hueste á Alemania, y despidiéndola hasta que con mejor fortuna pudiese restaurar lo perdido.

El Duque, orgulloso de su triunfo, mandó erigir en la ciudadela de Anvers (á quien solia llamar *castiga-bellacos*) una estatua de bronce, en la cual estaba representado en el acto de hollar á los magnates, á sus armas y á los libelos que estos habian esparcido contra su persona y la del rey de España.

Acabó de irritar á los flamencos y holandeses con pedirles grandes tributos. Los parciales del de Orange tomaron el nombre de *mendigos de mar*, y comenzaron en bajeles á infestar los mares y á apoderarse de ricas naves españolas, que cargadas de mercaderías y oro de las Indias, facilitaban dinero á los holandeses para la guerra.

El holandés pirata
Gato de nuestra plata,

decia festivamente un ingenio español de aquel siglo.

Holanda y Zeelanda se pusieron en armas contra el duque de Alba, y juntos los Estados, declararon al príncipe de Orange caudillo de la confederacion, disponiendo que sin consentimiento de ellos jamás pudiese tratar paces con el rey de España ni con sus gobernadores.

A vista de tantos desastres promovidos por las imprudentes acciones del duque de Alba, Felipe II le quitó el gobierno de los Países-Bajos, nombrando por su sucesor á D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla. Este caballero mandó derribar la estatua que en la fortaleza de Anvers habia mandado erigir el de Alba, con lo cual ganó algunas voluntades flamencas, que en este acto creyeron ver una patente reprobacion de los hechos de aquel duque. Aunque mas cortés el comendador, no se apartó de los pasos de su predecesor en lo de proseguir la guerra á sangre y fuego contra los rebeldes enseñoreados de Holanda y Zeelanda, pues las órdenes de Felipe II eran en este caso rigorosas.

Requesens envió una escuadra en socorro del bravo capitan Mondragon, que con poca gente y belicosos brios habia defendido á Middelbourg cerca de dos años contra las huestes del príncipe de Orange. Pero los holandeses, poderosos ya por el mar, vencieron las naves españolas, las cuales, en vivas llamas abrasadas, á vista de Requesens, le demostraron la vanidad de su empresa. Middelbourg se rindió á los enemigos, y estos mas tarde perdieron la villa de Zirich-Zee, después de un cerco de nueve meses.

Murió D. Luis de Requesens en Bruselas el año de 1576. En tanto que el rey de España no enviaba su sucesor, el consejo de Estado retuvo en sí la goberna-

cion de los Países. Varios diputados de las ciudades se congregaron en Gante, y resueltos á procurar por todas las vias posibles la paz, señalaron muchas condiciones, entre las cuales estaban la de que habian de salir de Flándes las tropas españolas, y la de que el Príncipe habia de conservar el gobierno en nombre del Monarca.

Aunque D. Juan de Austria, nuevo gobernador por el rey Felipe II, firmó la paz de Gante, el Príncipe la rehusó audazmente, creyendo ver en ella el principio de una esclavitud odiosa para la patria.

El archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo, acudió al llamamiento de los Estados, con el deseo de coronarse rey en Holanda. Tomó el cargo de gobernador de los rebeldes al monarca español, y prosiguió la guerra, vivamente asistido, no solo de las tropas levantadas en los Países, sino tambien de las que, atraidas por su crédito y codicia de ricas presas en sacos de ciudades enemigas, bajaban de Alemania.

El ejército de los Estados fué vencido por D. Juan de Austria en Gemblours. Este príncipe no se mostró altivo y cruel con los flamencos y holandeses. Se cree que esperaba ganar amigos y reputacion entre unos y otros, con el designio de que lo declarasen rey en contradiccion de su hermano Felipe. Pero la muerte previno sus intentos cuando estaba en la flor de su juventud y con esperanzas de grandes fortunas.

Alejandro Farnese, príncipe de Parma, tomó el gobierno de los Países-Bajos. Valiente capitan, pudo haber vencido á sus contrarios y pacificado la Holanda, pues puso bajo la obediencia de los españoles el Artois, el Hainaut y el Brabante, y cercó con feliz suceso á Anvers, á Iprés, Bruselas, Gante y Malinas; pero cuando en mas estrecho tenia á sus contrarios, se vió constreñido por órdenes de Felipe á abandonar sus victorias en los Países-Bajos, para acudir en socorro de los católicos de Francia con su persona y guerreadoras huestes.

El archiduque Matías contempló con dolor tales desastres, considerando que los Países-Bajos habian declarado á Felipe II, su pariente, por decaido de la corona de aquellas tierras, como violador de sus leyes, y habian ofrecido al duque de Alenzon el gobierno de los Estados. Este, como duque de Brabante, socorrió con tropas francesas á los holandeses, y prosiguió la guerra con poco crédito. Su autoridad era al propio tiempo ninguna, pues el príncipe de Orange mantenia á estos pretendientes del señorío de los Países-Bajos en una tutela, si útil para la causa pública, vergonzosa para estos tiranuelos. Alejandro venció á los franceses del duque de Alenzon en Dunkerke; y este, oprimido del desprecio y odio de los de Holanda, y de la afrenta de los repetidos vencimientos, entre ellos la inútil tentativa de apoderarse de Anvers, que tantas vidas costó á su ejército, abandonó la causa de los Países-Bajos, y murió de dolor en Chateau-Thierry.

Un asesino, pagado, segun se creyó, por la corte de España, disparó con tal

acierto en Delpht una pistola contra el pecho del príncipe de Orange, que le arrebató la vida en su propia casa el dia 10 de junio de 1584.

Fué el príncipe de Orange un ilustre caballero, émulo de los mas virtuosos varones de Grecia y Roma, de gran consejo, muy diestro en guerras, franco en sus dones, artero así en encubrir sus designios como en averiguar los de sus contrarios, de admirable prudencia, y de constancia ejemplar en la adversa fortuna. Jamás mostró la faz terrible y encendida en furor ante los violentos insultos de sus enemigos, ni apacible ante las nuevas de repetidas victorias, porque ni pesares ni alegrías derribaban la igualdad y entereza de su ánimo. No dió alto principio á sus empresas con triunfos militares; pero dejó probado con su ejemplo que contra la inteligencia y la firme voluntad poco vale la desdicha. Gastó en defensa de su patria sus haberes; vió cautivo en tierras de su enemigo el mas poderoso monarca de Europa, á su hijo primogénito, y ni el amor de padre ni el interés pudieron apartarlo de sus intentos. A los que desconfiaban de la salud de la república, hacia crecer los corazones con el recuerdo de los agravios; á los que se mantenian indecisos en la pelea, baldonaba, mostrándoles los cuerpos palpitantes de aquellos que como buenos murieron en defensa de la patria; á los que con peligrosa avaricia retenian en sí las riquezas para no aventurarlas en los dudosos sucesos de la guerra, se presentaba como modelo.

Consiguió que príncipes codiciosos del señorío de Holanda empuñasen armas contra Felipe II. No quiso poner en peligro la autoridad que le daban sus virtudes : por eso se mantuvo ocupando en el nombre el lugar segundo de la república, para que la mengua de los ultrajes de la fortuna cayese sobre el primero ; medio sagaz de conservarse para la patria, necesitada de su prudencia, y jamás usado por hombres ruines y vulgares, atentos solo al logro de sus personales ambiciones.

Igual á Caton de Utica en el amor de la patria, fué mas grande en la constancia. Caton, derramados los ejércitos y deshechas las escuadras que á gran costa habia conseguido allegar contra César, abandonó el dominio del mundo al vencedor, arrebatándose la vida. El príncipe de Orange cuando perdió su primer ejército no abandonó su patria, y huyendo cautelosamente, se conservó para ella.

Constituida ya la república, pereció el Príncipe, pero dejó un heredero de su inteligencia y valor para bien de sus compatricios y para escudo de sus libertades. No se puede decir del de Orange lo que de Caton escribia Séneca : «Ni Caton vivió en muriendo la libertad, ni hubo libertad en muriendo Caton.»

IX.

Muerto desdichadamente el príncipe de Orange, los Estados Generales, creyendo á su patria débil contra las fuerzas y continuas victorias de Alejandro Farnese,

ofrecieron de comun consentimiento las siete provincias unidas al rey Enrique III de Francia; pero este monarca, embarazado con los ejércitos de la Liga, no pudo empeñarse en nuevas empresas. La reina Isabel de Inglaterra, á quien luego acudieron en demanda de socorros, les envió por gobernador al conde de Leicester; el cual, favorecido de algunos pueblos y ministros, tomó sobre sí el peso de la autoridad hasta que Mauricio, el hijo segundo del Príncipe, pudiese seguir el ejemplo de su famoso progenitor en la conservacion de su patria.

La discordia entre los Estados y el Conde se levantó prontamente, pues este caballero fué tan desdichado en sus empresas militares y políticas como el duque de Alenzon. La reina de Inglaterra, deseosa de serenar las disensiones que en Holanda habian nacido entre los del bando de Leicester, que aspiraba á la corona, y entre los amantes de la república, mandó á este que se retirase de las provincias. Juan de Parival, en su ingenioso libro *Les Delices de la Hollande* (Leyde, 1660), decia á este propósito: «En vano las naciones extrañas se proponen usurpar el dominio de estas provincias, donde la autoridad soberana horroriza, y donde no se respira mas que libertad.»

El conde Mauricio fué declarado general de aquellas siete provincias unidas por la liga de Utrecht, en tiempo de su buen padre el príncipe de Orange, solamente para la defension de su independencia; pero conservando cada una de ellas sus antiguas leyes y la facultad de variarlas segun la conveniencia exigiese.

Este gallardo y generoso mancebo, con alientos de Marte, comenzó felizmente la campaña contra el bravo Alejandro, señor de sí en las batallas y práctico en las cosas de guerra. Muy empeñada y terrible hubiera sido esta, si Alejandro, acatando las órdenes de Felipe II, no hubiera tomado el camino de Francia para levantar el cerco de Paris. «Este (segun Parival) llevó el agua para apagar el fuego en la casa del vecino, y dejó que las llamas devorasen la propia.»

Mauricio en poco tiempo recuperó toda la Frisa, ocasionando el asombro en la corte de España, que imaginaba la guerra próxima á fenecer por el ardimiento del duque de Parma. Felipe, en vista de la pérdida de las ciudades de Nimmegen, de Bredá, de Deventer, de Delfzyl, de Hulst, de Steenwik y otras muchas, determinó nombrar por gobernador de los Países-Bajos á un príncipe aleman, creyendo que seria mas acepto á los flamencos y holandeses, y que mas fácilmente podria reducirlos á su obediencia. El archiduque Ernesto fué elegido para el cargo; pero los Países lo recibieron con ceño, y después lo miraron con odio. Por burla era proverbial en Flándes esta copla:

Voyci le prince d'Erneste
Plus pire que la peste;
Vernant chercher la reste,
Trouvant sur sa requeste,
Rien profitable au Roy,
Il n' aurà rien pour soy.

Trácla Cloppenburg en su libro intitulado *Le miroir de la cruelle et horrible tirannie espagnole* (Amsterdam, 1620). No pudiendo el archiduque Ernesto conseguir por medio de las armas la reduccion de las siete provincias, determinó que un tratado de paz asegurase en sus fueros á los mal contentos de Holanda, y los obligase á acatar mas tarde como soberano al monarca de España. Pero los Estados, con la experiencia de lo pasado, no quisieron aventurarse á los dudosos sucesos de una paz presentada quizá con la torcida intencion de derribar sus belicosos brios en las dulzuras del sosiego, después que la guerra se alejase del suelo de Holanda.

La muerte cortó en flor la vida del archiduque Ernesto el año de 1595. Conociendo Felipe II que las porfiadas guerras de Flándes necesitaban remedios diversos de los que para su fin habian puesto los gobernadores y ministros, resolvió casar al archiduque Alberto con la infanta Isabel, dando en dote los Países-Bajos á uno y otro esposo. No consiguió el monarca español lo que ardientemente anhelaba por medio de este casamiento. Las diez provincias de Flándes se conservaron de este modo en el señorío de la casa de Austria; pero las otras siete que constituian la república de Holanda permanecieron en la misma resolucion de mantenerse independientes, contrastadas por los ejércitos de Felipe y por los del archiduque Alberto.

El marqués de Spinola y el conde de Bugnoy se señalaron como capitanes de las huestes del nuevo soberano, y Mauricio de Nassau con prósperos sucesos obligó á poner en suspension las armas á sus contrarios por una tregua de doce años. La casa de Austria manifestó su flaqueza, no solo en ajustar un tratado con sus mas odiados enemigos, sino tambien en reconocerlos como pueblos libres.

La tregua fué religiosamente guardada por espacio de los doce años, en los cuales tuvieron ocasion los holandeses de florecer en las ciencias, en las artes y en el comercio.

La potencia marítima de estos habia crecido de tal manera, que juntamente con los ingleses tenian el señorío del Océano. Para reprimir la insolencia, así de los unos como de los otros, mandó Felipe II preparar la *armada Invencible*, que perseguida de las tempestades y de los bajeles de Inglaterra y Holanda, se vió esparcida y quebrantada miserablemente, llenando á España de luto, de lágrimas y de espanto.

Los ingleses bajo la conducta del conde de Essex, y los de Holanda bajo la del almirante Juan de Duivenvort, señor de Varmont, infestaron con poderosas armadas las costas andaluzas y se enseñorearon de Cádiz, ciudad que en 1596 experimentó los horrores de la guerra. El almirante holandés Varmont fué admirado de la reina Isabel de Inglaterra por sus valerosas hazañas durante la empresa, y los Estados Generales le dieron grandes premios y mayores alabanzas por el señalado servicio que habia prestado á su patria en inquietar á Felipe II en su reino.

El general (holandés tambien) Heemskerck acometió con su armada á la española, que guarecida de la defensa de Gibraltar, se creia segura; pero en las mismas aguas de su bahía, después de un combate en que el valor español se mostró digno de mejor fortuna, triunfó aquel caudillo, no sin perder la vida cuando acababa de conseguir tan notable victoria.

Mauricio fué uno de los mas insignes héroes por su pericia en el arte de la guerra, aprendido en la constante leccion de las obras de Polibio y Julio César. Gran matemático cuanto podia ser en su siglo, siguiendo el ejemplo de los romanos, sujetó sus tropas á una disciplina rigorosísima, fortificó todas las plazas, y dió ocasion á que la fama de su valor y de su ciencia militar atrajese á su campo lo mas florido de la nobleza europea para aprender en su escuela. Por su prudencia y esfuerzo mereció el nombre de *Padre de la patria*, y por su astucia en conservar sus ejércitos el de *Padre de sus soldados*. Pero no dejó de manchar sus glorias marciales en el tiempo que ejerció el cargo de stadhouder, porque la envidia y la ambicion lograron ahuyentar de sí por breves instantes los sentimientos generosos que tanto crédito le habian adquirido entre los suyos y extraños.

Barnevelt, gran pensionario de Holanda, varon de mucha experiencia en los negocios políticos, por las frecuentes embajadas que con honra propia y provecho de su patria habia desempeñado, y por el ejercicio de los mas altos empleos, deseó con vivas ansias y con celo del bien la ociosidad de las armas. Contra los deseos de Mauricio, no solo constriñó por medio de su vigorosa elocuencia á los Estados Generales para ajustar la tregua de doce años, sino tambien allanó todas cuantas dificultades aparecian invencibles en las negociaciones.

Sospechoso de que el Pensionario (cuya dignidad era como primer ministro de los Estados) odiaba á par de muerte á la casa de Orange, aunque recatando cautelosamente su sentir, veia Mauricio en Barnevelt un contrario poderoso para oponerse al triunfo de su ambicion, acrecentada con los felices sucesos de las huestes que capitaneaba.

El soborno y los halagos no pudieron derribar la fortaleza del ánimo de Barnevelt, resuelto como estaba á contradecir todo intento que se encaminase á la destruccion de la república. La ira y la venganza se apoderaron del corazon de Mauricio, y este esforzado caudillo de su patria determinó castigar con cualquier pretexto á un enemigo audaz é incorruptible, y aprovechó una ocasion oportuna que la casualidad le presentó cuando mas desapercibido se hallaba para conseguir el vencimiento.

En aquel tiempo habia en la universidad de Leyden un doctor que se decia Jacobo Arminio, caudillo de una nueva secta que acercaba la religion cristiana al puro deismo, separando de ella todos los misterios. Siguieron el bando de los *arminianos* ó *remonstrantes* (pues con ambos nombres eran conocidos) muchos hombres de letras, así de Holanda como de Alemania, y entre ellos el gran pensionario Barnevelt. Otro doctor de Leyden se levantó en oposicion de Arminio:

llamábase Gomar; el cual, defendiendo las doctrinas de Calvino, atrajo á su devocion al pueblo. Las disputas entre unos y otros sectarios arreciaron hasta el extremo de empuñar las armas en sustentacion de sus opiniones. El príncipe Mauricio, enemigo celoso de Barnevelt, se declaró parcial ardiente de los gomaristas, y con apariencias de desear el fin de las controversias, mandó convocar un sínodo en Dort para que condenase las doctrinas de los arminianos. Así aconteció; y el pueblo, fácil á derramar las voces mas absurdas, esparció la nueva de que los *remonstrantes* eran jesuitas encubiertos, que por este camino de una nueva secta pretendian sujetar la república holandesa al odiado yugo de la casa de Austria. Mas tarde, en sangriento motin pidió la cabeza de Barnevelt, como traidor á la patria, por su adhesion á los españoles, segun se probaba de su vehemencia para conseguir las treguas de los doce años.

Perseguido por la saña de Mauricio, fué condenado á muerte el gran Pensionario. La cabeza de Barnevelt, cortada por mano del verdugo en la Haya el año de 1618, sin que las intercesiones del rey de Francia ni los grandes servicios hechos á la república bastasen á impedir tan inicua ejecucion, sirvió de despojo á las ambiciones de Mauricio, infamando en este caso su memoria.

Los hijos de Barnevelt conjuraron á muchos nobles de Holanda, que en el acrecentamiento de la casa de Orange veian conatos de enseñorearse de la república. Muerto alevosamente Enrique IV de Francia, protector de los holandeses, habian quedado estos desnudos de todo favor ajeno y reducidos á sus propias fuerzas. Entonces conocieron que por sí podian mantener sus libertades sin necesidad de auxilios extraños. Los Estados Generales, que admiraban el valor de Mauricio, á cuya pericia en el arte de la guerra debian la conservacion de la república, dieron al Stadhouder, no solo la potestad de conferir los cargos, así civiles como militares, á las personas que en su juicio los mereciesen, sino tambien el derecho de modificar en ciertos casos el rigor de las leyes.

Esta apariencia de soberanía que recibió el stadhouderato juntó á los remonstrantes todas las personas que amaban el gobierno republicano. La gran conjuracion dirigida por los hijos de Barnevelt fué descubierta, y muchos ministros castigados con prision perpetua. El celebre literato Hugo Crotius (de quien hablarémos en otro lugar) debió su salvacion á la huida, y su libertad á haberse acogido á Francia. El ministro Slatius quiso seguir su ejemplo; pero el mismo temor lo entregó en manos de sus enemigos: cerca de la frontera de Francia, hallándose en un pequeño villaje, entró en una taberna para fortalecerse, despues del cansancio del largo y apresurado camino, con alguna bebida espirituosa; dos soldados entraron por accidente en la misma tienda. Sobresaltado Slatius, y creyendo engañadamente que eran del número de sus perseguidores, dejó la taberna sin probar el vino. Los soldados cayeron en sospecha al ver tan extraña huida, y corrieron en pos de él para asegurar su persona, imaginando que en ella iban á entregar á los Estados un gran delincuente. Preso el mísero Slatius, declaró su nom-

bre, y llevado á la Haya, pereció en el cadalso con la misma muerte que su amigo Barnevelt.

X.

Por la muerte de la princesa Isabel Clara Eugenia, esposa del archiduque Alberto, volvieron á la corona de España los Países-Bajos, cedidos por Felipe II á aquella señora, la cual no dejó herederos. Reinaba el cuarto de los Felipes, de condicion belicosa, aunque nada amigo de salir por su persona á campaña. Tenia por proverbio estas palabras : *Todos contra nos*, y *nos contra todos*. Con tales pensamientos determinó proseguir vigorosamente la guerra, hasta vencer la altanería de los holandeses, señores ya del mar Océano. La lucha empezó infelizmente, pues el marqués de Spinola, que asentó su campo sobre la villa de Bergues con el propósito de rendirla, tuvo que abandonar la empresa, no sin pérdida de gente. Dos años después con mejor suceso asedió á Bredá, y tomó posesion de esta ciudad por el rey de España; asunto celebrado por la pluma de Calderon en una comedia, y por el pincel de Velazquez en un famoso cuadro.

El príncipe Mauricio no fué muy dichoso en la intentada toma de Anvers por medio de una sorpresa. Con gran riesgo de su vida se halló en la faccion, sin que la autoridad de su persona, el crédito de su nombre y su pericia militar alcanzasen victoria.

Después de su muerte la guerra prosiguió de la misma guisa. Su hermano Federico Enrique, elegido stadhouder, fué digno heredero de Mauricio, así en la práctica de la milicia, como en aquellas virtudes que llevan á los mortales al templo de la gloria. La lucha se convirtió en un juego de ganar y perder al mismo tiempo, tanto los holandeses cuanto los españoles, las ciudades, sin que se inclinase el favor de la fortuna mas á una parte que á otra : mientras que Holanda se llenaba de espanto al saber las nuevas de la presa de Amersfort por los ejércitos enemigos, los suyos se apoderaban de Vesel gloriosamente. En esta guerra tan dudosa y de casos tan varios siempre se aventajaban los holandeses á los españoles, porque al defender su propio país tenian mas arbitrios para mantener sus huestes, ya por los bastimentos, ya por el oro que facilitaban los de la tierra con el fin de conservar sus libertades á tanta costa adquiridas.

El cardenal de Richelieu ajustó un tratado de alianza con los holandeses para partir entre ellos y los franceses lo que conquistasen por las armas en los Países-Bajos, que permanecian en la obediencia de los españoles. Pero Federico Enrique no movió sus tropas muy ahincadamente, sino con la mayor tibieza, recelando que la vecindad de la Francia fuese mas perjudicial á su patria que la de España. A pesar de que sus intentos estaban patentes á la sagacidad política del

cardenal de Richelieu, este, queriendo conservar la alianza de los holandeses, no se desavino con ellos.

El gobernador de los Países-Bajos, D. Francisco Manuel de Melo, se puso sobre la villa de la Bassée, derrotó á los franceses cerca de Honcour, y se hubiera enseñoreado de Rinberg, á no estorbarle el paso oportunamente el príncipe Federico Enrique. Su crédito de valiente y práctico capitan se deshizo como el humo en las llanuras de Roucroyx, donde las bandas españolas, jamás vencidas en batallas campales, quedaron rotas por los ejércitos aliados bajo la conducta del duque de Enghien (después príncipe de Condé). Los tercios viejos de españoles, italianos y walones, terror de Europa, pelearon animosamente, aunque con adversa fortuna, y la mayor parte de ellos cayeron en poder de los enemigos, no sin haber antes vendido cara su libertad, y visto vender las vidas á precio de muchas de los contrarios, á los que perecieron en la pelea.

La paz de Munster, ajustada entre las partes beligerantes en 12 de enero de 1648, esparció la alegría en toda Holanda. La sabiduría política de los Estados Generales, que habia servido con armas, gente y dinero á la ambicion de monarcas extraños, consiguió por su patria la mayor de las ventajas que podia apetecer. Por el tratado de paz el rey de España renunció por sí y á nombre de sus herederos los derechos que tenia á Holanda y Zeelanda, dejando á estos países en la libertad que habian pretendido por medio de las armas.

El príncipe Federico Enrique murió en 1647, después de haberse mostrado intratable en los últimos años de su vida, no sin admiracion de los que habian experimentado su modestia, su afabilidad y su respeto á las leyes en otro tiempo.

Para mantener vivo el fuego de la guerra, y el odio contra los enemigos de Holanda, se escribieron muchos libros. Ya en otros lugares hemos citado el *Espejo de la cruel y horrible tiranía española perpetrada en los Países-Bajos por el tirano duque de Alba* y *otros gobernadores del rey Felipe II* (Amsterdam, 1620). Esta obra, adornada de estampas que representan el arresto y la degollacion de los condes de Egmond y de Horne, muertes horribles así en públicos cadalsos como en tomas de ciudades por los españoles, y otros casos espantosos á la vista, servian de embravecer los ánimos para la lucha contra los españoles.

Con el título de *Espejo de la tiranía española perpetrada en las Indias Occidentales*, publicó con láminas semejantes (1620) el mismo Cloppenburg la traduccion de la *Historia de la destruccion de las Indias Occidentales* que escribia Fr. Bartolomé de las Casas.

En Leyden (1643) salió tambien á luz una obra en lengua latina con el epígrafe de *Arcanos de la dominacion española* (*Hispanicæ dominationis arcana*). Su autor se propuso pintar á nuestra patria con los mas horrendos colores. Unos capítulos tratan de la ambicion y arrogancia de los españoles, otros de la perfidia y violacion de los pactos y alianzas, otros de la hipocresía, otros de las crueldades, y otros, en fin, de las rapacidades, asesinatos, adulterios y aun mas enormes de-

litos. La ira contra España escribia estos horrores, y el pueblo acogia con aplauso y deseos de venganza la memoria de ellos.

Por este tiempo se señaló en Europa como marino digno de eterna fama Martin Tromp, á quien los Estados Generales, por una sabia providencia, dieron el título de vicealmirante, con consentimiento del príncipe de Orange. Bajo la conducta de Tromp merecieron los holandeses el título de *diablos de la mar*, pues derrotaron á sus contrarios, y adquirieron presas de gran valor, así en bajeles como en ciudades rendidas.

El príncipe Guillermo II, esposo de una hija de Cárlos I de Inglaterra, sucedió á su padre Federico Enrique en el stadhouderato, y aspiró á enseñorearse de su patria coronándose rey, segun opinan los que mas han tratado de las cosas de Holanda; pero la desdicha de su suegro, muerto en el cadalso, y el prematuro fin que tuvo á la edad de veinte y cuatro años, atajaron sus intentos de usurpar la soberanía. Los Estados Generales, temerosos de su ambicion, después de la paz redujeron el ejército, lo cual reprobó Guillermo enérgicamente, porque conocia la mengua de su autoridad y el fin á que se enderezaba aquella providencia. Con nombre del celo del bien mandó encarcelar á varios de los diputados, y aun trató de apoderarse de Amsterdam para que las armas restituyesen lo que la voluntad de los Estados habia deshecho.

Prevenido de la muerte, quedaron vanas las ambiciones de Guillermo II. Los Estados Generales tomaron la tutela de un hijo de este, igual en el nombre á su progenitor, y nacido algunos meses después de su temprano fallecimiento. La circunstancia de ser Stuard por parte del abuelo materno despertó los recelos del protector de Inglaterra Oliverio Cromwel, el cual exigió de los holandeses que aboliesen el stadhouderato. Los amantes de la república, que habian visto siempre en los de la familia de Nassau vehementes conatos de establecer la monarquía, tomaron por pretexto la demanda altanera del dictador inglés para quitar á los valedores de aquella casa sus esperanzas de triunfo.

Presto se desavino Cromwel con los de Holanda, no por esta causa, sino por la necesidad que tenia de divertir los ánimos de los ingleses con guerras exteriores para que sus émulos no pudiesen encender el fuego de las discordias intestinas, que ardia mal encubierto. Los motivos de un rompimiento tan inesperado se hallan en cuestiones de navegacion y comercio. El almirante Tromp, vencedor de los españoles en muchas batallas navales, pereció en una que sustentó contra la armada de Inglaterra en 10 de agosto de 1653. La victoria fué de los ingleses después del fin desdichado de Tromp; y aunque Holanda experimentó una derrota, no dejó de honrar la memoria de su glorioso almirante, jamás vencido. El *gran padre de los marineros* se hacia llamar en los bajeles de la república, y *ciudadano* cuando residia en las ciudades. ¡Tal y tan grande era su modestia, en medio de las alabanzas que tributaban á su valor, pericia y virtudes, no solo los de su patria, sino los extraños y aun enemigos!

En aquel tiempo florecia Juan de Witt, gran matemático y el mayor de los políticos que en Holanda habia. Por sus merecimientos alcanzó la dignidad de gran pensionario. En la contraria fortuna que experimentaron los Países-Bajos en la guerra con los ingleses, especialmente después de la rota infelicísima de su armada, restableció con singular presteza por medio de cuerdas y animosas resoluciones el poder marítimo de su patria, apenas habia sido quebrantado.

Luis XIV, acaudillando un ejército de ochenta mil hombres, y con los auxilios de las escuadras de Cárlos II de Inglaterra, entró por las provincias unidas, reduciendo á su forzosa obediencia en el breve espacio de cuatro semanas las de Gueldres, Utrecht y Over-Isel, y poniendo su real sobre Amsterdam, después de estragar toda la tierra por donde movia su impetuosa hueste. Tembló Holanda en presencia de los aparatos bélicos y de la presta ejecucion de aquella inesperada empresa. Los parciales de la familia de Orange pidieron el restablecimiento del stadhouderato en la persona de Guillermo III, jóven de veinte y un años. El asombro y la turbacion triunfaron de sus émulos, y Guillermo obtuvo la dignidad de sus abuelos. El pensionario Juan de Witt se opuso constante y firmemente á esta determinacion de los Estados, por creerla contraria á la libertad conseguida tras tantos afanes y peligros.

Guillermo III, queriendo imitar á su predecesor Mauricio cuando perdió al pensionario Barnevelt, que se oponia á sus ambiciones, hizo acusar de todos los infortunios de Holanda á Juan de Witt y á su hermano Cornelio, varon de ánimo altivo y uno de los que con mas vehemencia habian repugnado en los Estados la autoridad que pretendia el jóven Príncipe. La plebe de la Haya, tumultuada contra Juan de Witt, á quien reputaban fautor de la guerra de los franceses, por tratos secretos con Luis XIV para vencer á su patria, lo despedazó por las calles y plazas, juntamente con su infeliz hermano Cornelio, que en el acto del motin salia de las cárceles á cumplir la sentencia de destierro perpetuo. La moderacion de ambos caballeros era tan grande, que á pesar de lo alto de los cargos que desempeñaban en la república, vivian con la humildad del menor ciudadano. Juan de Witt solo tenia un criado.

Guillermo de Orange, libre de los hermanos Witt y de sus numerosos parciales, enemigos declarados del stadhouderato, se puso á la cabeza de las tropas, y comenzó denodadamente la campaña contra las superiores fuerzas de Luis XIV. Contuvo el ímpetu con que el enemigo adelantaba en sus victorias sin hallar apenas contradiccion, y con diestra política logró que la mitad de Europa empuñase las armas para enfrenar la audacia con que aspiraba á la monarquía universal el soberano francés. Inglaterra, aliada de Luis XIV en la lucha, fué persuadida de que no le convenia guerrear contra un pueblo protestante en pro de la Francia; y de tal manera consiguió Guillermo que sus instigaciones triunfasen, que el Parlamento obligó á Cárlos II á ajustar paces con Holanda, y á servir de medianero entre las diferencias de Luis XIV y los republicanos de los Países-Bajos.

Así España como Austria, interesadas en reprimir las ambiciones del monarca francés, movieron sus ejércitos en socorro de los holandeses, y Federico Guillermo, elector de Brandeburg, pariente del Stadhouder, no tardó en auxiliarlo con gentes y dinero.

Para vencer el ánimo del príncipe de Orange le ofreció Luis XIV el poder soberano de Holanda; pero el jóven Guillermo no se desvaneció con las ofertas de lograr por medio de un feudo lo que sus abuelos habian pretendido adquirir por los votos populares. Prosiguió resueltamente la guerra, unas veces con próspera y otras con adversa fortuna, deseoso de que constantes victorias asegurasen su crédito entre los suyos, y que ejércitos usados en las lides lo levantasen á la soberanía. Los Estados Generales ajustaron la paz en Niemegue el año de 1678, contra la voluntad de Guillermo, que, perdido de cólera al ver quebrantadas sus ambiciones, se oponia por cuantas maneras le dictaban su interés y práctica en los negocios políticos.

La paz fué harto dañosa para los aliados de Holanda, y especialmente para España, que perdió en la lucha el Franco-Condado.

El autor de una sátira que corrió con gran aplauso por Europa en aquel siglo (*Le Marquis de Louvois sur la sellette criminel, examiné en jugement par l'Europe.*— Colonía, 1695) puso en boca de Holanda estas palabras :

> Depuis plus de vingt-ans que je souffre la guerre,
> Dites qu'ay-je perdu, ny par mer, ny par terre :
> Si on me prit Mastrick, Louys me le rendit.
> . . . .
> Je n'ay encor perdu que fort peu de mes gens,
> Louys n'occupe encor aucune de mes places.
> Quel interest ay-je? Quelles son mes disgraces?
> De quoy me plandre moy, si madame l'Espagne
> A payé jusq'icy l'ecot de la campagne?

Con efecto, España fué quien pagó los gastos de la guerra, pues en las paces perdió lo que sus mismos aliados no supieron conservarle ni por las armas ni por los tratados.

Guillermo, conociendo lo invencible de la mayor parte de los de Holanda á alterar la república para erigir sobre sus ruinas la monarquía, volvió los ojos á Inglaterra, presa de las civiles disensiones, y tiranizada por Jacobo II. Este rey habia violado todas las leyes de la Gran Bretaña, y así los protestantes como los amadores de las libertades antiguas lo odiaban, como católico y como déspota. Los nobles de Inglaterra que, huyendo de la opresion de su patria, buscaban en Holanda un abrigo contra la tempestad que los afligia, eran recibidos en la Haya por Guillermo con la mayor frialdad y como á gentes de quienes nada esperaba. En tanto en el Stadhouder ardian vehementes deseos de coronarse rey en Ingla-

terra, convidado de los secretos parciales que en aquella isla habia logrado juntar para destruir á su suegro. Aprestó cautelosamente una poderosa escuadra, y sin ofensa de contrarios vientos y de las naves de Jacobo II, llegó á Inglaterra el 15 de noviembre de 1688.

A los principios de la empresa encubrió sus intentos de apoderarse de la soberanía de Inglaterra, y aparentó solamente el anhelo de servir de mediador de los bandos que enflaquecian con sus discordias el reino.

Jacobo II huyó de sus estados, temiendo perecer en el cadalso como su hermano Carlos I. Entonces el Parlamento dió á Guillermo III la investidura de rey, y este se obligó á guardar los pactos bajo los cuales recibia por sí y por sus descendientes la corona de Inglaterra.

Se señaló mucho, en las guerras que mantuvo contra gran parte de Europa la república de Holanda en todo el siglo XVII, el almirante Miguel Adrian de Ruyter, el cual fué uno de los marinos mas vencedores. Repelió de Dublin á los irlandeses rebeldes á Inglaterra, que querian enseñorearse de aquella ciudad; peleó en el Brasil en pro de los portugueses contra el rey de España; venció bajo las órdenes del almirante Tromp, en la armada de los Estados Generales compuesta de setenta navíos, por tres veces á los ingleses; peleó denodadamente con el turco sobre las ondas del mar Mediterráneo; auxilió al rey de Dinamarca en las guerras que este sustentaba contra los suevos, y de tal manera se hubo, que mereció una pension y el título de nobleza para sí y para su familia. Murió desdichadamente de un cañonazo en una batalla de mar, delante de las costas de Sicilia, peleando contra franceses. La modestia de este insigne capitan fué tanta, que jamás caminó en coche, y él mismo al tomar á Amsterdam, cubierto de laureles y seguido de los despojos que habia adquirido para su patria, llevaba siempre su maleta hasta su casa en sus propias manos.

Esto prueba la prepotencia de la virtud y la templanza en aquella república, constantemente acosada por los enemigos de sus libertades y por la codicia de su territorio, si estéril en los frutos naturales, rico en laboriosidad, valor, sabiduría y comercio. No hay duda en que Holanda, segun la opinion de un célebre historiógrafo aleman, es el mas grande testimonio de lo que puede la industria humana, vencedora de los obstáculos de la naturaleza.

Las peregrinaciones marítimas de los holandeses á lejanas tierras durante las guerras que sustentaron, ya contra España, ya contra Inglaterra y Francia, fueron admirables. Entre sus célebres marinos merecen especial mencion el valiente Guillermo Barenson y el no menos denodado Jacobo Heemskerck, cuyos trabajos se asemejaron á los del fabuloso Hércules, en el descubrimiento de *Nova-Zembla*. Fatigados por los hielos, perdidas sus grandes naves, perseguidos por los osos blancos en los mares del Norte, en el mayor denuedo vencieron por mucho tiempo á la muerte, que constantemente los acosaba para conseguir su presa. En octubre de 1597 tuvieron la ventura de pisar las playas de Amsterdam los nue-

vos argonautas, menos Guillermo Barenson, que, rendido á tantas contradicciones de la fortuna, hizo heredera de su gloria á Holanda.

La compañía fundada para la navegacion de las dos Indias envió varias flotas para conseguir el fruto que les habia negado la suerte en las expediciones primeras. El almirante Warinc y el vice-almirante Heemskerck con ocho bajeles tomaron la misma derrota que los portugueses, y al cabo de un año volvieron cuatro de estos á Holanda cargados de ricas mercaderías.

El primer holandés que dió la vuelta al mundo, como el español Sebastian el Cano, fué Olivier de Nort en el espacio de tres años. Se hicieron famosos los holandeses por las pesquerías de las ballenas en la Groenlandia. La compañía de las Grandes Indias se apoderó de la bahía de Todos Santos, que no pudo mantener por mucho tiempo; se hizo señora de Pernambuco y otras islas con la mayor facilidad y gloria, y se propuso arrojar de todo el Brasil á los portugueses.

Asentó tambien la compañía de las Grandes Indias el sitio de su comercio en Batavia y en Recif, plaza bien fortificada é inexpugnable. Estas ciudades le aseguraron el poder marítimo.

Las ciencias no estuvieron muertas en Holanda en tanto que los generales de la república y los marinos admiraban á Europa por su valor y por su constancia. El célebre Justo Lipsio, catedrático de retórica en la universidad de Leyden, fundada después del horroroso asedio que experimentó esta ciudad, esparcia entre sus discípulos los frutos de su sabiduría; y sus historias sacra y romana, su política y ética eran recibidas por el universo como obras dignas del aplauso de los hombres doctos, sin embargo de que carecia de originalidad y solia apropiarse los ajenos pensamientos. Con todo, no puede negarse que el criterio, la doctrina y el buen gusto son excelentes para la enseñanza.

Entre los muchos varones notables en ciencias que dió de sí Holanda, se debe contar á Benito Espinosa, natural de Amsterdam é hijo de padres judíos. Su entendimiento era grande, pero cayó en errores contrarios á la religion católica, ó mejor dicho, á todas las religiones. Despreció las doctrinas de los rabinos, y abandonó descubiertamente el judaismo, declarándose ateo. Su tratado teológico-político y sus obras póstumas contienen máximas encaminadas á reducir el ateismo á sistema. Espinosa defendia que las religiones eran inútiles, y que para vivir los pueblos en paz, desterrados los delitos y obedeciendo á los gobernadores, solo se necesitaba que todos se dedicasen á la práctica de las virtudes, sin esperar recompensas después de la muerte, y solo fiados en la excelencia que la virtud da á los que la ejercitan, y las ventajas que reciben en la sociedad humana cuantos van en pos de ella. Aunque las obras de Espinosa por tales máximas fueron condenadas por un decreto de los Estados Generales, ni dejaron de venderse públicamente, ni faltaron al autor multitud de sectarios, así en los mismos Países-Bajos como en Francia y Alemania. Todos se conocieron con el nombre de *espinosistas*.

XI.

No conviene á nuestro propósito de reducir á un brevísimo compendio la historia de la magnánima nacion holandesa, alargarnos en recordar todos los hombres que en letras y artes honraron á su patria mientras que el sangriento furor de Marte oprimia á los Países-Bajos. Baste solo saber que sus eruditos y filósofos fueron muchos, y entre ellos el arminiano Hugo Crotius, amigo del malaventurado Barnevelt; Juan Meursio, correcto y diligente editor de las obras de la antigüedad griega y latina, y aun de algunas debidas al ingenio y doctrina de autores extraños que florecieron en tiempos no remotos. Entre los escritos publicados por Meursio, causó grande admiracion el libro de *Aloisia Sigea Toletana, De arcanis amoris et Veneris* (Leyden, 1674), al cual tributó muchos y elocuentes elogios el célebre Daniel Heinsio. Por lo impúdico del asunto, que excede en deshonestidad, aunque no en viveza é ingenio, al *Arte amandi* de Ovidio, no ha faltado quien crea y asegure que el libro *De arcanis amoris* no fué obra de Luisa Sigea, sino del mismo Meursio, que se atrevió á publicarlo en su nombre. No hay suficientes pruebas para acoger estas sospechas como verdades. Luisa pudo caer, en medio de su gran doctrina y delicadeza de espíritu, en el error de componer un libro deshonesto.

Las prensas de Juan Elzevir publicaron en elegantes y pequeños caractéres las mejores obras de los autores latinos. Sus ediciones, por lo reducido de los volúmenes y por la nitidez y correccion de los textos, merecieron el aplauso de Europa. La famosa oficina de Elzevir estaba situada en el *Rapenbourg*, la mas linda calle de Leyden, de la cual solia decir Poliandro, noble y antiguo profesor de teología: « De las cuatro partes del mundo, la Europa es la mas bella; la mas bella parte de Europa es el País-Bajo; de las diez y siete provincias, la mas floreciente y bella es Holanda; la mas bella ciudad de Holanda es Leyden, y la mas bella calle de Leyden es el Rapenbourg; de donde se infiere que yo vivo en la mas bella calle del mundo. »

No solo Juan Elzevir, sino sus dos hermanos, ilustraron á Holanda con sus excelentes trabajos tipográficos: Tácito, Salustio, Plinio, Justiniano y otros muchos autores latinos aparecieron de nuevo con elegantes formas.

La historia de Guillermo III mas pertenece ya á Inglaterra que á Holanda. Por su muerte obtuvo Guillermo IV, su pariente, el stadhouderato solamente por parte de los estados de Frisia, de Groninguen y Gueldres. Los demás reputaban, sobre inútil, perniciosa para la patria la dignidad de stadhouder, luego que, serenadas las discordias de Europa por la guerra de sucesion en España, estaban seguras de invasiones francesas las fronteras de los Países-Bajos por el tratado de Anvers,

hecho en 1715. La parte de estos cuya propiedad habia cedido España al emperador Cárlos VI por la paz de Utrecht, no podia enajenarse por el Austria. Los Estados Generales se obligaron á guarnecer, mediante la retribucion anual de quinientos mil pesos, las plazas austriacas de Namur, Tournay, Zpré y otras; y los ingleses á facilitar diez mil soldados y veinte navíos de guerra siempre que por sí no pudiesen conservar la guarnicion de aquellas ciudades en caso de guerra con Francia.

Desvanecidos los recelos de nuevas luchas, los holandeses, seguros de sus libertades, redujeron á treinta mil hombres su ejército. Las civiles disensiones turbaron el sosiego de Holanda, porque Guillermo IV aspiraba á coronarse rey, siguiendo la constante pretension de sus predecesores. Un poderoso bando pedia constante y firmemente el restablecimiento del stadhouderato y alianza estrecha con Inglaterra; otro no menos fuerte contrastaba esta ambicion, deseando que la república permaneciese sin sombras de monarquía.

Los audaces intentos de Guillermo pronto pudieron ponerse en ejecucion con motivo de nuevas guerras. Los franceses invadieron á Holanda con pretexto de que los Estados favorecian secretamente al rey Jorge II de Inglaterra: por asalto se enseñorearon de la fortaleza de Berg-op-Zoom, que, segun todas las conjeturas, era al parecer inexpugnable. El terror se apoderó de los ánimos, y los parciales de Guillermo vieron la ocasion oportuna para obligar á su patria al restablecimiento de una dignidad tan trabajosamente abolida. La ciudad de Ter-Veer, en Zeelanda, á las nuevas del peligro, pidió el stadhouderato para Guillermo; el pueblo de otras villas, movido por los que seguian el bando de este, exigió lo mismo, y los Estados Generales, movidos por las furiosas instancias de la alterada plebe, no pudieron menos de nombrarlo stadhouder y capitan general de las provincias unidas, declarando perpetuos en uno y otro cargo á sus descendientes, ya fueran varones ya hembras.

De este modo en 1728 llegó la república de Holanda, después de tantos sacrificios por conservar sus libertades, á convertirse en una monarquía mixta. No duró mucho tiempo la guerra, pues Jorge II, atento al bien de las provincias, ajustó inmediatamente la paz con Francia, quitando á esta nacion todo motivo de discordia con los holandeses.

Guillermo V sucedió en el stadhouderato. Durante su gobierno se alteró la paz con Inglaterra; pues esta nacion, en guerra con los anglo-americanos, exigia con orgullo que los bajeles de la marina holandesa que viajasen para los mares de occidente fuesen visitados para evitar que auxiliasen á los rebeldes á la corona con armas y hombres. Negóse Holanda á tolerar actos tan ignominiosos, y los ingleses en 1781 le declararon la guerra. No duró mucho tiempo esta por bien de ambos pueblos, pues en 1783 se ajustó un tratado de paz por el cual cedieron á Inglaterra los holandeses la posesion de Negapatnam, en la India.

Anhelando Guillermo abolir de una vez el stadhouderato y declarar abierta-

mente hereditaria en su familia la soberanía de Holanda, atrajo contra sí todo el furor del bando republicano. En 1787 empuñó este las armas tan resueltamente contra Guillermo y sus parciales, que los puso en el estrecho de pedir socorros á sus protectores los monarcas de Prusia, Francia é Inglaterra. Francia le ofreció auxilio, pero sin enviarlo; Inglaterra le aparentó amistad, en tanto que derramaba con sigilo el oro para encender con mas vivas llamas la discordia; Prusia, con el pretexto de haber sido detenida é injuriada en un viaje la esposa del príncipe de Orange, hermana del Soberano, lanzó sobre Holanda un ejército de doce mil hombres, bajo la conducta del duque de Brunswick. Este general rompió la campaña invadiendo la Gueldres, y con el auxilio eficaz de aquellos que estaban en la bandería de Guillermo, estragó ferozmente la tierra, allanando en menos de siete meses las plazas mas fortificadas. Todo se humilló al vencedor : depusieron sus iras los republicanos ante la fuerza; el pueblo colocó en las banderas nacionales las armas de la casa de Orange, el stadhouderato fué restablecido con poder soberano, y solo se conservó el nombre de república, mas para infamia de los vencidos que para ejecucion de las leyes.

Cuando la república francesa en 1794 se puso en guerra con las naciones del norte, Bélgica gimió bajo el peso de los ejércitos extranjeros, que asolaban la tierra. Vencedores los franceses, quedaron dueños de todo el país que hasta entonces habia poseido el emperador de Austria por renuncia de Felipe V de España.

Holanda, que se habia empeñado en la guerra con Francia, sirviendo de aliado á los austriacos, sus vecinos, se encontró llena de quebranto. El Stadhouder, aunque tenia á sus órdenes un gran ejército, creyó vana toda resistencia; y deseoso de salvar de los sangrientos horrores de Marte á su desdichada patria, se despojó de la dignidad que tanto habian apetecido sus mayores, y abandonando la Haya, tomó la derrota de Inglaterra para buscar en ella un asilo.

Los Estados Generales recuperaron de este modo la soberanía, y Francia quiso, antes que enseñorearse de la república holandesa, tenerla por amiga y aliada en los trances de guerra con que estaba conmovida Europa. Infeliz fué para Holanda la proteccion de Francia, pues los ingleses se apoderaron de las colonias que los Países-Bajos poseian en el cabo de Buena-Esperanza y en Ceilan, y arrebataron á estos el comercio de la especiería de la Sonda y de las Molucas.

Todo fué ruina entonces para la república holandesa. Por una parte se veia constreñida á facilitar á Francia ejércitos, arrancando á la labranza de su suelo multitud de hombres; por otra sufria los daños que llevaba consigo la amistad con una nacion enemiga de Europa. Algo serenó tantas calamidades el tratado que en 1801 hicieron el emperador de Austria y la república francesa, por el cual se reconocia la independencia de la de Holanda; pero en la inconstancia de los ánimos y en la turbacion de las naciones que se experimentaba á principios del presente siglo, la paz de los estados era poco duradera.

En 1805 se dividió la república holandesa en ocho departamentos, confiando

á un pensionario el poder sobre ellos y el regimiento de la milicia. Tampoco en las mudanzas de tiempos tan calamitosos permaneció firme la gobernacion nuevamente establecida. El gran conquistador Bonaparte obligó á los holandeses á que se constituyesen en reino, y que aceptasen por monarca á su hermano Luis Napoleon. Condenados los holandeses por la dura ley de la fuerza á presenciar la destruccion de su combatida república, recibieron afectuosamente á Luis, en fe de las promesas que este les hizo de mantener la independencia de los Países-Bajos, cuyas desdichas lamentaba á par de sus naturales. Pero no pudiendo desempeñar la solemne palabra que habia dado á sus súbditos, pues su hermano queria servirse de ellos para el logro de sus ambiciones en la trabajada Europa por tantas y tan infructuosas guerras, dejó el trono de Holanda antes que envilecer y arruinar á un pueblo generoso, fiado en sus prometimientos de mejor fortuna. Los holandeses, al ver la partida de su soberano, se estremecieron, pensando en la suerte que las iras de Bonaparte destinaban á su patria, enflaquecida por luchas así civiles como extranjeras.

No faltaron pretextos al ambicioso usurpador para arrebatar á Holanda su independencia. Como esta república se negase resueltamente á entrar en el bloqueo continental, fué unida por Bonaparte en 1810 al imperio de Francia. Las venerandas leyes holandesas perecieron; los nobles mas principales abandonaron su patria, ó perseguidos por la saña de sus amos, ó deseosos de no vivir en cadenas; los jóvenes, llevados al ejército francés, sirvieron de víctimas de la ambicion de extraños, ó de opresores de los enemigos de Bonaparte. El comercio descaeció miserablemente, y los cargos públicos mas importantes de las nuevas provincias de Francia se dieron solamente á los naturales de la cabeza del vasto imperio.

Así feneció la república de Holanda, después de tantas luchas por conservar sus libertades; así tambien feneció la de Venecia, tras tantos siglos de mantenerse en contradiccion de los mas potentes monarcas de Europa.

Venecia y Holanda habian usurpado la mayor parte de su territorio á las ondas del mar, y hecho fértiles por los esfuerzos admirables de la industria humana lugares pantanosos contrarios á la cultura.

Los nobles venecianos y holandeses así eran comerciantes como legisladores de su patria, y así empuñaban la vara de mercaderes como la espada de capitanes.

El Senado era en Venecia el árbitro de la paz y de la guerra; en Holanda los Estados Generales.

El Dux veneciano servia de vana imágen y de verdadero fantasma del poder soberano, pues el Senado retenia en sí toda la autoridad; en tanto que el Stadhouder holandés regia los ejércitos de mar y tierra, aunque atento á las órdenes de los Estados Generales. El Dux no podia mitigar el rigor de las leyes, y el Stadhouder podia perdonar las vidas condenadas por los magistrados. En el uno habia apariencias de soberanía, pero no realidades; en el otro realidades, y no apa-

riencias. Por eso, de los duques de Venecia no salieron Augustos que venciesen á su patria y usurpasen el poder de los pueblos. Por eso Holanda, desde los tiempos del victorioso capitan Mauricio de Nassau, no tuvo un stadhouder que no anhelase por todos los caminos posibles coronarse rey, después de aniquilar la república.

Venecia y Holanda fueron señoras de los mares; la una del Mediterráneo, la otra del Océano.

Venecia con inferiores fuerzas marítimas quebrantó muchas veces la potencia del fiero turco, arrebatándole la posesion de sus islas mas preciadas. Holanda, por sus almirantes Tromp y Ruyter, emuló á los ingleses en el señorío del mar, y llevó sus banderas vencedoras á las tierras de oriente y occidente.

Cuando Venecia comenzó á descaecer á principios del siglo XVII, Holanda, en medio de sus guerras civiles y extrañas, se dió á conocer á Europa como poderosa.

Así como los venecianos en todas las ligas de príncipes eran convidados por ambas partes, deseando su amistad y temiendo la ajena alianza, los holandeses se veian solicitados de la misma manera, ya por Inglaterra, ya por Francia, ya por Austria, ya por España.

Los nobles de Venecia y Holanda vivian modestamente entre los del pueblo. Así los Contarini, los Tiepoli, los Falieri y los Gradedighi; así los Brederodes, los Wassenaers y los Egmonds, de quienes decia el holandés proverbio :

Les Brederodes, très-nobles,
Les Wassenaers, très-anciens,
Les Egmonds, très-riches.

Semo à Venetia, exclamaban los que, perseguidos de la contraria fortuna ó de los opresores de su patria, pisaban las calles de la ciudad reina del Adriático: frase que demostraba la confianza en que tenian sus vidas, y las libertades de que iban á gozar en la república. Igual seguridad alcanzaban en Holanda los que, maltratados por su desdicha, se acogian á ella como á un puerto, huyendo de las tempestuosas borrascas de sus naciones.

Una y otra república, madres de extranjeros, fueron generosas huéspedas de los sabios mas ilustres de Europa, que acudian á sus playas para vivir á la sombra del árbol de sus libertades. El Aretino y el Boccalini desde Venecia derramaban por el mundo sus escritos; desde Holanda Descartes y Bayle publicaban pensamientos que hubieran sido rigurosamente castigados en sus patrias.

En una y otra república las artes florecieron de tal manera, que los que se dedicaron á su cultivo fundaron dos escuelas famosas : la veneciana y la holandesa. A la primera pertenecieron el Ticiano, Gnido, Reni y Andrea del Sarto; á la segunda Paulo Brill, Rembrant, Van Ryn, Cornelio Poelemburg, Gerardo Dow, Gaspar de Netscher y Enrique Room.

Venecia ardia en fiestas constantemente, pues el sistema de sus magistrados, segun un historiador francés, era un libertinaje político, ventajoso á la república, cómodo á la nobleza y agradable á los pueblos.

Holanda, mas severa en sus costumbres y divertimientos, no se entregaba á los placeres con tanta facilidad, pues el torpe ocio no podia residir en ánimos dedicados á los mas graves estudios y á los mas constantes trabajos para acrecentar el comercio.

Venecia, aun mas que al comercio, atendia al gobierno político y á adivinar los secretos de los estados émulos de su república.

En Holanda siempre las libertades estaban cadentes, porque siempre la ambicion del señorío turbaba á los pueblos contra ellas mismas.

En Venecia la libertadse con servaba por medio del despotismo; de modo que los enemigos de ella no podian combatirla por medio del abuso. Los pueblos eran mantenidos en las libertades, sirviéndose de la violencia los que querian su perpetuidad para conservacion de la patria.

Es indudable que, escogidas las leyes de una y otra república, pudiera haberse formado una digna de la admiracion de las edades y del respeto de los demás estados.

Ambas fueron infamemente saqueadas por Napoleon, después de haberlas llamado cuando las queria amigas, y no vasallas, *generosas y libres*, y cuando movia sus huestes para aniquilarlas, *viles*, *esclavas* y *pérfidas*.

A las dos repúblicas puso Napoleon duro yugo por su sangrienta espada. Venecia, que contrarestada por el poder del Gran Turco, habia conservado su libertad, ya por el ardid, ya por el valor de sus ejércitos, y que siempre sospechosa de los emperadores, que la acechaban como leones apercibidos á la presa, se habia hecho respetar de los príncipes cristianos, fué rendida á los piés del Austria, sin manos para la defensa y sin esperanzas de ajenos socorros.

Holanda, cuyos ilustres hijos habian resuelto, cuando la invasion de Luis XIV, dejar la patria y destruir los diques, abandonando á las furiosas olas del Océano el suelo en donde habian nacido, quedó convertida en provincia de un imperio fundado por los hijos de sus antiguos contrarios.

XII.

No pasó mucho tiempo sin que los holandeses recuperasen su independencia. Maltratados los ejércitos de Napoleon en su retirada de Rusia y en sus últimas campañas de Alemania, movióse el pueblo contra los franceses que los gobernaban. Los cobradores de las tiránicas gabelas perecieron en muchas ciudades á manos de la alterada plebe, ganosa de vengar la rapacidad y el orgullo con con que la afligian sus Régulos.

En medio de las mayores muestras del contentamiento popular entraron en Holanda tropas inglesas y suecas como amigas y libertadoras. Los franceses fueron expulsados del territorio holandés en pocos dias.

Los Estados Generales alzaron rey al príncipe de Orange; y este, aboliendo las antiguas leyes, quebrantadas en tantas ocasiones, dió á sus súbditos ciertas libertades civiles y el derecho de legislar por medio de sus representantes. A la edad de cuarenta años subió al trono de Holanda Guillermo I, en compañía de su esposa Federica, hermana del rey de Prusia. El nuevo reino de Holanda adquirió por el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814 la posesion de la Bélgica. La Santa Alianza habia determinado arbitrariamente unir ambos pueblos para formar una potencia, necesaria para mantener el *equilibrio europeo*.

Poco duradera fué la paz en el reino creado recientemente. Napoleon, tornando de la isla del Elba á recobrar el imperio, puso en armas otra vez á Europa. Poderosos ejércitos ocuparon la Bélgica, y el príncipe real de los Países-Bajos á la cabeza de sus tropas comenzó la campaña, á las órdenes del Lord Wellington. En una batalla contra los franceses cerca de Namur fué herido, y sus soldados se vieron constreñidos á retirarse, dejando la victoria á las huestes imperiales.

En la famosa jornada de Waterloo pelearon animosamente los veinte y cinco mil belgas y holandeses que mandaba el mismo príncipe. A estos se debió en gran parte el triunfo de aquel dia, pues formados en cuadro, detuvieron el ímpetu de los franceses. El príncipe de Orange no pudo menos de decir á sus soldados en el mismo campo de batalla: « Habeis merecido la gloria. » Las resultas de esta peligrosísima jornada fueron terribles para las tropas de los Países-Bajos, pues la tercera parte de ellas perecieron, si bien Holanda, con el vencimiento de Napoleon y la paz europea, consiguió ver fuera de su territorio los ejércitos extraños, así de los aliados como de los enemigos; los cuales turbaban el comercio y la industria.

En 1817 se alteró el sosiego de algunas de las colonias holandesas. Amboyna y otras islas fueron vencidas, y castigados los rebeldes por el contraalmirante Bruyskes.

En 1818 firmó Holanda un tratado con Inglaterra para abolir en ambos países el comercio de negros.

No permaneció mucho tiempo la forzosa union de Bélgica y Holanda. El partido católico entre los belgas era muy numeroso, y aspiraba á librar á su patria, que tenia por rey y por ministros á protestantes. A esto se juntaba que para los cargos públicos siempre se preferia á los holandeses.

La revolucion comenzó en Bruselas el 25 de agosto de 1830, y prosiguió rápidamente en Anvers, Lieja, Gante y otras ciudades no menos populosas. El príncipe Federico, hijo segundo de Guillermo, con aguerrido ejército tomó la vuelta de Bruselas para reducir esta ciudad á la obediencia del Rey su padre. La guardia cívica, bajo las órdenes del general español D. Juan Van-Halen, salió á su

encuentro, é infeliz en el campo de batalla, tornó á Bruselas, donde al amparo de las barricadas peleó con enemigo furor de tal manera, que Federico, no pudiendo domar sus brios, mandó bombardear la ciudad para que la afliccion comun obligase á los rebeldes á deponer las armas. Las tropas belgas, que servian de instrumentos para la opresion de sus conciudadanos, abandonaron la causa de Holanda, y declaradas en rebelion, constriñeron á Federico á levantar el asedio de Bruselas. Toda Bélgica, á excepcion de la fortaleza de Anvers, defendida vigorosamente por el general Chassé, arrojó de su territorio las tropas holandesas, y el dia 4 de octubre se declaró estado independiente.

Indignado el rey Guillermo, llamó á las armas á todos sus súbditos, con el fin de levantar poderosa hueste que bastase á deprimir á los rebeldes, en tanto que su hijo primogénito Guillermo de Orange reconocia la independencia de los belgas, ganoso tal vez de conservar de este modo para sí y sus descendientes el señorío de los Países-Bajos. Pero el pueblo, indignado con el bombardeo de la ciudad de Anvers, de órden del general Chassé, que mantenia la fortaleza por el rey Guillermo, declaró en el congreso nacional de Bruselas excluida para siempre del trono de Bélgica á la casa de Orange.

La corona del nuevo reino fué ofrecida (y no aceptada) al duque de Nemours, hijo segundo de Luis Felipe de Orleans, rey de los franceses. Al cabo el Congreso resolvió unánimemente dar la investidura real á Leopoldo de Sajonia Coburgo, el cual en 21 de julio de 1831, no solo la recibió, sino que tambien echó sobre sus hombros todo el peso de la sangrienta guerra con Holanda.

La victoria se presentó siempre contraria á los belgas, pues estos fueron derrotados en Hasselt y Loeven. Leopoldo, casado con la hija mayor de Luis Felipe, viendo sus tropas maltratadas por los ejércitos holandeses, que se adelantaban por su reino sin hallar obstáculos invencibles, pidió auxilios á los franceses. Estos, á las órdenes del mariscal Gerard, obligaron al rey de Holanda á abandonar una empresa que tenia ya ganada. El mariscal Gerard puso cerco á la ciudadela de Anvers, único lugar en Bélgica donde se tremolaban las armas de la casa de Orange. Después de veinte y cuatro dias de estar abiertas las trincheras, y de una resistencia mas de lo que prometia el humano esfuerzo, se rindió el denodado y constante general Chassé, á 23 de diciembre de 1832.

Holanda quedó reducida al territorio de su antigua república en Europa; al país de los Aschantis, y á San Jorge de la Mina (costa de Guinea), en Africa; á Paramasibo de Guayana, y á las islas de Aruba, Buen-Aire y Curazao (cuya fertilidad se debe al español don Cárlos Lobé), en América, y á gran parte de las islas de Borneo y Java, con varias factorías en Celebes, las Molucas y Sumatra, en Asia.

Guillermo I, fatigado con el peso de tantas infelicidades para su patria, viendo su estado en una forzosa paz, y oprimida la hacienda pública con multitud de deudas, contraidas en sus desdichadas campañas; y por último, enamorado



[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Cortes y Vallejo lit.

Lit. de J. J. Martinez Madrid

SOFIA FEDERICA



Reyna de Holanda.

de la condesa de Oultremont, dama que, á mas de belga, era católica, títulos suficientes al odio de los holandeses, determinó abandonar el trono que habia ocupado por la voluntad de sus súbditos; los cuales, tras una y otra calamidad, creyeron hallar en su persona, como en la del primer Guillermo, un firme restaurador de la cosa pública.

Ciñó á sus sienes la corona de Holanda su hijo Guillermo II, esposo de la princesa Ana, hermana del emperador de Rusia Alejandro, el dia 7 de octubre de 1840, teniendo de edad cuarenta y ocho años.

XIII.

Durante el reinado de Guillermo II florecieron á la sombra de la paz las artes, las ciencias y el comercio. Cuando en 1848 se conmovió Europa con la revolucion francesa del mes de febrero, Holanda no permaneció muda ante el espectáculo de las demás naciones que ensanchaban sus libertades. Se revisó por las dos cámaras de los Estados Generales la constitucion de los Países-Bajos, y se redujo á seis leyes, las cuales fueron aprobadas por Guillermo en 14 de octubre de 1848, y solemnemente proclamadas el dia 3 de noviembre por los magistrados y pueblo.

La paz siguió inalterable en Holanda, sin que las mas leves sombras de inquietudes amenazasen turbar para el tiempo futuro aquel estado, tan combatido hasta entonces por las civiles disensiones y por las guerras extrañas.

Muerto Guillermo II en marzo de 1849, su hijo Guillermo III, príncipe de Orange-Nassau, gran duque de Luxembourg y duque de Limbourg, heredó las coronas de Holanda y de los ducados anexos á este reino. El dia 12 de mayo de 1849 las recibió en Amsterdam, después de haber prestado el juramento de mantener ilesa la constitucion del Estado cuanto durare su existencia sobre el trono de sus ilustres progenitores. De edad de treinta y dos años comenzó á regir la nacion holandesa (pues su nacimiento acaeció en 1817). Esposo de la princesa Sofía, hija de Guillermo I, rey de Wurtemberg, tiene dos hijos, llamados el primogénito Guillermo Nicolás y el segundo Guillermo Alejandro.

Al cabo de tantas contradicciones y vicisitudes, Holanda ha logrado establecer sus libertades en las delicias de la paz. Luchas con España, Francia é Inglaterra no pudieron aniquilar el generoso espíritu de sus hijos, prontos á sacrificar sus vidas por la independencia de su patria. Justo es que tras tantas calamidades, experimentadas por una de las causas que mas ennoblecen á los hombres, disfruten por espacio de muchos siglos, á pesar de los émulos propios y extraños, la felicidad á que son acreedores los holandeses, así por su constancia en las adversidades, como por su moderacion en la próspera fortuna; así por su

claro entendimiento para las ciencias, como por su valiente espíritu para las artes; así por su respeto á las leyes protectoras de los derechos civiles, como por sus heróicos brios para defenderlas, ya en las campañas y en las cumbres de los montes, ya sobre las ondas del Océano; y en fin, así por sus trabajos para fertilizar los pantanos que negaban sus tierras á la agricultura, como para llevar su comercio á las remotas playas del Africa, de la América y del Asia.

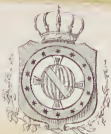
En Holanda se ha cumplido la mas que admirable sentencia de un insigne poeta español del siglo de Felipe IV:

Pocas veces oprime á las naciones
Un enemigo extraño,
Si ellas mismas no ayudan á su daño.

Cádiz, 15 de setiembre de 1852.

ADOLFO DE CASTRO.

Madrid

DON PEDRO II  EMPERADOR DEL BRASIL.

BRASIL.

DOM PEDRO II, IMPERADOR.

I.



[illegible]



BRASIL.

DON PEDRO II, EMPERADOR.

I.



No es fácil comprender hoy la inmensa sensacion que produjo en Europa el descubrimiento del continente americano, bajo las dos fases sucesivas que presentó este gran hecho de la historia del mundo; es decir, primero la creencia de que solo se habia descubierto un nuevo y cómodo camino para aquellas ricas regiones del Cathay que con tan vivos colores habia descrito Marco Polo; y después la conviccion de que lo descubierto era un nuevo y colosal continente, de que no se habia tenido noticia hasta entonces, con productos y habitantes extraordinarios, que tras-

tornaban todas las ideas anteriores de los europeos, y que daban á la historia contemporánea un carácter novelesco, patrimonio casi exclusivo de la historia tan solo cuando se la contempla á gran distancia y despojada de todos los inconvenientes y de todos los pormenores prosáicos de la realidad.

Los descubrimientos asombrosos de nuestros dias, con todo el legítimo entusiasmo que inspiran naturalmente, no pueden darnos una idea de la fermentacion que produjo en los ánimos la realizacion de los pronósticos del gran genovés, el mas ilustre de los hijos adoptivos de España. Hoy lo esperamos todo de la ciencia, y conocemos demasiado bien sus infinitos recursos para dudar de las mas extraordinarias aplicaciones. El uso del vapor en la navegacion y en los ferro-carriles, los puentes tubulares, que, suspendidos en el aire, dan paso á millones de viajeros, y que, si nos es lícito hacer una comparacion de esta especie, parecen cañones colosales que están vomitando de continuo metralla compuesta de seres humanos ; los telégrafos eléctricos, que aniquilan el espacio, y que trasmiten el pensamiento al través de cualquier obstáculo y á cualquiera distancia con una velocidad incalculable, y otros mil prodigios que, si nos sorprenden hoy en las columnas de un periódico, basta una semana para familiarizarnos con su accion, no son mas que nuevas combinaciones de principios conocidos de antemano ; y si nos causan asombro, no son bastante enérgicas para arrancarnos al sentimiento de realidad que por todas partes nos rodea. Hoy se nos anuncia un nuevo proyecto para cruzar en cuarenta y ocho horas la inmensa extension del océano que divide á la Europa de la América, y nos contentamos con responder : «Es posible;» y abrigamos la conviccion de que es altamente probable, sin que esta conviccion nos arranque gritos de entusiasmo. ¿No recordamos todos la época en que el viaje que hoy se hace en treinta dias con regularidad matemática, se consideraba como prodigioso si se hacia de cuando en cuando en noventa? Y ¿tendrémos ciega fe en las objeciones de los hombres científicos, si traemos a la memoria que Sir Humphrey Davy negaba la posibilidad de cruzar los mares en un vapor, y aseguraba que era un proyecto tan insensato querer iluminar una ciudad con gas, como aspirar á obtener el mismo resultado cortando un pedazo de la luna y fijándolo en la veleta de una torre?

Pero la situacion intelectual de la Europa era muy distinta en la época en que Colon explanó sus teorías. La grandeza, la clase media y los pueblos vivian en las tinieblas de la mas profunda ignorancia ; el pensamiento general, la idea que lo absorbia todo, era la guerra ; el saber, tal cual existia entonces, se habia refugiado en el claustro, y su tenue luz no irradiaba fuera de los límites de tan estrecho recinto. La ciencia monástica habia declarado *à priori* que no existian antípodas, y que era herético creer en ellos, como después declaró que lo era creer en la verdad del sistema de Galileo. Cuando un hombre arrojado, á bordo de una ligera carabela, gobernó hácia el oeste, anunciando que iba en busca del mundo oriental, se creyó que era un loco que caminaba á un abismo.

Júzguese cuál seria la sensacion que causó en Europa la noticia de que se habia realizado ese sueño absurdo ; júzguese cuál seria el efecto que produjo esa masa de luz que venia del occidente, al penetrar en las densas tinieblas que rodeaban á nuestros antepasados ; y si se añade á esto las relaciones exageradas de una vegetacion nunca vista, de depósitos inagotables de metales preciosos, de razas desconocidas y de civilizaciones ignoradas, algo logrará entreverse del efecto que produjo en las imaginaciones europeas la revelacion inesperada de tantas maravillas.

Hervia entonces Europa, y muy especialmente España, gracias á la derrota definitiva de los moros, en aventureros inquietos, ávidos de combates y de botin, capaces de acometer las empresas mas temerarias, con tal de que viesen en su término el cebo del oro ; aventureros expuestos á verse privados de sus ocupaciones favoritas á medida que la sociedad europea iba amoldándose á nuevas y mas pacíficas condiciones, y enfriándose y adquiriendo consistencia la lava que desde la invasion de los bárbaros se habia extendido por su superficie. Aquellas falanges de aventureros, peligrosas ya para la Europa, en que habian cumplido plenamente su mision, se abalanzaron con furor por la puerta que con tanta oportunidad les abria el descubrimiento de América, y todos los que las componian, despejado ya el camino, aspiraron á ser descubridores y conquistadores, y á volver á Europa á disfrutar una vida de delicias, cargados de oro y servidos por numerosos esclavos. No es este el sitio oportuno para combatir errores profundamente arraigados, ni para analizar las equivocaciones y los falsos juicios que les han dado orígen ; si lo fuese, creeriamos poder demostrar hasta la evidencia que no era el espíritu religioso, sino pura y exclusivamente la necesidad de librar á la Europa de tantos audaces aventureros, y por parte de estos la sed hidrópica de oro y de goces materiales, lo que llevó á América tantos navegantes y tantos conquistadores. Solo un falso patriotismo puede sostener lo contrario, y con tanta menos razon cuanto que nada pierden de su grandeza posterior las colosales figuras de los conquistadores por haber brotado en semejante estiércol ; ni nadie puede negar que Hernan Cortés, Pizarro, Albarado, Almagro, Valdivia y otros mil se purificaban al crecer, por mas que sea indudable la torpeza y la impureza del primer impulso.

En la situacion que hemos descrito, todos los dias salian de nuestras playas falanges de ávidos aventureros, absorta su imaginacion en los prodigios que se referian de las tierras recien descubiertas, á buscar aventuras y lucros ilimitados, ya siguiendo las huellas de sus predecesores, ya aspirando á abrirse un nuevo camino, encontrando territorios en donde nadie los hubiese precedido aun. Entre los mas incansables exploradores del nuevo continente, se hallaba Vicente Yañez Pinzon, el cual en una de sus correrías tuvo la suerte de ser el primer europeo que abordase á las encantadas playas del Brasil. El 26 de enero del año de 1500 Pinzon daba fondo en la embocadura del rio de las Amazonas, y

saltando en tierra, tomaba posesion solemne del nuevo imperio en nombre de la corona de Castilla. Mas no era esta la destinada á engalanarse con joya de tanto precio. Los compañeros de Yañez Pinzon, en su avidez por coger antes que madurase el fruto de su nueva aventura, no tardaron en indisponerse con los naturales del país. A la benevolencia de las primeras relaciones sucedieron las mas encarnizadas hostilidades. Faltó la perseverancia al mismo tiempo que la prudencia á los aventureros españoles, y sin hacer la menor tentativa de colonizacion, los descubridores levaron anclas, y sin cuidarse del derrotero, se fueron, confiados en su estrella, en busca de nuevas aventuras. Al abandonar aquellas playas, Castilla perdia un imperio; pero bien podia sobrellevar la pérdida quien encontraba un nuevo imperio cada dia. Un imperio mas ó menos pesaba entonces poco en la balanza de su poder.

La Providencia habia reservado este premio, que solo dejó entrever á los españoles, á otra nacion, grande entonces tambien por su poder marítimo y por su espíritu arrojado y aventurero, y que se halla enlazada con la nuestra por los estrechos vínculos de la sangre, por mas que nos separe una frágil é ilusoria barrera política. A Portugal corresponde indudablemente la gloria de haber revelado al mundo la existencia del Brasil, y la de haber abierto el inagotable venero de sus riquezas al comercio europeo.

Convencido aun de la posibilidad de llegar á la India navegando hácia el oeste desde los puertos de Europa, y deseoso el Portugal, como pueblo eminentemente navegante y mercantil, de abrir en su provecho esta nueva ruta en que se evitaban los peligros del cabo de Buena-Esperanza y el incómodo tránsito que habia dado tanto poder y tanto esplendor á Venecia, no tardó en seguir el rumbo que habia abierto á la inteligencia europea la realizacion de las teorías de Colon. En el año de 1500 el rey de Portugal dispuso que una flota compuesta de doce velas, pertrechada con diez y ocho meses de provisiones y con las mercancías mas convenientes para los parajes que se suponia iba á visitar, saliese del Tajo en demanda de Calicut, adonde habia ya llegado Vasco de Gama.

El 8 de marzo de 1500, mandada por el almirante Pedr'Alvares Cabral, esta flota bajaba majestuosamente por el Tajo hasta anclar en frente de Belem, donde la esperaba el Rey con toda su corte para asistir á una fiesta religiosa, cuya magnificencia parecia un presentimiento del hallazgo magnífico que le estaba destinado. El 9 la escuadra se dió definitivamente á la vela, y después de pasar el 14 á la vista de las islas Canarias, y el 22 cerca de las de Cabo-Verde, descubrió el 22 de abril la inmensa extension de costa que le cerraba el paso y ponia término forzoso á su viaje. La flota habia dado fondo en las hasta entonces ignoradas playas del Brasil.

Grande debió ser la sorpresa de Pedr'Alvares Cabral al encontrarse con aquella region de que ningun conocimiento tenia; pero mayor seria sin duda la que experimentó al ver aquella vegetacion tropical, tan abundante y tan lozana, y de

proporciones tan colosales; aquel magnífico cielo, mas diáfano y mas brillante aun que el de las regiones meridionales de Europa; aquellas pintorescas bahías, ante cuya hermosura se eclipsan el golfo de Nápoles y el Bósforo, y aquellos naturales cobrizos, de índole blanda y amable, que se acercaban sin temor á él y á los suyos, y que les proporcionaban desconocidas pero abundantes provisiones, en cambio de algunas baratijas, producto de la industria europea. Pedr'Alvares no tardó en conocer que habia hecho algo mas por su país que llegar á las playas del casi fabuloso Cathay, y no vaciló un momento en engarzar aquella joya en la corona de su soberano; siguiendo después hasta Calicut.

Hemos dicho que Castilla perdia un imperio al abandonar las playas del Brasil; pero conviene tener presente que este territorio, segun el derecho público de aquella época, correspondia á Portugal. En efecto, por un convenio celebrado entre las dos coronas, y firmado en Tordesillas el dia 7 de junio de 1494, debia pertenecer á Portugal todo territorio que se descubriese hasta el meridiano que pasa aproximadamente por la embocadura del rio de las Amazonas. Este convenio fué reconocido por el Papa, cuya autoridad en aquella época daba á semejantes transacciones una autoridad que casi podia considerarse como de derecho divino. Así se explica por qué España dejó á Portugal en pacífica posesion de aquel nuevo tesoro en las regiones del Nuevo-Mundo, que ya casi todo formaba parte del territorio de Castilla, y por qué otras naciones de Europa, obedientes aun á la Santa Sede, y en cuyo seno no habia brotado aun el cisma, se abstuvieron de disputarle el derecho de adjudicar un territorio que en extension era casi igual á todo el continente europeo.

II.

En este punto empieza para nosotros la verdadera historia del Brasil; historia breve, pero interesante en alto grado, y que puede ofrecer mas de un elocuente ejemplo, digno de estudio y de imitacion, á las naciones que de mas adelantadas se precian en nuestro antiguo continente. Antes de esta época no se vislumbran mas que confusos fragmentos de la historia de unas razas salvajes, que no formaban un imperio compacto, que vivian errantes en un vastísimo territorio, que se destrozaban mutuamente en incesantes y crueles guerras, y que nunca llegaron á bastante altura en la escala de la civilizacion para trasmitirnos siquiera algunos rayos de luz, como lo hicieron los peruanos con sus famosos *quipos*, y los mejicanos con esos verdaderos manuscritos, que tan bien han sabido interpretar la ciencia y la sagacidad de los europeos.

Ni la índole de esta obra, ni el tiempo de que podemos disponer, consienten que consagremos un detenido estudio á esa historia interesante. Nuestro plan

es mas modesto; y un bosquejo rápido y sucinto de la historia del Brasil bastará para desenvolver la tarea que hemos aceptado.

Después que los portugueses hubieron recorrido por todos lados el vasto territorio que acababan de descubrir, disipadas las primeras ilusiones, y adquirido el convencimiento de que, no por medio de rápidas correrías, sino por medio de una ocupacion permanente, podian alcanzarse las ilimitadas riquezas que habia puesto en sus manos, empezaron las primeras tentativas de colonizacion. Estas tentativas trajeron consigo, como sucedió en todas partes, guerras encarnizadas con los indígenas.

La lucha era desigual, porque la ignorancia y las armas imperfectas de los salvajes no podian resistir á la ciencia, á la energía y á los proyectiles de los europeos. En esta lucha sucumbieron los indios, no sin que hubiese algunos ejemplos de ferocidad y de inhumanidad, en que no sabemos á quién dar la preferencia, si al hombre civilizado ó al salvaje: tal era la crueldad con que habian manchado al carácter europeo la ignorancia y las guerras incesantes de aquellos siglos. Pero en medio de las matanzas, incendios, de los excesos de toda especie, que son en verdad menos frecuentes en la historia de la conquista del Brasil que en la de las demás naciones americanas, y cuya relacion suprimimos, resaltan algunos hechos y algunas escenas de pura y delicada poesía, que iluminan con escasos pero admirables rayos de luz la sangrienta y sombría entonacion del cuadro general. Entre estos rasgos solo citarémos brevemente la interesante leyenda de Caramurú, que ha dado argumento á un poema de la naciente literatura del Brasil, y en que una hermosa princesa indígena se apasiona de un náufrago portugués, le consagra su vida, le libra de las feroces persecuciones de su tribu, y le asegura en sus consejos una influencia ilimitada; y fiel compañera de su existencia, viene á su lado á Europa, lo acompaña de regreso al Brasil, favorece la propagacion de la dominacion europea, y muere en los brazos de la fe en que no habia nacido, y que llevaron á su patria los conquistadores.

Apenas habian logrado los portugueses vencer algunos de los peligros que mas de cerca amenazaban su colonizacion, cuando otro peligro, no para el país, sino para el desarrollo de la nacionalidad portuguesa, vino á entorpecer sus esfuerzos. Las persecuciones religiosas afligian por aquellos tiempos á las naciones europeas, y los sectarios de la reforma que acababan de sacudir el yugo de la autoridad, acosados por sus enemigos, fijaban los ojos en la América, y esperaban encontrar en sus soledades ilimitadas el derecho que creian tener para adorar á su Criador en la forma en que se lo dictase su conciencia. La intolerancia triunfaba en las regiones centrales y en el mediodía de Europa; las armas espirituales habian apelado á la cooperacion del hierro y del fuego, y los reformados conocian que no les era posible levantar los templos de su nueva fe donde quiera que habia que empezar por vencer grandes intereses creados y subsistentes, y creencias cuyas raíces arrancaban desde el fondo de las mas remotas tra-

diciones. Los reformados franceses proyectaron trasportarse al Brasil, y empezaron por enviar una colonia á Rio-Janeiro, donde hoy está situada la ciudad magnífica que sirve al imperio de capital. Pero sus ideas y sus principios eran tan opuestos á los que profesaban los portugueses y al espíritu que dominaba tanto en su sistema de colonizacion como en el nuestro, que la colonia reformada no pudo echar raíces; y combatida vigorosamente por los jesuitas, no tardó en verse expulsada del territorio en que no esperaba encontrar pujantes y consolidadas ya las mismas ideas que la habian obligado á salir de Europa.

Aunque sin importancia alguna bajo el punto de vista histórico, y teniendo presente la influencia que ha ejercido en el porvenir de la gran confederacion anglo-americana la emigracion de los puritanos á las playas de la Nueva-Inglaterra, seria curioso estudiar el resultado probable que hubiera tenido el establecimiento de los reformados franceses en Rio-Janeiro, su amalgama con los fervorosos católicos que enviaba Portugal, el contraste entre el libre exámen y las ideas peculiares de intolerancia que entonces reinaban en nuestra península, y la influencia de ese contraste en el giro que habrian tomado la gobernacion y el sistema administrativo de aquella sociedad naciente. Pero no nos toca á nosotros, á pesar del interés que nos inspira, acometer semejante empresa.

Después de la expulsion de los protestantes franceses, reinó por algun tiempo la paz mas completa en el país. Vencidos ó fugitivos los salvajes, el poder de Portugal se afianzaba y se consolidaba rápidamente. La paz traia consigo sus beneficios acostumbrados. Los hombres se dedicaban á las especulaciones provechosas; fundábanse ciudades y pueblos por todas partes; se fomentaba el comercio y la navegacion, y se iba adquiriendo diariamente un conocimiento mas claro de la extension del país, de sus vastos recursos, y de la manera de sacar fruto de ellos. Un nuevo episodio belicoso vino á turbar en el siglo XVII esta pacífica situacion, si bien su resultado definitivo fué altamente beneficioso para la prosperidad del Brasil.

Los holandeses eran entonces dueños de los mares, y hacian incesantes esfuerzos por extender su poder colonial á los puntos mas remotos del globo. La justicia pesaba poco en sus cálculos, y no oian mas consejo que el de la avaricia, para lanzarse sobre la presa que codiciaban. El Brasil les ofrecia bajo este punto de vista atractivos irresistibles, y se lanzaron resueltamente á conquistarlo. Por los años de 1637 desembarcó en el Brasil la principal expedicion holandesa, y las operaciones contra los portugueses se emprendieron vigorosamente bajo la hábil direccion del príncipe Guillermo de Nassau. Perspicaces como pocos los holandeses en descubrir el punto débil de sus adversarios, diestros políticos, y bastante flexibles para aplicar alternativamente la blandura y el rigor, las concesiones liberales ó la represion implacable, segun mejor conviene al objeto final que se proponen, no tardaron en ver por dónde flaqueaba el poder portugués en el Brasil, y á qué recursos habian de apelar para reforzar los elemen-

tos europeos que traian con aliados domésticos. Los portugueses habian reducido al estado de esclavitud á los indígenas, y se servian de ellos como hoy se sirven de los negros las naciones americanas que aun no los han emancipado; los holandeses se apresuraron á declararlos libres, y encontraron en ellos aliados inmejorables. Con este auxilio poderoso, y con la tenacidad y perseverancia que ha caracterizado siempre todas sus empresas, los holandeses lograron en diez y siete años conquistar una gran parte del Brasil, y afianzarse en su territorio sólidamente.

Libres los holandeses hasta cierto punto de las meticulosas y pueriles preocupaciones que han entorpecido los movimientos de otras naciones colonizadoras, dieron á la prosperidad del Brasil un impulso que no le hubiera dado nunca su metrópoli, y cuyos saludables efectos se notan hoy mismo en provecho de la raza que ha fundado en aquel vasto territorio una nueva y pujante nacionalidad. Los holandeses fomentaron rápidamente la prosperidad de Pernambuco, construyeron fuertes y edificios de pública utilidad, abrieron caminos, é inocularon en aquella region el espíritu mercantil, que vivifica ahora sus ilimitados recursos. Pero el mayor servicio que hicieron al Brasil, fué el de darlo á conocer en Europa, enviando á estos mercados sus variados y nuevos productos, creando con ellos necesidades que solo el Brasil puede satisfacer, y fomentando en el antiguo continente el deseo de explorar aquel nuevo imperio, y establecer con él relaciones mutuamente beneficiosas y susceptibles de un desarrollo indefinido; ventajas todas que jamás hubiera procurado al Brasil el sistema colonial de los portugueses.

Desgraciadamente para la colonia holandesa del Brasil, la influencia que en ella ejercia el príncipe Guillermo de Nassau, sus esfuerzos ilustrados por aumentar su prosperidad rápidamente, y las simpatías que esta conducta le conquistaba, causaron celos al gobierno de la metrópoli. Creyóse que el Príncipe no trabajaba exclusivamente por el interés general de su país, y que aspiraba á crear para sí un trono independiente de la madre patria. Esta sospecha bastó para que se le mandase volver, y con su retirada desaparecieron en breve espacio los elementos de la hábil política que tan buenos frutos habia dado. Con la seguridad de la posesion entró el descuido. Los holandeses se olvidaron de las medidas con que habian sabido atraerse la voluntad de los indígenas, y de sus protectores que eran, se convirtieron en amos implacables. Su tiranía sublevó contra ellos todos los ánimos. En su campo mismo brotaron abundantes gérmenes de discordia. Los portugueses supieron aprovecharse de esta coyuntura, fomentaron una insurreccion formidable contra los nuevos invasores, y después de algunos combates sangrientos, los holandeses fueron expulsados definitivamente del Brasil en 1654.

Después de este notable acontecimiento el Brasil disfrutó de una paz que no se interrumpió hasta 1710, época en que una escuadra francesa, con mil doscientos

hombres de desembarco, hizo una brusca tentativa para apoderarse de Rio-Janeiro. Los habitantes se defendieron con gran valor; la mayor parte de los invasores, con el jefe que los mandaba, cayeron prisioneros, y el valor portugués quedó triunfante. Triste es no poder aplicar el mismo elogio á los sentimientos de humanidad de los vencedores. Irritadas las turbas contra los prisioneros, sin que el tiempo trascurrido pudiese calmar su furor, penetraron el 18 de marzo de 1711 en la estancia en que se custodiaba á los franceses, y los pasaron á degüello. Este hecho horrible causó la mas profunda indignacion en Francia, é inmediatamente se confió al almirante Duguay Trouin la mision de vengar el ultraje que la humanidad habia sufrido. El almirante francés, con una formidable escuadra á sus órdenes, se presentó en Rio-Janeiro el 11 de setiembre de 1711. Inmediatamente empezó á disparar sus andanadas contra la ciudad indefensa. El cañoneo produjo un terror pánico entre los habitantes; todos huian y abandonaban sus hogares á merced del invasor, el cual, aprovechándose de la confusion y del miedo, echó en tierra sus tropas y se apoderó de la capital del Brasil. Este rápido triunfo fué decisivo. Los portugueses, después de algunos alardes de resistencia, capitularon, y el almirante francés consintió en retirarse, como lo verificó, mediante el pago de 600,000 cruzados en dinero, cien cajas de azúcar y doscientos bueyes. Además de este rescate, los portugueses sufrieron la pérdida de cuatro navíos y dos fragatas de guerra, y de mas de sesenta buques mercantes con una prodigiosa cantidad de mercancías, que los vencedores consideraron como el botin mas pingüe de la victoria.

La retirada de Duguay Trouin inaugura para el Brasil un período de prosperidad cual no la habia conocido en época alguna anterior. Desde entonces parece que se abrieron los ojos de los portugueses á las inagotables riquezas del país que poseian, de lo cual resultó una actividad, un deseo de trabajo y de progreso en todos los ramos de prosperidad material, que no tenia antecedentes en la historia del país.

Aquella naturaleza privilegiada que ofrece al hombre alimento abundante casi sin exigirle en retribucion trabajo alguno; aquellos bosques primitivos que nada deben á los esfuerzos del hombre, y que le brindan en cantidad inagotable maderas exquisitas aplicables á todas las exigencias de la industria humana; aquel suelo que donde quiera que no se halle ocupado por una frondosa é impenetrable vegetacion, en que se abrigan las aves mas hermosas del mundo y los insectos mas raros, brota oro en abundancia, y esconde en sus entrañas las piedras mas preciosas; aquel conjunto, por fin, de producciones inapreciables, que solo esperan un leve impulso de la mano del hombre para derramar en anchos veneros por la superficie del mundo toda la riqueza ilimitada que conservan en el estado latente, empezó á recibir ese impulso de manos de los dueños del país. Abriéronse algunos caminos indispensables para la circulacion de la riqueza; descubriéronse por todas partes minas de metales preciosos y de diamantes y otras piedras; se

propagó la agricultura y se perfeccionaron los cultivos, y se construyeron edificios públicos importantes, entre los cuales descuella el magnífico acueducto que surte de aguas potables á la capital del Brasil, y que hoy mismo, por la solidez de su construccion y por la elegancia de sus formas, es el asombro de los extranjeros que descubren el panorama encantado en que figura Rio-Janeiro como una de las grandes capitales del mundo civilizado. Tales progresos, si bien realizados dentro de los estrechos límites de la incomunicacion en que Portugal tenia al Brasil con el resto del mundo, gracias al erróneo sistema colonial que convertia á las posesiones mas ricas en el tesoro infecundo é inútil del avaro, esparcieron en aquel vasto imperio un bienestar, unos goces, una tendencia de civilizacion de que hasta entonces no se tenia ni una idea remota, y que preparaban ventajosamente el terreno para la nueva semilla que iba á recibir y que debia producir hondas modificaciones en su constitucion social y en todos los elementos de su existencia. En esta situacion, y al terminar el siglo XVIII, se cerraba el período que podemos considerar hasta cierto punto como la edad media del Brasil. Al inaugurarse el siglo XIX empezaba para él una nueva era, tan imprevista como interesante, que debia cambiar el curso de su historia, y encaminarlo al alto puesto que ocupa hoy, y que no es, sin embargo, mas que el principio de una carrera cuyas proporciones y cuyo límite no es posible conocer. La Providencia intervenia visiblemente en los destinos del Brasil, y en los momentos críticos de las mas violentas trasformaciones le concedia un don que lo ponia al abrigo de las mas peligrosas borrascas, y que en sus inescrutables designios habia negado á las demás naciones de orígen español que ocupan el resto del gran continente de América.

III.

La revolucion francesa, y la ambicion ilimitada del hombre eminente que le puso freno, habian producido una honda perturbacion en todas las naciones de Europa. A favor de ella y al frente de sus ejércitos, hasta entonces invencibles, Napoleon las atacaba sucesivamente, derribaba tronos seculares, y colocaba en su lugar los nuevos tronos en que sentaba á sus hermanos ó á los príncipes que habia creado con los elementos que le proporcionaban las filas de sus batallones. El profundo marasmo en que habian caido las dos naciones que ocupan la península ibérica, y sobre todo España, cuya vitalidad no habia podido resistir á tres siglos de brutal opresion, de ignorancia desarrollada sistemáticamente, de guerras impolíticas, en que consumia su sangre y sus tesoros sin que de la victoria pudiera resultarle la mas leve ventaja, ofrecia una tentacion irresistible al gran conquistador de nuestro siglo. Napoleon incurrió en el mismo error que

Luis XIV. Conociendo que el talon de Aquíles de Francia está en los Pirineos, y que no tiene aquella nacion libertad de moverse hácia el Rin mientras que esté en manos de España abrir la puerta por donde la Inglaterra puede herir á la Francia en el corazon, creyó evitar para siempre este inmenso peligro, colocando en el trono de Castilla á un príncipe francés, y reforzar la posicion de este expulsando de Lisboa la influencia británica. La ocasion era la mas oportuna al parecer, y los ejércitos franceses no tardaron en salvar los Pirineos con pretextos engañosos, que, aparentando amenazar mas directamente á Portugal, iban encaminados, como el resultado lo probó, á subyugar á toda la península.

Nadie ignora cuál fué la suerte de nuestra familia real, en aquella calamitosa época, en que Dios parecia haber cegado á nuestros gobernantes para castigarlos con una humillacion nunca vista en nuestro país. Mas afortunada la del país vecino, protegida por los ingleses, dueños de los mares, supo ponerse en salvo y librarse de la ignominia y de la amargura de ser juguete é instrumento de un invasor.

Al acercarse pues el riesgo de perder la independencia, D. Juan VI, que ejercia en Portugal las funciones de regente por la perturbacion que sufrian las facultades mentales de D.ª María, su madre, resolvió embarcarse con toda su familia para el Brasil, donde la regia estirpe de Braganza se encontraba al abrigo de todo insulto mientras pasaba la tormenta que invadia el centro tradicional de su poder.

La noticia de esta acertada resolucion produjo en el Brasil, profundamente monárquico, como todas las ramas de la nacionalidad española y portuguesa, un entusiasmo inmenso.

Mientras que D. Juan se embarcaba para Rio-Janeiro en Lisboa el 29 de noviembre de 1807, en el Brasil se hacian por todos lados grandes preparativos dignos de tan fausto acontecimiento, y proporcionados á la incalculable revolucion que iba á experimentar.

Los augustos viajeros desembarcaron en San Salvador, y apenas pusieron el pié en tierra, cuando el Brasil empezó á experimentar los beneficios de su presencia en aquella region remota de la monarquía. El primer acto de D. Juan, como regente del reino, fué la promulgacion de la disposicion memorable que abria los puertos del Brasil, antes cerrados, á los buques y á los súbditos de todos los aliados de Portugal. Prohibido antes el comercio por medio de buques extranjeros, incomunicado el Brasil con todo el resto del mundo civilizado, á no ser por conducto de la madre patria, carecia, en medio de la mayor abundancia de recursos naturales, de una multitud de goces y ventajas que eran comunes en el resto del mundo. El país, si bien relativamente á épocas anteriores habia hecho grandes progresos, se hallaba muy poco adelantado en todo lo que constituye los verdaderos elementos de la civilizacion. Las ideas, las costumbres y las opiniones en el Brasil se hallaban atrasadas en un siglo por lo menos respectiva-

mente á Europa. La educacion no existia, y la inteligencia no tenia medio alguno de desarrollarse, fuera de un estrecho círculo que se hallaba al alcance de muy pocos. Con decir que á la llegada de la familia real no existia en toda la extension del Brasil una sola imprenta, comprenderán nuestros lectores cuál era la situacion intelectual de aquel territorio, que hoy aspira á rivalizar con las naciones de Europa en el cultivo de las ciencias y de las artes.

La primera disposicion del Regente puso término á una situacion tan degradante, abriendo la puerta á la luz del saber europeo; y el país, á pesar de su atraso, y con ese maravilloso instinto que los pueblos poseen, comprendió tan bien la inmensa trascendencia de esta medida, que concibió un afecto profundo hácia la familia real, y dejó que se arraigase en su corazon esa fe monárquica que conserva hasta el dia, y que de tantas calamidades lo ha salvado.

Así es que cuando el 7 de marzo de 1808 entró D. Juan en Rio-Janeiro, el entusiasmo del público llegó á rayar en delirio, y todo parecia poco á los habitantes, en la nueva posicion en que se hallaban colocados, para demostrar al Príncipe el profundo amor que les inspiraba y el conocimiento que tenian de los beneficios que habian recibido de él.

D. Juan correspondió dignamente al amor y á la confianza de su pueblo americano, y se esforzó por merecerlos mas y mas cada dia. Perseverando en la conducta que habia adoptado al desembarcar en San Salvador, amplió la aplicacion de los buenos principios, de que tanto esperaba el país. Declaró libre el ejercicio de todas las industrias, que habia estado muy restringido hasta entonces; estableció imprentas, fundó escuelas de toda especie, hasta para el estudio de las ciencias mas elevadas; construyó muchas obras de utilidad pública, y dió en todo sentido un gran empuje á la prosperidad y al progreso de la civilizacion brasileña. El establecimiento de la corte en Rio-Janeiro, y el impulso dado al país, atrajeron á muchos extranjeros, comerciantes y artistas, que auxiliaban poderosamente los proyectos de D. Juan. Además de esto, el país sacaba otras inapreciables ventajas de la presencia de la corte. Los grandes y los hidalgos portugueses que la rodeaban, habian llevado consigo los modales elegantes, las inclinaciones ilustradas, las tendencias civilizadoras de la culta Europa, que tanto distinguen á la nobleza portuguesa. Puestas en contacto con ella las clases elevadas y ricas del Brasil, adquirian los mismos gustos, adoptaban las mismas inclinaciones, y pulimentaban, por decirlo así, con nuevos modales la rudeza que, sin rebajar su valor intrínseco, revestia su aspecto exterior: resultado natural del aislamiento y de la ignorancia del mundo en que habian vivido. Así se iba formando poco á poco una nueva aristocracia, elemento necesario del embrion de nacionalidad que habia empezado á desarrollarse desde que la familia reinante desembarcó en las playas del Brasil.

Mas no era posible aplicar tales principios sin que el país dedujese instintivamente las naturales consecuencias; no era posible establecer en el Brasil el cen-

tro de la monarquía, y tratarlo como colonia; no era posible abrir los canales de la ilustracion y de la prosperidad, sin que el resplandor de esta luz dispertase en los habitantes el sentimiento de sus derechos, de esos derechos que les autorizaban á reclamar una justa igualdad con las demás fracciones de la monarquía, y el término de una tutela que, si habia sido poco política hasta entonces, en adelante era insostenible y absurda. El Brasil, que era bueno para abrigar en su seno, para defender y para mantener una corte, no podia ya ser una simple colonia, y cuando menos, podia aspirar á ser considerado con igualdad de derechos, como parte integrante de la nacionalidad comun.

Estas ideas, que nadie habia formulado, y que, sin embargo, se absorbian por todos los poros en la atmósfera política del Brasil, se condensaban rápidamente y exigian de una manera imperiosa, no por medio de motines ni de representaciones, sino por medio de esa gravitacion natural, tan irresistible en el órden político como en el mundo físico, una aplicacion práctica é inmediata. La corte no resistió al torrente de esta necesidad apremiante, y tuvo la habilidad de ponerse al frente del movimiento, en lugar de gastar inútilmente sus fuerzas en contrarestarlo. El 16 de diciembre de 1815 se consumaba un acto de la mas elevada trascendencia, que realzaba al Brasil á sus propios ojos y á los del mundo entero, y que echaba el sólido cimiento de su independencia futura : el Regente lo elevaba, de provincia colonial que era, á la categoría de reino, y la nacionalidad portuguesa se constituia en su nueva forma bajo el título de Reino-Unido de Portugal y del Brasil y Algarbes. Esta medida, sean cuales fueren sus resultados posteriores para Portugal, satisfacia plenamente á los brasileños, como todas aquellas que no hacen mas que dar una forma oficial y concreta á una necesidad universalmente sentida, y á una exigencia indeclinable de la época en que se vive. Inútil es decir que produjo el mas ardiente entusiasmo, lo mismo en la capital que en toda la extension del nuevo reino, y que aumentó en proporcion el afecto con que se miraba en todas partes á la familia real.

Poco despues ocurrió un hecho nuevo en la historia de América : la reina Doña María I, que era el primer soberano europeo que habia pisado sus playas, murió, y el Regente se coronó, tomando el título de D. Juan VI.

No entra en el plan de nuestra narracion referir minuciosamente la historia del período que trascurrió desde este suceso hasta el año de 1821. Trabajos incesantes por mejorar la situacion del país, intrigas de corte, disidencias entre la nobleza que habia venido de Europa y la que tan rápidamente se habia perfeccionado en el nuevo continente, disidencias que nacian del desden con que la primera trataba á la segunda, bajo pretexto de una ilusoria superioridad; progresos en las artes, en las ciencias, en el comercio, en la agricultura, en todo lo que constituye la riqueza y el brillo de una nacion : hé aquí los sucesos que llenan ese intervalo, y que, si bien ofrecen elementos de interesantes estudios para el que escriba la historia del país, son de poco aprovechamiento para nosotros, que

no tenemos otro deber que el de ir señalando rápidamente los sucesos mas notables de esa historia.

Pasarémos pues de un salto y sin transicion al tempestuoso año de 1821, cuando, comprimido en Europa el espíritu liberal, estallaba con estrépito por todos lados, y amenazaba reproducir en las naciones del mediodía de nuestro continente el gran drama de la revolucion francesa. La revolucion española habia encontrado eco en Portugal, que declaró llegado el momento oportuno para que su rey regresase á Lisboa y vigilase de cerca los acontecimientos de sus posesiones europeas. Pero este suceso no se verificó tan pacífica ni tan naturalmente como era de esperar. En el Brasil se habian creado nuevas necesidades, y el progreso de las ideas habia marchado con suma rapidez. Cada dia sentia mas y mas la conciencia de su dignidad, y no podia ver sin inquietud que las tendencias todas de la metrópoli se encaminaban á volverlo á reducir á su antiguo estado de colonia. El Brasil, que en sus diez y siete provincias contaba ya con una poblacion libre superior á la que encierran las seis provincias de Portugal, no podia estar tranquilo al ver que solo se le concedia en las Cortes generales una minoría de diputados que en todas las deliberaciones quedarian á merced de los representantes de la metrópoli.

Entre tanto se mandó proceder á las elecciones del Brasil por el sistema indirecto; se efectuó la de los electores de parroquia, y estos fueron convocados por el Gobierno para que, reunidos en sesion, se les comunicase oficialmente la noticia de la salida del rey para Europa. Los electores reunidos se figuraron desde luego que eran diputados en Cortes, y este primer ensayo de un cuerpo casi representativo no fué feliz. Ignorando los individuos que componian esta especie de asamblea cuáles eran sus derechos y cuáles sus atribuciones, ó segun se cree con mas fundamento, deseosos de evitar por todos los medios posibles que el Rey saliese de su reino americano, se desmandaron, proclamando medidas en el sentido de prevenir la posibilidad de que la constitucion que en Portugal se decretase por las Cortes fuese en perjuicio de las provincias del Brasil y obligase definitivamente al Rey á abandonar su territorio.

La sesion se prolongaba ya muy entrada la noche. Entre tanto las tropas que poco antes habian llegado de Portugal se reunian, y cercaban el edificio donde deliberaban los electores. A las dos de la madrugada una compañía de estas tropas hacia una descarga contra los electores reunidos y el pueblo, que presenciaba los debates, quedando de sus resultas algunos muertos y heridos. Este lamentable acontecimiento ha sido explicado de distintos modos. A nosotros solo nos toca decir una cosa, y es que se sabe con certeza que D. Juan VI no tuvo en esta especie de revolucion de sus tropas parte alguna, y que, al contrario, amigo decidido del Brasil, y deseoso de quedarse en él, le hubiera complacido mucho el que se realizasen las aspiraciones de los electores brasileños. Sin embargo, la suerte habia dispuesto las cosas de otra manera, y en vista de

lo ocurrido, D. Juan VI se vió obligado á embarcarse para Europa, dejando al frente del Brasil, con el título de lugarteniente, á su hijo el príncipe heredero Don Pedro de Alcántara.

Así se malogró el extraordinario proyecto del ilustre marqués de Pombal; proyecto que, segun se dice, D. Juan VI, de acuerdo con sus ministros, habia resuelto llevar á cabo, y que consistia en establecer en el territorio del Brasil la verdadera corte de todos los estados de la monarquía portuguesa.

IV.

La gran figura histórica de D. Pedro de Braganza, de ese hombre verdaderamente extraordinario, que fundó el primer imperio de América, y vino después á nuestro continente para ceñir una corona europea á las sienes de su hija y para dar libertad política á una fraccion importante de nuestra península, aparece en los horizontes de la historia del Brasil como la de uno de esos seres providenciales que Dios envia á las naciones en los momentos de las grandes crísis para ser instrumentos de sus designios.

D. Pedro nació en Lisboa el 12 de octubre de 1798. Cuando su padre emigró al Brasil para salvar la dignidad de la corona portuguesa, el jóven D. Pedro, destinado á ejercer después una influencia tan decisiva en los destinos del nuevo continente y de su antigua patria, lo acompañó, como todo el resto de su augusta familia. A pesar de su juventud, D. Pedro daba ya durante la navegacion pruebas de la claridad de su ingenio, de su instruccion nada comun y de sus deseos de aprender. Los historiadores de esta singular emigracion, sin ejemplo en los anales del mundo, se complacen en referir que D. Pedro estudiaba asiduamente las faenas del mar, y que uno de sus grandes deleites consistia en sentarse al pié del palo mayor á leer la *Eneida*, con cuyo héroe gustaba compararse, como si previese las vicisitudes de que habia de componerse su existencia.

Durante la permanencia de D. Juan VI en el Brasil, la vida de D. Pedro no ofrece incidentes de gran interés. Algunos disgustos que le produjeron las malévolas sugestiones de los cortesanos de su padre, que lo presentaban como hijo desleal y ambicioso que aspiraba á conquistar popularidad para crearse un trono en América, no merecen que les consagremos mas que esta indicacion pasajera.

El 5 de noviembre de 1817 D. Pedro se casó con la archiduquesa de Austria, D.ª Carolina Josefa Leopoldina. De este enlace, que ha dado en Europa y en América orígen á mil rumores, mas ó menos fundados, sobre el carácter y sobre la conducta doméstica de D. Pedro, nacieron los actuales soberanos de Portugal y del Brasil. La desdichada princesa, primera emperatriz de aquel vasto territorio, falleció el dia 11 de diciembre de 1826.

Un escritor francés, M. de Pradt, que ha publicado muchos libros sobre los asuntos de América, pero que, apasionado y ciego, ha acertado pocas veces á presentarnos la verdad de los hechos, sobre todo en lo referente á las antiguas colonias españolas, decia en un libro escrito antes que ocurriesen los sucesos cuya historia vamos sucintamente á referir, las siguientes notables palabras, que los acontecimientos posteriores han venido á confirmar en toda su exactitud: «Es evidente que si algun dia el soberano establecido hoy en el Brasil vuelve á Portugal, dejará tras sí á la independencia establecida en las factorías de Rio-Janeiro.»

En efecto, el pronóstico no pudo ser mas exacto. El Brasil habia probado ya la fruta del árbol prohibido; era mayor de edad, habia tenido en su seno la corte, habia vivido independiente hasta cierto punto de su metrópoli, conocia la extension de sus fuerzas y el medio de desarrollarlas, se hallaba rodeado de naciones que luchaban por su independencia, ó que la habian conquistado ya: añádase á esto que tenia á su frente al heredero de la corona portuguesa; que las ideas de independencia y libertad componian la atmósfera que por entonces rodeaba en todas partes al mundo político; y por último, que las cortes de Portugal hacian todo lo posible por humillar al Brasil y al príncipe que lo gobernaba; y se concebirá fácilmente que, aunque la voluntad del Brasil se hubiese opuesto á ello, la fuerza irresistible de los acontecimientos lo hubiera llevado á sacudir el yugo colonial, y á constituirse en una gran nacion independiente.

Apenas habia empuñado D. Pedro las riendas del poder, cuando descubrió que no era fácil curar el cáncer de la desunion que reinaba en su territorio entre portugueses y brasileños. En vano se esforzaba por hacer desaparecer esta discordia: solo conseguia reconciliaciones aparentes, que servian después para atizar con mas fuerza el fuego de la desunion. Entre tanto las cortes de Lisboa hacian todo lo posible por malograr las tentativas conciliadoras del Príncipe. Sin disimular sus proyectos, abolian los tribunales y las juntas establecidas por Don Juan en el Brasil; dividian su territorio en diferentes fracciones, cuyos jefes debian entenderse tan solo y directamente con la corte de Lisboa; y, cosa increible por lo ridícula, si la historia no nos asegurase de la verdad del hecho, mandaban que D. Pedro regresase á Portugal, viajando previamente y de incógnito por Inglaterra, Francia y España, leyendo el *Telémaco* de Fenelon para perfeccionar su educacion política.

Don Pedro, acusado por el partido portugués de quererse ceñir la corona del Brasil como soberano absoluto, y apoyado por el partido brasileño, que en él veia su tabla de salvacion, se preparaba, sin embargo, á obedecer las órdenes de Lisboa, en medio del terror y de la enérgica oposicion del país, que en su retirada veia la inauguracion de una era de anarquía y de desórden. Estos temores tomaron poco á poco cuerpo. Saltaron chispas de insurreccion en diferentes puntos del territorio; hubo encuentros parciales con las tropas portuguesas; y por fin,

el Príncipe, requerido solemnemente por los representantes del partido nacional, se decidió el 9 de enero de 1822 á permanecer en el país, y poco después aceptó para sí y para sus herederos el título de *defensor perpetuo del Brasil*, con cuyo carácter convocó una asamblea constituyente y legislativa.

Continuaron las torpezas de las cortes de Lisboa, y sus esfuerzos por reducir de nuevo al Brasil al estado de posesion colonial, y con esto los encuentros entre brasileños y portugueses, que producian en el Brasil un estado de guerra civil, ocasionada á propagar el incendio por todo su territorio. No habia mas que un remedio para semejantes males, y este remedio era el que pedian todos los brasileños ilustrados, y el que por fin consiguieron : declaróse franca y decididamente el dia 7 de setiembre la independencia del Brasil, y el 12 de octubre de 1822 el pueblo proclamaba solemnemente á D. Pedro I su emperador.

Después de este acontecimiento importante, que resolvia de hecho una cuestion resuelta ya moralmente con mucha anterioridad, se hizo un esfuerzo por constituir legalmente á la nacion en una forma que asegurase la estabilidad de las bases en que habia de descansar para siempre. Tal era el papel que se reservaba á la asamblea constituyente del Brasil, que, reunida el 17 de abril de 1823 con cincuenta y tres diputados, celebró algunas sesiones preparatorias, y acordó fijar para el 3 de mayo la inauguracion formal de sus tareas.

El Emperador en persona abrió las sesiones de este cuerpo, que, al parecer, era el destinado por la Providencia á estampar un sello indeleble en la constitucion social del Brasil y en el desarrollo futuro de su civilizacion. Desgraciadamente no correspondieron los resultados á tan halagüeñas esperanzas. En la Asamblea Constituyente reinaba mucha inexperiencia : los síntomas de republicanismo que reveló, eran una amenaza para el primero y mas indispensable elemento de la organizacion del Brasil; hubo sesiones sumamente acaloradas, que irritaban, en vez de aplacar, las disidencias entre los portugueses y brasileños residentes en el mismo territorio; este calor se comunicó á la imprenta periódica, y resultaron algunos excesos deplorables. Las cosas llegaron á tal punto, que el Emperador se vió en la necesidad de disolver el cuerpo representativo y de expulsar del país á seis de los diputados que lo componian. Esta solucion brusca é imprevista ocurrió el 12 de noviembre del mismo año. Digamos, sin embargo, en honra del gobierno del Brasil y del espíritu que dominaba en sus consejos, que al adoptar esta medida extrema, apremiado por la necesidad, dulcificó sus consecuencias en cuanto le fué posible, dando sueldos á los deportados, tomando bajo su proteccion á sus familias, y dando al país explicaciones solemnes de todo lo ocurrido.

Pasarémos, sin hacer mas que aludir á ellas, por encima de todas las perturbaciones domésticas, hostilidades entre la metrópoli y la colonia emancipada, y preliminares de negociacion encaminados á obtener el reconocimiento de la independencia de esta, que llenan el intervalo entre los últimos sucesos

que hemos referido, y la proclamacion y jura del código constitucional que hoy rige en el imperio del Brasil. Para preparar esta ley importante, ya que no habia podido hacerla el cuerpo á quien se confió esta obra, D. Pedro nombró un consejo de Estado, compuesto de diez individuos, el cual presentó un proyecto, que, aprobado por el Emperador, fué jurado como constitucion política del país el 25 de marzo de 1824. No nos compete entrar en el exámen de esta ley fundamental ni explicar todos sus pormenores; baste decir, en lo tocante á esto último, que está concebida en principios altamente liberales, puesto que hasta la libertad de cultos tolera; y en cuanto á su aplicacion al país en que rige, que desde su promulgacion hasta el instante en que escribimos no ha sufrido ninguna de esas grandes reformas ó sustituciones tan frecuentes en algunos países, que casi pueden contar los años de su libertad por el número de códigos políticos á que han prestado juramento. El Brasil, nacion que vino al mundo ayer; que era una simple colonia en los primeros años de este siglo; que hasta ver en sus playas á D. Juan VI no tenia ni habia conocido el menor elemento de vida política, posee hoy una constitucion que, en el órden de antigüedad, es la tercera del mundo. Extraño parecerá á nuestros lectores, pero es un hecho positivo: después de ese magnífico mito, aglomeracion al parecer casual é incoherente de tradiciones, usos y costumbres, que se llama constitucion inglesa, y después de la constitucion de los Estados-Unidos de América, la constitucion mas antigua que existe es la del Brasil. Cuando se preguntaba á Bentham cuál era la mejor constitucion, respondia sencillamente: «La mas antigua.» Por esta regla la constitucion del Brasil debe ser el reflejo exacto de las verdaderas necesidades de la nacion, y honra sobremanera á los que la concibieron con tan pleno conocimiento de las exigencias del país para el cual legislaban.

El hecho mas notable de la historia del Brasil que debemos consignar, después del gran acto que organizó á la nacion, es el reconocimiento de su independencia por la madre patria. Esta sancion de un hecho consumado ya é irrevocable se verificó por la mediacion de la Inglaterra, y el 29 de agosto de 1825 el comisionado anglo-portugués, Sir Charles Stuart, firmaba en Rio-Janeiro el tratado y convencion por medio del cual reconocia como nacion separada é independiente al imperio del Brasil, su antigua metrópoli.

La carrera de D. Pedro como emperador entraba en un nuevo período. La guerra que hizo á Buenos-Aires para conservar en su poder la banda oriental, cuya capital es Montevideo, y que espontáneamente se habia agregado al Imperio, del cual después se separó, y la imposibilidad de complacer á todos con la rapidez que todos exigen en medio de los trabajos de una nacionalidad nueva que empieza á desarrollarse, y en que se descubre la falta de tantas cosas indispensables, y cuya elaboracion no se quiere dejar al tiempo, eran circunstancias que habian privado á D. Pedro de parte de su popularidad. Sin embargo, el principio monárquico no habia perdido la mas leve parte del prestigio que lo rodea-

ba, puesto que vemos que cuando el Emperador volvió á contraer segundas nupcias el 17 de octubre de 1829, con D.ª Amelia Augusta Napoleon, hija del príncipe Eugenio de Beauharnais, esta princesa fué recibida en el Brasil con demostraciones espontáneas del mas ardiente entusiasmo, y pudo observar que el trono del Brasil descansaba en una base mas firme que la del derecho, es decir, en la del amor de los súbditos y en la de la conviccion de la necesidad de una institucion salvadora. Pero este suceso, por mas que revelase un hecho tan satisfactorio y consolador, no podia cortar el vuelo á las pasiones y á los intereses que agitaban el mar de la política en el Brasil. Estallaron movimientos de diversa especie en su territorio, unos con el carácter de sediciones militares entre los cuerpos extranjeros que el Brasil tenia á su servicio, otros con el de revueltas populares que se proponian obtener un fin político. Llegóse á exigir por medios poco constitucionales al Emperador un cambio de gabinete. El Emperador no quiso acceder á esta exigencia; pero, demasiado prudente y demasiado amigo del Brasil para dar pretexto siquiera á mas violentas conmociones, resolvió esa complicada crísis abdicando su corona con una dignidad y con una grandeza de alma altamente honoríficas para la elevacion de su carácter. Este acto importante se verificó el 7 de abril de 1831, y al dia siguiente se formó un consejo de regencia, que debia seguir con el mando hasta que se nombrase el regente encargado del gobierno, segun la Constitucion, durante la menor edad del nuevo emperador D. Pedro II.

El dia 13 del mismo mes D. Pedro de Alcántara, primer emperador del Brasil, que ya habia abdicado la corona de Portugal á la muerte de su padre D. Juan VI, para no separarse del país que tanto amaba, salia de Rio-Janeiro para Europa con su esposa y la actual reina de Portugal, su hija, preparado á coronar dignamente su carrera colocando en el trono de Portugal á esta última, su heredera legítima, en cuyo favor habia abdicado, y expulsando de él al usurpador que aspiraba á despojar simultáneamente de sus derechos á la nacion portuguesa y á la augusta soberana que era la preciosa garantía de su conservacion.

A otros corresponde seguir á D. Pedro hasta el fin de su carrera; pero nosotros no podemos dejar la pluma sin completar su retrato, diciendo que la constancia y abnegacion de que dió tan relevantes pruebas en su maravillosa campaña de Portugal; la pericia que ostentó en el sitio de Oporto, en la ocupacion de Lisboa y en todas sus operaciones militares hasta la convencion de Evora-Monte, son hechos mas que suficientes, aunque otros no tuviese en la historia de su vida, para considerar al primer emperador del Brasil como uno de los héroes de nuestro siglo.

la obra inmensa de afianzar un imperio en el continente donde no hay mas que repúblicas, y entregando al patriotismo de los brasileños el príncipe primogénito del Nuevo-Mundo, en cuyas venas se reunia la sangre de las tres familias mas ilustres de la antigua Europa : la de Borbon por su abuela, y la de Braganza y de Austria por sus padres.

Para desembarazarnos de pormenores, que harian variar el plan que nos hemos propuesto, y que solo debemos tocar muy ligeramente en este sitio, digamos de una vez que, además de la actual reina de Portugal, D. Pedro tiene dos hermanas : la mayor, D.ª Januaria, se casó en 1844 con el conde de Aquila, hermano del rey de Nápoles; y la segunda, D.ª Francisca, en 1843, con el príncipe de Joinville. El 23 de julio de 1840, D. Pedro, que entonces no habia cumplido aun quince años, fué llamado á gobernar, anticipándose así el período en que deberia haberse hecho naturalmente : esta resolucion fué adoptada por convenio de todos los partidos, como ha sucedido en otras naciones que han tocado de cerca los males y los peligros que traen consigo las minorías prolongadas. El 30 de mayo de 1843 D. Pedro se casó con la princesa D.ª Teresa Cristina María, hermana del rey de Nápoles y de S. M. la reina madre de España. De este enlace han nacido dos príncipes, que han muerto al empezar á vivir, y dos princesas, que viven aun; la mayor de las cuales, D.ª Isabel Cristina Leopoldina, tiene el título de princesa imperial, como presunta heredera de la corona.

Y aquí no podemos dejar de decir, aunque sea de paso, algunas palabras relativamente á la actual emperatriz del Brasil, D.ª Teresa. Esta ilustre señora es un verdadero ángel de bondad para todos, además de ser esposa cariñosa, madre tierna y modelo de virtudes. Así, seria poco decir que la quieren en su nueva patria; mas exacto es asegurar que todos los brasileños la adoran. Ella por su parte se ha connaturalizado de tal manera con el país, que parece á todos como si hubiera nacido en él. Su generosidad llega á tocar en los límites de la prodigalidad. Es muy sabido en su corte que la suma que recibe mensualmente del tesoro nacional para su lista civil, está toda consumida á mediados del mes siguiente, sobre todo en limosnas, algunas de las cuales tiene la Emperatriz la delicadeza de repartirlas en forma de regalos.

Pasemos á hacer el retrato del emperador del Brasil, que es la verdadera tarea que hemos aceptado; pero, como tenemos que ajustarnos rigurosamente á la verdad histórica, y esta nos impone el deber de pintar á D. Pedro II como hombre de talento distinguido, de profunda instruccion, circunspecto como pocos, lleno de virtudes públicas y domésticas; como un modelo, en fin, de monarcas, y de monarcas constitucionales, no estará de mas que, á pesar de la distancia que nos separa de su corte, de la falta absoluta de relaciones en que nos encontramos con los que la forman, de la probabilidad de que estas líneas no lleguen nunca á su conocimiento, protestemos que no la lisonja ni la adulacion, sino el amor á la verdad, el deseo de buscar grandes ejemplos dignos de ser imitados,



[illegible] Lit. de J. Donon, Madrid

TERESA MARIA,  EMPERATRIZ DEL BRASIL.

y el entusiasmo natural que inspira á quien es sinceramente monárquico un monarca verdaderamente superior, en medio de las tendencias demagógicas que amenazan á la Europa, es lo que guia nuestra pluma. Hemos buscado con toda imparcialidad los colores de nuestro retrato en los testimonios mas fehacientes y en que teniamos certeza de no ser engañados, y con esta confianza, y con la protesta que acabamos de hacer, tenemos la conciencia demasiado tranquila para vacilar ante el temor de que se consideren esos colores como demasiado exagerados.

Don Pedro II, como todos los que nacen en la eminente posicion que él ocupa, tuvo tutores, tuvo maestros y tuvo consejeros que guiasen sus primeros pasos en la carrera del saber y de la virtud; pero puede decirse que todo lo que es y todo lo que sabe solo se lo debe á Dios y á sí mismo; porque ni maestros ni tutores ni consejeros lo hubieran convertido en un gran monarca, si su clarísima penetracion, su deseo de saber, y las facultades de que se halla dotado, no le hubiesen abierto de par en par las puertas del sendero que sus mentores no hacian mas que indicarle, porque no podian seguir en su vuelo á esa privilegiada inteligencia. De muchos reyes y de muchos príncipes nos habla la historia que tuvieron maestros muy superiores á los del emperador del Brasil; y sin embargo, no por eso han sobrepujado los límites del ínfimo nivel á que los destinaba su inteligencia, y que ha confirmado el juicio de la posteridad.

La aplicacion y la asiduidad que manifestó D. Pedro II en sus estudios, empiezan ya á dar frutos positivos en el gabinete para la gestion de los grandes intereses que le están confiados. Su conducta no puede ser mas prudente ni mas hábil. Escrupulosamente constitucional en todos sus actos, mirando como un deber de conciencia no salirse de los límites que la Constitucion señala á su autoridad, gobierna con la opinion pública y acepta sus indicaciones, sin rebajar en lo mas mínimo el majestuoso carácter de moderador que su jerarquía en la cúspide del poder le impone. Desde allí contempla impasible la accion generadora y la lucha fecunda de los partidos. Nadie ha podido aun penetrar en la reserva, admirable para sus años, que lo reviste; nadie sabe á qué partido de los que dividen el campo político de su país se inclina. Como hombre tendrá sus afecciones; pero las ahoga en el deber del monarca, y como monarca no es hombre de partido: no es mas que el jefe supremo del Brasil, destinado con sus prerogativas á confiar el poder que de él emana á los partidos que mas satisfagan las exigencias de la verdadera opinion pública y las necesidades de los tiempos.

Pero D. Pedro II no acepta las prerogativas y preeminencias del poder sin sus arduos deberes, y no cree que, por encontrarse en el trono, se halla exceptuado de la ley que impuso la necesidad del trabajo á toda la raza humana. Cuando ha colocado á un ministerio al frente de la nacion, no juzga que ha hecho todo lo que su posicion exige de él, y que puede abandonarlo sin guia á sus instintos. D. Pedro discute con sus ministros las cuestiones mas complicadas de la admi-

nistracion pública, estudia los pormenores de los asuntos mas difíciles, forma por sí mismo su opinion sobre ellos, y la sostiene sin imponerla, y es el alma de los gabinetes que gobiernan en su nombre. A pesar de que debe tener la conciencia de ser uno de los hombres mas instruidos de su país, no se desdeña en consultar á cualquiera de sus súbditos sobre cuestiones políticas, científicas y literarias, á las cuales es sumamente aficionado, y en todas responde y discute con una agudeza que demuestra cuán verdadero y cuán sólido es su saber.

En algunas de las cuestiones mas graves que agitan á su país, D. Pedro ha tomado una iniciativa, en que se descubre al mismo tiempo su decision y su perspicacia en descubrir, al través de intereses y de preocupaciones de toda especie, lo que realmente conviene á su porvenir, á su seguridad y á su gloria. Una de esas cuestiones es la del tráfico de negros. El Brasil, como otras muchas colonias emancipadas, tiene la desgracia de cultivar una parte de su territorio, y la de explotar algunas de sus principales riquezas por medio de negros esclavos. Sabido es que donde quiera que trabaja el negro, es imposible conseguir que el blanco trabaje, y como el aumento de la poblacion negra no guarda en el Brasil proporcion con el incremento de la riqueza pública y con la consiguiente necesidad de aumento de trabajadores, la diferencia se ha estado supliendo durante muchos años con ese horrible tráfico de carne humana, que ha teñido en sangre tantas páginas de la historia del mundo. Dejando á un lado las consideraciones de humanidad, el tráfico de negros ofrecia dos graves peligros al Brasil : 1.° complicaciones exteriores con Inglaterra por la infraccion de los tratados con que ha querido suprimir ese comercio, 2.° imposibilidad de consolidar una monarquía constitucional en un país donde la base de la poblacion llegase á componerse de un número excesivo de esclavos africanos. D. Pedro ha conocido mejor que nadie la trascendencia de estos riesgos, y mas que nadie ha contribuido á cortar el mal de raíz. Todos saben hoy que es enemigo del tráfico negrero, y los hombres ilustrados del país, así como sus principales hombres de estado, que han adquirido su eminencia al influjo de los principios liberales y del sistema representativo, opinan como su emperador. La *trata* ha muerto hoy para el Brasil. En lugar de ella se ha apelado á la colonizacion blanca, y si el sobrante de la poblacion europea, que ha empezado ya á dirigirse á aquella fértil region, acude á ella en número suficiente, convertirá al Brasil en poco tiempo en una de las naciones mas poderosas del globo. Poblacion, y poblacion libre, activa, emprendedora é inteligente es lo que necesita el Brasil para sacar partido de sus ilimitados recursos naturales; y este es uno de los grandes beneficios que deberá á la ilustracion de su soberano.

Un emperador constitucional en el siglo XIX y en una nacion tan nueva, no puede rodearse de aquella etiqueta rígida é inflexible que en Europa forma parte de nuestras tradiciones, y que instintivamente estamos acostumbrados á mirar como parte integrante del poder real. Don Pedro, quizas sin saber que lo hace,

se coloca en esto al nivel de las necesidades de su país. Su afabilidad se muestra en todas sus relaciones sociales. Cuando menos se le espera, honra con su presencia las sesiones académicas y toma parte en ellas; asiste á los exámenes públicos, y mas de una vez se ha presentado en las clases de varias facultades. Recibe con frecuencia y sin aparato á todos sus súbditos cuando desean hablarle, y pocos son los extranjeros que han visitado su capital y hayan dejado de aprovecharse de la facilidad de acercarse á él; facilidad tanto mas agradable, cuanto que el Emperador habla perfectamente francés, inglés, aleman, español é italiano, y se complace muy especialmente en hablar á cada uno en su idioma.

Mucho espera el Brasil de su jóven emperador, y mucho puede hacer este por su patria en la gloriosa carrera que el porvenir le abre. Hasta ahora todo anuncia que ese ilustre príncipe realizará las grandes esperanzas que se fundan en él. Amante entusiasta de su país, no perdona medio de estimular en su seno el desarrollo de la civilizacion, protegiendo las letras y las ciencias, y á todos los hombres aplicados y emprendedores que pueden concurrir á dar gloria á su reinado. Los brasileños le corresponden dignamente, y no hemos conocido á uno solo que no sea tambien entusiasta de su emperador; que no comprenda y que no esté dispuesto á cooperar enérgicamente á la realizacion de sus miras.

Don Pedro II ha recorrido ya algunas provincias de su vasto imperio, y se propone recorrerlas todas. Nada será mas conveniente, para afianzar los lazos que lo unen con su país, que la ejecucion de este proyecto. Cuanto mas se conozcan mutuamente el país y su soberano, mayores serán las garantías de conservacion que ofrezca el actual estado de cosas. El Emperador evaluará prácticamente las necesidades del país y el carácter de sus súbditos, al paso que su majestuosa presencia, sus maneras finas y atentas, y su conversacion afable é instructiva, animarán á los tibios, si aun los hay en su imperio, y consolidarán en todos el profundo afecto que le profesan. Un soberano dispone de tantos recursos para atraerse los ánimos, para arraigar el amor donde existe, y para hacerlo brotar donde no existe aun; el roce con los súbditos en un viaje de esta especie ofrece tantas ocasiones para ejercer esa atraccion magnética que forma uno de los elementos del poder, que el emprenderlo el actual emperador del Brasil será una nueva confirmacion de su soberanía.

Parco como lo es en todo lo tocante á los gastos del tesoro nacional, lo mismo que en la concesion de las gracias del Estado, hasta el punto de ser muy pocos los que adornan su pecho con una gran cruz en toda la extension del imperio, siendo así que tiene cuatro órdenes militares, D. Pedro II es liberal en extremo cuando solo se trata de sus intereses y de su bolsillo particular. En esta parte disputa la primacía á su ilustre esposa. Nadie se acerca á él para pedirle una limosna, sin llevar lo suficiente para subsistir algunas semanas. De los muchos rasgos filantrópicos que de él se refieren, solo citarémos uno. Hace algunos meses que llegó á sus oidos que su antiguo maestro de aleman, eclesiástico pro-

testante muy respetable, necesitaba para recobrar la salud cerca de mil duros, suma que le pedian los médicos y que él no podia dar. Súpolo el Emperador, como sabe todo lo que pasa, porque no hay un solo periódico que no tenga entrada en su gabinete, y en el acto escribió de su puño á su antiguo maestro una carta verdaderamente paternal, y en la cual con la mayor delicadeza le hacia un regalo de tres mil duros.

El Emperador no atesora para sí ni un solo real. Esta noble confianza en su pueblo aumenta naturalmente la que su pueblo tiene en él.

A pesar de su juventud, D. Pedro no deja de ser bastante práctico en los negocios y conocedor del mundo. Así no ignora que en él existen la calumnia y la envidia, y lo mismo sabe despreciarlas en las cosas públicas, como sabe cortar de raíz las intrigas personales. Esta gran virtud en su edad, y hallándose en tan inmediato contacto con todos sus súbditos, es una de las mas apreciables entre las que lo distinguen; y á no poseerla en un país donde hay la libertad de imprenta mas ilimitada, no tendria un solo hombre político notable en quien confiar; porque ¿de cuál de ellos no se habrá hablado malévolamente, desfigurando sus intenciones cuando menos?

En su política exterior el emperador del Brasil es tolerante y benévolo, aun con los presidentes de las mas insignificantes repúblicas vecinas. No sin violentar sus naturales inclinaciones se decidió al fin á emprender esa guerra reciente en que fué vencido Rosas, azote de la república Argentina, que aspiraba á burlarse del Brasil solo porque dos grandes naciones europeas habian cedido ante él en las cuestiones que les suscitó. Esa guerra, en que el contingente del ejército brasileño se mostró ante la Europa tan valiente y moderado, como hábil y político habia sido el gabinete de San Cristóbal (1), no dejará de adornar una de las mas gloriosas páginas del reinado de D. Pedro II.

Nuestros lectores nos agradecerán que, después de esta pintura de las cualidades que realzan al jóven soberano del imperio mas jóven y mas interesante del mundo, les demos su retrato físico. «Don Pedro, segun dice un viajero francés, es alto y robusto; sus ojos son azules y grandes; su barba y su pelo muy rubio y muy abundante; es un tipo septentrional, que mas bien parece salir de la rubia Alemania que de las morenas latitudes del Brasil. Bajo su cútis blanco y trasparente se ve circular la sangre de las archiduquesas; pero su orígen meridional se revela en sus movimientos; monta bien á caballo, y es aficionado á todos los ejercicios que pueden desarrollar su musculatura. Cuando reside en Rio-Janeiro, se le ve en todas partes, en los bailes, en los teatros y en las ceremonias religiosas. Pasa la estacion del verano en su palacio de Petrópolis, que está á ocho leguas de la capital, y que es un nido de águilas colocado en la cúspide

(1) Así se llama el principal palacio imperial de Rio-Janeiro.

de las altas montañas que circuyen á la bahía; region rica y pintoresca, que nada tiene que envidiar á los paisajes mas hermosos de la Suiza.»

El mismo autor exclama al terminar estas líneas: «¡Feliz monarca el que reina en semejante país! Feliz país el que tiene la dicha de poseer semejante monarca!» Sentimos que no nos haya dejado la originalidad de esta exclamacion, por que es la que brotaria espontáneamente de nuestros labios al leer y estudiar la historia del Brasil, y al considerar las envidiables y eminentes cualidades que adornan á su soberano.

Aquí debemos poner fin á este rápido bosquejo, en que quizás aun no hemos hecho plena justicia á D. Pedro II. Otros se la harán cuando esté mas adelantada esa carrera que se inaugura ahora bajo tan buenos auspicios. No faltarán historiadores al actual emperador del Brasil; pero la epopeya que ha de perpetuar su memoria tiene que escribirla él mismo en el país vírgen confiado á su autoridad, con esos grandes y perdurables monumentos que pide la época en que vivimos, y que resisten á la accion del tiempo mejor que los monumentos de piedra de los romanos; es decir, con caminos y canales que lleven la vida al corazon del imperio y que fomenten rápidamente el incremento de las ilimitadas riquezas de esos territorios elevados y de temperatura no tropical; con las obras públicas que necesita el país; con sabias leyes que favorezcan la colonizacion, por medio de la raza blanca, de sus fértiles soledades; con la redaccion de los códigos que aun no existen, completando la obra empezada ya de una manera tan honrosa, puesto que, como es sabido, el código criminal del Brasil es uno de los mas perfectos del mundo, y ha servido en gran parte de norma al que hoy rige en España. Estas son las grandes tareas que la Providencia ha confiado al emperador D. Pedro II. Fuerzas tiene para acometerlas y para llevarlas á término feliz, y no vacilamos en creer que sabrá llenar gloriosamente con ellas las páginas de su historia futura.

VI.

Una historia tan notable como la del Brasil, por mas que se haya referido con tanta superficialidad en las líneas anteriores; una historia en que se ven trasformaciones tan rápidas, en que se observan situaciones tan singulares, y en que todo es tan nuevo y tan imprevisto, no puede dejar de ofrecer al hombre pensador elementos de meditacion abundantes, de los cuales pueden deducirse provechosas lecciones que aumenten el caudal de nuestra experiencia, y que nos descubran algunos de aquellos secretos en que consiste la felicidad ó la desdicha de las razas humanas en su estado social. Desconfiando de nuestras propias fuerzas para acometer esta obra, y mucho mas de nuestras facultades para trasladar

al papel lo que está estampado en nuestra inteligencia, vamos, sin embargo, á apuntar muy brevemente alguna de las ideas que en nosotros ha dispertado la historia que nos hemos visto obligados á estudiar. Otros con mejores medios podrán sacar mas abundante fruto de nuestras indicaciones.

El Brasil, en medio de las numerosas repúblicas que lo rodean, y al frente de los esfuerzos de regeneracion y de reforma que se han notado en lo que va de siglo en las naciones de nuestro continente, ofrece dos puntos culminantes de estudio y de meditacion en la esfera de los intereses y de las trasformaciones políticas: 1.° la necesidad del elemento monárquico para hacer posibles la libertad y la organizacion entre las naciones de nuestra raza que se separan del tronco en que nacieron; 2.° la posibilidad de afianzar los principios liberales en naciones que salen de las tinieblas del despotismo y de la ignorancia. Empecemos por el segundo.

Mientras que en Europa se ha estado discutiendo, unas veces en la tribuna y en la imprenta, otras en las barricadas y en los campos, sobre si la libertad constitucional era aplicable á las razas latinas, ó era un monopolio que la Providencia habia concedido á la raza anglo-sajona, y mientras que esta discusion producia en Europa un flujo y reflujo de excesos y reacciones, de ensayos atrevidos y de represiones violentas, en que triunfaban alternativa y momentáneamente los mas opuestos principios, una nacion oscura, que se hallaba en estado de embrion, y cuya situacion era poco conocida, se ponia de buena fe á estudiar el arduo problema, y por medios sumamente sencillos y naturales, sin reacciones y sin violencias, lo resolvia de una manera triunfante y satisfactoria. El Brasil, que poco há tuvo la fortuna de resolver en algunos meses la cuestion de Buenos-Aires, en que se estrelló durante muchos años el poder reunido de Francia y de Inglaterra, era el que recogia tambien la gloria de resolver esa cuestion á que la Francia, con todo su poder y su inteligencia, con todo su influjo y su saber, no ha podido dar una solucion después de sesenta años de experimentos y de desgracias.

¿Cómo se explica este fenómeno? A nuestro modo de ver de una manera tan trivial, que casi nos da vergüenza arrojar esta solucion al campo en que tanto brillan las especulaciones profundas y complicadas de los filósofos políticos. Se ha querido explicar la caida de la monarquía constitucional en Francia diciendo que los franceses son exclusivamente partidarios de la igualdad, y que se cuidan poco, cuando la poseen, de lo que por libertad entienden otros. Esta observacion se ha querido extender á las demás naciones meridionales que han seguido á Francia en la carrera de las reformas, y á esto se ha atribuido la instabilidad de las instituciones liberales. A nuestro modo de ver esto es completamente erróneo, y para convencerse de ello basta considerar que en España hemos disfrutado siempre de la mas absoluta igualdad, mas absoluta que la que han logrado establecer los franceses aun en las épocas mas ardientes de los delirios revolucionarios. Nosotros creemos que el deseo de libertad es un sentimiento innato en todos los

hombres, en todas las épocas; y si ahora se manifiesta con mas energía que nunca, es porque la imprenta y los descubrimientos de toda especie han venido preparando el período de realizacion en que nos encontramos hoy. Si pues en unas partes se afianza de una vez la libertad política, y en otras crece, vacila, sucumbe, para volverse á levantar de nuevo y recorrer un largo período de alternativas dolorosas, consiste exclusivamente en que en estos últimos casos se ha dado un valor supersticioso y sobrenatural á los principios abstractos, con olvido de todas las demás circunstancias, y en los primeros se ha atendido, sin olvidar los principios, á los hombres y á los hechos.

En el Brasil, felizmente para él, se ha seguido este último sistema. Se han aplicado los principios liberales, pero ante todo se ha investigado hasta qué punto eran admisibles para los hombres á quienes se aplicaban. No se ha incurrido en exageraciones monstruosas; no se han abolido de una plumada todas las tradiciones nacionales; no se ha suprimido la vida en las extremidades para acumularla exclusivamente en el centro, y se ha legislado, no con la imaginacion, sino con el raciocinio. Ha habido otra gran ventaja, sin la cual no se hubiera obtenido el resultado que admiramos hoy: se ha procedido de buena fe; el establecimiento de los principios liberales no ha sido una especulacion político-mercantil, y al hablar de reformas no se ha fijado la vista en ganancias de otra especie. Lo que se ha hecho ha sido examinar detenidamente y con conciencia lo que el país reclamaba, y eso es lo que se ha creado; y gracias á esta buena fe, vemos que la constitucion del Brasil marcha majestuosamente y se desarrolla sin obstáculos, y es á la hora esta una de las mas antiguas del mundo, en medio de las ruinas de centenares de constituciones, efímeros edificios que poco há nos parecian de piedra, y que no eran siquiera de carton.

Esto podrá no ser muy profundo ni muy ingenioso; pero nosotros, con el ejemplo del Brasil á la vista, nos contentamos con creer que hemos descubierto dos cosas: la primera, que, mas que principios abstractos, se necesitan hombres y buena fe para establecer un régimen constitucional; y la segunda, que el ejemplo del Brasil demuestra que los principios liberales son aplicables á todos los países y á todas las razas, y en manera alguna son patrimonio exclusivo de la raza anglo-sajona, si bien ella, en esta como en otras muchas cosas, camina al frente de la civilizacion, y ha tenido la dicha de establecer antes que nadie lo que es indispensable que con el progreso de las ideas y con la marcha del tiempo se establezca en todas partes.

Otra cuestion hemos indicado en las primeras líneas de este epílogo de nuestras tareas, para la cual tambien nos da una solucion satisfactoria el Brasil; á saber, la necesidad del elemento monárquico para establecer la libertad y el órden en las naciones de nuestra raza. ¿Qué privilegio tenia el Brasil para conservarse unido formando una sola nacion, y para no pasar por las horribles peripecias que han ensangrentado la historia y vilipendiado el buen nombre de casi

todas las repúblicas que han brotado de los fragmentos de nuestro imperio colonial? ¿Tenia mas ilustracion, mas riqueza, condiciones sociales mas ventajosas, mas recursos para organizarse, mas puntos de contacto con la civilizacion europea? No por cierto : la partida, por decirlo así, era enteramente igual; y sin embargo, obsérvese cuán distintos han sido los resultados. Méjico, el gran emporio de la riqueza del mundo antes, ha llegado á tal punto de degradacion, que ya ni siquiera lástima inspira. No ha gozado desde su emancipacion una sola hora de libertad, porque no es libertad esa licencia anárquica que lo ha devorado, y que sigue devorándolo hoy como una fiebre incurable. Hoy mismo sus mas ilustrados escritores se ocupan en volver la vista atrás, y en ponderar las excelencias del régimen en que vivian antes de la emancipacion. ¡Triste indicio de los males de una época, cuando una nacion independiente echa de menos su situacion como colonia! Méjico ha retrocedido en todo : en poblacion, en territorio y en riqueza; no tiene mas porvenir que su absorcion por otra nacionalidad enemiga, que borrará de su territorio el idioma, la religion y las costumbres. Con tanta poblacion como el Brasil, con tantos recursos como él, con muchas ciudades de primer órden, mas inmediato á grandes centros mercantiles, como lo son los Estados-Unidos y la isla de Cuba, su comercio ha sido, y sigue siéndolo cada vez mas, infinitamente inferior al del Brasil, como podriamos demostrarlo con datos si la aridez de tales argumentos cupiese en una obra de esta clase. Méjico no tiene, como el Brasil, una escuadra compuesta de cuarenta buques de guerra; no tiene un ejército subordinado; no tiene un crédito cuyos valores representativos se cotizan al nivel de los mas apreciados en Europa. Se encuentra en plena disolucion, y ya se ciernen en masas enormes sobre él las aves de rapiña que esperan verle exhalar en breve su último aliento para saciarse en su cadáver.

Si volvemos la vista á las demás repúblicas hispano-americanas, con leves excepciones y con la modificacion de circunstancias locales, en todas partes vemos la reproduccion de la misma escena. El magnífico territorio de Centro-América se ha subdivido en tantas pequeñas repúblicas cuantas antes eran sus provincias; los ingleses lo invaden rápidamente desde su colonia de Honduras y haciéndose protectores de las tribus de indios independientes; y las hermosas ciudades que allí construímos para los descendientes de nuestra raza, se han visto mas de una vez invadidas y saqueadas por indios salvajes. Allí no hay vestigio alguno de libertad. Nada decimos de la region inmensa y fértil á que sirve de capital Buenos-Aires. Las escenas atroces que allí han pasado, han estado escandalizando durante veinte años á la Europa, que aun no ha llegado á creer todo lo que de aquella triste historia se le ha referido.

Nosotros no podemos atribuir el contraste que presentan estos lamentables hechos con la marcha pacífica, con la regularizacion inmediata, con el progreso constante del Brasil, mas que á una sola causa : al establecimiento en este de

un régimen monárquico, bajo cuya fecunda sombra ha podido crecer el árbol de una prudente y moderada libertad. Y tenemos tanta mas confianza en esta creencia, cuanto que se deduce lógicamente de los antecedentes de nuestra historia, tanto peninsular como colonial. Ninguna division de la raza humana ha logrado ni logrará nunca, no ya gobernarse con principios liberales, pero ni constituirse en sociedad siquiera, si no tiene en su seno un principio enérgicamente conservador, que sirva de base permanente é inconmovible al desenvolvimiento de sus instituciones. La raza inglesa posee este principio precioso en la organizacion eminentemente moral de cada familia y en su respeto ciego á la ley; y así es que, vaya donde quiera, sea cual fuere la forma de gobierno que adopte, siempre logrará constituir sociedades sólidas, en que las artes, las ciencias, la paz, el órden y la prosperidad material empezarán á florecer desde luego. Pero en la nacionalidad en que durante siglos no se habia conocido mas ley inviolable que la voluntad de un hombre, ante la cual todas las leyes cedian, como lo prueba nuestro mismo código indiano, tan sabio en sus prescripciones como ineficaz en la práctica, porque en realidad estaba en desuso, ¿qué principio conservador podia haber fuera del respeto que inspirase aquella voluntad, que era la ley suprema, y ante la cual todos doblaban el cuello dócilmente? Suprimióse este principio, y hoy podemos palpar el resultado en esas eternas oscilaciones, en que nada sólido se ha logrado fundar. El despotismo subsiste en la mayor parte de nuestras antiguas posesiones, solo que, como no está concentrado legalmente en ningun hombre ni en ninguna institucion, y como vaga la idea de libertad en la atmósfera, sin tener una base sólida en que fijarse, ese despotismo pasa alternativamente de las masas á un usurpador, y pueden llamarse felices aquellas naciones cuando este usurpador no sale de las clases mixtas é ignorantes que antes constituian la raza ínfima de las sociedades americanas. Al contrario, el único país en que se ha admitido la monarquía ha visto consolidarse todos los elementos de la vida nacional, y cuando la marcha del tiempo le ha traido las instituciones liberales, las ha recibido sin agitacion y las ha aclimatado definitivamente en medio de la paz mas profunda, y abriéndose por todos lados los horizontes del mas risueño porvenir.

Otro ejemplo, quizás mas elocuente, nos ofrece la historia contemporánea de América en comprobacion de la verdad que sostenemos. La república hispanoamericana que mas pronto y mas sólidamente ha llegado á constituirse, la que mas pronto ha tenido paz, órden, comercio y crédito público, es Chile; y sin embargo, Chile no ha admitido en su organizacion la forma monárquica. Pero examínese de cerca la historia de Chile, y se verá que, si no tiene trono, tiene otro gran elemento conservador en una poderosa aristocracia territorial, de influencia ilimitada, que hace imposibles las revueltas solo con unirse, y que se perpetúa por medio de las vinculaciones. Chile con mayorazgos no constituye el bello ideal de una república, segun lo entienden los republicanos de nuestros tiem-

pos; pero es lo que vale infinitamente mas que eso, á saber, una nacion próspera y feliz, que marcha rápidamente á ocupar una elevada posicion entre las naciones del mundo.

El daño está hecho; el error está consumado y es irrevocable: la América española no puede retroceder del mal camino que ha emprendido, y tiene que perseverar por él hasta que Dios se apiade de sus desgracias, y le dé otro elemento de conservacion, que supla la falta del que con tanta insensatez ha despreciado. Entre tanto sus desdichas, su imposibilidad de establecer hasta ahora un régimen liberal permanente, al paso que el Brasil forma con la Inglaterra, la Bélgica, la Holanda y los Estados-Unidos la brillante pléyade de naciones que disfrutan de completa libertad, unida con el órden y el progreso, en el mundo, nos autorizan á decir que solo al amparo de la monarquía hubieran podido nuestras colonias pasar pacíficamente por la transicion que habia de convertirlas en naciones independientes, libres y poderosas.

Como monárquicos y liberales, no podemos dejar de felicitar al Brasil por haber merecido en esta parte la proteccion especial de la Providencia; no podemos dejar de desear que, bajo los auspicios de su jóven é ilustre soberano, siga siempre unido, dando al mundo los nobles ejemplos que le ha dado hasta ahora, y realizando las grandes esperanzas que ha hecho concebir. Como españoles, deploramos que hayan sido desoidos los previsores consejos del gran conde de Aranda; que no se haya puesto á la América en situacion de hacer frente á las eventualidades del porvenir después de la emancipacion de los Estados-Unidos, y que no nos sea posible hoy admirar en cada una de sus secciones el espectáculo que admiramos y aplaudimos en la vasta extension del imperio brasileño y en su noble emperador D. Pedro II.

Madrid, octubre de 1852.

José Maria de Mora.



[illegible]

[illegible]

[illegible]

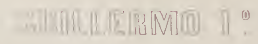
[illegible]

[illegible]

[illegible]

REYES CONTEMPORÁNEOS.

[illegible] dib.° y lit.° Lit. de J. Donon, Madrid.





REY DE WURTEMBERG.

WURTEMBERG.

GUILLERMO FEDERICO PRIMERO.

I.



No vamos á trazar la historia de un imperio poderoso, nacido en grandeza, sustentado con altos hechos y acrecentado con gloriosas conquistas. Así, no se han de hallar en estas páginas ni revoluciones inmensas, ni acontecimientos trascendentales para el género humano, ni héroes de aquellos que levantan dinastías del polvo y fijan con sus nombres las épocas de la historia.—Mas humilde es nuestro propósito.—Pobres principios y medianos fines, una familia noble que crece al través de los siglos hasta convertirse en familia real,

un castillo feudal que da primero nombre á un condado, despues á un ducado, y por último á un reino; negociaciones y compras y herencias antes que conquistas, pequeños adelantos y pequeñas pérdidas, revoluciones insignificantes que no han podido influir en la marcha majestuosa del género humano: hé aquí lo que ofrecen estas páginas al pensamiento investigador que las recorra.

Y no es decir que el Wurtemberg no haya figurado en grandes hechos: en la liga de Smalcalda, en la guerra de treinta años y en las campañas del imperio francés se oye á cada paso su nombre, y aun se siente su brazo en ocasiones. Pero en tales acaecimientos el Wurtemberg no pudo obrar sino de una manera subalterna, que era lo que sus fuerzas consentian; y por eso el exámen y contemplacion de ellos ha de quedar para otros que hablen de las grandes naciones que ó los causaron ó principalmente los sintieron.

No dejarémos, sin embargo, de hacer algunas indicaciones y reflexiones sobre aquellas cuestiones en que tome parte Wurtemberg; mas eso será sin apartarnos de lo que sea indispensable para comprender las vicisitudes y propios acontecimientos del país que ahora ocupa nuestra pluma.

Si de esta suerte no parecen tan interesantes estas páginas como otras de la obra, culpa será de la Providencia, que no repartió por igual las grandezas y los bienes, y que hizo á unas naciones poderosísimas, y humildes á otras. Mas, cierto es que nunca dejan de ofrecer alguna curiosidad los pequeños pueblos, distinta de la que ofrecen las grandes naciones; como que acaso se puedan estudiar en aquellas mejor que en estas las obras del valor y de la flaqueza humana.

II.

Entre las aguas del Rin y del Danubio, y á espaldas de los Alpes, se extiende un territorio de escasos ámbitos, donde hoy se asientan el reino de Wurtemberg y el gran ducado de Baden. Agathias y Jornandés fijan allí la residencia de los alemanni ó alamanni, pueblos de orígen suevo, que mantuvieron muchas guerras con los romanos y algunas con otras naciones bárbaras en los primeros siglos de nuestra era. Subyugados por los romanos, contra los cuales se habian levantado, convirtiéndose, como tantos otros bárbaros, de vasallos y auxiliares, en peligrosos enemigos; aniquilados casi, con sus hermanos los suevos, por Theodomiro, rey ó caudillo de los godos, que comenzaban á la sazon á conquistar y devastar los mejores países de Europa, aquellos pueblos desaparecen pronto de la historia, sin dejar otra cosa que el nombre y el honor para el territorio que Wurtemberg y Baden ocupan hoy, de ser el primero que pudo llamarse Alemania. Sombras invencibles sobrevienen después, y por muchos siglos nos ocultan completamente

la suerte de este país, aunque bien se pudiera adivinar consultando la historia de los demás, y lo que de tan revueltos y confusos tiempos ha de esperarse.

Hácia el reinado famoso de Clovis hallamos nuevos rastros ó huellas por donde requerir la historia que buscamos, si bien no tan seguros ni tan ciertos como conviniera á nuestro propósito. Parece que uno de los deudos de aquel monarca, llamado *Emmeri*, obtuvo de él en dominio unas tierras situadas en el antiguo país ocupado por los alemanni, y edificó en ellas el castillo de Bentelbasch. De donde viene el título de señor ó baron de Bentelbasch, que pasó á los descendientes de *Emmeri*, y que por mucho tiempo anduvo anejo al de Wurtemberg.

Evérard, uno de sus inmediatos sucesores, debió ser hombre de cuenta, cuando Carlomagno le dió por esposa á su hija Hildegarda; y de este matrimonio nacieron dos hijos, Evérard y Astolfo, que fueron troncos de dos diversas familias: en la del uno se mantuvo y trasmitió el título de Bentelbasch; la del otro desapareció á mediados del siglo x, contando, segun se cree, entre sus individuos al papa Leon III y varios condes. Este segundo Evérard, nieto de Carlomagno, murió en 893 y tuvo por hijo á un cierto Emicon, de quien no se sabe mas sino que vivia por los años de 938. A Emicon sucedió su hijo Enrique, y á este su hijo Ulrico y su nieto Alberto. Al fin vino Conrado, hijo de este último, en cuyo tiempo aparece ya con cierta claridad en la historia la familia de que vamos tratando. Hasta aquí solo noticias dudosas é incompletas hemos hallado sobre los primeros dominadores del país y los primogenitores de la casa de Wurtemberg; en adelante las crónicas antiguas nos dan ya noticia cierta de las cosas que buscamos.

III.

Al comenzar el siglo xi la Alemania andaba muy dividida en facciones y muy trabajada de disturbios. Movíalos principalmente el clero, enemistado con el emperador Enrique IV porque se oponia á su enriquecimiento, y al clero ayudaban muchos señores y caballeros de ánimo turbulento, los unos impulsados por el fanatismo, los otros por el deseo de medrar y de aumentar la propia hacienda con el menoscabo de la ajena, que es lo que suele acontecer en las guerras civiles. Intervino Gregorio VII en la contienda, juzgando llegado el trance de realizar su gran pensamiento, que era encimar la silla de los papas sobre el trono imperial, para humillar después á las demás potestades de la tierra. Pretextos para fulminar contra Enrique los anatemas de la Iglesia, no faltaban; porque á la verdad la vida del Emperador era licenciosa, y aun solia vender con poca piedad y menos decoro, á precio de oro, los beneficios eclesiásticos, y hasta los obispados del imperio. Gregorio VII le excomulgó, y desató el juramento de fidelidad que le tenian prestado sus súbditos. Hubo diversos trances de fortuna, batallas sin cuento, y

devastaciones y mortandades, defendiendo cada vez con mas empeño sus derechos el Emperador, sus pretensiones el Papa. Y el príncipe Conrado de Bentelbasch, tan generoso como valiente, se mantuvo siempre de parte del Emperador, sirviéndole con su persona y bienes en los casos de mayor apuro. Entonces fué cuando, en agradecimiento y pago de tan gran lealtad, recibió el título de conde de Wurtemberg, castillo muy fuerte para aquellos tiempos, donde él tenia á la sazon su principal residencia, y cuyos restos se ven todavía no léjos de Canstadt. Aconteció esto en el año 1002 ó 1004 de nuestra era, y desde entonces la casa de los señores de Bentelbasch, condes ya de Wurtemberg, fué creciendo cada dia en importancia y grandeza. De este tiempo data en Alemania el acompañar los duques y condes sus nombres con los títulos de que gozaban; porque hasta entonces se decia el conde Ulrico, el conde Evérard solamente, sin añadir otra cosa que á unos de otros los distinguiese. Debe pues contarse entre los mas antiguos dictados que se hayan llevado en Alemania el de conde de Wurtemberg.

Murió Conrado en 1121, dejando un hijo, por nombre Ulrico, el cual fué padre de dos hijos, Juan el uno, que le sucedió, y Werner, tronco de una familia dilatada que figuró no poco en Alemania los años adelante. Casó el conde Juan con Ana, hija de Rodolfo, margrave de Baden, y de este matrimonio nació Luis I, el cual tuvo de Margarita, condesa de Hohemberg, á Enrique, padre de Evérard, primero entre los condes de Wurtemberg, príncipe de prendas y de los que mas acrecentaron aquel pequeño estado. Tuvo Evérard I la buena suerte de que dos hermanos, llamados Bertoldo y Cunnon, que poseian el condado de Aurach, hallándose presos en Colonia por andar complicados en las cosas del duque de Zaringhen, su deudo, hiciesen voto de dejar el mundo y entrar en la vida monástica si Dios les concedia la libertad; lo cual indica por cierto que, ó eran mas rigurosas las prisiones, ó mas libres los claustros que conviniera. No bien lo supo el conde Evérard, se apresuró á rescatarlos, si bien le costó muy gruesa suma; y entrambos hermanos cumplieron su voto y entraron en el claustro, dejando Bertoldo, que era uno de ellos, á su libertador la mitad del condado de Aurach, que le pertenecia, en muestra de agradecimiento. Ni se contentó con esto Evérard, sino que, sabiendo que la otra mitad del condado la habia dejado Cunnon al convento de dominicos de Eslinghen, halló traza para que estos se la cedieran mediante algunas rentas y bienes que menos le convenian. De aquel importante estado, solo el castillo de Aurach y algunos territorios colindantes quedaron en poder de la condesa Agatha, como cónyuge superviviente del antiguo conde padre de los donatarios. Evérard construyó á Leon-Berg, y después de haber gobernado con reposo y sabiduría á sus vasallos, murió por los años de 1258, dejando sus estados á su hijo Ulrico, que es contado el sexto entre los príncipes de su casa. A este Ulrico llamaban *el del gran pulgar*, porque tenia tal dedo en la diestra mano mucho mas grueso que en la siniestra. Para rematar la obra de su padre, compró en trescientos diez marcos de plata el castillo de Aurach, que

poseian los sucesores de la condesa Agatha, fundó iglesias y murió en 1263, dejando dos hijos, que uno después de otro le sucedieron. Ulrico, que era el mayor y el sétimo de los de su nombre, adquirió no pocas tierras y lugares por dote de su mujer Irmengarda, hija de los condes de Hohemberg, y dejó por heredero á su hijo Ulrico VIII; pero este, mas dado á la contemplacion religiosa que á los bullicios y engaños del mundo, no quiso gobernar, y se entró monje en un convento. Con esto Evérard II, apellidado *el Ilustre*, que era el segundo hijo de Ulrico VI, heredó el condado; príncipe harto diferente de su sobrino, y al cual le vino estrecho el estado que llegó á regir, de tal suerte, que apenas se concibe cómo hubiera podido vivir en la condicion particular para la cual habia nacido.

No cuenta la historia de Wurtemberg otro príncipe de tan varia y revuelta vida. Dícese que hubo que sacarlo del vientre de su madre abriéndola por un costado, de lo cual murió ella á las pocas horas; y hay quien añade que antes de morir la desgraciada princesa, pidió que la dejasen ver á su hijo, pronunciando, al verlo, estas palabras, que fueron tenidas por de profecía : «Creo que mientras este niño viva, no ha de haber paz en la Suabia.» A la verdad el niño mostró desde sus primeros años que no eran falsos tales conceptos; era muy dado á las armas y diestrísimo en manejarlas; díscolo, provocativo y determinado. Hombre ya, adoptó esta divisa arrogante : «De Dios amigo, y de todo el mundo enemigo.» Extraño concepto, porque á la verdad no se concibe el ser amigo de Dios y tan enemigo del prójimo. La abdicacion, dichosa para él, de su sobrino Ulrico, le dió lo que necesitaba, que era algun poder para poner en ejecucion sus soberbios intentos, y no supo dilatarlos un punto. Acababa de acontecer entonces la tragedia del infeliz Coradino, vencido en campo, y decapitado en Nápoles por los verdugos de Cárlos de Anjou; y siendo aquel príncipe el último de los duques de Suabia y baron de Hohenstauffen, quedaron sin dueño estos estados. No necesitó mas Evérard II para darse por pariente suyo, y pretender que ninguno otro que él tenia derecho á heredarle; y remitiendo en seguida la cuestion á las manos, ganó, ya por fuerza de armas, ya por sobornos y cautelas, los señoríos de Hohenstauffen, Rudersberg y Ebersbach, confinantes con sus estados; y á tener mas fuerzas, bien hubiera llegado á apoderarse de todos. Tanto hizo, que la ciudad de Eslinghen se puso bajo su amparo durante las turbulencias que encendió en Alemania el largo interregno ocasionado por la muerte del emperador Federico II, y la divergencia de los electores, que unos querian á Ricardo, duque de Cornwailles, y otros á nuestro rey D. Alonso el Sabio, para tan alto puesto. Mas, acabadas aquellas turbulencias con el nombramiento de Rodolfo de Habsburg, príncipe valeroso y enérgico, que supo contener desde los primeros meses de su gobierno los contrarios bandos y templar las opuestas ambiciones, los de Eslinghen reclamaron su libertad antigua, pretendiendo salir de la tutela, no poco imperiosa y molesta, que Evérard ejercia sobre ellos. No era Evérard el Ilustre para dejar escapar semejante presa pa-

cíficamente. Púsose en campo con su gente, y asoló los alrededores de Eslinghen y hostilizó los lugares comarcanos. Los de la ciudad, saliendo de sus muros, pusieron sitio á la fortaleza de Kaltenthal, que pertenecia al Conde; pero este acudió tan á punto, que los desbarató completamente y saqueó su campo. Mandó el emperador Rodolfo á los contendientes que entrasen en avenimiento; y aunque los de Eslinghen se prestaron á obedecerlo, Evérard no desistió un punto de las hostilidades, menospreciando el mandato imperial. Entonces Rodolfo vino contra el Conde con un poderoso ejército; tomó á Stuttgard después de un asedio largo y sangriento, y arrasó sus murallas; luego se apoderó tambien de Canstadt y otros lugares. Evérard, viéndose perdido, tuvo que someterse á los mandatos del Emperador bajo ciertas condiciones. Muerto el Emperador Rodolfo, Alberto de Austria, su hijo, y Adolfo de Nassau, olvidado el derecho de la eleccion, se disputaron el imperio con las armas. Evérard se puso de parte del primero, y sufrió todos los azares de la guerra, porque las tropas de Adolfo de Nassau invadieron el condado de Wurtemberg, dando á saco muchas de sus ciudades, como Weiblinghen y Bentelbasch. Pero no tardó en obtener la recompensa; porque, habiendo venido á las manos Adolfo de Nassau y Alberto de Austria en los campos de Ruffach, no léjos de Spira, mató este en singular combate á su contrario y destruyó su ejército; de suerte que no tuvo mas sino coronarse por emperador y resarcir á sus servidores de los perjuicios que por seguir su parte se les habian ocasionado. A Evérard le dió el condado de Gruninghen mediante una corta suma de dinero, y lo hizo gran bailío de Suabia. Abusó el Conde de su dignidad, tiranizando y maltratando las ciudades libres de Suabia, y apropiándose derechos en ellas que no le pertenecian; y todo lo hizo impunemente mientras vivió el emperador Alberto, que tan reconocido estaba á sus servicios; pero muerto este, Enrique VIII, que le sucedió, no quiso permitir tales desmanes; y como Evérard menospreciase repetidas veces sus advertencias, envió contra él un ejército al mando de Conrado de Weinsperg, el cual se hizo dueño en breve plazo de Weiblinghen, de Schorndorf y de mas de setenta villas y lugares, que saqueó ó redujo á cenizas. Sorprende á primera vista el hallar vencido á Evérard en todos sus empeños, á pesar de las prendas que en él habia; pero á la verdad no podia ser de otra suerte, cuando con tan pequeñas fuerzas como las suyas osaba contraponerse y pelear de poder á poder con los emperadores. Reducida ahora su dominacion á tres ó cuatro fortalezas, donde mantenia guarniciones, el conde de Wurtemberg tuvo al fin que buscar asilo en las tierras de su vecino el margrave de Baden. Murió Enrique VIII en Italia, envenenado, segun se dijo; en una hostia que le dió para comulgar un monje ganado por sus enemigos, y Evérard, no bien lo supo, salió de su retiro, y no solo recobró, sino aun acrecentó, sus estados, á favor de la confusion que aquel acontecimiento causó en el imperio. Primero halló medio de apoderarse de la mitad del condado de Calb, que habia pertenecido á deudos de su casa; compró la villa de Neiffen con

su término, y se dió trazas para heredar el condado de Washinghen, muerto el conde Enrique, que lo poseia. Evérard murió al fin en 1325, dejando por heredero á Ulrico, su hijo único, que era el noveno de los de su casa, y el cuarto entre los condes de Wurtemberg.

Fué Ulrico IV muy diferente de su padre : ni tan ambicioso ni tan turbulento como él, logró, sin embargo, acrecentar mas sus estados y hacer mas dichosos á sus súbditos. Las riquezas que allegó con su económica y buena administracion fueron tan grandes, que parecen increibles los gastos á que atendió y el dinero que salió de sus arcas por varios conceptos, sin empobrecerlas. Cuando las reyertas de Luis IV con el Papa, Ulrico siguió la parte de aquel fidelísimamente; y habiendo fijado el clero bulas de excomunion contra el Emperador en todas las iglesias de Alemania, no solo mandó arrancarlas en sus estados, sino que prohibió con severas penas á sus súbditos que las obedeciesen. Luis le dió en recompensa el gran bailiato de Suabia y Alsacia, que tuvo su padre, y al propio tiempo dió su consentimiento para que comprase el condado de Gruninghen, la cual compra se hizo en 1336 por un cuantioso precio; no contento con esto, le confirió poco después una alta dignidad en el imperio. Al olor de la prosperidad de Ulrico, muchos señores de Alemania, llenos de empeños y deudas los unos, deseosos los otros de correr á la ventura por tierras lejanas, acudieron á proponerle la venta de sus castillos y estados. Compró muchos de ellos el buen Conde á costa de crecidas sumas, y entre otros, la baronía de Harburg, el condado de Vickelsack, la ciudad de Cellemback y toda la jurisdiccion de Leurenthal, con Grutzinghen, Tubinghen y Weilheim. Pero estas mismas compras y la fama de sus riquezas le causaron un gran disgusto; porque, como viniese cierto dia á sus estados de vuelta de un torneo á que habia asistido en Metz, los señores de Wistinghen, tan poco escrupulosos como todos los de su clase en esta época, le saltearon en el camino y lo llevaron preso á uno de sus mas fuertes castillos, exigiéndole luego cien mil marcos de plata por su rescate; suma considerabilísima para entonces. Pagóla Ulrico, sin embargo, y vuelto á sus estados, los gobernó pacíficamente hasta el año de 1344, en que rindió su vida al Criador, no poco sentido de sus súbditos.

Su hijo Evérard III, apellidado *el Pendenciero*, que le sucedió, fué el mas grande sin duda de los príncipes de esta casa. Parece que en los primeros años de su reinado tuvo participacion en el gobierno con él su hermano Ulrico, apellidado *el Décimo* en Wurtemberg; pero la muerte de este dejó á poco el poder en sus solas manos, que eran harto capaces para sustentarlo. Muerto el emperador Luis, Cárlos de Moravia, que le habia disputado el imperio, mediante el favor del Papa y de los electores quedó por único en él aunque no sin sostener antes grandes contiendas; porque los mismos que le habian levantado á tan alto puesto, querian á la sazon deponerle. Evérard comprendió cuánto le importaba tener de su parte al Emperador, y vino á su servicio; mas no sin asegurarse antes buena parte del precio. Dióle el emperador Cárlos una gruesa suma de dinero y la dig-

nidad de bailío imperial en Ulm, Eslinghen, Ratisbona, Constanza, Augsburg, y hasta veinte y cuatro ciudades no menos importantes. Evérard se aprovechó de su autoridad para enriquecer su tesoro, y de grado ó por fuerza cobró en ellas grandes impuestos. Sufríanlo mal los moradores; tomaron al fin las armas, y coaligados los de todas las ciudades del bailiato, negaron la obediencia á Evérard. Pero este marchó contra ellos, y deshizo cerca de Wiedestelten las tropas de Ulm. Elevaron sus quejas al Emperador las ciudades coaligadas, al propio tiempo que empuñaban en su defensa las armas. Oyólas Cárlos IV, que se contaba ya por seguro en el imperio, y encomendó el gobierno de las ciudades, con el propio título de bailío, al conde Palatino, ordenando al conde Evérard que lo dejase. Mas este no cedió un punto en sus pretensiones; antes ajustó una alianza secreta con la casa de Austria contra el Emperador y las ciudades que habia dado en mirar como rebeldes. Entonces el Emperador fulminó contra él la terrible sentencia llamada de *destierro del imperio*. A ejecutarla acudieron las tropas de las ciudades coaligadas y otras imperiales, tan poderosas, que Evérard no pudo mantener el campo; el Wurtemberg fué asolado y saqueado por los imperiales, las milicias de las ciudades y las tropas palatinas, y al fin hubo de ceder, abandonando la alianza del Austria, que le ayudó bien poco en la ocasion, y dejando el cargo de bailío á favor del conde Palatino. Este obtuvo tambien que el de Wurtemberg le cediese la jurisdiccion de la abadía de Manlbron, y el Emperador tomó para sí la ciudad de Alen, que sus condes tenian empeñada en poder de Evérard por muy gruesa suma de dinero. Mas tanto hizo Evérard, que logró atraerse de nuevo la amistad del Emperador: bien sabia él que con tal apoyo podia impunemente tiranizar á los pequeños señoríos y ciudades que tenia por vecinos; así fué que, renunciando para siempre á otras alianzas, se puso enteramente de su parte, como lo habia estado en los principios. No tardó en tocar las resultas felices de esta conducta. Hallándose el Emperador en Eslinghen, ciudad de las coaligadas ántes contra Evérard, el populacho se alborotó contra su persona. Cárlos encomendó esta vez el castigo, segun la ley del imperio, al conde Evérard, que no deseaba otra cosa para tomar cumplida venganza. Marcha al punto contra Eslinghen, y con tanta furia la combate, que lós moradores se humillan y se ofrecen á pagar una gruesa multa al Emperador, con tal que se levante el cerco. Admitió Evérard el partido, pero con la condicion de que le diesen tambien á él muy grande cantidad de dinero, en resarcimiento, segun decia, de los gastos que para la expedicion habia hecho: por todo pasaron los atemorizados vecinos. En seguida solicitó del Emperador que le permitiese sacar otras contribuciones de las ciudades del círculo de Suabia para los gastos tambien de la guerra, que era cobrarlos dos veces. El Emperador le dió su consentimiento; pero las ciudades se negaron á darle el menor subsidio. Evérard no deseaba quizás otra cosa. Al punto invade los términos de las ciudades con sus tropas, y comienza á hacerles cruelísima guerra; las ciudades coaligadas envian contra él

un ejército á las órdenes del conde de Helfenstein; pero Evérard le sale al encuentro y lo derrota completamente; prende al General, y le deja morir en un calabozo, si ya no es, como aseguran algunos, que allí le mandó cortar la cabeza. Pidieron la paz las ciudades, y Evérard se las concedió, á condicion de que le pagasen mucho mayores sumas de dinero que al principio pedia: á doscientos mil florines ascendió lo que obtuvo por precio de la paz. Acabada esta guerra, Evérard intentó avasallar á la ciudad de Reutlinghen y otras varias que tenian entre sí formada confederacion. Ulrico, su hijo, fué derrotado en campo abierto por los de las ciudades, y muchos de los condes y señores feudatarios ó aliados del de Wurtemberg perdieron allí la vida con buena parte de sus tropas. Evérard, mas encolerizado que abatido por aquel suceso, mantuvo once años la guerra con varia fortuna, hasta que al fin en los campos de Weil se decidió en su favor la contienda, aunque á mucha costa. La batalla, que fué de las mas nombradas que hubo en Alemania en aquella edad, duró muchas horas: Evérard, que se hallaba en lo mas recio peleando bravamente por su persona, vió caer á sus piés á Ulrico, su hijo único, que lavó allí con su sangre la afrenta del anterior vencimiento. Traspasado de dolor, no por eso cejó un punto; antes combatió con mas ira y empeño. Segó el hierro contrario, á mas de Ulrico, á tres condes y sesenta y tantos nobles, la flor de Wurtemberg; de soldados y gente comun fué inmensa la pérdida. Pero al cabo Evérard quedó dueño del campo. Este príncipe, mas desgraciado aun que sus vencidos contrarios, se retiró á sus estados á llorar la victoria, y al año siguiente ajustó paces con las ciudades confederadas, por mediacion del Emperador. Allí se mantuvo hasta su muerte sin hacer cosa de importancia. En su tiempo se acrecentó mucho el condado de Wurtemberg: ya por matrimonios, ya por compras y conquistas, entraron en él los condados de Achalm y Pfulnigue, la mitad del ducado de Teck, y el resto del condado de Calb, que comenzaron á adquirir su antecesores, y Gundelfingue y Hohenstauffen, con otros muchos lugares que fuera largo enumerar.

Sucedióle su nieto, del mismo nombre, y cuarto entre los condes de Wurtemberg, el cual era hijo de aquel Ulrico muerto en la jornada de Weil. A este Evérard le llamaron *el Pacífico* y *el Dulce*, para distinguirle de su abuelo, que, como va dicho, mereció el dictado del *Pendenciero*. No adquirió este príncipe otros estados, sino la mitad restante del ducado de Teck, que obtuvo de su mujer, y algunos otros que heredó legítimamente. Limitóse á gobernar en paz y justicia á sus súbditos, que le amaron sobremanera; era tan magnífico, que su corte se miraba llena á todas horas de duques y condes y prelados y barones los mejores de Alemania. No tuvo otro disgusto en su vida que el que le causaron algunos de los nobles de sus estados, que, tomando por flojedad y cobardía de ánimo lo que no era sino benevolencia, quisieron usurpar su poder, gobernando á su antojo la cosa pública. Ya celebraban juntas y asambleas tumultuosas, y convocaban á sus parciales, y distribuian armas y daban apellidos de rebelion, cuando el Príncipe

cayó sobre ellos y sorprendiéndolos dentro de Haimszheim, donde á la sazon se hallaban reunidos, los obligó á ponerse en sus manos; y con castigar moderadamente á los unos y perdonar á los otros obtuvo general obediencia, con respeto y mayor cariño que antes, de sus súbditos. Fué árbitro muchas veces en las discordias que movian entre sí sus vecinos, logrando que se compusiesen amigablemente los que sin él habrian apelado á las armas. Murió este buen príncipe en 1417.

De tres hijos que tuvo, solo le sobrevivió el menor, que se nombraba, como él, Evérard, apellidado *el Jóven*, el cual fué el quinto de los de su casa. Casó este príncipe con Enriqueta, heredera del condado de Montbelliard, con lo cual esta casa se unió á la de Wurtemberg; pero tal matrimonio no duró mas que dos años, pues antes que sus súbditos tuvieran ocasion de conocerle bien, Evérard dió su alma al Criador, dejando dos hijos, que se llamaron Luis y Ulrico. Crecieron estos príncipes bajo la tutela de su madre, que en tan larga minoría como fué aquella mostró las mas exquisitas prendas de gobierno. Enriqueta de Montbelliard rigió sus estados con tal benevolencia y economía, que le granjearon el amor de sus súbditos, y con tal firmeza, que puso respeto en los extraños.

Al llegar á la mayor edad se repartieron los estados entre sus dos hijos, segun la ley del imperio, lo cual fué causa de que mucho se aminorara el poder de aquella casa. Mas, sin embargo, los príncipes de la rama primogénita, á la cual puede decirse que se trasmitieron principalmente las honras y obligaciones de ella, suplieron con su mérito personal lo que les faltaba de estados. A ellos se les adjudicó la parte alta del país de Wurtemberg y el condado de Montbelliard; á los de la rama menor se les dió la parte baja del Wurtemberg solamente: los primeros fijaron su residencia en Aurach, los segundos en Stuttgard, de donde vino el distinguirlos con los nombres de aquellas ciudades. Luis el Segundo, que era el hijo mayor de Evérard V, fué un príncipe muy piadoso y muy liberal; cúlpanle de que lo fuese demasiado con el clero. Por compra obtuvo la ciudad de Blaubeuren y los castillos de Geruhansen y Buck, con otros lugares y privilegios de cuenta. Sucedióle su hijo Evérard *el Barbudo*, al cual educó é instruyó el célebre Nauclerus, que fué de los mayores sabios de su siglo. No aprovechó Evérard todo lo que pudiera las lecciones del maestro; cosa que le causó gran sentimiento toda su vida. Quedóle cierto amor á las buenas letras: fundó la universidad de Tubinghen, é hizo traducir al aleman los mejores autores del Lacio para su propio uso. Hizo tambien un viaje á Tierra Santa, y adquirió algunas tierras y posesiones. El emperador Maximiliano I le cobró muy grande afecto, y á pesar de andar su casa tan disminuida en estados, le concedió en 1495 el título de duque de Wurtemberg y de Teck. El acto de la investidura fué solemne, y los historiadores de la época dicen por encarecimiento que en él se vieron tremolar cinco estandartes, y entre ellos el gran guion del imperio.

IV.

Ya tenemos á Wurtemberg hecho ducado. Sus príncipes iban creciendo cada año en importancia, y aun el poder que les quitó la division hecha en la regencia de Enriqueta de Montbelliard no tardaron en recobrarlo. Fué el caso que Evérard, primero entre los duques de Wurtemberg, murió á poco de haber obtenido este título, sin dejar hijo alguno, porque los que tuvo murieron de corta edad. Sintiólo sobremanera el emperador Maximiliano, y dijo en público, al saber su muerte: «No queda en el imperio hombre alguno que pueda compararse con él ni en virtud ni en sabiduría.» Y no le debieron sentir menos sus vasallos cuando de ellos solia decir el mismo Evérard: «No hay uno en mis estados en cuyas rodillas no pudiera yo echar la cabeza y dormir tranquilo.» Pero ello es que á la muerte de este príncipe, acabada la rama primogénita de Aurach, se volvieron á reunir los estados de la casa, pues la herencia recayó en Evérard II, su primo hermano, que era el representante de la rama de Stuttgard, la cual poseia, como sabemos, la parte baja del Wurtemberg. Era Evérard II hijo de Ulrico, segundo hijo de Evérard *el Jóven* y de Enriqueta de Montbelliard, así como Evérard I lo era de Luis, primogénito de aquel mismo matrimonio. Ulrico habia sido príncipe de prendas, y tanto, que sus súbditos no supieron darle otro sobrenombre que el del *Amado*: aconteciéronle grandes desdichas en las guerras que á su pesar tuvo que sostener contra el duque de Baviera y el elector Palatino; porque, como acometiese á este último, en union con el obispo de Metz y el margrave de Baden, fué derrotado y hecho prisionero delante de Seckinghen, no pudiendo lograr la libertad sino un año mas tarde, á condicion de ceder ciertos territorios y de pagar una gruesa suma por su rescate. Y habiendo muerto en 1480, dejó dos hijos, Evérard y Enrique, de los cuales el primero fué quien heredó de su primo, con el nombre de Evérard II, el ducado de Wurtemberg y de Teck. La Providencia no dejó disfrutar á este príncipe de tamaña herencia: rebeláronse sus nuevos vasallos contra él, y le obligaron á abdicar en 1498, retirándose á cierto castillo sepultado en las selvas de Odden, en donde murió á poco tiempo. Su hermano Enrique, que le sucedió, no tuvo mas fortuna que él, y ni un dia siquiera pudo tener en sus manos las riendas del gobierno, porque, de resultas de un espantable susto que le habia hecho pasar el duque de Borgoña, de quien fué prisionero en cierta batalla, tenia perdido el juicio. Recayó pues aquella pingüe herencia, que por tan varios trances iba corriendo de unos en otros, en Ulrico, hijo mayor de Enrique, el cual hubo de ceder á su hermano Jorge el condado de Montbelliard.

Fué este Ulrico de tan varia y desdichada vida, que necesitaria por sí sola un

volúmen entero para ser cumplidamente relatada. A los diez y seis años obtuvo del emperador Maximiliano I la dispensa de edad necesaria para regir por sí solo sus estados. Habiéndose encendido la guerra por los años de 1504 entre el elector Palatino y su hijo y el duque de Baviera, el Emperador intervino en favor de este en la contienda, fulminando contra aquellos la declaracion *de destierro del imperio*, y Ulrico recibió órden de ejecutar la sentencia. No se mostró el Duque indigno de la confianza que en él depositaba el Emperador; antes, marchando al punto contra los dos señores palatinos á la cabeza de sus tropas, ganó á Neustadt, Weinsperg y otras plazas de no menos importancia, con el condado de Loewenstein y la abadía de Maulbron. Quedaron por suyas todas estas conquistas al ajuste de la paz; y al propio tiempo el duque de Baviera, en agradecimiento del socorro que le habia prestado, le devolvió los territorios que habia tomado de su abuelo Ulrico en la desgraciada guerra que este sostuvo contra él, y algunos otros lugares. Con el dinero recogido en tales victorias Ulrico compró muchos estados limítrofes á los suyos, y ensanchó mas todavía sus fronteras. El populacho de algunas ciudades se levantó contra él en 1514, de resultas de haber introducido cierta reforma en los pesos y medidas y de haber impuesto ciertos tributos; pero todo lo apaciguó sin grande esfuerzo. Ulrico habia recorrido hasta entonces una senda de prosperidad y de dicha; en adelante no le guardaba el destino mas que desgracias.

Mucha parte tuvo en ellas, si ya no es que digamos que fué su primera causa, el matrimonio que contrajo con la hija de su antiguo aliado el duque Alberto de Baviera. Este matrimonio, contraido sin duda con el objeto de estrechar mas los lazos de amistad que unian á ambas casas, produjo entre ellas una larguísima discordia. Bien que no la amase, ó que no supiese contener los ímpetus de su carácter naturalmente duro, ó que ella le diera motivos mas ó menos graves de queja, es el caso que Ulrico dió en tratar con tan poco miramiento á la princesa bávara, que hubo de separarse de él antes de mucho, retirándose á los estados de Baviera, donde gobernaba su hermano Guillermo por muerte del duque Alberto. Sintió aquel, como era natural, tales tratamientos; tomólos á afrenta propia, y ya no pensó mas que en los medios de arruinar á su antiguo amigo. Dióle ocasion para ello un suceso al parecer insignificante. Un cierto guardabosque de las tierras del de Wurtemberg fué asesinado por algunos paisanos de la ciudad de Reutlinghen, en el camino que va de aquella ciudad á la de Achalm. Ulrico, envalentonado con sus anteriores triunfos, y acostumbrado á mandar á sus vecinos, exigió de los de Reutlinghen que le entregasen á los criminales. Negáronse ellos, alegando sus franquicias y derechos como ciudad libre que era aquella en el imperio; y Ulrico, sin poner atencion en estas razones, ni remitir á otro tribunal que al suyo propio la cuestion, y sin recordar lo que el intento de avasallar á tal ciudad le costó á Evérard III, fué sobre Reutlinghen y la puso cerco. Defendiéronse bravamente los de adentro, y llamaron en su auxilio á las

ciudades de la liga de Suabia, como antes. Esta liga, formada en tiempo del emperador Federico III para exterminar á las turbas de aventureros y foragidos que recorrian el país, habia venido renovándose después, de once en once años, con el objeto de asegurar la independencia de todas las ciudades confederadas y defender á cada una de las agresiones de los estados limítrofes. A las nuevas del cerco de Reutlinghen, la liga reunió sus tropas para socorrerla; y no bien supo esto el duque de Baviera, se apresuró á entrar en tratos con ella, prestándole ayuda para la empresa, y ofreciéndose él mismo á ponerse al frente del ejército. Ensancharon los de la liga sus intentos á medida que con mayores fuerzas contaron; y estimulados tambien por las exhortaciones del vengativo duque de Baviera, se propusieron nada menos que despojar completamente de sus estados á Ulrico, y reducirlo á la condicion particular para siempre. Juntas las fuerzas del duque de Baviera con las de las ciudades coaligadas, después de libertar á Reutlinghen, invadieron el Wurtemberg: Ulrico no pudo mantener el campo contra tan desiguales enemigos, ni supo defenderse en las fortalezas. Huyendo siempre delante de sus contrarios, tuvo al fin que refugiarse en Suiza casi solo y sin dinero alguno. Los de la liga no se pararon en escrúpulos: al verse dueños de los estados del Duque, le propusieron la venta de ellos al emperador Cárlos V; y lo mas extraño es que este aceptase el partido. Autores hay que afirmen que coadyuvó con sus consejos al despojo con tal propósito. Hízose la venta en 300,000 ducados, obligándose al propio tiempo el Emperador á pagar las deudas del Duque. A la verdad pocos hechos hay que retraten tan exactamente como este la extraña anarquía de la época y la singularidad de las costumbres que en ella reinaban. Pero el caso es que Ulrico se quedó sin estados, y que tardó mucho su casa en recobrarlos y poseerlos bajo el pié que tenian antes de aquella extraña venta. Cárlos V, como señor del Wurtemberg, lo cedió á su hermano Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, cuando llegó el caso de partir con él la herencia de su abuelo Maximiliano, ó bien por recompensa de otros derechos que aquel le cediera, ó bien por muestra de generosidad fraternal. Y Fernando de Hungría, mirando como suyos tales territorios, comenzó á disponer de ellos á su antojo.

En tanto Ulrico, desesperado, corria la Europa buscando favor y ayuda para volver á sus estados; mas fué por mucho tiempo en vano. Nadie queria por su causa atraer sobre sí la terrible cólera de Carlos V. Al fin logró adquirir por compra la fortaleza de Hohentweil, y desde allí, con los restos del dinero que habia sacado de sus estados, levantó algunos tercios de suizos, con los cuales logró recobrar una parte de sus estados, hasta llegar á la misma capital Stuttgard, y ponerla cerco. Ya se habia apoderado de los arrabales de la plaza, y esperaba su rendicion de un momento á otro, cuando de una parte los suizos, á quienes debia algunas pagas, se le amotinaron, negándose á combatir, y de otra el ejército de la liga de Suabia, que subsistia aun, se puso en marcha contra él. Entonces Ul-

rico tuvo que levantar el sitio y tornarse al extranjero. Los príncipes protestantes rogaron al Emperador en la dieta de Augsburg que devolviera al de Wurtemberg sus estados, y no lograron cosa alguna. Todo parecia perdido para Ulrico, cuando la fortuna vino impensadamente á favorecerle. La liga de Suabia, que era su enemiga encarnizada, se disolvió, y las ciudades y estados que la componian quedaron tan divididos en intereses y en aspiraciones, que era imposible que de nuevo volviera á formarse. Ulrico se determina á aprovechar la ocasion; alcanza en préstamo del rey de Francia la suma de 120,000 florines, y con este dinero forma ejército bastante, invade sus propios estados, y con la ayuda del landgrave de Hesse derrota en Lauffen las tropas del rey de Hungría, y se proclama de nuevo por señor en todo el Wurtemberg. Vino luego la paz de Cadan de 1534, en la cual se estipuló que el rey Fernando llevaria el título de duque de Wurtemberg á la par que Ulrico; pero que la posesion seria de este, quedándole solo á la casa de Austria el derecho de reversion. Tratóse tambien que á la muerte de cada uno de los duques, los sucesores tendrian que pedir la investidura á la casa de Austria, de la cual quedaban como feudatarios. No recibió bien el duque Ulrico tales condiciones; pero tuvo que avenirse á ellas, tomándolas por las mejores que pudiera alcanzar en las arriesgadas circunstancias en que se hallaba. En seguida se dedicó á favorecer el protestantismo en su país, desarraigando de él casi totalmente el catolicismo. De aquí le vinieron á Ulrico nuevas desdichas. El emperador Carlos V, defensor natural del catolicismo por su calidad de rey de España, no solo se declaró contra la reforma protestante, sino que se determinó á combatirla, pensando que lograria echarla del imperio. No lo logró á causa de las amenazas del Turco, y de la Francia, que distrajo su atencion á otras partes; pero desde luego contuvo sus pasos, y la puso muy por debajo del catolicismo en poder é influencia. Formaron los protestantes, para oponérsele, la famosa liga de Smalcalda, á cuya cabeza se puso el elector de Sajonia, y la cual contaba al duque Ulrico de Wurtemberg entre sus mas celosos miembros y decididos campeones. Carlos V hizo pasar á Alemania los tercios españoles que combatian en Italia, y con ellos cayó en Mulberg sobre la liga. No podemos resistir en este punto al deseo de trasladar á nuestras páginas un párrafo de autor protestante y contrario á España en la contienda, donde se habla de aquella batalla. «Fué allí, dice, inaudito espectáculo el de la bravura española. Mil soldados, ardiendo por venir á las manos, y viendo que era menester pasar el Albís para medirse con los contrarios, se arrojan al rio, y con el agua hasta los hombros hacen fuego sobre ellos é incendian muchas de sus embarcaciones. Otros (estos fueron en número de diez, y entre ellos Alonso de Céspedes el Bravo y el poeta Rey de Artieda) desnúdanse y cruzan á nado el rio con la espada en la boca, y se apoderan de las barcas amarradas en la orilla que ocupaban los sajones, debajo del fuego de estos, y matando á cuantos la defendian. Aquello fué una *Naumachia* no vista ni entre los romanos ni entre los griegos, y que valió algo mas y fué harto mas heróica por

parte de los españoles, que el ponderado paso del Rin por Julio César ó Luis XIV. Con aquellas barcas se hizo un puente, y pasó el ejército entero.» Aquella hazaña decidió de la suerte de la batalla: el elector de Sajonia quedó preso y la liga disuelta. Entonces el Emperador envió contra el duque Ulrico, que aun osaba mantenerse en armas, al duque de Alba. Este general incomparable invadió con los españoles el Wurtemberg, y se apoderó de todo el país en brevísimo tiempo, á excepcion de algunas fortalezas. Huyó Ulrico de nuevo de sus estados, y solo por la mediacion del elector Palatino, amigo de Carlos V, pudo volver á ellos, no sin someterse á condiciones durísimas, que fueron las siguientes: «Que renunciaria á la liga de Smalcalda; que pagaria, en pena de haber entrado en ella, 300,000 escudos de oro al Emperador, en dos plazos, que no habian de exceder juntos de cuarenta dias; que recibiria guarnicion española en todas sus fortalezas; que entregaria toda su artillería y la de los aliados que estaba en su poder; que daria libre paso por sus tierras á las tropas católicas y les facilitaria cuanto en el tránsito necesitasen; que no haria jamás alianzas contra la casa de Austria; que desde luego enviaria mensajeros al Emperador pidiéndole perdon por sus hechos, y que en el término de cuarenta dias se presentaria él mismo á pedírselo. Cosa en efecto que verificó, poniéndose de rodillas delante de una numerosa concurrencia, junto con los representantes de las ciudades vencidas, que no fueron mejor tratadas que él. Además se declaró que, puesto que el Duque habia roto el tratado de Cadan, en el cual renunció el rey de Hungría sus derechos al Wurtemberg, la renuncia se consideraba rota tambien, de suerte que el de Hungría podria hacer valer sus pretensiones cuando mejor le pareciese. Dióse después de estos acaecimientos el famoso *Interim* de Augsburg, y el duque de Wurtemberg tuvo por fuerza que mandarlo observar en sus estados. Tantas humillaciones no pudo sufrirlas Ulrico, y ellas le produjeron una dolencia de que murió en 1550: príncipe mas capaz de gobernar vastos estados que los humildes y estrechos que le habia concedido la Providencia.

Sucedióle su hijo Cristóbal, el cual durante todas las desgracias de su padre se habia mantenido en la corte de su tio Guillermo de Baviera, el cual le trató y educó como si fuese su propio hijo. De allí pasó á la corte del Emperador; pero antes de mucho hubo de dejarla precipitadamente. Díjose que el Emperador queria apoderarse de él y enviarlo á España á seguir la carrera eclesiástica, con el fin de que no llegase á gobernar en Wurtemberg otro príncipe tan protestante y tan enemigo de la casa de Austria como lo habia sido Ulrico. Si esto no era cierto, el color de la fuga fué tal; el suceso, que el príncipe Cristóbal se pasó disfrazado á Baviera, y de allí á Francia. En Paris vivió mucho tiempo, y por su odio á Cárlos V se ganó la amistad y confianza de Francisco I. Allí le halló la noticia de la muerte de su padre, y vino al punto á encargarse del gobierno de sus estados. Por aquel tiempo las tropas españolas que guarnecian el Wurtemberg fueron llamadas de nuevo á Italia, y Cristóbal, libre de sus terribles armas, revocó al

punto el *Interim* que su padre habia publicado forzadamente, y en su lugar trajo de nuevo la confesion de Augsburg á sus estados. Hizo este príncipe la guerra con no poca fortuna al gran maestre de la órden Teutónica; compró estados, levantó palacios y fortalezas magníficas, y murió en paz y fortuna, dejando un solo hijo que le heredase, el cual tuvo por nombre Luis y fué apellidado *el Piadoso*, sucediendo á la edad de catorce años al padre. En el poco tiempo que vivió este príncipe, se apoderó del condado de Loewenstein, que era feudatario suyo, porque los condes que lo poseian se negaban á reconocer el feudo; y fundó un colegio en Tubinghen á mucha costa. A esto están reducidos sus hechos; y como no tuvo hijos, el ducado de Wurtemberg pasó á la rama de Montbelliard, de la cual pasamos á hablar ahora.

V.

Las leyes de sucesion que rigen hoy en casi todos los estados de Europa no han imperado en Wurtemberg ni en otros muchos países de Alemania por mucho tiempo. Antes de la *Bula de oro* era uso comun en Alemania que cada hijo se llevase una parte igual de la herencia del padre. De esta suerte acontecia que los estados se iban subdividiendo cada vez mas, hasta convertir el país en una oligarquía funesta de pequeños señores feudales, mas bien que en una confederacion de soberanos. Hízose el mal sobremanera sensible por lo tocante á los electores del imperio, que, segun las leyes de subdivision, no podian tener consistencia ni autoridad para su alto encargo. La *Bula de oro* arregló en algo las cosas, estableciendo el derecho de primogenitura en la sucesion de los electorados. Bien porque advirtiesen desde luego las ventajas de este modo de suceder, ó porque no quisieran ser menos que los electores, ello es que casi todos los demás príncipes del imperio comenzaron á introducirlo en sus estados. Pero tuvo que hacerse poco á poco, bien por la resistencia natural de los perjudicados, bien porque en cada caso se necesitaba impetrar para ello la confirmacion del Emperador. Lo ordinario fué el conservar la mayor parte de los estados al primogénito, dejando para los otros hermanos títulos y heredamientos menos cuantiosos. Pero de todas suertes, venia sucediendo que á la muerte de cada uno de los príncipes sus estados se disminuian en mucho, repartiéndolos, aunque fuera desigualmente, entre varios hijos. Por azar las diversas ramas constituidas por tal manera en Wurtemberg se extinguian al poco tiempo, de suerte que volvian la mayor parte de los estados de la casa á estar debajo de una sola mano. Esto sucedió cabalmente á la muerte de Luis *el Piadoso*. Mas arriba queda dicho cómo se repartió la familia de Wurtemberg en dos ramas, á la muerte de Evérard II, entre los hijos de su hermano Enrique, que no llegó á sucederle, porque

andaba ya loco en aquel tiempo. Del mayor de aquellos hijos, llamado Ulrico, vinieron, como hemos visto, los príncipes que se extinguian en Luis *el Piadoso;* del menor, que tenia por nombre Jorge, fué hijo Federico, conde de Montbelliard, en quien recayeron ahora los estados de Wurtemberg.

Este Federico, que se llamó Primero, es el tronco de los actuales soberanos. En su tiempo se fundaron muchas villas y castillos, se crearon escuelas y se acometieron obras públicas de todo género. Fué pacífico, pero por medio de negociaciones obtuvo mas territorios que otros de sus predecesores habian logrado por las armas; y en el tratado de Praga logró del emperador Rodolfo II que se le devolviese al Wurtemberg la antigua libertad é independencia de que gozaba, y de que fué malamente despojado en tiempo del emperador Cárlos V. Retuvo la casa de Austria el derecho de reversion que entonces habia obtenido, pero solo en el caso de que se extinguiesen los herederos varones en la casa ducal. Después de alcanzar tales ventajas, murió Federico, dejando tres hijos, que, segun el uso de que antes hablamos, formaron tres ramas, llamadas de Stuttgard la primera, la cual se continuó en el primogénito Juan Federico con la mayor y principal parte de los estados; y las otras, de Montbelliard y Juliana, que recayeron en Luis y Julio, los dos hijos menores, quedándole á la una el condado de su nombre, y heredamientos á la otra poco importantes.

Juan Federico de Stuttgard, que sucedió á su padre Federico I en 1608, aunque no lo tuvo por mucho tiempo, halló sobradas ocasiones de disgustarse del mando. A la verdad no pudo obtenerlo en época mas crítica y arriesgada. Bullian de mucho antes los gérmenes de la discordia en el seno del imperio. La reforma de Lutero, detenida y humillada en los campos de Mulberg por el esfuerzo incomparable de los tercios españoles, no por eso podia contarse como vencida. Al contrario, sus partidarios luchaban con mas celo cada dia, preparando con las predicaciones y las polémicas literarias los grandes movimientos y la larga guerra de treinta años, que habian de resolver la contienda. La abjuracion del arzobispo de Colonia produjo ya un chispazo que pudo traer graves consecuencias. Coaligáronse los príncipes protestantes para oponerse á las pretensiones del Papa y del Emperador, y el duque Juan Federico fué de los mas celosos en la liga. Apagaron aun aquel chispazo los tercios españoles; pero no estaba léjos el dia del total incendio. La España, que era el brazo derecho del catolicismo, habia venido muy á menos en grandeza: ya sus ejércitos, desangrados en los Países-Bajos y esparcidos por ambos mundos, no bastaban para llevar adelante sus grandes pensamientos; ya sus rentas no bastaban para comprar guerras y alianzas, como en otros dias, ni su política lograba los triunfos que logró en tiempo de Felipe II. A medida que España bajaba, subia la reforma, y al paso que la política de Madrid vacilaba, renacian la audacia y el poder en las pequeñas cortes alemanas adictas al luteranismo, y en los príncipes extranjeros de iguales creencias, que nuestro solo esfuerzo habia podido

tener en respeto. No es de nuestro propósito examinar si fué justa ó no, si fué ó no ventajosa para España la política de Cárlos V y de Felipe II. Bástanos sentar el hecho de que esa política imperó en toda Europa, y principalmente en Alemania, y que el poder de España fué el que mantuvo el dominio de aquella política por tan largo espacio de tiempo. En cuanto nuestro poder flaqueó un tanto, ni el Papa ni el Emperador pudieron sostener mas su supremacía, y la reforma paseó triunfante sus banderas por la Alemania. Y cabalmente durante la vida de Juan Federico comenzaron los acontecimientos que habian de traer á tal estado las cosas.

Después de la campaña de Colonia, en que quedaron triunfantes las armas católicas, vino la cuestion del arzobispado de Strasburgo, en la cual quedaron tambien vencidos los protestantes; y por último, los sucesos de Donawert, que hicieron ya estallar la mina de tanto tiempo antes dispuesta para ello. Profesaba la mayor parte de los moradores de aquella ciudad el culto protestante, de suerte que no les quedaba en ella á los católicos sino un solo monasterio. Envalentonado el Abad con los triunfos recientes del catolicismo, y oyendo, mas que la voz de la prudencia, la de su propio celo, comenzó á hacer pomposas procesiones por la ciudad, como insultando al mayor número de los vecinos, que profesaban distinto culto. No lo supieron llevar estos con paciencia, y echándose sobre una de tales procesiones, cometieron en ella profanaciones horrendas. Sujetó entonces á Donawert el Emperador al castigo del imperio, y encomendó al duque de Baviera que ejecutase el decreto. Pertenecia aquella ciudad al círculo de Suabia; y el duque Juan Federico reclamó contra las disposiciones del Emperador, alegando que á él antes que al duque de Baviera le pertenecia intervenir en las cosas de Donawert, por los derechos que tenia sobre las ciudades de aquel círculo. Apoyaron los príncipes protestantes á Juan Federico en esta reclamacion; pero el Emperador no quiso prestarles oidos; y con efecto, el duque de Baviera entró en Donawert, y arregló las cosas segun la voluntad del partido católico, que miraba en él uno de sus mas celosos caudillos. No pudieron sufrir mas los príncipes protestantes; y reunidos en una de las ciudades de Franconia el elector Palatino, el conde palatino de Neburg, el margrave de Brandemburgo, el margrave de Baden y el duque Juan Federico de Wurtemberg, luteranos los unos, calvinistas los otros, firmaron por sí y por sus herederos el famoso tratado conocido con el nombre de *Union evangélica*. Las cláusulas de este tratado eran que los príncipes coaligados se darian consejo y asistencia en todos los negocios concernientes á la libertad religiosa que pretendian, y á los privilegios que gozaban como miembros de la Dieta desde los tiempos mas antiguos; que por consecuencia ayudarian todos ellos con sus armas á aquel que fuese atacado por los católicos; de suerte que si eran derrotados, cayesen todos á un tiempo, y si vencedores, que repartiesen entre todos el botin; y la direccion de la liga quedó á cargo del elector Palatino. Fuertes con ella los príncipes protes-

tantes, comenzaron al punto á dirigir al Emperador injuriosas reclamaciones. Exigian ante todo que se reintegrase á Donawert en los privilegios y derechos de ciudad libre del imperio, de que estaba despojada, y el Emperador no quiso concederlo. Llegó en esto la cuestion de la sucesion á los estados de Julliers y de Cleves, y el Emperador, interviniendo entre los diversos pretendientes, quiso tomar para sí aquellos estados. Lanzáronse al punto á la guerra los príncipes unidos, coaligados con la Francia, qué pretendia comenzar por aquí sus empresas contra la casa de Austria; y los católicos por su parte, acudiendo en ayuda del Emperador, formaron otra *liga,* que con este solo nombre llegó á hacerse famosa, la cual dió harto en que entender á la *Union evangélica*, hasta obligarla á pedir la paz, y recibirla bajo condiciones tan duras como vergonzosas. Murió á la sazon el duque Juan Federico, y dejó sobre su sucesor el peso de los empeños que tenia contraidos con los demás príncipes protestantes, y de la mala fortuna que acompañaba por entonces á su causa.

Y en verdad que en peores circunstancias no pudo hallarse nunca el Wurtemberg para conllevar tan grave peso. Fué el sucesor de Juan Federico su hijo Evérard III, príncipe de tierna edad, y que tuvo que someterse á una larguísima tutela. Pero los tios del nuevo príncipe, Luis y Julio de Wurtemberg, que, aquel primero, y este, después que el otro murió, tuvieron la tutela en sus manos, hicieron tanto y obraron con tal virtud y prudencia, que lograron devolverle al sobrino en la mayor edad íntegros, si no salvos, sus estados, á pesar de las grandes revueltas de los tiempos y de las infinitas vicisitudes por que pasaron. La *Union evangélica* tuvo pocos momentos de prosperidad en su corta carrera: vencida, mas aun que por las armas, por la diplomacia de los católicos; amenazada siempre por el brazo, todavía temible, de España, tuvo que someterse al Emperador. Ni bastaron los esfuerzos extraordinarios del Wurtemberg para conservar en Bohemia al elector Palatino. Los españoles, al mando de Ambrosio de Espínola y de Gonzalo de Córdoba, hijo del duque de Sessa y heredero del nombre del Gran capitan, invadieron además el Palatinado y lo pusieron á disposicion del Emperador. La Dinamarca, que tomó parte en la contienda á favor de los protestantes, fué completamente vencida por los imperiales en la sangrienta jornada de Lutter; y el rey de Suecia, que habia prometido tambien ayuda á la *Union evangélica*, se entretenia demasiado en las fronteras de Polonia, para que pudiera temerse nada de él por de pronto. Entonces el partido católico de Alemania, á la cabeza del cual estaban puestos el emperador Fernando II y el rey de España, no hallando resistencia por ninguna parte, y sintiéndose con poder para todo, determinó quitar de una vez á sus irreconciliables contrarios cuantas ventajas habian adquirido desde los dias de la famosa confesion de Augsburgo. Dióse con este objeto, en 1629, el edicto llamado *de restitucion*, en el cual, en virtud, segun decia, de la infalibilidad de su pleno poder imperial, declaraba Fernando II que todas las confiscaciones ejecutadas por los protes-

tantes, desde la paz de Augsburgo hasta entonces, en los bienes mediatos ó inmediatos de la Iglesia católica, constituian una violacion de aquel tratado; de suerte que habian de reputarse por nulas y de ningun valor; añadiendo que por aquellos protocolos no se habian obligado los príncipes católicos con sus súbditos protestantes á otra cosa que á permitirles emigrar libremente : interpretaciones todas ellas de las cláusulas de Augsburgo, conformes con las ideas y con los intentos de la liga católica. Por este *edicto de restitucion* perdieron los soberanos protestantes de Alemania dos arzobispados, doce obispados y un número incalculable de abadías y conventos; pero á ninguno de aquellos príncipes fué tan funesto el edicto como al de Wurtemberg. Luis Federico de Montbelliard, que administraba á la sazon estos estados como tutor del príncipe Evérard, se quejó al Emperador de tal medida, manifestándole que su pupilo perdia por ella la suma de 70,000 escudos de renta, con sus mejores posesiones, de suerte que venia á quedar reducido á una lamentable pobreza; pero el celo del buen administrador fué inútil: el presidente del consejo áulico se negó á escuchar sus reclamaciones, en nombre del Emperador, y aun se dice que dió por toda respuesta este verso latino :

Fronte capillata; posthac ocassio calva.

No puede darse una proclamacion mas clara del derecho de la fuerza. Luis Federico, sintiéndose débil para defender solo los derechos de su sobrino, entabló negociaciones con el elector de Sajonia y con los demás príncipes protestantes á quienes tambien perjudicaba el edicto, para que entre todos levantasen diques que oponer al torrente que se desbordaba. Esto produjo la asamblea de Leipsick de 1631, en la cual, después de dos meses de acaloradas discusiones, determinaron los príncipes protestantes pedir colectivamente al Emperador que revocase el *edicto de restitucion;* que retirase de sus ciudades y fortalezas las tropas imperiales que las ocupaban; que diera por nulas las sentencias arbitrariamente pronunciadas contra ellos, y que reformara, en fin, los grandes abusos que iban introduciéndose en la constitucion del imperio. Determinóse tambien, y fué determinacion discreta, levantar ejército de 40,000 hombres con que sostener la justicia de tales reclamaciones si el Emperador se negaba á oirlas. Los primeros triunfos de Gustavo Adolfo, que acababa de entrar en Alemania, dieron alientos á los protestantes para tomar tales resoluciones, y mantenerlas á pesar de las amenazas del Emperador; pero las consecuencias de la liga no pudieron sentirse tan pronto. Dilataba en tanto Luis Federico la entrega de los cuantiosos bienes que se le pedian, como quien esperaba mejores tiempos; impacientábanse el Emperador y el partido católico, que veian en sus ricos despojos el principio de otros mayores, y la completa victoria de su causa; y al fin el conde de Furstemberg, al frente de un numeroso ejército, se encargó de poner prisa en aquel negocio. Entró este general en el país de Wurtemberg con poderoso

ejército, dispersó las escasas milicias y tropas de línea que contaba para su defensa el ducado, tomó las fortalezas, aniquiló cuanto podia hacerle resistencia, y obligó al príncipe administrador, no solamente á devolver todos los bienes que se le pedian, sino aun á aprobar solemnemente el *edicto de restitucion*, á pagar gruesos subsidios, y á facilitarle para sus soldados subsistencias. Nada pudo hacer todavía la liga de Leipsick para defender á los estados de Wurtemberg de tal invasion; pero ella dió nuevo calor á sus propósitos, aumentando la indignacion y el despecho, el valor en los mas tímidos, y la fuerza en los mas flacos. Principalmente el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse-Cassel, dejadas ya aparte todas las contemplaciones, hicieron alianza ofensiva y defensiva con Gustavo Adolfo, y se pusieron en campo con sus fuerzas. Juntas las tropas suecas con las tropas alemanas de la liga, fueron á buscar al ejército imperial, que asediaba á Leipsick. Mandaba á los coaligados el rey Gustavo Adolfo, que, después de hacerse esperar mucho tiempo de los descontentos alemanes, habia al fin desembarcado en Alemania al frente de un ejército poco numeroso, pero disciplinado y valiente, con el cual habia ya humillado á la Rusia y domado á la Polonia, y se habia hecho famoso por todas las costas del mar Báltico. Las afrentas que del Emperador habia recibido en diversas ocasiones eran el color y el pretexto de aquella guerra; mas puédese creer que, antes que ellas, movieron al monarca sueco á entrar armado en Alemania su amor á la gloria, su ambicion, su deseo de influir en los destinos de la Europa y gobernarlos á su antojo. Quiso la suerte que los príncipes protestantes se sintiesen á la sazon tan quejosos y tan lastimados del Emperador, que hubiesen por buena cualquiera ayuda, aunque fuese extranjera, para defenderse y ofenderle; y el ser la Suecia protestante dió aun mayores facilidades para realizar aquella alianza, que habia de ser tan funesta al imperio. Gustavo Adolfo se vió así al frente de la liga formada contra las demasías del Emperador y el *edicto de restitucion*, y en los campos de Leipsick puede decirse que decidió en favor de aquella la contienda. En vano Tilly y Pappenheim, que mandaban á los imperiales, agotaron todos los recursos de su larga experiencia el uno, de su feroz esfuerzo el otro, para derrotar á los coligados. Huyeron las tropas de los príncipes nuevamente levantadas al choque de los batallones de Tilly, que gobernaba en persona aquel general no vencido hasta entonces; pero los suecos y su rey Gustavo Adolfo hicieron tanto, que no solo repararon la derrota de sus aliados, sino que aniquilaron de todo punto al ejército imperial. La fama de aquella victoria corrió por toda Alemania, llenando de dolor á los católicos y de júbilo á los protestantes. Señaladamente el príncipe de Wurtemberg, que era el mas oprimido de todos, tuvo por qué regocijarse con aquella victoria, que alejó de su suelo las tropas imperiales, libertándolo al propio tiempo de pagar los subsidios y subsistencias que se le exigian, y poniendo de nuevo en sus manos los bienes cuantiosos que habia tenido que devolver por el *edicto de restitucion*. Julio Federico, por muerte de su hermano Luis, tomó en esto á su cargo la tutela de Evé-

rard y las riendas del gobierno, y con su celo y cordura continuó dando impulso á la guerra y proporcionando mayores ventajas á sus súbditos. Y así los wurtembergueses vivieron tranquilos y felices mientras duró la prosperidad de las armas suecas y alemanas coaligadas.

Cayó Gustavo Adolfo sobre sus propios laureles en la sangrienta jornada de Lutzen; pero la muerte del héroe no apartó la victoria de sus banderas: parecia que su gran sombra peleaba por ellas aun, animando á los protestantes, espantando á los católicos, infundiendo en los generales que le sucedieron en el mando supremo algo de su genio, algo de su valor, algo de su fortuna. Oxenstiern, canciller de Suecia y amigo íntimo del malogrado conquistador, fué el primero que se puso al frente de los suecos y de la liga protestante. Para asegurarse este general de sus aliados, y buscar recursos con que continuar la guerra, convocó una dieta en Hailbronn, en la cual se trató tambien de recompensar á cada uno de los estados de la liga segun los sacrificios que habia hecho. Y al Wurtemberg, que habia contribuido con mayor número de soldados que consentia su territorio y mayores subsidios de los que su tesoro podia comportar, y que habia padecido al propio tiempo grandes devastaciones y saqueos por mantener la causa de la liga, se tuvo por justo el darle en aquella ocasion todos los bienes eclesiásticos y los condados austriacos enclavados en sus provincias. Pero los azares de la guerra la volvieron á traer al cabo á las puertas del Wurtemberg, quitándole las ventajas que con el sabio gobierno de los administradores y la prosperidad de las armas protestantes habia alcanzado. Corria el año de 1633, y Evérard, cumplidos los 18 años, acababa de tomar las riendas del gobierno, cuando comenzaron á sentirse las primeras amenazas. El general sueco Gustavo de Horn desalojó de las fronteras de Suabia un grande ejército imperial allí reunido con el propósito de invadir el Wurtemberg, persiguiéndolo hasta las orillas del lago de Constanza, de suerte que por entonces aquel propósito no pudo tener efecto; pero á poco los campos de Nordlinghen presenciaron una jornada de las mas sangrientas de esta larga guerra, y que habia de traer funestísimas consecuencias para la causa protestante. Los príncipes católicos determinaron hacer un grande esfuerzo para acabar en su favor la guerra: formaron un ejército numeroso, compuesto de las tropas imperiales que mandaba Gallas, de las del duque de Lorena, que venia mandándolas en persona, y diez mil hombres que bajo la conducta del Cardenal infante envió el rey de España. A la cabeza de todas estas tropas estaba Fernando, rey de Hungría, hijo primogénito del Emperador. Despues de varias conquistas importantes, el ejército católico puso su campo delante de Nordlinghen. Acudieron con el propósito de hacer levantar el asedio Gustavo de Horn y el duque Gustavo de Weimar, mandando el primero á los suecos, y el segundo una hermosa division wurtemberguesa y otras tropas alemanas. La batalla comenzó por atacar los suecos cierta altura que era la llave de las posiciones del ejército contrario. Ya los valientes batallones de Gustavo Adol-

fo, una y otra vez rechazados, habian logrado, aunque á costa de muchas vidas, abrirse paso hasta la altura, cuando llegó á defenderla la infantería española del Cardenal infante. El combate fué horrible; pero al decir de un grande historiador aleman, muy admirador de los suecos, su valor no pudo nada contra el heroismo de los tercios españoles. ¡Singular destino el de España en Alemania! Desde el dia de Mulberg hasta el dia de Nordlinghen, en aquella guerra de mas de un siglo, que mantuvo el protestantismo aleman contra el catolicismo, siempre á España debió este su salud y aquel su ruina. Lo mismo en los tiempos gloriosos y prósperos de Cárlos V, que en los miserables ya de Felipe IV, la infantería española sirvió de brazo tutelar al imperio y de amparo al catolicismo. Ello fué que, rechazados los suecos por el esfuerzo imponderable de los españoles, la division wurtemberguesa y las otras tropas alemanas fueron hechas pedazos y dispersadas, y la victoria quedó por los católicos, que fué la mas notable que alcanzaron en aquella larga guerra, y la que restableció sus negocios, harto quebrantados con el mal éxito de las anteriores empresas. Los vencedores se extendieron en seguida por los países protestantes, llevando á todas partes la confusion y la ruina. Y cierto que en esta ocasion, como en otras anteriores, el Wurtemberg fué de los mas maltratados. A mas de haber perdido la flor de sus soldados y de su gente en el campo de batalla, entraron las tropas católicas en su territorio, saquearon sus ciudades, talaron sus campos, asolaron sus fortalezas; y Evérard y su familia tuvieron que refugiarse en la ciudad imperial de Strasburgo, que fué el refugio de los protestantes después de aquella jornada de Nordlinghen, tan fatal para todos. Las negociaciones de la España y las promesas del Emperador lograron no mucho después un triunfo mayor todavía, que fué el tratado de Praga. El de Sajonia primero, y después la mayor parte de los príncipes protestantes de Alemania, se reconciliaron con el Emperador. Arregláronse en parte las antiguas diferencias, conciliáronse en algun modo los intereses opuestos, obligáronse de consuno á echar á los suecos de Alemania; y el Emperador, y sus nuevos aliados en nombre del imperio, concedieron una amnistía general, exceptuando solo de ella, entre otros príncipes, á los duques de Wurtemberg. A la verdad la paz habia llegado á hacerse necesaria en Alemania, y todos los príncipes y todos los pueblos estaban interesados en llevarla á término. Los manejos de la España y del Austria, al encaminarse á este propósito, pudieron mirarse como meritorios y como justos; pero el tratado de Praga no satisfacia de ningun modo las necesidades de la Alemania, y consignaba la mas repugnante perfidia y la injusticia mas odiosa. ¿Cómo podia justificarse la exclusion del Wurtemberg de aquel tratado? ¿Qué habia hecho este país para ser de peor condicion que los otros? Entró en la liga de Leipsick para defender sus derechos, y entró cuando entró la Sajonia y entraron los demás estados que en Praga se reconciliaron con el Emperador. Contribuyó después á la guerra, es cierto, con hombres, armas y dinero; pero contribuyó ni mas ni menos que los otros estados

protestantes. Con ellos se coaligó desde un principio, siguió con ellos los trances diversos de la buena y de la mala fortuna; ¿de qué pues, repetimos, podia acusársele en particular? ¿En qué podia fundarse aquella exclusion violenta? Queríase sin duda que comprara la paz á mas duras condiciones; queríase que los católicos se enriqueciesen con sus despojos, mientras los demás estados protestantes conservaban íntegros sus derechos; pero la razon, el pretexto siquiera en que esto debia fundarse, no se ve ni de léjos. Solo se halla explicacion, mas por cierto muy desfavorable para los firmantes del tratado de Praga, recordando que los príncipes coaligados en Leipsick, que formaron la liga llamada católica, habian obrado las mas veces por intereses particulares, sin otra guia que el propio engrandecimiento, al par que los administradores primero, y luego el duque mismo de Wurtemberg, habian procedido siempre con notable lealtad, limitándose á defender sus derechos y á resguardar en lo que pudieron á sus estados de la desolacion general. Pero ello es que el tratado de Praga se firmó; que Wurtemberg permaneció ocupado mucho tiempo por las tropas imperiales, y Evérard, abandonado de todos, y sin amparo alguno, tuvo que someterse al vencedor. El Emperador le dictó al Wurtemberg las condiciones que hubiera deseado dictar á toda la Alemania protestante coaligada contra él en Leipsick. Vióse obligado Evérard á hacer observar en todos sus estados el célebre *edicto de restitucion*, que habia sido causa de toda la guerra; tuvo además que reconocer como válidas las donaciones que habia hecho el Emperador de sus bienes, y forzósele, en fin, á entregar varias fortalezas importantes, entre otras la de Hohem-Asperg. Bajo estas duras condiciones creyó Evérard que podia asegurar algun reposo á sus estados; mas no consiguió su objeto ciertamente. Coaligados los suecos con los franceses, continuaron la guerra contra el imperio, que duró todavía muchos años con próspera fortuna; y entonces el Wurtemberg, empobrecido y maltratado por el Emperador, tuvo que sufrir tambien las violencias y desórdenes de sus enemigos. Allí tomaron cuarteles de invierno los ejércitos de Wrangel y de Turena, y desde allí dictaron leyes ó conquistaron á los países limítrofes. Al fin vino la deseada paz de Westfalia de 1648, que puso término á la guerra que ha quedado en la historia con el nombre de *guerra de los treinta años*. Es imposible negar que en aquella paz entraron por mucho la prudencia y la justicia: así fué tan duradera. Repáronse en lo posible todos los males causados, contentáronse las opuestas pretensiones, no hubo exclusiones ni desigualdades odiosas; y por consecuencia el Wurtemberg, que entró en aquel tratado como los demás estados alemanes, adquirió los mismos derechos que ellos, sin quedar expuesto á mayores obligaciones. No tuvo que observar en adelante el *edicto de restitucion;* no tuvo que reconocer como válidas las donaciones por título lucrativo que habia hecho el Emperador; devolviéronsele, por último, las fortalezas que se le habian quitado.

VI.

Después de tan largas revueltas, el Wurtemberg gozó de una larga paz; y durante los veinte y cinco años que Evérard tuvo el poder en sus manos, consagró libremente sus esfuerzos á reparar las pasadas desgracias. Murió este príncipe en 1674, dejando diez y ocho hijos, de los cuales solo conviene citar al primogénito Guillermo Luis, que le sucedió, y á Federico Cárlos, que fué el segundo. Guillermo Luis gobernó solo tres años, sin que hubiera en ellos suceso notable. De este fué sucesor Evérard Luis, su hijo, que quedó de muy corta edad y bajo la tutela de su tio Federico Cárlos. Parece que el destino reservaba para los tiempos de minoría los malos dias del Wurtemberg. Declarada la guerra entre la Francia y el imperio en 1689, fué invadido el país por las tropas francesas, que volaron la importante fortaleza de Hohem-Amberg cuando no pudieron conservarla. Federico Cárlos defendió como pudo los estados de su sobrino contra tan poderosos enemigos, hasta que en 1692 fué derrotado por el mariscal duque de Lorges en la funesta jornada de Forezeim, donde, de seis mil soldados que componian su ejército, quinientos quedaron, con él, en manos de los franceses, y mil y doscientos muertos en el campo. Con esto el Wurtemberg quedó entregado á la mayor confusion, porque el duque Evérard Luis no habia llegado aun á la mayor edad; pero el Emperador, viéndole en aquel trance, por no obligarle á tomar otro tutor, le concedió dispensa de edad. Evérard Luis continuó la guerra contra la Francia, ejecutando muchos hechos de valor y de pericia militar. En tiempo de este príncipe fué cuando se verificó la reunion de todos los estados de la casa de Wurtemberg, y se estableció definitivamente el derecho exclusivo de la rama primogénita á heredar. Subsistian aun la rama llamada de Montbelliard y la Juliana, fundadas por los dos hijos menores del duque Federico, que habian sido sucesivamente tutores de Evérard III. La rama mayor, que era la que gobernaba en Wurtemberg, deseaba poner bajo su mano los estados que aquellas poseian, y refundirlas en sí propia. No tardó en dar ocasion para ello la sucesion de Leopoldo de Montbelliard, que murió en 1709. Evérard Luis no quiso reconocer á sus hijos como legítimos: hubo largo pleito sobre ello, y al fin en 1723 el consejo áulico del imperio sentenció en contra de los hijos de Leopoldo, adjudicando al duque de Wurtemberg el condado de Montbelliard; y al propio tiempo declaró el tribunal que en adelante aquellas ramas no tendrian otros derechos que los de sucesion subsidiaria y regular en el caso de que en la rama mayor no hubiera príncipes que heredasen. Desde entonces el órden de sucesion de Wurtemberg quedó equiparado al de los demás países independientes: puede decirse que con esto se acabó de establecer el Estado. Tambien

en tiempo de Evérad votaron los estados de Wurtemberg subsidios para sostener un ejército permanente; cosa que la importancia de la nacion requeria ya, y que el Príncipe procuró alcanzar á toda costa, dado que se le ofrecieron muy grandes dificultades.

Murió Evérard Luis sin dejar sucesion alguna, porque Federico, su hijo único, y su nieto Evérard dejaron antes que él la vida, y por consecuencia recayó la herencia de sus estados en los descendientes de su tutor Federico Cárlos, que fué, como arriba dijimos, segundo hermano de su padre. Federico Cárlos habia muerto en 1698, dejando tres hijos, de los cuales el mayor, que se llamaba Cárlos Alejandro, después de muchas hazañas, habia llegado á ser feld-mariscal del imperio y mandado como tal el ejército imperial del Rin durante la guerra de la sucesion de España. A este príncipe vino, por la muerte de Evérard Luis, la corona ducal. Túvola en sus sienes hasta el año de 1737, sin que durante su gobierno aconteciese cosa notable en sus estados, y le sucedieron tres hijos suyos, que unos vinieron tras otros, por falta de sucesion directa, alcanzando los tres muy larga vida. Fué el primero Cárlos Eugenio, que hizo mucho por la prosperidad del país, principalmente en sus últimos años; el segundo Luis Eugenio, al principio destinado á la carrera eclesiástica, y Federico Eugenio el tercero.

Corria á la sazon el año de 1795, y la primera coalicion contra la Francia traia puesto en armas al imperio. Los ejércitos de la república, vencedores en todas sus fronteras de los monarcas europeos conjurados contra ella, pasaron el Rin, é invadieron los estados limítrofes de Alemania. El Wurtemberg fué de los primeros que sintieron sobre su suelo las armas francesas, que causaron en él los ordinarios daños de la guerra. Llegaron después los austriacos, y aunque amigos, no dejaron sentir menos su huella en el país. La paz de Campoformio terminó al fin la guerra; y poco después murió Federico Eugenio, dejando la corona á su hijo Federico, que se llamó Segundo, y en cuyo tiempo llegó el Wurtemberg al punto de importancia que hoy alcanza.

No anunciaban los principios tales fines; porque, habiéndose empeñado el imperio en la segunda coalicion contra la Francia, los ejércitos de esta nacion arrojaron á los imperiales del otro lado del Rin, y redujeron al cabo á provincia suya los extensos países situados entre la antigua frontera francesa y la orilla izquierda de aquel rio. En este caso se hallaba el condado de Montbelliard, una de las mas ricas y de las mas antiguas posesiones de la casa de Wurtemberg. El tratado de Lunneville que se ajustó después de aquella guerra entre el imperio y la Francia no pudo ser mas desventajoso para él: la espada de Napoleon pesaba ya en la contienda. Hubo pues de aceptarse el derecho de conquista, y los territorios comprendidos entre la antigua Francia y el Rin, incluso el condado de Montbelliard, quedaron definitivamente agregados á la república francesa. Estas pérdidas produjeron en el imperio la mayor confusion y la discordia mas grande. La

guerra se habia hecho en nombre de todo el imperio; la paz, todo él la habia hecho en uno, en cuerpo, como si fuera un solo estado. Era pues de justicia que las pérdidas se repartiesen por iguales trozos y entre todos los estados del imperio, sin que recayese en desventaja de ninguno de ellos el estar mas cerca que otros del teatro de la guerra. Pero tal reparticion ofrecia, como era natural, gravísimas dificultades. Los grandes estados, principalmente el Austria, la Prusia y la Baviera, tras de haber promovido la guerra, no querian perder nada con la paz; y á ejemplo suyo, ni el Wurtemberg ni los otros estados perjudicados se prestaban á llevar con paciencia sus pérdidas. Después de mucho disputar entre sí vanamente, los príncipes alemanes no pudieron avenirse, y necesitaron de la intervencion de Bonaparte, primer cónsul ya de la república francesa. Todavía la dieta germánica, reunida en Ratisbona, y Bonaparte tardaron mucho tiempo en arreglar la cuestion de las indemnizaciones. Los príncipes soberanos que regian estados independientes comenzaron á hacerse justicia por sí mismos durante aquellas negociaciones. Quién se echó sobre los bienes del clero, quién sobre las posesiones de la nobleza *inmediata*, que era tan soberana en sus pequeños estados como los electores del imperio y los duques de Wurtemberg y de Baden podian serlo en los suyos. Quejábase el Austria, como cabeza del imperio, de tales despojos, porque realmente de ella dependian los señores *inmediatos*, y ellos la daban la mayor parte de su poder y de su supremacía en Alemania. Quiso aun sostener su pretension con las armas; pero la Francia la obligó á retroceder y á fiar su derecho á las negociaciones. El duque de Wurtemberg fué sin duda de los que mas se aprovecharon de la ocasion para resarcirse de sus pérdidas; verdad es que tambien eran sus pérdidas de las mayores que los príncipes alemanes hubieran padecido. Una diputacion compuesta de ocho miembros, y nombrada por la dieta de Ratisbona, se encargó por fin de examinar el plan completo de las indemnizaciones. Cruzáronse largas intrigas y negociaciones, que no es de nuestro propósito tratar aquí largamente, hasta que al fin la diputacion de la dieta extendió el *Receso* ó proyecto de las indemnizaciones: aprobólo el Emperador, y quedó constituido en ley del imperio. A Napoleon Bonaparte se debió sin duda el buen resultado de aquellas laboriosas negociaciones. Hiciéronse muchas injusticias al clero y á los señores inmediatos; no se tuvo en cuenta en ocasiones ni la razon ni la conveniencia; pero de todas suertes, en aquellas circunstancias pudo considerarse el arreglo como un gran beneficio hecho á la Alemania. Solo que era repugnante de ver el que la Francia se tomara tanto empeño por constituir un equilibrio que ella misma habia roto con su espada; pugnando porque estos cediesen y aquellos aceptasen indemnizaciones de despojos que ella habia cometido, y resarcimientos de bienes que ella retenia en su poder.

El Wurtemberg fué de los países mejor tratados en el Receso. Estaba enlazada aquella casa con la de Rusia por medio de una princesa wurtemberguesa, que habia sido emperatriz, y entre la corte del Czar y la del duque Federico corrian es-

tablecidas estrechas relaciones políticas y aun de particular amistad. El primer Cónsul, queriendo contentar á la Rusia para sus propósitos, le dió cierta participacion en la cuestion alemana; y esta participacion de un lado, y de otros las contemplaciones que por el propio motivo le guardaba Bonaparte, proporcionaron al duque Federico que, en lugar de unos 250,000 francos de renta que habia perdido, adquiriese posesiones que producian 480,000. Pero no fué esta la sola ventaja que alcanzase. Con el arreglo de las indemnizaciones habia venido á mezclarse una cuestion política de importancia, que era el nuevo repartimiento de los electorados del imperio, que el trascurso de los tiempos hacia ya necesario. La constitucion germánica era todavía, á principios de este siglo, una agregacion de señoríos feudales, los unos poderosos hasta constituir nacionalidades, los otros reducidos á estrechísimas posesiones, que mas hacian razonables propietarios que soberanos. Al frente de aquel conjunto de innumerables cabezas habia un emperador electivo, que solo la costumbre y la voluntad de los electores venia haciendo hereditario en la casa de Austria; y del derecho de eleccion no gozaban sino ciertas casas que, ó lo tuvieron en los primeros tiempos, ó lo adquirieron en reemplazo de otras que fueron desposeidas de él por la prepotencia que los emperadores alcanzaron en los últimos siglos. El primer golpe lo recibió aquella constitucion venerable cuando comenzaron á apropiarse las grandes casas soberanas los pequeños señoríos llamados *inmediatos*, de que ya hemos hablado, y que eran antes tan independientes y tan soberanos como ellas. Las indemnizaciones, que se hicieron principalmente á costa de tales despojos, y sacrificando á los pequeños en favor de los grandes, produjeron ya una alteracion sensible en la constitucion antigua, y por remate de la obra, vino la nueva creacion y repartimiento de electorados. Contábanse casas, en cuyo número estaba la de Wurtemberg, que no habian podido aspirar en los tiempos antiguos á la alta dignidad del electorado, á causa de su poca importancia; pero creciendo en grandeza con los tiempos, mostrábanse ya quejosas de no poseerla, y procuraban por mil modos adquirirla. El Wurtemberg la reclamaba con tanta justicia, que ya en los tiempos del cardenal Alberoni habia quien pensase seriamente en concedérsela, para componer y equilibrar las cosas en Alemania. Así en la dieta de Ratisbona, al tratarse de la creacion de nuevos electorados, no pudo olvidarse al duque de Wurtemberg; y sin grande esfuerzo se halló este entre el número de los diez electores que quedaron en el imperio. Pero toda aquella constitucion estaba desmoronándose, y semejantes reparos no podian preservarla sino por poco tiempo; de suerte que ni el título ni los derechos del electorado sirvieron ya de cosa alguna á los soberanos de Wurtemberg. Aquella dignidad no fué ventajosa para el duque Federico sino porque le preparó el camino para subir á otra mas honrosa y que con harto mas empeño deseaba. Y á la verdad no tardó la suerte en proporcionársela.

El emperador de Austria, no contento, como era natural, con el tratado de

Lunneville, se habia resuelto á entrar en la tercera coalicion formada contra Bonaparte, que era ya emperador. La neutralidad parecia imposible, y el duque Federico vaciló largo tiempo entre la alianza de Napoleon ó la de sus contrarios; pero al fin se decidió por la primera. Su amistad con el emperador de Rusia y los favores que debia á tal influencia pueden sin duda tachar de ingratitud este paso; pero la conveniencia no le aconsejaba otra cosa. La vecindad del imperio francés le exponia á él á mayores riesgos que á ningun otro príncipe aleman, y las dificultades que habia tenido que vencer para alcanzar las anteriores indemnizaciones le inclinaban á no ponerse en el caso de haber de solicitarlas nuevas. Y como la estrella de Napoleon estaba en todo su brillo, y la victoria seguia constantemente sus banderas, tales riesgos parecian inmediatos, evidentes, mientras que en el caso inesperado de que Napoleon fuese vencido, nunca podrian faltarle medios para componerse de nuevo con la Rusia y aun con el Austria. No se engañó Federico en sus cálculos, y aquella alianza, en que habia entrado tan recelosamente, lo llevó al apogeo de su poder. La batalla de Austerlitz puso á los austro-rusos á los piés de Napoleon, y este, al repartir sus conquistas, le dió al de Wurtemberg territorios que tenian cerca de un millon de súbditos, y para que los retuviera dignamente, título de rey. La paz de Presburgo ratificó las cesiones y el título, reconociendo el emperador de Austria entrambas cosas, y renunciando al feudo de aquellos estados, y á sus derechos sobre la nobleza *inmediata* que residia en el territorio antiguo y moderno de Wurtemberg; de manera que esta vino á quedar *mediatizada* ó sujeta al nuevo rey. El 26 de diciembre de 1805 quedó todo ello estipulado, y el 1.º de enero se anunció en Stuttgard la nueva dignidad del Elector en la siguiente proclama, que por lo importante de la ocasion, que hará siempre época en la historia de Wurtemberg, vamos á dar integra. Decia de esta manera:

«Nos Federico, por la gracia de Dios, rey de Wurtemberg, archialférez mayor del Sacro Romano Imperio, y elector, duque de Teck, príncipe de Suabia, landgrave de Tubingen y Nellenburgo, príncipe de Ellwangen y de Zwicfalten, conde de Linburgo, Schmidelfeld, Southeim, Hoenberg y Bondorf; señor de Heidenheim, Justinghen, Rothweil, Heilbrono, Hall, Altdorff y Adelmansfelden.

»Hacemos saber á todos y á cada uno que, por la gracia de Dios misericordioso, se ha ajustado la paz el 26 de diciembre último entre S. M. I. de Alemania y de Austria, y S. M. I. de Francia y rey de Italia; y Nos, á consecuencia de un convenio otorgado en 12 de diciembre con S. M. el emperador de Francia y rey de Italia, el cual convenio es parte integrante del tratado de paz, habemos adquirido la dignidad real para Nos y nuestros sucesores; y hacemos saberlo públicamente por las presentes para que llegue á noticia de todos. En este acaecimiento memorable reconocemos una nueva prueba de la divina Providencia, que cuida de nuestra casa real, y Nos vivimos asegurados de que todos nuestros oficiales y vasallos sentirán en su interior igual júbilo y reconocimiento

á causa de esta grande y no esperada extension de la prosperidad de la patria. Las relaciones nuevas que producirá este suceso glorioso nos presentan la halagüeña perspectiva de poder extender y cimentar la prosperidad de nuestros antiguos estados y de los países nuevamente adquiridos, así como la felicidad de todos nuestros vasallos, á quienes amamos con tanta cordialidad. Nuestra solicitud, dirigida siempre á este fin, se reanima con la esperanza segura de hallar una recompensa duradera en el reconocimiento, sincera fidelidad y afecto inviolable de nuestros fieles vasallos, á quienes amamos con nuestra benignidad real. Fecho en nuestra residencia real de Stuttgard, á 1.º de enero de 1806.—Firmado.—*Federico*.»

Esta proclama fué seguida de una determinacion que aguó en gran parte el regocijo. Habia algun tiempo que en el Wurtemberg corrian las ideas liberales. Federico, no atreviéndose á combatirlas de frente mientras existió la república francesa, contemporizó con ellas, y convocó una especie de representacion nacional, limitando voluntariamente su poder y haciéndolo en cierto modo representativo. Pero no bien se proclamó emperador Napoleon, y el despotismo se asentó en aquella misma Francia que habia despertado el amor de la libertad en los demás pueblos, se determinó á recobrar su antiguo poder absoluto; y de dia en dia vino dilatando su resolucion hasta aquel que siguió á su advenimiento al trono real. La dieta wurtemberguesa y las juntas provinciales fueron entonces disueltas, sellados sus papeles, y relevados los funcionarios del juramento de fidelidad. Las fiestas y saraos de la corte, entusiasmada cada dia mas por las honras que Napoleon tributaba al Soberano, ahogaron las sordas quejas del pueblo, y todo quedó tranquilo por entonces.

El rey Federico continuó siendo aliado y amigo particular de Napoleon, uniendo sus tropas con las tropas francesas, y tratando como enemigos propios á los que de aquel lo eran; pero en la época de los grandes desastres de Napoleon fué de los primeros en abandonarlo, uniéndose con los demás monarcas coaligados: nueva prueba de que Federico tenia mas cuenta con las prescripciones de la conveniencia propia que con las leyes del agradecimiento y los deberes de la amistad. Ganó este príncipe en 1805 el título de rey y el aumento extraordinario de sus estados faltando á la corte de Rusia y coaligándose con Napoleon; y en 1814 conservó corona y estados por haber sabido abandonar á Bonaparte en la ocasion, reanudando sus antiguas relaciones con la Rusia y con el Austria. Los tratados de 1815, léjos de desfavorecerle, confirmaron todas las ventajas que habia alcanzado, y como la dignidad de emperador de Alemania fué definitivamente suprimida, pudo contarse por tan independiente soberano como el que mas de Europa. Y es curioso el ver cómo el astuto príncipe supo ayudarse de los matrimonios para realizar sus miras políticas. Los primeros favores con la Rusia los debió, como hemos visto, á una princesa de su casa, que habia sido allí emperatriz; la alianza con Napoleon la estableció y confirmó



PAULINA TERESA, REINA DE WURTEMBERG.

VII.



con el matrimonio de Catalina de Wurtemberg y Jerónimo Bonaparte, contratado en 1804 y realizado en 1807; y finalmente, al reconciliarse con la Rusia trató el enlace de su hijo primogénito con Catalina Pawlona, hermana del Czar: matrimonio que ha sido muy ventajoso los años adelante, como ahora verémos. Murió el rey Federico en 1816, al año de ver consolidado su poder en los protocolos de Viena, y con el consuelo de dejar á su hijo mucho mas que él hubiese recibido de su padre. Sucediόle su hijo Guillermo, casado, como hemos dicho, desde 1816 con la princesa rusa Catalina Pawlona, el cual ocupa hoy todavía el trono de Wurtemberg.

VII.

Era ya el nuevo príncipe conocido por sus prendas personales y el amor á la gloria que habia manifestado desde sus primeros años. Y á la verdad las circunstancias en que subia al trono hacian necesario que Guillermo tuviese muchas otras prendas además de las personales, y muy verdadero amor á la justicia y á la gloria. El repentino aumento de territorios distintos en usos y leyes de los antiguos estados, los celos de las pequeñas naciones alemanas, y el espíritu liberal que animaba á la mayor parte de las poblaciones, eran cosas que influian de una manera peligrosa en los destinos del Wurtemberg. Pedíanse reformas de males pasados ó remedios de males presentes, y principalmente instituciones constitucionales y garantías políticas, creyendo que ellas bastaban para poner órden y concierto en todo. El mal éxito del ensayo hecho en tiempo del rey Federico, mas bien despertó mayores deseos que no sirvió de desengaño. Decian, y no les faltaba razon en ello á los descontentos, que la mala fe con que el Rey habia aceptado la convocacion de la representacion nacional y el establecimiento de instituciones liberales, habia hecho imposible el que ellas se arraigaran y desarrollaran en el reino, y pedian ahora al hijo mas que el padre hubiese negado. A Guillermo I no le infundió espanto esta situacion. Firme en sus propósitos, dotado de una inteligencia elevada, y de gran prudencia al propio tiempo, generoso, leal y amante de sus pueblos, contaba en verdad este monarca con cualidades bastantes para dominar las circunstancias y llevar á buen término la delicada obra que traia entre manos. Su reinado puede servir de estudio y de modelo; y al examinar sus hechos, nace sin querer en el ánimo el deseo de que todos los reyes del mundo pudieran ser como él. Ningun acontecimiento ha burlado sus cálculos, ninguna de las grandes tempestades políticas de nuestros dias le ha cogido al descuido, ninguna determinacion de rigor extremo ó de fuerza bruta ha hecho caer sobre sus súbditos, ninguna señal de debilidad ó flaqueza de ánimo ha deshonrado su alto carácter. Veráse le combatido algunas veces, nunca

vencido; verásele en grandes riesgos, pero de todos sabrá salir á salvo; verásele, en fin, ser filósofo y ser rey á un tiempo, y convertir lo mismo la filosofía que la autoridad de la corona en provecho de sus pueblos. Todo el elogio del rey Guillermo puede hacerse en esta proposicion : el Wurtemberg ha tenido desde 1816 hasta el dia el monarca que necesitaba.

Apenas se encargó de las riendas del gobierno, conoció que era imposible continuar por mas tiempo en aquel estado, y que la prosperidad y tranquilidad futura de sus pueblos dependia de que se lograse establecer en ellos el sistema representativo; y con toda la lealtad y la energía de su alma se lanzó á la reforma política. Creó primeramente una comision especial que, bajo su direccion, formase una carta constitucional, y antes aun de que ella concluyese sus tareas, publicó de motu propio leyes administrativas y judiciales que mas adelante hiciesen posibles las nuevas instituciones. La ordenanza de 23 de enero de 1819 contenia cinco edictos de grande importancia administrativa, y entre ellos el establecimiento de las municipalidades populares. Cuatro meses después convocó la Asamblea de los estados en Luisburg, para presentarla el proyecto de la Carta, ya terminado. Compúsose por entonces la Asamblea de diputados libremente elegidos por los sesenta y tres bailiatos ó jurisdicciones del reino, de diputados de las grandes ciudades Stuttgard, Tubinghen, Luisburg, Ellvang, Ulm, Heilbronn y Reutlinghen, de los príncipes y condes *inmediatos* del imperio, de los nobles con título de conde, de los superintendentes generales evangélicos, del administrador del vicariato general de Rothemburgo, obispo de Evora, del mas antiguo dean católico y del vicecanciller de la universidad. La Asamblea celebró su primera sesion el 15 de julio de aquel mismo año de 1819, y su primera determinacion fué el nombramiento de siete comisarios para que discutiesen el proyecto de Constitucion de concierto con la comision que lo habia redactado y con el Gobierno, delegando en ellos todas sus facultades. Después de seis semanas de conferencias, llegaron á ponerse de acuerdo la comision y los nuevos comisarios, y el proyecto de Constitucion quedó aceptado. Y prescindiendo del juicio absoluto que pueda hacèrse del pacto fundamental de 1819, lo cierto es que en él se consignaban los principios esenciales del régimen representativo, y que fué el paso mas adelantado que la Alemania hubiese dado hasta entonces en la senda liberal. Constituíanse dos cámaras á imitacion de las inglesas, compuesta la una de la aristocracia, la otra de los representantes de los pueblos: cámaras que podian reunirse para deliberar juntas cuando lo tuviesen por conveniente, y además para la discusion de los impuestos, que habia de ser á puerta cerrada. Derecho de votar los impuestos no lo tenia sino la cámara popular; pero si esta los desechaba, entonces podia apelar el Gobierno á la votacion reunida de las dos cámaras. Fijáronse las legislaturas de tres en tres años, juzgando que con eso bastaba por entonces; admitióse la eleccion inmediata ó directa, contra el parecer de muchos, que preferian la eleccion indirecta; dióse á las cámaras el derecho de acusar y

juzgar á los altos funcionarios de la administracion pública. El 22 de setiembre se presentó la Carta á la aprobacion de los Estados, con esta fórmula : «¿Acepta la Asamblea de los Estados la Constitucion tal como está ahora modificada por las proposiciones de los comisarios y sancionada por el Rey?» La Asamblea respondió con un grito unánime de aprobacion y de entusiasmo, y á pocos dias después fué jurada por el Rey y por los individuos de la Asamblea en el palacio de Luisburgo, en medio de fiestas brillantes y de lisonjeras esperanzas. Un temor asaltaba á muchos, sin embargo, y era el de que la dieta de Francfort y los demás gobiernos alemanes mirasen mal aquella centella de liberalismo, y se determinasen á apagarla; pero el Rey, que tan decidido estaba á llevar adelante su empresa, supo prevenir la tormenta y disipar hasta los menores recelos.

No bien juró la Constitucion, tomó el camino de Varsovia, donde á la sazon se hallaba el Czar. Guillermo se aprovechó allí tan hábilmente de su parentesco político con el Autócrata, y del cariño que este profesaba á su hermana, que llegó á ponerlo de parte de la constitucion wurtemberguesa, y desde aquel momento pudo mirarla á cubierto de todo insulto. La proteccion de la Rusia bastó para que la Dieta y los príncipes alemanes ahogasen por lo pronto sus sentimientos, aunque tan contrarios á la constitucion de Wurtemberg, y ella comenzó á funcionar tranquilamente. Pero no tardó Guillermo en probar los sinsabores que su difícil empresa debia ocasionarle. El príncipe Paulo, descendiente de una de las ramas menores de su casa, reclamó que se consignase en la Constitucion el derecho á la sucesion de los varones, proclamado en 1723 por el consejo áulico, y mediante el cual volvieron á la rama mayor los estados que tenian las menores. Un artículo de la Constitucion dejaba para el contexto de leyes particulares las relaciones del Rey con los individuos de su familia; pero el príncipe Paulo no se contentó con eso, exigiendo que se fijasen en el pacto fundamental; y de resultas de no haber accedido el Rey á su pretension, se fué al extranjero, donde vivió algun tiempo separado de su familia. Mas grave aun fué la cuestion promovida por la llamada nobleza *inmediata* del reino. Dependia esta en lo antiguo del jefe del imperio: el desarrollo del poder de la casa ducal fué trayendo muy á menos su importancia, y luego el establecimiento de la monarquía y el tratado de Presburgo destruyeron su independencia. Pero, sin embargo, aquellos nobles, que se llamaban *mediatizados* ya, conservaban grandes privilegios y exenciones, que el establecimiento de la Constitucion y las grandes reformas liberales, que eran su consecuencia necesaria, venian á arrancarles del todo. Los *mediatizados* componian la mayoría de la cámara alta, y su primera determinacion fué no presentarse en ella. De aquí vino naturalmente una perturbacion profunda en el ejercicio del sistema constitucional que acababa de inaugurarse, ofreciéndose por consiguiente no pequeñas dificultades y peligros. El Rey no se arredró; la Constitucion no dejó por eso de ser observada, y á falta de la alta cámara, la cámara popular siguió deliberando sola y adoptando las mas importantes determinaciones : de ellas fuéron la supresion

de las jurisdicciones privilegiadas, y el establecimiento del jurado para juzgar los delitos de imprenta. Proseguia el Rey con mas lealtad y firmeza su camino cada dia; el pueblo cada vez se mostraba mas satisfecho y mas entusiasmado; los nobles mediatizados y las clases privilegiadas iban ya perdiendo las esperanzas de recobrar su antiguo influjo destruyendo las nuevas instituciones. Y en esto fué cuando se celebró el congreso de Verona.

La reina Catalina habia muerto en 1819, y el Rey estaba desposado en segundas nupcias con la princesa Paulina de Wurtemberg, que hoy vive todavía. Parecia que, con la muerte de la princesa rusa y el nuevo matrimonio resfriadas las relaciones del Rey con el Czar, podrian los demás gobiernos alemanes oprimir al de Wurtemberg en aquel congreso formado contra los gobiernos y las ideas liberales. Pero la noble actitud primero, y luego la firmeza del Monarca, detuvieron las amenazas extrañas, al propio tiempo que su exquisita prudencia preveia los peligros y los apartaba de su nacion, aun á costa de parecer un tanto riguroso con sus súbditos. Decretó el congreso de Verona la destruccion de la constitucion de España y de las constituciones italianas, y merced á la imprudencia de unos y á la deslealtad de otros, no le costó gran dificultad el lograrlo; pero con rey como el de Wurtemberg, que no solicitaba directa ni indirectamente la intervencion extranjera; que amaba la Constitucion; que era el primer liberal de sus estados, el Congreso no pudo nada. Faltaba pretexto, porque, ó habia que destronar al Rey, ó aceptar sus obras, por él ejecutadas en el pleno uso de sus poderes reales. El Wurtemberg no propendia á la propaganda, y sus pacíficas y legítimas reformas no podian autorizar la represion de los estados vecinos; de suerte que intento semejante habria sido una violacion de los mismos tratados de 1815 que se querian conservar, y un manifiesto insulto á la independencia de los soberanos. El Rey, que conocia las ventajas lo mismo que los peligros de su posicion, supo mantenerse en ella sin vacilar un punto; y cuando el congreso de Verona dió á luz aquella circular famosa que á un tiempo alentaba á los gobiernos opresores y amenazaba á los gobiernos tolerantes ó imbuidos en ideas liberales, mandó á sus enviados en el extranjero una nota encargándoles de hacer entender á todos que, dado que agradeciese por su parte la solicitud que mostraban las potencias coaligadas por el bien de las demás, protestaba desde luego contra toda idea de intervencion, de cualquier género que fuera, en los asuntos interiores de sus estados. Tal nota, publicada por abuso de confianza en cierto periódico, produjo en los gabinetes absolutistas grande irritacion contra el rey Guillermo. Rusia y Austria y Prusia retiraron decididamente sus embajadores; Francia separó tambien al suyo de la corte con plausibles pretextos: todo el mundo llegó á temer que á la retirada de los embajadores siguiese, como con España, el envio de un ejército. Aprovechándose de tales circunstancias los señores mediatizados que residian en el reino, solicitaron la intervencion de las grandes potencias en favor de sus derechos y privilegios antiguos, y de ta-

les señores era uno Metternich, el primer ministro del Austria, el alma del congreso de Verona y de las combinaciones absolutistas, por una cierta abadía de Ochsenhaussen que en el reino de Wurtemberg poseiá. La constitucion de Wurtemberg pudo darse en otras manos por perdida; pero el rey Guillermo, resuelto á resistir hasta el último punto, negoció á un tiempo en San Petersburgo y en Viena y Berlin, recordando al Czar su amistad antigua, y demostrando á las grandes cortes alemanas el derecho que le asistia para fundar en su nacion el régimen representativo y para defender su independencia. En tales negociaciones no se olvidó nunca de confundir la causa de la Constitucion con su propia causa, comprometiendo enteramente á su corona en el trance; y las potencias irritadas, no atreviéndose á poner mano en ella, se determinaron á componer amigablemente aquella diferencia, sin otra satisfaccion que la retirada de los negocios de M. Wintzingerod, que habia firmado, como ministro de negocios extranjeros, la famosa nota; pero aun esta retirada no tuvo nada de humillante, puesto que no solo le conservó, sino que le aumentó el Rey en títulos y honores, gratificándole tambien con crecidas pensiones. En punto á la independencia de su país, Guillermo no cedió nada de sus derechos: varios príncipes solicitaron de él la extradicion de refugiados políticos, y no quiso dar oidos siquiera á aquella solicitud injusta; y los señores *mediatizados*, que habian acudido á la intervencion extranjera para retener sus privilegios, no por eso lograron cosa alguna. Con que desengañados ellos de que la firmeza del Monarca no les dejaria triunfar jamás en su empeño, comenzaron á entrar en convenios particulares, sometiéndose á las nuevas leyes y al régimen constitucional que aborrecian. Metternich, viendo arruinada su causa, y desesperando al cabo de rendir la obstinacion del rey Guillermo, se determinó á venderle su abadía, con lo cual perdieron los malcontentos todo apoyo; y unos primero, otros después, vinieron á ponerse á los piés del trono.

La sumision de aquellos antiguos barones y condes de la Suabia á la constitucion wurtemberguesa y á las nuevas leyes promulgadas por el rey Guillermo fué, no solo política, sino tambien históricamente, un grande acontecimiento. Con ella pudo darse por definitivamente resuelta la antigua lucha de la pequeña aristocracia con la grande aristocracia, iguales ambas en derechos y antigüedad y nobleza, desiguales solo en estados, en los principios, y trasformadas luego por el tiempo y los sucesos en súbdita aquella, esta en soberana. El señor de Wurtemberg contó ya por vasallos á muchos señores que lo eran tanto como él y valian tanto como él, segun la antigua ley del imperio; y la aristocracia suaba y propiamente wurtemberguesa acabó de perder su libertad el dia mismo en que la alcanzaron los pueblos. Esta gran revolucion germánica es de los hechos mas importantes que presente la historia del género humano: espacio y ocasion nos faltan aquí para tratarla como merece.

Pero el establecimiento del régimen representativo, en las naciones viejas y antes dominadas por el absolutismo, tiene enemigo mas peligroso aun que las clases

privilegiadas, que reclaman con la justicia que dan la posesion y el derecho constituido los privilegios que se les quitan, y mas temible tambien que los poderes extraños, que por evitar las consecuencias del ejemplo en sus estados, y por odio á las libertades populares, suelen combatirlo con intrigas y armas. Tal enemigo es el pueblo mismo, en cuyo favor principalmente se establece aquel sistema de gobierno. Sus oidos se cierran á la voz de la prudencia, sus ojos no ven sino fantasmas imaginarios, ilusiones cándidas y peligrosas, y el tropel de sus cortesanos ambiciosos, que lo propio le adulan á él cuando es libre, que adulan á los monarcas cuando son tiranos, le empujan y le precipitan por caminos imposibles, ó le lanzan á una carrera demasiado violenta, después de la cual viene forzosamente el cansancio, cuando no tropiezo y caida. Incapaz de apreciar las contemplaciones y los sabios manejos de la diplomacia, irritándose con el secreto que hace necesario la buena direccion de los negocios, y que no lo seria naturalmente en cuanto se le confiase; recelando de todos los que gobiernan, por buenas que sean sus intenciones; tomando casi siempre los males naturales ó fortúitos por hijos de la administracion; sediento de emociones y de novedades, á tal punto, que cada dia necesita, no solo una cosa nueva, sino tambien una cosa mayor en que emplearse, el pueblo es la peor ayuda y el peor consejero para el establecimiento de la libertad y de las instituciones que organizan su ejercicio. Así es tan fácil á los tiranos el justificar su brutal imperio; así tantos príncipes se retraen de favorecer los intereses populares, temiendo crear ingratos en vez de súbditos agradecidos, y granjearse mas odio que amor con la generosidad de su conducta; así, por último, los que, atropellando por todo, se deciden á sacrificarse por la causa de la civilizacion y del pueblo, tienen que luchar con tan grandes obstáculos y devorar tan grandes pesares como el buen rey Guillermo de Wurtemberg. Después de la redaccion y la publicacion de la Constitucion, él habia llevado su amor á la representacion popular hasta multiplicar el número de las dietas, convocando algunas con nombre de extraordinarias, y hasta introducir de propio motu, como todo lo demás, la costumbre de poner á discusion la política general del Gobierno con discurso en la Corona y contestacion en la Asamblea. Sus luchas con la aristocracia y con los gobiernos absolutistas son ya conocidas: de su lealtad, de su deseo sincero de fundar sólidamente el sistema representativo, hay ya hartas muestras; veamos ahora lo que le costó defender los intereses del pueblo contra el pueblo mismo. No tardó en tener que reprimir algunas tentativas de insurreccion, que tenian por centro la universidad de Tubinghen. En el entretanto la imprenta periódica no cesaba de emplear su libertad en dilatar la propaganda en Alemania; propaganda verdaderamente eficaz por la conformidad de idioma y de costumbres que hay entre aquellos diversos estados. En vano el rey Guillermo quiso hacer entender el peligro que podia traer al Wurtemberg aquella conducta, que podia justificar una intervencion, evitada á costa de tanta habilidad y firmeza : los periódicos continuaron en su

tarea. Y esto sin reparo á que la dieta de Francfort habia dado en 1819 y en 1824 disposiciones muy represivas contra la imprenta, y á que si el Rey podia mantenerla en libertad para tratar de asuntos interiores, no podia permitir que tratara de las cosas federales ni que sustentara ideas generales rechazadas por la Dieta. Al cabo Guillermo, con harto sentimiento de su alma, tuvo que restablecer la previa censura, suspendiendo el artículo constitucional hasta que la dieta imperial resolviese otra cosa. Claro estaba que el rey de Wurtemberg no podia ir contra los acuerdos de la Dieta, y que, como miembro de la confederacion, tenia que someterse á ella en cuanto determinase de general y nacional. De otra suerte ni podria mantenerse dentro de la confederacion ni podria salirse de ella, porque en ambos casos un ejército aleman habria venido á defender las leyes y los tratados que sirven hoy de base al antiguo imperio. Pero el pueblo no lo comprendió de esa manera, y mostró de mil maneras su descontento. La supresion, decretada por la Dieta, de un periódico que se publicaba en Stuttgard, aun pasando por la previa censura, acabó de irritar los ánimos en 1832; y al año siguiente se presentó en la cámara popular una proposicion, en la cual se protestaba contra los decretos y contra la autoridad de aquel tribunal imperial. En vano el Rey envió un rescripto ordenando que no se discutiese proposicion que podia traer tan graves conflictos: la Cámara despreció sus amonestaciones, y adoptó aquella proposicion, que significaba una declaracion de guerra á todo el cuerpo germánico. Entonces el Rey disolvió la Cámara, y dió un manifiesto al país explicando lealmente su conducta. Convócase otra cámara, y esta prosigue en sus hostilidades contra la dieta imperial de Francfort, y entre tanto provocan los estudiantes nuevas prisiones, y arden por donde quiera las sociedades ilícitas. La revolucion de Bélgica, la resistencia del partido liberal de Hannóver contra las violaciones constitucionales de aquel monarca, y en fin, todos los hechos revolucionarios, de orígen bueno ó malo, justos ó injustos, encuentran en los pueblos de Wurtemberg simpatías y aplausos. El rey Guillermo procuró reprimir en cuanto pudo aquellos alardes imprudentes, que, excitando el recelo y la animadversion de las potencias absolutistas que rodeaban sus estados, podian destruir la obra, obligándole quizas á él mismo á retroceder en la senda liberal para salvar la corona. Reformas de las leyes civiles y criminales, proyectos de ferro-carriles, grandes y beneficiosas medidas administrativas, todo lo emprende el Rey á un tiempo para distraer la atencion pública, y apartarla del peligroso punto en que parecia fijarse; mas sus esfuerzos no obraron grande efecto. La Cámara votó en la legislatura de 1841 que se protestase ante la confederacion germánica contra la conducta anticonstitucional del rey de Hannóver: protesta inútil, puesto que la conducta de este debia ser harto mas simpática á la confederacion que no la conducta del rey de Wurtemberg; y en 1845 la propia cámara popular desechó del presupuesto del Estado la corta partida apuntada en él para costear la censura de la imprenta periódica. El Rey, aunque alarmado

con tantas muestras de imprudente liberalismo, no dejó por eso de disponerse para defender la Constitucion, si por aquellos alardes ú otra causa cualquiera era atacada, y mandó levantar muchas fortificaciones y mejorar la organizacion del ejército. Con su ojo previsor veia la tormenta que estaba próxima á descargar sobre la Europa; sospechaba que el absolutismo y la libertad habian de encontrarse antes de mucho en los campos de batalla, y queria estar prevenido para que ni la victoria ni el vencimiento de esta ó del otro pudiesen traer la ruina de la constitucion de su pueblo. El 12 de enero de 1848 el Rey abrió la legislatura de las cámaras con las siguientes palabras, que denotan el profundo conocimiento que tenia de las circunstancias, y lo clara que veia la situacion, en medio de la ceguedad de los demás reyes y de los demás gobiernos: «Unido con vosotros, decia á los representantes de la nacion, y obrando conforme al espíritu de nuestra Constitucion, aguardo tranquilo las tempestades de la época: Dios salve en ellas á la patria.» Un mes después caia el trono francés; un mes después la Europa entera temblaba delante del porvenir, y todos los monarcas se mostraban sorprendidos y todos los gobiernos espantados.

Federico Guillermo adoptó en seguida la política de las concesiones; pero no hizo sino las concesiones justas, racionales: suprimió la censura de la imprenta, porque él no la mantenia sino contra su voluntad y obligado por la dieta germánica; apresuró la compra de derechos feudales, que venia verificando el Estado desde la promulgacion de la Carta constitucional; dió socorros á la industria para que no faltase salario á los trabajadores, y creó una guardia cívica compuesta de personas de arraigo en el país. Mas la tempestad política habia arreciado tanto por defuera, y habia sobrepujado de tal manera los cálculos mas fatídicos y los mas exagerados temores, que todas las medidas anticipadas del Rey no bastaron para evitarle grandes disgustos. En los bailiatos ó distritos de Neckezuhu, Ochringhen, Kundsan y Guabeenn, el populacho creyó llegado el momento de vengarse de la opresion que durante tantos siglos le habian hecho padecer los nobles, y levantándose en tumulto, cometió contra ellos horribles violencias; mas no fué eso lo mas grave. Habíase reunido en tanto la célebre asamblea de Francfort, cuya historia no nos toca hacer á nosotros, y que hoy es sobrado conocida para que nos detengamos aun en hacer las indicaciones que en otras partes hemos hecho á fin de poner en claro los sucesos del país de que tratamos. Ello es que la cámara popular wurtemberguesa, tan enemiga de las deliberaciones de Francfort cuando allí se hallaba la dieta absolutista del imperio, vino á hacerse entusiasta partidaria de la asamblea democrática reunida ahora en la propia ciudad; y por setenta votos contra siete aprobó una proposicion, que se presentó al Rey, pidiéndole que reconociese las ridículas decisiones de aquella Babel revolucionaria. En seguida exigió del propio Rey que obedeciese al soberano de Prusia, como poder central del imperio. Resistióse Federico Guillermo á tal pretension con no menos energía que se habia resistido en otro tiempo á las pretensiones de

los monarcas absolutistas, con la diferencia de que á estos les habló como rey, y con sus súbditos empleó lenguaje de padre. «Yo me hubiera sometido gustoso, les decia, á reconocer en el imperio la superioridad del Austria, porque eso habria podido ser ventajoso para toda la Alemania, y de seguro lo habria sido para el Wurtemberg; pero la del rey de Prusia no, de ninguna manera. Si vosotros me forzais á ello, sea; me someteré; mas no lo siento por mí, que tengo ya pocos años de vida; por vosotros lo siento, por mi patria, por mi familia, por el reino.» De nada sirvieron tales palabras: la Cámara y el pueblo seguian adelante á despeñarse. La asamblea de Francfort, no creyéndose allí segura, vino á deliberar en Sttutgard, donde contaba con tantas simpatías. Proclamóse en Wurtemberg el sufragio universal; las elecciones hechas segun aquel sistema produjeron una cámara anárquica imposible, que, á continuar por mucho tiempo, hubiera traido sobre el reino desgracias irreparables. Durante algunos meses Sttutgard presentó el espectáculo de una bacanal y el Wurtemberg la imágen del cáos. El Rey todo lo sabia, y á todo deseaba poner remedio; pero apenas tenia de quien valerse para ello. La calentura revolucionaria devoraba á los mas de los ciudadanos, y los ministros, en particular Rœmer, el mas eminente de ellos, léjos de prestar auxilios al Monarca, le precipitaban mas, haciéndose adalides y atalayas de la anarquía. Ni la Prusia, ni el Austria, ni ninguna de las naciones que vieron fugitivos ó humillados á sus reyes, ofreció en aquel conflicto peligros y dificultades tan grandes como la monarquía wurtemberguesa. Las prendas de Federico Guillermo y sus antecedentes le salvaron, y salvaron con él á la patria. Cuando vió que por medios conciliatorios y pacíficos no podia adelantar nada; cuando vió que la libertad y el trono se perdian á un tiempo en la anarquía, se resolvió á obrar, y obró enérgicamente sin necesidad de cooperacion extranjera. Lo primero que hizo fué echar de Stuttgard los restos de la asamblea insensata de Francfort. La cámara wurtemberguesa quiso fulminar una acusacion contra el ministro Rœmer por haber suscrito tal decreto; pero este, disgustado ya de las farsas revolucionarias, se puso sinceramente de parte del Rey y despreció la acusacion; y el 22 de setiembre de 1849 fué disuelta aquella cámara, y convocada otra que revisase las leyes fundamentales y las pusiese en armonía con la tranquilidad pública y la seguridad del trono. La nueva cámara, hija tambien del sufragio universal, se reunió en marzo de 1850, y fué disuelta en agosto del año siguiente sin hacer nada. Entonces el Rey retrotrayó todas las cosas, por un decreto, al estado que tenian antes de la revolucion: el último comité permanente de la Cámara, establecido y conservado segun la Constitucion de 1819, fué llamado de nuevo á desempeñar su alto encargo, y se convocó otra cámara segun las prescripciones de aquella constitucion misma: que fué tornar las cosas al punto de donde no debieron salir.

VIII.

Aquí comienza un nuevo período en Wurtemberg. ¡Quiera Dios hacer en lo sucesivo mas dóciles y mas prudentes á los liberales wurtembergueses, para que los nobles pensamientos de Federico Guillermo I tengan ejecucion cumplida, y que el dia en que baje á la tumba el magnánimo Monarca pueda ver acordes en su reino el órden con la libertad, el trono con el pueblo! Por desgracia no puede andar muy léjos ese dia, porque Federico Guillermo, nacido en 27 de setiembre de 1781, ha traspasado ya el año setenta y uno de su edad. Deja cinco hijos, y de ellos el primogénito, Cárlos Federico Alejandro, está entrado en los treinta años y desempeña oficios militares en el ejército wurtembergués. ¡Ojalá que el Príncipe corresponda con su conducta á la del padre! Ojalá que, imbuido en sus ideas generosas y sabias, y en su amor á la justicia y al pueblo, prosiga la grande obra comenzada; y que, firme y severo en reprimir la licencia y la anarquía, sepa distinguir una y otra de la verdadera y legítima libertad, sepa conceder lo justo y negar lo injusto, dar lo útil y prohibir lo perjudicial, mantener al pueblo en sus derechos individuales, y al Estado en su fuerza central y reguladora! Él será rey en una época de prueba para los reyes; porque parece que Dios los tiene condenados á concertar con laboriosa obra el trono y la libertad, ó á morir en el destierro de Cárlos X y de Luis Felipe, cuando no en el cadalso ominoso del imprudente Cárlos I y del frágil Luis XVI.

Madrid y noviembre de 1852.

Antonio Cánovas del Castillo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



J. Vallejo dibº y litº

Lit. de J. Donon, Madrid

CARLOS FEDERICO,  PRINCIPE HEREDERO DE WURTEMBERG.

INDICE

DE LOS

PAISES QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

PAUTA

PARA COLOCAR LOS DIEZ Y NUEVE RETRATOS PERTENECIENTES AL TOMO PRIMERO, Y PAGINA DONDE DEBEN PONERSE.

